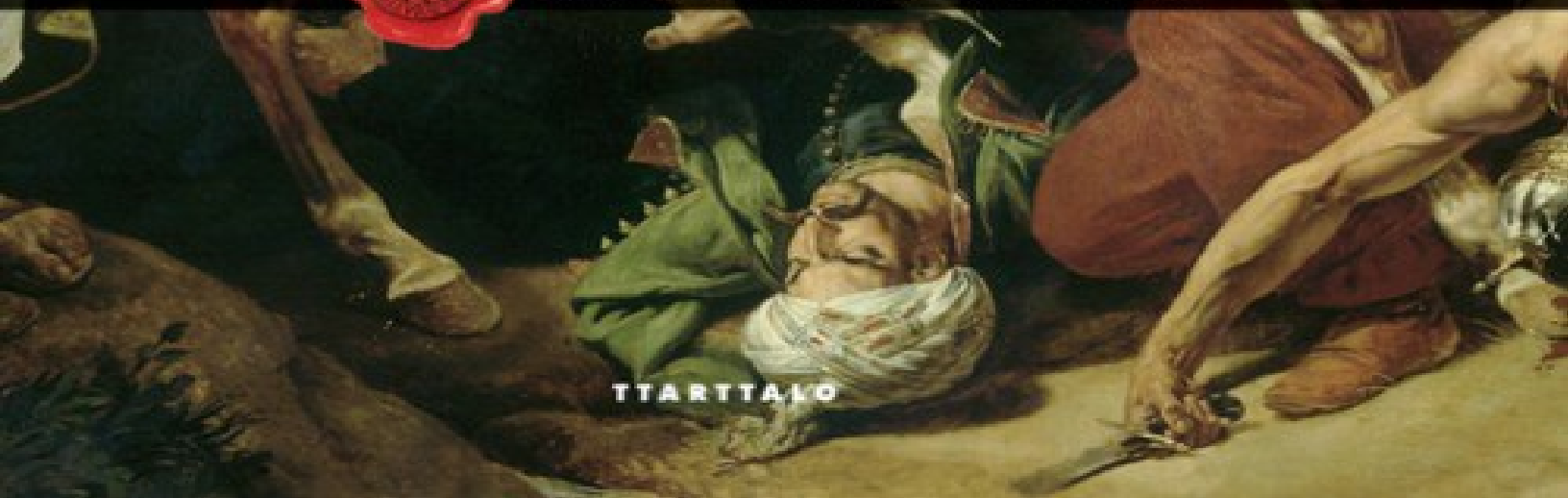




BEGOÑA PRO URIARTE
las
CADENAS
del **REINO**



La chanson de los Infanzones III



Navarra, 1211. En un momento histórico de revancha –la que busca Alfonso VIII de Castilla tras la “rota” de Alarcos–, y de despliegue de poder militar –el que hace Muhammad al- Nasir en Al-Andalus–, Miguel de Grez recibe la peor de las noticias: su hijo Roland ha sido hecho prisionero por los almohades. Su único pensamiento será viajar cuanto antes hasta Sevilla y rescatarlo. Apenas queda margen para atravesar la península antes de que las hostilidades se desaten y ambos ejércitos se enfrenten en la batalla de las Navas de Tolosa. *Las cadenas del reino* es la tercera entrega de la saga de caballerías *La chanson de los Infanzones*, ambientada en la Navarra de los siglos XII y XIII, bajo los reinados de Sancho el Sabio y Sancho el Fuerte. Esta saga de aventuras, de amena lectura gracias al excelente pulso narrativo de Begoña Pro Uriarte, ofrece una oportunidad sin igual para adentrarse en la historia y, para conocer, entre otros, cómo y cuándo surge el legendario lema Pro Libertate Patria, gens libera state –Pueblo libre, permanece en pie por la libertad de la patria– o por qué las cadenas adornan la roja bandera. O, al menos, una de las hipótesis al respecto.

Begoña Pro (Iruñea, 1971). Licenciada en Ciencias de la Información, apasionada de la Edad Media, *El anillo del Leal* fue su primera novela, autoeditada en 2012 con gran éxito y reeditada en 2015 por Ttartalo. Con ella comenzó la saga *La chanson de los Infanzones*, que incluye *La dama del velo y el laurel* y *Las cadenas del reino*. Paralelamente ha escrito varios relatos ambientados en esta época. En diciembre de 2013 ganó el I Concurso Internacional Cuentos del Castillo Castrum Fidelis, de Castelldefels, con el relato titulado: Pirata vos, pirata ella. En enero de 2015 su relato *Las fauces de hielo* resultó ganador del II certamen Walskium de microrrelato de terror y fantástico y en 2015 publicó *La trovera del Runa* (Pamiela), su primer libro de relatos.



Diseño de colección: Unai Arana
Diseño de portada: Juanma Aramendi
Ilustración de portada: *Batalla de las Navas de Tolosa, 1212.*
Horace Vernet (1789-1863)
Fotografía de la autora: Clemente Bernad

© Begoña Pro Uriarte
© Ediciones Ttarttalo S.L.

I.S.B.N.: 978-84-9843-683-9

Editorial Ttarttalo
Portuetxe, 88 bis
20018 Donostia
Tel. 943 310267
ttarttalo@ttarttalo.eus
www.ttarttalo.eus

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ePub: booqlab.com

LAS CADENAS DEL REINO

BEGOÑA PRO URIARTE

La chanson de los Infanzones III

TARTALO

Para mis amigos Ana y Fernando, Belén y
Roberto, Silvia y Fernando. Gracias.

SANGRE DE MI SANGRE

Principios del año de 1211

Las treguas que el Rey Don Alonso de Castilla havia asentado con el Miramamolín de Africa y España AbuJacob espiraron muy al principio del año de mil doscientos y once, ó a fines del anterior. Y el fin de ellas puso muy apriessa á toda España en armas. Pudiera haver corrido á la forda la tregua y continuadose, quanto era de parte de los Moros, según insinuó el Arzobispo. Pero el Rey Don Alonso impaciente del dolor de la rota de Alarcos, y perdidas en los tres años de aquella guerra, cuya memoria mucho le quemaba, apresurò con demasia, y antes de tener hecha la debida prevención á dar por fenecida la tregua, y romper de guerra. El efecto lo dixo presto: aunque al principio halago la dicha a la hostilidad movida en algunas correrias, y pressa, que executaron los Cristianos en las comarcas de Baeza, Andujar, y Jaen. Porque Mahomad, que los Moros llamaron Enacer o el Verde, por el turbante, que usaba quajado de esmeraldas, hijo de Abu Jacob, y sucessor suyo en los reynos de Africa y España, y de edad ya competente para la guerra, viendo que se le volvia esta, se apresto de grande y poderoso exercito, y qual pudiera considerar Don Alonso havia de llamar aquel rompimiento y hostilidad comenzada. Y con todas sus fuerzas cercó a Salvatierra, plaza entonces la de mayor fama, y celebridad de fortaleza en la frontera de los Christianos.

Annales del Reyno de Navarra. Tomo Segundo. José de Moret

FUE LA MANERA EN QUE ELLA pronunció su nombre lo que hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Al descubrir su herida, él colocó su mano sobre ella precipitadamente. De inmediato, la sangre empapó su puño, tornando carmesí el ribete de su hermosa gonela de lana verde. El corte que ella presentaba en el vientre era más grande que la mano de él y, aunque apretaba con fuerza, no era suficiente para detener la hemorragia. Pero eso no era ni la mitad de terrible que escuchar su voz quebrada por el sufrimiento. Cuando ella repitió su nombre, no pudo evitar sentir una gran impotencia. Aprisa, la irguió y sujetó su espalda con firmeza, mirando su rostro con mucho cariño y gran nerviosismo. Respondiendo a su entrega, los ojos vidriosos de ella respondieron con ternura y luego se cerraron, tratando de eludir el dolor que sentía en su abdomen. «¡No! ¡No!», repitió él una y otra vez, acompañando el pensamiento con el contundente meneo de su cabeza. Sin pensárselo,

tragándose el orgullo de sus dieciséis años, Diego la cogió en brazos y corrió hacia su casa.

Conforme avanzaba, sus brazos se iban quedando sin fuerzas y sus piernas se mostraban más torpes; lo que le impedía ir tan rápido como hubiera deseado. Se animó pensando que ya estaban cerca y apretó los dientes. «Todo va a salir bien», se dijo. Se detuvo delante de la entrada, recolocó el bulto que soportaban sus brazos y trató de entrar lo más rápidamente posible. «Todo va a salir bien», se repitió mientras intentaba abrir la puerta. Ella estaría bien. Su madre sabría qué hacer. Sus dedos torpes resbalaron por el contorno de la puerta y el empuje que llevaba le hizo hincarse uno de los refuerzos de madera entre los nudillos. No se hirió, pero el golpe fue harto fuerte y arrancó un gesto de dolor en su cara. Nervioso, dio un paso atrás. El rostro de ella estaba pálido y la sangre había cubierto su saya de un irreconocible tono marrón. «¡Maldición!», pensó dando un fuerte empujón con su hombro sobre la puerta.

Al descorrer la gran cortina, la suave luz del atardecer le dio en los ojos. Parpadeó un par de veces para acostumbrarse a la nueva claridad antes de abrir la ventana. Al hacerlo, una fría corriente de aire resbaló por su rostro. La casa llevaba cerrada algunos meses y, aunque alguno de los criados la cuidaba y se encargaba de su mantenimiento, no todas las habitaciones eran oreadas con asiduidad. Cerró los ojos y aspiró con fuerza. Los pasos de Miguel se escucharon por detrás.

La besó en la coronilla suavemente y la encerró en un cálido abrazo de posesión y afecto. Laraine sonrió y se giró sobre sus pies hasta situarse justo enfrente de él.

–Bienvenida de nuevo a Pamplona –le dijo besándola en los labios con un fuerte deseo de tomarla allí mismo.

Laraine se refugió en el calor de su pecho y le dijo algo al oído. Miguel de Grez sonrió y la apretó más contra sí. Su mano recorrió la espalda de ella despacio. Había esperado largos días de incómodo viaje. Era el momento de disfrutar.

–Estaba pensando... –dijo él con una sonrisa enigmática en su rostro y con esa mirada pícaro que aún conservaba.

–¿Mmm?

–Si Toda habrá terminado de preparar nuestra alcoba –le susurró, hundiendo su rostro en el cuello níveo de su dama.

Laraine suspiró. Miguel conocía bien ese jadeo y escucharlo le hizo sonreír.

–¿Me vais a hacer esperar mucho? –le urgió Laraine.

–Os puedo asegurar que ya he aguardado demasiado. Ese barco hediondo en el que embarcamos...

–Deberíais haber sido paciente y esperar al que nos ofreció mi primo, pero os empeñasteis en zarpar cuanto antes.

–Habríamos tenido que retrasarnos más de un mes.

–Y vos no queríais perderos la fiesta de Apellido...

Miguel suspiró reprimiendo una carcajada.

–Vos os lo habéis buscado –le dijo cogiéndola en brazos, apresurándose para llevarla a su habitación–. Sabéis muy bien que le prometí a mi hermano que me encargaría de tenerlo todo preparado.

Estaban cerca de la entrada cuando un fuerte golpe hizo detener el paso de Miguel.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó ella con el ceño fruncido al sentir tambalearse las paredes de la entrada.

–¿Toda? ¿Domingo? –llamó Miguel.

Nadie respondió. Los sirvientes estaban preparando las habitaciones y no parecía que hubieran escuchado nada. De mala gana, el de Grez dejó a su esposa en el suelo y se acercó a la entrada. Inmediatamente se sintió un nuevo golpe y la puerta tembló perceptiblemente.

–¿Qué demonios...? –acercó su mano y abrió la puerta. Un peso muerto se le vino encima de repente. Fue tan inesperado que Miguel a punto estuvo de caer hacia atrás. Un movimiento instintivo de su pierna en el último segundo le permitió guardar el equilibrio–. ¡Diego!

Los ojos de padre e hijo se sostuvieron la mirada. La del joven llevaba escrita la súplica en su retina, la del padre se repartía entre la sorpresa y la reprobación. Fue Laraine quien tomó la iniciativa al percibir el estado de la joven que su hijo llevaba en brazos. La siciliana se acercó a ella y tomó su mano tratando de percibir su pulso.

–Llevala a la sala pequeña –dijo con determinación. La orden no era para su hijo, sino para su esposo, cuya expresión se había endurecido hasta provocarle un rictus de furia.

Diego dejó que su padre tomara en brazos a Dulce, intentando aguantar el peso de su mirada sin desmayarse. El joven apretó los labios y tragó fuertemente la poca saliva que su boca reseca había fabricado. Bajó la mirada

al suelo y después buscó el apoyo de su madre.

–Encuentra a Domingo –le indicó ella cuando Miguel ya había desaparecido con la herida–. Dile que traiga a Oria del burgo de San Nicolás. Y avisa a Toda para que ponga agua a hervir y prepare trapos limpios; los necesitaremos. Luego baja y lávate un poco.

Mientras veía marcharse a Diego, Laraine presionó fuertemente sus sienes con los dedos índice y pulgar de su mano izquierda. Dejó pasar unos instantes antes de proceder. No porque no supiera qué hacer ni cómo. Simplemente, quería darles tiempo a Miguel y a su hijo.

Cuando entró en la sala pequeña, su esposo había avivado ya el fuego de la chimenea y un agradable calor se extendía por la estancia. Estaba al lado de Dulce, a la que había situado en un sillón largo y comprobaba su herida.

–¿Es grave? –preguntó él. No se lo parecía, pero quería saber la opinión de su esposa.

Laraine se acercó con cautela. La herida era larga, aunque no demasiado profunda. Arrancaba debajo del ombligo, justo por encima de su vello púbico, y marchaba en horizontal hasta la ingle derecha. Parecía reciente a juzgar por el tono rojo fuerte de la sangre y su aspecto. La dama no dijo nada. Nunca hacía valoraciones sin haber examinado correctamente todos los matices, y mucho menos delante de los heridos o enfermos, pero Miguel sabía interpretar su mirada. Y sus profundos ojos oscuros decían que Dulce se pondría bien.

El infanzón se retiró hacia la chimenea, dejando espacio para que su esposa trabajara. Toda acababa de llegar con el agua y los paños. Laraine sumergió el primero de ellos en el agua hervida ayudándose de un palo largo. Luego lo sacó y se frotó las manos antes de proceder a lavar la herida de Dulce. Esta se quejó débilmente al sentir el primer contacto y gimoteó durante el resto del tiempo.

–¿Está la habitación pequeña de la esquina preparada? –le preguntó a Toda. La sirvienta asintió dos veces–. Abre la cama ¿quieres? –Toda se retiró sin decir palabra. La siciliana se volvió entonces hacia Dulce y le habló con voz queda–. *Dazohonnihi inthi vastima daxtas kratheheih inthi ardannoa poxxonnihi a imarnaihi*¹.

Miguel escuchó en silencio. Su mano izquierda estaba apoyada en el alféizar de la chimenea y sus ojos seguían la danza endemoniada de las llamas.

–¿Querriais subir a Dulce a la habitación? –dijo un rato después.

Miguel apartó los ojos del fuego y suspiró. Laraine percibía que estaba enfadado con Diego por desobedecerle. Pero ambos sabían que ese tema

tendría que esperar. El de Grez tomó a la joven con sumo cuidado y la subió a la alcoba. Parecía a punto de quebrarse. Los rasgos de su rostro, sencillos y agradables, hacían honor a su nombre. Tenía la nariz pequeña y los pómulos suaves. Sus pestañas largas y rizadas escondían unos ojos azules que en ese momento no se veían. Era hermosa. En eso tenía que alabar el gusto de su hijo. «Pero, por el amor de Dios –pensó–, Diego solo tiene dieciséis años y Dulce es unos meses menor que él y además, Dulce...». Sacudió la cabeza. No quería pensar en eso por el momento. Primero tenía que saber qué había sucedido. Con toda la suavidad que pudo, depositó el cuerpo frágil de la muchacha sobre la cama recién preparada. Cuando se volvió, Oria estaba justo en la entrada. La miró sorprendido de verla allí, aunque por el modo en que Laraine la saludó se dio cuenta de que había sido su esposa la que la había mandado llamar. Le extrañó. La herida de la joven no parecía demasiado grave y Laraine se había manejado bien y con rapidez para atenderla. No creía que necesitara de su ayuda. Estaba cavilando cuando se percató de que las dos mujeres lo miraban y Miguel entendió. Debía irse.

–Esperaré abajo... –dijo señalando la puerta algo confuso.

Laraine aguardó hasta escuchar las zancadas de Miguel sobre las escaleras y transmitió a la curandera la escasa información que poseía respecto a la herida. Con su ojo experto, Oria comprobó la efectividad y el más que correcto tratamiento de la lesión. Miró a Laraine y movió su cabeza en un gesto aprobatorio.

–Me gustaría que me ayudaras a desvestirla –le pidió Laraine.

Oria asintió. Para entonces, ya tenía claro por qué le había hecho ir la siciliana.

Magdalena estiró de la manga de su padre con insistencia. La cena había transcurrido en un largo episodio de tenso silencio en el que Miguel no había apartado la mirada de su plato. Y eso no era bueno, pensaba Diego con acierto. Su padre rara vez guardaba silencio durante tanto tiempo. Tampoco era de levantar la voz y ponerse furioso, pero cuando tenía que decir algo... lo decía con meridiana claridad. Magdalena volvió a tirar del brazo de su padre.

–¿Cuándo llegarán los primos? –quiso saber.

Con el incidente, la fiesta había pasado a un segundo plano para el infanzón.

–Pasado mañana –contestó Laraine, añadiendo una sonrisa a su respuesta–.

Ahora quiero que vayáis a dormir. Los tres.

Isabel, Magdalena y Etienne protestaron y trataron por todos los medios de eludir la orden, pero Laraine fue inflexible, así que no les quedó más remedio que obedecer. Uno a uno dieron las buenas noches a su padre y subieron a su habitación. Laraine tocó el brazo de su esposo con suavidad.

–Deberías hablar ya con él –le susurró despacio–. Está a punto de sufrir un vahído.

Miguel se perdió en aquellos ojos oscuros.

–Se lo merecería, ¿no creéis?

–Creo que deberíais escucharlo antes de juzgar.

–Me ha desobedecido –dijo entre dientes, demostrando su decepción.

–Quizá tenga sus motivos.

–Tendrá sus razones, pero ninguna le servirá para eludir su merecido castigo.

–Sean buenas o malas razones, tendréis que escucharlas.

Laraine apretó suavemente el antebrazo de su esposo antes de separarse de él.

–Buenas noches, hijo –se despidió de Diego antes de cerrar la puerta con sumo cuidado.

El cuerpo del joven se tensó y sus manos comenzaron a temblar. La mancha reseca de su puño le decía que había hecho bien, pero el peso de la mirada de su padre le recordaba su doble desobediencia. Miguel se demoró, sirviéndose un poco de vino. Depositó la jarra sobre la mesa y el sonido que hizo, aunque inapreciable, fue como un clavo en mitad del tímpano para Diego.

–Acércate –le invitó el de Grez.

Diego se sentó frente a su padre. Su progenitor estaba siendo demasiado condescendiente y él deseaba enfrentar cuanto antes su castigo y preguntar por ella. Nadie le había dicho nada de su estado. Ni siquiera su madre, aunque le había mirado con súplica y resignación durante la cena.

–Has desobedecido mi orden doblemente –su voz sonaba tranquila pero Diego, que lo conocía bien, apreció la decepción y furia que escondía–. Te dije que cuidarás de tus hermanos mientras nos instalábamos y lo único que se te ocurrió fue salir corriendo para buscar a esa... a esa... a quien te había dicho que no vieras.

–¡Se llama Dulce! –la contestación le salió rápida, sin pensar. La mirada

de su padre le recordó cuál era su sitio.

–Me da igual cómo se llame. Tu deber era estar junto a tus hermanos. ¿Y si les hubiera pasado algo a ellos? –hubo una pausa tensa tras la pregunta–. ¿Por qué? ¿Por qué los dejaste y saliste en pos de ella? Podías haber esperado...

–Estaban aquí, en el feudo de los Almoravid. Vos siempre decís que a un Almoravid no le puede suceder nada malo mientras está aquí, porque aquí está nuestro corazón. Además estabais madre y vos. ¿No comprendéis? Tenía que ir para saber si estaba bien. Había pasado mucho tiempo desde nuestra partida y sabéis cómo se comporta su padre con ella. La última vez estuvo a punto de perder la vista de un ojo por un golpe que recibió en la cabeza. Madre me lo dijo –Miguel lo observó con atención preguntándose hasta dónde estaría implicada Laraine en las visitas furtivas que su hijo hacía a Dulce–. Y si no hubiera ido... si no hubiera ido a buscar a Dulce... Ella ahora... ahora estaría muerta.

–No estoy hablando de eso ahora, Diego. Estoy diciendo que me desobedeciste a propósito y que dejaste a tus hermanos desatendidos. Al menos podías haber avisado de tu salida.

–Me hubierais preguntado adónde iba.

Miguel se levantó de un salto. La mandíbula de su hijo comenzó a temblar e instintivamente se llevó la mano al puño manchado de sangre.

–Así que tu desobediencia fue hecha a conciencia y con alevosía.

–Sé que hice mal al desobedeceros –contestó Diego poniéndose de pie despacio–, pero no me arrepiento de haberlo hecho.

Bajó los ojos al decirlo y se llevó la mano al labio inferior repitiendo el mismo gesto que hacía Miguel cuando era pequeño.

–No dirás lo mismo cuando lleves largo rato colgado de tus brazos –le dijo cogiéndolo por el sobaco y sacándolo de la casa hacia los establos. Diego se dejó llevar arrastrando sus pies. Una vez allí, sin decir nada, ofreció las manos a su padre.

Miguel se pasó el tiempo que duró el castigo andando por el patio. Estaba enfadado y furioso y no conseguía aclarar cómo había llegado a suceder todo. Pensaba que le había dejado suficientemente claro a su hijo que no debía mezclarse con Dulce. Y estaba convencido de que los meses que habían pasado en Brindisi le habían hecho olvidarse de ella, pero parecía que no era así.

Laraine se asomó a la ventana. Un pequeño haz de luz proveniente del establo le permitió ver a su esposo deambulando por el patio. Llevaba los puños apretados y eso significaba que Miguel todavía seguía enojado. Esperaba que no fuera demasiado duro con su hijo. No era el infanzón dado a infringir castigos corporales, seguramente porque él ya había padecido los suficientes cuando era pequeño, pero esa vez parecía realmente airado. «Por si acaso –se dijo–, prepararé algunas infusiones y telas».

Miguel dejó de caminar y se acercó a su hijo que colgaba de una de las vigas del techo como si fuera un embutido. Tenía la cabeza gacha, encajada en el hueco de sus hombros. Cuando lo soltó, se dejó caer en el suelo sin demasiados ánimos para sostenerse. Al tratar de enderezarse sintió un crujido en su espalda. Una mueca de dolor atravesó su rostro. No dijo nada, pero se preguntó si su padre se daría por satisfecho. El infanzón se movió con rapidez y buscó su espada. Diego torció el gesto; al parecer, no se iba a conformar con el castigo. El joven vio cómo el arma de su padre se movía con rapidez delante de sus ojos. Tenía mucho aprecio a esa espada, su primera espada, a la que trataba con una deferencia especial, como si tuviera vida y personalidad propias. Se llamaba «*Fidelis*».

–¡Levanta! –oyó que le decía.

A duras penas logró ponerse en pie. No sentía las manos, ni las muñecas, ni los hombros. O mejor dicho, los sentía demasiado bien, aunque no pudiera moverlos.

–¡Elige arma!

Diego tenía el cuerpo delgado y los ojos de su madre. Su pelo oscuro y sus facciones eran semejantes a las de los Almoravid, aunque genéticamente nada tuviera que ver con ellos. Pero si nadie lo sabía, encajaba perfectamente con las señas de su apellido de adopción. Tomó una de las armas corteses, pero su padre negó con la cabeza señalándole hacia donde se guardaban las armas blancas. Diego enarcó sus cejas. Su padre debía estar enfadado de verdad si le hacía luchar contra él con un arma de filo afilado. El entumecimiento de su mano le dificultó el asir la espada. El primer estoque de su padre lo pilló con la guardia baja y tuvo que saltar hacia atrás. Diego no tenía ganas ni fuerzas para enfrentarse a su padre. El infanzón era fuerte y se conservaba en plena forma a pesar de estar a punto de cumplir cuarenta y cuatro años. En esos momentos, su hijo, no era rival para él. Se defendió como pudo durante los primeros instantes, pero Miguel era en esos momentos más rápido y más ágil que él. Eso sin contar la furia que le hacía moverse como un huracán desatado.

Tardó en darse por satisfecho y no lo hizo hasta que la hoja afilada de su vieja espada rozó el joven cuello de su primogénito. «*Ad usque fidelis*», Diego distinguió con claridad las palabras que adornaban la empuñadura de aquella arma. Cerró los ojos. La sien le quemaba por el codazo recibido en uno de los lances. Sin moverse, salvo por el rápido respirar que hacía que su pecho subiera y bajara con celeridad, esperó su sentencia. Miguel retiró despacio la espada del cuerpo de su hijo, lo rodeó y apretó la mandíbula. Le golpeó con el pomo en el hombro y Diego cayó sobre el duro suelo.

–Recoge todo y ven a la sala pequeña.

«¿Aún no ha terminado conmigo?», se preguntó dolorido y humillado. Un ligero hilillo de sangre escurría de su nariz. Se limpió con la manga y, en el puño su sangre se juntó con la de Dulce. Se acercó cojeando, su pelo pegado a la frente por el sudor. Estaba vencido. ¿Qué más quería su padre?

–Siéntate –lo invitó el infanzón.

Diego se dejó caer en la silla.

–Bebe –le dijo sin rencor.

Con mano temblorosa, el joven acercó su brazo hacia el vaso que se le ofrecía. El vino le templó un poco el ánimo, aunque tuvo dificultades para tragar.

–Bebe más –le insistió su padre.

Sin mirarlo, apuró todo el vaso. Miguel lo rellenó.

–¿Te sientes mejor?

Asintió.

–¿Tienes algo que decir en tu defensa?

–Siento haberos desobedecido, pero...

Miguel levantó el brazo haciendo que se detuviera ahí. Su hijo bajó la vista.

–No dudo de tus buenas intenciones, hijo; pero debes entender que Dulce no es asunto tuyo y cuanto antes lo asumas menos doloroso será para ti.

–¿Y dejarla morir? No creo que ella deba pagar porque su madre no haya sido una dama, ni una mujer noble. No entiendo por qué a vos os importa tanto.

Diego detuvo su discurso. Sabía mejor que nadie que eso para su padre carecía de importancia. Él mismo tenía unos orígenes humildes y nunca lo había ocultado. Y, además, sabía de sus esfuerzos para sacar adelante la hermandad de infanzones que debería velar por los derechos de todos los navarros. Miró a su padre. Sabía que había traspasado los límites y se arrepentía.

–Lo siento, *aita*, no quería disgustaros. Pero me tratáis como si aún fuera un niño –«y lo eres», pensó su padre–. Siempre estáis pendiente de lo que hago y no hago. Siempre corrigiéndome y agobiándome con lo que debo o no debo hacer. En cambio a Roland le permitís estar entre Brindisi y Nápoles con el tío Alejandro.

–Tú eres mi primogénito –le recordó el de Grez.

–Pero solo por unos instantes.

El infanzón miró a su hijo. Había heredado una carga grande de testarudez y en eso él mismo tenía parte de culpa. Sabía que sus intenciones eran buenas, aunque su forma de llevar el asunto de Dulce no era el correcto. Un asunto demasiado delicado para un joven de dieciséis años.

–Esos instantes te convierten en lo que eres.

–¿Y qué soy, según vos? –al decirlo, había elevado la voz demasiado y pronto se arrepintió. Se volvió a disculpar ante su padre.

–Eres Diego Migueleiz Almoravid; no lo olvides porque yo no lo haré – sus palabras sonaron contundentes, pero suaves–. Está bien. Creo que es suficiente por hoy. Prométeme al menos que la próxima vez consultarás conmigo antes de tomar la iniciativa.

–Lo haré.

Miguel asintió en silencio, aunque no estaba demasiado seguro de que su hijo fuera a cumplir su palabra.

–Puedes retirarte. Y haz que tu madre te vea esas contusiones.

–*Aita*... ¿puedo ver a Dulce?

–Ve. Te estará esperando.

Diego salió de la sala lo más deprisa que pudo. Cojeaba. Miguel se quedó quieto. Un atisbo de preocupación se asomaba en sus ojos fijos en el fuego de la chimenea.

Dulce abrió los ojos al sentir su mano sobre la mejilla y le sonrió con cautela. Estaba dolorida, pero su compañía fortaleció su temple.

–¿Cómo os encontráis?

–Contenta de estar aquí. Y agradecida de tu más que oportuna aparición.

–Aquí estáis a salvo. Él no os podrá tocar.

Dulce apartó la vista durante unos instantes. Estaba confusa. El ataque que había sufrido... No estaba segura... No recordaba bien lo sucedido. Volvió a mirar a Diego y se sintió mejor. Alzó su mano y recorrió aquel rostro que

presentaba las huellas de la pequeña batalla con su padre. Sin fuerzas, dejó caer su mano y él la apretó con delicadeza, pero a la vez con solidez.

–Yo os cuidaré –le prometió. Dulce lo miró con aprecio–. Ahora debéis descansar –se despidió dándole un beso en la frente. Sopló la vela y la habitación se quedó en tinieblas.

Laraine encontró a Miguel prácticamente igual a como lo había dejado su hijo. Su vieja espada descansaba muy cerca de su mano derecha. Con la izquierda meneaba la copa de vino ya vacía. Su esposa se acercó despacio. Acababa de examinar los golpes de su hijo. Nada que no se fuera a curar en unos días. Miguel elevó la mirada al notar su presencia y le hizo un gesto para que compartiera con él el asiento.

–¿No subís? –se interesó ella.

–Acabo de mandar a Domingo a avisar a Alvar de que su hija está aquí.

–¿Pensáis que vendrá? –le preguntó mirando directamente a su espada.

–No lo dudo.

–¿Y será necesario que la uséis?

–Eso dependerá de cuánto vino haya ingerido esta noche y de lo razonable que quiera ser.

–Entonces será mejor que vos tampoco bebáis más.

La dama tomó la copa de vino de la mano izquierda de su esposo y la cambió por su propia mano. Miguel se la llevó a los labios y la besó.

–¿Creéis que hice bien en separarlos?

Laraine lo miró a los ojos. No había sido fácil para ella dejar a Roland con su primo Alejandro hacía ya cuatro años. Y si no había sido fácil para ella, menos para Diego.

–Cada uno tiene su personalidad y debe desarrollarla al margen de su hermano. Tienen la suficiente edad para que cada uno labre su propio futuro.

–Creo que durante estos años ha sido más difícil para Diego que para Roland y que Diego tenía esperanzas de que su hermano volviera con nosotros tras este viaje.

Laraine asintió. Ella también lo creía. Su primogénito se apoyaba mucho en su gemelo. A veces incluso había temido que el carácter de Roland pudiera llegar a eclipsar a Diego. Por eso sabía que la decisión de separarlos había sido acertada. Diego debía aprender a ser él mismo al margen de su hermano y Roland debía tener claro que ser el segundo por unos instantes no le iba a

privar de su propio futuro. Pero eso no significaba que fuera fácil para ninguno de ellos. Un golpe en la puerta detuvo la conversación de ambos.

–Será mejor que subáis –le pidió con calma a su esposa mientras se apresuraba a tomar su espada y guardarla en el cinto.

Laraine se levantó despacio y posó su mano sobre el hombro de Miguel antes de irse.

–Os espero arriba.

Miguel contuvo en la puerta de entrada la furia de don Alvar Martínez. El de Grez estaba prevenido y, aunque su empujón intentó ser contundente, Miguel no se movió de su sitio.

–¡Devolvedme a mi hija!

Sus palabras retumbaron por toda la casa. Diego se escabulló de su cuarto y corrió hacia el de la joven. Su entrada provocó un sobresalto en Dulce, sofocado por las palabras tranquilas que el muchacho le dirigió.

–Vuestra hija está herida y no puede moverse –la respuesta pausada de Miguel no trascendió–. Mañana yo mismo os la llevaré a vuestra casa. Tenéis mi palabra Almoravid. Pero ahora debe descansar.

–¡Nada me impedirá llevármela!

–Os aseguro que está bien y que mañana la tendréis en vuestra casa, pero ahora duerme –le aseguró.

Alvar no estaba conforme. Pidió explicaciones y aseguró que él nada tenía que ver con las posibles heridas de su hija, que a saber si eran ciertas, y acusó a Diego de haber sido él quien se las había provocado. Don Alvar sacó su espada para tratar de convencer con los hechos a Miguel, pero su mandoble voló por el aire sin consecuencias hasta dar con espada y hombre en el suelo, demasiado borracho para sostenerse en pie. Miguel lo ayudó a levantarse.

–¡No necesito vuestra ayuda! –dijo tratando de reivindicarse.

–Os acompañaré a vuestra casa y mañana hablaremos tranquilamente.

La fuerza de Miguel pudo con la resistencia de Alvar. El de Grez lo acompañó hasta su casa y lo dejó en manos de su criado, no sin antes recibir sus amenazas.

–Os acusaré a los dos de herir a mi hija y de secuestrarla –le desafió.

Miguel apretó los labios y regresó a su casa. Tenía ganas de meterse en la cama. Al llegar de nuevo al hogar de los Almoravid respiró profundamente el aroma de los suyos. Los recuerdos de su juventud, de su hermano García, de

sus tíos, de su padre adoptivo, de sus mejores años, de todo lo que allí había aprendido... todos tan vívidos en aquel ambiente. Se sintió bien a pesar del pequeño incidente. Antes de entrar en su alcoba se aseguró de que sus hijos dormían y de que Dulce estaba bien. Miguel dejó la vela encima de la pequeña mesita y se desnudó. Dos cálidas manos se deslizaron por su espalda. Inspiró profundamente cerrando los ojos.

–¿Todo va bien?

–Todo bien –le aseguró él.

Laraine le dio un beso en el cuello y se tumbó en la cama. Miguel carraspeó.

–No podéis retiraros ahora que habéis iniciado el asedio.

–Pensaba que estabais cansado.

–Prometo no resistirme mucho.

–No habrá clemencia. Mejor haríais en idear una retirada a tiempo.

–Nunca.

Isabel y Magdalena miraban continuamente por la ventana. Laraine estaba dispuesta a darles su clase habitual a pesar de que comprendía el nerviosismo de las muchachas.

–Nadie vendrá hasta mañana –les recordó. Etienne parecía más concentrado, pero era únicamente porque a él no le hacía demasiada ilusión aquella fiesta de Apellido–. Si prestáis más atención prometo que la clase de hoy será más corta. Y ahora quiero que me digáis cómo se llama este lugar –dijo señalando un mapa.

–Yo lo sé –se animó Magdalena–. Eso es Nápoles; donde nuestro padre casi se ahoga. Eso nos contó mamá ayer.

La puerta se abrió de repente y Miguel entró en la sala. Isabel no pudo evitar reírse y Magdalena se puso colorada. El de Grez miró a su esposa.

–¿Eso es lo que enseñáis a mis hijos? –le reprendió amistosamente–. Ahora me explico muchas cosas.

Laraine le sonrió y acudió hacia la entrada.

–¿Os vais ya?

Miguel asintió.

–Si fuera por mí...

–Sí, lo sé. Pero Dulce debe volver con su padre. Haré que prometa que la cuidará bien y, si no, le amenazaré con elevar una queja al rey. Espero que este

anillo aún sirva para intimidar un poco –dijo señalando el aro de oro que llevaba en su dedo índice de la mano izquierda, con el que hacía muchos años el infante Sancho, actual rey de Navarra, había tenido a bien obsequiarle.

–No lo decís demasiado convencido.

–No sé si funcionará con don Alvar, pero al menos hará que Diego se quede más tranquilo.

–Tened cuidado.

–Y vos. No quiero que me deshonréis ante mis vástagos.

–Sabéis muy bien que vuestros hijos os tienen en muy alta estima.

Miguel se despidió con un beso.

–Obedeced a vuestra madre –les dijo a sus hijos pequeños antes de marcharse.

Diego miró a su padre con cierta súplica, pero no dijo nada. Dulce se veía pálida y un gesto de resignación presidía su rostro. Se aferró a la mano del joven. Sentía miedo no solo por su padre sino porque no estaba muy segura de lo que había ocurrido la tarde anterior. Había sentido un fuerte golpe en la espalda cuando regresaba de lavar del río. Apenas tuvo tiempo de defenderse cuando aquella sombra se le echó encima. Solo recordaba el brillo de un acero, un repentino dolor en su vientre y la oportuna aparición de Diego.

El joven le tendió una capa y Dulce se abrigó con ella. Se sentía un poco mareada, pero tenía que ser fuerte. Bajo la protección de Diego y la sombra de Miguel, que acababa de tomar las riendas del carro, era fácil mostrarse valiente, pero no estaba muy segura de lo que ocurriría al llegar a su casa.

Su padre se mostró comedido dentro de su enojo. Cuando vio la herida de su hija, su cara se demudó un poco y guardó silencio hasta que Dulce estuvo instalada en su habitación. Incluso parecía un padre preocupado. Sin embargo, cuando la joven ya no estuvo a la vista, cargó directamente contra Diego. Miguel tuvo que colocarse entre los dos para parapetar a su hijo. Con un decisivo movimiento de su brazo detuvo el puño de don Alvar. Su pulso temblaba, como apreció el de Grez. Al parecer tenía más dependencia de la bebida de lo que había supuesto. Quizá, sin aquella sumisión al alcohol, sería una buena persona, pero no lo era.

–Os he traído a vuestra hija, tal y como prometí. No hagáis que me arrepienta.

–Es mi hija y tengo la patria potestad sobre ella –dijo con cierto sarcasmo.

–Eso no os da derecho a maltratarla –Diego no pudo callarse.

–Lo que yo haga o deje de hacer no es de vuestra incumbencia –le contestó

creciéndose por momentos.

Miguel tuvo que mediar. No fue fácil contener a don Alvar. El infanzón envió a su hijo afuera para poder hablar a solas con el caballero.

–Haré valer mi potestad. Podéis estar seguro de que esta intromisión no quedará así.

–Procurad que vuestra hija esté bien atendida –le dijo Miguel señalándole con el dedo índice de su mano izquierda y asegurándose de que el pequeño rubí de su anillo captaba la mirada de su interlocutor.

El infanzón salió a la calle y se puso sus guantes.

–Vamos –le conminó a su hijo apoyando su brazo sobre sus hombros.

Diego miró hacia atrás. Estaba preocupado. El de Grez procuró tener a su hijo ocupado y vigilado durante el resto del día. No quería que surgieran problemas para los Almoravid durante la fiesta de Apellido.

Laraine dejó que Toda ajustara el encordado de la saya en su costado. Todos los invitados estaban ya en la casa a excepción de don Iñigo. Pero Iñigo siempre era el último en llegar. La dama se puso de pie y la sirvienta le acercó el brial de terciopelo azul que se había traído de Brindisi. Sus aberturas dejaban al descubierto la hermosa camisa bordada con seda, unos tonos más claros que el del terciopelo. Su atuendo seguía la moda gótica de comienzos del siglo XIII. Estaba elegante. Toda la ayudó con el tocado, al que había unido un pequeño velo de seda que colgaba graciosamente por su cuello. Estaba preparada para una gran velada Almoravid.

Había bullicio en la casa. No estaban don Fortún, ni doña Teresa, ambos muertos hacía tiempo. Pero sí sus hijos, con García al frente, ahora seña de identidad de la primera de las familias de ricoshombres del reino. Y también sus tíos y sus primos. El alboroto creció, lo que indicó a la dama que Iñigo debía de haber aparecido ya.

–Laraine –la llamó su esposo. Miguel la observó mientras se giraba y no pudo evitar sonreír–. Siempre tan elegante –le dijo con cierto orgullo transmitido en la entonación de sus palabras–. Mi tío ya está aquí.

Todos se arremolinaron como pudieron en el patio para saludar a Iñigo. El Almoravid descendió despacio de su caballo de raza árabe. En parte, porque hacía mucho que había dejado de ser un joven ágil y expedito y, en parte, porque quería cargar de cierta ceremonia su llegada. Una vez en el suelo, todos vieron con claridad el bulto delgado y cabizbajo que quedó sobre su

montura. Iñigo tendió su mano gentilmente para que la niña descabalgara. Lo hizo tímidamente y, en cuanto tocó el suelo, se escondió tras la figura del Almoravid. Casi nadie tuvo tiempo de contemplar sus rasgos, ni su rostro de niña escondido bajo una capucha; aunque todos lo intentaron. El silencio se hizo hueco de repente en el viejo patio. De todas las apariciones de Iñigo, esa, sin duda, había sido la que más expectación había levantado. Había dejado sin habla a toda la familia.

García se acercó a su tío y lo abrazó.

–Sed bienvenido, tío –bastó ese gesto para que el ambiente se relajase y todos los presentes se acercaran–. Y esta pequeña dama que os acompaña es...

–Se llama Clemencia.

–Bienvenida, Clemencia –le dijo García tratando de tomar su mano. Sin embargo, la muchacha se escondió aún más, ocultándose en la espalda de Iñigo.

–No puede hablar, ni oír –le confesó su tío.

García comprendió y asintió despacio.

–Necesitaréis descansar. Será mejor que vos mismo la acompañéis a vuestros aposentos y la instaléis allí hasta que os re Coloquemos a vos. No contábamos con esta pequeña... sorpresa.

El jefe del clan Almoravid lo miró interrogativamente pero sabía que su curiosidad, así como la de toda la familia, debería aguardar hasta que Iñigo considerara oportuno desvelar la identidad de aquella inesperada huésped.

Iñigo acompañó a la pequeña Clemencia hacia el interior de la vivienda. Algunos los saludaron al pasar y otros esperaron a la hora de la cena, cuando todos se unirían bajo el mismo techo.

Clemencia miraba todo con miedo. Sus pasos eran cortos y pesados. Iñigo abrió una puerta y ella entró temerosa. Cuando le señaló la cama, su cuerpo tembló como una trémula hoja. Cerró los ojos sin querer ver, sin querer sentir. Cuando los volvió a abrir, estaba sola. Se sentó en la cama y se echó hacia atrás la capucha. Su pelo claro y sus ojos color de ámbar resaltaban sobre su piel morena. Se tocó la cara. Podía notar el surco que los pasados llores habían dejado sobre su rostro. Ahora ya no quedaban más lágrimas. Estaba sola y lo sabía. Su madre había dado hasta la última de sus fuerzas por sacarla adelante, por arrancarlas de las manos de tantos hombres que se habían

aprovechado de ellas. Hasta que no pudo más y entonces escribió una carta. Y desde aquel instante le había repetido decenas de veces. «El cristiano vendrá. Él no nos abandonará». Y ahora había cientos de cristianos a su alrededor, pero ya no estaba su madre. Tenía once años y estaba sola en un mundo desconocido, y no se fiaba de nadie. Se tumbó en la cama hecha un ovillo, buscando el calor de su propio cuerpo, rogando en silencio a Allah para que nadie la molestara.

El bullicio había invadido el gran salón de los Almoravid. García, como correspondía, presidía la mesa acompañado de su esposa Catalina, y sus tíos Jimeno y Cristina Baztán, Elvira y Martín Chipía, además de Iñigo. Miguel, en otra mesa, departía animadamente con Jaime, su otrora escudero, convertido en un aguerrido caballero de treinta y dos años. Laraine, justo enfrente de su esposo, lo miró sonriendo y Miguel le devolvió la sonrisa. «¿Cuánto hace que los ojos de mi esposo no me miran así?», se preguntó Catalina. Había discutido con él justo antes de bajar a cenar. En realidad, no había sido una discusión. Al ir a avisarle de la llegada de su tío, se lo había encontrado echando juramentos porque no encontraba su zapato izquierdo. Catalina solo le había indicado que le parecía una reacción desproporcionada y él se había enfadado aún más. Todavía recordaba la mirada de rencor que le había lanzado tras encontrar el zapato. En ese instante lo sintió como a un extraño. «Cuanto más se conoce a una persona, menos se la conoce».

Aunque nimio, aquel incidente le había dejado un sabor amargo. Sin ganas, masticó el trozo de carne que le habían servido. Estaba contrariada y ese sentimiento se traslucía en su rostro. Intentó poner interés, pero los tíos de su marido eran demasiado viejos y, en ese instante, estaban contando viejas batallas de sobra conocidas. En las demás mesas, todos parecían contentos mientras los platos se vaciaban y las jarras de vino corrían entre los comensales. Sonrió ante unas palabras de Jimeno e hizo un comentario. Ellos no tenían la culpa de que a ella la embargara un sentimiento de nostalgia difícil de compaginar con una fiesta de los Almoravid.

García se levantó pidiendo silencio. Con su voz profunda llamó a todos a unirse en su brindis.

—Por la familia más grande y la más grande de entre las familias. Por todos nosotros, aquí reunidos y por aquellos que no están —proclamó alzando su copa un poco más hacia el cielo—. Por las nuevas generaciones de Almoravid

que llegan –hubo vítores de la mesa del fondo donde todos los primos Almoravid se habían juntado– y por los nuevos amores. ¡Apellido, honor, valor, rey, Navarra! Y ahora, bebamos.

–¡Almoravid! ¡Almoravid! ¡Almoravid! –corearon todos.

Catalina bebió un sorbo tan grande como fue capaz. Sintió el trago, áspero al principio, recorrer su tráquea y llegar hasta el estómago. Sus mejillas se sonrosaron. Como ya habían hecho el brindis, el protocolo se podía romper. Se levantó y fue a hablar con Laraine. La conversación la distrajo de sus pensamientos. Y la música, que empezó a sonar y no se detuvo hasta el amanecer, destensó el abatimiento de su alma.

A la mañana siguiente se encontraba más tranquila. La respiración de García, sosegada, le hizo volverse. Contempló el rostro de su esposo a la suave luz de mediodía. Despacio tocó su mejilla y sonrió. Luego buscó su cuello dibujando suavemente trazos abstractos sobre él y sobre su pecho. García abrió un ojo y lo volvió a cerrar, pero su cara le sonreía. Catalina se acercó a él hasta que sus cuerpos se encontraron. Todos los problemas se solucionan en la cama, eso le había dicho su confesor, y no creía que se refiriera precisamente a realizar una consulta con la almohada.

Nadie en la casa sabía muy bien cómo tratar a Clemencia. No se mostraba hostil, pero rehuía el contacto con todos, incluido Iñigo. Habían pasado dos semanas desde su llegada. La fiesta de Apellido se había acabado y casi todos los Almoravid habían vuelto a sus lugares de procedencia. El día anterior se habían despedido los hermanos de García: Sancha con su esposo Roderic y su hijo Ramón habían regresado a Aibar; Ermesinda y su esposo Pedro Garceyz de Arróniz y sus hijos hacia San Juan de Pie de Puerto –donde don Pedro era teniente– y Guillaumes se había ido a recorrer los caminos, según sus propias palabras. En la vieja casa de la Navarrería² solo quedaban García y su familia, Miguel y la suya e Iñigo con Clemencia.

Iñigo había madrugado. El vaho de su respiración se extendía alrededor de su cabeza. Preparó su brazo y la cuerda del arco se tensó al unísono con él. Apuntó y soltó con rapidez. La flecha salió con fuerza dejando tras su estela la marca azul y amarilla de su seña Almoravid. Su punta se clavó prácticamente en el centro.

–Buen disparo –apreció Miguel poniéndose a su altura.

Sin volverse, Iñigo volvió a disparar. Esta vez la flecha se alejó del centro

de la diana. El noble suspiró.

–¿Puedo?

Iñigo se encogió de hombros. La flecha de Miguel rozó la primera que había lanzado su tío.

–Pensaba que solo vuestros caballos surgían de las arenas del desierto, pero parece que allí también florecen otras cosas interesantes –comentó el de Grez.

Iñigo lanzó de nuevo y la furia de su lanzamiento hizo que la saeta volara lejos de su destino.

–¿Vais a ignorarme? –Iñigo continuó con su tarea como si en ello le fuera la vida–. Hace doce años seguimos a don Sancho a tierras lejanas. Luchamos al lado de los infieles, obligados sí, pero lo hicimos, mientras el castellano³ nos robaba Vitoria. Nos trajimos a la princesa Samira, que tomó el nombre de Clemencia cuando fue bautizada y se casó con nuestro rey; el mismo nombre de esa niña que habéis traído con vos. ¿Sigo?

Iñigo lo miró entonces unos instantes, pero volvió su atención a las flechas que tenía delante. Eligió una después de revisarlas todas, tomándose su tiempo.

–Vamos, tío. Vuestras espaldas están encogidas y vuestros hombros cargan con un peso difícil de explicar.

–Eso es por la edad –contestó tajante.

–No me hagáis reír. Si no os conociera diría que veo miedo por primera vez en vuestra mirada.

Iñigo se encaró entonces con su sobrino.

–Dejad ya de elucubrar. No sabéis nada, Miguel. Clemencia es la hija de un viejo amigo que me pidió un favor especial; que la cuidara si él moría. Y eso es lo que voy a hacer. Ahora, si os parece bien, quiero seguir con el entrenamiento.

Miguel fue a añadir algo más, pero su tío lo ignoró y volvió a sus tareas. Si estaba equivocado, su tío lo olvidaría y si tenía razón... solo lo descubriría cómo y cuando él quisiera. Se acercó al otro lado del patio donde García había empezado ya los ejercicios con sus hombres de armas y los más jóvenes. Con él estaban sus hijos, Miguel *txikia* –al que llamaban así para distinguirlo de su tío–, Fortún y el hijo mayor de Miguel, Diego.

–¿Qué le habéis estado enseñando a vuestro hijo durante vuestro viaje? ¿A bailar? Ya no recuerda ni cómo asir una espada –le dijo García.

–Seguro que no le habéis transmitido bien las órdenes.

–Tomad vuestras armas y seguidnos –le conminó a Miguel–. Vamos a demostrar a estos niños de pecho cómo debe combatir un Almoravid.

El salón pequeño estaba tranquilo. Elvira, la única hija de Catalina y García, tocaba la zanfoña con delicadeza, empapada del sonido que sus finos dedos arrancaban del instrumento. Le gustaba y tenía un don para reproducir las canciones que componían los trovadores. Había nacido el mismo año que sus primos Roland y Diego pero apenas había coincidido con ellos, por lo que los consideraba unos desconocidos. La canción se terminó y su madre la animó para que comenzara otra mientras Laraine, Isabel, Magdalena y la propia Catalina bordaban. Sola, inmutable, en un rincón, permanecía Clemencia. Comía y dormía, pero seguía sin relacionarse con nadie.

Laraine se levantó para mirar por la ventana. Fuera Etienne y Johan –el hijo menor de Catalina– jugaban a pelearse. O eso al menos le pareció a la dama hasta que el puño de su hijo impactó en la nariz de su primo.

–¡Etienne!

La música paró de golpe y todas en el salón se sobresaltaron, incluso Clemencia pareció saltar en su asiento. La siciliana entrecerró los ojos al observar la reacción de la niña que había traído Iñigo consigo, pero no tuvo tiempo de pensar en ello. Salió corriendo para separar a su hijo y a su sobrino. La tierra mojada se pegó a sus zapatos trabando su avance. Con alguna dificultad se plantó delante de los dos niños, apartándolos. El barro escurría por sus caras y sus brazos.

–¿Se puede saber en qué demonios estáis pensando?

Silencio. Ninguno de los dos niños movió un solo músculo. Sus cabezas apuntaban al suelo y sus miradas, fijas en el lodo, evitaron enfrentar la de Laraine.

–¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Quién de los dos me va a decir por qué discutíais? –les cuestionó la siciliana.

Catalina, que llegó en ese instante, también estaba muy interesada en saber qué ocurría. Por el rostro de su hijo menor corría un pequeño reguero de barro mezclado con la sangre que manaba de su nariz. Las dos mujeres se miraron y, como si hubieran tenido el mismo pensamiento a la vez, cogieron a sus hijos y se los llevaron dentro, encerrándose con ellos en el salón pequeño. Clemencia seguía allí, sentada en la silla. Las demás chicas se quedaron escuchando detrás de la puerta, enfadadas por no poder presenciar la regañina.

Laraine miró con severidad a su hijo de ocho años. Sus grandes ojos claros resaltaban en su cara sucia como dos hermosos soles salpicados de briznas de hierba. Su pelo rubio estaba oscurecido por el barro.

Catalina carraspeó y Johan se encogió y miró a su primo de soslayo.

–Estoy esperando, Etienne.

El pequeño miró a Johan antes de contestar, pero no pudo ver su cara.

–Podéis callar y esperar a que lleguen vuestros padres o podéis contárnoslo a nosotras.

La alternativa estaba clara. Sus madres serían mucho más indulgentes que Miguel y García, pero no era tan fácil dar el primer paso.

–Solo os quedan unos instantes para que vuestra oportunidad concluya.

–Nos peleábamos –empezó Etienne– porque Johan me ha llamado bastardo. Me ha dicho que no me parezco en nada ni a mis padres, ni a mis hermanos, y que por eso era un bastardo.

Sus mejillas se ruborizaron entre las manchas de la cara. Sus ojos miraban a su madre con súplica. Antes de la reprimenda, necesitaba cerciorarse de que no era nada de eso que su primo le había llamado. Laraine fue a hablar, pero Catalina se le adelantó.

–¿Es cierto eso? –le preguntó a su hijo que tenía la misma edad que Etienne.

El joven Johan agachó la cabeza y contestó con un sí apenas apreciable.

–Tu primo no es ningún bastardo. ¿Cómo se te ha podido ocurrir decir algo así?

El pequeño titubeó. No sabía cómo salir del atolladero en el que se había metido. Pero, fuera cual fuera el castigo, era mejor decir la verdad. Eso le había enseñado su padre, aunque ahora que había llegado el momento de ser sincero y valiente, debía reconocer que tenía miedo.

–El otro día padre hablaba con el tío Miguel y dijo que se notaba a la legua que Lope Pérez era un bastardo porque no se parecía en nada a su padre ni a su madre.

Las dos mujeres se miraron y hablaron en bajo un momento. Inquieto, Etienne movió sus pies sobre la madera del suelo. Johan mantenía la mirada en sus pies y las manos a su espalda. Cuando sus madres terminaron de hablar, los dos las miraron. Sus padres siempre les recordaban que había que enfrentar los castigos con entereza y valor.

–Johan, tendrás que disculparte con Etienne.

Era justo, pensó el pequeño.

–Lo siento, primo. No era mi intención molestarte.

–Acepto tus disculpas –dijo con sinceridad.

–Etienne, tú también le debes una disculpa a Johan –intervino la siciliana.

–Yo también lo siento, primo. No debí golpearte.

–Catalina y yo hemos decidido que esta semana deis vosotros de comer a los cerdos. Además, tendréis doble rato de estudio y nada de juegos. Ahora subiréis a vuestro cuarto hasta que se os llame a comer.

Los dos niños salieron cabizbajos. En la puerta se escucharon unos ligeros sonidos de varios pies que se alejaban. Las que estaban espiando salieron atropelladamente, confundiendo sus pasos con la llegada de los hombres que habían ido a entrenarse. La gran casa pronto se llenó de actividad. Los recién llegados parecían satisfechos y ese gozo se traslucía en sus palabras y en sus risas. Eso se tradujo en una comida distendida y alegre hasta que Magdalena hizo a su padre la pregunta fatídica.

Miguel se quedó quieto, moviendo tan solo sus pupilas de lado a lado. Su hija volvió a repetirle la consulta, como si nadie la hubiera oído, cuando toda la sala se había llenado de silencio. En la esquina de la derecha, donde estaban los más jóvenes, se escucharon varias risas tras la reiteración de la pregunta. Y todas las miradas convergieron de golpe en el infanzón. El de Grez mantuvo la calma y miró a su hija.

–Tu hermano Etienne no es un bastardo, Magdalena –dijo con calma–. ¿Por qué se te ha ocurrido preguntarme eso?

–Johan y él se han peleado porque Johan le ha dicho que no se parecía a ninguno de nuestra familia y le ha llamado bastardo.

–¿Es eso cierto? –preguntó mirando a su esposa.

«Bien –pensó Etienne–. Niña entrometida. Ahora *aita* y el tío García nos pondrán otro castigo». Miró a su primo pidiéndole disculpas.

Laraine, mientras tanto, asintió en silencio.

–Creo que esta comida ha dado un giro inesperado –intervino García. Aunque trataba de disimularlo, le parecía divertido y su voz no sonó del todo enojada–. Será mejor que nos dejéis solos. Si nos disculpáis, salid todos, menos Johan y Etienne.

Hubo algunas risitas mientras todos salían. Miguel *txikia* palmeó a su hermano pequeño en la espalda. «Siempre supe que eras un pequeño diablillo –le dijo al pasar– y, por lo que veo en tu rostro, Etienne es más rápido que tú».

Diego movió la cabeza de lado a lado.

–Te has metido en un buen lío –le dijo a Etienne.

–Iñigo, ¿podéis asegurarnos de que nadie se quede a escuchar tras la puerta? –le pidió Catalina.

La puerta se cerró y los dos niños parecieron achicarse ante sus padres. García y Miguel pidieron una explicación a sus esposas y estas les relataron el incidente.

–Me apuesto lo que queráis –dijo García mirando a Miguel– a que ninguno de los dos tiene idea alguna de lo que significa la palabra bastardo.

Los dos primos enrojecieron ante el comentario y las consecuentes carcajadas con que los dos caballeros acompañaron la frase.

–Por esta vez, y como vuestras madres ya os han castigado, lo dejaremos así –manifestó Miguel– Podéis iros.

Laraine miró con cierta desaprobación a su marido, pero esperó a estar a solas con él antes de pronunciarse.

–Creo que deberíais hablar con Etienne.

–¿Por qué?

–Porque creo que es cierto que no entiende claramente el significado de lo que le ha llamado su primo. Lo conocéis demasiado bien como para saber que estará intranquilo. Y cada vez que alguien le diga que no se parece a sus padres... no quiero ni imaginármelo.

Miguel se quedó pensativo. Laraine se desesperó un poco. Al parecer, no le daba la misma importancia que ella.

–¿No vais a hacer nada? –le reclamó.

–De acuerdo. Me llevaré a Etienne conmigo esta tarde a Subiza y le explicaré el significado de la palabra bastardo y por qué él no lo es. Pero, hacedme un favor y explicádselo vos a Magdalena; porque está claro que ella tampoco lo entiende. Y, de paso, hacedle saber que no está bien espiar detrás de las puertas.

Isabel buscó con prisa a su madre.

–¿Es cierto que *aita* va a llevar a Etienne a Subiza?

Antes de contestar, Laraine escrutó el rostro de su hija.

–Es cierto.

–Dejadme ir con ellos, por favor.

–¿Por qué ese repentino deseo de alejaros de Pamplona?

–Aquí no hay nadie de mi edad y me gustaría ver al abuelo Juan.

–Si a tu padre le parece bien... puedes acompañarlo.

Isabel corrió a buscar a su padre. No quería que se fuera sin ella.

–¿Qué ocurre, Isabel? –dijo Miguel observando a su hija mayor. Se estaba

convirtiendo en una jovencita sin darse cuenta. A sus trece años ya despuntaban en ella la suavidad de su cutis, la profundidad de su mirada y las curvas de su cuerpo. Se parecía a su madre. Al menos a él se lo recordaba.

–Madre dice que puedo ir con vosotros a Subiza.

Miguel buscó la mirada de Laraine, quien se encontraba en la puerta de la casa. Esta se encogió de hombros.

–Está bien, si crees que puedes estar lista en lo que tardemos en cargar las cosas.

–Lo estaré –le aseguró.

El viaje fue tranquilo. Isabel disfrutó viendo cómo el día iba perdiendo luz y cómo la noche se adentraba en el reino. Sus mejillas estaban sonrosadas tanto por el viento como por la emoción de ir a un sitio diferente. En cambio, Etienne se mostraba más nervioso. No abrió la boca en todo el camino.

Cuando llegaron a Subiza les estaban esperando. Miguel había enviado un escudero por delante para participarles de su visita. Aunque sabía que siempre era bien recibido en casa de Álvaro, no quería importunar.

–¿Es cierto? ¿Es cierto que estáis aquí?

Un anciano de pelo cano y lacio aguardaba en la puerta. Tanteaba con sus manos por delante y se apoyaba en un grueso cayado. Sonreía a través de las arrugas de su rostro. Sus ojos vacíos buscaban en el aire la esencia de su hijo mayor.

–¡Aita! –Miguel tomó a su padre por los manos y recibió su abrazo.

Juan tanteó las espaldas de su primogénito y sus brazos y después subió sus manos buscando el perfil de su cara. Asintió satisfecho. Miguel llamó a sus hijos y les hizo ponerse delante de su abuelo.

–Tú debes de ser Isabel –dijo el anciano tras acariciar suavemente el rostro de la muchacha, quien no pudo contenerse y abrazó a Juan.

–¡Ah! Y el pequeño Etienne. Siempre tan tímido.

Miguel dejó a sus hijos con Juan y se dirigió hacia el interior.

–¿Va el señor de Subiza a desconsiderar a sus invitados? –preguntó al vacío del zaguán de la casa.

Un hombre maduro como él, de expresivos ojos grises, apareció de súbito. Los dos se abrazaron largamente.

–Sed bienvenido –le dijo don Álvaro–. Por aquí se os echaba en falta. Las malas lenguas decían que ya habíais regresado de Brindisi, pero que todavía

estabais recuperándoos de la fiesta de Apellido de los Almoravid.

–Sed bienhallado –le contestó Miguel–. Y que sepáis que no me ha hecho falta tener que recuperarme. Sé cuidarme. La duda me ofende.

Álvaro sonrió ante la exposición de su amigo, su hermano de leche.

–Os hemos guardado algo de cena.

–Os lo agradecemos.

Doña María había engordado un poco, pero su rostro mantenía la frescura de su primera juventud, a pesar de las arrugas que ya empezaban a anidar en su frente y en la comisura de sus labios. Descendió ceremoniosamente por las escaleras, sonriendo ante la llegada de Miguel. El infanzón la tomó de la mano y la saludó.

–Sed bienvenidos a nuestro humilde hogar.

–Siempre es un placer volver a veros.

Miguel llamó a sus hijos que seguían acompañando a Juan para que saludaran a los señores de la casa.

–Desde que vuestro escudero anunció vuestra llegada ha estado esperándoos en la puerta –le dijo Álvaro.

Miguel sonrió para sí.

–¿Y vuestros hijos y mi hermano? –quiso saber el infanzón. No preguntó por su hermana Teresa porque se había casado y vivía en Aibar.

–Los veréis por la mañana.

–Siento incomodaros con nuestra repentina llegada. Debe ser ya muy tarde.

–Bien sabéis que no nos importa. ¿Y qué os trae por aquí? –le preguntó Álvaro haciéndoles pasar al pequeño comedor donde aguardaba un criado para servirles la cena.

Tomaron asiento. Etienne no pudo evitar bostezar varias veces. Estaba cansado. Para él había sido un día largo y, además, estaba castigado.

–A veces uno necesita afianzar sus raíces. Ya os lo explicaré –le confió mirando de reojo a su hijo menor al que se le empezaban a cerrar los ojos–. Os hemos traído unos obsequios. Isabel, ¿querrías hacer los honores?

La muchacha obedeció y entregó a Álvaro dos paquetes.

–Este es para vos –le dijo al noble.

–¡Vino!

–El mejor vino, según el tío Alejandro.

–Entonces será cierto.

–Y esto es para vuestra esposa. Las ha elegido mi madre para que mandéis hacerle un hermoso vestido –le comunicó Isabel haciéndole entrega del

segundo paquete.

Álvaro se lo pasó a su esposa. María lo abrió y enseguida apreció la suavidad del terciopelo y la calidad de la seda y de las pieles. Las acarició con delicadeza. A María le hubiera gustado tener alguna hija, pero Dios le había dado tres varones. Miró a Isabel con cariño y le invitó a que se sentara junto a ella para que le contara todo lo referente a su viaje a Brindisi. Miguel y Álvaro entablaron una conversación aparte, mientras Etienne se quedaba dormido sobre la mesa.

Miguel hizo madrugar a su hijo. Somnoliento, salió de la cama y se vistió en silencio. Se restregó los ojos para quitarse el sueño que lo acompañaba, antes de sentir sobre su cara la gélida agua con que su padre le obligó a lavarse. Más espabilado, acompañó a su progenitor hasta el exterior. Hacía frío y una neblina baja untaba el suelo de humedad. Miguel le hizo caminar deprisa; aún así, tiritaba debajo de su capa. El infanzón se detuvo delante de una tumba; un pequeño bulto que se elevaba sobre la tierra. A Etienne le daban escalofrío los cementerios. Su padre se arrodilló en silencio, hizo la señal de la cruz y comenzó a rezar un padrenuestro. Su hijo lo imitó sin saber aún por qué lo había llevado allí. Pero no dijo nada. Esperó hasta que el adulto se levantó y él hizo lo mismo.

—Etienne —le dijo muy despacio, haciendo que su hijo lo mirara—, te he traído aquí porque tu madre considera que debo profundizar sobre ese asunto por el que os pelasteis Johan y tú, aclarándote algunos puntos —su hijo se encogió dentro de su capa—. Os peleasteis porque él te llamó bastardo y tú le pegaste por eso. Un bastardo, Etienne, es el hijo nacido de una unión no matrimonial, por lo que parece claro que tú no lo eres.

—Si no lo soy, ¿por qué me lo llamó?

Miguel se encogió de hombros mirando al frente.

—Como tú, no tenía claro el significado de la palabra. Quizá se molestó contigo por algo y lo primero que le vino a la cabeza fue esa palabra, que la usó como insulto.

Etienne agachó la cabeza, sintiéndose culpable.

—¿Es malo ser bastardo? —preguntó el pequeño.

—No, no lo creo. Tú eres mi hijo legítimo, pero, aunque no lo fueras, te querría igual.

—Entonces...

–El problema viene de que a veces los hijos bastardos no tienen el mismo derecho a heredar que los legítimos. Aunque no siempre ocurre así. Y eso puede acarrear disputas.

–*Aita* –se atrevió a preguntar–, Dulce ¿es hija bastarda de don Alvar? –el de Grez asintió con la cabeza–. Pero vos no queréis que Diego esté con ella.

Miguel se agachó hasta ponerse a la altura de su hijo y lo cogió suavemente por los hombros.

–A veces, Etienne, la vida es un poco compleja. Si no quiero que Diego esté con Dulce no es porque sea una hija bastarda. Es por un asunto diferente.

Los dos se quedaron en silencio durante unos instantes. Etienne se mordió los labios, había otra cosa que le atormentaba.

–*Aita*, Johan dijo que no me parecía a mi familia y en eso... tiene razón.

Miguel se levantó y miró al frente. Subiza se extendía alrededor de él. Era el lugar en el que había pasado gran parte de su infancia, el sitio que había tenido vetado visitar durante mucho tiempo; hasta la muerte de don Yenegro Martínez de Subiza.

–Esa es la razón por la que te he traído aquí.

El chiquillo frunció el entrecejo y lo miró con curiosidad.

–Tú sabes que soy un Almoravid –empezó a explicarle–. García, Guillaumes, Sancha y Ermesinda son mis hermanos y sus hijos, mis sobrinos. Don Fortún y doña Teresa fueron para mí como unos padres, pero tú sabes, aunque no los conociste, que no lo eran de la forma en que Laraine y yo lo somos de todos vosotros. Don Fortún me adoptó hace mucho tiempo y siempre me trató como a uno más de sus hijos, aunque no lo era. Por eso no encontrarás parecido entre ellos y yo porque no compartimos la misma sangre. Nuestros orígenes, Etienne, están aquí –le dijo señalando con sus manos la tumba y la tierra que había delante de ellos.

–¿De quién es esta tumba, *aita*? –preguntó.

–Aquí descansa una gran mujer, Etienne, tu abuela Guiomar. Ven, vamos. Quiero enseñarte algo.

El frío era intenso. La bruma empezaba a desvanecerse, dejando percibir unos tímidos rayos de sol que se levantaban sobre el horizonte. Miguel cogió su caballo y cabalgó con su hijo fuertemente agarrado delante de él por las tierras que circundaban Subiza. El infanzón le mostró a su vástago los lugares por los que correteaba cuando era tan pequeño como él. Etienne parecía más relajado y preguntaba sin parar. Llegaron a un campo de gran extensión en el que pronto empezaría a crecer el cereal y padre e hijo desmontaron. Etienne

vio algunas personas reunidas hacia la mitad del campo y las observó con curiosidad.

–¿Ves allí al abuelo Juan?

Etienne asintió.

–Ahora sus ojos han perdido la visión y el brillo que tenían en su juventud. Su mirada era intensa y el color de sus iris, algunos tonos más oscuros que un campo de trigo a punto de ser recolectado, estaba salpicado de briznas verdes, como los tuyos. Algunas veces ganaba el tono marrón, otras el verde, como en tus ojos. Mira su pelo. Ahora lo ves cano, pero tenía el mismo color que el tuyo.

Etienne no parecía muy convencido pero no dijo nada al respecto. Sin embargo hizo otra pregunta a su padre.

–¿Quiénes son los que están con él?

Miguel sonrió.

–Esos, Etienne, son mi hermano Bartolomé y sus hijos; tu tío y tus primos. Quiero que te fijes en tus primos, especialmente en el menor de ellos. Tiene un año más que tú.

Al verlos, Bartolomé se acercó corriendo y saludó formalmente a su hermano, pero Miguel se fundió con él en un gran abrazo. Por detrás, los dos muchachos ayudaban a Juan a llegar hasta ellos. Etienne los observó sin ningún tipo de disimulo, especialmente al pequeño, como le había dicho su padre. Aguzó su vista sin perder detalle de sus movimientos. Conforme se acercaban, los rasgos de su rostro se hicieron más nítidos y Etienne comprendió lo que su padre quería decirle. Sonrió. Miguel vio el cambio de su expresión y supo que había entendido.

Los dos chiquillos de su hermano eran bastante extrovertidos. Estaban acostumbrados a volar libremente por los campos como un día hicieron Miguel y Álvaro. Pronto se quisieron llevar a Etienne con ellos. El chico miró a su padre pidiéndole permiso y, al mismo tiempo, recordándole que estaba castigado. Miguel le sonrió y le permitió ir. Recorrieron los campos durante gran parte de la mañana. Bartolomé controlando cómo iban los cultivos con su mirada y Juan haciendo comentarios con la extraordinaria agudeza que le daba su experiencia vital. Pasadas las doce compartieron un poco de pan y queso regado con un vino rebajado. Etienne ya no tenía frío. Sus mejillas estaban arreboladas por todo lo que había corrido con sus primos y las aventuras que habían recreado. Etienne les contó cómo era un barco y cómo había navegado en varios junto a su tío Alejandro. Parecía feliz, seguramente era la primera

vez en su vida que se sentía protagonista. En su casa siempre era el pequeño y nadie le hacía caso. Pero allí, con sus primos... era diferente.

Juan caminaba orgulloso entre sus hijos, apoyado en sus brazos. No había querido montarse en el caballo de Miguel. «Siempre tan obstinado», pensó el infanzón. Le hablaron de las cosechas, del tiempo, de cómo había cambiado todo desde que Álvaro era el señor de aquellas tierras; desde que su padre, don Yenegro, había muerto. El recuerdo del Martínez de Subiza le parecía ahora lejano. Pero su cuerpo aún mostraba cicatrices que le recordaban la crueldad de aquel noble que había acabado sus días ahorcado. Los méritos de todas las atrocidades que había cometido no le hacían merecedor de otro final. Apartó aquel pensamiento. Su padre tenía razón; Álvaro había cambiado aquellas tierras para mejor. Regresaron a la hora de comer. El rostro de su hijo se había transformado. Por la tarde, el chiquillo ayudó a sus primos a cuidar de los animales. Una ardua tarea, pero que para un chiquillo educado como miembro de la nobleza constituyó toda una aventura. Y eso que su madre se lo había impuesto como castigo, pero sus primos consiguieron que pareciera un divertimento.

Álvaro le mostró a Miguel la última espada que habían forjado para él. El infanzón la estaba probando cuando vio a su hija acompañada por Pedro, el hijo mediano de Álvaro. Los dos muchachos caminaban pegados a la pared exterior de la propiedad. Desde la casa no se les podría ver, pero sí desde donde estaban los dos caballeros. Miguel se quedó con el arma en la mano, apuntando hacia abajo justo cuando Pedro le daba un beso en la mejilla a su hija. Miguel dio un paso al frente dispuesto a correr hacia ellos. Álvaro lo detuvo por el brazo.

–Ha sido solo un beso, un beso casto en la mejilla.

–Pero... Isabel solo tiene trece años.

–Eso no va a mancillar su honor Almoravid, ¿no? –Álvaro miró divertido a su amigo—. Dejadles que paseen juntos. ¿Acaso no recordáis vuestro primer beso? ¿Vuestro primer amor?

–No lo recuerdo como algo demasiado agradable, la verdad.

–Lo que vino después no fue agradable para vos, pero seguro que cuando la cortejabais pensabais que era lo más maravilloso del mundo.

–Hasta que cierto amigo se interpuso en mi camino –Miguel se volvió y la espada apuntó al pecho de Álvaro por un instante.

–No sé por qué, pero creo que ahora no os importa demasiado que yo me llevara a María.

–Quizá vuestro padre hasta me hizo un favor.

–O me lo hizo a mí. O a los dos.

Miguel esbozó una sonrisa.

–No creo que entre sus intenciones estuviera el hacernos felices a ninguno de los dos.

–No, supongo que no, pero lo cierto es que lo hizo.

Álvaro elevó sus cejas y sonrió mientras observaba a los jóvenes. Pedro tomó de la mano a Isabel y siguieron caminando.

Miguel se entretuvo desensillando su caballo. El aroma Almoravid embargó su ser y no pudo menos que sonreír. Estaba contento de haber regresado a su hogar, al hogar en el que lo querían tal cual era, en el sitio en el que se había convertido en lo que ahora era. Una sombra llamó su atención. Se movía despacio en el patio.

–¿Tío?

Don Iñigo se giró y miró a su sobrino. Sin dar apariencia exterior de haberlo reconocido siguió con su tarea. Apretó fuertemente el hacha que tenía en sus manos y la lanzó con fuerza hacia abajo hasta que impactó contra el leño que estaba partiendo.

–¿Estáis bien?

El noble dejó caer pesadamente el hacha y miró de nuevo a Miguel. Esta vez clavó su mirada en la del infanzón.

–¿Os ocurre algo? –insistió Miguel.

–No sé cómo tratarla, Miguel –le confió.

El de Grez se pasó la lengua por los labios, mojándoselos.

–¿Os referís a Clemencia? –le preguntó más que nada por ganar tiempo, porque ya suponía que se refería a ella.

Iñigo se sentó pesadamente en uno de los troncos. Parecía que por primera vez en su vida afrontaba una batalla imposible de enfrentar. Se sentía en inferioridad de fuerzas y sin una táctica que seguir.

–Su nombre es Thurayya y sí, acertasteis al pensar que conocí a su madre mientras estuvimos en tierras almohades con nuestro rey. Se llamaba Badra. Luna llena, me dijo que significaba su nombre. Tenía la piel del color de las arenas del desierto, tan suave y perfecta... Era reservada y discreta, aunque en su interior yo sabía que se escondía una mujer fuerte, rebelde.

Conforme avanzaba la narración, el noble parecía beber del pasado.

–¿Cómo es que yo no me enteré de eso, ni ninguno de nosotros?

–Ocurrió al final, prácticamente cuando llegó el momento de marcharnos.

–Debió ser una dama especial cuando vos...

–No era una dama sino una esclava, pero os puedo asegurar que era muy especial. Al menos así lo sentí yo.

Iñigo le contó cómo había tratado de convencer a Badra para que se viniera con él. Pero ella se había negado. No podría vivir entre cristianos, le había dicho muy convencida. «No sabría vivir como vuestra esposa, ni como vuestra concubina. Venimos de mundos diferentes, distintos, que nunca convergerán». Sus palabras le habían hecho daño y por más que don Iñigo había insistido, más aferrada a su negativa se había mostrado ella.

–Fue del todo inútil. Le dije que si alguna vez cambiaba de opinión que me buscara y le hice memorizar la forma de encontrarme. Fue lo único que conseguí de ella. Sin embargo, nunca se puso en contacto conmigo, ni supe nada de ella, hasta hace unos meses.

El Almoravid le contó cómo había llegado hasta él una carta en la que le pedía ayuda.

–En ella rogaba mi perdón y me suplicaba que fuera a buscarla, que si no quería hacerlo por ella, lo hiciera por la hija de ambos que se llamaba Thurayya y que estaba en peligro. Así que fui, pero no fue fácil encontrarlas. No estaban donde me había dicho. Mientras yo viajaba, don Alfonso de Castilla había roto la tregua firmada con el Miramamolín⁴ que expiraba a finales del año pasado. Todo el sur andaba revuelto. Las plazas de Baeza, Jaén y Andújar habían sido atacadas por tropas castellanas. Así que tuve que buscarlas casi a la desesperada. Al final las encontré refugiadas en Malagón, pero llegué solo a tiempo de escuchar la última confesión de Badra antes de morir en mis brazos. Me dijo que Thurayya era mi hija. Me contó que era una niña especial que no hablaba ni oía, pero que era buena y hacendosa. Me hizo jurar que la cuidaría por ella. Pero yo nunca he cuidado de nadie que no fuera yo mismo.

Había cierto grado de desesperación en su voz

–Cuidasteis de mí –le recordó Miguel.

–Os aseguro que vos me distéis muchos problemas, pero no erais una niña sordomuda.

–Quizá una mano femenina pueda servir de puente entre vos y vuestra hija –la expresión del rostro de Iñigo pareció relajarse un poco ante las palabras del infanzón–. Si habéis confiado en mí, supongo que preferís que sea Laraine

la que lo intente, aunque si vos pensáis que Catalina...

–No, que sea vuestra esposa –lo interrumpió Iñigo–. Y, Miguel, prefiero que este secreto se mantenga de momento entre nosotros dos.

Miguel asintió, pero su tío se quedó mirándole fijamente.

–Palabra de Almoravid –terció Miguel–. Hablaré con mi esposa.

-
- ¹ El mesapio fue un idioma hablado en la parte sureste de Italia, conocida hoy como Apulia, entre los siglos VIII a.C. y I a.C. Estas son algunas de las palabras en mesapio que han llegado hasta nuestros días. Se desconoce su significado, pero ahí quedan como testimonio del idioma del que Laraine era depositaria.
http://www.oocities.org/linguaeimperii/Balkanic/messapic_es.html
 - ² Uno de los tres burgos que entonces conformaban la ciudad de Pamplona: La Navarrería, San Cernin o San Saturnino y San Nicolás.
 - ³ Se refiere aquí a Alfonso VIII de Castilla, primo de Sancho VII el Fuerte, que tomó Vitoria mientras el rey navarro se batía en tierras almohades.
 - ⁴ Así llamaban los cristianos a Muhammad al-Násir, cuarto califa almohade. El nombre derivaba de la deformación del sobrenombre con que era conocido el califa; amir almu'aminin, príncipe de los creyentes.

TAMBORES DE JIHAAD

«Estando en Marrákus, tuvo noticia de que Alfonso se extendía por las fronteras de los musulmanes en el Andalus, devastaba sus aldeas, robaba sus bienes y cautivaba sus mujeres y niños: preocupado e inquieto con estas nuevas, escribió al jeque, Abú Muhammad, señor de Ifriqiya, consultándole sobre la conveniencia de una expedición al Andalus. Aconsejóle Abd al-Wahid que no la emprendiese, pero Al-Nasir no le atendió y se dispuso enseguida para la guerra santa. Era el Miramamolín muy pagado de su propio parecer y muy independiente en la administración de los negocios».

1211 El Saláwí, texto árabe. Tomo I. Recogido en el libro de Ambrosio Huici Miranda. Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas (almorávides, almohades y benimerines)

FRISABA EL MEDIODÍA, hora del Ángelus, y *El Perenne* rozaba ya aguas infieles. Su proa partía las olas que se precipitaban contra el casco y el agua salpicaba el rostro joven de aquel que navegaba en la avanzadilla de la cubierta, mientras el viento revolvía sus cabellos. La marejada parecía querer arrojar la embarcación hacia las costas de Ifriqiya⁵. Roland sonrió abiertamente, sintiéndose dueño del tiempo. El sabor salado llegó a su garganta, mas no le importó. Su camisa estaba mojada, así como sus calzas, pero no se movería de aquel lugar privilegiado.

Desde el timón, Alejandro se permitió una larga sonrisa; estaba orgulloso de su sobrino. Hacía tiempo que había constatado que por sus venas corría la sangre marinera de los Salerno. Esperó un poco antes de llamarlo. Sabía que estaba disfrutando, pero no estaba de más tomar precauciones; no lo quería perder por un golpe de mar.

Roland se giró al escuchar su nombre. Su tío le hizo señas y el joven acudió raudo. Había un entendimiento especial entre ambos.

–Prepárate. Pronto atracaremos en Túnez.

Sin dejar de sonreír, Roland se calzó y bajó a la bodega donde se almacenaban cuidadosamente tejidos, armas y herramientas, y preparó sus enseres. Se movió con rapidez. Tenía ganas de llegar a Túnez e intercambiar la mercancía por especias, sedas y jade llegados desde China y que cargarían en las costas de Ifriqiya. Estaba ilusionado porque su tío le había dicho que

permanecerían unos días en la ciudad, en casa de Muhammad ibn Ali, un personaje que le intrigaba. La costa apareció ante sus ojos antes de lo que había calculado. El acercamiento, dirigido por las manos expertas de Alejandro, se ejecutó con precisión a pesar del fuerte oleaje, algo menos marcado una vez dentro del golfo de Túnez. Roland inspiró fuertemente y sonrió a su tío al saltar a tierra. Pronto comenzó la actividad frenética de la descarga.

Al final del día, tío y sobrino estaban satisfechos. Habían distribuido toda la mercancía y caminaban ya hacia la morada de Muhammad ibn Ali, donde iban a descansar los próximos días, hasta que el barco estuviera cargado de nuevo. Entonces tomarían la ruta que les llevaría a Cerdeña, Sicilia y Mallorca.

Roland bromeaba con su tío. Estaba de buen humor y el sol del atardecer aún se reflejaba en su rostro risueño. Le gustaban las calles de Túnez con sus olores y sabores tan diferentes; esa mezcla en el aire tan indefinible como atractiva. Por eso disfrutó del paseo hasta la casa de Muhammad.

–¿Recuerdas lo que te he dicho? –le preguntó Alejandro.

–Los silencios de Muhammad son tan profundos como sus palabras y debo respetarlos igual que aquellas.

Alejandro dio un par de palmadas a su sobrino en el hombro en clara muestra de satisfacción y cariño. Roland era lo más parecido a un hijo que tendría jamás. Había estado muchos años casado –su esposa había muerto hacía poco–, pero nunca había tenido descendencia. Aquel joven, hijo de su prima Laraine y del navarro al que un día quiso quitar la vida, colmaba de sobra su paternidad.

–Eso es –le dijo–. Muhammad es un sabio.

–Por lo que me habéis contado de él, más bien parece un hombre lleno de manías.

–Muhammad sabe leer las almas.

–¿Estaré seguro en su casa? Quizá descubra en mí algo de esa rara mezcla de sangres que vos siempre decís que me hace tan difícil de gobernar, como si fuera uno de vuestros barcos.

Muhammad ibn Ali los acogió con respeto y hospitalidad. Se mostró distante al principio, aunque hacía más de veinte años que Alejandro disfrutaba de su amistad. Pero esa distancia que mantenía era simplemente su forma de relacionarse con el mundo. Roland pronto apreció que trataba a su tío con deferencia y confianza a pesar de que a veces expresara tan poco con

palabras. Se habían sentado sobre alfombras y cojines, con las piernas cruzadas. A Muhammad le acompañaba su hijo, Abu, quien se sentó a su derecha. Roland trató de compararlo con su padre. Le resultó difícil hacerlo a través de su hierática e inexpresiva actitud. La sala se llenó de un aroma indefinido, fruto de los manjares y bebidas con que su anfitrión los obsequió y el joven pronto se olvidó de Abu. La sabrosa cena pareció abrir la boca y los pensamientos de Muhammad.

—¿Está dispuesto a mostrárnoslas? —le preguntó Alejandro a aquel hombre sabio en alusión al mercader con el que se verían al día siguiente.

—No ha sido fácil de convencer, amigo mío. El Telesuro es muy celoso de sus transacciones. Todas ellas están basadas en la mutua confianza. Solo nos dejará ver una.

—¿Y dices que siempre pide la décima parte del dinero por adelantado?
Muhammad asintió.

—¿Antes incluso de ver la mercancía?

El tunecino volvió a asentir. Alejandro enarcó levemente sus cejas, pero se guardó sus pensamientos, quizá contagiado por la personalidad de su anfitrión. El siciliano tomó despacio la copa y dio un pequeño trago con movimientos muy medidos. «En una piedra de jade se puede apreciar su pureza, pero eso no indica que el resto de cargamento sea igual de bueno. Aunque eso también puede ocurrir con otras mercancías. ¿Por qué esta vez me importa tanto examinarlas? Por su valor», concluyó para sí mismo.

—Mi hijo te confirmará la exquisitez del jade del Telesuro.

Abu desvió su mirada hacia Alejandro.

—La calidad de los productos del Telesuro está fuera de toda duda. Comprendo que para un infiel como vos sea difícil de entender. En cualquier caso... vos sois el que parece interesado y él pone sus normas.

No esperaba Alejandro esa acritud en la respuesta, pero aceptó sus palabras con una leve inclinación de su cabeza. Roland se atrevió a mirarlo por primera vez desde que habían iniciado la cena. Su voz era algo más aguda de lo que había esperado, pero no le sorprendió la frialdad de su entonación. Como si leyera sus pensamientos, Abu clavó sus fríos ojos oscuros en el joven. Roland desvió su mirada hacia el plato que acababan de llenar con carne y se concentró en masticar.

—Mañana al mediodía nos ha citado en su casa —dijo Muhammad, lavándose con cuidado las manos en un cuenco que uno de sus sirvientes le tendía y secándose las con una toalla caliente. Los demás lo imitaron. La cena

se daba por concluida.

Era tarde cuando un sirviente los acompañó hasta el sitio donde reposarían.

–Si debo ser sincero, os diré que estoy cansado –el sueño se traslucía en sus ojos al decirlo.

Alejandro lo miró con afecto.

–Llevamos cuatro años navegando juntos y nunca te he oído quejarte por cansancio.

–No me estoy quejando –replicó molesto.

–Dormirás bien en Túnez.

–Seguro que lo haré.

–Roland... –le llamó su tío. El joven, que se estaba desvistiendo, se giró hacia él. Al ver el objeto que le mostraba frunció el ceño–, quiero hacerte un regalo.

El joven se llevó la mano a la boca y se pellizó el labio inferior. Sus ojos miraban los ojos de su tío.

–Mi padre me lo regaló cuando tenía tu edad. Quiero que sea tuyo.

Sin dar tiempo a réplica, Alejandro colocó una funda corta sobre sus manos. Dentro guardaba el cuchillo vaina que él llamaba *Magnet*.

Roland lo sacó de su funda y lo miró con admiración.

–Nunca os separáis de él. ¿Qué he hecho para merecer este honor?

–Hace muchos años intenté matar a tu padre con él.

El joven lo miró sin dar crédito a las palabras de su tío.

–¿Es cierto?

–¿Nunca te lo ha contado?

Roland negó con la cabeza. Los labios de su tío marcaron una mueca.

–Supongo que tu padre no ha querido predisponerte contra mí. Pero me hago viejo, Roland, y tú eres mi único heredero.

–Pero están mis hermanos...

Alejandro levantó su mano derecha y la movió en el aire como si se tratara de un pavo real desplegando su cola. Era su forma de quitar importancia a ese detalle. Tío y sobrino guardaron silencio durante unos instantes. Roland observó entusiasmado la hoja fina y afilada.

–¿En serio tratasteis de matarlo?

–Fue hace muchos años. Yo era joven y había dos asuntos que me

obsesionaban sobremanera. Uno era una mujer bella y fascinante, de la que me creía enamorado. Solo que ella no me tomaba en serio como pretendiente. Se llamaba Laraine Sybina.

–¿Mi madre? –preguntó entre sorprendido y escandalizado–. ¡Pero, si es vuestra prima!

–No pensaba en ella como tal o, al menos, no creía que eso fuera un obstáculo. Mi otra obsesión eran los barcos de Roger. Mi tío me amaba, pero creía que si Laraine se casaba con otro, lo perdería todo. Así que ideé un plan: traté de convertirla en mi esposa. Era la forma más fácil de quedarme con Sybina y los barcos de Roger. Estábamos en Brindisi cuando apareció tu padre.

–¿En Brindisi? ¿Qué hacía mi padre allí?

–Había ido a acompañar a la infanta Berenguela en busca del rey Ricardo, con el que iba a desposarse, y que la esperaba en Messina. Como te iba diciendo, yo tenía un plan y estaba dispuesto a llevarlo a cabo. Contraté a unos hombres para que fingieran un asalto sobre nosotros y así persuadir a Laraine de que necesitaba de un hombre que los protegiera y de que yo era el indicado. Y entonces aparecieron tu padre y García.

–Espada en mano, defendiendo el honor de los más débiles –declamó divertido el joven–. Me lo imagino.

–No solo abortaron el asalto y devolvieron el dinero que uno de los ladrones se había llevado como botín, según yo había pactado con ellos. Lo peor fue que, esa noche, Laraine se enamoró de tu padre.

–¿Y qué hicisteis?

–Seguí con mis planes. Había fracasado el primer intento, pero habría más ocasiones y tu padre seguiría camino en unos días. Como así fue. Pero, a su regreso, nos encontramos en Nápoles. Tu padre vino a nuestra casa en busca de un barco que lo llevara de vuelta a su reino. Laraine, que para entonces ya se había dado cuenta de mis intenciones sobre ella –que yo nunca le oculté por otro lado–, aprovechó la presencia de Miguel para que la dejara en paz y me dijo que tu padre estaba allí para pedir su mano. Aunque no era cierto, yo me lo creí y tuve un ataque de celos. Planeé matarlo, Roland. A tu padre.

En ese momento Alejandro hizo una pausa. Con ella, quería que su sobrino entendiera que no se sentía orgulloso de sus actos. Pero también quería valorar la reacción de Roland ante aquella confesión.

–Ibais en serio. De verdad deseabais su muerte –la voz del joven se apagó y se quedó en silencio, dubitativo, antes de continuar.

–¿Qué pasó después?

–Salí tras tu padre con dos hombres más y *Magnot* –dijo señalando el cuchillo vaina–. Lo acorralamos en una calleja estrecha como solo los cobardes saben hacer. Le clavé con saña el cuchillo –Alejandro acompañó sus palabras con un gesto de su mano– y dejé que los otros dos hombres le dieran una paliza y lo arrojaron desde el castillo del Huevo al mar.

–¿Cómo lo encontraron?

–Se armó mucho revuelo. Los navarros, con el infante don Sancho a la cabeza –ese que hoy es vuestro rey– lo esperaban en el puerto. Entonces apareció allí Filipo, uno de los hombres que se había encargado de vapulear a tu padre, con su anillo puesto. Para entonces, Laraine se había dado cuenta de que algo pasaba y también lo buscaba. Le hicieron confesar a Filipo y tu madre se tiró a las frías aguas del Tirreno para sacar a Miguel.

–Y... ¿qué os pasó a vos? Si yo fuera Roger os habría hecho matar –la vehemencia de sus palabras hizo sonreír a su tío.

–Roger me mantuvo encerrado en una mazmorra sin luz durante algún tiempo. No mucho. Y luego mandó cortar una falange de mi dedo –le confesó mostrándole el dedo mutilado–. Al día siguiente vino a verme y tras cerciorarse de que mi dedo amputado estaba bien, me dijo que me nombraba capitán de uno de sus mejores barcos.

–¿Por qué hizo eso?

–Eso mismo le pregunté yo.

–¿Y qué os contestó?

–*Castiga a los que te tienen envidia haciéndoles el bien* –eso es lo único que me dijo–. Pensé que mi tío era débil por aquel acto. Lo subestimé. Pero no llegué a entender el porqué de sus actos hasta que me puse por primera vez al timón de aquel barco que iba a gobernar como mío. Al tocar la madera, no sentí euforia, ni orgullo como había creído. Miré mi mano mutilada. No sentí dolor en ella, sino en mi corazón. Desde ese mismo instante supe que cada vez que embarcara, recordaría lo que había hecho y la culpa estrangularía mi alma. Y entendí que cada gota de agua que la mar salpicara en mis travesías, me recordaría aquellas que tu padre tragó en el Tirreno y estuvieron a punto de terminar con su vida. Mi tío supo hacerlo bien. Tu abuelo es un gran hombre. No se parece a Muhammad, pero en parte me lo recuerda.

Roland se quedó pensativo, mirando a su tío. *Magnot* continuaba entre sus manos.

–Recuérdalo bien, Roland, la crueldad es la fuerza de los cobardes. Haz

buen uso de *Magnot*.

Roland se durmió con el eco de las palabras de su tío resonando suavemente en sus oídos y el recuerdo de su familia bien vívido en su memoria. Los echaba de menos, especialmente a Diego. Le hubiera gustado regresar con ellos a Navarra, al menos durante un tiempo, pero su padre había insistido en que siguiera a Alejandro. Se había enfadado con él por no ceder a sus deseos, pero ahora ya no le importaba. Estaba a gusto en Túnez y no lo cambiaría por nada del mundo. El mar era como la sangre que recorría sus venas.

El chillido agudo de una gaviota lo despertó por la mañana. Estaba solo en la habitación. Como si hubiera estado espionando su despertar, una sirvienta entró sin hacer ruido. Con un leve gesto le indicó la puerta. El joven la siguió dócilmente hasta una habitación pequeña invadida por el calor que emanaba de la pequeña piscina de agua caliente situada justo en el centro. Otras dos muchachas lo esperaban allí. Aún somnoliento, notó las manos de la primera muchacha sobre su ropa. Roland negó con la cabeza e intentó huir hacia la puerta, pero la muchacha insistió, asiendo su manga con tanta delicadeza que el joven la sintió como una caricia que erizó el vello de su nuca. En su rudimentario árabe trató de explicar que él podía hacerlo solo. Las tres muchachas rieron y lo rodearon. «Es un sueño. Todavía debo de estar dormido». Sus sentidos parecían embotados. No sintió vergüenza ante su desnudez como había pensado y se dejó llevar mientras las tres le frotaban suavemente los hombros, el pecho y la cabeza. Cerró los ojos mientras el aroma a jazmín ascendía por sus fosas nasales. El inicio de una sonrisa se marcó en su rostro y suspiró de manera placentera.

Cuando volvió a abrir los ojos se encontró solo. Las risas se habían evaporado junto con la presencia de las muchachas. «Un bonito sueño – pensó—. ¿O no?». Salió despacio de la piscina. El agua chorreó hasta formar un charco alrededor de sus pies. Alguien se había llevado su ropa, aunque se había tomado la molestia de dejar una toalla. Se la ciñó a la cintura y regresó a su habitación. Allí encontró ropa de su talla dispuesta ordenadamente en una silla y algo de comida. Se vistió con aquellos ropajes desconocidos de estilo almohade. Aunque bastante diferentes de lo que acostumbraba llevar, descubrió que eran cómodos e ideales para esconder a *Magnot*. Al otro lado de la habitación halló una bandeja con el desayuno y dio buena cuenta de todo.

Una vez saciado su apetito, se marchó.

Desorientado, buscó la salida sin encontrar a nadie al que preguntar. No sabía adónde podía ir, ni si alguien lo esperaba en algún sitio concreto. Siguió andando hasta que sus pasos lo condujeron a un pequeño jardín. Se quedó contemplando la belleza de las plantas que allí crecían, embelesado por el aroma, las formas y los colores. El trino de los pájaros atrajo su atención y descubrió una gran jaula blanca situada en uno de los laterales. Se acercó a ella. El jolgorio se acentuó. Algunos pájaros volaron nerviosos en el interior. Roland miraba fascinado cuando notó que un pájaro pequeño se le venía encima. Apartó la cabeza preguntándose cómo había podido suceder y entonces se dio cuenta de que la puerta de la jaula estaba abierta. Acercó sus manos y trató de hacerse una idea de cómo funcionaba aquel mecanismo para cerrarla. Le costó desatascarla. Justo cuando miraba satisfecho el fruto de su esfuerzo, la tranquila voz de Muhammad se escuchó detrás de él.

—Aquí conviven decenas de especies —le dijo acercándose—. Algunas ni siquiera son conocidas en estas tierras.

El hombre se arrimó a la jaula sin mirar a Roland y extendió sus brazos cortos hacia la puerta que Roland, con mucho esfuerzo, acababa de cerrar. De un suave golpe la volvió a abrir.

—¿No se te ha ocurrido pensar que la puerta estaba así dispuesta a propósito?

Roland agachó su cabeza. Se sentía como un chico que, recién ejecutada su travesura, ha sido pillado in fraganti.

—Yo... —comenzó a decir tratando de disculparse.

—En este lugar no les falta comida, ni agua, ni sitio en el que refugiarse, pero son libres de ir y venir a su antojo.

—Lo siento, Muhammad. No era mi intención... pensé que... Lo siento de veras.

—Es hora de marcharnos. Tu tío está esperando.

Roland siguió cabizbajo a su anfitrión. No parecía ofendido, pero el joven sentía que le había fallado a su tío. Se encontraron con Alejandro en la entrada.

—Como ayer dijiste que estabas cansado no he querido despertarte.

«Me hubiera gustado que lo hicierais —pensó—. Así no habría metido la pata».

—Buenos días, tío Alejandro —saludó algo azorado el joven.

—Tu tío y yo vamos a encontrarnos con el Telesuro. Mientras, mi hijo te

enseñará la ciudad.

En ese instante, Abu se acercó a su padre. El encargo de cuidar del chiquillo infiel no era de su agrado y Roland tampoco se sintió honrado ante la perspectiva de pasar la mañana con Abu, pero no dijo nada. Bastante tenía con lo de los pájaros. Así que siguió a su guía sin decir palabra.

–¿Adónde vamos? –se atrevió a preguntar Roland.

–No quiero que tu horrible voz infiel me dirija la palabra. Camina detrás de mí y procura no perderte –le contestó Abu encarándose a él. Y sin darle más explicaciones comenzaron a andar.

Nervioso al principio, Roland caminaba preso de una extraña sensación detrás de Abu. Alejándose de la casa de Muhammad se introdujeron por callejuelas cada vez más estrechas en las que los puestos de los comerciantes ocupaban casi todo el espacio. En algunos sitios debía tener cuidado para no pisar las mercancías. La medina comenzó a ejercer cierta magia sobre él. Empezaba a sentirse fascinado cuando Abu le pidió que le esperara cerca de una puerta, desapareciendo en el mismo momento tras ella. Roland aprovechó para observar con más atención la vida que se desarrollaba ante él. No siempre disponía de la oportunidad de visitar las ciudades en las que atracaban. Era un adolescente que había crecido en los puertos donde los barcos de su tío los llevaban y se había acunado sobre las olas del mar.

Abd al-Wahid, señor de Ifriqiya, trataba de poner moderación a las palabras que pronunciaban los que lo rodeaban, al parecer, sin mucho éxito. Cada vez eran más los que se sumaban al clamor de la guerra santa. No es que él no la quisiera, solo que no creía que ese fuera el momento oportuno. Así se lo había tratado de transmitir a su sobrino Abu Abd Allah Muhammad ibn Yaqub –conocido como al-Nasir (el verde) por la esmeralda que lucía en su turbante–, califa de los *al-Muwahhidun*⁶, pero él tampoco le había escuchado. Seguía creyendo que la gran victoria de su padre, Abu Yaqub Yusuf, sobre Alfonso VIII de Castilla en Alarcos, en 1195, continuaría avalando su superioridad. Pero la situación había cambiado en los reinos cristianos desde entonces. Y su sobrino parecía ciego a ese hecho. Castilla era mucho más fuerte, ahora que estaba bien avenido con los reinos vecinos, que habían sido sus enemigos habituales. Además, el rey Pedro II de Aragón lo apoyaba en sus pretensiones, como lo demostraban sus incursiones en el reino de Valencia del año anterior. Con ayuda de los templarios, había tomado el castillo de Ademuz

en junio y el de Castielfabib en agosto, tras dos meses de asedio.

Pero Abd al-Wahid era inteligente. Si insistía más, los que ahora le acompañaban en aquella reunión acabarían tomando sus razones como sinónimo de traición a su pueblo. Abu, el hijo de Muhammad, hablaba en esos momentos. Era uno de los más radicales, pero sabía mantener el tono adecuado en su discurso. Ni demasiado exaltado, ni demasiado timorato. Y eso conseguía captar la atención de los presentes. El señor de Ifriqiya vio cómo todos asentían a sus palabras.

Su discurso había puesto a todos de acuerdo tras recordarles cómo Alfonso había atacado Jaén, Baeza y Andújar. Abu Zayd, señor de Jaén, había escrito una carta a Alfonso de Castilla, quejándose de sus malas artes, al contravenir los tratados de tregua. Era hora, concluyó Abu ibn Muhammad, de poner a los infieles en su sitio antes de que Alfonso lograra unir a todos los reyes cristianos a su causa. No había mucho más que discutir.

El tío del califa había querido reunirse con sus más allegados a fin de tomar el pulso antes de hacer oficial la orden que Al-Nasir había dado a todos sus gobernadores de reclutar tropas. Todos parecían de acuerdo en apoyar al califa y a eso iba a dedicar los esfuerzos de las siguientes semanas. Había sido su último intento para tratar de buscar apoyos para convencer a al-Nasir de lo contrario, pero ya no había otra cosa que hacer más que obedecer.

Tras dar por concluida la reunión, algunos de los presentes se quedaron en la sala ofreciéndose voluntarios, otros se marcharon a sus negocios. Abu esperó hasta que Abd al-Wahid se quedó libre y se acercó a él. Antes de hablar, los dos se midieron con la mirada. El hijo de Muhammad interpretó la actitud algo reacia de Abd al-Wahid como debilidad, pero lo suyo era tan solo prudencia.

–¿Te puedo servir en algo? –le preguntó Abd al-Wahid.

–Espero que sí. Tengo un esclavo que quiero ofrecer a esta noble causa.

El gobernador de Ifriqiya lo miró algo perspicaz. Su silencio dio pie a Abu para continuar.

–Un marinero experto y fuerte. Te servirá bien.

–¿Y cuánto pides por él?

–Lo ofrezco como parte de mi aportación a la *jihad*.

Abd al-Wahid se quedó meditando unos instantes.

–¿Hombre de mar?

Abu asintió.

–Habla con Abu-l'Ulá.

Abu miró hacia uno de los rincones donde se encontraba el hombre mencionado. Se acercó y le habló quedo al oído. Abu-l'Ulá asintió.

Roland llevaba largo rato fascinado por la actividad que transcurría ante sus ojos. Había perdido la noción del tiempo de tan abstraído como estaba. Ni siquiera escuchó el ruido de la puerta que se abrió un poco más atrás. Ni se le ocurrió pensar que aquellos dos hombres que salieron por ella fueran una amenaza para él cuando el más bajo le puso una mano sobre el hombro.

Pensó que era Abu, que había terminado ya de tratar sus asuntos. Al ver una cara desconocida, le sonrió brevemente y se dispuso a apartarse de su camino. Pero la mano lo asió con más fuerza. Un leve temor cruzó su pecho y se dispuso a huir, pero el otro hombre fue más rápido y lo atrapó por el otro brazo. Forcejó cómo y cuanto pudo, tratando de llamar la atención de las personas que atendían los puestos colindantes. Pero por mucho que chilló, nadie acudió en su ayuda. Las patadas tampoco le funcionaron. Le metieron en la casa por la fuerza y le golpearon en el estómago, lo que le hizo callar de inmediato. Mareado, fue conducido directamente ante un hombre y arrojado al suelo a sus pies. Cuando elevó la vista, vio a Abu deslizarse por uno de los laterales. Supo que él le había visto porque le mantuvo la mirada y en esa mirada vio también que no iba a ayudarlo. Alguien le cogió del pelo y le hizo mirar al hombre sobre el que lo habían arrojado. De rodillas lo miró desafiante. Él dijo algo que no entendió y comenzó a tocar sus hombros y sus brazos y a explorar sus dientes.

–Servirá –dijo. O eso es lo que Roland entendió.

«¿Servir para qué?», preguntó al aire. Alguien le contestó asestándole un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido. El día alegre de Túnez se volvió negro y oscuro.

La cara de Abu expresaba una mueca que quería ser una sonrisa pero que no lo era. «La guerra santa empieza hoy», se dijo con gran orgullo. Con un gesto de su mano llamó a un hombre que se encontraba al otro lado de la sala.

–Corre a casa de mi padre y comunícale que nos vamos a retrasar. Dile que el joven Roland se ha despistado de mi lado en la medina y que temo que ande perdido. Dile que te mando pues me siento responsable y temo que le haya podido pasar algo. Deja caer que por aquí el pueblo anda algo exacerbado por el asunto del reclutamiento ordenado por nuestro califa, que ha

habido algún tumulto y que estoy intranquilo por él.

El hombre dibujó una cínica sonrisa en su rostro.

–No te demores –le dijo borrándole la mueca de la boca–. Y repite únicamente lo que te he dicho.

Alejandro no estaba del todo satisfecho. El jade que le habían enseñado era más que exquisito, de eso no cabía la menor duda, pero el precio era equiparable a su calidad, por no decir más elevado. El siciliano no creía tener problemas para pagar la carga con el resultado de otras transacciones futuras y obtener beneficios. El problema era que el Telesuro no fiaba y solo hacía negocios con dinero al contado. Al final, manteniendo cara de escéptico, se había inclinado por adquirir la mitad de lo que pensaba. Esperaba no arrepentirse en el futuro. Aun pensaba en ello cuando un criado anunció la llegada de un enviado de Abu. El hombre, enjuto y algo desaliñado, parecía nervioso. Su voz salió turbia cuando comenzó a hablar. Se dirigió a Muhammad, pero miraba con el rabillo del ojo a Alejandro y al acompañante de este, Aurelio. El siciliano, tras el encuentro con el Telesuro, había ido hasta su barco para mantener informados a sus hombres y se había traído con él a Aurelio. El recién llegado hablaba muy deprisa, pero Alejandro entendió lo suficiente como para que su pulso se acelerara y su semblante se tornara serio.

–¿Es cierto que mi sobrino se ha perdido? –preguntó a Muhammad, tratando de mantener la calma y confirmar lo que creía haber entendido.

Muhammad despidió al hombre y miró a su anfitrión afirmando al mismo tiempo.

–Eso parece, pero estate tranquilo. Mi hijo lo solucionará.

–Pero, ¿qué ha ocurrido exactamente?

–Ya sabes cómo es la medina, calles estrechas y algunas cubiertas, es fácil despistarse. Pero Abu se las conoce como la palma de su mano así como a sus moradores. Alguien lo habrá visto y lo encontrará.

–Ha dicho algo sobre una disputa o un tumulto.

Muhammad esperó unos instantes antes de proseguir. No quería preocupar a su invitado, pero de cualquier forma sabía que había entendido el mensaje y que solo buscaba confirmación a lo que ya sabía. Así que de nada servía ocultarle información.

–Mi hijo dice que se ha formado algún tumulto después de que el pueblo se hiciera eco del reclutamiento ordenado por nuestro califa y que teme que se

haya visto envuelto en él. No creo que sea nada grave, pero nos informaremos por si acaso.

–¿Un reclutamiento?

–Ya se hablaba de eso los días de atrás. Al-Nasir se cree en el deber de reclutar fuerzas por si se tuviera que enfrentar a los cristianos. Al parecer, ya es oficial.

Muhammad estaba siendo demasiado prudente con sus palabras. Alejandro lo notaba. Aquella noticia lo dejó más intranquilo si cabe. Malos presagios cubrieron su mente. Roland se podía haber visto de pronto en medio de un gentío creciente y haberse visto obligado a alistarse. O, lo que era peor, entre la multitud alguien lo podía haber reconocido como cristiano y haber pensado en comenzar allí mismo la guerra santa, asesinando a su sobrino. Se puso de pie de un salto.

–Debo ir a buscar a mi sobrino –dijo con convencimiento. Si Abu había avisado era porque pensaba que algo malo le podía haber sucedido, si no, se hubiera limitado a buscarlo por su cuenta y volver con él aunque fuera un poco más tarde.

Aurelio enseguida se ofreció a ir con él y también su amigo.

–Os acompañaré –Muhammad lo dijo de corazón. Seguramente todo quedaría en una anécdota, pero se sentía en deuda con su huésped; por amistad y por deber.

Caminaron aprisa hacia la medina, sin decir palabra alguna. Alejandro miraba hacia los lados buscando en cada cara que se cruzaban la de su sobrino; o una pista que le condujera a él. Se introdujeron en las calles estrechas donde todo parecía tranquilo; bullicioso, pero nada fuera de lo normal. Muhammad preguntó a un par de conocidos por el muchacho. Su respuesta negativa marchitó una hoja del corazón de Alejandro.

Llevaba mucho tiempo andando. Al principio se habían mantenido los tres juntos pensando que la integridad de Alejandro y de Aurelio se podía ver comprometida por la reacción de las masas, pero cuando certificaron que no había peligro, decidieron separarse para abarcar mayor territorio entre todos. Era la tercera vez que pasaba por allí. El mercader del puesto de alfombras lo miró con cierta compasión. Su mirada expresó una negativa antes de que su cabeza indicara que no, que no había visto al muchacho por el que le había preguntado un rato antes.

Alejandro se empezó a inquietar. La oscuridad crecía mientras los puestos se vaciaban de compradores y mercancías. Los mercaderes comenzaron a

abandonar sus puestos. La fría sombra de la medina congeló su ánimo. Caminó despacio hasta el punto de encuentro acordado. Esperaba que otro hubiera tenido la suerte de encontrarlo. Aún tuvo tiempo de preguntar a un par de personas más antes de encontrarse con el silencio y la decepción que marcaban las caras de Aurelio y Muhammad. Abu estaba con ellos. Al verlo, se acercó a él y puso su mano sobre su hombro.

–Te pido disculpas, pero estate tranquilo. Aparecerá –le dijo–. No te preocupes–. Sus palabras parecían francas y su confianza sincera, pero no cuadraba muy bien con el aviso que había hecho llegar a su morada a través de aquel hombre enjuto cuya cara jamás olvidaría el siciliano–. Es mejor que regresemos a casa y aguardemos allí. Varios de nuestros hombres seguirán la búsqueda y si hay noticias nos avisarán.

–Prefiero continuar buscándolo yo mismo –dijo Alejandro. Aurelio se acercó entonces a él confirmando que estaba dispuesto a acompañarlo.

–Mi hijo tiene razón. De nada servirá vagar por las calles de Túnez. Si lo encuentran nos avisarán y mañana podréis estar fresco si, Allah no lo permita, vuestro sobrino sigue sin aparecer –intercedió Muhammad.

No durmió aquella noche. Alejandro cada vez estaba más convencido de que algo le había ocurrido a Roland. No dominaba el árabe, pero lo hablaba lo suficiente como para poder preguntar por una dirección y un nombre y regresar a casa de Muhammad. Y este era lo suficientemente conocido en Túnez como para que cualquier comerciante le indicara dónde vivía. «Al menos lleva a *Magnot*», pensó Alejandro. La llamada a la *adhaan*⁷ lo pilló mirando por la ventana. Sus ojos enrojecidos trataban de dar un poco de cordura a su mente embotada. No había habido noticias. Ni buenas, ni malas y eso era lo más raro. «Si le hubieran herido o matado –Dios, no puedo pensar eso–. Pero, aún en ese supuesto, alguien lo habría encontrado. Sin embargo, parece como si Roland se hubiera evaporado». Dispuesto a reanudar cuanto antes la búsqueda, se empezó a vestir. La voz del *mu'addin*⁸ continuaba sonando. Llevaba largo rato gritando. «Demasiado», pensó el siciliano. Se acercó a la ventana y prestó atención a las palabras que rugían sobre los tejados de Túnez. La voz del *mu'addin* había cesado. Entonces, ¿qué era lo que se escuchaba? Al empezar a entender, su barbilla se puso a temblar. Entre las calles de Túnez resonaba el clamor del llamamiento a la guerra santa y al reclutamiento para llevarla a cabo. La piel de todo su cuerpo se erizó. ¡Roland!

La búsqueda de aquel día fue también infructuosa. En la ciudad se respiraba una tensa calma después de que durante la jornada hubiera habido

algunas aglomeraciones provocadas por la exaltación de aquellos que querían participar en el reclutamiento. Alejandro se movía silenciosamente por su habitación. Se sentía cansado. Apenas había comido, pero tampoco tenía demasiadas ganas de ingerir nada. En el silencio de aquella alcoba, el eco de la voz bromista y alegre de su sobrino parecía más real que nunca. Se tumbó, abatido en su soledad. Había recorrido todas las calles y Muhammad había preguntado a cuantos conocidos tenía en la ciudad. Pero nadie sabía nada de Roland.

Pasó otro día. Alguien llamó a la puerta durante la comida y entregó un mensaje. El corazón del siciliano comenzó a palpar con fuerza. La mirada de Abu traslucía felicidad y orgullo cuando el mensajero se marchó. Pero Alejandro presintió que esa felicidad nada tenía que ver con su sobrino. Y así fue. Abu exhibió poco después ante su padre su nombramiento como uno de los jefes de Abd al-Wahid para la campaña que se avecinaba. Alejandro, correctamente, le dio la enhorabuena mientras comían.

—¿Por qué me felicitas? —le respondió él con orgullo—. Voy a matar a muchos de vuestros amigos infieles.

Alejandro removi6 inquieto la comida de su plato. Los acontecimientos de los últimos días comenzaron a girar en su mente como un tornado en el mar. Las calles de la medina, la risa de Roland, las palabras de Abu, la búsqueda, el acompañamiento de Aurelio, la llamada del *mu'addin*, la exaltación de la población... todo parecía moverse al compás de aquella mano que giraba cada vez más rápida sobre su plato. Hasta que, de pronto, Alejandro interrumpió su movimiento.

—Fue mala suerte que te encontraras con ese tumulto que se formó cuando la gente supo del llamamiento de vuestro califa.

Abu asintió muy a su pesar. No quería escuchar las quejas de aquel cristiano. En cuanto terminara la comida le sugeriría a su padre la imprudencia que suponía alojar a un infiel en su domicilio dadas las circunstancias.

—Sobre todo teniendo en cuenta que el anuncio se hizo al día siguiente de la desaparición de Roland. Y que, en verdad, la multitud recorrió incontrolable las calles de la medina, pero ocurrió después de que la voz se corriera por la ciudad tras la llamada a la oración.

—No sé cómo has llegado a esa conclusión.

—El hombre que trajo tu mensaje lo dejó muy claro. Manifestó que temías que le hubiera sucedido algo a mi sobrino porque la multitud estaba algo exaltada después del anuncio de Abd al-Wahid. Y puede que tú lo supieras

puesto que parece que gozas de la confianza del gobernador de Ifriqiya, pero el resto del pueblo no lo supo hasta unas horas después.

La mirada de Abu se congeló en su semblante. Su padre lo miró con atención.

–Me hago cargo de tu pena por la desaparición de tu sobrino, por eso acepto tu aturullamiento que no te hace pensar con claridad. Hace días que corrían rumores al respecto por la ciudad –apuntó Abu con temple de acero mientras la tensión crecía en la sala–. Era cuestión de tiempo que ocurriera. Y ocurrió. Yo estaba presente. Espero que no intentes tratarme de embustero.

–¿Sabes qué creo? –le dijo Alejandro manteniendo la calma más allá de lo que se hubiera creído capaz de hacer–. Creo que sabes qué le ocurrió a Roland y te exijo que me lo digas.

Abu se levantó. Cada músculo de su rostro y de su cuerpo estaba en tensión. Alejandro se levantó también y lo desafió con la mirada.

–No voy a tolerar esta falta de respeto hacia mi padre y hacia quien te ha ofrecido hospitalidad. Os conmino a que abandonéis esta morada de inmediato.

–No me iré sin antes saber la verdad –lo retó.

Muhammad permanecía en silencio. Sus ojillos oscuros miraban con prudencia. Cuando se abrió la puerta tampoco cambió de postura. Dos guardias armados entraron de inmediato. Alejandro los miró sorprendido, pero no cambió su actitud. Al principio.

–Quiero que escoltéis a mi amigo hasta el puerto –les dijo sin mirarlos siquiera.

Alejandro miró a los guardias y luego a Muhammad, indefenso. En un principio pensó en apelar a su anfitrión, pero enseguida comprendió que si le pedía su intercesión lo pondría en un aprieto delante de su hijo y de su nueva guardia. Claudicó. No tenía sentido exponerse a ser herido. Eso no iba a ayudarle a encontrar a Roland.

–Esperaré en mi barco –dijo antes de salir acompañado por Aurelio. Era un mensaje dirigido a Muhammad. Todavía confiaba en él. Si había alguien que le podía ayudar, ese era él.

Habían pasado dos días desde que el infiel abandonara el hogar de Muhammad y dos más desde la desaparición de Roland. Abu estaba terminando de prepararse para su inminente partida hacia Marrákus⁹. Su padre

se acercó despacio para despedirse. Hasta el momento, nada había comentado sobre el incidente ocurrido entre su hijo y el siciliano.

–Todo Túnez pensaba que si había una guerra Yahyá ibn al-Muizz sería la mano derecha del gobernador. Espero que honres como es debido el honor de nuestra casa.

Abu dejó lo que estaba haciendo y se enfrentó a su padre.

–Haré más que eso –le dijo con cierto éxtasis asomando a sus pupilas–. Devolveré el honor que tú has mancillado al juntarte con los infieles –escupió con saña al suelo.

–Así que es verdad.

–La única verdad es la que Allah nos ha revelado. Y tú has mancillado su nombre y el nuestro con tu obsesión por tender puentes entre todos los hombres, aunque sus religiones sean falsas. Me ha costado mucho esfuerzo lograr la confianza de Abd al-Wahid y no estoy dispuesto a que tu comportamiento enturbie mi inmejorable posición.

–¡Pagaste esa confianza con la vida de Roland! –dijo al reconocer la verdad en el fondo de las palabras de su hijo.

–¿Y qué si lo hice? No es más que la vida de un infiel. Ya está condenado. Es fuerte y valiente. Será un buen siervo.

–Hijo, me has deshonrado.

–Creo que te equivocas. Tú eres quien ha traicionado al califa y a Allah. Pero yo voy a remediar eso.

Abu tomó su cimitarra e hirió a su padre. Muhammad, sin poder dar crédito a lo que ocurría, se dejó escurrir al suelo.

–Dentro de un rato, cuando yo ya me haya ido, un criado te encontrará herido de muerte aquí. En tu lecho de muerte le confesarás el nombre de tu asesino y él saldrá hacia el puerto dispuesto a prender a Alejandro y llevarlo ante la justicia. Deséame suerte, padre.

–*Wa'alaykumu ssalaamu warahmatu l-lahi wabarakatuhu*¹⁰ –dijo Muhammad desde el suelo.

Abu se volvió hacia la puerta con sus pertenencias y cerró la puerta con llave detrás de él.

Muhammad permaneció unos momentos en el suelo sin moverse. Su hijo lo daba por muerto, pero todavía no lo estaba. Intentando aclarar sus ideas, cerró los ojos y trató de apartar de su mente el dolor que estaba seguro iba a sentir

en breve. Despacio, se incorporó un poco. La salida de sangre se acentuó al moverse. No se atrevía a mirarla, pero debía hacerlo. Rápidamente hizo un balance de la situación. No le pareció demasiado grave, pero necesitaba ayuda urgente. Arrastrándose, encontró una silla en la que apoyarse para ponerse en pie. Podía llamar y pedir ayuda, pero supuso que Abu se habría encargado de que no hubiera nadie para socorrerle. Y, de todas formas, ¿de quién fiarse? Ironías del destino, estaba encerrado en su propia casa, esclavo de sus propios siervos. Solo una cosa corría a su favor: su hijo no lo había registrado y, por tanto, no había descubierto la llave maestra escondida entre los pliegues de su ropaje. Su mano temblorosa dio con ella después de forcejear con las telas. Miró hacia la cerradura. Tres pasos, calculó; pero tres pasos que se le hacían inalcanzables. Respiró tragando el aire con furia y se obligó a caminar. El esfuerzo le hizo llegar hasta la puerta sudoroso y preso de un continuo tembleque en sus manos. Se apoyó en la puerta, exhausto, y escuchó. La casa permanecía en silencio. Con cierto temor acercó la llave a la puerta. Se sentía mareado y la vista se le nubló. Cerró los ojos con fuerza y trató de concentrarse en la cerradura. La llave giró por fin, dejando libre al prisionero. Salió despacio y se apoyó en la pared deslizándose como un criminal en su propia morada. Llegó a su cuarto y se encerró en él. Se dejó caer sobre su lecho buscando un trozo de tela con que taponar la herida y se la colocó con cierta brusquedad apretando con saña. Luego buscó un pergamino y escribió un mensaje escueto rubricado con su propia sangre, aunque no fuera esa su intención. Escribió una segunda carta que guardó entre sus ropajes, cerca del pecho. Miró hacia la ventana. Estaba cansado, pero debía continuar. Con una mueca de dolor buscó una bolsa de tela y metió en ella la primera de las cartas que había escrito y varias joyas que estaban guardadas en una preciosa caja de madera. «Será suficiente», pensó. Furtivamente se escurrió hacia el exterior con la bolsa colgada de su hombro. Apoyado en las paredes, trató de llegar hasta la salida. Estaba cerca cuando escuchó ruidos. Se agazapó como pudo detrás de un mueble, escuchando, sus sentidos alerta. Alguien entró en la casa. «¿Ya había pasado el tiempo que había dicho Abu?». No lo creía, pero no quería que nadie lo encontrara. Esperó pacientemente concentrado en su respiración. Cuando creyó que nadie lo podía ver, corrió hacia la salida, sin mirar atrás.

El barco se bamboleaba suavemente mientras la sangre bullía dentro del

cuerpo de Alejandro. Había recorrido tantas veces las calles de Túnez que se las sabía de memoria. El suelo, las piedras, las paredes de sus casas... estaba seguro de poder reproducirlas fielmente ya fuera en un dibujo o en una descripción verbal. El puerto se había quedado tranquilo. Hacía unos instantes que el último barco de Abd al-Wahid con destino a Marrákus había partido. Quizá era hora de salir a las calles de Túnez una vez más, se dijo Alejandro. Aurelio bajó con él. La amenaza de Abu aún sobrevolaba sus vidas. Como él, tenía asumido que lo más sensato era abandonar Túnez cuanto antes, pero, también como él, sabía que no lo haría hasta que Roland hubiera aparecido. El ambiente entre la tripulación era de decaimiento. La mayoría había pateado las calles bien por su cuenta, bien con Alejandro, durante los pasados días. Y habían usado sus contactos, los que los tenían, para intentar localizar al muchacho. Pero hasta el momento no habían conseguido dar con ninguna pista. Era como si se hubiera borrado su huella sobre la Tierra. Rabioso, el siciliano dio un puntapié a una piedra que se interpuso en su camino.

–Vamos –le dijo a Aurelio.

No habían dado ni dos pasos cuando una figura tambaleante apareció en la distancia. Los dos se quedaron quietos, observándola. ¿Un soldado rezagado? ¿Un borracho?

–¡Muhammad!

Los dos hombres corrieron hacia él justo en el momento en que iba a desplomarse contra el suelo.

–¿Qué te ha ocurrido?

–No tiene importancia –le dijo con voz entrecortada–. Estás en peligro. Debes irte.

–Sabes que no me iré sin saber qué le ha sucedido a mi sobrino.

Muhammad negó con la cabeza.

–Tenías razón, Alejandro –dijo bajando la cabeza avergonzado–, al sospechar de mi hijo. Abu se lo vendió a Abd al-Wahid como esclavo.

–¿Cómo? –preguntó el siciliano, incrédulo.

–Lo siento, Alejandro. He traicionado nuestra amistad.

–Tú no lo has hecho, sino tu hijo. Ahora, sube al barco. Necesitas ayuda.

–No. Debéis partir cuanto antes. vuestras vidas corren peligro.

–Y también la tuya. Aurelio mirará tu herida.

Muhammad no tuvo más remedio que claudicar. Se sentía sin fuerzas. Entre los dos hombres lo subieron a bordo y lo tumbaron en la cubierta. Aurelio miró con detenimiento el corte que Muhammad presentaba en uno de sus

costados. Echó vino sobre él, limpiándolo después con un trapo. El herido se quejó débilmente.

—¿Quién os ha infringido esta herida?

Muhammad guardó silencio y cerró los ojos. Alejandro no quiso insistir, pero intuía que Abu podría estar detrás. Cuando Aurelio terminó de coser la herida, Muhammad se dirigió a su amigo.

—Debo irme. He traído esto para ti —le dijo tratando de incorporarse y mostrándole la bolsa de tela. El siciliano le ayudó a sentarse y abrió la bolsa.

—No puedo aceptar esto... No tienes que hacerlo...

—He escrito una carta. En Rabat busca a Abou el-Djyouch. Él te ayudará.

—Pero, ¿por qué lo otro?

—Ya sabes lo que se dice: Allah es grande, pero ata bien tu camello —le dijo tratando de sonreír—. Lo necesitarás para comprar a tu sobrino.

Alejandro acompañó a su amigo a tierra.

—¿Estarás bien? Puedo llevarte en mi barco hasta Bizerta, a casa de una de tus hijas.

Muhammad negó con la mano.

—No será necesario, pero agradezco tu ofrecimiento.

Los dos amigos se abrazaron antes de despedirse.

—Espero que encuentres a tu sobrino.

—Y yo que te recuperes con prontitud.

Muhammad le sonrió antes de desaparecer entre las calles que llevaban al centro de la ciudad. Alejandro subió al barco y puso rumbo hacia Marrákus.

Roland sintió algo frío y pringoso en su cara. Tenía la sensación de estar despertándose de una terrible pesadilla cuando un olor nauseabundo se introdujo en su nariz. Vomitó. Algunas risas a su alrededor le hicieron elevar la vista. Estaba en un barco; un barco desconocido, entre gente desconocida. Sus ropas estaban sucias y raídas, su cabeza le dolía como si llevara un cuchillo clavado en la sien. Una gran sombra se interpuso entre él y el sol. Le echaron un cubo de agua por encima. El frío se apoderó de su cuerpo. Aquel gigante que se había puesto delante de éllo agarró del pescuezo y lo puso en pie. Sujetándolo del sobaco lo condujo hasta un banco bajo y lo sentó delante del remo. A su lado, el resto de remeros permanecía con la mirada puesta en el suelo de la cubierta, sin decir nada. Se escuchó una orden en árabe. Aturdido, intentó entender la palabra. «Rema», le dijo una voz queda proveniente de su

izquierda. «Rema», le insistió. Roland trató de coger el remo, pero no tenía fuerzas ni sabía cómo hacerlo. El remo resbaló de sus manos. Un látigo se interpuso entre él y el segundo intento. El golpe quebró su espalda. El dolor fue suficiente para corroborar que no se estaba despertando de una pesadilla, sino que estaba en una de la que iba a ser imposible despertar. «Haz lo que yo», le animó la misma voz. Roland miró de reojo hacia su izquierda e imitó al remero que le había hablado.

-
- ⁵ Con este nombre se denominaba la región comprendida por la actual Túnez, el oeste de Libia y el noreste de Argelia. Ente los años 1207 y 1216 estuvo gobernada por Abd al-Wahid, tío del califa almohade Abu Abd Allah Muhammad ibn Yaqub, al-Nasir.
- ⁶ Almohades.
- ⁷ Oración.
- ⁸ Almuédano, almuecín, muecín o gritador. Es la persona encargada de realizar la llamada a la oración desde la torre o alminar.
- ⁹ Marruecos.
- ¹⁰ Que la paz, la gracia y la bendición de Alá sea contigo.

EL RIEPTO. COMBATE JUDICIAL

De fidalgos reptados como se deuen mantener en campo

Quoando algunos fidalgos ouieren a combater-se por fecho de reptorio, et les auran dado día et campo et logar cierto por iuyzio, el reptador et el reptado deuen ser en aquel día en el logar por fer la bataylla, cada uno con su captenedor et con los fieles que serán escogidos por la Cort. Et quoando fueren dentro en el campo, los fieles les deuen partir el sol; et partido el sol, des i adelant el reptador et el reptado fagan lo meior que podieren. Et los fieles deuen finquar dentro en el campo, por catar si alguno sacara algún miembro de fuera de la barrera. Et si lo sacare, deuen-li cortar los fieles quoanto sacare. Aqueylo mesmo deuen fazer de los cauayllos. Et si por auentura el reptador matare al reptado, no es tenido a mas. Et si lo echare del campo biuo, o el su cauayllo lo sacare ferendolo de golpe que salga sangre del cauayllo, o si le fiziere dizir por su boca, assi que los fieles lo oyan, que es tal traydor como el reptador lo clamo, quoalessquiere d'estas cosas fiziendo o diziendo el reptado, el reptador ha conplido su entendimiento, et la iusticia del reptado et los sus bienes sean en mano del rey. Mas si por uentura el reptado moriere en defendiendo la su fe, es quito del mal dicho et non deue auer otra iusticia. Et si por uentura el reptado matare al reptador, o lo sacare del campo, o lo fiziere desdizir assi que lo oyan los fieles, o si'l meniare tres días, quoalessquiere d'estas quatro cosas faziendo el reptado es quito del mal fecho que li fue.

Cómo se deben mantener en el campo los hidalgos retados

Cuando algunos hidalgos se dispongan al combate judicial o reto y les hayan dado día, campo y lugar concreto por juicio, el retador y el retado deben presentarse en el día establecido y en el lugar indicado para disponerse a la batalla; cada uno con su fiador y con los fieles que haya designado el tribunal de la Cort. Y cuando estén dentro del campo, los fieles deben repartir el suelo, y una vez repartido el suelo, de ahí en adelante, el retador y el retado que combatan lo mejor que puedan. Y los fieles deben permanecer dentro del campo, para considerar si alguno saca algún miembro fuera de la barrera. Y en caso de que lo saque, le deberán cortar los fieles cuanto haya sacado. Lo mismo deben hacer de los caballos. Y si por ventura el retador mata al retado, no es tenido a más. Y si lo echa del campo vivo, o su caballo lo saca hiriéndole de golpe que salga sangre del caballo, o si le hace admitir por su boca, de tal forma que los fieles lo oigan, que es un traidor como lo proclamó el retador; si cualquiera de estas cosas hace o dice el retado, el retador habrá cumplido su cometido y la justicia del retado y todos sus bienes pasarán a disposición del rey. Más si por ventura el retado muere defendiendo su inocencia, se le perdonará del mal dicho y no deberá haber otra justicia. Y si por ventura el retado mata al retador, o lo saca del campo, o le hace desdecirse de forma que lo oigan los fieles, o si sobrevive transcurridos tres días; si

cualquiera de estas cuatro cosas hace el retado, este será perdonado de cualquier mal que haya hecho.

Ordenanza sobre desafíos de Sancho VI el Sabio, 1192. Recogido por José María Lacarra y Juan F. Utrilla en Fueros sueltos en los manuscritos del Fuero General de Navarra. Traducción: Begoña Pro

LA NÁUSEA LLEGÓ DE REPENTE, sin darle tiempo a reaccionar y el suelo se llenó de vómito por segunda vez. No se había sentido mal aquella mañana. Un poco nervioso, tal vez, pero dadas las circunstancias nada fuera de lo normal. Se oyó un ruido en la puerta. Avergonzado, bajó la vista al suelo. Laraine miró a su hijo con dulzura y cubrió el suelo con la paja que había traído del corral de los animales.

–¿Otra vez? –le preguntó mientras le tocaba la frente para cerciorarse de que no estaba caliente.

Diego la miró suplicante.

–No se lo digáis a padre. Pensará que tengo miedo.

–No es malo tener miedo –trató de tranquilizarle.

–Eso decídselo a él. No creo que esté de acuerdo con vos.

–Estoy segura de que tu padre ha sentido miedo más de una vez, solo que él sabe cómo usarlo en su beneficio. Y, en cuanto a ti, un poco de miedo te hará ser más prudente. No parece que tengas calentura –concluyó separando lentamente su mano.

Madre e hijo se miraron durante unos instantes. Laraine conocía lo suficientemente bien a su primogénito como para saber que algo lo atormentaba. Y, si como él le había dicho, no tenía nada que ver con el asunto que les esperaba en Tudela, ¿qué era?, se preguntó.

–Te prepararé algo para el estómago.

–No creo que haga falta. Creo saber qué es lo que me pasa o, mejor dicho, lo que no me pasa a mí.

–¿Y qué es? –le preguntó con sus ojos muy fijos en sus pupilas. El joven se tomó su tiempo.

–Creo que algo malo le ha sucedido a Roland –pronunció al fin algo titubeante–. Es él el que está vomitando. No yo.

Laraine lo cogió de las manos tratando de sentir lo que él sentía.

–Vos también lo pensáis, ¿verdad?

–Roland estará bien. Aunque le haya pasado algo, Alejandro sabrá cuidar de él –le dijo con voz suave–. Ahora, será mejor que bajes e intentes comer

algo. Tu padre ya está esperando.

Diego asintió débilmente y salió del cuarto. Laraine abrió la ventana. Un poco de aire fresco liberaría la habitación del olor reconcentrado. Se asomó al exterior buscando en el aire una respuesta a su pregunta silenciosa. Sabía de la empatía que había entre sus dos hijos gemelos. De pequeños siempre se ponían enfermos a la vez. Cuando uno se golpeaba, el otro sentía el mismo dolor. A veces contestaban lo mismo. ¿Sería verdad que a Roland le había sucedido algo? No había forma de saberlo. El barco de Alejandro podía estar en esos momentos en cualquier punto del mar Mediterráneo, por lo que ella sabía. ¿Cómo localizarlo?

Se volvió hacia el interior del cuarto. El frío del invierno había invadido la estancia. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, deteniéndose en el hueso sacro. Los hijos deben aprender a volar solos, pero eso no impide que una quisiera tenerlos siempre cerca para protegerlos. ¡Roland! Sacudió la cabeza para despejarla de malos augurios y se agachó para recoger la paja del suelo. Bajó deprisa y tiró las inmundicias en un rincón de la cuadra. Cuando regresó al interior del hogar de los Almoravid padre e hijo estaban preparados para su partida.

–Despídete de tu madre –le pidió Miguel con amabilidad.

Diego besó a su madre.

–¿Intentaréis buscar a mi hermano? ¿Trataréis de enteraros de si todo está bien?

El rostro de su vástago estaba pálido.

–Enviaré misivas a Brindisi y a Nápoles.

–Quizá también a los amigos del tío en Cerdeña o Mallorca. Ellos igual sepan la ruta que iba a seguir su barco, cualquiera que fuera –parecía que Diego lo había pensado seriamente.

Su madre asintió.

–Obedece a tu padre.

–¿Creéis que me dejaría no hacerlo? –le dijo algo más aliviado.

Miguel se acercó a su esposa y la besó suavemente en los labios. Laraine pensó en compartir sus temores con él pero decidió no hacerlo. Bastantes preocupaciones tenía Miguel en la cabeza en aquellos momentos.

–Yo te doy mi fe –se despidió Miguel.

–Yo te doy también mi fe –le respondió ella.

Descendieron por la rúa Mayor de la Navarrería hacia Portalapea. La ciudad aún permanecía envuelta entre las sombras grisáceas que la escasa luz

del recién estrenado día le transfería. Diego caminaba centrado en el sonido de los cascos de sus caballos. Su estómago parecía decidido a retener el desayuno, aunque su cuerpo aún albergaba la sensación de que algo malo sucedía. Pasada la iglesia de San Cernin, ya en el burgo de ese mismo nombre, una silueta inmóvil observaba la fachada del edificio que hacía esquina, donde se encontraba la posada de *Los Tres Caminos*. Cerca de ella descansaban varios bultos de tela. Miguel descabalgó y se acercó.

–¿Narbona? –preguntó observando a la persona que se escondía bajo una gruesa capucha.

Una pequeña ráfaga de viento empujó el cartel de la posada, lo que quedaba de él, produciendo un sonido agudo, desagradable. Miguel elevó la vista encontrándose de lleno con el cartel quemado.

–¿Qué ha pasado? –preguntó en ese momento, tras ser consciente del deterioro de la posada.

La mujer permaneció en silencio. Una pequeña lágrima resbaló por su mejilla derecha tras cerrar sus ojos. Entonces, se giró para encarar a Miguel.

–Narbona, ¿os encontráis bien?

El suave brillo de su tez estaba apagado. Una sonrisa enigmática encuadraba su rostro.

–Soy Miguel. ¿Os acordáis...?

Narbona ensanchó su sonrisa.

–¿Cómo olvidar al chiquillo de diez años que hace mucho tiempo llegó a esta encrucijada entre la rúa Mayor de los Cambios, Pellejerías y el cuerno de Tecenderías –así denominaba ella a la calleja que subía de Tecenderías– con una carta para mí?

El de Grez respiró aliviado. Por un momento pensó que la que un día fuera amante del rey, cuando este todavía era infante, había perdido la razón.

–¿Qué ha ocurrido? El local... parece destruido.

–Me voy, Miguel –dijo en tono quedo sin contestar a la pregunta del infanzón–. No pude hacer nada por Godina, pero he podido salvar a las demás chicas –hizo una mueca al decirlo como queriendo insinuar que no estaba muy segura, que había una fuerza mayor, pero Miguel no supo interpretarla.

–¿Por qué os vais?

Narbona miró al lugar donde había pasado más de la mitad de su vida. Había habido buenos momentos.

–Vuelvo al lugar donde nací. Rodrigo me ha buscado un sitio –dijo casi sin aliento, masticando palabras que no eran verdaderas. Su mirada retornó al

rostro de Miguel—. Pasaré lo que queda de mi vida recluida en un monasterio.

—¿En un monasterio? ¿Vos? —el de Grez estuvo a punto de echarse a reír, pero el gesto serio de Narbona le hizo controlarse.

La mujer acarició el rostro de Miguel. Él era el único que siempre la había tratado como una dama, aunque nunca lo hubiera sido. Hubo un tiempo, lejano, en que pretendió serlo. ¡Cuán equivocada estaba! Pero ya no quedaba sino humo de aquel recuerdo.

—Debo irme —dijo ella sin moverse del lugar—. Y vos también. ¿Él es Diego? —dijo posando su mirada dulce por primera vez sobre el hijo de Miguel. Este asintió.

La mujer se acercó al joven y lo examinó con una sonrisa.

—Es guapo. No ha salido a vos.

El comentario hizo reír a Diego. Narbona tomó sus manos y le habló con rotundidad.

—Querido Diego, supongo que tu padre ya te lo habrá dicho, pero como sé que no le harás caso si te parece aunque solo sea un poco a él, te lo voy a decir yo: aléjate de Dulce —«Otra con la misma cantinela», pensó Diego defraudado. Le había caído bien Narbona—. Sin embargo, si no puedes, o no quieres hacerlo, ten mucho cuidado. La misma sombra que cayó sobre su madre la perseguirá a ella.

—Narbona —le dijo Miguel tomándola por los hombros—, ¿estáis bien? Si queréis podéis pasar unos días en mi casa, hasta que regresemos y hablamos sobre todo esto.

—No es posible, Miguel; aunque agradezco vuestra oferta. Mi tiempo aquí ha concluido. Ha sido un placer conoceros, don Miguel de Grez Almoravid.

—Siempre os recordaré —le dijo Miguel dándole un beso en la frente.

Ella tomó su mano y besó el anillo que portaba en el dedo índice de su mano izquierda.

—Quizá seáis vos el único ser en la Tierra que aún lo entiende —dijo refiriéndose al rey.

Y dicho eso, Narbona acarreó sus escasas posesiones y empezó a caminar. Miguel y Diego la contemplaron hasta que su sombra se fundió con las paredes de la ciudad.

Miguel se quedó mirando el vacío que dejó el cuerpo de Narbona.

—¿Qué creéis que le ha sucedido a la posada? Parece que el fuego ha reducido a cenizas parte del edificio.

—Lo que sea que ha sucedido, debe haber sido recientemente. Todo estaba

bien cuando nos marchamos. A mi regreso, me ocuparé de este asunto, pero mientras tanto, hemos de darnos prisa si queremos llegar a tiempo a Tudela.

«Es extraño –pensó Miguel mientras salían de la ciudad–. La posada ya ha sufrido otros incidentes con anterioridad y Narbona siempre ha estado dispuesta a reconstruirla y los vecinos a ayudarla por solidaridad, como siempre que ocurre un incendio. ¿Por qué ese cambio tan repentino en su vida? ¿Tendrá algo que ver con la muerte de Godina?».

Cabalgaron en silencio durante gran parte del trayecto. Diego no volvió a vomitar, pero sentía un agudo dolor en su cabeza como si alguien estuviera continuamente apretando sus sienes con un objeto punzante. En parte, agradeció el silencio de su padre. Acamparon poco antes del anochecer. Era un día seco y frío y este se intensificaría en cuanto el sol desapareciera. Prepararon el fuego y se sentaron para compartir la cena.

–¿Creéis que me hará luchar contra él?

–Es una posibilidad, aunque no creo que lo haga. Él sabe que sus razones no se sostendrán ante el rey. En cualquier caso, si las cosas se tornaran mal para nosotros, estoy dispuesto a considerar ante don Sancho el pago de una multa de hasta cincuenta libras; siempre que don Alvar jure no gastárselo en vino.

Diego agachó la cabeza, centrándose en la danza del fuego. Su padre intentaba dar un toque de intranscendencia y aportar un poco de humor, pero sus palabras no cambiaron su estado de ánimo. Se sentía culpable.

–No nos habría citado ante el rey si se conformara con la multa, vos mismo lo dijisteis cuando llegó la citación.

–Aunque con don Alvar Martínez nunca se sabe, la acusación que ha hecho es desmesurada. Si hay alguien que ha mancillado el honor de su hija, ese es él. Espero que Alvar lo recuerde y el rey también.

–¿Creéis que podría vencerlo en un duelo?

–Eso no va a suceder, Diego. No vas a tener que enfrentarte a él.

–Pero en el supuesto...

–No hay ningún supuesto, hijo. Don Alvar me ha citado a mí y no a ti. Si piensa desafiar a alguien ese seré yo, no tú. Así que estate tranquilo al respecto.

–Pero vos os habéis visto metido en esto por mis actos, que por otro lado fueron hechos en clara desobediencia. Me gustaría... es decir, ¿consideraríais la posibilidad de que yo tomara vuestro lugar si os desafía?

Miguel contempló a su hijo no ya con ojos de padre, sino como el igual

que dentro de pocos años sería.

–Ya tratamos el asunto de la desobediencia y recibiste tu castigo. Por mi parte es un asunto cerrado. Tú asumiste tus actos y la responsabilidad que de ellos se derivaron. Este otro asunto nada tiene que ver contigo.

–¿Es por Godina, verdad? Le he dado a Alvar la excusa perfecta.

Miguel no dijo nada durante los siguientes minutos. Aparte de algún búho lejano, lo único que se escuchaba era el crepitar del fuego entre los dos.

–Es tarde –dijo Miguel mirando como hipnotizado a las llamas–. Vete a dormir. Yo haré la primera guardia.

El frío no le abandonó a pesar de taparse con dos mantas hasta por encima de las orejas. Al otro lado, la figura de su padre se veía con claridad, iluminada por el fuego. Su rostro reflejaba el color de las llamas y en sus pupilas se plasmaba su incansable baile. Se le veía ensimismado, pero Diego sabía que todos sus sentidos estaban alerta. No tenía sueño y su mente se mantenía en tensión. Pocos pies por detrás de su padre la oscuridad parecía una espesa manta misteriosa. Tenía ganas de que llegara pronto el día siguiente y de que todo acabara. Los nervios, la preocupación por su hermano, el personal sentido de justicia de don Alvar y la imagen de Dulce herida hicieron una mezcla tormentosa en sus sueños. Cuando su padre lo agitó suavemente para relevarlo se despertó en medio de una pesadilla. Agradeció la ruptura de aquellas imágenes que le apretaban como muerte en su pescuezo.

–Despiértame en cuanto sientas la primera claridad –le pidió su padre.

Diego asintió un par de veces. Pegado a su espalda aún sentía el frío nudo de la muerte amenazándolo desde un mar embravecido, al que se había tirado en su sueño para salvar a Roland. Se abrigó con la manta mientras trataba de ahuyentar los malos presagios que sus sueños le habían revelado. Enfadado por no poder manejar toda aquella situación, lanzó una ramita a aquella hoguera que su padre parecía haber alimentado antes de acostarse. El fuego pronto la consumió hasta reducirla, no ya a cenizas, sino a la nada. Miró al cielo mientras se refrotaba las manos que empezaban a enfriarse. Por la posición de las estrellas comprobó que aún quedaban unas tres horas para amanecer. La primera claridad del día le pareció demasiado lejana, aunque su padre había hecho más de la mitad de la guardia. Los temores de sus sueños amenazaron con aparecer ahora que estaba despierto. Se tuvo que recordar varias veces que era un Almoravid. Se puso de pie y caminó alrededor de la hoguera estableciendo un perímetro algo alejado de ella con la esperanza de que así, centrado en sus pasos, alejaría sus peores temores. Pero los

pensamientos parecían correr mucho más que sus zancadas y no logró desprenderse de sus miedos.

–*Aita*, es la hora –le anunció con un suspiro de alivio al ver cómo lo que le rodeaba empezaba a tener contornos más definidos.

Miguel se desperezó mirando al frente. La primera franja de claridad se marcaba ya al este. Diego se afanaba en preparar algo de desayuno que ofreció a su padre. El de Grez miró al cielo. Había pocas nubes y el viento no traía humedad. Cabalgarían sin amenaza de lluvia, aunque el frío sería intenso.

–Hoy no lloverá –anunció.

El desayuno fue corto y enseguida se pusieron en marcha. Avanzaron durante todo el día sin forzar a los caballos, deteniéndose para descansar cada poco. Al final de la jornada estaban a poca distancia de Tudela. Diego se sorprendió al ver que su padre decidía acampar en vez de apurar un poco más y llegar a su destino.

–¿No vamos a dormir en Tudela?

–No –dijo su padre como si lo tuviera planeado desde el principio.

–Pero Iñigo y García nos esperan hoy. Pensarán que nos ha ocurrido algo.

–Pensarán que algo nos ha retrasado, nada más. Ayúdame con esto, ¿quieres?

Diego ató a los animales y ayudó a Miguel con el fuego. La leña tardó en prender, pero en cuanto lo hizo, los dos agradecieron el calor que trajo. Padre e hijo acercaron las manos a las llamas.

–Creo que podrían cortarme los dedos y no sentiría nada –dijo Miguel.

–A mí me pasa lo mismo –confirmó Diego.

–Tomaremos algo caliente. Nos sentará bien a los dos.

El infanzón puso agua a hervir en un pequeño recipiente que sacó de sus alforjas. Cuando el agua burbujeó echó en ella verduras y pan duro. El caldo calentó sus cuerpos.

–No sé qué ocurrirá mañana –habló Miguel– pero quiero que seas prudente. Quizá escuches palabras que te escandalicen. Mantén la calma y no hables, pase lo que pase, si yo no te animo con algún gesto a ello. Si tienes algo que decir y yo no estoy cerca para escucharte, habla al oído de García o de Iñigo, ellos sabrán qué hacer. Quiero tu palabra de Almoravid de que seguirás mis indicaciones tal y como te las he dado –le pidió.

–¿Tan grave es?

–No es grave, pero no puedo saber cómo se van a desarrollar los acontecimientos. Lo único que sí puedo controlar es que tú no te veas envuelto

en ellos. ¿Lo entiendes?

–Sí –se limitó a decir Diego.

–Y ahora, tu palabra Almoravid.

–Tenéis mi palabra de Almoravid. *Aita* –pronunció Diego mirando a su padre–, ¿alguna vez os han desafiado?

–Una vez –admitió. El rostro de Miguel se iluminó como si el recuerdo que le había evocado su hijo fuera grato.

–No parece que fuera un momento demasiado terrible para vos.

–En su momento, lo fue.

Diego lo miró expectante, deseoso de saber más, pero no se atrevió a presionar a su padre.

–Fue hace mucho tiempo, cuando aún vivía el viejo rey –rememoró el infanzón.

–¿Y quién os desafió?

–Su hijo Sancho.

–¿El mismísimo rey?

–Entonces aún era el infante don Sancho.

Diego trató de hacerse una idea de cómo sería enfrentarse a un gigante como el rey con unas cuantas libras¹¹ menos de peso y unos veinte años más joven.

–¿Os desafió y seguís vivo? –preguntó Diego bastante estupefacto.

–No fue un desafío propiamente dicho. Yo había viajado con su hermano Fernando hasta Roma en busca de Berenguela, que regresaba de la cruzada. Su esposo Ricardo había sido capturado y hecho prisionero por lo que temíamos por la vida de la reina. Así que llegamos hasta Roma y acompañamos a Berenguela, Joanna –la hermana de Ricardo–, y a Borgoña –la hija del tirano Isaac Komnenos–, hasta Chinon. Fernando se quedó con ellas mientras yo regresaba a Navarra. Mi viaje sufrió un retraso por causas que no vienen al caso. Cuando me presenté en Tudela, el infante ya sabía que su hermano había participado en el rescate de su cuñado Ricardo y se había ofrecido como rehén para ocupar su lugar. Algo de lo que yo no tenía idea alguna y que Fernando, si esas eran sus intenciones cuando se despidió de mí, me ocultó. El caso es que don Sancho se enfadó conmigo porque pensó que había animado a su hermano a aceptar el intercambio y me retó. Vino a mi cuarto y me lanzó su guante. Así que no fue un reto ajustado al fuero, ya que no hubo testigos, ni fue hecho delante del rey o en el mercado. Sin embargo, él y yo sabíamos que era un desafío tan real o más que cualquier otro. Al amanecer nos enfrentamos en el

patio. No tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones y yo no iba a dejarme vencer. Si él es obstinado, yo no le voy a la zaga. Me hirió primero –Miguel hizo un gesto con la mano como si esgrimiera una espada y luego se tocó el muslo donde había recibido la herida–. Pensé que se conformaría con la primera sangre, pero no fue así. Él esperaba mi rendición y yo no estaba dispuesto a dársela. Así que seguimos luchando y yo le herí a él.

–¿Y cómo acabó?

–Doña Blanca, su hermana, salió al patio con una pequeña campana en la mano agitándola fuertemente a nuestro lado y nos dijo que entráramos a desayunar. ¿Te lo puedes creer? La interrupción de la infanta dio por concluido el desafío. Así que se puede decir que quedamos en tablas.

Miguel se quedó pensativo, recordando aquel momento. Aquella vieja herida de la que ahora quedaba una delgada línea en su muslo que la atestiguaba, había sido la que había abierto su corazón. Cuando Laraine se la curó, se enamoró de ella.

–¿Cómo era Fernando? –preguntó de repente Diego sacándolo de aquel maravilloso recuerdo y devolviéndolo a la realidad–. ¿Era tal y como lo cantan algunos trovadores?

–Eso y más –alabó Miguel recordando al infortunado hermano menor del rey, muerto en el mes de diciembre del año del Señor de 1207. El infante participaba en un torneo festejando la festividad de San Nicolás obispo. Aquel fatídico 6 de diciembre un puerco se cruzó en el camino de su caballo, que en aquellos momentos iba a galope tendido. El cuerpo del infante salió despedido y su cabeza se golpeó contra una columna. No murió de inmediato. Agonizó durante varios días, hasta morir el 18 de diciembre–. Don Fernando era un gran caballero, extraordinario en la lucha, como su hermano, y con gran personalidad. A decir de las damas, hermoso; a decir de los caballeros, leal; por boca de sus amigos, hombre con gran sentido del humor. Su corazón era tan grande como su valentía. Una gran pérdida para el reino. A don Sancho le hubiera sido de gran utilidad y apoyo.

El infanzón miró dentro del cuenco que agarraban sus manos, apuró el caldo que quedaba y anunció a su hijo que se iba a dormir.

Extramuros, todo parecía un exasperante remanso de quietud. Nadie transitaba los caminos de acceso a la ciudad. En ellos no había rastro ni de Miguel ni de Diego. García se volvió hacia la puerta preguntándose dónde estarían. Miguel no era un cobarde, así que algo les debía haber pasado. La audiencia con el rey estaba a punto de comenzar. Salió de su habitación

pensando que iba a tener que urdir una excusa y bajó deprisa las escaleras. En el último tramo desaceleró el ritmo. En el descansillo, estrecha antecámara de la sala de audiencias, don Alvar se paseaba pavoneándose delante de los cinco caballeros que llevaba como testigos del desafío que iba a lanzar. Al llegar, sintió las miradas de todos ellos sobre él.

–Señores –los saludó cortésmente.

Nadie le devolvió el saludo. Don Iñigo llegó entonces. Su sobrino enarcó una ceja «¿Sabes algo de ellos?», le preguntó con el gesto. Iñigo le contestó con un leve asentimiento. «Ya han llegado». «Gracias al cielo –pensó García–. Miguel siempre apurando hasta el último instante». La puerta se abrió y barrió sus últimos pensamientos. Don Alvar fue el primero en entrar seguido de su séquito. García estiró el cuello. Miguel se hizo esperar un poco más.

–¿Queréis que me dé un ataque? –le regañó García.

–Por supuesto que no –le saludó Miguel abrazándolo.

Don Iñigo carraspeó haciendo que sus sobrinos lo siguieran dentro de la sala de audiencias.

El rey aguardaba sentado. Acababa de pasar un rato con su hijo Fernando y estaba de buen humor. En un respetuoso silencio, todos los caballeros allí reunidos saludaron al rey con una rápida reverencia.

–Vuestra majestad.

–Levantaos –les conminó don Sancho–. Podéis proceder.

Don Alvar, con una estudiada pose, se adelantó a todos los demás y se aclaró la garganta antes de hablar.

–Vuestra majestad, comparezco ante vos para desafiar al caballero don Miguel de Grez Almoravid, quien hace dos semanas hirió y secuestró a mi hija Dulce, rompiendo las treguas firmadas ante el recibidor general¹². Y para ello me presento ante vos con cinco caballeros, que sean mis testigos, según está registrado en el Fuero correspondiente.

–¿Quiénes son vuestros testigos?

–Me acompañan don Pedro Pérez, don Marcos de Rada, don Ximeno Martínez, don Iñigo Goñi y don Martín de Eulate.

–¿Se encuentra aquí el caballero desafiado?

Miguel fue a hablar, pero García se adelantó a él.

–Por supuesto que se encuentra aquí y va a demostrar que sois un perjurio.

Miguel tomó aire antes de moverse. No miró a García, sino a Iñigo. Su tío se hizo cargo. Últimamente el rey y García habían tenido algunas desavenencias y le había quitado todas las tenencias. Lo último que quería

Miguel es que su hermano intentara dirimir sus diferencias con el monarca aprovechando la ocasión, o lo que era peor, mostrarle su malestar; lo que no iba a ayudar a Miguel con el desafío.

El de Grez avanzó un paso hasta situarse al lado de don Alvar. Diego sintió un vacío gélido cuando su padre se fue de su lado. Se apegó más a su tío Ñigo y se centró en los pasos de su progenitor.

–Me encuentro aquí, vuestra majestad.

–¿Qué tenéis que decir de esta acusación?

–Señor, mi hijo encontró a Dulce herida y en una rápida reacción la trajo a casa para que mi esposa la tratara de sus heridas. Vos sabéis que Laraine tiene cierto don para ello.

–Mentís. Os escudáis en vuestro hijo para sacudiros toda responsabilidad. Y en cuanto a vuestra esposa, nadie os pidió que esa bruja tocara a mi hija.

–Vuestra majestad –dijo Miguel tratando de conservar la calma, dirigiéndose al rey–, si don Alvar insiste en interrumpirme no podré defenderme de sus acusaciones.

–No es por mis interrupciones por lo que no podéis defenderos, es simplemente que vuestros actos no tienen defensa.

–Don Alvar, os pido que dejéis hablar a don Miguel y a vos os reclamo un poco de concisión.

–Lo que trato de decir –tomó la palabra Miguel antes de que pudiera ser interrumpido de nuevo–, señor, es que no fui yo, ni mi hijo quienes herimos a Dulce. Tan solo cumplimos con el deber de todo buen cristiano de socorrer a alguien que lo necesitaba. En cuanto vimos que la vida de Dulce no corría peligro, envié a uno de mis siervos a avisar a don Alvar de que su hija estaba herida, pero fuera de peligro, y de que permanecería en mi casa aquella noche para recuperarse mejor. Y que yo mismo la llevaría a su casa por la mañana.

–¿Es eso cierto? –quiso saber don Sancho, cuyos ojos se movían de uno a otro.

–Cierto es que envié a uno de sus siervos, con ese argumento, pero yo soy el padre de Dulce y él la retuvo secuestrada en su casa.

–No fue secuestro, solo caridad –matizó modulando la voz adecuadamente para dar fuerza a sus palabras.

–¿Ahora sois un santo, don Miguel? ¿Creéis que porque vuestro dedo lleva un anillo de oro podéis saltaros la ley? Yo soy el salvaguarda del honor de mi hija.

–Habría mucho que discutir sobre eso último que habéis dicho –contestó

don Miguel algo exasperado.

–Está bien –atajó don Sancho. A lo que se hizo el silencio–. ¿Estáis dispuestos a llegar a un acuerdo?

–No hay posible acuerdo cuando el honor de una dama ha quedado mancillado.

–Creo que ese punto no está probado y que si el honor de vuestra hija está en peligro, este no viene de fuera sino de dentro de vuestra propia casa.

–¡No voy a tolerar esta calumnia! –se exaltó don Alvar.

–Estoy dispuesto a sentarme con vos y con cuantos caballeros estiméis oportunos para hablar sobre todo esto con calma y aclarar este malentendido –
tendió un puente Miguel.

–No hay nada que discutir. Mantengo mi desafío y no me veré satisfecho si no es con vuestra muerte.

Miguel se sorprendió hasta cierto punto. Había esperado resistencia por parte de Alvar, pero no esa obstinación. Antes de entrar en la sala de audiencias había creído posible proponer el pago de una multa. Ahora no.

–Si no dais otra opción, defenderé mi honor y el de mi Apellido como corresponde.

Un brillo extraño recorrió el iris de los ojos de don Alvar. Parecía satisfecho. Miguel miró al rey, esperando su sentencia.

–Puesto que parece que es imposible llegar a un acuerdo y ni la acusación puede ser probada, puesto que no hay testigos, ni las palabras del acusado verificadas, por el mismo motivo, yo, don Sancho, por la gracia de Dios rey de Navarra, ordeno que el desafío sea hecho público. Asimismo recuerdo a desafiador y desafiado, que a partir del momento en que el desafío se dé a conocer, disponen de diez días para llegar a entendimiento, en el intermedio de los cuales no podrán herirse ni matarse. Llegado a un acuerdo, los dos deberéis presentaros ante nos para notificárnoslo. Si terminado el plazo siguierais sin acuerdo, deberéis presentaros ante nos igualmente.

Diego no se había dado cuenta de cuánto había apretado sus puños hasta que la última palabra del rey murió en el aire. Entonces, la tensión dio paso a un leve tembleque. Miró a su padre, quien permanecía de espaldas a él, mirando aún al rey. Se preguntó si le odiaría por lo que acababa de ocurrir. Cuando don Sancho los despidió, pudo ver el rostro serio, aunque relajado de su padre. No había miedo en su mirada, solo prudencia. Don Alvar, por algún motivo que él no alcanzaba a comprender, se sentía exultante y se felicitaba de manera eufórica con los caballeros que le habían servido de testigos.

Los Almoravid se retiraron en silencio. En el rostro de García se veía impresa la indignación tanto por lo que había ocurrido como por no haber podido hablar ante el rey.

–¿Dónde os alojaréis? –le preguntó Iñigo a Miguel, interrumpiendo las protestas que García había empezado a dar a voz en grito, una vez fuera de la sala de audiencias.

–Abu-Abdallah me dará cobijo en su morada.

–¿Cómo? ¿No os vais a quedar en el castillo? –preguntó García exasperado.

–Quiero mantener la neutralidad. No quiero que Alvar piense que tengo privilegios por llevar este anillo en mi dedo.

–Y si los tenéis qué. ¿Vos no fuisteis a buscarlos?

–Lo que vuestro hermano os está diciendo es que no quiere dar motivos a don Alvar para que se sienta más molesto de lo que está. Y si ha de llegar a un acuerdo con él, como sospecho que quiere hacer, debe permanecer fuera de su alcance. La casa de Abu-Abdallah será un buen sitio en el que descansar. No creo que entre los planes de don Alvar esté pasearse por la morería. Te recuerdo que si pasados diez días no se han arreglado, don Alvar tendrá vía libre para matarlo o, al menos, intentarlo –dijo mirando con convicción a su sobrino Miguel.

–Me ha gustado vuestra matización –le dijo él. A su lado, Diego permanecía en silencio, atónito por todo lo que había ocurrido en las últimas horas. Temía que su padre tuviera que enfrentarse en las *corseras*¹³ con don Alvar.

La noche del noveno día había llegado sin alcanzarse ningún acuerdo. Y no precisamente porque Miguel, Iñigo y García no lo hubieran intentado, pero don Alvar parecía decidido a llegar hasta el final. Aunque Miguel sospechaba que ni el propio Alvar sabía cuál sería ese final. Diego caminaba nervioso por la habitación de la casa de Abu-Abdallah donde habían pasado los últimos días. Miguel se afanaba en afilar y limpiar su espada.

–¿Se puede saber qué te ocurre? –preguntó el infanzón

–¿Que qué me pasa? Mañana expira la tregua. Estoy nervioso.

Su padre sonrió abiertamente. A Diego no le gustó.

–Deberíais estar... deberíais estar más... no sé, algo –dijo el joven sin poder expresar lo que sentía realmente–. Mañana es... mañana os...

–Diego, pase lo que pase, don Alvar no me va a matar mañana.

–¿Cómo estáis tan seguro? ¿Creéis que los tíos lograrán convencerle? –
Iñigo y García se encontraban en esos momentos haciendo un último ofrecimiento en nombre de Miguel.

–No, no creo que Alvar cambie de parecer a última hora. Quiere, desea el enfrentamiento.

–¿Cómo es que entonces os lo tomáis tan a la ligera?

–¿A la ligera? Estoy preparando mi espada.

–Por eso mismo os lo digo.

Miguel se quedó mirando a su hijo. Dejó su espada encima de la mesa y se acercó a él tomándolo por los hombros. Aunque aún no había alcanzado la altura de su padre, pronto lo haría.

–Enfadarme, gritar o enojarme. Ninguna de esas cosas hará que la mente de mi desafiador cambie de parecer, ¿no crees?

Diego sintió la mirada poderosa de su padre en sus ojos, pero no era una mirada que tratara de corregirle, ni de reprocharle, ni de reprenderle. Se sintió bien, sabiéndose protegido por aquellos brazos fuertes y por aquella mente siempre preclara, pero no podía reprocharle que se preocupara por él. Primero, porque él le había metido en todo aquel lío y, segundo, porque si a su padre le pasaba algo, si le sucedía lo peor... Él no estaba ni se sentía preparado para sustituirle; ni deseaba hacerlo. Diego sacudió la cabeza tratando de apartar los pensamientos funestos.

–Ven –le dijo su padre pasándole el brazo izquierdo por el hombro e invitándolo a caminar fuera de la habitación. Aquel gesto reconfortó al joven. Salieron de la casa y el infanzón le hizo entrar en una construcción aledaña.

La fragua de Abu-Abdallah era el lugar más caluroso que Miguel recordaba haber pisado nunca, pero se sentía bien allí. Su dueño se movía con soltura entre los metales candentes a pesar de su edad, de sus piernas atrofiadas y de su aparente fragilidad. Estaba sumamente concentrado en su trabajo. Miguel supo que había percibido su llegada porque la comisura de sus labios se ensanchó en lo que quiso ser una corta sonrisa, pero no apartó ni su mente ni su vista de lo que estaba haciendo. El herrero no permitía que nadie observara su trabajo; Miguel era una excepción.

No era casualidad que Abu-Abdallah trabajara de noche. La oscuridad total le permitía percibir los mínimos cambios de color del hierro candente hasta que alcanzaba ese rojo cereza que avisaba que estaba listo para ser forjado.

–Observa –dijo Miguel al oído de su hijo– y no hagas ruido. La espada es fuego, Diego, un fuego intenso que se adhiere al corazón del hierro.

El viejo herrero retiró de la fragua la hoja que estaba calentando y la colocó sobre el yunque. Con una habilidad asombrosa tomó el martillo y comenzó a golpear para proporcionar a la hoja la longitud y forma adecuadas. Una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, sin descanso hasta plegar el material a su gusto. Abu-Abdallah dirigió la hoja de nuevo a la fragua para una nueva cala. Cuando el hierro alcanzó el tono rojizo deseado, lo extrajo y lo llevó de nuevo al yunque.

–La espada es fortaleza y esa fortaleza solo se alcanza a base de golpes – le susurró Miguel a su hijo.

Diego asintió fascinado por lo que veían sus ojos. Las llamas danzaban en sus pupilas y el repiqueteo del martillo le produjo un efecto embriagador.

–¿Qué dice? –le preguntó a su padre al percibir que el viejo herrero movía sus labios.

Miguel sonrió y se encogió de hombros.

–Realmente, no lo sé.

El joven se centró en ese movimiento. «¿Una oración? ¿Una frase? ¿Un conjuro?», se preguntó en silencio sin entender, a pesar de la fascinación que sentía, la razón última por la que su padre le había llevado hasta allí. Abu-Abdallah se alejó en ese momento del yunque y dirigió la hoja a un barreño de agua.

–Una espada, Diego, es temple –un *sshhh* claro se extendió por todo el espacio cuando el hierro tocó el líquido. El proceso de templado de una hoja debía controlarse con cuidado. Si se hacía demasiado rápido, el metal se tornarían quebradizo. El herrero hizo un segundo temple antes de elevar su vista hacia los visitantes. Miguel puso su mano derecha sobre el hombro izquierdo de su hijo–. Y una espada, Diego, es lo que te puede salvar la vida. Recuérdalo siempre. Ahora, acércate.

Con pasos temblorosos, Diego se aproximó al herrero y contempló la hoja que este le mostraba. Cuando llegó hasta él, Abu-Abdallah se la puso en las manos. Una ola de calor y otra de frío recorrió su cuerpo tras el contacto. Sin querer frunció algo el entrecejo. Miguel llegó a su lado y asintió a la pregunta callada que los ojos de Diego formulaban y que su boca aún no había pronunciado.

–Es tuya. O lo será cuando esté terminada. Siéntela como una parte más de tu cuerpo, como una extensión de tu brazo. Nota su fuego, su fortaleza, su

temple y arráigala en tu corazón.

Diego cerró los ojos. Se sentía tonto y poderoso a la vez, fascinado y nervioso. Y se imaginó blandiendo aquella espada el día en que lo armaran caballero. Abrió los ojos satisfecho. La magia del momento se desvaneció poco a poco. El joven agachó su cabeza ante el herrero. Abu-Abdallah tomó la hoja que estaba forjando y regresó a su tarea. Muy despacio, sin perturbar el silencio reverencial de aquel santuario, salieron al exterior y regresaron a su cuarto. Acababan de cerrar la puerta cuando un criado se presentó ante ellos.

–Os buscan, señor.

Miguel siguió al recién llegado hasta el exterior. Allí se encontró con un jovencísimo paje que muy recto le anunció que debía acompañarlo al castillo. Su hermano y su tío aún no habían regresado. Se preguntó si la presencia del paje tenía algo que ver con ellos y con don Alvar, aunque se le hizo raro que no hubieran enviado a uno de sus pajes, sino a uno del rey. Y si era el rey quien lo llamaba, ¿con qué fin? Sea lo que fuere, no tardaría en averiguarlo.

El paje lo acompañó hasta la puerta del castillo, después el propio mayordomo real salió a su encuentro.

–Buenas noches, don Miguel –le saludó–. El rey quiere hablar con vos.

El infanzón asintió en silencio y siguió al hombre que le había hablado hasta una sala pequeña de la planta baja del castillo. El mayordomo abrió la puerta para él y anunció al recién llegado.

–Pasad –le indicó el monarca.

–Vuestra majestad... –saludó Miguel.

–¿Habéis cenado?

–Sí, vuestra majestad.

–Entonces, no os importa si yo continúo.

–Sabéis que no, vuestra majestad.

–Sentaos.

Miguel ocupó la silla que le señaló don Sancho mientras lo observaba. El rey se había vuelto desconfiado. «No sin razón», pensó Miguel. Demasiados asuntos concernientes al reino le habían hecho ser cauto, cuando no imprevisible. Había repudiado a su primera esposa, Constanza, hija del conde de Tolosa, sin que nadie supiera la razón, aunque Miguel sospechaba que algo tenía que ver con el movimiento cátaro. Había vendido el palacio de San Pedro –que su padre había mandado levantar para tener una residencia en Pamplona–, al obispo don García en 1198 a cambio de setenta mil sueldos de sanchetes. Saldó así la cuenta pendiente que tenía con el obispo por su ayuda

tras el tratado de Calatayud que ese mismo año habían firmado Alfonso de Castilla y Pedro de Aragón para invadir Navarra y repartírsela. Había tenido que defender las fronteras del reino en numerosas ocasiones. Su primo Alfonso VIII de Castilla le había traicionado –así lo sentía en su corazón– cuando en 1199 le pidió que protegiera las fronteras de su reino mientras él viajaba al encuentro del califa almohade Abu-Yaqub Yusuf. Alfonso había aprovechado su ausencia para sitiar Vitoria y conquistarla. La ciudad que había fundado su padre era ahora parte de Castilla. Lo que no entendía Miguel era cómo se había fiado de su palabra después de que el castellano hubiera gastado muchos de sus esfuerzos de años anteriores en tratar de conquistar su reino. Ricardo había muerto poco antes, ese mismo año, alcanzado por una flecha en el asedio de Châlus y don Sancho había tenido que lidiar con Juan sin Tierra para sostener los derechos de la dote de Berenguela. No había sido fácil aquella tarea. Además, con la muerte del rey de Inglaterra, Sancho se había quedado sin su aliado al otro lado de los Pirineos. Y su alianza con los almohades y su casamiento con la princesa mora Samira le habían valido un apercibimiento de excomunión, cuando no esta misma. Miguel no estaba seguro de que se hubiera llevado a término oficialmente, pero eso pesaba sobre su cabeza. Su intento de casar a su hermana Constanza con Pedro II de Aragón se había ido al traste al considerar el papa del todo imposible esta unión por el grado de consanguinidad que existía entre ambos. Y su hermano Fernando había muerto tras una estúpida caída en un torneo. Todo eso pesaba demasiado en él, a pesar de contar con unas anchas espaldas.

En contraposición, había que decir que el reino gozaba ahora de una economía saneada y el rey tenía un heredero en quien centrar sus esfuerzos. Eso, sin contar con que el papa, por fin, lo había reconocido como rey con todos los derechos que eso conllevaba.

A pesar de todo ello, la actitud de don Sancho había cambiado en los últimos tiempos y eso no pasaba desapercibido para alguien como Miguel, que lo conocía desde hacía tantos años.

–Estoy decepcionado con todo este asunto de don Alvar –Miguel respiró hondo. No le gustaba el tono que había empleado el rey, pero esperó a que este continuara–. Y mañana expira vuestra tregua.

–Lo sé, vuestra majestad.

–Esperaba que, a estas alturas, todo estuviera resuelto. ¿Qué pensáis hacer al respecto?

–Sabéis que he hecho todo cuanto está en mi poder. Mi hermano y mi tío

siguen tratando de hacerle entrar en razón y le he ofrecido el pago de una multa. Todo sin resultado.

–¿Sabéis que creo, Miguel? Creo que no os habéis empleado a fondo en este menester.

El infanzón trató de controlarse.

–No voy a reconocerme culpable, porque no lo soy –dijo con la mandíbula apretada–. Si don Alvar cuidara mejor de su hija...

El rey interrumpió su discurso.

–¿Qué hay entre él y vos que impide este acuerdo?

–Nada, vuestra majestad.

–¿Estáis seguro? En la corte se ha hablado mucho estos días sobre el desafío. Algunos dicen que vuestro enfrentamiento viene de muy atrás, desde la muerte de Godina.

Miguel clavó los ojos en los de don Sancho, tratando de medir sus palabras.

–La muerte de Godina fue un trágico suceso, nada más.

–¿Estáis seguro? Me gustaría que me lo relatarais y juzgar por mí mismo.

–No hay nada interesante que contar. Vos sabéis que hubo una investigación. Si buscáis, allí encontraréis el relato de los sucesos.

–¿Os estáis riendo de mí? ¿Acaso creéis que soy un necio?

–No osaría hacer eso, vuestra majestad, y vos lo sabéis.

Don Sancho se levantó enfadado.

–Quiero que me lo contéis. ¿Está claro?

–No puedo, vuestra majestad.

–¿No podéis?

Miguel notó la presión de la mirada del rey sobre sus sienes y su rostro. Lo mejor sería decirle la verdad.

–Le juré a don Alvar que jamás hablaría de lo que ocurrió ese día con nadie –dijo con voz queda, sabiendo que aquella explicación no le iba a bastar al rey.

–Entonces... Yo tengo razón. Hay algo.... –don Sancho se sentó envuelto en sus propias deducciones y pensamientos. El problema era que don Alvar no creía a Miguel capaz de mantener ese secreto. ¿Querría destruirlo, matarlo? ¿Qué secreto sería ese que tan celosamente había jurado guardar Miguel?

–¿Qué creéis que quiere don Alvar de vos?

–Si lo supiera, no habríamos llegado a este punto. Él sabe que, aunque expire la tregua, no buscaré matarlo. Sobre sus intenciones... si no os las ha

revelado a vos, no tengo ni idea de lo que pretende, pero sospecho que él sí intentará matarme. Después de todo, no habría llegado tan lejos si sus pretensiones fueran otras.

El rey se quedó en silencio durante unos momentos en los cuales se afanó por tragar unos buenos trozos de carne. Aprovechó para reflexionar sobre lo que Miguel había dicho y sobre lo que Alvar antes que él le había comentado.

—Así que supongo que solo hay una salida —comentó don Sancho después de dar buena cuenta de un vaso de vino.

Miguel recostó su espalda sobre el respaldo de la silla. Sabía a lo qué se refería el rey, pero no estaba seguro de que don Alvar lo aceptara. Una cosa era saber que la ley le amparaba si se tomaba la justicia por su mano; algo que ocurriría en cuanto se terminara el plazo de los diez días, y otra aceptar enfrentarse a Miguel de frente y bajo unas estrictas normas.

—Sí, supongo que solo hay una forma de terminar con esto.

—Y ¿estáis dispuesto?

—Estoy dispuesto y preparado, vuestra majestad.

—Bien —dijo el rey como si se hubiera quitado un peso de encima—. Hay una cosa que debo pedir.

Un silencio espeso recorrió la sala mientras Miguel seguía la dirección de la mirada del rey hasta su mano izquierda. El infanzón asintió varias veces. Sopló de golpe todo el aire que había en sus pulmones y su rostro dibujó una medio sonrisa escondida entre su incipiente barba. Se levantó despacio y cuidadosamente, llevó la mano derecha sobre la izquierda. Se resistió, pero por fin pudo sacar el anillo de oro que adornaba su dedo índice. El rubí, apagado en la sombra de la noche, escondió su color bajo un halo negro. Miguel acercó el aro muy lentamente hasta la mano del rey y lo depositó en su palma.

—Ha habido varios momentos en mi vida en que he deseado que llegara este momento.

—¿Y qué sentís?

—Un gran vacío.

Don Sancho soltó una ruidosa carcajada. El de Grez lo miró abatido mientras pedía permiso para retirarse. El rey hizo un gesto de asentimiento leve. Miguel se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Miguel —lo llamó el monarca antes de que saliera—. Como en Marruecos.

—Como en Marruecos —le respondió Miguel sin saber muy bien a qué se refería.

Sentía una extraña sensación mientras con su dedo pulgar intentaba dar vueltas a un anillo ausente. Las calles de Tudela estaban vacías y silenciosas. Se puso los guantes ocultando sus dedos, como si sintiera vergüenza de ellos. Caminó despacio, dejando que cada una de las ráfagas de viento que soplaban golpeará su rostro. Apretó los labios, pensativo. Su mente le llevó lejos, a un día extraño de su vida. El recuerdo de la sangre oscura coagulada en las niveas manos de Godina retorció su corazón. Si cerraba los ojos sabía que vería de nuevo aquellas pupilas dilatadas, sin vida, reflejando una ternura infinita. Lo que había pasado aquel día solo lo sabían cuatro personas y una de ellas estaba muerta y otra era demasiado pequeña cuando ocurrió como para acordarse. Eso dejaba a Alvar y a Miguel frente a frente, atados por un pacto de silencio que a Alvar le interesaba que Miguel se llevara cuanto antes a la tumba.

García e Iñigo ya habían regresado.

–¿Dónde estabais? –le preguntó su hermano.

–¿Duerme? –quiso saber Miguel sobre su hijo antes de contestar.

Iñigo hizo un gesto aseverativo con su cabeza.

–Bajemos.

–¿Dónde habéis estado? –insistió García.

–En el castillo, con el rey.

–¡Ah! –respondió su hermano–. Alvar no se ha avenido a un acuerdo.

–Lo sé.

–Mañana...

–Mañana aceptará retarme.

–Parecéis muy seguro, pero os puedo decir que esa no era su intención hasta hace poco.

–El rey le obligará a consentir el *riepto*.

–Un combate judicial. ¿Y eso os preocupa? –preguntó don Iñigo, quien había percibido un tono doblegado en las palabras de su sobrino.

–Sé que puedo vencerle.

García e Iñigo sonrieron aliviados.

–Será mejor que nos retiremos a dormir –dijo García divertido ante la perspectiva de ver un reto.

–Id vosotros. Yo subo enseguida.

–Como queráis –le dijeron. Iñigo palmeó su espalda antes de despedirse.

Miguel aguardó sin moverse hasta que los pasos dejaron de retumbar en la casa. Resopló. Sabía que podía vencer con relativa facilidad a Alvar en

cualquier enfrentamiento, pero no iba a ser tan sencillo. Se quitó los guantes y se miró los dedos desnudos. Aquella era la primera victoria de Alvar y no había tenido siquiera que estar ante él para anotársela. Tenía mucho en lo que pensar. Estaba amaneciendo cuando sintió la presencia de Abu-Abdallah en la estancia.

–No habéis elegido una cama muy cómoda para pasar la noche.

Miguel se desperezó estirando la espalda y los hombros hacia atrás. Se refrotó la cara con las manos y dio los buenos días a su anfitrión.

–Creo que me quedé dormido.

–¿Demasiadas preocupaciones?

–Más que preocupaciones, yo diría que son más bien responsabilidades.

El herrero se sentó cerca de Miguel.

–Vinisteis aquí hace muchos años a recoger una espada para vuestro joven amo que iba a ser armado caballero.

Miguel sonrió ante el recuerdo.

–Sí, don Jordán Yeneguez, un maldito abusón que se jactaba de su propia mala conducta.

–Y hoy habéis venido a buscar la de vuestro propio hijo. Y en todo este tiempo, nunca os he visto tratar de saltar fuera de vuestra propia sombra. Siempre habéis aceptado vuestras responsabilidades.

–Esta vez... es un poco más complicado.

–Si no podéis empezar un negocio por el principio... empezadlo por el final –le dijo el viejo herrero.

Miguel lo miró sonriendo mientras trataba de imaginarse qué había querido decir con aquellas palabras. Y de pronto recordó otras.

–Como en Marruecos –dijo en alto sin darse cuenta.

–¿Perdón? –le dijo el herrero.

–Nada, no era nada.

–Os mandaré traer algo de desayuno –una sonrisa pícaro había acudido al rostro huesudo y a la boca sin apenas dientes del viejo herrero.

Aunque no lo había querido así, tras la insistencia del rey –que había hablado con él en privado–, don Alvar había aceptado el combate judicial como solución. El monarca le había recordado que no existían pruebas mediante las cuales se pudiera verificar su acusación y que no quería que dos de sus caballeros anduviesen por el reino creando problemas. Pero, sobre

todo, al monarca no le convenía que acabaran implicándose los infanzones, corporación que el propio Miguel había contribuido a crear. Así que una vez que don Alvar había hecho público su reto a don Miguel, el tribunal de la Cort debía establecer las condiciones. Y allí estaban Alvar y Miguel esperando que los cuatro jueces y los ocho notarios que formaban parte de aquel tribunal, más los tres abogados que se habían reunido aquel día, junto con el rey y su procurador real, dieran a conocer sus disposiciones.

–Este tribunal establece que el *riepto* entre don Alvar Martínez *–reptador–* y don Miguel de Grez Almoravid *–reptado–* tenga lugar dentro de tres días en las *corseras* de la Torre del Mont Real de Tudela. Será el *captenedor*¹⁴ de don Alvar, don Pedro Pérez, y sus fieles, don Marcos de Rada y don Ximeno Martínez. Será el *captenedor* de don Miguel, don Iñigo Almoravid, y sus fieles, don García Almoravid y don Álvaro Yeneguez de Subiza. Se cita a todos los mencionados caballeros a la hora prima de la mañana del tercer día a partir de hoy. Que se adelanten *reptador* y *reptado*.

Los dos hombres se acercaron al rey.

–Don Alvar, ¿aceptáis las condiciones del reto?

El caballero mencionado dio un paso hacia delante.

–Quiero ver su mano –su petición sonó algo extraña entre los jueces, abogados, notarios y procurador real, pero no para Miguel.

El rey miró al infanzón. Consciente de que todos lo observaban se quitó los guantes, guardándoselos en su cinturón. Después levantó las manos y las mostró, moviéndolas despacio para que todo el mundo pudiera verlas. Su demostración causó diferentes reacciones. Algunos siguieron sin entender, Alvar juntó sus labios en una mueca de clara satisfacción, García apretó los puños, Iñigo negó pesadamente con la cabeza y Diego... Diego se puso lívido.

–Acepto las condiciones del reto –dijo Alvar con satisfacción.

«Creéis haber conseguido una victoria, pero la guerra aún no ha concluido», pensó Miguel.

–Don Miguel –la voz sonó clara e hizo que el infanzón fijara su vista en el rey–, ¿aceptáis las condiciones del reto?

–Las acepto, vuestra majestad.

–En ese caso, esta audiencia se da por concluida.

Miguel salió con paso decidido, pero sin correr. Don Alvar, al pasar a su lado, sonrió abiertamente y le señaló con el dedo. El de Grez le mantuvo la mirada sin decir nada. Las *corseras* decidirían.

La vara que sostenía García en alto le tapó el sol durante unos instantes. Luego se incrustó pesadamente en sus costillas. Miguel arqueó la espalda hacia fuera solo para recibir allí otro golpe proveniente este de la vara con que su tío lo atacaba. Dolorido y enfadado, se revolvió hacia ellos blandiendo su palo con firmeza. Era un entrenamiento surgido del apremio, de la urgencia. Y era, sobre todo, un entrenamiento Almoravid, y un adiestramiento Almoravid nunca distaba mucho de una verdadera batalla.

Diego distinguió claramente cómo el sudor recorría las sienes y la espalda de su padre en aquella mañana fría. Su torso y sus hombros habían adquirido un tono rosáceo allí donde las varas de los otros dos habían impactado, igual que la zona de los lumbares. No le habían dejado participar, por lo que los observaba desde una de las ventanas. Su padre se giró casi en el aire poniéndose de cara a sus dos atacantes. Con un golpe recto acertó a García en el esternón. Este retrocedió tosiendo. Miguel encaró entonces a su tío totalmente concentrado y esbozó una sonrisa. Iñigo lo esperaba por arriba, pero él se decidió en el último momento por un golpe bajo hacia la espinilla. Iñigo saltó hacia atrás; la parte baja de su pierna empezó a escocerle de inmediato. Miguel, sabiendo que aflojaría su fuerza sobre la vara, impactó con la suya fuertemente en ella haciendo que saliera disparada lejos del alcance de su tío.

—No va a quedar mucho de vos para ese tal Alvar si continuáis así—la voz sabia de Abu-Abdallah llegó hasta sus oídos.

García, doblado sobre sí mismo, trataba aún de encontrar un poco de aire y Iñigo había dejado a su sobrino solo para buscar su vara.

—¿Bromeáis?—le dijo García entre ahogos—. Como siga así se tendrá que buscar otro *captenedor* y otro fiel.

—Vamos dentro—les aconsejó el herrero—. Tengo un unguento para esos golpes vuestros.

La silueta de los cuatro hombres se perdió dentro de la casa. Diego estaba nervioso, embargado por una extraña sensación de ahogo. Decidió salir a dar una vuelta. El viento ululaba ronco entre las callejuelas de la morería. Se abrigó con su capa y apretó su cabeza contra el cuello para no sentir su fuerza sobre el rostro. Sus pasos lo encaminaron hacia las *corseras*. El viento soplaba con doble fuerza allí, a rachas que jugueteaban con su ropa y sus cabellos. Se apoyó en la valla, esa frontera que su padre no podría atravesar en los tres días siguientes bajo pena de ver alguno de sus miembros cortados o de tener que reconocer ante todos su culpabilidad; o lo que era lo mismo,

verse deshonrado. Las nubes avanzaban con gran rapidez por el cielo. Calculó que su corazón debía latir por lo menos a la misma velocidad y se preguntó cómo estaría afrontando su padre los últimos acontecimientos; el desafío, el reto, la pérdida de su anillo... Diego había visto tantas veces ese aro de oro y aquel rubí en su dedo, que la circunferencia blanca que había dejado en él como sello innegable de su existencia, le creaba al joven cierto estado de ansiedad. Aunque llevar ese anillo significara más deberes que derechos, Miguel se lo había ganado con sangre y esfuerzo. ¿Y si había perdido también la confianza del rey? No podría perdonárselo. Agitado su espíritu, miró en lontananza. Otra ráfaga de aire amenazó con tirarlo hacia atrás. Se agarró fuerte a la valla y apoyó su barbilla sobre la mano. El aire levantaba la tierra haciéndola girar en círculos que danzaban al antojo de la fuerza del viento. Tan ensimismado estaba que no se percató de la presencia de tres jinetes a su espalda.

—¿Cómo? —escuchó detrás de él—. ¿Un Almoravid dando la cara al viento? Sobresaltado, se giró raudo.

—El viento sopla racheado —se defendió el joven ante la cara divertida que lo observaba. Don Álvaro y sus hijos Martín y Pedro habían llegado.

—Anda, monta y llévame ante tu padre —le pidió Álvaro.

El viento soplaba con menos intensidad en el Mont Real a aquellas horas. La vieja atalaya defensiva batallaba con las últimas ráfagas fuertes como queriendo calmarlas. Miguel procedió a sujetar bien sus protecciones mientras los fieles repartían el suelo. Luego miró al horizonte sin fijar su vista en ningún punto concreto. El cielo aún conservaba el tono oscuro de la noche y las tierras de Aragón quedaban ocultas a su vista. Aunque aparecerían al sur en cuanto el día le ganara terreno a la noche.

Álvaro le tendió el yelmo. Los ojos de Miguel lo miraron antes de quedar ocultos bajo la protección que colocó sobre su cabeza. El de Subiza detuvo durante unos instantes su mano en el hombro de su amigo. No había mucho más que decir. El de Grez mantenía el rostro infranqueable, defensivamente inalterado, para ocultar sus pensamientos, sus intenciones. Y eso inquietaba a Álvaro. En condiciones normales, aquel reto debería estar resuelto para la hora tercia. Alvar era algo más joven que ellos, pero en nada comparable en cuanto a sus aptitudes caballerescas. Sin embargo, el de Subiza sabía que había algo... García llegó junto a ellos y entregó las riendas de Baluarte.

Miguel se ajustó los guantes y las asió con fuerza.

–¿Estáis seguro de no preferir a Tramposo?

El caballo recién nombrado, que aguardaba fuera de las *corseras* junto a Diego, manoteó como si se hubiera sentido aludido. El animal estaba inquieto y dispuesto a la vez. Miguel lo sabía, pero su decisión estaba tomada.

–Baluarte me servirá bien –dijo palmoteando al animal en el cuello. Álvaro notó el tono de convencimiento con que lo pronunció.

–Don Alvar quiere hablar con vos antes de comenzar –Iñigo se acercó a su sobrino en esos momentos.

Miguel se quitó el casco y lo puso en las manos de su tío. Este lo vio partir. Su túnica azul golpeaba sobre sus piernas al andar, empujada por el viento. Sobre su pecho se distinguía perfectamente el escudo Almoravid en el que tres bastones de azur destacaban sobre campo dorado. Se acercó hasta la mitad del palenque donde Alvar aguardaba. Al llegar, torció ligeramente la cabeza. Su retador lo asió del brazo y lo atrajo hacia sí para hablarle quedo al oído, pero con gran contundencia.

–Confío en terminar pronto. Tengo algunos asuntos que atender y Dulce me está esperando en Pamplona. Por cierto, y hablando de mi hija, quiero que sepáis que todo lo que me hagáis a mí, se lo haré después a ella. ¿Os-ha-queda-do-cla-ro? –martilleó en su tímpano izquierdo mientras la presión sobre su antebrazo aumentaba.

–Muy claro –le respondió Miguel entre dientes, sacudiéndose el apretón de su antebrazo.

Sin esperar más, Miguel se caló de nuevo el yelmo, se puso los guantes y tomó su espada sin dar tiempo a que su *captenedor* ni sus fieles pudieran interrogarlo.

–¡Miguel! –lo llamó su tío. Lo cogió de las muñecas y lo miró a esos ojos que quedaban velados debajo del yelmo, sabiendo que, aunque no los veía, lo estaban mirando con intensidad–. Apellido, honor, valor, rey, Navarra.

–¡Almoravid! –rubricó él con fuerza, pero no demasiado alto.

Muchas eran las palabras y los acontecimientos que se acumulaban en la mente de Miguel. Mientras se dirigía a su montura, amenazaron con destruir la concentración que necesitaba. Sacudió su cabeza un par de veces para evitar lo que podría ser la primera victoria de su rival. Alvar había tenido la suficiente amabilidad y el enorme cinismo de aclararle sus intenciones. De un plumazo le había barrido la posibilidad de vencerle, así que lo que debía hacer ahora era centrarse en no perder.

Diego, al que no se le escapaba detalle de cuanto acontecía, vio cómo su padre montaba y se dirigía al centro. Mientras Iñigo se encaminaba fuera de las *corseras*, García y Álvaro se ajustaron sus yelmos para evitar posibles daños de golpes imprevistos. Ambos vestían cota de malla y, sobre ella, una túnica. La de García, como la de Miguel, lucía en su pecho el escudo de los Almoravid. En la de Álvaro se podía ver el escudo dorado con chef de sable de los Subiza. El joven Diego sintió unos enormes deseos de morderse las uñas. Aquella fea costumbre, según su madre, se había superado a base de atarle las manos a la espalda durante mucho tiempo. Sin embargo, en aquel instante sintió una necesidad imperiosa de hacerlo. La llegada de su tío Iñigo modificó el trayecto ya iniciado de su mano derecha. Se sintió bien al estar arropado por él y por los otros chicos de edad parecida a la suya: Pedro, Martín y su primo Miguel *txikia*.

El reto se inició al clarear el día. Miguel inspiró profundamente e hizo recular a su caballo lentamente. Más que un reto, parecía una exhibición de doma.

–¡Atacad! –le invitó Alvar riéndose divertido.

Cerca de la valla que limitaba el palenque, Miguel hizo que Baluarte se detuviera.

–¡Vamos, atacadme! –le provocó Alvar.

Miguel espoleó a su caballo y le hizo iniciar un suave trote. A mitad de camino lo frenó y le hizo recular de nuevo. Alvar, sin comprender su estrategia, detuvo a su caballo que ya había iniciado la carga. «¡Qué diantre...!», murmuró el retador.

«Eso, es, ven a mí», lo animó Miguel con el pensamiento.

Tardaron en cruzar sus espadas por primera vez. El sonido metálico se escuchó con claridad en el silencio de aquella primera mañana, a pesar de que los aceros apenas coincidieron un instante en el aire. Esa fue la primera vez que Miguel cruzó al campo de Alvar. Era solo una prueba. Hacía mucho que no se medía con él. Solo quería saber hasta dónde llegaban sus fuerzas y cómo se comportaba sobre el caballo.

La mañana pasó y parte de la tarde también. Miguel seguía enfrascado en observar a su rival. El infanzón cargó de nuevo. Su estómago rugió a la vez, quejándose de hambre, pero él no lo escuchó. Alvar acudió a su encuentro. Se encontraron más o menos en mitad de las *corseras*.

–¿Recordáis mis palabras de esta mañana? –le preguntó Alvar mientras Miguel lanzaba su espada sobre su hombro y él hacía que su caballo se

moviera hacia la derecha para esquivar el golpe—. No me importa que alardeéis un poco más, pero antes de la caída del sol quiero escuchar vuestra confesión. Si no, Dulce sufrirá lo mismo que vos me hagáis a mí. Y si estáis pensando en terminar con mi vida, mirad bien a mi *captenedor* que espera fuera porque él hará que la muerte de Dulce parezca un terrible accidente.

—En verdad es un honor batirme con tan gran caballero —apostilló Miguel—, que necesita como escudo las faldas de una dama.

Alvar, molesto por la respuesta, se volvió y elevó su espada en alto. Y entonces Miguel vio lo que estaba esperando. La mano de Alvar comenzó a temblar perceptivamente. Miguel paró el golpe y contraatacó por la derecha. Quería probar de nuevo. El tembleque podía haber sido solo fruto de la ira ante la respuesta del de Grez. Pero no, allí estaba de nuevo. Satisfecho, Miguel se retiró a su parte del campo. «Buen chico, —le susurró a Baluarte en la oreja. El animal la movió como si le hubiera entendido. Todavía tendremos que quedarnos un rato más por aquí». Los efectos de la bebida se empezaban a notar en el cuerpo abstemio obligado de Alvar. A partir de ese momento, su rival tendría prisa por terminar cuanto antes. Necesitaba beber vino. Durante el día, los fieles les podían lanzar el pellejo de agua y algo de comida. Alvar había hecho uso del primero en varias ocasiones y había comido algo; Miguel seguía sin beber ni comer, firme sobre su caballo. A pesar del descubrimiento del infanzón, su contrincante no apresuró su ataque. Estaba bastante convencido de que Miguel claudicaría al final de aquel primer día, por lo que no iba a atacar y arriesgarse a ser herido cuando estaba tan cerca de que todo acabara. Miguel comprendió su actitud, así que, definitivamente, tendría que ser él el que atacara.

El sol descendía hacia su ocaso. Las sombras comenzaron a cubrir el suelo y el cielo, y el frío del invierno arreció junto con el cierzo que había sido moderado durante las horas de sol. Baluarte se removió inquieto. «¿Tú también necesitas un poco de acción? —le preguntó Miguel—. Pues de acuerdo». Miguel hincó espuelas y se lanzó al galope. Espada en alto, esta vez no se detuvo.

—¿Qué demonios? —se preguntó Alvar— ¿Es así como queréis ser vencido? ¿Queréis que simulemos que combatimos de verdad? Entonces, por mí que no sea.

El choque de los aceros fue estridente y el sonido se prolongó mientras las espadas escurrían filo sobre filo. Miguel hizo girar a su caballo y golpeó de nuevo. Alvar fue más lento y Miguel tuvo que retirar su espada para que no

impactara sobre el hombro de su contrincante. Se separó unos pasos y volvió a cargar. El brazo de Alvar notó el batir de la espada de Miguel una y otra vez, hasta que fue demasiado débil para sostenerla. Miguel aprovechó el pequeño desconcierto del otro para dar otro lance. El caballo de Alvar se asustó haciendo que su jinete resbalara de la silla, lo que dejó al animal suelto y a Alvar en el suelo. Rápidamente, los dos fieles de Alvar corrieron hacia la montura para evitar que esta sacara cualquier parte de su cuerpo fuera de las *corseras*. García e Iñigo se quejaron por el quebrantamiento de las normas, sin embargo, dejaron de lado su protesta para seguir de cerca el combate entre los dos hombres a pie. Miguel se había apeado de su montura y se encaminaba hacia él. Sin esperar a que Alvar se levantara, el de Grez comenzó a golpearlo con fuerza, aunque no con demasiada rapidez, dejando que su contrario pudiera defenderse. Solo trataba de cansarlo, no de vencerlo.

–Estoy esperando vuestra rendición–le dijo Alvar con desdén.

El infanzón se separó de su contrincante y lo rodeó a cierta distancia.

–Levantaos–le conminó– y luchad.

Cuando Alvar se puso en pie, Miguel volvió a golpear con fuerza. No se detuvo hasta que Alvar se tambaleó y cayó hacia atrás.

–¿Qué os proponéis?–le preguntó con la boca pastosa y la necesidad de un trago palpitando en todo su cuerpo.

–Contad conmigo–le dijo rozando con su espada el cuello que asomaba bajo el yelmo–. Uno.

Después de contar, alargó su brazo y estiró del de Alvar para ponerlo de pie. En cuanto estuvo enderezado, Miguel volvió a emprenderla a golpes de espada. Cuando el cielo se oscureció por completo y las luces de las antorchas apenas alumbraban varios pies por delante de los combatientes, Miguel había contado hasta seis. Seguían peleando cuando los *captenedores* se reunieron al pie de la valla, justo en mitad de la línea que separaba ambos campos. Pactaron una pequeña tregua para descansar y dormir un poco. Los fieles tuvieron que emplearse a fondo para separar a los dos combatientes. Alvar estaba enfadado porque Miguel no había seguido sus indicaciones. Esperaba haber podido dormir bajo techo. Tendría que redoblar sus amenazas y hacerle comprender al de Grez que iba totalmente en serio. Miguel también tenía su parte de frustración. Podía haber despachado a Alvar en las primeras horas del día, pero le había hecho jugar a un juego que no le gustaba. El público que había permanecido en las inmediaciones del Mont Real durante aquel día, abucheó la decisión de detener la lid justo cuando se estaba poniendo más

interesante. Obligados por el frío se fueron retirando a sus casas.

El cansancio, la sed y el hambre se presentaron de golpe en el cuerpo de Miguel. Bebió despacio. Estaba sudando y no había probado nada en todo el día. Su respiración aún era rápida e irregular cuando García le echó una manta por encima.

–¿Se puede saber qué asunto os traéis entre manos?

–Cualquiera que sea el asunto no es de vuestra incumbencia.

–Claro que lo es –se agitó su hermano–. ¿Por qué no acabáis de una vez con esta pantomima?

Sin decir nada, Miguel se alejó un poco de García y tomó el bocado que le ofreció Álvaro. Sin embargo, García no estaba satisfecho con la respuesta de su hermano de sangre. Fue a decir algo, pero el de Subiza, cuyo temperamento era más reposado, se le adelantó.

–Comed algo. Necesitáis alimentar vuestro cuerpo antes de hablar –dijo dándole a Miguel un pedazo de carne, pero manteniendo la mirada fija en García. Este, resignado, se retiró.

No había fuego cerca. El cuerpo de Miguel aún mantenía el calor de la lucha, pero sería durante poco tiempo más. Su pelo estaba alborotado y algunas hileras de sudor y suciedad se escurrían por sus sienes hasta el cuello. Ansioso y frustrado, García solo esperó a que Miguel terminara su primer trozo de carne antes de increparle de nuevo. La voz tranquila de Álvaro trató de apaciguarlo.

–Seguro que hay una razón de peso para que Miguel no le haya dado ya a don Alvar lo que se merece. No creo que pasar una noche como esta a la intemperie sea lo más placentero que haya imaginado su depravada mente – señaló el de Subiza tratando de suavizar el ambiente. Una ráfaga de viento hizo que se alzara la capucha para proteger sus oídos del frío.

–¡Explicaos! –le exigió su hermano.

–Dejadme que resuelva mis asuntos a mi manera –exigió el de Grez.

–No fastidiéis –se revolvió entonces Álvaro–. Somos vuestros fieles. Estamos aquí porque apreciamos vuestra vida, pero no creáis que tanto como la nuestra. Creo que merecemos una explicación, porque aquí ocurre algo... extraño. Así que hablad de una vez u os juro que yo mismo os cortaré en pedazos y no es una fanfarronada; eso que sentís en vuestras costillas ahora mismo es mi puñal.

García se rio abiertamente. Una carcajada que se agrandó por el efecto del viento que sopló en ese mismo instante.

–Y yo que pensaba que estabais de su lado y que iba a tener que luchar con los dos para que mi hermano confesara...

La oscuridad lo envolvía todo. Las facciones de los tres compañeros de armas apenas se apreciaban con la única luz que llegaba a ellos de una hoguera lejana. Sin embargo, Álvaro y García sintieron la tensión y la lucha interna de Miguel. Los tres se conocían demasiado bien.

–¡Vamos! –lo alentó el de Subiza apretando su puñal.

–No puedo ganar –confesó por fin el retado.

–Por supuesto que podéis. Alvar no es rival para vos –le regañó su hermano.

–No lo entendéis. No puedo ganar –repitió–. Alvar me ha jurado que cualquier cosa que yo le haga a él, se lo hará él después a Dulce. Así que no puedo vencer, tan solo intentar no perder.

–¿Qué? –preguntaron los dos a la vez.

–Juradme que no se lo diréis a nadie.

En la oscuridad, los dos aludidos se miraron, aunque ninguno de los dos alcanzaba a ver la pupila del otro. El crepitar del fuego lejano se escuchó con más intensidad y el frío parecía haberse multiplicado.

–Así que esa es la razón... –comenzó a especular Álvaro, aunque el curso de sus pensamientos quedó cortado por la petición apremiante de Miguel.

–¡Juradlo!

–Está bien –claudicó Álvaro–. Lo juro.

–Y ahora vos.

–No lo sé, hermano. Creo que como fiel vuestro que soy debería denunciar esta situación.

–¿Y qué lograríamos?

–¿Es preferible dejar que un loco se burle de vos?

–García, la vida de Dulce está en juego.

–Os daré mi palabra siempre y cuando vos me deis la vuestra de que no vais a perder este combate.

–Por supuesto que no –le aseguró Miguel.

García lo miró de soslayo. Miguel sabía que había enarcado su ceja izquierda y que sus labios permanecían apretados, aunque no lo viera.

–Más os valdría matarlo como la lombriz que está demostrando ser. ¿No lo habéis pensado?

–Por supuesto que lo he pensado –dijo Miguel mientras pellizcaba su labio inferior con los dedos de su mano derecha–. Pero esa posibilidad también la

ha pensado Alvar.

Hubo un instante de silencio.

–Así que –dijo García–, tendremos que pasar dos días más en esta nevera. Espero que vuestro... apéndice inferior pague las consecuencias.

–¿Vais a darme vuestra palabra o no? –le preguntó Miguel sin hacer caso a sus comentarios soeces.

–¿Mi palabra? Lo que debería hacer es cortaros yo mismo el cuello e irme a descansar a una cama junto al fuego –dijo García mientras se levantaba y se frotaba las manos para hacerlas entrar en calor.

–Vuestra palabra.

–Os doy mi palabra Almoravid –le dijo al fin, inclinándose en una burlesca reverencia.

–Decidle a mi hijo que se vaya a dormir a casa de Abu-Abdallah, ¿queréis?

García se alejó con pasos pequeños. Baluarte relinchó con suavidad a su paso. «Sí –le dijo García–, yo también creo que tu amo ha perdido la cabeza».

Diego no quiso abandonar a su padre. Sus dientes castañeaban, a pesar de las dos mantas con que se había tapado mientras se preguntaba qué estaría pasando por la cabeza de su padre.

–¿Por qué no le ha vencido ya? –le preguntó algo desesperado a su tío Iñigo que le acompañaba cerca de la hoguera que habían encendido fuera de los límites de las *corseras*.

–Todas las empresas llevan su tiempo.

–Creo que podía haberle vencido.

–No te preocupes por eso ahora. Tu padre sabe lo que hace –«O eso espero», se dijo el Almoravid.

Diego miró en dirección al bulto oscuro en que se había convertido su padre. Allí no había hoguera ni medio de calentarse, pero ni él, ni sus dos fieles, ni su caballo podían abandonar el recinto vallado.

Álvaro suspiró. La fuerza del viento, que había arreciado, traía retazos de palabras desde el otro lado del palenque. Alvar había bebido vino en abundancia. Se notaba por la voz pastosa que se escuchaba de vez en cuando.

–Supongo que tendréis alguna estrategia –preguntó el de Subiza.

Miguel asintió sin decir nada.

–Esto no acabará dentro de dos días ¿verdad? –dijo Álvaro recordando las

cuentas pendientes que siempre había habido entre su padre y Miguel y cómo habían terminado. Por un instante sintió la cuerda fría y tensa sobre su cuello y el abrazo del de Grez en sus piernas salvándolo en el último instante de una muerte segura.

–Supongo que no –terció Miguel con voz serena–. Aunque os juro que me gustaría que fuera así.

Miguel pensó en su hijo y en Dulce. Dentro de dos días, todo seguiría igual o peor. No tocaría a Alvar, pero suponía que a esas alturas, su retador ya se habría dado cuenta de que Miguel no se iba a rendir, ni se iba a dejar arrebatarse lo que era suyo. Se preguntaba cómo reaccionaría después.

–Será mejor que durmáis un poco –le dijo Álvaro a su compañero de armas–. García y yo nos turnaremos para que todo esté en orden.

Miguel se acurrucó de manera que el viento le pegara en la espalda. Álvaro se movió para situarse detrás de él y hacerle de parapeto. El infanzón no cerró los ojos. El ulular del viento impregnaba la noche de un toque siniestro. «Una estrategia», pensó Miguel. Abu-Abdallah le había dicho que cuando un negocio no se puede empezar por el principio, había que comenzar por el final. Y eso era más o menos lo que pretendía llevar a cabo. No podía ganar sin poner en peligro a Dulce, así que lo que tendría que hacer era salvar la vida de la joven para poder ganar; aun sabiendo que la victoria no llegaría dentro de dos días y era muy posible que tardara mucho en llegar y que incluso nunca aconteciera. Ya no se trataba solo del combate. Recordó también las palabras del rey justo antes de aceptar el reto. «Como en Marruecos», le había dicho. Miguel recordó aquel lejano viaje a tierras almohades. Don Sancho tenía entonces dos asuntos en mente; uno era la consecución de un tratado con el califa Abu-Yaqub-Yusuf; el otro, sellarlo con el compromiso con la princesa Samira. Cuando llegaron a Marruecos, el califa había muerto y su hijo ocupaba su lugar. Sus negocios dieron de pronto un giro inesperado. Para conseguir lo que habían ido a buscar, tuvieron que pelear primero contra los enemigos del califa. Sin querer, ni pensarlo, se vieron envueltos en una guerra con la que nada tenían que ver. Allí aprendió la forma de combatir de los almohades. Los cristianos lo habían bautizado como el *tornafuye*¹⁵ y consistía en constantes ataques y retiradas de su caballería, atrayendo así al enemigo hacia las puertas del grueso del ejército. Se preguntó si esa sería la mejor estrategia a seguir con don Alvar. Mientras recordaba aquellos días de Marruecos, se quedó dormido.

A primera hora de la mañana, el rey despachaba con su procurador real en sus aposentos privados cuando un fuerte griterío traspasó la ventana abierta. El ceño de don Sancho se frunció ligeramente, pero continuó con sus asuntos. La algazara fue en aumento, lo que hizo que el rey se moviera hacia la ventana.

–¿Qué ocurre ahí fuera?

–El pueblo marcha hacia el Mont Real, vuestra majestad –le indicó el procurador.

El rey entornó los ojos haciendo memoria.

–¿Aún no se ha terminado el reto?

–Hoy es el tercer día y la expectación va en aumento. Parece que vuestro pueblo tiene sed de sangre.

Don Sancho se quedó pensativo, después le entregó los documentos al procurador.

«Sí, la gente tiene sed de sangre», decidió Miguel escuchando los gritos que lanzaban. Debían de ser unos cientos los que se habían congregado en torno a las *corseras* y cada uno de ellos se creía con derecho, no solo a opinar, sino a encararse con los combatientes. Miguel sabía que las apuestas corrían veloces en la esquina situada más al norte, igual que sabía que el vino había ocupado el lugar del agua en los pellejos que con frecuencia ofrecían a don Alvar. El día anterior había transcurrido más o menos igual que el primero. El temblequeo de la mano de su rival había comenzado antes y eso lo había obligado a introducir vino en el menú de aquella jornada. Miguel había contado con eso, solo esperaba que al final del día estuviera lo suficientemente sobrio como para tenerse sobre el caballo.

A diferencia de los días anteriores, el sol lucía en lo alto y el viento se había reducido a una ligera brisa. Eso había animado también al público a acudir al palenque. El abucheo fue general cuando el caballo de Miguel dribló en el último momento la embestida directa del de Alvar. El lance fue bonito, pero como ninguno de los dos se había tocado, el murmullo desaprobatorio fue general. Los dos rivales se colocaron en puntos opuestos de las *corseras* y arrancaron buscándose. Esta vez sí, las espadas chocaron con un fuerte estrépito. Los espectadores vitorearon la hazaña como si acabaran de ganar una guerra.

Al comienzo de la tarde, reivindicando un mejor espectáculo, algunos asistentes comenzaron a lanzar objetos. Uno de ellos dio en el morro al caballo de Miguel. Asustado, el animal elevó sus manos y el infanzón resbaló de la silla, rodando por el suelo. La risa de Alvar se escuchó con claridad.

Irritado, Miguel salió tras Baluarte para evitar que saliera fuera de los límites del campo de batalla. Animados por lo bien que había resultado el lanzamiento, otros los imitaron. Esta vez el objeto de puntería fue don Alvar. Ya no le pareció tan divertido ahora que le tocaba recibir a él. Miguel se abalanzó sobre él marcando un golpe desde arriba. Alvar rodó por el suelo, pero el infanzón fue más rápido y le frenó con su pie izquierdo. Le bastaba con un golpe vertical para acabar con su enemigo. Miguel lo inició de manera rápida, pero en el último instante desvió la trayectoria.

–Dieciocho –le dijo entre dientes mientras agarraba del brazo a su rival y le obligaba a ponerse de pie.

Algo trastabillado, dio un paso atrás y se colocó frente a Miguel. Alvar comenzó entonces una serie de golpes sobre la cobertura de Miguel. Este se limitó a defenderse a la vez que daba pequeños pasos hacia atrás. «Se acerca peligrosamente al límite», pensó García. Estaban tan cerca de la valla, que los brazos de los espectadores le rozaban la cabeza. La expectación creció enormemente de tal modo que el alboroto fue en aumento y los gritos llenaban el aire en una mezcla de locura colectiva. Todos estaban atentos porque cualquiera que rebasara el límite podía perder una parte de su cuerpo. Miguel se movió con rapidez esquivando un golpe. Un ¡uuuyyy! colectivo se elevó en el aire mientras los fieles luchaban por que ningún espectador tocara a los rivales. Alvar tenía la victoria muy cerca. «Rendíos o perded vuestro brazo», jadeaba.

García metió el codo para evitar que uno de los espectadores agarrara a Miguel. El aludido se enfadó propinándole un cabezazo al Almoravid. Como no estaba lo suficientemente cerca, el golpe acertó en su hombro. Enfadado, García le lanzó un puñetazo. Con su mano aún en la mandíbula que había recibido el impacto y viendo que no podría alcanzar a García, el espectador se revolvió contra el que tenía al lado y le propinó una patada. En un instante, cuatro o cinco hombres acabaron enganchados en la pelea. El ruido allí era tremendo, por eso ninguno de los dos adversarios apreció el silencio momentáneo que se hizo justo en el otro lado. Varias personas se apartaron y dejaron pasar al rey, que había decidido presenciar el final del *riepto*. El público se moderó un poco, pero viendo que don Sancho no tomaba parte ni hacía gesto alguno, pronto siguieron a lo suyo.

Ajenos a la regia aparición, Miguel se cansó de parar golpes con su espada y empezó a contraatacar. Con contundencia, en tres mandobles se quitó de encima la pesada presencia de su rival. La cara de Alvar, roja por el vino

ingerido, se tornó bermeja de ira. El de Grez se giró en el aire y estiró los brazos. Su espada se detuvo a una escasa pulgada del cuello de Alvar.

–Diecinueve –le dijo.

En cuanto el sol rozó el horizonte, el rey llamó a don Gonzalo, el jefe de su guardia, y le habló quedo al oído. Él asintió firmemente dos veces y se retiró de su presencia. A su alrededor la algarabía continuaba subida de tono. Gritos de matadlo, o cortadle el brazo se escuchaban por todo el perímetro, hasta que todas aquellas voces aisladas se juntaron en un único clamor que gritaba ¡sangre, sangre, sangre! El pueblo, sabedor de que el día terminaba, no quería prescindir de su premio.

Cuando la primera antorcha se encendió, la espada de Miguel rozó la sien de Alvar y el infanzón contó veintiuno. Justo en ese mismo instante, la guardia real tomó el palenque introduciéndose en él. Los cuatro fieles acudieron a su encuentro preguntando qué significaba aquello. Don Gonzalo señaló al rey con la cabeza.

–Este combate ha concluido –dictaminó el capitán de la guardia con autoridad–. Presentaos ante el rey.

Don Sancho caminaba ya sobre la tierra de las *corseras*. El polvo se elevaba hasta sus talones en cada uno de sus pasos. Miguel y Alvar pusieron pie a tierra inclinándose, cuando la alta figura de don Sancho apareció ante ellos.

–Puesto que han pasado los tres días, el retado don Miguel de Grez Almoravid queda exonerado de cualquier culpa que le hubiere sido atribuida. Por su parte, el retador don Alvar Martínez, puede retornar a su casa. Ninguno de los dos buscará venganza.

–Pero vuestra majestad... –trató de quejarse don Alvar.

–Es mi última palabra.

Los dos se levantaron a una indicación del rey y aguardaron sus últimas palabras.

–Quiero que os toméis de las muñecas como garantía del acuerdo de no agresión que hoy firmáis.

Sin demasiadas ganas, ambos consintieron.

–Habéis desoído mis palabras y se hará justicia –le dijo Alvar en voz queda de forma que solo él pudo apreciarlo.

–Al contrario, las he escuchado muy bien.

–¿Ah, sí?

–Dijisteis que lo que yo os hiciera a vos durante estos días, vos se lo

haríais después a Dulce. Pues sabed, por si no os habéis dado cuenta, que os he perdonado la vida en veintiuna ocasiones. Espero que seáis vos igual de indulgente con vuestra hija.

–Jactancioso –le espetó rojo de ira.

El público, ajeno a la lucha verbal, abucheó la decisión. No había ganador, las apuestas quedaban anuladas y no había habido sangre. Decepcionados, comenzaron a regresar hacia sus hogares.

Miguel no pronunció ni una sola palabra durante su regreso a casa de Abu-Abdallah. Cuando llegaron, aceptó de buena gana un plato caliente y un buen vaso de vino, pero no participó en la conversación. García, Iñigo y Álvaro le contaron al herrero todo lo sucedido y trataron de hacer bromas. Diego no quitaba la vista del rostro de su padre, acomodado en una butaca. Somnoliento, vio cómo los ojos de su progenitor se fueron cerrando.

–¿Lo despertamos? –preguntó Álvaro algunas horas después.

–Dejadlo –contestó García–. Dormirá por lo menos un par de días seguidos.

-
- ¹¹ Libra: Medida antigua de peso. Equivale a 0,4601 kilogramos.
- ¹² Durante los siglos XIII y XIV los enfrentamientos entre los nobles del reino fueron constantes, por lo que se creó la figura del recibidor general de las treguas del reino. Esta persona, de condición noble, se encargaba de establecer los “rordes de las tregoas” entre los ricoshombres del reino. Si algún noble mataba durante la tregua o se enfrentaba a otro tras haber firmado la concordia, el que había sufrido la afrenta podía desafiar al que había delinquido. Ver libro: Odiar, violencia y justicia (siglos XIII-XVI). Mikel Berraondo Piudo y Félix Segura Urrea.
- ¹³ Se denominaba así en Navarra al palenque donde tenían lugar los retos. Era un campo que medía 85,34 por 56,89 metros.
- ¹⁴ Captenedor: fiador, abonador, garante.
- ¹⁵ Tornafuye o tornafuy: Era una táctica de la caballería ligera musulmana que empleaba la técnica de la huida fingida.

¡BRUJA, BRUJA, BRUJA!

Como las seroras, y a diferencia de las monjas de clausura, las reclusas y las emparedadas, las beatas mantuvieron el contacto con el exterior mediante la realización de labores asistenciales, educativas y caritativas, así como el desempeño de negocios personales (hilanderas, mercaderes, candeleras...) que les garantizaban el propio sustento. Sus funciones litúrgicas pudieron ser también muy similares a las que ejercían las seroras en el mundo rural [...] Su función principal [la de la serora] consistía en la atención del templo (custodia, limpieza, preparación de elementos litúrgicos, tañidos de campana para llamada a la oración o comunicación de avisos...), pero también ejercían funciones funerarias específicas [...] (ofrendas en funerales y en oficios litúrgicos post mortem, atención de sepulturas, recordatorio de aniversarios...).

Ser mujer (siglos XIII-XVI) Julia Baldó Alcoz, Amaia Nausía Pimoulier

CUANDO DORMÍA, CLEMENCIA PARECÍA UN ÁNGEL EN PAZ. Sin embargo, cuando despertaba, cadenas de temores parecían amordazar su espíritu. Cada día, desde que Iñigo la había dejado a su cuidado, Laraine intentaba comunicarse con ella de alguna manera, pero hasta la fecha le había resultado del todo imposible. Sospechaba que no era sorda, como Iñigo les había dicho. Ella misma le había visto sobresaltarse en más de una ocasión por sonidos no demasiado estrepitosos, pero quería confirmarlo y, de paso, averiguar si podía hablar.

Miguel y Diego acababan de partir y sentía una sensación agridulce dentro de ella. Ninguno de los viajes que realizaba su esposo estaba exento de peligro; ni siquiera aquellos que hacía para reunirse con los infanzones en Miluce, o en Obanos, pero el que acababa de comenzar se había iniciado por un desafío y solo Dios sabía cómo podía concluir. Además, la sensación de que algo podía haberle ocurrido a Roland se acentuaba conforme pasaba el tiempo. Decidida a no dejarse llevar por las preocupaciones, sacudió la cabeza y respiró hondo. Despacio, abrió la puerta del dormitorio de las niñas. Sus hijas, Isabel y Magdalena, ya estaban desayunando, pero Clemencia continuaba en la cama. Con un suave toque en su hombro despertó a la pequeña. Ella abrió despacio los ojos y saludó tímidamente al nuevo día. Al menos, la marcha de los hombres alegraría a alguien. Laraine se había dado

cuenta de que el rastro de temor en su rostro disminuía cuando estaba entre mujeres.

Clemencia se lavó en silencio. Laraine le sonrió amablemente, pero no recibió respuesta alguna a cambio. Mientras la niña se vestía, la siciliana descubrió la cama y abrió la ventana. Al girarse dio su aprobación. Los ojos de la niña miraban hacia el suelo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó aún sabiendo que no iba a responderle—. Supongo que sí. Te peinaré y bajaremos a por algo de comer.

Suavemente, fue estirando su pelo de un intenso negro que contrastaba con sus ojos claros. Clemencia continuó con su vista pegada al suelo.

—Estás lista —le dijo. Pero ella no se movió hasta que la dama se puso frente a ella y le señaló la puerta.

Justo habían iniciado el descenso cuando un vocerío se escuchó entre las estrechas calles de la Navarrería. Los gritos fueron en aumento. No eran dos o tres las personas que chillaban. Parecía como si decenas de personas se estuvieran uniendo a ellas. Sacudida por la curiosidad, se olvidó de Clemencia y salió al patio. Catalina la siguió. Ambas mujeres se miraron, preguntándose en silencio qué era lo que podía haber organizado semejante jaleo. Por la intensidad de los ruidos, Laraine supo que aquel tumulto se acercaba. Algunas palabras comenzaron a llenar sus oídos. *Sorgina, sorgina, sorgina!*, gritaban. Laraine había vivido el suficiente tiempo entre vascones como para entender el significado de los gritos. ¡Bruja, bruja, bruja! Pero, ¿a quién se lo gritaban y por qué? Que ella supiera no era muy común ese tipo de acusaciones y menos que el pueblo en general se tomara la justicia por su mano. Abrió la puerta decidida a salir. Catalina la siguió.

—Elvira —llamó a su hija mayor antes de acceder al exterior—, cuida de tus hermanos y de tus primos y no abráis la puerta hasta que tu tía y yo hayamos regresado.

Cuando salieron, casi se dan de bruces con una riada de almas encorajinadas y enfurecidas que empujaban a alguien al que no podían ver.

—¿Qué sucede? —preguntó Catalina un tanto desconcertada. «Tenía que haberme asomado a la ventana antes de salir precipitadamente. Eso me hubiera dado una idea de lo que está sucediendo», se lamentó.

Algunas vecinas sí que habían llevado a efecto eso por lo que Catalina se acababa de lamentar. Sin embargo, poco duraban esas cabezas en las ventanas y cada vez eran más los que se unían a esa avalancha de gente que amenazaba con perder el control.

–¡Al río con ella! –proclamó alguien.

Esa idea gustó a la masa que pronto comenzó a cantar al mismo son: ¡Al río, al río, al río! Laraine se hizo paso a empujones, preguntando a cuantos podía por aquel acontecimiento. Concluyó que la mayoría de ellos no sabía ni quién era la persona a la que pretendían arrojar al río, ni por qué. Y lo que era peor, no les importaba. «¿Es que todo el mundo se ha levantado trastornado hoy?», se preguntó en silencio. Trató de gritar por encima del vocerío general y luego pretendió abrirse camino, pero solo logró ser arrastrada por el gentío. De pronto, perdió de vista a Catalina y fue incapaz de dar un paso por su propio pie. Alguien le metió el codo por el cuello. Trató de llevarse la mano hasta allí, pero estaba aprisionada en medio de una masa furiosa que no atendía a razones. Se preguntó dónde estarían las autoridades, la guardia, alguien. El codo desapareció de su cuello, pero se instaló en su sien, cerca de su ojo. Si se movía, o si la movían, bien podía acabar con el ojo morado. Algo cayó del cielo. ¡Era ropa de mujer! ¿La estarían desnudando? Estaban a mitad de la rúa de los Peregrinos. Para llegar al río habría que atravesar la puerta del Abrevador, pensó Laraine con cierto alivio, y allí los guardias sembrarían un poco de cordura en esas almas que ahora la arrastraban. Envuelta en aquella manta de alienación colectiva se presentaron ante la puerta del Abrevador. Entonces la vio por primera vez. Delgada, despeinada, con un pequeño reguero de sangre en su cabeza allí donde le habían arrancado parte del cabello y con profundas ojeras; pero era ella: Narbona. ¿Cómo podía haber llegado a suceder? Aquella mujer no era sanadora, ni curandera; ¿cómo habían llegado a acusarla de bruja?

La presión se hizo menos intensa cuando llegaron junto a la puerta del Abrevador. «Por fin –respiró algo más aliviada Laraine– Ahora todo volverá a su ser». Pero se equivocó. La turba increpó a los dos guardias, quienes en unos instantes se vieron en inferioridad numérica y amenazados de morir aplastados. Impotentes, dejaron la puerta abierta de par en par y se echaron a un lado algo magullados. Como si surgiera de una pesadilla, Laraine echó a correr. Desembarazados del agobio de las calles estrechas, la multitud se convirtió en una especie de circunferencia compacta de la que la siciliana se vio arrojada a las capas más exteriores. Era imposible controlar aquellas emociones.

–Pero, ¿qué vais a hacer? –gritó desesperada sin que nadie pareciera haber recogido ni siquiera el eco de sus palabras–. No podéis arrojarla al río.

La llamaban Blanca la zapatera, Blanca la viuda o, simplemente, Blanca la

beata de Santa Cecilia. Había nacido y crecido en Pamplona y apenas había salido de sus murallas. En su juventud había estado perdidamente enamorada de un infanzón rebelde, pero se había terminado casando con un buen hombre – lo que significaba que no lo había hecho por amor–. El hombre había puesto mucho empeño en aprender el oficio que Blanca había heredado de sus padres, pero no había destacado en él. Sin embargo, Blanca había recibido numerosos elogios. No, se dijo, no había llevado una mala vida y había hecho cosas importantes, aunque solo fuera vestir los pies de incontables personajes ilustres del reino y de algunos otros llegados de fuera de sus fronteras. Sin embargo, la muerte de su esposo, acaecida un año antes, le había hecho ver la realidad de otra manera. Se había dado cuenta de que casi todos los que habían llenado su vida habían ido desapareciendo y comprendía que había llegado el momento de prepararse para cuando ella misma tuviera que atravesar aquella puerta. Cada vez con más frecuencia, se sentía sola. Aunque no le faltaban las fuerzas para seguir luchando, comprendía que había rebasado cierta edad. Y debía estar preparada. Por eso se había hecho beata de la iglesia de Santa Cecilia.

Le quedaba la zapatería y dos hijas vivas de los seis vástagos que había tenido. Empeñaba sus días en confeccionar los mejores calzados y en servir en la iglesia de Santa Cecilia, donde realizaba tareas de limpieza, y se encargaba de tocar las campanas, de tener listos los elementos litúrgicos, de atender las ofrendas fúnebres, de mantener limpias las sepulturas e incluso de comunicar avisos. A cambio, había elegido ser sepultada en esa misma iglesia.

El sol que despuntaba quedaba a su derecha. Blanca parpadeó y bostezó al mismo tiempo. Había dormido poco la noche pasada, pendiente de terminar un encargo. Se restregó la cara con ambas manos mientras caminaba por la calle vacía. Estaba a punto de alcanzar la puerta de la iglesia cuando captó un sonido semejante a un enjambre enfadado. Miró en derredor en busca de su origen. Al girarse vio un gran gentío que emergía de su izquierda, de la rúa Mayor. Sin darle tiempo a reaccionar, la muchedumbre se la tragó.

Caminaba de espaldas con un brazo sin dueño conocido atravesado sobre su pecho. Por un instante tuvo la certeza de que iba a caer y ser pisoteada sin remisión. A duras penas se zafó de aquel abrazo y giró un poco su cuerpo, pero era demasiado tarde para librarse de la riada que la arrastraba por la rúa de los Peregrinos. Frunció el ceño al escuchar los gritos que la multitud profería. Su confusión fue en aumento. ¿A quién llamaban bruja y por qué? ¿Y qué era eso de arrojarla al río?

Tras traspasar la puerta del Abrevador se sintió mejor y pudo respirar con cierto relajo. Se curvó sobre sí misma, apoyando sus manos en sus propias rodillas y comprobó que estaba entera.

–Pero, ¿qué vais a hacer? –escuchó la voz de alguien cercana a ella–. No podéis arrojarla al río.

Su boca se torció hacia la izquierda en un claro gesto de reconocimiento. Ese acento era inconfundible. Elevó la vista solo para confirmar su apreciación. Allí estaba la mujer que le había arrebatado a su infanzón rebelde. Sonrió para sí. En el fondo de su corazón sabía que Miguel nunca hubiera sido suyo, aunque Laraine no hubiera aparecido en su vida. Y, además, ella había aceptado casarse con Machín mucho antes de que Miguel y la siciliana se comprometieran. La vida traía ese tipo de coincidencias.

–¿Qué ocurre, doña Laraine? –preguntó Blanca acercándose a la dama, quien caminaba a paso ligero detrás de la turba que ya descendía hacia el río.

La mujer se volvió.

–No sé qué ha pasado, pero quieren lanzar a Narbona al Runa.

–¿A Narbona, la posadera?

–Sí, a esa Narbona –confirmó Laraine, aunque las dos sabían que en toda Iruña no había otra Narbona que ella. Pero lo insólito del caso le había llevado a tener que confirmarlo.

En ese momento la cabeza de Catalina se asomó a su lado y las tres mujeres siguieron a la extraña procesión a unos pasos de distancia. Laraine se preguntó si sería necesario pedir ayuda. Todavía no creía que fueran a arrojarla de verdad a la densa y caudalosa corriente del Runa, pero no estaba de más ser precavida. Sin embargo, ¿a quién podían pedir ayuda? En la ciudad no estaban ni Miguel, ni García, ni Iñigo. Y sus hijos mayores, que hubieran podido servir de algo, habían viajado con sus padres. Y la guardia se había lavado las manos sobre el asunto.

El Runa bajaba con fuerza. Las continuas lluvias de aquel invierno y las fuertes nevadas del último mes mantenían el caudal muy arriba, amenazando con desbordarse en algunos puntos. Algunos hombres sujetaron con fuerza el cuerpo de Narbona, que ya había dejado de resistirse, y lo elevaron por encima de sus cabezas. Sin pensárselo dos veces, y ante el asombro de las tres mujeres, aquellos individuos lanzaron al agua a la posadera al grito de *Sorgina, sorgina, sorgina!* Algunos comenzaron a lanzar piedras tratando de que se hundiera. Los brazos de Narbona se agitaban en alto mientras la corriente la arrastraba río abajo haciéndola girar sin parar. Hasta que de

pronto desaparecieron. La gente, desencantada por lo rápido que se había terminado el espectáculo, regresó hacia la ciudad.

–¡Vamos! –dijo Laraine con decisión. Catalina la siguió no porque estuviera convencida. Que comenzara a andar fue simplemente reacción al escuchar aquella palabra.

–¿Qué ocurre? –le preguntó a Blanca que parecía recelar.

–Nada. Es que me había parecido ver... Creía que por un momento mi hermano... Es igual, vamos.

Las tres mujeres comenzaron a correr corriente abajo. Los pies de Laraine chapoteaban en el agua y las ramas desnudas de los árboles que poblaban la orilla soltaban pequeños latigazos sobre su rostro.

–Allí –señaló al creer ver una cabeza que se asomaba.

Laraine se soltó la capa y se la cedió a Catalina.

–Sujétala de un extremo. Quiero acercarme.

–Pero...

Blanca, más atenta, se quitó la suya y ató un extremo con el de Laraine y animó a Catalina para que se quitara la suya.

–Parece que esas ramas la han detenido –se percató Blanca–. Aunque no por mucho tiempo.

Catalina, a la que le pareció que a las otras mujeres les había abandonado la cordura, las imitó maldiciendo en silencio, mientras formaba con ellas una cadena.

El agua estaba helada y corría con fuerza. Para mayor escarnio, había comenzado a llover. Pero Laraine apartó todo eso de su mente. Si lo pensaba demasiado, se echaría atrás. Se pasó el extremo de la capa por la muñeca, para poder hacer más fuerza. El agua le llegaba a los muslos, su rostro se había demudado y sus dientes comenzaron a castañear. El suelo, resbaladizo bajo sus pies, desapareció de pronto y un sorbo amargo entró por sorpresa en su boca. Escupió. Por un instante perdió de vista a Narbona y se volvió para preguntar. Blanca le hizo un gesto. El agua le llegaba a la zapatera por la rodilla. Catalina aguantaba el peso más atrás. Se había pasado el extremo de la última de las capas por la cintura y rezaba en silencio para que los nudos hechos con prisa aguantaran la fuerza de la corriente del río.

–Cuidado ahí –le advirtió Laraine a Blanca–. Si avanzas más perderás pie.

El ruido de la corriente se agarró a su corazón encogido. Estaba aterrada. Era un reto entre el río y ellas. Algo golpeó las piernas de Laraine con fuerza, empujándola hacia abajo. Su cabeza se hundió, arrastrada hacia el fondo con

el resto del cuerpo. Boqueó presa de cierto pánico. La salvó un fuerte empujón de Blanca sobre la capa que la devolvió a la superficie. Tosió haciendo aspavientos y parpadeó con fuerza para quitarse el agua de los ojos. Al enfocar de nuevo vio que el cuerpo de Narbona se encontraba ya cerca. Sin embargo, no estaba segura de que la largura de las capas fuera suficiente. Catalina también se dio cuenta y soltó algo más de tela. Blanca se encontraba en el límite de donde podía hacer pie y en el límite de sus fuerzas. Cualquier movimiento que hicieran a partir de ese momento cualquiera de las tres, podría arrastrarlas hacia una muerte segura. Laraine respiró una, dos, tres veces antes de decidirse.

—¡No! —le gritó Blanca desde la orilla intuyendo sus intenciones. Pero ya era tarde.

Laraine se había soltado de la capa dejando la tela colear como una culebra a merced de la corriente. Sin pensárselo, la zapatera dejó que su cuerpo flotara y se puso a nadar. «Solo tengo que dirigirme hacia Laraine, el resto lo hará la corriente. Y buscar de nuevo la tela». No fue tan sencillo. La corriente llevaba el agua en remolinos y a empujones y parecía que en las zonas más profundas tuviera vida propia. Vio cómo Laraine aguantaba sujeta a una de las ramas donde se había quedado el cuerpo de Narbona mientras trataba de desengancharla. Se acercó lo más que pudo sin soltarse.

Los zapatos de Catalina rozaban ya el agua. Su cuerpo se estiraba hacia atrás en un intento de atraer hacia ella a las otras mujeres y sus pies habían dejado dos surcos profundos sobre el suelo allí donde había tratado de hincarlos con fuerza.

Laraine luchaba contra la corriente y la rama. Blanca luchaba contra la corriente y la capa. Catalina luchaba contra la capa y el suelo. Todas batallaban contra el Runa. Por fin el cuerpo de Narbona se desenganchó, pero la siciliana no estaba preparada para recibir el peso extra y la corriente a punto estuvo de robarle su premio. Con su mano estirada, Blanca enganchó la manga del vestido de Laraine.

—¡Tirad! —le pidieron a Catalina.

Con un gran sobreesfuerzo por parte de las tres, muy poco a poco, fueron ganando la orilla donde las tres cayeron exhaustas.

—¿Respira? —preguntó Catalina con preocupación.

Laraine puso a Narbona boca arriba. Acercó su rostro al de la posadera. No sintió su respiración pero con la mano en su cuello notó su pulso. Apoyó sus manos en su pecho y empujó con fuerza. Narbona tosió y escupió agua por

la boca y la nariz. Las tres soltaron a la vez un suspiro de alivio.

–¿Y ahora? –preguntó Blanca.

No podían regresar con ella y traspasar la puerta del Abrevadero como si nada. Los soldados se darían cuenta de que regresaban con Narbona y no estaban seguras de lo que podrían hacer porque tampoco estaban seguras de cuál era el móvil que había propiciado la reacción de aquella turba. ¿Se podrían fiar de entrar por las otras puertas? Quizá fuera demasiado tarde para Narbona y ninguna podría explicar por qué estaban mojadas de la manera en que estaban. Llovía, sí, pero no tanto.

–Catalina –dijo Laraine con cierta serenidad–, vos sois la que menos mojada estáis. Debéis regresar a casa y traer el viejo carro que usan los hombres para transportar las armas. Traed mantas con las que cubrir a Narbona y ropas secas para nosotras.

Asintiendo varias veces, Catalina se alejó.

Laraine miró al cielo gris que cubría toda la ciudad. Las gotas de lluvia eran finas, pero frías.

–Tratemos de mantenerla caliente –le dijo a Blanca, mientras comenzaba a refrotar sus extremidades.

Blanca llegó tarde a Santa Cecilia. Comenzó a preparar lo necesario para la liturgia con la mirada severa del sacerdote sobre su cogote. Estaba enfadado porque él mismo había tenido que tocar la campana. La humedad del día se colaba por debajo de la puerta. El cuerpo de la mujer tiritaba debajo de las hermosas vestimentas que le habían prestado los Almoravid. Se sentía extraña dentro de aquellas telas que en otros tiempos había deseado. Laraine le había dicho que se las podía quedar, pero sabía que nunca tendría oportunidad de lucirlas como correspondía y que tampoco se las podría donar a ninguna mujer pobre. Quizá las guardaría como dote de alguna de sus hijas. Blanca se dio prisa. Sabía que el ojo inquisidor del sacerdote observaba su trabajo por encima de su hombro. La mujer trataba de controlar el temblor de sus manos pero no podía.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó el cura.

–Es solo frío –contestó ella percatándose de que también su mandíbula temblaba–. Mañana tenemos dos aniversarios –le recordó ella antes de que la silueta del hombre desapareciera hacia el altar. Él hizo un gesto con la mano

La voz de barítono de don Guillemín inundó el templo. Blanca se quedó

sola en el ábside, plantada como si alguien hubiera unido sus pies al suelo. Su cuerpo se meneaba en un ligero tembleque mientras su mente continuaba incapaz de reaccionar. Aún se preguntaba por todo lo que había sucedido cuando don Guillemín apareció en el ábside. Eso logró despegarla del suelo. Automáticamente lo siguió y le ayudó con sus tareas. Poco después la iglesia se sumergió en un intenso silencio. «¡Santa Madre! ¡Al río! ¿Quién en plena posesión de sus facultades arrojaría al río a una mujer?». Un escalofrío de miedo atravesó su espalda. Se apresuró a terminar sus tareas y se fue directa a casa. Esperaba que el olor a cuero y el calor del fuego le permitieran olvidar el reciente chapuzón en las gélidas aguas del Runa. Se apresuró a quitarse el vestido prestado, entreteniéndose lo justo en acariciar una última vez el suave tejido con que estaba confeccionado. Inhaló con fuerza, impregnándose de los aromas propios de su hogar, mientras guardaba el ajuar en el fondo de un baúl. Las voces de sus hijas llegaron amortiguadas desde el taller. Se frotó los brazos para entrar en calor y se pellizcó las mejillas para empaparlas de un poco de color. Ya vestida se dispuso a sumergirse en sus tareas.

–El río se ha llevado a la bruja, ¿no es verdad?

Gutierre se materializó a su lado como si hubiera salido de la mismísima pared. Sus palabras sonaron a la vez que el tintineo del rosario que llevaba colgado a la cintura, escondido entre los pliegues verticales de su túnica. Su aparición sobresaltó a su hermana, quien instintivamente se llevó la mano al pecho. Blanca se apartó a un lado con un paso dubitativo y con su mente bloqueada. Balbució algo que ni Gutierre, ni ella misma llegaron a comprender.

–Algo habrás escuchado en Santa Cecilia –insistió él.

–Lo cierto es que no. Hoy había mucho que hacer.

–Una beata como tú...

–Tengo trabajo, Gutierre –le dijo tratando de evitar que sus dientes castañearan tanto como entablar una conversación con su hermano.

–Sobre eso tenemos que hablar. Acabo de estar con Lope. Sigue esperando una respuesta. Graciana...

–Graciana es solo una niña.

–Creo que no tan niña. Y Lope no esperará eternamente.

–Creía que habíamos acordado que el matrimonio de mis hijas era asunto mío. Y, además, ¿vos no os ibais hoy de Pamplona?

–He decidido quedarme un poco más. Esta familia necesita de un hombre. Además, la vida en la ciudad se está poniendo muy interesante.

El cuerpo de Narbona tenía una tonalidad azulada. Laraine había hecho atizar el fuego y el ambiente en la habitación era en extremo sofocante. Aun así, estaba preocupada porque el calor no parecía retornar al cuerpo de la posadera. Tenía a dos sirvientas frotándole las extremidades sin descanso y su tronco descansaba bajo el peso de cuatro mantas. Comprobó por enésima vez la respiración y los latidos. Ambos eran lentos y apenas perceptibles, pero seguía con vida. Cuando Oria llegó, las sirvientas se despidieron, dejando a las dos mujeres a solas con la herida.

Oria se detuvo frente a la cama y observó a la posadera. Todo el mundo en la ciudad la daba por muerta. La mayoría creía que se lo merecía. Fue a preguntar cómo había aparecido en casa de los Almoravid, pero decidió dejar ese asunto para más adelante.

–Quiero que veas algo –dijo Laraine con voz suave.

La sanadora se acercó hasta la dama.

–Ayúdame a darle la vuelta.

Cuando Narbona estuvo bocabajo, la siciliana le señaló un punto en su espalda.

–¿Crees que es como el de...?

–¿Dulce?

Al examinar el cuerpo de la joven, tanto Laraine como ella se habían dado cuenta de dos cosas. Una, que no había sido forzada y dos, que tenía un golpe fuerte en la espalda, a la altura del riñón derecho, donde se veían con nitidez dos semicírculos. En el caso de Narbona las marcas eran apenas perceptibles, pero la similitud era manifiesta. Oria se tomó su tiempo. Bien podía ser una simple casualidad. Después de todo, Narbona había estado expuesta al maltrato de los cuerpos que la habían arrastrado hasta la orilla, y después a los vapuleos de la corriente del Runa. Pero también podía no serlo. Al examinarlas más de cerca, Oria apreció que no parecían consecuencia de un golpe reciente. El cardenal de alrededor tenía un tono amarillento.

–Parecen tener la misma forma y el lugar coincide claramente, pero... – Oria parecía tener sus dudas.

–Y si estuvieran hechas por la misma mano, ¿qué crees que lo podría haber originado? –preguntó Laraine yendo un paso más adelante.

Las dos mujeres se miraron durante unos instantes.

–Es difícil saberlo. ¿Qué arma puede dejar esa marca?

Con cuidado, giraron de nuevo el cuerpo de la paciente. Sus mejillas sonrosadas delataban la presencia de la fiebre. Colocaron piedras calientes

cerca de sus pies, que permanecían todavía helados, y la envolvieron entre mantas. Laraine invitó a Oria a sentarse cerca de la hoguera. Había algo más que quería tratar con ella. Sin embargo, fue Oria la primera que habló.

–Aun con peligro de meterme donde no me importa, creo que debo advertiros de que las cosas se pueden poner mal para vosotras si se corre la voz de que ella está aquí.

Laraine asintió en silencio y apretó los labios, dando a entender que lo sabía y lo asumía.

–Ya que me voy a enfrentar a ello, me gustaría saber cómo se ha llegado a este extremo. La gente en la calle la llamaba bruja –comentó la siciliana con cierta incredulidad. Oria tomó aire–. He estado algún tiempo fuera y cuando me fui, nada hacía presagiar este desenlace –continuó Laraine.

Los ojos de Oria emitieron una mirada evocadora, como si su mente estuviera atando cabos o recomponiendo una historia difícil de entender.

–Fue hace unos meses. La gente empezó a decir que había un espíritu vagando por la ciudad. Se declaró un incendio en casa de don Alvar que fue sofocado sin consecuencias. El río se desbordó poco después, arrastrando a un sirviente de don Alvar. En el burgo empezaron a decir que era el espíritu de Godina quien estaba provocando los desastres y que no se iría hasta que se llevara al propio Alvar. Como bien podéis imaginar, lo último que quería el noble era remover el asunto de la muerte de Godina. Bastante dio que hablar en su momento. Así que contraatacó; al menos supongo que fue él. Surgieron nuevas historias y se acabó diciendo que Narbona había convocado a un espíritu maligno haciendo correr la bula de que era el de Godina, solo para vengarse porque don Alvar se había quedado con Dulce y Narbona quería haberla criado ella.

–De ahí lo de bruja –dedujo la siciliana.

Oria asintió mientras seguía su historia.

–A los pocos días se declaró un incendio en la posada de *Los Tres Caminos*. No afectó demasiado al edificio, pero en cuanto a ella... No sabría decirlo, pero no volvió a ser la misma.

Estaba sola en su cuarto. El sabor amargo de su última conversación con Catalina rezumaba agrio y aún fresco en su paladar. Que recordara, nunca habían discutido. Aunque si bien era cierto que nunca habían convivido juntas durante tanto tiempo como para poder llegar a hacerlo. Giró la cabeza hacia la

izquierda. Detrás de aquella pared, Narbona continuaba debatiéndose entre la vida y la muerte. En algunos momentos de las últimas dos semanas había pensado de verdad que aquella mujer se había rendido al descanso eterno. Ella había tratado de traerla a la vida con desesperación; si lo había conseguido, solo Dios lo sabía. Se presionó las sienes. Oria había tenido razón. El rumor de que Narbona estaba viva se había extendido por la ciudad. Catalina estaba temerosa de que atacaran e incendiaran el feudo Almoravid. De ahí su ultimátum. Sin embargo ella no podía dejar en la calle a Narbona. No, se dijo con determinación, de ningún modo lo haría. Tenía que haber otra solución, pensó maldiciendo la boca que se había ido de la lengua. Si los hombres estuvieran en Pamplona... Pero la realidad era que no estaban y nadie sabía cuándo regresarían. Roland, Miguel, Dulce, Diego, Clemencia... Cada cosa a su debido tiempo, se tuvo que decir. Buscando la mejor solución se dejó caer sobre la cama. Sus ojos se cerraron hasta que, de repente, sintió que algo la sacaba de los sueños en que estaba empezando a caer.

Comenzó como si alguien hubiera dado un fuerte portazo y en sus tímpanos notó el vacío que deja tras de sí un cierre hermético. Después, todo empezó a temblar. Abrió los ojos y los mantuvo así durante un tiempo indeterminado. Los dedos de sus manos se habían estirado y sus sentidos permanecían alerta. «Un terremoto –le aclaró su cabeza–. Pasará pronto». Pero el temblor parecía infinito. El tintineo de muebles, vasijas y objetos se sobrepuso al lamento de la tierra. Se incorporó sintiendo todavía el balanceo del piso bajo sus pies con el temor de que algo cayera sobre ella y la lastimara. Escuchó gritos y se cubrió la cabeza con las manos.

–¡Todos fuera, todos fuera! –se escuchó decir a sí misma–. ¡Isabel, Magdalena, Elvira, Fortún, Etienne, Johan, Clemencia! –gritó.

Laraine se encontró con Catalina en el zaguán. Los muchachos, reaccionando a la voz de Laraine, habían salido al patio de prisa.

–¿Y Clemencia? –preguntó la siciliana.

Hubo un encogimiento general de hombros.

–Esperad aquí –dijo Laraine regresando a la casa

–Tened cuidado –le pidió Catalina. La furia de la última discusión parecía haber desaparecido bajo el temblor del terremoto–, la estructura puede estar dañada.

Laraine penetró con prudencia. Bajo la mortecina luz del atardecer todo parecía estar en orden. Se agarró a la barandilla de la escalera y esta crujió cuando puso el pie izquierdo sobre el primer peldaño. Continuó con cuidado.

Todo parecía extrañamente silencioso dentro mientras un murmullo creciente llegaba desde el exterior, al tiempo que las calles se llenaban de gentes que comentaban el acontecimiento. El quinto peldaño se hundió con su peso y el pie se le quedó atascado entre las maderas. Una astilla se clavó en su tobillo. Sintió el dolor como un relámpago que llenó de lágrimas sus ojos. Apretó las mandíbulas y la primera ola de dolor remitió un poco. Se subió el vestido largo hasta la rodilla y observó la situación en la que se había quedado su pie. Tendría que terminar de romper alguna de las tablas si quería dejarlo libre. Se concentró en la tarea al tiempo que llamaba a Clemencia con fuerza. Tiró fuerte de la madera que le pareció más débil. Tuvo que balancearla varias veces hacia ambos lados hasta que cedió. Aún así, su pie no podía salir sin lesionarse. Probó con la siguiente tabla mientras llamaba otra vez a la niña. Un reguero de sangre escurría desde su tobillo y manchaba sus zapatos. Con fuerza, tiró hacia atrás de una de las tablas. Estaba concentrada en esa tarea cuando notó que algo la tocaba en el hombro. Giró despacio la cabeza y se encontró con los ojos claros de Clemencia.

–Estás bien –le dijo abrazándola en un movimiento de protección. La niña no se opuso al abrazo. Era la primera vez que Laraine sintió su cuerpecito cerca. Hasta ese instante, Clemencia había evitado todo contacto con cualquier miembro del hogar de los Almoravid.

Clemencia dirigió la mirada hacia el escalón donde el pie de Laraine continuaba trabado. Había algo de interrogación en sus ojos.

–Ya casi está –le dijo la siciliana tirando con todas sus fuerzas.

La piel y la carne cercana al tobillo se habían levantado, dejando al descubierto el hueso. «Una zona difícil de coser», se dijo Laraine tratando de quitarle importancia. Cuando su pie estuvo libre, cogió a Clemencia en brazos y volvió al patio. Fue a dejar a la niña en el suelo, pero esta se agarró a su cuello. Laraine la miró y le dio un beso. Se agachó con cuidado sin tratar de soltar sus brazos y le habló quedo.

–Tengo que asegurarme de que Narbona está bien –le dijo.

Clemencia miró hacia su tobillo lastimado.

–Enseguida estoy contigo. Debo ir.

El resto de los allí congregados miraban con interés y cierta incredulidad ese primer acercamiento de la niña. Clemencia la soltó por fin y, cojeando, entró de nuevo en la casa. Sorteó el escalón fatídico y continuó hacia arriba. Estaba en el penúltimo de los escalones cuando el suelo volvió a temblar. La réplica del terremoto fue más débil y más corta, pero aún así se notó con

claridad. Laraine se apoyó en la pared. Cuando todo volvió a la normalidad corrió hacia la habitación de Narbona.

La mujer permanecía quieta en la cama, como si los acontecimientos recientes nada tuvieran que ver con ella. Algo había caído sobre su cabeza provocándole una herida superficial en la ceja izquierda. Por lo demás, parecía encontrarse en perfecto estado. Si ese calificativo se podía utilizar con una persona que había pasado prácticamente dos semanas vegetando. Su pulso era débil, pero constante y el color azulado de su piel había remitido algo. Aún así se la veía frágil. Una vez hubo constatado que todo lo referente a Narbona estaba en orden, recorrió la habitación buscando posibles daños. Al parecer, todo estaba bien. Retiró los objetos que podían caerse o romperse y los dejó en el suelo, luego dio de beber a su paciente y decidió retirarse. No era muy probable que hubiera un terremoto fuerte y la réplica había sido bastante suave. Más tarde, pediría a los criados que la ayudaran a trasladarla a la planta baja, se dijo emprendiendo el camino de salida.

El revuelo parecía ser general en todas las partes de la ciudad. La gente había salido a la calle en masa. Alguien se había puesto a gritar ¡Vamos a morir todos! A lo que habían seguido unos instantes de histeria colectiva. Pero pasados estos, y puesto que nada más grave parecía que iba a suceder, todos los vecinos regresaron a sus casas.

–¡Tenéis que venir! –la voz apremiante de Domingo llegó con urgencia.

Catalina y Laraine lo siguieron hasta las cuadras. Una viga se había desprendido y había ido a parar sobre la cerda. El animal, herido en un costado, chillaba de tal forma que producía un efecto incómodo en los oídos. Laraine se acercó despacio. No era solo el peso de la herida lo que provocaba aquellos chillidos. Algo se había clavado en su vientre de donde manaba una gran cantidad de sangre. La cerda se había tumbado, aplastada por el peso de la viga y descansaba sobre un charco de sangre. Laraine contempló la escena y se hizo cargo de la situación. Aunque logran quitar la viga, era poco probable que el animal sobreviviera. La siciliana miró a su cuñada. Era su cerda y hacía pocos minutos le había dejado muy claro que en aquella casa ella era el ama. Sin embargo, los chillidos agudos parecían haberla dejado renuente.

–¿Habéis probado a quitar la madera? –tras hacer la pregunta, Laraine fue consciente del peligro que conllevaba solo el hecho de acercarse al animal. Si la viga se había desprendido, cabía la posibilidad de que todo el techo se viniera encima en cualquier momento.

La cara de Domingo parecía reflejar justamente la misma idea que estaba sopesando Laraine.

–Se podría venir todo abajo –dijo la siciliana en tono reflexivo. Un breve asentimiento del siervo confirmó sus sospechas.

Habría que sacrificar al animal, pensó Laraine con cierta lástima. Aquella cerda estaba criando. Miró hacia Catalina. Seguía impassible. No entendía qué le sucedía. Era una dama acostumbrada a tomar decisiones y a llevar las riendas del hogar del primero de los Almoravid. Laraine se acercó a ella y le rozó el brazo. Su mirada estaba perdida.

–Haced que calle –dijo por fin.

Domingo y un criado joven se acercaron al animal. Un instante más tarde, los chillidos habían desaparecido. Y poco después, toda la estructura de las cuadras se vino abajo. Las mujeres se echaron atrás. Una nube de polvo cubrió todo el patio. Los ojos de Laraine miraron alrededor. Contó a todos los niños; después hizo lo mismo con los adultos. Al menos, nadie había resultado herido. Una mano cálida y pequeña buscó la suya. Clemencia se había acercado con sigilo. La siciliana la miró y le sonrió. La niña permaneció seria, pero al menos era un comienzo.

ATRAPADO ENTRE LOS ALMOHADES

Año de 1211

Quand toute l'armée fut réunie, l'émir se mit à la tête de l'expédition, et sortit de Maroc le 19 de châaban le béni, an 607. Il arriva à Kessar el-Djouez, et commença aussitôt l'embarquement des troupes. Le passage des Kabyles, des soldats, des chevaux et du matériel dura depuis le première du mois de chouel jusqu'à la fin du mois de dou'l kâada. Lorsque tout fut passé, l'émir s'embarqua lui-même et arriva le 25 dou'l kâada sur la plage de Tarifa, où il trouva tous les kaïds, les fekhys et les saints de l'Andalousie qui étaient venus le saluer. Il resta trois jours à Tarifa et se mit en marche pour Séville avec une armée innombrable.

***Roudh el-Kartas. Histoire des souverains du Maghreb et Annales de la ville de Fès.
Traduid de l'arabe par A. Beaumier***

Cuando toda la armada fue reunida, el emir se puso a la cabeza de la expedición y salió de Marruecos el bendito día 19 de sha'abán, del año 607 [hacia el 5 de febrero de 1211]. Llegó a Qars Kutuma y comenzó el embarque de las tropas. El pasaje de los bereberes, los soldados, los caballos y de todo el material de guerra duró desde el primer día de ese mes hasta el fin del mes de du al-Qa`da. Cuando todos hubieron pasado, el emir se embarcó él mismo y llegó a la playa de Tarifa el 25 du al-Qa`da (15 de mayo) donde encontró a todos los caïdes, los gobernadores y todos los hombres santos de Al-Andalus que habían ido a saludarlo. Descansó tres días en Tarifa y se puso en marcha hacia Sevilla con una armada innombrable.

***Roudh el-Kartas. Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.
Traducción del árabe al francés: A. Beaumier***

SUS PROFUNDAS OJERAS SE PERDÍAN en el nacimiento de su barba, aunque sus ojos mantenían el brillo arrancado a las estrellas en sus largas noches de caminata. Tenía los pies llenos de ampollas, allí donde no los tenía en carne viva. Y aunque agradecía estar sentado, su cuerpo aún no se había acostumbrado a estar en esa postura. Sus vértebras estaban rígidas y un dolor agudo que nacía en un punto indeterminado de la parte posterior de su cabeza se extendía hasta mitad de la paletilla. Trató de beber. Necesitaba saciar su sed por encima del dolor que sus labios agrietados le producían al acercarse

el vaso. Tragó con dificultad. Su estómago fue el único órgano que agradeció su sacrificio. Sentía la piel de su cara tensa, al igual que la de sus brazos. Las uñas, llenas de tierra, dotaban a sus manos de un peculiar aspecto desolado. Empezó a sentir náuseas de repente. Ya se lo habían advertido. Llevaba demasiados días sin comer ni beber. Hizo un gran esfuerzo para repeler la arcada. Lo consiguió, pero pronto se sintió débil y agotado. Se dejó caer en la cama como un bloque, de medio lado, y cerró los ojos.

Sentía la fuerte luz del sol sobre su cabeza. Su parte consciente le gritaba que debía moverse, pero su cuerpo no podía hacerlo. Estaba tumbado. Lo sabía porque varias piedras se estaban clavando en su mejilla y el suelo áspero se notaba a través de la tela de lo que quedaba de sus vestiduras. No estaba seguro de tener los ojos abiertos o cerrados. Una sombra se cernió sobre él. No pudo ver a quién pertenecía. Lo único seguro era que aquella presencia le producía escalofríos y miedo. «Está muerto», la voz le llegó como en un eco. Eso lo tranquilizó durante unos instantes. Después, su paz interior se quebró por un intenso sentimiento de angustia. El temor de ser enterrado vivo. Trató de moverse y una gran bola se formó en su estómago. Sabía que iba a vomitar. «No, no —se dijo—. Sabrán que estoy vivo. Sabrán que he escondido mi tesoro». Su pánico no impidió que vomitara. De su boca comenzaron a salir piedras preciosas envueltas en sangre.

Se despertó bañado en sudor, con la respiración agitada y el cuerpo tenso. La arcada le pilló desprevenido y la hiel atravesó su garganta produciéndole dolor y asco a partes iguales. Como estaba tumbado, la bilis volvió a descender por su garganta. Tragó por instinto y su estómago se llenó de ardor. Jadeó por el esfuerzo y se mantuvo tumbado tratando de salir de la pesadilla que acaba de tener, sabiendo que la realidad poco se apartaba de lo que acababa de revivir en sueños. Alejandro se llevó la mano a la cabeza en un intento de amortiguar el dolor de su sien. Era un hombre de mar y llevaba demasiado tiempo en tierra, pensó con frustración. Además, seguía sin conocer el paradero de su sobrino y había perdido las piedras preciosas que Muhammad ibn Ali le había regalado para pagar la vida de Roland. Para ser sincero, aún poseía una de ellas, la única que se había podido tragar antes de que una banda le robara el resto y lo apaleara hasta considerarlo muerto. Suerte que lo habían identificado como infiel y habían dejado su cuerpo para alimento de las alimañas. Y más suerte aún que un viajero solitario avistara su silueta y encontrara la carta que Muhammad había escrito para Abou el-Djyouch. Y por eso en esos instantes se encontraba en casa de su benefactor,

aunque fuera maltrecho y herido, y ninguna bestia se había atrevido a tocarlo.

Alguien entró en su habitación mientras trataba de poner en claro sus ideas y las posibilidades que tenía. Notó el suave roce de una tela en su rostro y dibujó una tenue sonrisa. A pequeños golpes, alguien refrescó su cuello, su torso y sus brazos llenándolo de una agradable sensación. Luego rozó sus labios con otro trapo y dejó que unas gotas escurrieran por su lengua. Alejandro paladeó pidiendo más, pero su callada petición no obtuvo recompensa. Al contrario, el placer del agua fue sustituido por algo agrio y amargo que volvió su paladar del revés. Le entraron ganas de toser, pero una mano firme y segura apretó sobre su pecho y fue como ponerse a flotar. Poco después se quedó dormido.

–¿Podéis levantaros?

Alejandro tardó en hacer reconocibles aquellas palabras. Su mente aún funcionaba lentamente.

–Creo que sí –se escuchó a sí mismo pronunciar en la lengua de los almohades.

Estaba sentado junto a la ventana. El día anterior había conseguido retener algo de comida en su estómago pero notaba claramente la falta de fuerzas. Se levantó aparentando una fortaleza que no tenía y siguió al criado que le había ido a buscar.

Abou el-Djyouch lo esperaba sentado a la cabecera de una larga mesa. Era la primera vez que se veían. Alejandro aún no conocía la identidad de su benefactor. Con paso renqueante entró en la sala y saludó cortésmente a su anfitrión.

–Debo agradeceros vuestra hospitalidad –intervino Alejandro haciendo una ligera reverencia–. Seguramente, vos habéis salvado mi vida. ¿Puedo saber a quién debo dar las gracias por ello?

–No me lo agradezcáis tan pronto –le replicó Abou señalándole una silla a su lado para que se sentara. En su voz no había reproche, sino más bien un tono de cercanía–. Cada asunto a su debido tiempo. Vuestro nombre es...

El siciliano clavó sus ojos en los de su anfitrión, midiendo las posibilidades de que fuera un amigo o un enemigo. Aunque a esas alturas, se conformaba con que fuera imparcial.

–Me llamo Alejandro de Salerno –declaró sopesando la reacción que sus palabras ejercían sobre su anfitrión.

Abou bajó sus ojos a modo de afirmación. Alejandro, por su parte, aguzó los oídos esperando por si los movimientos de algún guardia de Abu ibn Muhammad pudiera prenderlo. Aunque suponía que Abou desconocía su pasado reciente, toda precaución era poca. Se relajó un poco al ver que nada ocurría a continuación.

–¿De dónde venís?

–Mi barco hizo escala en Túnez.

–Túnez queda un poco alejado de Rabat y no recuerdo haber oído nada de un naufragio.

–No. Los asuntos que me traen a Rabat son de carácter... personal –al decirlo, su mano derecha subió hasta su pecho. Durante muchos días allí había guardado la carta que Muhammad había escrito para Abou el-Djyouch. No tenía ni idea de lo qué había podido pasar con ella. Bien la podía haber perdido, o incluso haber sido robada.

–Quizá, yo pueda seros de ayuda...

–Ya habéis hecho demasiado por mí y me temo que no poseo nada para pagaros –pronunció Alejandro, mirando hacia el exterior a través de la ventana de la estancia donde se encontraban. No cabía duda de que su salvador, quien quiera que fuera, era un personaje importante. Pero él aún no sabía si podría confiar en él como para contarle la verdad sobre su presencia en aquella ciudad–. Aunque me ayudaría mucho saber cómo puedo encontrar a Abou el-Djyouch, si es que vos lo conocéis.

Abou escondió una incipiente sonrisa en su rostro hierático. Debía saber más sobre aquel desconocido. Bien podía ser que fuera el Alejandro que su amigo Muhammad reflejaba en la misiva que obraba en su poder. Pero también podía ser que el hombre que tenía delante fuera un impostor.

–Abou el-Djyouch es un hombre importante de Rabat.

–No lo conozco personalmente. Un amigo común me recomendó que lo visitara.

Hubo un silencio a continuación. Los dos hombres se estudiaron en silencio escondiendo sus emociones bajo un escudo de inalterada actitud. Un sirviente entró sin hacer ruido y se acercó al oído de Abou.

–Debéis excusarme –le dijo a Alejandro–. Comed algo y retiraos a descansar.

Alejandro ejecutó una breve inclinación de cabeza al tiempo que alguien depositaba un plato con algo pastoso delante de él. El olor que le llegó no era nada apetitoso y su sabor lo era aún menos, pero a su estómago pareció

bastarle.

Un poco más tarde, sentado en la soledad de sus aposentos, se sintió con las suficientes fuerzas como para pensar en una huida. Solo le quedaba una piedra escondida en algún lugar remoto de su intestino, pero debía encontrar a su sobrino. Una vez lo hubiera hecho... ya tendría tiempo de pensar en cómo comprar su vida. Le daría un pequeño margen de tiempo a su anfitrión para descubrirse y si no... debería encontrar la forma de... simplemente... fugarse. Estaba pensando eso cuando sintió un fuerte retortijón en su vientre. Su cara se sonrojó, como si hubiera sido pillado en una mentira. Discretamente, mirando por encima del hombro, se dirigió a hacer sus deposiciones.

Era algo realmente incómodo y desagradable... pero debía hacerlo. Revolver sus propias inmundicias le resultó una tarea repulsiva, pero allí estaba. Al menos, había recuperado la única de las piedras preciosas que le quedaban. La más pequeña: una esmeralda irregular del tamaño de su uña. La escondió en uno de los pliegues de su camisa y respiró algo más aliviado. Regresó a su cama y se quedó dormido. No encontró sosiego en sus sueños, pero al menos su cuerpo agradeció el descanso.

Se despertó creyendo escuchar el sonido de una campana, pero era tan solo el tintineo de sus propias cadenas. William le dio un codazo en las costillas y él inspiró hondo tratando de regresar al mundo seguro de los sueños.

—Sí, supongo que sí —la voz ronca de William cortó el único hilo que lo ataba ya a su refugio onírico. Roland abrió los ojos y parpadeó varias veces centrándose en las palabras de su amigo. El único que tenía desde hacía unas semanas, la única persona con la que podía intercambiar apenas unas palabras.

La frase era la respuesta a la última pregunta que se había quedado en el aire el día anterior. Las conversaciones de ambos eran así: cortas y dilatadas en el tiempo. A veces solo se veían al despertarse y al acostarse, otras se cruzaban en el campamento intercambiando miradas y unas breves frases. Algunos días estaban tan exhaustos que hasta pensar dolía. Roland se movió y un tintineo molesto acompañó el cambio de posición. Sus pies y sus manos estaban presas entre cadenas. Suspiró. Muchos días tenía la sensación de que si se dormía y apretaba los ojos muy fuerte, al día siguiente se levantaría acunado por el suave balanceo de las aguas en la cubierta del barco de su tío. Pero luego la cadena que mutilaba su cuerpo le devolvía a la cruda realidad.

Haciendo memoria, recordó qué era lo último de lo que habían hablado: si les harían cruzar el estrecho también a ellos. Las tropas almohades habían empezado a trasladarse hacia Al-Andalus a comienzos de febrero. El campamento se iba vaciando y solo cabían dos posibilidades para ellos. O eran trasladados con el resto de las tropas para seguir ejerciendo de esclavos, o eran ejecutados. William se inclinaba por la primera posibilidad. En cuanto a Roland, se aferraba a esa probabilidad como su gran ocasión para escapar. Su padre, algunas veces, le había contado cosas de cuando estuvo combatiendo al lado de los almohades. Esperaba que esos relatos le sirvieran de algo, aunque aún no sabía cómo. Se puso en pie y cada uno de sus huesos se quejó.

—Pronto podrás sentir el mar. Y eso te animará —le dijo William clavando sus ojos claros en el muchacho. Luego examinó las heridas de sus muñecas y de sus pies producidas por las cadenas y las untó con un ungüento extraño que Roland creía hecho básicamente de barro, mientras comenzaba a silbar. William siempre parecía estar de buen humor. Silbaba como los ángeles. Reproducía melodías con una asombrosa fidelidad y hermosura.

Roland no estaba seguro de que pronto pudiera escuchar rugir al mar, pero creyó al hombre que tenía delante. Si había sobrevivido hasta ese momento, había sido gracias a él. Él le había enseñado a remar, él le había dicho cómo debía comportarse y él le había dado el sustento y le había curado después de... después de las palizas y vejaciones que había sufrido.

—Supongo que sí —comentó sin demasiadas ganas el joven, quien consideraba un aliciente cualquier cambio introducido en las duras rutinas de su vida—. ¿Cómo os encontráis esta mañana?

William en un gesto rápido, dejó su brazo izquierdo en la penumbra de las sombras impidiendo que la mirada de Roland lo pudiera ver.

—Bastante mejor.

Desconfió de su respuesta, pero no lo contradijo. William tenía una herida muy fea en la muñeca. Estaba infectada y supuraba pus. Pero pretender que estaba bien era la forma de transmitir seguridad a la incertidumbre de sus vidas. Porque estas dependían del carácter volátil y totalmente impredecible de Abu-l'Ulá. Roland se estiró. A veces le costaba ejecutar sus primeros movimientos. Había adelgazado y sus ojos oscuros descansaban detrás de unas profundas ojeras.

—Trataré de conseguirte algo para que puedas curártela bien.

William sonrió agradecido. No dudaba de la buena intención del joven,

pero eran esclavos en tierra de infieles y no tenían nada para intercambiar salvo su propio cuerpo. Algunas veces le había preguntado a Roland cómo había conseguido algo de fruta, o agua para lavarse, pero este había sido muy cauto y nunca había dicho nada.

–Ten cuidado ahí afuera, Almoravid. Pórtate bien.

–Lo haré. ¿Cuándo creéis que embarcaremos?

–Intentaré enterarme hoy –dijo William mientras veía desaparecer en las sombras del amanecer la delgada silueta de su amigo. El día que se conocieron, cuando lo arrojaron al remo a su lado, cubierto de vómito y sangre, no hubiera dicho que iba a sobrevivir más allá de las siguientes horas. Si hubiera apostado, habría perdido.

Soplaba viento del sureste, el *shuluk*, le decían. Forzando las caderas, Roland apretó el paso. El cielo estaba despejado, pero centró su mirada en el suelo, presintiendo ya el calor que traería consigo aquel día. Había otros como él, pero entre ellos no se miraban a la cara, ninguno quería entablar conversación, o contacto con los otros porque podría verse obligado a despedir a un amigo en cualquier momento. Por eso, en aquel campamento no había amigos, ni camaradería, solo supervivencia. Y cuando eres tú o el otro... siempre tiendes a sentir mayor simpatía por ti mismo. Roland se situó en la fila. Cada día había una selección. Los más fuertes hacían los trabajos más pesados, los sanos servían como criados domésticos y, en cuanto a los más débiles o enfermos... nadie sabía exactamente qué les ocurría, pero lo cierto era que nadie los volvía a ver al día siguiente en la fila. Roland casi siempre terminaba como criado en alguna de las *jaimas*. Sus cadenas le impedían realizar ciertos movimientos y había orden de no quitárselas salvo que alguien lo vigilara específicamente. Y los almohades en esos instantes no tenían tiempo que perder en un infiel como él. El trabajo en las *jaimas* no era del todo desagradable, aunque sí pesado. El riesgo era que allí uno siempre corría el peligro de que alguien decidiera convertirte en un eunuco.

Los hombres más influyentes del ejército de al-Nasir que aún quedaban en ese lado del imperio almohade se fueron acercando. Roland se centró en sus pies, sabía que si se atrevía a mirar a alguno de ellos a los ojos, los perdería. Sintió el olor antes de la presencia en sí misma. Y no le gustó. «No, él no. Abu-l'Ulá, no». Un fuerte tirón en su cadena interrumpió su plegaria. Cerró los ojos mientras un brazo fuerte tiraba de él y lo obligaba a dar el primer paso.

–¡Vamos, Almoravid! –escuchó despectivamente.

Si le llamaban Almoravid no era por su culpa. Al menos, no era consciente

de haber dicho que ese era su nombre. William, sin embargo, le aseguraba que cuando el capitán del barco se lo preguntó, un fuerte murmullo recorrió la cubierta al captar algo parecido a la palabra Almoravid. William era el único que había escuchado su nombre completo: Roland Migueléiz Almoravid. Hasta él había creído que se jactaba de ser un almoravid frente a los almohades. Cuando escuchó la historia de su apellido y de que pertenecía a la más importante familia de ricos hombres de un reino llamado Navarra, no pudo dejar de reírse, asombrarse y de apenarse por él, todo en un mismo tiempo.

Esa fue la primera vez que pusieron cadenas a sus pies y manos. Cuando trató de fugarse por segunda vez... ya no se las volvieron a quitar.

Se resistía a caminar en pos de Abu-l'Ulá. Sentía su corazón como si alguien lo tuviera cogido con una tenaza y hubiera empezado a apretar. Lo cierto es que tenía miedo y que estaba empezando a respirar con fuerza. Notó cómo se tensaba cada uno de los músculos de su cuerpo y su mente se ponía alerta. Trató de no pensar, de no temblar, mientras lo trasladaban hacia una zona que no conocía del campamento. Las *jaimas* estaban más separadas en aquella zona y todo parecía mucho más tranquilo.

De pronto, sintió un tirón más fuerte y fue arrojado al suelo. Apoyó el codo, clavándose un piedra puntiaguda en el hueso. El impacto se extendió a modo de calambre hasta el cuello. Alguien puso una mano sobre su hombro y buscó sus muñecas. Roland trató de rebelarse, pero sus reflejos fueron demasiado lentos. Para su sorpresa, las cadenas fueron retiradas de sus manos y de sus pies. Sorprendido, elevó la mirada y entonces comprendió. Estaba rodeado de *imesebelen*; la guardia negra del califa. No había peligro de que huyera.

Alejandro decidió que ya era hora de reemprender su marcha. Con ayuda de su anfitrión, quien quiera que fuese, o sin ella, debía buscar a su sobrino. Barajó varias posibilidades, todas ellas temerarias o imposibles. Disponía de un pequeño zafiro, sí, pero se encontraba en un lugar hostil, levantado en armas contra los cristianos de Castilla. Su vida valía poco allí a menos que diera con Abou el-Djyouch. Un viento cálido se introdujo por la ventana abierta. Se acercó a ella. La ciudad estaba en calma a aquellas horas, pero no su corazón. Se decidió. Hablaría con el señor que lo había acogido en su casa. Si no conseguía nada... entonces tendría que desaparecer de algún modo. Y lo tendría que hacer sin ayuda. Filippo navegaba en su barco hacia los puertos

donde iba a vender la mercancía. Luego regresaría a su encuentro. Esperaba que no fuera demasiado tarde para ninguno de los dos.

Aprovechó la llegada de uno de los siervos para pedir una audiencia con su amo. Consiguió arrancar un vehemente movimiento afirmativo de su cabeza, aunque nunca podía estar seguro de si el mensaje llegaría a su destinatario. Se entretuvo observando el sutil movimiento del sol y de las sombras a través de la ventana. Pasó aquel día y llegó la noche con su truculenta oscuridad. El vacío de la nada se agarró a su pecho, pero decidió no desesperar. Sabía que cada negociación llevaba su tiempo. Sin embargo, en aquella no estaban en juego mercancías más o menos perecederas, lo que estaba en la balanza era la vida de su propio sobrino. Y no quería tener que dar cuenta de ella a Miguel.

Se sentó en la cama. Las estrellas hacía tiempo que cubrían el cielo y la luz de la noche proyectaba su sombra alargada hacia la pared. En silencio, esperó el nuevo día. Se despertó temprano. Los puntos luminosos de la noche se velaban en la claridad del amanecer. Miró más allá del jardín, donde Rabat se convertía en la ciudad que era. Quizá hubiera llegado la hora de... saltar. Si esperaba más, no solo la vida de Roland peligraría.

La puerta se abrió de repente.

—Mi señor os recibirá ahora.

Las palabras hicieron reaccionar a Alejandro con rapidez. Se lavó, se vistió y siguió al siervo. Un ligero nerviosismo se instaló en su columna vertebral. No sabía hasta qué punto podía ser sincero con su anfitrión, pero pronto se enteraría.

Abou lo esperaba en una sala luminosa. Observó a Alejandro con aire inquisitivo. Estaba delgado, pero parecía lo suficientemente restablecido como para mantener con él una conversación que aclarara la posesión de la carta de Muhammad.

El de Salerno agachó ligeramente la cabeza en un movimiento de respeto y esperó a que le dirigieran la palabra.

—Pareces restablecido.

—Me encuentro bastante bien gracias a tus cuidados y te quiero agradecer, de nuevo, todo lo que has hecho por mí.

—Toma asiento —le pidió—. Quizá ahora puedas explicarme exactamente qué fue lo que te ocurrió.

Por dónde empezar, pensó Alejandro, posando sus ojos en los de su salvador. Tenía una deuda con él, pero desconocía hasta qué punto podía confiar su vida y la de Roland a ese hombre que ahora lo miraba. Dijera lo

que dijese, debía ser rápido y convincente.

–Me encontraba en Túnez en casa de Muhammad cuando surgió un problema con mi sobrino.

–¿Qué tipo de problema?

–Desapareció –dijo sin añadir nada más.

Un ligero movimiento de la ceja derecha de su interlocutor le hizo ver que seguía sus palabras con interés.

–¿Desapareció?

–En la medina. Lo buscamos durante varios días sin éxito.

–¿Cuántos años tiene vuestro sobrino?

–Dieciséis.

–¿Y pensáis que está en Rabat?

Alejandro tragó saliva. Llegaba el momento delicado, la hora de ser cauto, muy cauto, pero a la vez, encauzar la conversación para obtener su propósito.

–Mi amigo Muhammad hizo sus averiguaciones. Al parecer, y debido a un malentendido, a mi sobrino lo incluyeron entre los hombres que vuestro califa estaba reclutando.

Abou sonrió ligeramente.

–¿No puede ser que se reclutara voluntariamente?

–Con todos mis respetos, señor, pero mi sobrino es un hombre de mar, como yo –dijo bajando la mirada en actitud humilde–. No tenemos formación guerrera.

Eso era verdad tan solo en parte. Roland, además de sus tareas en el barco y de su aprendizaje mariner, seguía una estricta formación en letras y armas. Miguel así lo había exigido. Después de todo, si algo le ocurría a Diego –Dios no lo quisiera–, Roland tendría que ocupar su puesto entre los Almoravid de Navarra. Y por eso mismo, su sobrino sería armado caballero, a su debido tiempo, a la vez que su hermano.

–Cuando Muhammad ibn Alí supo el paradero de mi sobrino, escribió una carta para su buen amigo Abou el-Djyouch en la que le explicaba lo ocurrido y le encomendaba mi persona, pero... Todo salió mal desde el principio. Mi barco no pudo aproximarse suficientemente a tierras de Rabat y tuvimos que retroceder. Desembarqué en una cala como pude y emprendí el camino a pie. Sin comida ni bebida aguanté tres días antes de ver alma humana por ninguna parte. Y ojalá que a aquellos tampoco los hubiera visto. Eran cuatro, me apalearon, me robaron todo lo que llevaba y me dejaron tirado en el camino. Así que mucho me temo que la carta a la que os hago mención obra ahora en su

poder o quizá se haya extraviado, por lo que no tengo nada que corrobore mis palabras. Después del asalto ya no recuerdo nada hasta despertarme en vuestro hogar.

–¿Cómo se encuentra Muhammad?

Alejandro inspiró aire antes de contestar. ¿La verdad sería lo acertado? Su hijo había atentado contra su vida por ayudar a unos infieles. ¿Qué pensaría su interlocutor al respecto?

–Cuando partí hacia Rabat se encontraba... convaleciente.

Abou guardó silencio. Durante los siguientes instantes muchas preguntas pasaron por la cabeza de Alejandro. ¿Conocería aquel hombre a Muhammad? ¿Conocería a su hijo? Al pensarlo sintió un escalofrío por todo su cuerpo. ¿Le creería? ¿Le ayudaría a buscar a Abou? ¿Lo convertiría en su esclavo? El movimiento del brazo del almohade interrumpió el curso de sus pensamientos. Un siervo se acercó hasta él y les sirvió algo de desayuno.

–Espero que nada grave.

Alejandro no supo si reír o quedarse serio. Su gesto se quedó a mitad de camino, torciendo algo el gesto.

–Yo también lo espero. Desafortunadamente no tuve tiempo de ver cómo evolucionaba.

–Come algo –le invitó su anfitrión.

–Gracias. Lo cierto –aprovechó Alejandro para dirigirse a él–, es que, gracias a tus cuidados, me encuentro lo suficientemente recuperado como para proseguir la búsqueda de mi sobrino. Quizá tú puedas indicarme cómo ponerme en contacto con Abou el-Djyouch. Aunque antes deberé tratar contigo el pago de todos los gastos que te he acarreado. Sabes que no tengo nada que ofrecerte en este momento –Alejandro tenía la pequeña gema, pero nadie debería sospechar siquiera de su existencia. Había llegado sin nada, los siervos lo habían desnudado y los ladrones le habían desprovisto de sus enseres personales. El zafiro había viajado en sus intestinos y ahora estaba a buen recaudo entre los pliegues de su ropaje. Si no tenía más opción... se lo ofrecería a aquel hombre, pero prefería guardarlo para poder pujar por la vida de Roland, si llegaba el caso–, pero podríamos llegar a algún tipo de acuerdo.

–No lo dudo –dijo con convicción el almohade–. Lo cierto es que desde que llegaste a mi hogar... he estado haciendo algunas averiguaciones.

A otro gesto suyo, uno de los sirvientes se acercó con una bandeja de plata hasta donde se encontraba Alejandro y depositó un pergamino a su lado. El de Salerno no tuvo que dilucidar mucho para darse cuenta de que se trataba de la

carta de Muhammad.

–Un comerciante de Rabat os encontró cerca de la ciudad. Lo único que halló para poder identificarte fue esta carta. Al ver que estaba dirigida a mí, te envió a mi casa.

–¿Tú eres, entonces, Abou el-Djyouch?

El aludido hizo un gesto afirmativo con su cabeza.

–Sin embargo –prosiguió el almohade–, no sabía si la carta te pertenecía a ti o si tú...

–La había sustraído al verdadero Alejandro.

–Comprenderás que debía ser precavido. Eres... extranjero y mi pueblo está preparándose para una guerra santa. Hice varias preguntas y ayer localicé a Abu –Alejandro palideció ante la mención del nombre. Trató de disimular su turbación y mantuvo su rostro impávido–. Él me notificó la noticia del fallecimiento de su padre. Al parecer... un extranjero entró en su casa y lo acuchilló. Me aseguró que el asesino había sido detenido y que para esas horas ya debía haber sido ejecutado.

Al decir esto, Abou miró fijamente a los ojos del cristiano. La negociación se estaba poniendo difícil.

–¿Es cierto que ha muerto? –interrogó el de Salerno imprimiendo sentimiento de pena a sus palabras–. Cuando yo lo dejé, aunque algo indispuerto, estaba vivo.

–Sí –aventuró Abou poniéndose de pie–. Recordé tus palabras al respecto y quise interrogar a Abu sobre ello. Sin embargo, la aparición del mismísimo Abd al-Wahid requiriendo su presencia me privó de la oportunidad mientras que a ti te concedió unas horas más de vida.

–Creo que te estás precipitando en tus apreciaciones –dijo Alejandro en un intento de ganar tiempo, pero sintiendo a la vez la sensación de estar cayendo en un pozo sin fondo.

Abou arrugó la frente y levantó su mano pidiendo silencio, imponiendo su autoridad. No hacía falta. Alejandro estaba débil, desarmado y encerrado en una casa que seguramente contaba con una férrea vigilancia y siervos fieles –aunque su fidelidad estuviera basada tan solo en el miedo– que harían lo que Abou les ordenara.

–Sin embargo, ayer por la noche, a última hora, llegó un mensajero con una carta de Muhammad. En ella me preguntaba por ti y reconocía sentirse muy preocupado por no haber recibido noticias tuyas ni mías sobre tu paradero. Al parecer... se siente responsable de la desaparición de tu sobrino y teme por su

vida.

Alejandro sintió cierto alivio. Aquella oportuna misiva podía significar la diferencia entre seguir vivo o alcanzar una muerte anónima en un rincón oscuro de Rabat.

–Debo reconocer que este último mensaje me desconcertó. Interrogué al siervo que me la hizo llegar y me confirmó que su señor había sido asaltado en su casa y herido, pero que se estaba recuperando satisfactoriamente y con celeridad. Eso, y la determinación que manifestaba Muhammad al comunicarme que se iba a poner en camino y venir hasta Rabat...

–¿A Rabat? No debería. Quiero decir, es un elegante gesto de su parte, pero debería cuidarse...

–¿Quién eres en realidad? –le interrumpió Abou.

Aún le temblaban las manos ligeramente. Aquella había sido la negociación más difícil de su vida. En ningún momento había tenido la sensación de llevar las riendas. Desde el primer momento le había sido asignada la posición vulnerable. Cuando eso sucedía, lo mejor era asumirla y jugar las bazas según venían. Abou prefería esperar a que Muhammad llegara, pero él le había explicado, esperaba que con éxito, que para entonces podía ser demasiado tarde para su sobrino. Habían quedado en volver a hablar a la caída del sol y las horas se le estaban haciendo muy largas en el vacío silencio de su habitación.

Comió con apetito por primera vez en muchos días. Ahora que sabía que podía contar con la ayuda de Abou, o al menos que no lo obstaculizaría en sus objetivos, tenía la urgencia de recuperar fuerzas cuanto antes. Al terminar, salió al jardín. Nadie se lo impidió, aunque notaba esa sensación de cuando alguien te está observando desde las sombras. Bien poco le importó. Aspiró aire con fuerza y tensó sus manos. Estaba deseando poder hacer algo.

Abou lo convocó a la hora en que las sombras cobran toda su oscuridad. Había pasado todo el día fuera de casa y el de Salerno no sabía si lo que tanto le había entretenido tenía algo que ver con Roland o no. Seguramente no. Abou parecía tener una posición destacada en Rabat. Pero Alejandro no estaba seguro de cuál era exactamente. Si fuera un guerrero, en esos instantes estaría junto al califa. No tuvo tiempo de elucubrar más. Su anfitrión lo esperaba sentado a una gran mesa repleta de viandas a la que le invitó a sentarse.

–Me han dicho que tu estómago ya retiene la suficiente comida como para

que comas con normalidad.

Alejandro asintió despacio y agradeció la deferencia de hacerle sentar a su mesa.

–Más que un placer, es un honor para mí. Me gustaría poder corresponderte de alguna forma.

La boca de Abou se torció en un gesto de sincera sonrisa.

–Quizá algún día puedas devolverme el favor –dijo como alguien que sabe que a veces es bueno tener amigos incluso en el infierno.

Abou era un hombre de exquisitos modales. Sus ojos tenían el color de las arenas del desierto, casi cristalinos. Llevaba los dedos de su mano izquierda ensortijados lo que le probó a Alejandro no solo que disponía de riquezas, sino que aquel día seguramente había estado visitando a alguien importante.

–¿Tú estás al cargo de tu sobrino?

–En estos momentos sí.

–¿Sus padres... han muerto?

–¡Oh, no! Nada de eso. Mi prima y su marido lo pusieron bajo mi tutela cuando cumplió los doce años. Me consta que no fue una decisión fácil para don Miguel.

–¿Miguel? –preguntó con curiosidad.

–Miguel es el padre de mi sobrino. Don Miguel de Grez Almoravid, un gran caballero...

–¿Del rey de Navarra?

Alejandro se quedó mirando a Abou con los ojos entornados.

–¿Acaso lo conocéis?

–¡Oh, sí! Desde luego que lo conozco.

Aquel muchacho estaba muerto. Se dio cuenta enseguida por el poco recato con el que sacaron su cuerpo y lo lanzaron a un carro cercano como unapestado. Tenía los miembros hinchados, un color ceniciento en su piel y los ojos abiertos en clara manifestación de sorpresa; tal y como lo había encontrado la muerte. Roland lo observó de reojo. Y se dio cuenta de que no era la primera vez que veía aquella carreta, aunque sí la primera que percibía su verdadero significado. William le había protegido, pero ahora estaba solo y no creía que le fueran a dejar regresar a su antiguo refugio. Iba a echar en falta aquellas conversaciones entrecortadas. Los *imesebelen* lo custodiaban todo allí. Nadie salía si no era en aquella carreta. Un escalofrío recorrió su pierna

izquierda. Se inició justamente donde había enganchado la empuñadura de *Magnot*. Conservaba el cuchillo vaina de su tío, suponía que por un milagro. Nadie le había registrado lo suficiente como para encontrárselo, ni siquiera en las dos ocasiones en que trató de escapar. Sin embargo... la guardia negra era otro asunto.

Apretó como pudo sus manos contra el basto palo de la pala que le habían dado para cavar y se agachó una vez más. Con todas sus fuerzas, hincó la herramienta en el suelo y cogió una nueva palada. Le dolía todo el cuerpo, por la inactividad anterior, por la incomodidad que las cadenas le habían ocasionado y, sobre todo, por el enorme esfuerzo físico que requería la actividad que le habían asignado. Tenía que cavar una zanja alrededor de aquella tienda roja que brillaba como un rubí gigante. Una trinchera con la misma altura aproximada que había entre el suelo y su cuello.

El viento arrastró arenilla contra el trapo que cubría su nariz y su boca. Sus ojos brillaban por el sudor y el esfuerzo. El agua estaba demasiado lejos y nadie se la había ofrecido. William empezaba a ser un recuerdo más cercano a la alucinación que a un ser real y su casa... quedaba en un lugar remoto. Lo único cercano y real era aquel carro donde la muerte se balanceaba en un peligroso equilibrio y nadie sabía en qué lado iba a caer la próxima vez. Una sombra sobrevoló su cabeza. Las aves carroñeras esperaban cobrar su parte del festín. ¿Sería un cristiano o un almohade?, se preguntó. «¡Por Dios! –se dijo al fijar en el muerto sus ojos con la siguiente palada que sacó–. ¡Si no es más que un niño!» Se pasó la mano por la frente para retirar el pelo que se había quedado pegado allí. El sol estaba muy encima en ese momento. Las gotas de sudor le escurrían por la espalda. Necesitaba agua. Miró alrededor.

–*Asqiini maa, baarak allahu fik*¹⁶ –pidió desesperado–. *Maa... maa.*

El sol ya llevaba un rato descendiendo por el horizonte cuando alguien vino a supervisar su trabajo. No esperaba una felicitación. Recibió un fuerte palazo en el hombro que habría hecho saltar sus lágrimas si hubiera tenido agua en el cuerpo para fabricarlas. Sin embargo, tras el golpe, por fin llegó el ansiado líquido. Roland bebió con avidez. Su rostro joven, apenas enmarcado por una incipiente barba, se destensó un poco.

El que había llegado se marchó y a él regresó la soledad y con ella llegaron las preguntas. De reojo observó la presencia de los *imesebelen*. William le había asegurado que eran unos guerreros desalmados, en el sentido estricto de la palabra. «No esperes compasión de ellos, porque no conocen el significado de esa palabra. Su única misión es defender al califa. Para ello han

nacido y para ello morirán. Su vida no tiene otra razón de ser. Desde su nacimiento, estos esclavos negros son separados y entrenados para matar. No saben lo qué es la familia, no saben lo qué es el amor, no saben lo qué es la compasión, ni la misericordia. Si tienes que enfrentarte a uno de ellos... mejor mátaelo antes de que pueda alcanzarte», las palabras de William resonaron en sus oídos con fuerza. Tenía a *Magnot*, pero debería ser muy certero para matar a una de aquellas bestias. Para cumplir su objetivo, tendría que hacer que la fina hoja de su cuchillo se deslizara entre las costillas de su enemigo. Y, después... ¿qué?, se preguntó.

Fueron a buscarlo cuando la noche ya se había extendido por el campamento, justo cuando se preguntaba por décimo segunda vez si lo iban a tener excavando durante toda la noche. Roland siguió al hombre que lo había ido a buscar en silencio, arrastrando los pies, con el rostro aún cubierto por la tela sucia y arrugada. El carro había desaparecido sin que él recordase haber sido consciente del momento en que había ocurrido. Con el dedo, quien le había ido a buscar le indicó un sitio apartado donde otros tres hombres esperaban alrededor de una hoguera. Despacio, se quitó el pañuelo que cubría su rostro, sin saber que varios fuegos más allí y varias *jaimas* más a su izquierda, alguien lo observaba. Cogió el agua y la comida que le habían asignado y comió despacio, sintiendo la tierra chirriar entre sus dientes mientras masticaba. No trató de intercambiar palabra alguna con los otros hombres. Cuando terminó de comer y de beber, buscó un sitio donde acomodarse cerca del fuego para que los vigilantes lo vieran bien y no hubiera problemas, y se durmió.

—Creo que lo he encontrado —la prudencia con que fue pronunciada la frase no le dio pie a Alejandro a desatar su euforia. Que Abou creyera haber dado con el paradero de Roland no indicaba que fuera fácil llegar a él. Ni siquiera significaba que se encontrara bien.

«Por supuesto que no está bien —se culpó Alejandro—. Es un prisionero».

—¿Dónde? —preguntó el de Salerno con la misma cautela.

Abou respiró hondo antes de pronunciar la siguiente frase.

—Al parecer, y solo digo al parecer, lo han destinado al entorno del califa.

Alejandro casi se atraganta con su propia saliva.

—Lo cual significa...

—Lo cual significa —comenzó Abou— que estará a salvo, de momento.

El de Salerno negó reiteradamente con la cabeza.

–...que estará rodeado de *imesebelen* –los ojos de Alejandro se abrieron como platos redondos al decirlo en voz alta. Miró a Abou con un claro interrogante.

–Mañana he sido llamado a una recepción con el califa. Trataré de confirmar este hecho y de averiguar más cosas. ¿Cómo es tu sobrino?

–Es... es... –Alejandro se emocionó al recordar los rasgos de Roland. Toda la tensión de los últimos días se le vino de golpe encima y comenzó a ser víctima de un irrefrenable temblor. Abou, en un gesto amistoso, le puso una mano en el hombro y pidió a uno de sus siervos que le trajera algo caliente.

El alimento calmó un poco su temple. Lo suficiente como para permitirle hacer una exacta descripción del joven. Conforme lo recordaba podía ver nítidamente sus penetrantes ojos oscuros, su frente estrecha, sus orejas pequeñas y bien pegadas a los laterales de su cabeza, los hoyuelos que se marcaban en sus pómulos cuando sonreía, su nariz alargada y estrecha... Dolía sí, el recuerdo de sus bromas, su espíritu libre sobre el que se pegaba el mar como su segunda piel, el eco de su voz enganchada al viento que levantaba olas... Sí, todo eso dolía.

–Será mejor que vayas a descansar –le aconsejó Abou.

Alejandro asintió levemente.

–Gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

–*Assalaamu 'alaikum*.

–*Wa' alaikumumu ssalaamu wa rahmatu l-lha wa barakatuh* –contestó el de Salerno, mientras se retiraba a descansar.

El alba se resistió a romper por el este. Cuando vio la sombra de Abou salir de la casa no pudo evitar un estremecimiento. En aquel momento, le hubiera gustado salir tras él.

Sobre el campamento se elevaban los restos humeantes de las hogueras nocturnas. Abou apreció el olor nauseabundo que se concentraba en las partes más alejadas, donde se apilaban los restos de desechos y desperdicios. Avanzó con paso decidido hasta la tienda roja en la parte más elevada del terreno, sin detenerse a hablar con nadie y esperó en la puerta para ser recibido. Le acompañaban dos hermosas jóvenes. Nabila y Zulema, a cual más hermosa, a cual más grácil.

Abu Abd Allah Muhammad Ibn Yaqub se encontraba terminando de

desayunar. Con un gesto de su mano invitó a Abou a acercarse.

–*Assalaamu 'a-a-la-laikum* –lo saludó.

–*Wa' alaikumu ssalaam wa rahmatu l-lha wa barakatuh, amiir almu'miniin* –le contestó el recién llegado–. Un presente para mi señor –le dijo mientras indicaba a las dos mujeres que se aproximaran para que Muhammad las pudiera ver bien. Se arrodillaron las jóvenes.

–Acercaos –les pidió.

Así lo hicieron ellas.

–¿Cuál es tu nombre? –preguntó a la primera, una joven de tez blanca, cabellos dorados y ojos rasgado color de miel.

–Soy Zulema, *amiir almu'miniin*.

–¿Y el tuyo?

Elevó su mirada la segunda de ellas. El califa contuvo la respiración. Eran los ojos más hermosos que nunca había contemplado. El verde era tan intenso que le pareció estar paseando por un bosque.

–Me llamo Nabila, *sidi*.

Sonrió Muhammad.

–Un hermoso presente –admitió. Giró su cabeza levemente. Un sirviente se aproximó y el califa le habló quedo al oído. Se retiró este y al poco llegó un eunuco que se llevó a las dos jóvenes. El califa centró su atención entonces en su caíd.

–De-de-debes partir. En-en breve –le dijo el califa sin formalismos previos.

–¿Cuál es mi destino? –preguntó con cuidado, tomando algo de fruta de la gran mesa que tenía delante. No es que tuviera mucha hambre, pero debía apreciar la comida que le ofrecía su señor.

El califa movió su brazo hacia arriba y un siervo puso en su mano un documento sellado. Sin mucha ceremonia, Abu Abd Allah Muhammad se inclinó hacia Abou y se lo entregó.

–Es mi-mi-mi deseo que via-viajes a Tudela.

Abou asintió una vez.

–¿Y a quién debo hacer entrega de vuestros deseos? –las pupilas de Abou se movían discretamente buscando entre todos aquellos que se movían cerca los rasgos de Roland.

–El rey Saaancho –afirmó con tanto aplomo como fue capaz. Su límpida mirada azul refulgió por un instante con el fulgor de quien está preparando algo grande. Algo que sabe que va a pasar a la historia.

–¿Deseáis que parta ya, *amiir almu'miniin*?

Abu Abd Allah Muhammad se colocó su gran turbante y se puso en pie. La agilidad y la intuición de Abou lo llevaron a levantarse de inmediato. Se acercó a la entrada y abrió la puerta de tela para el califa. Las primeras luces del día hicieron brillar la esmeralda que adornaba su turbante.

Los dos hombres comenzaron a andar. Abou estaba seguro de que su califa quería mostrarle la grandeza de su ejército. A pesar de que muchos de sus hombres ya habían sido trasladados a suelo de Al-Andalus, aún quedaban allí muchos de los voluntarios llegados del Alto Atlas a los que al-Nasir apreciaba por compartir su mismo origen. También apreció a varios *agzaz*, los famosos y efectivos arqueros turcos.

–De-de-deberás partir ha-ha-hacia Qasr Kutuma. Un-bar.. un-baaarco te llevará hasta Ta-ri-rifa. Toma el pri, toma el primero que se en..., que se encuentre a-a-a-llí.

Abou asintió, escrutando el horizonte con la mirada experta de quien está acostumbrado a reconocer el terreno que pisa porque de ello depende en gran medida su supervivencia. El califa le entregó otro pergamino donde se encontraban recogidas sus órdenes para el capitán del barco.

–Es un..., es un..., es un ejército disciplinado –exhibió con orgullo el califa.

Abou miró en derredor entonces sin disimulo y se permitió una leve sonrisa. Los *agzaz* lo eran, sí, hombres disciplinados. Y también la caballería africana y el ejército almohade. Pero no estaba muy seguro en cuanto a la calidad y valía de los voluntarios árabes, ni de la infantería ligera que conformaban los reclutas provenientes de las tribus bereberes del Alto Atlas.

–Lo es, *amiir almu'miniin* –dijo sin embargo con convencimiento; algo que gustó al califa.

El campamento del califa formaba un acuartelamiento propio dentro del campamento principal. Alrededor se estaba terminando de construir una gran zanja, según pudo comprobar al ver cómo una pala se alzaba casi a ras de suelo y lanzaba una nube de polvo por encima del nivel de este, mientras caía la pesada tierra, formando parte de un montón más grande. Poco después se asomó una cabeza enfundada en una tela que en su día pudo haber sido blanca y que tapaba su rostro hasta el límite de sus ojos. Abou entornó la mirada. Podía ser... Quizá...

–Un lar, un lar-largo viaje te, te, te espera. *Assalaamu 'a-a-la-laikum* –dijo el califa, dando por concluida la audiencia y la visita.

–*Wa 'alaikumu ssalaam wa rahmatu l-lha wa barakatuh, amiir almu'miniin* –respondió con cortesía Abou, observando por última vez el rostro de piel clara de su califa sobre el que apenas destacaba su barba rubia.

Abou caminó despacio. Detrás de él distinguió los movimientos de la guardia negra entorno al califa.

Era el mismo sol, el mismo polvo, el mismo tedio. Su cuerpo se debía estar acostumbrando al esfuerzo físico porque ya no dolía tanto, pero sus manos seguían cubiertas por ampollas donde no estaban en carne viva. Debería proveerse de algún tipo de tela para cuidarlas de alguna forma. Al pensar en esto, su boca se estiró en una sonrisa cínica. Estaba alzando la siguiente palada cuando alguien colocó un cazo con agua a la altura de sus ojos. Alzó la mirada con cuidado. No era la primera vez que lo tentaban con aquello y luego el líquido acababa derramado a sus pies, mientras lo único que podía hacer era ver cómo la voraz tierra se lo tragaba. Roland frunció el ceño al encontrarse con aquellos ojos de una tonalidad marrón tan clara que casi parecían amarillos. Y se sorprendió aún más al ver que no pertenecían a ninguno de los siervos que se encargaban de la tarea de mantenerlo hidratado, aunque solo fuera para no tener que hacer ellos su trabajo. Y no solo eso. Cuando se fijó un poco más, apreció las finas telas del traje de aquel hombre que lo miraba fijamente y supo que se trataba de alguien importante. Dejó la pala con cuidado, apoyada sobre la pared de la trinchera que estaba construyendo, y acercó sus manos con la prudencia de quien cree que justo cuando esté a punto de alcanzar el cazo, este desaparecerá. Pero no sucedió tal cosa. Al asirlo, su boca comenzó a segregarse saliva. Se bajó el pañuelo y bebió, saboreando cada gota que entraba en su ser. Cerró los ojos por un momento como si aquel fuera el único instante de su vida y acompañó cada trago con una fuerte inspiración sabiendo que era observado con denodada atención. Pero eso no importaba. Devolvió el cazo vacío, soñando con que volviera a rellenarse; aunque sabía que eso era francamente imposible, a pesar de la amabilidad de aquel hombre, quien quiera que fuera. Iba a volver a su tarea cuando unas palabras se clavaron en su cerebro y abrió enormemente sus ojos.

–¿Cuál es tu nombre?

Roland sintió como si su corazón acabara de paralizarse. Aunque con un extraño acento, aquellas palabras habían sido pronunciadas en un idioma muy

conocido por él. Era romance navarro; no cabía duda. Pero, ¿cómo era posible? El joven abrió y cerró la boca varias veces y movió su cabeza ligeramente hacia la izquierda, mientras dos líneas de expresión se marcaban en su entrecejo. Abou sonrió. Recordaba vagamente ese mismo gesto ante la misma pregunta, aunque en la cara de otro hombre. Claro que Miguel en aquel momento pensaba que Abou estaba muerto y de ahí su sorpresa.

–Soy... soy Roland Migueléiz Almoravid –contestó sin apartar los ojos de aquel hombre–. ¿Por qué un almohade quiere saber el nombre de un cristiano?

–¡Un Almoravid!

El joven se sobresaltó. Había olvidado lo peligroso que era declararse almoravid entre los almohades, con los que habían estado o aún estaban en guerra. Siempre lo decía con normalidad sin darse cuenta de que ahora era diferente.

–No, no un almoravid de religión, sino un Almoravid de apellido –dijo tratando de explicarse de algún modo, sin saber cómo.

–Eso mismo me dijo una vez tu padre. Y con el mismo orgullo, debo decir.

–¿Mi... padre?

–Bebe –lo animó tendiéndole otra vez el cazo con agua.

–¿Conocéis a mi padre? –preguntó Roland con curiosidad, cuando terminó de saciar su sed. Sabía que Miguel había combatido al lado de los almohades y también sus tíos.

Abou asintió.

–Tu tío está buscándote.

–¡Pobre tío Alejandro! –dijo con sinceridad.

–No tengo mucho tiempo. Él no puede sacarte de aquí. No, con la guardia negra. Tendrá que ser en Sevilla, quizá. Hazme un favor. Si quieres volver a ver a tu padre y a tu tío no hagas ninguna locura. No se te ocurra intentar escaparte –Roland apretó los labios, lo que le indicó al almohade que o bien lo había intentado ya, o lo tenía en mente–. Limitate a sobrevivir. Tendrás noticias mías, o de tu padre, o de tu tío, pero no será pronto. ¿Me has entendido? Sobrevive, joven Almoravid.

–Lo haré –asintió con firmeza–. ¿Puedo saber vuestro nombre?

–Será mejor así, por el momento. Sin nombres.

–*Assalaamu 'alaikum*, entonces.

–*Wa 'alaikumu ssalaam wa rahmatu l-lha wa barakatuh*, joven Almoravid.

El eunuco había salido demasiado deprisa y la tela de la puerta se había quedado enganchada, dejando al descubierto una parte del campamento que parecía esculpido sobre la tierra árida y seca. Nabila se quedó mirando a través de aquella apertura como si la hubieran hipnotizado. Estaba nerviosa. Su vida acababa de dar un giro inesperado. Cuando el joven caíd Abou el-Djyouch la compró, jamás pensó que acabaría formando parte del harén del califa. A pesar del calor espeso de aquel día, un escalofrío recorrió su piel. Sabía que le había gustado a Muhammad. Y eso era un honor y una responsabilidad. Sin embargo, tal vez eso no significara nada. El califa tenía decenas de mujeres y concubinas. Permaneció quieta, atraída por esa ventana que se abría al mundo, cual mosca que acaba de ver una gota de miel y la desea. Escuchó unas voces cercanas. Asustada, fue a retirarse, pero se detuvo al ver pasar a Abou por delante de la tienda en la que la habían recluido junto con Zulema. Iba el joven caíd acompañado por un *imesebelen*. Se fijó en él. Era un hombre tan alto, tan fuerte y de tanta envergadura, que había que mirarlo varias veces para verlo bien. Una cicatriz en forma de uve se marcaba en su hombro y a su oreja derecha le faltaba un trozo.

–Es aquel de allí –escuchó a Abou decir al *imesebelen*. Nabila no pudo ver a quién se refería, puesto que sus cuerpos le tapaban la vista–. Quiero que cuides de él y lo vigiles para que nada malo le suceda. Es un gran marinero y el califa lo quiere en su barco cuando embarque hacia Sevilla.

Vio asentir al *imesebelen* muy despacio.

–Te lo pido como un favor especial, así que es justo que escuche tus peticiones –prosiguió el caíd.

–Bien sabe el joven caíd que no pediré nada a cambio.

Abou bajó la cabeza en forma de afirmación. El *imesebelen* tenía contraída una deuda de sangre con él, pero el caíd quería asegurarse de que cuidaría bien de Roland.

De repente, Nabila se encontró con los ojos del *imesebelen* y, azorada –no debería estar escuchando esa conversación ni observando el exterior–, bajó la vista al suelo. Los dos hombres prosiguieron su camino. Nabila se acercó al estrecho hueco y entonces se fijó en la cabeza de un muchacho que sobresalía apenas del suelo. Abou y el *imesebelen* se debían haber referido a él. Se preguntó quién sería y por qué lo habrían destinado a aquel trabajo si era tan buen marinero como había insinuado el caíd. En ese instante, el joven detuvo su trabajo. Se pasó la mano derecha por la frente para arrastrar el sudor y se quitó el pañuelo que cubría su boca. La muchacha descubrió su nariz recta, su

barba incipiente, sus labios suaves y su mirada ausente. Una sombra gruesa y fría cubrió en ese momento la entrada y aquella imagen desapareció de pronto.

–¿Qué miras? –le espetó el eunuco Zayd, que regresaba en esos momentos.

–Yo... solo... solo iba a colocar la tela que se había quedado enganchada.

–Turbada, Nabila se retiró al interior de la tienda. Aquel eunuco tenía algo siniestro. Sintió miedo. En ese instante deseó no estar allí, no quería verse bajo la escrutadora mirada de aquel ser orondo y frío, ni tampoco deseaba ser llamada por el califa y permanecer ante su presencia mientras este decidía si era de su agrado o no. Quería marcharse o morir. El eunuco volvió hacia atrás la cabeza mirando hacia la zanja donde trabajaba Roland, con ojos escrutadores.

Alejandro releyó la carta. No había nada más que añadir. Faltaba la rúbrica, pero sabía que en cuanto colocara su sello en ella, su fracaso quedaría recogido oficialmente. No había sido su intención escribir a Miguel, no hasta que todo estuviera solucionado; pero estaba claro que él no era sino un pequeño pedacito de carne bajo un cielo cubierto de aves rapaces. Lo había pensado mucho. Sabía que Miguel no le perdonaría jamás si algo le ocurría a su hijo y él no había tenido la oportunidad de socorrerlo porque no le había informado de su destino a tiempo. Claro que ese «a tiempo», incluso ahora podía ser demasiado tarde. Pero era algo que debía hacer. Así que agachó la cabeza y suspiró. Con trazo seguro colocó su nombre al final de la carta. Dobló cuidadosamente el pergamino y lo lacró. Cerró los ojos y movió negativamente la cabeza.

La luz de la vela titiló levemente al abrirse la puerta. El propio Abou entró en la habitación. Alejandro y él se miraron. La actitud de su anfitrión había cambiado ostensiblemente desde que se había enterado de que era al hijo de Miguel a quien buscaba con desesperación. Nada le había revelado sobre la relación que unía a navarro y almohade más allá de saber que hacía algunos años habían luchado en el mismo bando, pero la sombra de nostalgia que cubría el rostro de Abou le decía que Miguel y él habían intimado bastante. «Es curioso –se dijo–, nunca me había parado a pensar en la clase de amistad que puede unir a dos caballeros tan diferentes».

–Creo que es mejor que Miguel lo sepa –dijo un consternado Alejandro.

Su anfitrión forzó una sonrisa. Entendía hasta qué punto puede el fracaso personal hundir a una persona.

–He pensado que quizá puedas... de alguna forma... hacérsela llegar.

Abou el-Djyouch tomó la carta que el de Salerno le ofrecía. En su mirada vaga y perdida se vislumbraba el resquicio de duda que aún permanecía en él.

–Me aseguraré de que la reciba –«No sabes cuánto», pensó. Por un momento caviló la posibilidad de añadir algo más, pero decidió guardarse para sí parte de la información.

Alejandro no tenía más remedio que confiar en su palabra.

–¿Es tu marcha tan inminente?

–Debo atender unos asuntos personales.

–Comprendo.

–Esta es tu casa hasta que venga Muhammad y decidas cuál será el siguiente paso.

–Aún estoy a tiempo de ofrecerme como voluntario –le había insinuado a Abou el-Djyouch la posibilidad de inscribirse como voluntario en el ejército de al-Nasir. Su anfitrión, muy sinceramente, le había preguntado si se creía capaz de blandir la cimitarra como un almohade, rezar a Allah como un almohade y recitar la sunna como un almohade. Él había bajado la cabeza. Lo habría hecho si hubiera sabido que eso salvaría a Roland, pero Abou tenía razón. Aún así, si había siquiera una posibilidad, estaba dispuesto a arriesgarse.

–Si mantienes esa obcecación, solo conseguirás que Miguel tenga que rescatar no a uno, sino a dos cristianos.

Alejandro sonrió por primera vez desde que Abou le había dicho que había localizado a Roland. «Tan cerca y tan lejos de mi alcance», pensó apretando la mandíbula. Aunque tuviera aún en su poder todas las piedras que le había dado Muhammad, no sería suficiente para arrancar a su sobrino de la esfera de poder del califa.

–Vengo a despedirme. No cenaré contigo y mañana partiré temprano.

–No tengo palabras suficientes para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí. Mi presencia en casa de Muhammad puso en peligro su vida. Confío en que la tuya no esté amenazada por mi causa.

–Confío en la voluntad de Allah –le dijo a modo de respuesta–. Quizá algún día volvamos a vernos.

–Espero que así sea. Tengo una deuda contigo que me gustaría poder saldar.

Nabila había nacido en algún sitio muy lejos de donde se encontraba ahora, pero no lo recordaba; como tampoco se acordaba del nombre que sus padres habían elegido para ella. Aquellos primeros años de su vida estaban borrados. Su vista llevaba ya largo tiempo fija en la puerta de tela. ¡Había vida más allá de ese grueso tejido!, se dijo como si acabara de percatarse de ello. Desde hacía unos días, no dejaba de cavilar sobre aquel joven que había descubierto cavando de sol a sol. A falta de algo mejor en que entretener sus pensamientos, se encontró imaginando quién sería y preguntándose por qué estaría allí, escarbando la tierra sin descanso. Soñaba con que la puerta se abría de nuevo y ella podía escapar y preguntarle su nombre. Deseaba saber algo de él. La puerta se abrió como respondiendo a su ruego, pero tuvo miedo y reaccionó cerrando los ojos cuando el gran eunuco de mirada cruel penetró en la tranquilidad de la tienda y arrebató su sosiego. «Que se quede abierta, que se quede abierta». El deseo ingenuo de Nabila no se cumplió. Podía notar la ausencia de la luz del sol a través de sus párpados. Y eso significaba que la puerta se había cerrado. Su corazón palpitaba como si hubiera sido pillada haciendo algo prohibido. Pero, ¿se podía castigar a alguien por anhelar la luz del sol? ¿Por desear hablar con alguien, conocer a alguien? Tanteó la tela que limitaba su mundo y permitió que sus dedos resbalaran por la superficie. La tela cedió en un punto determinado y su brazo quedó a medio camino entre el sol y la sombra. Una pequeña sonrisa acudió a sus labios, traviesa y temerosa a la par. Despacio, metió el brazo cambiándolo por su cara. El hueco, apenas daba para mirar con uno de sus ojos, pero para ella fue como si se hubiera abierto un gran ventanal al mundo. El viento cálido acarició sus pestañas. Ladeó la cabeza para capturar un trocito más de mundo. Y entonces fue cuando vio al muchacho. Su cabeza, tapada por una tela, apenas asomaba por encima del perfil del suelo. Pero allí estaba. El viento jugueteaba con los mechones de su pelo haciéndolos revolotear alrededor de su frente y de sus ojos. Lo vio llevarse la mano izquierda a la frente tanto para secarse el sudor como para apartar el pelo de su vista. El gesto le hizo gracia. Dentro de aquella jaima no tenía muchas oportunidades de observar a ningún desconocido. Estaba cansada de ver siempre a las mismas personas haciendo las mismas cosas. Su vida era rutinaria y aburrida.

Una poderosa mano, de gruesos dedos, apretó su hombro. Se sobresaltó y se quedó rígida. No podía moverse, pero tampoco le hizo falta porque el eunuco lo hizo por ella.

—¿Qué haces?

–Solo... solo buscaba un poco de aire –pudo pronunciar en un tono de voz muy bajo.

La fuerza del eunuco la arrojó sobre el suelo. El grandullón se puso en su lugar, observando el mundo desde aquel pequeño agujero. Cuando se volvió, su cara no reflejaba ningún sentimiento. Eso asustó a Nabila mucho más que si hubiera visto furia en ella. El eunuco la agarró del codo y la acompañó hasta sus aposentos. Para entonces las lágrimas se habían desbordado de sus ojos sin poder controlarlas.

Desde la visita de Abou el-Djyouch las condiciones de vida de Roland se habían hecho un poco menos duras. Disponía de agua con asiduidad y los menús que le servían habían mejorado en cuanto a cantidad y variedad. Sin embargo, su rutina seguía siendo un continuo cavar. Largas hora de meter riñones y dar paladas para extraer aquella fina tierra. Su cuerpo parecía ir acostumbrándose, pero no así su mente. Cuando estaba solo añoraba el mar con tremenda nostalgia. Pensar en su padre y en su familia le hacía sentirse como un fracasado y eso le dolía. Cuando alguien se acercaba, su cuerpo se encogía de temor. Intuía que aquel visitante que le había confesado conocer a su padre le estaba protegiendo de alguna manera. Pero no sabía hasta dónde podía influir esa amistad en el entramado de la misión guerrera que se extendía delante de él para dejarlo al margen; para permitir que sobreviviera. Sin embargo, su nueva situación le había permitido relajarse un poco. Por eso, cuando aquel eunuco se dirigió a él, ni se le pasó por la cabeza que iba con intenciones de matarlo.

–¡Sal ahora mismo!

A Roland le costó un poco comprender la orden y reaccionó con lentitud. O eso debió pensar aquel hombre cuya enorme barriga sobresalía de su silueta y se bamboleaba por debajo de sus ropajes. Estaba limpio y olía bien, pero su cara insinuaba un deje de contrariedad. Cuando lo cogió por el sobaco, Roland se sintió como un trapo viejo zarandeado por el viento y la lluvia. El eunuco lo arrastró hasta el interior de una de las tiendas. El joven trató de preguntar qué ocurría mientras la piel de sus pies se abría al contacto con la rugosidad de la arena.

–¿Qué sucede? –preguntó mientras era arrojado sobre el suelo de alfombras del interior de una de las tiendas.

Trataba de pensar pero las palabras occitanas, romances, árabes y de otros

idiomas que había aprendido se atropellaban unas a otras en su garganta. Miró hacia arriba cuando se dio cuenta de que el eunuco había empezado a decir algo. Hablaba tan deprisa que Roland fue incapaz de descifrar ni siquiera una palabra. Pero no le gustó el tono utilizado. El eunuco lo cogió del pelo y le echó el cuello hacia atrás exponiendo sin paliativos su yugular. Inmediatamente, se sintió amenazado y su cabeza recobró algo de lucidez. «Quizá, si soy rápido, pueda usar a *Magnot*», se dijo. El saber que tenía algo a lo que aferrarse le dio un poco de valor, aunque al mismo tiempo fuera consciente de las escasas posibilidades que tenía de salir bien parado de un intento de atacar a aquella mole de carne floja que seguía hablando sin parar. Escuchó sonido de pasos. Inmediatamente se sintió cohibido y observado y, sobre todo, indefenso. Y poco después... aturdido al constatar que todo su público era femenino. «¡Imposible –se dijo tratando de prestar más atención a la perorata del eunuco que continuaba sin descanso–, debo tener alucinaciones!». Ni siquiera podía haber imaginado que en aquel campamento hubiera mujeres. Pero claro, estaba en las posesiones del califa. Aquel pensamiento le hizo palidecer. No quería que lo convirtieran en un eunuco. El solo pensamiento hizo que intentara moverse. Tenía que hacer algo. No dejaría que esos malditos le tocaran ni siquiera un pelo de su cabeza. Eso era algo fácil de pensar, pero imposible de llevar a efecto. Sin embargo se revolvió.

Con un movimiento rápido, demasiado rápido según el baremo que Roland le había adjudicado a la capacidad de movilidad de aquella mole, el eunuco le arrancó la camisa y dejó su tórax al descubierto. Aquel meneo alejó a *Magnot* de su lado. Roland vio con incredulidad cómo se escapaba su única posibilidad de defenderse. Instantes después, sus muñecas estaban atadas fuertemente la una contra la otra y la joven más bella que jamás habían vislumbrado sus ojos se encontraba frente a él. Roland se dijo que si su rostro expresaba la mitad de miedo que el de ella, el eunuco debía saber para entonces que estaba aterrado.

–¡Míralo bien! –dijo el eunuco. Y eso lo entendió bien el navarro. Parecía que su mente se iba aclarando a pesar del miedo.

Un esclavo salió justo en ese momento de Dios sabe dónde y tomó a la muchacha por los brazos, agarrándola fuertemente.

– *Yu 'sifuni. Yu 'sifuni*–repitió ella.

Roland la miró algo desesperado. Le estaba diciendo que se entristecía. Pero, que se entristecía ¿por qué, exactamente?

Las gruesas manos del eunuco lo arrastraron hasta el centro de la estancia

y lo hicieron arrodillarse. Alguien lo sujetó por sus brazos. El pánico se apoderó de él y trató de moverse. Gritó pidiendo explicaciones. No tenía ni idea de qué era lo que iba a suceder, pero sabía que no iba a ser nada bueno. Ya había recibido cinco latigazos con anterioridad –las marcas cruzadas, testigos de su rebeldía, se veían con nitidez en su espalda– y no quería volver a pasar por la experiencia. ¡Y ni siquiera sabía por qué! Al menos las veces anteriores se lo había ganado al intentar huir. Pero esta vez... Tres mujeres lo miraban. Aquello iba a ser lo más humillante que le había ocurrido en su vida. Una cosa era gritar delante de tu verdugo, pero hacerlo delante de las mujeres...

Mientras intentaba respirar con calma, repasó los rostros que asistían a su vergüenza. La muchacha de largos cabellos negros, piel dorada y penetrantes ojos verdes le sostuvo la mirada. Le pareció que meneaba la cabeza ligeramente. *Yu'sifuni*, repitió. Nabila sabía que Zayd iba a castigar al muchacho porque ella lo había estado espiando. Lo miró durante unos instantes más antes de moverse. La vio retroceder dos o tres pasos, escurrirse por entre los cuerpos de todas aquellas mujeres hermosas. Su silueta desapareció entonces de su vista. Roland empezó a sudar profusamente. Él mismo pudo oler el miedo que su cuerpo emanaba cuando el eunuco de mirada cruel añadió una cadena a sus muñecas atadas y la sujetó a una gruesa circunferencia de hierro clavada al suelo. Después se colocó delante de él y le pasó una cadena de hierro a un esclavo con la orden de golpearlo.

«¡No, Dios mío! ¡Voy a morir!», pensó.

–¡No! ¡No he hecho nada! –gritó desesperado. Su voz salió casi ronca.

Roland no estaba seguro de si lo había dicho o solo lo había pensado. Su cuerpo se tensó al escuchar el tintineo de las cadenas y luego solo pudo pensar que se había partido en dos.

No sabía si había gritado, pero quería hacerlo. Quería hacerlo y fuerte, solo que no le salía la voz. O quizá lo estuviera haciendo y había perdido la capacidad de oír. No sabía si estaba sentado, tumbado o de pie. Todo era confusión en su cabeza y alrededor. Confusión y dolor. Vio una sombra negra moverse a su lado como si hubieran ralentizado el tiempo y pensó que era la muerte que venía a buscarlo. Pero pasó de largo. En él no había nada más que dolor. Unos pies rozaron su nariz. Por un instante deseó que esos mismos pies le aplastaran el cráneo y terminaran con su sufrimiento. Algo le quemaba dentro como si fuera a devorarlo. No tenía consciencia de tener pies, ni cuerpo, ni brazos. De pronto escuchó gritos y percibió movimiento a su

alrededor. La sombra negra volvió a aparecer mientras la joven de ojos verdes seguía diciendo que lo sentía. *Ana asifa, ana asifa.*

Alguien se acercó a él. Tenía el rostro oscuro y las manos grandes. Roland parpadeó varias veces tratando de enfocar y de valorar el peligro que para él representaba esa presencia, aunque lo único que podía hacer era concentrarse en respirar. La muchacha de ojos verdes estaba arrodillada junto a él y seguía diciendo que lo sentía. El *imesebelen* le preguntó algo. Porque de repente tuvo claro que aquel hombre era un *imesebelen*, aunque no entendiera qué estaba haciendo allí. Con sus ojos anegados de lágrimas era difícil apreciar qué estaba ocurriendo. Le pareció ver que el eunuco que lo había prendido estaba ahora en el suelo, muy cerca de él. Su enorme barriga subía y bajaba con dificultad y su mano, manchada de sangre, yacía inerte junto a su cadera. El *imesebelen* volvió a preguntarle algo mientras lo cogía en brazos y se lo llevaba.

—Creo que me ha partido la columna —dijo el joven. Y todo alrededor se volvió oscuro mientras dejaba que su cabeza lo llevara al refugio seguro de la inconsciencia, donde no se sentía dolor ni miedo.

Al eunuco Zayd lo sacó por la parte de atrás el propio *imesebelen* al caer la noche. En el lugar del suceso todo estaba en silencio. Las mujeres habían vuelto a sus quehaceres. Solo Nabila espiaba los movimientos del hombre de la guardia negra entre los mechones de color azabache de su cabello. Ella y el guardia se miraron por última vez. Sin aparentar esfuerzo, el *imesebelen* levantó el cuerpo de Zayd y se lo llevó. Sin miramientos, lo arrojó a la zanja que había estado abriendo Roland y lo cubrió de tierra con unas cuantas paladas. Sabía que las mujeres no dirían nada. En cuanto a él... si alguien preguntaba, que no lo creía factible, diría que un esclavo se había colado en el espacio de las mujeres. Zayd había tratado de ahuyentarlo, a resultas de lo cual había sido herido y había muerto a las pocas horas. Sabía que, con los preparativos de la guerra santa, era improbable que alguien preguntara algo. Tal vez tendría que rendir cuentas ante su califa, pero él lo único que había hecho era cumplir con su deber. Sabía que le creería. Además, estaba seguro de que nadie echaría de menos al cruel y conspirador Zayd. Y en cuanto al esclavo... no hablaría.. Como si nada hubiera ocurrido, el *imesebelen* regresó a sus tareas.

La opresión en su pecho no había disminuido. Llevaba varias horas sin poder coger aire suficiente para llenar sus pulmones. Se sentía culpable, aunque en realidad ella no hubiera hecho nada. Sus ojos seguían vertiendo lágrimas silenciosas que taponaban su nariz. No se atrevía a hacerse la pregunta, pero sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse con la realidad, igual que había tenido que encarar el rostro de aquel muchacho, obligada por la inclemencia de aquel ser. Se calmó un poco y se incorporó sobre los cojines. Las palabras que le había escuchado pronunciar al joven habían abierto no solo el canal de su compasión, sino también el de sus recuerdos. Recogió sus piernas y se las sujetó con ambos brazos. Sintió algo de alivio en sus fosas nasales, no así en su corazón. Pero, por fin, se hizo la pregunta: ¿Estaría muerto? «¡Oh, no. Por favor –suplicó a un ser superior que no sabía cómo nombrar–. No podría soportarlo». La angustia amenazó con una nueva oleada de lágrimas. El rostro del joven se había clavado en sus entrañas. Podía ver su entereza sobresalir tímidamente por encima del temor que habían expresado sus ojos. Recordaba el miedo, pero también la lucha y el momento en que su cuerpo se había arqueado bajo el peso del impacto de la cadena... Le había visto apretar la mandíbula ahogando un grito que ella misma no había podido reprimir. Ella había chillado por él. O los dos a una. Ya no lo recordaba con claridad. Nabila sollozó de nuevo. ¡Y todo porque a ese canalla de eunuco se le había ocurrido pensar que ella y ese joven estaban teniendo una relación! Si sumaba los instantes que había estado observando el rostro de aquel joven, ni siquiera llegaban a un parpadeo. También había sido casualidad que el eunuco hubiera descubierto al muchacho en su línea de visión en dos ocasiones. Lo que la mente de ese perturbado eunuco podía imaginar solo él lo sabía. «¡Por favor! Que haya sobrevivido». Nabila trató de ahogar sus sollozos para no molestar a las otras dos mujeres que dormían cerca de ella. Notó movimiento a su lado. Contuvo la respiración y apretó su cabeza sobre las rodillas tratando de esconderse. Algo le rozó el brazo y sujetó su antebrazo.

–Roland está vivo –escuchó cerca de su oído.

La presión sobre su brazo desapareció al igual que el eco de la voz. Temió que su corazón se parara y evitó respirar. Lo único que quedó flotando en el aire fue el aroma de un fresco perfume; el perfume de su compañera Zulema. Si ella lo decía...

–Me gustaría verlo –el susurro quedó suspendido en el aire–. Debo verlo.

Algo más calmada se tumbó de nuevo, pero no cerró los ojos. «Así que

Ro...land», se repitió con algo de titubeo. Dejó que la oscuridad la envolviera del todo, pero permaneció en tensión, con las manos agarrando fuerte la sábana con la que se había tapado.

Nabila sabía que en breve abandonarían la tierra de Marrákus. Casi todas las fuerzas militares que había reunido al-Nasir ya habían cruzado el Estrecho. Pronto lo harían ellos. Por eso, encontrar un médico que pudiera hacerse cargo del muchacho era difícil, aunque no imposible. Solo había que pensar en quién era la persona que podía hacerle llegar un médico e ir echando hacia atrás en la cadena de las relaciones. Sin embargo, en esta ocasión se requería discreción y confianza. Respiró con fuerza –lo hacía siempre que acababa de tomar una decisión–, y se levantó pensando en el joven Roland. Su rápida intervención –yendo a buscar al *imesebelen*– lo había salvado de un segundo golpe con la cadena y, probablemente, de morir. Pero necesitaba que alguien lo atendiera. Con gráciles movimientos se desplazó hasta la esquina de la tienda que ocupaba y dejó un velo azul semioculto entre uno de los pliegues. Así el *imesebelen* sabría que quería hablar con él. Al anochecer, cuando se encontraran, le pediría que buscara a alguien con conocimientos médicos entre los esclavos que aún quedaban sin embarcar. Era poco probable, pero era lo más discreto y lo único que podría tener sin levantar sospechas.

Alguien silbaba. El sonido llegaba lejano, pero era claro. Como cuando escuchas el agua correr a cierta distancia y sabes que la fuente está cerca, esperándote.

–¿*Aita*?

El sonido se detuvo de repente y Roland se volvió a sumergir en un mundo que limitaba entre la vida y la muerte. El único en el que se sentía bien. Poco después vio a sus padres y a sus hermanos. Se iban de viaje. O quizá fuera él el que se iba. Lo estaban despidiendo. Le decían adiós.

Lo despertó un terrible dolor y la certera sensación de que no podía moverse. Lo intentó, pero no pudo. Era como estar atrapado dentro de un sueño del que quieres despertar y aunque tratas de salir de él, tu cuerpo se niega a despabilarse. Gimoteó y tuvo la sensación de que algo o alguien se movía a su alrededor. Roland abrió los ojos o creyó hacerlo. Tuvo unos

momentos de incertidumbre. No reconocía el lugar en el que se encontraba. No sabía cómo ni cuándo había llegado allí. Y no sabía por qué no podía moverse. Una imagen convertida en recuerdo le hizo ver a una muchacha de ojos verdes a la que le habían obligado a ponerse delante de él. Lloraba y le decía que lo sentía. Pero sentía qué. Recordaba haberse hecho esa misma pregunta antes. El tintineo de una cadena resonó en su cabeza y el pánico regresó a él. Solo que esta vez no podía moverse. Y él sabía que debía huir, si no quería recibir otra vez aquel golpe que le había partido en dos. Sí, eso era. No podía moverse porque aquella cadena lo había partido en dos. Gimió otra vez. El ruido de las cadenas se cambió por el suave siseo de la seda. Unas manos grandes se apoyaron sobre su cabeza, que estaba de medio lado.

—¿*Ama*?

—Ya ha pasado todo —le susurraron.

Y él, a pesar de no reconocer esa voz grave, se lo creyó.

Alguien silbaba. Esta vez pudo reconocer la melodía y la persona que la entonaba.

—¿William? —preguntó incrédulo.

La melodía se detuvo de golpe. Roland estaba acostado bocabajo y desde allí vio cómo una mujer se acercaba hasta él con andares bastante vulgares. Se quedó confuso. Hubiera dicho que era William el que estaba silbando. El cuerpo de aquella mujer se agachó a su lado.

—¿Roland? ¿Estás bien? —le preguntó.

—¿William? ¿Qué hacéis...?

—Ni una palabra sobre esto.

—¡Pero es que os tendríais que ver!

—He dicho que ni una palabra —le dijo mientras intentaba amoldarse a su nueva indumentaria.

—¿Dónde estoy? ¿Y cómo habéis llegado vos aquí?

—Vino un *imesebelen*. Todos nos pusimos a temblar. Preguntó por alguien que supiera curar heridas. Y nuestro carcelero me señaló a mí. Lo demás... bueno, dejémoslo ahí. ¿Cómo te has hecho eso?

—Os diré cómo. Un eunuco gordo y feo me sacó de la zanja que estaba cavando y puso una larga cadena en las manos de un esclavo. Después le obligó a golpearme con ella. Si me preguntáis por qué, la respuesta es que no tengo ni idea. Os juro que no hice nada salvo cavar y cavar de sol a sol.

–¿Nada de escapadas?

–¿Escaparme? ¡Esto está lleno de *imesebelen*!

La presencia de William le había insuflado ánimos, pero un sudor frío le recorría la espalda cada vez que le pedía que intentara moverse.

–¡No puedo!

–No me digas que no puedes –le decía el sajón amenazándolo con su dedo.

Pero Roland cerraba los ojos y se dejaba llevar a un lugar donde no se sentía amenazado: sus sueños.

William miró su cuerpo rígido, inmóvil. Se estaba quedando delgado. En un principio había temido que el golpe hubiera inutilizado algún órgano vital. Los primeros días había orinado sangre, pero esta ya había desaparecido. Sin embargo, tenía algunas costillas fracturadas... y un miedo terrible a moverse. Parecía estar convencido de que su columna se había partido y que ya nunca más podría ponerse en posición erguida. Eso preocupaba a William. ¿Qué pasaría cuando tuvieran que partir hacia Sevilla? Tenía que haber algo que hiciera reaccionar a Roland. Pero, ¿qué? Refrescó la frente del muchacho con un poco de agua y le cambió de postura. Gimoteó, cómo hacía siempre que lo movía, pero siguió dormido. Lo colocó de costado. Sabía que no aguantaría mucho, pero debía hacerlo. «¡Vamos, muchacho!», lo animó con su pensamiento. William se movió con dificultad. Aquellas ropas de mujer le permitían permanecer allí sin levantar demasiadas sospechas entre las mujeres, pero lo incomodaban en exceso y acentuaban su sentido del ridículo.

Su cuerpo de caballero se tensó al escuchar pasos cercanos. En los dos días que llevaba con Roland nadie había puesto los pies en ese pequeño espacio reservado solo para ellos. La comida y las medicinas –las que alguien creía que necesitaba, no las que él quisiera–, las dejaban a la entrada, al lado de la gruesa tela que servía de pared y puerta. Los pasos amortiguados llegaron con mayor claridad hasta sus oídos. Su instinto de supervivencia le hizo lanzarse a un lado justo cuando alguien se detuvo delante de la entrada. Podía ver su silueta mientras se preguntaba si, quienquiera que estuviera al otro lado, optaría por entrar. Vio cómo unos finos dedos se asomaban y se ajustó un velo por delante de su cara como buenamente pudo. Su corazón dio un vuelco. Y tragó saliva con dificultad. Aquel olor... Hacía tanto que un aroma así no subía por sus fosas nasales... De pronto se vio transportado a otra época, a otro lugar, a otra mujer. El recuerdo dolía pero no podía dejarse

arrastrar por él. La joven que acababa de entrar le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, para después dirigirse directamente hacia donde descansaba Roland. William tenía prohibido moverse de allí. Así que se quedó sentado, en el mismo rincón donde le había sorprendido la visita de la muchacha, en una postura muy poco femenina.

Zulema se arrodilló junto al joven navarro. William pudo observar su perfil. Su pequeña y fina nariz, sus cejas claras, sus pómulos redondeados, aquellos pechos que se insinuaban frescos y altivos debajo de las sedas... Cerró los ojos. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba con una mujer? La voz de Zulema comenzó a hablar en susurros y él se percató de que era suave, como si la propia primavera le estuviera acariciando. Aquellos ojos rasgados, su pelo claro y ondulado... todo dolía en su pecho.

«Pequeño Roland –el sajón fue traduciendo en su mente mientras escuchaba–, Nabila me envía. Dice que siente haber sido la causa de tu desgracia. El torbellino que siente dentro por lo que ese eunuco te hizo arderá dentro de ella sin dejarle descansar. Pide tu perdón...».

Roland abrió los ojos. Su primera reacción fue de desorientación, luego un atisbo de duda cruzó su rostro invadido de miedo al segundo siguiente.

–¡No, no! –su voz salió ronca.

–Todo ha pasado ya –le dijo ella pasando suavemente su mano por su rostro y por su pelo, como haría una madre con su hijo enfermo–. Tienes que ser valiente y curarte pronto. ¿Me entiendes, Roland?

El joven se le quedó mirando.

–¿Quién eres?

–Me llamo Zulema.

–Zulema. ¿A ti... también te han golpeado?

–¡No! Yo estoy bien.

–¿Por qué a mí...?

–El eunuco creyó que tú y Nabila os estabais viendo en secreto.

–No sabía que hubiera mujeres en el campamento.

Zulema sonrió por primera vez. William admiró sus labios y sus dientes y, sin darse cuenta, suspiró.

–Debo irme, pero regresaré.

–Dile a Nabila que no se sienta culpable.

Zulema se puso en pie y William hizo lo mismo. Los dos se quedaron frente a frente, mirándose a los ojos. Ella observó algo raro en esa dama alta y desgarrada. Se le acercó con dos pasos gráciles y le preguntó si Roland

estaba bien. William se limitó a asentir, temeroso de que su voz lo delatara. Ella bajó la cabeza y se dispuso a marcharse. El sajón se ofreció a abrir la puerta para ella y su velo se soltó de su oreja dejando al descubierto su cara.

–¡Ah! –fue lo único que acertó a decir ella.

–*Sssshhh* –le dijo él perdido ya en sus ojos rasgados y brillantes.

Sin ningún miramiento, William incorporó a Roland y lo sentó.

–No sois muy delicado, ¿sabéis? –le dijo dolido.

–Tienes que moverte. Y cuanto antes mejor. Si no, alguien puede decidir que eres prescindible. Hoy vas a empezar a comer.

El pánico se asomó a sus ojos.

–Roland –William trató de ser comprensivo y convincente–. Deberías probar a mover tus brazos y piernas. Si no lo haces... –el sajón se calló. No quería pensar en lo peor. Todavía había tiempo, pero no mucho. Las costillas de Roland tardarían en curarse, pero debía empezar a moverse todo lo que el dolor le permitiera.

–Viene alguien –anunció William ocultado su rostro y sentándose al lado del joven, preparándose para obligarlo a ingerir algo.

Zulema se asomó despacio por la puerta. Sonrió al ver a Roland sentado y este le devolvió la sonrisa aunque para cuando quiso concluir su gesto se transformó en una mueca de dolor. Sintiendo más cómoda dejó en una esquina varias de las cosas que había llevado consigo y se sentó al lado de William, quitándole el plato, dispuesta a alimentar ella misma a Roland. Pero, para sorpresa del sajón, ella puso el plato delante del joven diciéndole una única palabra: ¡Come!

William se levantó de un salto. El perfume de Zulema era demasiado intenso como para obviarlo. Su corazón empezó a latir igual de fuerte que cuando se preparaba para una batalla. Con bastante esfuerzo se fue a uno de los rincones y se sentó. Sin pensárselo mucho comenzó a comer. Necesitaba tener la atención de su mente puesta en algo o terminaría por volverse loco. La comida era buena. Un poco escasa para su entender, pero tampoco era cuestión de atiborrarse; no cuando no tenía ninguna opción de moverse más allá de dar unos cuantos pasos dentro de la tienda. Casi había terminado de comer. Levantó la vista hacia Roland. Increíblemente, estaba comiendo con su mano diestra. ¡Él solo! William sonrió para sí. El milagro que pedía parecía haber llegado con Zulema, pero había llegado con algo más que él no había

reclamado. Su corazón había comenzado a palpar y temía no poder detenerlo.

–Will –la voz de Roland le sonó lejana–, acostadme, ¿queréis?

El sajón se levantó dejando su plato en uno de los lados y recostó al joven con cuidado. Estaba pálido y el dolor se reflejaba en su rostro, pero una nueva luz parecía iluminar su cara. Agotado, se quedó dormido.

William volvió a su rincón mientras Zulema recogía las sobras de la comida. Escondido tras aquel velo espiaba sus movimientos con el rabillo del ojo. El sajón se percató del silencio que había en el lugar. Salvo el lento respirar, a veces dificultoso del joven navarro, nada se escuchaba. Zulema lo miró entonces directamente y él sintió que se ruborizaba debajo de aquella tela que ocultaba su identidad. La joven se puso de rodillas y comenzó a rebuscar entre las cosas que había llevado consigo. Cuando pareció hallar lo que buscaba, se acercó hacia William. Este se puso alerta al ver que entre lo que había escogido, se encontraba un cuchillo. Cada músculo de su cuerpo se puso en tensión. Zulema dejó todo a un lado y se sentó sobre sus talones. Despacio, alargó su mano hasta el velo.

–No –dijo él pensando con sensatez mientras la tela caía al suelo.

–*Sssshhh* –respondió ella colocando su cálida mano sobre su mejilla.

Lo acarició despacio, observándolo con detalle, como si estuviera reconociendo un rostro largamente olvidado. Si no hubiera sonreído, William habría pensado que su intención era matarlo.

–¿Cómo te llamas?

–Soy William

–Ven, William –le dijo en un susurro–. Apoya tu cabeza en mis piernas. Quiero afeitarte. A nadie engañarás con esas barbas.

–No es necesario. Yo... lo haré yo –se disculpó él.

–Me gustaría hacerlo. Me recuerdas a alguien. A alguien que conocí antes de venir aquí. Debo recordar... –la última frase la dijo tan baja que apenas fue un susurro.

Se estaban mirando, tan cerca que ambos podían sentir el aliento del otro.

«¡Por san Jorge! –pensó William–. Si sigue mirándome así, desearé de veras que me mate». A esas alturas estaba más que dispuesto a dejar su cuello en manos de Zulema. El sajón se recostó en el suelo y dejó que ella le colocara bien la cabeza sobre sus piernas. El aroma que provenía de ella le hizo sentirse sucio, pero la joven no dijo nada al respecto. Zulema colocó una mano sobre su cuello y con la otra fue apartando los mechones de pelo de su frente y de su cara. Mientras lo afeitaba, la joven comenzó a tararear una

canción. Y a esta siguió otra y luego otra. William pensó que si alguien le diera a elegir cómo morir, sabía ciertamente la respuesta. Zulema comenzó una nueva canción mientras frotaba a William suavemente con una toalla.

–Esa canción... –dijo él algo sorprendido–. ¿A quién se la has oído?

–No lo sé –confesó ella.

El sajón se unió a Zulema con voz suave y a ella le dio un vuelco al corazón.

–¿Vos ...también la conocéis?

Echó la vista atrás. Era una canción que cantaban en la Cruzada¹⁷. Las imágenes se precipitaron en su cabeza. Las banderas blancas con la cruz roja que Ricardo les había hecho llevar a sus soldados para distinguirlos en las batallas ondearon de nuevo delante de sus ojos. Por un momento regresó de nuevo a Acre y a Jaffa. Ella seguía tarareando mientras los recuerdos de William parecían recorrer las hogueras nocturnas. El olor a sangre, a sudor, a miedo y a valentía se mezclaron con el perfume de Zulema. Veía claramente los poderosos ojos de Ricardo arengando a sus hombres. Podía distinguir perfectamente su brillo azul mientras la voz del juglar Ambrosio mentaba al rey, apodándolo Corazón de León. Y percibía incluso su sonrisa de satisfacción. Algo mojó su mejilla y su mirada retornó al presente.

–He recordado, William. Mi padre me cantaba esa canción.

–¿Vuestro padre estuvo en la Cruzada?

Ella se encogió de hombros. Debía ser muy pequeña cuando eso sucedió, apenas un bebé, pensó el sajón. Quizá él hubiera estado con su padre, sin saberlo.

–¿Cómo llegaste aquí?

–No lo sé.

Asustada, recogió todo y se fue, dejando tras de sí un agradable aroma a mujer y un agrio recuerdo de guerra.

Al día siguiente Zulema no apareció. Ni tampoco al otro. Su ausencia provocó en William un estado de zozobra como nunca antes había sentido. Deseaba con todas sus fuerzas volver a ver esos ojos rasgados, absorber su perfume y su aliento. Al menos Roland parecía más animado y aquel día había intentado moverse. El efecto no había sido del todo el deseado y, por supuesto, había sido doloroso, pero parecía haber dejado atrás la fase en la que aventuraba que ya jamás iba a poder andar.

–¿En qué lugar de Navarra naciste? –le preguntó William mientras ambos daban cuenta de un buen almuerzo. Los recuerdos de la cruzada le habían traído a la memoria el hecho de que la que había sido su reina hasta la muerte de Ricardo procedía de aquel reino.

–Nací en Pamplona.

–Vi a la reina Berenguela en Acre –dijo, mientras trataba de hacerle un enroque a su corazón para que no sufriera por la ausencia de Zulema.

–Mi padre siempre hablaba de ella con cariño. ¿Sabéis que la acompañó hasta Chipre y estuvo en su boda?

–Estuve en la Cruzada –dijo como si no hubiera escuchado a Roland–. Me armaron caballero en cuanto pisé suelo santo. Tenía dieciséis años y muchas ganas de luchar, pero no tenía ni idea de cómo era la vida que me esperaba. Lo que allí sucedió...

Sus palabras se quedaron en el aire. Unos pasos lejanos anunciaron que alguien se acercaba. El cuerpo de William respondió en el acto. «¿Zulema!», pensó con alegría. Pero se equivocó y a punto estuvo de que la visita le pillara sin cubrirse el rostro.

Una figura de brillantes cabellos negros ocupó el espacio de la puerta. Roland recordó esa piel dorada y su mirada clavada en él diciéndole que lo sentía. Sonrió al verla aunque no sabía si su presencia allí significaba algo bueno o malo para su futuro.

–Soy Nabila –se presentó a Roland–. ¿Cómo te encuentras?

La frescura de sus ojos verdes se clavó en su corazón.

–Bien –dijo como si estuviera viendo una visión.

La joven se sentó en el suelo, cerca de la cama del joven, y Roland le habló confidencialmente.

–¿Cómo convenciste al *imesebelen* para que acudiera en mi ayuda?

–Mi anterior amo le pidió que cuidara de ti. Le dijo que eras muy valioso para el califa, ya que te quería en su barco cuando embarcara hacia Sevilla. Cuando vi las intenciones de Zayd... salí a buscarlo.

Roland se quedó pensativo. El anterior amo de Nabila debía de ser el joven que le habló en la zanja.

–¿Tu anterior amo?

–Ahora pertenezco al califa.

Roland rumió esa nueva información, pero no dijo nada.

–Vengo a suplicar tu perdón.

–Tú no has hecho nada malo. Si acaso, soy yo el que debe agradecerte que

me salvaras.

Bajó su mirada Nabila un instante y Roland sintió un pinchazo en su corazón.

–¿Qué pasó con el eunuco y con el esclavo?

–Ya no te molestarán más –el joven navarro frunció el ceño. No sabía si la noticia lo alegraba o no–. ¿Puedes andar? –le preguntó Nabila sacándolo de sus pensamientos.

–Lo hará –le aseguró William.

–El califa pretende embarcar en Qars Kutuma el próximo 16 de mayo con la intención de llegar a Sevilla el 19 de *Dulhija*¹⁸. Navegarás en el barco del califa, pero debes estar totalmente recuperado.

–Lo estaré –le aseguró–. ¿Y Will?

–Se podrá arreglar. A fin de cuentas, él también deberá cruzar el estrecho con todos. El *imesebelen* vendrá a por vosotros a su debido momento. Esto es tuyo –le dijo a Roland entregándole su ropa limpia y doblada. El joven la cogió intentando palpar con disimulo el lugar reservado para *Magnot*–. Todo está en su sitio–, le aseguró ella. Y al hacerlo sonrió y le guiñó un ojo haciendo que Roland se quedara sin aliento

Nabila se fue y Roland no podía dejar de sonreír.

–Creo que me he enamorado –le confesó a William.

Este no pudo por menos que reírse.

–¿De una de las concubinas del califa? ¡Qué sabrá alguien tan joven como tú lo que es estar enamorado! –le dijo el sajón.

Anocheecía el 13 de mayo con cielo despejado. William y Roland escuchaban en el silencioso campamento la inquietud de sus almas. Eran dos hombres en terreno prohibido; cualquier incidente podía suponerles una muerte lenta y dolorosa. Esperaban la llegada del *imesebelen*. Su vida placentera llegaba a su fin. Los pasos de su visitante apenas se percibieron, a pesar del silencio. Esperaban una silueta gruesa, negra y alta, pero en cambio apareció una menuda y grácil.

–¿Zu.. Zulema?

Las sílabas bailaron entre el paladar y la lengua de William, que ya casi había dado por sentado que nunca más vería a la joven. Zulema entró despacio.

–Antes de que amanezca, el *imesebelen* vendrá a por vosotros y os llevará

hasta el barco. Tendréis que caminar –dijo esto mirando a Roland–, bastante.

El joven asintió brevemente y su respiración se hizo más rápida. El dolor no se había ido. Aunque mitigado cuando no se movía, se activaba con agudos pellizcos cuando hacía algún movimiento inconveniente.

–Os he traído algo de comida. La necesitaréis.

La muchacha bajó la cabeza e hizo ademán de marcharse. Le daba miedo escuchar la voz de William, cuyo timbre susurrado parecía querer despertar cada partícula dormida de su cuerpo.

–Debo irme –dijo casi para sí misma.

Sostenido por la urgencia, por el paso inexorable del tiempo que nunca vuelve, por los momentos perdidos de su pasado que retorcían su alma, William se acercó a ella. Zulema fue para él en esos momentos como abrigo en noche gélida, como agua en día bochornoso.

–Esperad –le pidió él.

–Debo marcharme –dijo la voz de ella, mientras su cuerpo rehuía dar el primer paso.

–No quiero que nos separemos.

–Soy un pájaro encarcelado.

–Volveré a por vos –le aseguró tan cerca de sus labios que solo tuvo que arrimarse un poco más para sentir su tacto. Ella no se apartó tras el primer roce, así que él cerró los ojos y se abandonó a ese beso que le supo a miel–. Volveré a por vos –le repitió.

Ella sonrió a través de las lágrimas que sus ojos no habían podido evitar verter. Despacio, se separaron.

–¿Vosotras...? –le preguntó Roland.

Ella asintió con la cabeza.

–Marcharemos con el califa. Pero no sé cuándo.

La ausencia de Zulema dejó un ligero velo de inquietud e incertidumbre en el pequeño reducto donde William y Roland habían pasado los últimos días. Cuando el *imesebelen* apareció, ninguno de los dos había dormido demasiado y ambos estaban a la par inquietos y preocupados. Siguieron la sombra negra que les fue a buscar. Roland inspiró con dificultad. Se quedó quieto un instante y giró la cabeza hacia atrás lo justo para ver una silueta apenas insinuada sobre el perfil de la tienda que los había albergado. Extendió su mano, reconociendo a alguien con quien sabía improbable volver a coincidir. Roland

volvió sobre sus pasos. Las yemas de sus dedos se encontraron. El pelo ondulado, largo y negro de Nabila se balanceó ligeramente, mecido por una suave brisa. Sin miramientos, el *imesebelen* lo cogió del hombro y le hizo torcer su cuerpo. Los ojos verdes de Nabila miraron por última vez los de Roland. Nunca los olvidaría aunque ahora la imagen estuviera distorsionada por el gran hombre que lo zarandeaba. Roland, *imesebelen*, Nabila; un trío de circunstancias cuya lealtad era tan casual como que un pajarillo decidiera realizar el mismo vuelo dos veces seguidas, tan quebradiza como la rama tierna de un joven árbol.

Caminaron en silencio. El dolor en su espalda se replicaba en otras partes de su cuerpo. Cada paso imprimía miedo a su futuro y desconsuelo a su pasado. No estaba muy seguro de tener presente. Conforme se acercaron a la costa, su espíritu se animó algo. El olor de la sal, la brisa del viento, el sonido de las olas... era como llegar a casa, pero a una casa que sabes destruida.

¹⁶ Por favor... agua.

¹⁷ Se refiere a la Tercera Cruzada (1189-1192).

¹⁸ El 19 de Dulhija de 607 se correspondería más o menos con el 1 de junio de 1211. Se utilizan estas fechas para situar la acción.

LAS MALAS NOTICIAS... NUNCA VIENEN SOLAS

Il ordonna à chacun de ces grands corps de marcher par des routes ou des côtes différents, et il arriva à Séville le 17 dou' l hidjâ de ladite année 607. A la nouvelle de son débarquement en Andalousie, tous les pays chrétiens furent frappés de stupeur, et la crainte s'empara des coeurs de leurs rois, qui s'empressèrent d'abandonner le voisinage des villes et des villages musulmans pour aller se fortifier chez eux. La plupart de ces émirs lui écrivirent pour lui adresser des compliments et réclamer son indulgence. Un d'eux, le roi de Bayouna, vint même en personene lui demander la paix et le pardon.

***Roudh el-Kartas. Histoire des souverains du Maghreb et annales de la ville de Fès.
Traduid de l'arabe par A. Beaumier***

Él [al-Naser] ordenó a cada uno de sus grandes cuerpos marchar por los diferentes caminos y colinas y llegó a Sevilla el 17 del mes de du al-Hiyya del susodicho año 607 (29 de mayo de 1211). Tras la noticia de su desembarco en Al-Andalus, todos los reinos cristianos se llenaron de asombro y de estupor y el temor se apoderó de los corazones de sus reyes, quienes se apresuraron a abandonar las villas fronterizas de los territorios musulmanes e ir a protegerse en sus casas fortificadas. La mayor parte de estos reyes escribieron a al-Naser para enviarle sus cumplidos y reclamar su indulgencia. Uno de ellos, el rey de Bayona¹⁹, vino él mismo en persona para pedir la paz y el perdón.

***Roudh el-Kartas. Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.
Traducción del árabe: A. Beaumier***

AQUELLA MAÑANA DESPEJADA de finales del mes de abril no barruntaba sino un día de calor adelantado que don Sancho pensaba dedicar a descansar y recuperarse. Había estado viajando por el reino y era llegado el momento de cerrar el periplo. No veía la hora de poder despertarse dos días seguidos en la misma cama. Sus largos huesos crujieron al levantarse de la silla y su barriga, que empezaba a sobresalir del cinturón de manera pronunciada, se quejó de hambre. Un sirviente le acercó algo de comer y él pidió que se lo sirvieran en la sala de abajo y que avisaran a su hijo. Los pasos del rey retumbaron por el castillo. Detrás de él, casi dando saltitos y con mucho cuidado de que la comida que llevaba en la bandeja no resbalara, se trasladaba el joven sirviente.

La sala daba al este, pero el sol todavía andaba muy bajo, por lo que los cortinajes estaban descorridos para propiciar la entrada de la luz. Don Sancho se sentó en su silla, a la cabecera de la mesa y esperó a que el sirviente concluyera la tarea de ordenar platos y comida. Era un hombre alto y fuerte y necesitaba alimentarse. Despachó al muchacho con un gesto de su mano y se dispuso a comer el primer bocado. Alguien golpeó en la puerta antes de que su boca se abriera. La mandíbula del rey se cerró sin que el bocado hubiera entrado dentro.

–¡Ah! Sois vos.

Don Gómez entró en la sala.

–Espero que hayáis descansado oportunamente, vuestra majestad –le dijo—. Me han avisado de vuestro regreso y quería ofrecerme por si necesitabais algo.

–Todo está bien –le aseguró el rey, temiendo que don Gómez dilatara su presencia contando innumerables novedades –a buen seguro poco novedosas– sobre lo que había ocurrido en su ausencia.

–Entonces... os dejo desayunar.

–¿Hay algo que deba saber? –le interrogó don Sancho al ver la indecisión del caballero.

–Varios visitantes castellanos han llegado a la ciudad en los últimos días. Algunos han mostrado interés por hablar con vos.

–¿Para eso tanto misterio?

–Hay algo más... Ayer llegó un hombre del sur. Fue poco antes de vuestro regreso. Pidió audiencia. Al decirle que estabais fuera solicitó poder esperaros y me dio esto para que os lo diera.

Al decirlo, don Gómez puso una moneda en su mano. El rey la examinó con cuidado. Era un sanchete, de eso no había duda, pero estaba bastante mal conservado. Lo tocó con sus manos toscas y una sonrisa difuminada por el paso del tiempo se presentó efímera en su rostro. ¿Sería la misma moneda?

–Quien os dio la moneda... ¿tiene nombre?

–No quiso decirlo. Manifestó que vos la reconoceríais.

«Puede», pensó el rey.

En ese momento, una sirvienta entró con el pequeño Fernando.

–Vuestra majestad –le saludó.

Don Sancho tomó en brazos a su hijo y le revolvió el cabello con su mano grande, interrumpiendo la conversación con su alférez. El rey miró a su vástago. Tenía las facciones suaves y los ojos de su madre. Al menos su rostro

no le recordaba al suyo propio, así que debía de ser de su madre de quien había heredado la sonrisa fácil y los labios finos. Besó su frente y se lo devolvió a la sirvienta.

–Don Gómez –llamó al caballero iniciando de nuevo la conversación con él– decid a ese huésped que lo veré a la hora tercia.

El alférez salió y cerró la puerta. El rey se quedó pensativo. Había regresado con intención de descansar un poco, pero estaba claro que no iba a poder hacerlo. Tendría que hablar con más calma con su alférez acerca de las últimas novedades y tenía que sentarse a hablar despacio con su merino mayor²⁰, don Iñigo de Gomacin, una vez hubiera puesto al día los últimos cobros realizados. En su mente estaba también invitar a cenar a la familia Baldovin, que tanto le había ayudado con sus finanzas. Y además, tenía que despachar con el misterioso visitante que se había presentado de improviso en el feudo de los Jimeno²¹. Pensando en este último terminó su desayuno y regresó a su habitación para vestirse adecuadamente.

La estancia estaba aireada y el fresco de la mañana había quedado remanente en la alcoba. En su pequeño escritorio, varios papeles algo revueltos llamaron su atención. Los había dejado allí antes de su partida y seguramente el aire los habría empujado. Se acercó a recolocarlos. Al cogerlos, algo se escurrió entre ellos y se cayó al suelo. El rey siguió al objeto con la mirada. El anillo golpeó el suelo con un sonido metálico y describió varios círculos antes de detenerse. Se agachó a cogerlo despacio mientras venían a su memoria algunas imágenes. Tras su partida, no había tenido mucho tiempo de pensar en el anillo. Sabía que Miguel estaría contrariado, pero quizá fuera tiempo de que aquel anillo cambiara de mano. Don Sancho examinó su gema con detenimiento. El rubí brilló con un destello granate oscuro. Se lo colocó en el dedo meñique, el único en el que le estaba bien, y lo observó a la luz de la ventana. El infanzón lo había conservado bien.

El ruido de la puerta lo hizo girarse. Su mayordomo entró en la sala y le dio los buenos días.

–¿Tenéis audiencia esta mañana, vuestra majestad?

–Sí, sí –le respondió el rey algo distraído.

–Entonces... el traje verde será adecuado –dijo el mayordomo acercándose con cuidado.

Una vez vestido, don Sancho bajó a la sala de audiencias y esperó unos minutos hasta que uno de los guardias anunció la llegada del primer visitante. Vestía ropas elegantes; la cenefa de su gonela de terciopelo destacaba en un

tono plateado y sus zapatos llevaban prendidas perlas en filas paralelas e idénticas. Sin embargo, parecía caminar algo desgarbado. Al llegar junto al rey, se quitó el sombrero y se inclinó haciendo una reverencia.

–Vuestra majestad, os doy las gracias por recibirme –aunque hablaba con cierto acento, don Sancho no supo distinguirlo con claridad. Le habían dicho que venía del sur.

–Levantaos –le pidió el rey con solemnidad.

Al hacerlo, el soberano navarro descubrió un rostro joven, en mitad de sus veinte le calculó, cubierto de una barba unos tonos más clara que su cabello. Tenía los ojos oscuros y una mirada directa, aunque algo cautelosa.

–¿Es esto vuestro? –lo interrogó buscando sus rasgos almohades como confirmación de lo que la moneda que le había dado como carta de presentación significaba.

–Así es. Su dueño me dijo una vez que debía mejorar mucho mi puntería si quería llegar a atravesarla con una flecha.

–Creo que os equivocáis en algo –el recién llegado lo miró algo sorprendido–. Creo que quien os la dio os dijo que vuestra puntería debía mejorar mucho si querías llegar siquiera a la altura de la suela del zapato de un Almoravid –le dijo divertido.

–Veo que os acordáis a pesar de los años y de que no fuisteis vos quien lo dijo.

–Habéis crecido.

–Vos, sin embargo, os conserváis igual –don Sancho aceptó el cumplido, aunque sabía que su cuerpo ya no era tan atlético.

–Decidme, ¿habéis venido a vernos a nos, o a cierto infanzón?

–Vos sois la razón de mi presencia aquí. Aunque no puedo negar que aprovecharé la cercanía para visitar a don Miguel, si es que acaso está en casa.

–Lo está, Abou el-Djyouch, lo está. Acercaos –le pidió–. Me gustaría que habláramos en privado.

El rey despachó a todos los que se encontraban entonces en la sala de audiencias. Las palabras de su alférez acerca de la presencia de castellanos en Tudela, le hicieron recelar. No sabía qué tenía que decirle el almohade, pero tenía claro que no quería que se enterara nadie y, mucho menos, alguien que le fuera con el cuento a don Alfonso de Castilla o al obispo don Rodrigo Ximénez de Rada.

Abou se sentó a la derecha del monarca, en una mesa dispuesta en uno de

los laterales de la sala de audiencias. El rey le preguntó alguna trivialidad acerca de su viaje mientras les servían unas copas de vino.

–Así que vuestro califa no va a dar marcha atrás.

–Solo iguala la apuesta del rey castellano en su llamamiento a... ¿cómo la llamáis vosotros?

–Tomar la cruz.

–Sí, eso, tomar la cruz –pronunció Abou con una zeta sibilante.

–He oído que va a preparar un ejército realmente grande.

Abou sonrió y bebió un sorbo de la copa alabando su paladar.

–Realmente grande –repitió.

–¿Y qué piensa hacer con él?

–Su intención es pasar con él hasta Al-Andalus y preparar su campamento en Sevilla.

–Siempre pensé que la timidez de al-Nasir le podía llevar a hacer algo temerario, pero no me lo imaginaba de sus tíos.

–Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir, *amir al-mu'munin*, es un hombre razonable y temeroso de Dios.

–Pero no es como su padre.

Abou se levantó contrariado y dio un manotazo sobre la mesa.

–Os aseguro que Abu Yaqub Yusuf al-Mansur, que Allah tenga en su gloria, no contó nunca con el ejército que ha reunido mi califa.

–Sentaos, joven Abou el-Dijyouch –le pidió don Sancho esbozando una media sonrisa en su rostro–. Y bebed conmigo a la salud de vuestro califa.

Algo más tranquilo, Abou volvió a tomar asiento.

–Mi califa os tiene en alta estima.

«Lo que viene a decir que espera que sea neutral», pensó el rey.

–Yo también le tengo aprecio. Supongo que estaría bien que le escribiera una carta.

–¿En qué términos?, me atrevería a preguntar.

–En los términos que corresponden a nuestro mutuo interés.

Aquellas palabras le sonaron a hueco a Abou, pero no dijo nada. Era el más joven de los caídas de al-Nasir. Prácticamente recién nombrado. Si el califa lo había mandado hasta allí no era con la misión de tratar de convencer al rey navarro –por mucho que él hubiera intimado un poco más que los demás almohades con la delegación cristiana que luchó junto a ellos una década atrás–. Si lo hubiera querido así, habría enviado a otra persona. Sin embargo, allí estaba él y tenía que aprovechar su oportunidad.

–Quizá deberíais saber que el califa está fuertemente respaldado por sus súbditos.

Don Sancho lo miró directamente a los ojos. Algo se movía dentro de su cerebro. Abou pudo ver que lo estaba examinando para ver la veracidad de sus palabras. «En ese caso –pensó el rey–, quizá sea mejor verlo con mis propios ojos. Y de paso, que sea el califa quien me cuente sus intenciones. Era arriesgado ausentarse del reino, pero si don Alfonso estaba ocupado con los almohades... tal vez no representara un peligro para Navarra, esta vez. Y dejaría a don Iñigo Almoravid en la retaguardia».

–Os diré qué haremos –le dijo a Abou una vez tomada la decisión.

Desde la puerta, Laraine se preguntó si sería el mejor momento para hacerlo. Inspirando todo el aire que pudo, apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea. Miguel estaba sentado enfrente de la chimenea, de manera que ella podía ver un poco más que su perfil. La siciliana observó la preocupación marcada en las dos arruguitas de su entrecejo. Había encendido el fuego y las llamas se reflejaban en su pómulos. Estaba sentado como si estuviera hundido sobre el sillón, lo que le dio una prueba irrefutable de su estado de ánimo. Su mano izquierda se abrió y se cerró varias veces hasta quedarse abierta sobre el reposa brazos. Laraine sabía que estaba mirando su dedo índice desnudo y la marca que un aro de oro había dejado en la base de su segundo dedo.

–Sé que estáis ahí.

Laraine se movió hacia él sintiendo crecer el calor a medida que se aproximaba a Miguel. Y sabía que este no se debía tan solo a la presencia del fuego.

–Me habéis estado evitando.

Miguel giró un cuarto su cabeza y le sonrió sin abrir sus labios.

–He tenido asuntos que resolver.

–¿Durante las últimas tres semanas?

–Realmente he tenido mucho trabajo.

Laraine se sentó cerca de él, en el suelo, y vacilante, acarició su mano. En su bello rostro había una mueca que decía que no le creía. Miguel apartó ligeramente su mano y se recolocó en su sillón. Ella se sintió rechazada y se levantó para irse.

–Quizá queráis seguir resolviendo esos asuntos vuestros tan importantes.

Fue a apartarse, pero Miguel la retuvo por el codo.

–No os vayáis, por favor. Esos asuntos... pueden esperar un poco.

Laraine, esta vez, cogió una silla y la acercó junto al fuego.

–¿Habéis hablado con Diego?

Miguel asintió contemplando los ojos de su esposa que lo miraba interrogativa.

–No lo sé, Laraine. No lo sé. ¿Estáis segura de que no tiene ninguna enfermedad en el estómago?

La siciliana estaba preocupada. Su hijo mayor había empezado a vomitar de nuevo. Él insistía en que estaba bien y que no era él el que vomitaba sino su hermano. Laraine no había sabido cómo decírselo a Miguel. Por fin había convencido a Diego para que hablara con su padre. No hacía falta ser demasiado inteligente para saber que la conversación no había sido especialmente agradable para ninguno de los dos. Tras el regreso de Tudela había demasiada tirantez en su relación. Miguel sabía que no era culpa de Diego que el rey le hubiera arrebatado *el anillo del leal*, pero no podía dejar de pensar que si no le hubiera metido en todo ese lío por culpa de Dulce, él seguiría conservándolo.

–Todo lo segura que puedo estar –dijo Laraine.

–Diego me ha dicho que escribisteis unas cartas. ¿Ha llegado alguna contestación? –le preguntó más por deferencia hacia ella que por creer verdaderamente en la tesis de su hijo. Más bien se inclinaba a pensar que las molestias estomacales de su hijo o bien se debían a alguna enfermedad, o estaban causadas por un intenso sentimiento de culpa. Algo, esto último, que también exhibía su mirada cada vez que se cruzaban.

–Ninguna noticia.

–Bien. Entonces... solo cabe esperar.

No era un consuelo para Laraine. La espera solo acaba desesperando, pero tampoco había mucho más que pudieran hacer.

–Debo ir a ver qué está haciendo García con el granero –Miguel se levantó y extendió su mano hacia su esposa. Ella la tomó y se puso en pie igualmente. Se miraron antes de que él volviera a hablar—. Luego os veo.

Laraine vio cómo la silueta de su esposo atravesaba la puerta y desaparecía.

La tarde estaba despejada y soplaban un ligero cierzo. García estaba mirando la estructura del granero, dañada tras el último terremoto.

–¿No es curioso?

–¿Qué? –le preguntó Miguel.

–La parte que se ha hundido es la misma que arreglamos cuando aquel incendio que provocaron los Martínez de Subiza.

Miguel se puso la mano a modo de visera y observó lo que su hermano le indicaba.

–Debimos reconstruirlo bastante mal. ¿A dónde vais?

–Llevo toda la mañana y parte de la tarde trabajando en esto. Creo que me he ganado un descanso. Vos me relevaréis.

Y dejando a Miguel, se marchó hacia el interior de la vivienda. Subió a su habitación con paso decidido. Quitándose la camisa, la arrojó directamente sobre la cama. La puerta se abrió de repente.

–Lo siento, señor –dijo Toda bajando la cabeza. En su mano llevaba un cesto de ropa.

–No importa, pasa.

–Traía algo de ropa limpia, pero puedo volver después.

–¿Y Domingo?

–Está indispuerto, señor.

–Entonces pasa. Deja la ropa y acércame una camisa limpia.

–¿Vais a salir, señor? –le preguntó ella para elegirle la ropa.

García asintió sonriendo.

–¿Iréis a la taberna?

–Creo que adonde vaya no es de vuestra incumbencia.

–No lo es, señor –dijo Toda algo cohibida, con la mirada pegada al suelo.

García la miró y la rodeó con sus pasos lentos haciendo que ella se ruborizara.

–¿Deseáis algo más, señor?

–Sí. Tráeme agua para asearme un poco.

–Enseguida, señor.

García vio cómo el trasero de Toda desaparecía por la puerta y sonrió. Estaba claro que aún ejercía cierto efecto sobre las mujeres. Todavía se sentía vivo y fuerte. Y las batallas en las que había participado no le habían tratado demasiado mal. Tenía una cicatriz en la espalda, sobre la paletilla izquierda, producida por una cimitarra en tierras almohades y otra en el hombro, consecuencia de un alarde de juventud del que prefería no acordarse. Por lo demás, conservaba todos sus dientes y su rostro aparentaba menos edad de la que realmente tenía. No entendía por qué Catalina... Pero era mejor olvidarla. Desde la fiesta de Apellido estaba... diferente. Parecía enfadada y la

presencia de Narbona en la casa le había terminado por sacar de quicio. Sí. Había sido una buena idea que fuera a pasar una temporada con su familia mientras las aguas volvían a su cauce por Pamplona, se reactivaba la vida tras el terremoto y el incidente de Narbona era olvidado. En cuanto a eso... esperaba que Miguel solucionara pronto esa responsabilidad que su querida Laraine había colocado sobre ellos. Estaba pensando en ello cuando escuchó unos golpes en la puerta.

–Os traigo el agua, señor.

García abrió la puerta y dejó que la sirvienta pasara. Cerró tras ella.

–Os la he calentado un poco, pero usadla pronto, antes de que vuelva a enfriarse.

–Necesitaré vuestra ayuda.

–Yo...

–No llego a la espalda.

Cerró los ojos. Sentía ese cosquilleo que provoca pensar en la fruta prohibida. «¡No!», se dijo con firme propósito, pero debilidad de espíritu. Con suavidad tomó un trozo de tela recién cortada y la sumergió en la palangana que acababa de subir. La escurrió algo y frotó la espalda de su señor.

–¿Cuánto tiempo llevas con nosotros, Toda?

–Nací aquí, señor.

–¿Te has casado?

–Soy viuda, señor.

«Viuda», pensó García guardando silencio a continuación mientras sentía la leve presión de la mano de Toda sobre su espalda.

–¿Os dolió? –se atrevió a preguntarle ella cuando pasó la suave tela sobre la marca de su espalda.

–Todas las heridas duelen, Toda. Aunque esa no fue especialmente grave.

García se volvió y se quedó mirándola mientras la mano de ella flotaba en el aire. García se la agarró suavemente y la sumergió en el agua. Luego la acompañó hasta su pecho y su vientre haciendo que ella le lavara el torso. Los ojos de Toda trataban de no fijar su vista en el rostro de su señor.

–Os acercaré la toalla para secaros.

García sonrió con esa sonrisa que barruntaba una batalla y una conquista. Solo que esta vez no se trataba de una fortaleza. O tal vez sí. No llevaba mucho tiempo lejos de su esposa, pero lo estaba llevando mal. La sirvienta regresó con la toalla y él la agarró suavemente de las muñecas.

–Toda... –pronunció suavemente. Su rostro se le hizo de pronto sumamente conocido y deseable. Ella trató de apartarse, pero solo vagamente. Cuando él la tomó de la barbilla y le hizo mirarlo... sintió miedo y deseo. Notó que se rompía. Trataba de pensar pero le resultaba difícil, así que cuando García la besó, ella no pudo apartarse de él hasta pasados unos instantes.

–Yo... lo siento mucho, señor. No debería... –se disculpó.

–Toda. No te retendré si no quieres. No voy a forzarte a hacer nada que no quieras hacer –le dijo viendo cómo ella se acercaba a la puerta–, pero desearía que te quedaras.

Turbada, la sirvienta trató de escabullirse, no ya de la habitación, sino de la agradable sensación que su corazón lanzaba a sus arterias cada vez que latía dentro de aquella habitación.

–Si te vas... llévate el agua, ¿querrás? –le dijo García.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Toda, que se relajó un poco. Lo que fue un error, porque su defensa se redujo hasta desaparecer. García le entregó la palangana y sus manos se rozaron y él ya no se las soltó. Le sonrió y la acercó despacio hacia la cama. La taberna podía esperar.

Miguel tenía las manos sucias y el sudor le había dejado cercos en el rostro. Laraine sonrió al verlo. Se le notaba contrariado.

–Habrás que derribar todo el granero –confirmó con sus palabras lo que su esposa había intuido.

–Al menos la casa no ha sufrido daños.

Miguel movió la cabeza hacia un lado. Eso esperaba.

–¿Está lista la cena?

–Iré a ver mientras te lavas un poco. ¿Te subo agua?

–No. Yo mismo lo haré.

Laraine se marchó hacia la cocina. Toda iba retrasada. Le extrañó, porque solía ser muy eficiente y, según creía, desde que ella vivía bajo el techo de los Almoravid, aquella era la primera vez que ocurría.

–Domingo se encuentra indispuerto –alegó la mujer mientras se retocaba el delantal.

Laraine recordó entonces la ausencia forzada del sirviente y asintió con la cabeza.

García había salido e Iñigo se encontraba en Tudela con el rey, así que cenaron en familia junto con la pequeña Clemencia, que se mantenía callada pero participaba como todos en las reuniones familiares. Eso al menos se lo debía al terremoto. Algo bueno había salido de aquella pequeña tragedia que,

al final, había acabado con la vida de tres personas en la ciudad. Aunque todavía quedaba pendiente que la pequeña pronunciara su primera palabra, porque Laraine seguía creyendo que la niña no era sorda ni muda.

Miguel estaba lidiando con su hijo Etienne y con Magdalena, sumergidos en una pelea de codazos, cuando Toda le anunció que tenía una visita. Amparado por las sombras, una figura alta penetró en el umbral. Saludó con exquisita educación mientras se echaba hacia atrás la capucha y dejaba al descubierto su cabeza.

–¡Rodrigo! Pasad –le invitó Miguel.

–Quizá no llegue en buen momento.

–Para vos siempre es buen momento –le dijo Laraine con sincera entonación–. Toda, por un plato más y trae algo de comer y de beber para nuestro invitado.

–Ahora mismo, señora.

Los niños estiraron el cuello para ver al recién llegado con la curiosidad innata de esa edad.

–Este es mi buen amigo Rodrigo –les presentó Miguel.

–¿Vos sois el hijo de Narbona? –inquirió Magdalena sin poder morderse la lengua. Lo que le valió una mirada de reprobación de su padre.

Algo sorprendido por la rápida y directa pregunta de la hija de Miguel, Rodrigo contestó con un rápido sí y una sonrisa fugaz.

–Magdalena, nuestro huésped ha hecho un largo camino.

–Isabel –pidió Laraine a su hija mayor–, ¿querrás subir a los pequeños y acostarlos?

–Pero *ama...* –protestó Magdalena.

Una rápida mirada de su padre cortó su incipiente queja. Los niños se despidieron de sus padres y se encaminaron hacia sus habitaciones.

–¿Subiréis después a darnos las buenas noches? –le preguntó Etienne a su padre.

–Luego subo a veros –le aseguró.

La estancia se quedó en silencio tras la marcha de los más pequeños. Miguel sirvió un poco de vino en la copa vacía de su invitado.

–¿Cómo está? –preguntó Rodrigo tomando despacio la copa que su anfitrión le había servido.

Detrás de su preocupación, Miguel halló en los ojos de su interlocutor la mirada directa de su padre. Sus rasgos eran más suaves que los de don Sancho, pero tenían la misma mirada incisiva que decía claramente que quería

la verdad y nada más que la verdad. El infanzón miró a su mujer rogándole en silencio que fuera ella la que le diera las malas noticias. No porque él no se atreviera a hacerlo, sino porque Laraine tenía más tacto.

–Creo que deberíais verla –le dijo ella.

Los tres se encaminaron a la habitación. Narbona estaba tumbada boca arriba, con los ojos cerrados y el rostro de un pálido casi transparente. Su respiración se escuchaba como si fuera un suave ronquido aunque tenía la boca cerrada. Estaba delgada y su pelo se había vuelto todo blanco. A Rodrigo le costó reconocer en aquella mujer a su madre.

Rodrigo le tocó la mano que sobresalía por encima de las sábanas. Estaba fría y lánguida. La entrecerró entre las suyas y se sentó a su lado, en el borde de la cama. Miguel y Laraine se retiraron y bajaron a esperarlo en el pequeño salón. Rodrigo apareció poco después con una clara mueca de incompreensión en su rostro.

–¿Qué le ocurre? –cuestionó en alto.

Aunque Miguel ya le había contado algunos detalles en la carta que le había escrito, tomó la palabra para relatarle lo que él sabía.

–La arrojaron al río al grito de «*Sorgina, sorgina, sorgina!*». Nadie sabe qué es lo que llevó a la masa a hacerlo. Solo que terminó en el río. Mi esposa, junto con Catalina y Blanca, la zapatera, lograron sacarla cuando todos abandonaron la orilla y gracias a que su cuerpo quedó enganchado en unas ramas unos cuantos pasos corriente abajo. En principio parecía que estaba bien; solo un poco asustada y resfriada por el baño en aguas tan frías, pero... ya lo has visto. Se pasa así casi todo el día y no come si alguien no le da los trocitos a la boca.

–¿Por qué?

Los dedos de Miguel tamborilearon encima de la mesa antes de contestar.

–Unos días antes del suceso, la posada ardió.

–¿Fue... provocado?

–Al parecer no, pero dadas las circunstancias posteriores no descarto ninguna teoría. Nosotros estábamos fuera. Yo no me enteré hasta que pasé al lado del edificio cuando salía de la ciudad para atender unos asuntos en Tudela. A mi regreso... Bien, a mi regreso las mujeres nos relataron lo que había sucedido.

–¿Por qué iba alguien a querer hacerle daño a mi madre?

–Quizá a vuestra madre no –intervino Laraine–. Tal vez solo quisieran... advertirla.

–Hice algunas preguntas a mi vuelta. Pero Pamplona parece una tumba al respecto. No sé si es por miedo o por sentimiento de culpa, pero nadie habla.

–Miguel fue atacado una noche, después de haber estado indagando –le contó Laraine.

–Puede que no tuviera nada que ver con Narbona –dijo Miguel, aunque su voz no sonó con el suficiente convencimiento. Su esposa torció el gesto, pero no añadió nada más–. Ahora que estáis aquí a lo mejor os gustaría presentar una denuncia o, tal vez..., hablar con el rey.

Rodrigo se tomó su tiempo. Todavía estaba asimilando todo lo que había ocurrido, pero lo último que quería era hablar con el rey. Hacía mucho que no tenía trato con él. Su formación le había llevado a viajar por Aquitania y Normandía y ahora era monje en Roncesvalles y se debía a la regla de San Agustín que había jurado obedecer. Ni siquiera recordaba cuál había sido la última vez que había hablado con su padre.

–Me gustaría pensar muy bien en todo esto antes de tomar una decisión.

Miguel asintió mientras observaba el rostro de su invitado. Por un instante lo vio reflejado en sus pupilas; no como el monje que ahora era, sino como el niño que un día fue. Recordó aquel instante en que le había entregado la medalla que el entonces infante don Sancho, su padre, le había dado para que se la llevara en su nombre. Recordó la sonrisa de Narbona al ponérselo en el cuello y la felicidad del niño al sentirse tan honrado. Por la expresión de Rodrigo supo que él estaba pensando exactamente lo mismo. Aquel mágico momento se había perdido en el tiempo, igual que los derechos de un hijo ilegítimo sobre los bienes de su padre.

–Os mandaré preparar una cama adecuada para que descanséis.

–Si no os molesta, me gustaría pasar la noche junto a mi madre. No necesitare más que una silla.

–Si es eso lo que deseáis –le dijo Laraine levantándose para acompañar a Rodrigo de nuevo hasta la habitación de Narbona. Quería hablar con él en privado.

La siciliana abrió la puerta y retuvo unos instantes al monje por el antebrazo.

–Disculpadme, don Rodrigo –le dijo en voz queda–. No malinterpretéis mis palabras, pero creo que debéis saber que han intentado entrar en la morada Almoravid en dos ocasiones para llevarse a vuestra madre mientras Miguel y García estaban ausentes. No quiero que penséis que quiero deshacerme de ella cuanto antes y pediros que os la llevéis porque resulta una

carga para nosotros. Es solo que temo por su vida.

–¿Lo sabe vuestro esposo? Lo de los ataques.

Laraine asintió.

–¿Por qué no me lo ha dicho?

–Me consta que él aprecia mucho a vuestra madre. La protegerá hasta donde pueda y nunca pedirá cuentas por ello. Pero vosotros no visteis, como yo, la forma en que la llevaron por las calles de Pamplona y la sacaron de la ciudad.

–Entiendo. No os preocupéis. Que Dios os acompañe –le dijo a modo de despedida.

–Y a vos, don Rodrigo.

Laraine dejó que la alta figura del hijo ilegítimo del rey se perdiera dentro de la habitación donde descansaba su madre y se dirigió hacia las habitaciones de sus hijos. Fue entonces cuando se escucharon de nuevo golpes en la puerta. Laraine frunció un poco el ceño preguntándose quién sería. «Seguramente García –pensó–. Se habrá pasado con el vino. Siempre lo hace cuando no está Catalina».

–Toda, ¿quieres ir a ver quién está en la puerta y avisar a mi esposo de que estoy con los niños?

–Ahora mismo, señora.

Miguel vio la curvatura de la cimitarra apoyada en la espalda de Toda mucho antes que el rostro del invitado que la acompañaba. Imágenes del pasado se activaron en su mente y se volcaron sobre su estómago, formando un nudo a su alrededor. El infanzón entrecerró los ojos intentando descubrir el rostro que se ocultaba tras la oscura capucha y el cuerpo que se escondía en la gruesa capa, mientras se ponía de pie de un brinco. Su espada estaba lejos, pensó con cierto pesar, aunque contaba con un pequeño cuchillo escondido en su cinturón. ¿Sería suficiente?, se preguntó.

–¿Quién eres y cómo osas irrumpir en mi casa como un ladrón?

El recién llegado lanzó una moneda al aire que dejó caer sobre la mesa. Era una moneda vieja, mellada en los bordes, que describió varios círculos borrachos antes de detenerse.

Mientras trataba de deducir con rapidez qué significaba aquella intrusión nocturna, no perdía detalle de los movimientos del recién llegado. Todo apuntaba a..., pero ¡no podía ser!, pensó mientras buscaba su bolsa colgada al

cinto y sacaba otra moneda.

–¿A quién buscáis? –preguntó con cautela, poniéndola al lado de la primera.

El recién llegado no se movió. Durante el viaje desde su tierra se había preguntado cómo se sentiría una vez estuviera delante de él, delante del hombre que una vez le había salvado la vida. Pero no se había preparado para el torbellino de sensaciones que atravesaban su cuerpo en aquellos momentos. Especialmente, porque era portador de malas noticias. Atribulado, dejó que su cimitarra descendiera despacio. Al sentir que la presión remitía, Toda lanzó un suspiro que retumbó en la sala. Algo avergonzada, se llevó la mano a la boca.

–Toda, rellena la jarra de vino y trae una copa para nuestro invitado –dijo Miguel con una sonrisa ya invadiendo de lleno sus labios.

La sirvienta salió como alma que lleva el diablo.

–¿Abou? –se atrevió a preguntar el infanzón una vez que se quedaron a solas.

El recién llegado echó hacia atrás su capucha. Miguel contempló al hombre que tenía delante tratando de encajar la imagen que él guardaba en su cabeza de Abou el-Djyouch con la de ese joven. Había pasado una década.

–*Assalaamu 'alaikum.*

–*Wa'alaikumumu ssalaam wa rahmatu l-lha wa barakatuh* –le respondió Miguel, abrazándolo con evidente demostración de alegría–. ¡Qué agradable sorpresa!

– Quizá no lo sea tanto como pensáis –le dijo Abou con un marcado acento. Hacía tiempo que no hablaba el lenguaje de los cristianos y le costaba encontrar los sonidos en su boca.

– Sentaos –le ofreció Miguel justo en el momento en que Toda entraba con el vino.

Parecía más calmada al ver que su señor se mostraba relajado en la presencia de aquel desconocido.

–¿Tenemos algo que ofrecer de comer a nuestro invitado, Toda?

–Sí, señor. Ahora mismo traeré carne.

–Trae ese pollo que me consta has reservado para mi hermano.

–Pero, señor. Yo...

–Haz lo que te pido.

La sirvienta bajó la cabeza y salió rápido, protestando entre dientes por tener que dejarle a García sin el mejor bocado que ella le había guardado. Pero se mordió el labio y dejó de murmurar.

–¿A qué tanta cautela?

–No estaba seguro de si os encontraría y el rey me ha comunicado que tuviera cuidado en el camino hasta Pamplona.

Miguel elevó su ceja izquierda y soltó una carcajada.

–¿Ha exagerado?

–Creo que sí. Los caminos son seguros ahora que los Infanzones²² nos ocupamos de protegerlos.

La llegada de Toda con las viandas interrumpió el inicio de la conversación.

–Que nadie nos moleste, Toda. Eso es todo.

La sirvienta se apresuró a salir y cerró la puerta. «¡Qué día más extraño – pensó–. Primero García, después la llegada de Rodrigo y ahora... ahora...». Pensando en sus cosas se dirigió a la cocina.

–¿Así que habéis estado con el rey? ¿Un asunto personal o político?

Abou torció la boca y centró su atención en su plato. El peso de la mirada de Miguel era tal y como lo recordaba en su memoria, a pesar de que su rostro reflejaba el paso de una década.

–Supongo que no es de mi interés y no quiero ponerlos en un compromiso – acertó a decir el infanzón al ver el gesto.

–En cierto modo... creo, supongo, que sí os incumbe.

Los ojos castaños oscuros del infanzón mostraron curiosidad.

–Me dio esto para vos.

Miguel tomó la bolsa de cuero que le ofrecía y la retuvo en su mano derecha sopesándola. El rey no había tenido mucho interés en esconder lo que le ofrecía.

–¿No la abrís?

–Creo que ya sé cuál es su contenido.

Abou se encogió de hombros. Fue un gesto instintivo que culminó acercándose un buen trozo de carne a la boca. Masticó despacio respetando el silencio que había proseguido a la entrega del obsequio. ¿Sería algo malo? ¿Un código secreto entre el rey cristiano y el infanzón? ¿Algo que le marcaría como doble portador de malas noticias? El trozo de pollo se le atascó en la garganta. Ni para adentro ni para afuera. Agarró su copa y dio un buen sorbo tratando de todas las maneras posibles que el líquido arrastrase el pedazo de carne hacia el esófago y no hacia la tráquea. Tragó con fuerza y sintió como si una piedra descendiera lentamente por un agujero más pequeño que su tamaño, haciéndole daño. Su cara se había puesto roja y una lágrima amenazaba con

saltar de su ojo. Miró avergonzado a su anfitrión pero, para su alivio, Miguel parecía estar muy concentrado en la contemplación de aquella bolsa de terciopelo.

—¿Os ha dicho don Sancho cuándo y adónde debo partir? —le interrogó Miguel algo más sobrepuesto. Con cuidado, abrió la bolsa y dejó que el objeto que la ocupaba cayera sobre la palma de su mano izquierda. Abou lo vio proceder con curiosidad y contempló el anillo de oro y rojo rubí que había quedado inmóvil sobre la eme que describían las líneas de su mano. Estaba realmente admirado. El rey cristiano le había dicho que en cuanto viera el contenido de la bolsa, Miguel le preguntaría cuándo debía emprender el viaje y adónde debería ir. ¡Pero ni siquiera le había hecho falta abrir la bolsa para hacerle la interpelación! Don Sancho y Miguel debían conocerse bien.

—Vuestro rey partirá dentro de una semana... a Sevilla —dijo Abou en un susurro—. Quiere que lo acompañéis. Eso es lo que me ha dicho.

—¡A Sevilla! —exclamó Miguel en un tono más alto del que el almohade hubiera deseado—. Esta vez no —añadió casi como para sí. Ya había tenido bastante en tierras almohades. Ciertamente había salvado la vida del joven Abou, pero él mismo había estado en peligro de perder la suya propia en más ocasiones de las que era conveniente. Si el rey no apelaba al Apellido, y no creía que lo fuera a hacer, buscaría una excusa—. Creo que podré convencer a mi rey para que otro ocupe mi lugar.

—Creo que deberíais esperar a tener toda la información antes de tomar esa decisión —Abou pasó un mal rato. Era más difícil de lo que creía. Retiró su plato. No creía que fuera capaz de comer nada más—. Hay otra razón por la que debéis ponerlos en camino.

Miguel lo miró con marcada interrogación. Se daba cuenta de que Abou había dejado de comer y de que una pesada carga le impedía hablar, pero nunca se hubiera imaginado que el almohade iba a decir lo que dijo a continuación.

—Se trata de vuestro hijo. Está en peligro.

—¡Roland! —exclamó mientras su pecho se agitaba y la lividez invadía su rostro recubierto de una cuidada barba sobre la que brillaba alguna que otra hebra gris—. ¿Qué le ha sucedido? —le preguntó mientras recordaba los persistentes vómitos de Diego. «Así que, después de todo, tenías razón», pensó.

Abou había tenido tiempo de sobra para decidir cuál sería el orden correcto que elegiría para su relato. Pero se había quedado en blanco. Así que

comenzó tartamudeando, de la mejor manera que pudo.

–Soy uno de los caídes de *amir al-mu'minin*²³.

Miguel sonrió a su pesar.

–Sabía que merecería la pena salvar vuestra vida. Debéis de ser uno de los caídes más jóvenes del califa.

–Es cierto. El más joven. El conocer vuestra lengua se tuvo en cuenta a la hora de la elección. Pero no debo hablar de eso ahora. Lo que quiero contaros es... –se detuvo sin saber qué añadir a continuación. Hasta que se lanzó a narrar los hechos–. A finales del mes de... marzo, creo que lo llamáis vosotros, un hombre fue encontrado en las cercanías de Rabat. Había sido apaleado y, al parecer, le habían robado todas sus pertenencias. Lo único que encontraron entre lo que quedaba de sus ropajes fue una carta dirigida a mí. Por eso, alguien decidió que sería buena idea enviarlo a mi casa. Abrí la carta. Era una recomendación de mi buen amigo Muhammad ibn Ali, de Túnez, para que acogiera y ayudara a su, a la vez, buen amigo Alejandro de Salerno. He de seros franco y deciros el desasosiego que sentí, pues no sabía si aquel hombre que tenía delante de mí, moribundo, falto de carnes y deshidratado, era ese tal Alejandro al que mi amigo aludía; o si por el contrario se trataba de un ladrón. Y tampoco sabía si iba a vivir lo suficiente como para poder aclarármelo. Afortunadamente, Allah, *Ar-Ra'uf*,²⁴ tuvo clemencia y Alejandro se recuperó. Me contó que buscaba a su sobrino, que había sido llevado contra su voluntad con las tropas que habían partido desde Túnez con el tío del califa.

La cara de Miguel se contrajo.

–¿Está mi hijo vivo? –Miguel no pudo esperar más para preguntar.

Abou pestañeó y centró su vista en los ojos de su anfitrión como si estuviera retornando de un recuerdo lejano. Afirmó despacio sabiendo lo importante que era para Miguel su testimonio.

–Lo estaba cuando yo partí –dijo con cautela–. Hallé a vuestro hijo en el campamento de al-Naser. Si todo sale como espero... embarcará con él hacia Tarifa y después... supongo que lo acompañará a Sevilla.

–¿Un esclavo?

–Mucho me temo... que sí.

–¿Un esclavo? –volvió a preguntar el infanzón consternado, levantándose y golpeando la mesa con su puño.

–Quizá sea hora de que leáis la carta de Alejandro. Después, si queréis yo contestaré a todas las preguntas que consideréis oportunas. Si conozco la

respuesta... os seré sincero.

Miguel rasgó el lacre de la carta e inspiró fuertemente. Abou se levantó despacio y se dirigió hacia la ventana. Sabía que su amigo necesitaría algo de privacidad. La oscuridad era notable a través de la ventana. La noche ya se había cernido sobre la ciudad y un manto negro tapaba la vista del patio. El almohade se sintió nervioso. Había conocido a Miguel en condiciones extremas; lo consideraba un hombre valiente y de honor, pero no dejaba de pesarle la idea de que pisaba suelo enemigo.

La respiración entrecortada del infanzón demostraba claramente su batallar con la frustración que le estaba provocando la asunción de la realidad. Apretó fuertemente la mano izquierda donde conservaba el anillo que le acababa de ser devuelto.

–¿Estáis seguro de que viajará con al-Naser a Sevilla? –las palabras del de Grez chocaron contra el muro de silencio que se había erigido en la estancia.

–Al menos –dijo Abou volviéndose hacia su interlocutor–, he hecho todo lo que estaba en mi mano para que eso sucediera.

Miguel se quedó pensativo. En el entramado de mandos y responsables almohades no sabía hasta qué punto un caído joven podía ser influyente. Pero al menos creía que Abou estaba siendo sincero al afirmar que había hecho todo lo que estaba en su mano. La carta de Alejandro era extensa. Se le veía apesadumbrado a través de sus palabras. Pero, aunque él también había pasado lo suyo, no sabía si iba a poder perdonarle que se hubiera dejado arrebatar a Roland. «Todo a su debido tiempo», trató de tranquilizarse Miguel. Le llevó otro buen rato releer las líneas y, aunque sabía que la decisión estaba tomada hacía mucho tiempo, no podía dejar de pensar que esperar una semana y marchar con el rey iba a ser demasiado tarde.

Miró el anillo, una vez más. «Esta vez, la misión no será vuestra, sino mía», le retó a su dueño, volviéndoselo a poner en el dedo índice de su mano izquierda.

–Pediré a Toda que os prepare una habitación adecuada. Hablaremos por la mañana. Ahora, si me disculpáis, he de darle la noticia a mi esposa.

Miguel abrazó a Abou y le dio las gracias por todas las molestias que se había tomado para llevarle personalmente la carta.

–Si escucháis ruidos entrada la noche –le advirtió Miguel antes de desaparecer por la puerta– seguramente será mi hermano García que vuelve de... que regresa a casa. Que descanséis bien.

–Lo mismo os deseo.

La marcha de Miguel dejó un cerco de gélida inquietud en torno a él. Poco después entró Toda. Abou no tenía mucha experiencia, pero la intranquilidad se reflejaba en su cara. Estaba claro que recelaba de él, aunque no era de extrañar, se acababa de acordar de que la había amenazado con su cimitarra. El arma colgaba ahora de su cinto y ella la miraba como si tratara de hacerla desaparecer con la mirada.

–Os acompañaré a vuestros aposentos –dijo por fin ella, que había preparado una cama en previsión de que el nuevo visitante se quedara también a pasar la noche. Toda miró con pesar el plato que reposaba sobre la mesa. «Un desperdicio –pensó–. Parece que ni siquiera lo ha tocado y le ha privado a mi señor del mejor bocado». La rabia se acentuó en su corazón mientras lo conducía a través del pasillo.

Bajo la luz que emanaba de la chimenea, el rostro de Laraine se veía sereno y firme. Un par de arrugas habían empezado a acentuarse en su frente, pero su piel seguía siendo tersa. Miguel la observó desde la puerta antes de atreverse a entrar. Necesitaba un poco más de tiempo para pensar en cómo decírselo. El problema era que no disponía de ese tiempo. Mareado por la vertiginosidad de la realidad que se cernía sobre ellos dio el primer paso tras separarse del marco de la puerta, donde se había sujetado hasta ese instante. Laraine giró la cabeza hacia él con una sonrisa. Sus hijos pequeños y Clemencia dormían. Acercándose a ellos los besó en la frente. Se levantó despacio y le hizo una seña a su esposa para que lo siguiera a su habitación.

–¿Ocurre algo? –le preguntó ella. Ahora que lo veía de cerca, y aunque aparentaba calma, Laraine podía ver las arrugas de su ceño más marcadas. Y eso solo podía significar que algo lo preocupaba especialmente–. ¿Tiene algo que ver con el visitante que ha venido? Toda me advirtió de que había un moro en la casa...

La siciliana dejó la frase en suspenso esperando la confirmación de su esposo. Él sonrió levemente.

–No os preocupéis por su presencia. Es un amigo; un viejo amigo. Pero hay algo de lo que debo hablar con vos.

–*Aita?* –la voz de Diego sonó vacilante detrás de él.

Padre e hijo se sostuvieron la mirada.

–Ven –se decidió Miguel. Después de todo, él ya sabía que algo le había

ocurrido a Roland y sería de apoyo para Laraine cuando se lo contara.

La habitación se había quedado sin oxígeno de repente. Al menos para Laraine. Tenía ganas de gritar, de golpear algo, de arañar a alguien, pero se había quedado sin fuerzas. Su cuerpo no respondía a ningún otro estímulo que no fuera llorar. Sí, llorar de rabia y de frustración. Lo hacía despacio, incluso con suavidad, pero al menos había reaccionado de alguna forma, pensó Miguel mientras la cubría con su abrazo. Cerca de ellos, Diego releía la carta de su tío. También él tenía ganas de llorar. Se sorbió las lágrimas.

—*Aita* —le dijo Diego en un susurro—. Iré con vos.

Era curioso cómo actuaba la mente de los jóvenes, pensó Laraine, sintiendo que un ligero peso se aligeraba de su pecho. Diego había dado por sentado que su padre iría a buscar a Roland y ella también, por supuesto, se dijo incómoda. Pero Diego había ido un paso por delante de ella. Había pasado ya a la acción. Suponía que Miguel también lo había hecho; antes incluso de hablar con ella, y que ya tenía un plan. Esperaba que tuviera un plan.

Miguel se pasó la mano por el rostro, restregando los músculos de la cara y presionando con suavidad sobre las concavidades de sus ojos. Con el ajetreo y las últimas noticias, Laraine no había sido consciente de cuándo había vuelto el anillo del pequeño rubí al dedo de su marido y no creyó que aquel fuera el momento oportuno para hacer referencia a ello.

—¿Sabéis dónde está ahora?

—Abou me ha dicho que cuando él emprendió su viaje estaba en Marruecos, pero que su destino final será Sevilla. Allí es donde lo encontraré.

«Si todo va bien», pensó con un punto de cinismo.

—¿Os fiáis de ese moro? ¿Lo conocéis lo suficiente?

Miguel recordó al muchacho al que había guiado en sus primeras batallas; sus brillantes ojos de un marrón claro. «¡Por Dios! Abou entonces tendría la edad de Roland y Diego ahora». Pero habían pasado ya diez años de aquellos días y, en el fondo, no eran sino dos desconocidos unidos tan solo por un recuerdo. Sí, Miguel quizá le hubiera salvado la vida, pero había ocurrido hacía toda una existencia para Abou. Aunque eso debería bastar.

—Lo suficiente como para saber que no me engañaría con algo tan importante para mí. Ha venido hasta aquí solo para darme la noticia personalmente.

Aunque Laraine dudaba que eso fuera verdad, el hecho era que Miguel tenía razón. El tal Abou estaba en Pamplona.

–¿Por qué al-Nasir se traslada a Sevilla?

–Al parecer, quiere hacer alarde de su ejército ante Alfonso VIII de Castilla.

–¡Santa Cecilia! –exclamó de pronto Laraine–. ¡No se os ocurrirá ir solo a Sevilla! –su voz sonó ronca y el temor hizo vibrar las palabras al pronunciarlas. Sabía que Miguel podía ser muy capaz de intentarlo.

Como si hubiera leído el pensamiento de su esposa, Miguel fue a contestar que no necesitaba a nadie para salvar a su hijo, pero lo pensó mejor. Sevilla podía ser un lugar peligroso.

–Por ventura, nuestro rey tiene en mente visitar al califa. Y, además, parece tener cierto interés en que yo le acompañe –señaló mirando el anillo de su dedo.

No fue una noche fácil para ninguno de ellos. Laraine había sido reacia incluso a meterse en la cama. Miguel la tomó despacio en brazos y se tumbó con ella abrazándola por detrás de tal forma que su cabeza descansaba sobre su pecho.

–Estará bien –le susurró él al oído. Ella quería creerlo.

–¿Cómo lo sabéis?

–Hemos de creerlo. Lo traeré sano y salvo. Os lo prometo.

–Miguel, la espera es odiosa. Me gustaría partir ahora mismo.

–Sé lo que sentís. Creedme que si estuviera en mi mano... ya me hubiera puesto en camino.

Miguel notó la convulsión del cuerpo de ella. Era fuerte, pero era madre, después de todo.

–Traerlo al mundo no fue fácil, vos lo sabéis –Miguel apretó los dientes cuando escuchó esas palabras pronunciadas por su esposa. Bien lo recordaba–. No soporto pensar que está solo y me pregunto si estará enfermo, si lo habrán golpeado, si estará preso, encadenado.

–*Sssshh* –le dijo suavemente Miguel incorporándose un poco y haciendo que ella girara de manera que ahora veía claramente su cara bañada de luna–. Esos pensamientos os terminarán enfermando y no harán que Roland regrese.

–¡Abrazadme, Miguel!

El de Grez la cubrió con su cuerpo y la besó suavemente en la frente. Eso

no terminó por tranquilizarla, pero, al menos, sintió que no estaba sola.

No durmió. Se dejó mecer por el calor que irradiaba el cuerpo de su esposo. Sabía que él tampoco había dormido, al menos no lo había hecho hasta el amanecer. Ahora, su respiración era pausada y rítmica. Y parecía que le había vencido el sueño. Con la primera claridad del día, Laraine se escurrió de su cama y se vistió sin hacer ruido. Bajó despacio las escaleras que crujieron bajo su peso. Toda estaba ya en la cocina, a punto de encender el fuego.

–Habéis madrugado, señora. ¿Tomaréis alguna vianda?

–Voy a Santa Cecilia. Ocupaos de nuestros huéspedes hasta que vuelva y decidle a don García, cuando despierte, que su hermano desea hablar con él.

–Por supuesto, señora –dijo Toda con la cabeza gacha, intentando que el sonrojo que había aparecido en su rostro tras la mención del nombre de García no se hiciera evidente a sus ojos.

Laraine se volvió hacia la puerta deprisa y se chocó con algo. O mejor dicho contra alguien.

–Disculpadme, señora –dijo una voz suave envuelta en juventud que manejaba un extraño acento. Laraine elevó la vista y contempló unos dulces ojos de un tono marrón claro que brillaban risueños. Era un joven atractivo. No debía dejar que coincidiera con Isabel, le dijo la voz protectora y maternal que había en ella–. ¿Sois vos acaso la esposa de don Miguel?

–Soy Laraine –le dijo ella mientras asentía ante su pregunta–. Y vos debéis de ser quien nos ha traído noticias de mi hijo.

–Abou el-Djyouch, señora. Siento ser el portador de tan desagradable asunto, pero es un honor para mí poder servir a vuestro esposo. He oído que vais a salir –la ese de la última palabra silbó durante un instante dubitativa en su labio antes de ser pronunciada y a Laraine le hizo gracia–. No deberíais ir sola. Yo os acompañaré.

Fue a protestar, pero el almohade ya se estaba dirigiendo hacia la puerta y se la estaba abriendo cuando ella despegó los labios.

–Pero no podéis ir así. Quiero decir, notarán que sois extranjero y Miguel no me perdonaría si os sucediera algo.

–Es cierto –dijo él cogiendo su capa oscura y gruesa y echándosela sobre los hombros.

Laraine no se refería solo a su vestimenta y al tono más oscuro de su piel, también a su espada curvada. ¿Tendría algún nombre especial?, se preguntó. Pero la capa ocultó toda su persona, incluso su cabeza, así que ella no protestó

más.

–¿Lo habéis visto? A mi hijo, me refiero.

–Sí, brevemente, pero lo he visto.

–¿Se encontraba bien?

–Estaba destinado al servicio del propio califa.

–¿Estaba herido? Debo saberlo.

–Se encontraba... bien –le dijo sin ser más explícito.

–Es por aquí –le indicó ella torciendo la calle–. Supongo... supongo que no querréis entrar...

Abou sonrió y Laraine reconoció el gesto incluso por debajo de la capucha que lo ocultaba.

–Os esperaré fuera.

–Si alguien os pregunta algo...

–No os preocupéis por mí. Ahora id.

Laraine entró en la soledad y el silencio de la iglesia. Un olor intenso a incienso y humedad penetró de golpe en su nariz. No era un olor especialmente agradable, pero le gustaba porque le recordaba a su infancia y eso le daba seguridad. Y justo lo que necesitaba en esos instantes era seguridad. Se acercó hasta el altar y encendió una vela. Esperó a que la llama se hiciera grande y creciera ante ella y entonces se arrodilló. Cerró los ojos y comenzó a rezar. «¡Cuidadle mientras yo llego hasta él! –rogó a la santa–. Velad por él, por mi hijo Roland!».

Pasó un buen rato allí, de rodillas. Blanca la beata, que había ido a preparar la liturgia, la vio y esperó a que se levantara para hablar con ella.

–¿Cómo está nuestra amiga? –le preguntó refiriéndose a Narbona, mientras la acompañaba hacia la puerta.

–Sigue igual. Pero Rodrigo llegó ayer. Espero que él pueda hacer algo más que nosotras.

Blanca se santiguó tres veces.

–Lo mejor que puede hacer es llevársela de aquí. Vosotros no podéis defenderla siempre y mientras ella esté en vuestra casa... bueno y no siempre vais a estar todos pendientes.

–Blanca, ¿me harías un favor? –le preguntó Laraine para quien en esos momentos había otras preocupaciones más importantes–. Como beata, me refiero. Voy a hacer un viaje –sí, pensó, un viaje. Lo había decidido en aquel mismo instante. Viajaría con Miguel– y me gustaría que encendieras una vela por mí todos los días hasta mi regreso, por mis intenciones. ¿Lo haréis? –le

pidió poniendo unos *sanchetes*²⁵ en sus manos y añadiendo mucha plegaria en sus ojos—. Si no hay suficiente os pagaré más a mi regreso.

—Lo haré —dijo Blanca algo desconcertada. Laraine se despidió deprisa y ella prosiguió con sus obligaciones. Agarró con fuerza la cuerda de la campana y tiró de ella, después de dejar a buen recaudo los dineros que le había entregado la siciliana.

Aquel iba a ser un día despejado, decidió Blanca cuando salió de Santa Cecilia y miró al cielo. Lo único que la entristecía era pensar que tendría que lidiar de nuevo con su hermano. Lo quería, pero tenía ganas de que siguiera su camino. A poder ser antes de que ella perdiera la paciencia o a sus hijas, mal casadas por su mano. Respecto a eso, tenía un par de cosas que decirle a su hermano. Esperaba encontrarlo reparando parte del tejado que se había desprendido durante el terremoto, pero en lugar de eso lo halló sentado en una silla, junto a dos hombres, bebiendo tranquilamente una jarra de vino. Blanca se enfadó, pero se abstuvo de manifestar su contrariedad al respecto.

—¡Ah!, hermana mía. Quiero presentaros a Juan López y a Martín Ibáñez.

La beata saludó cortésmente a los invitados de su hermano, pero no les prestó demasiada atención. No estaba muy contenta por conocer a los amigos de Gutierre.

—Han venido a ver a tus muchachas.

La zapatera se puso blanca al escuchar a su hermano. De repente, miró con intensidad a los dos hombres que tenía delante de ella, con descaro, sin importarle lo decente que pareciera o no evaluar a sus invitados sin disimulo. Al tal Juan López le calculó unos treinta años. Era flaco como un palo. La ropa le quedaba demasiado holgada, lo que acentuaba su delgadez. Su rostro presentaba un sarpullido bastante pronunciado. Ese análisis le llevó a Blanca a torcer la boca. El otro era más joven. La timidez se asomaba a su rostro al sentirse evaluado. Le faltaban dos dedos de su mano derecha. Por lo demás, parecía sano. Se preguntó de dónde los habría sacado Gutierre. No le sonaba para nada haberlos visto por la ciudad. Tenía que hablar seriamente con él. Más tarde.

—Debo ir al taller —se excusó. No quería hablar con ellos. Una mirada había sido suficiente para descartarlos.

Gutierre se acercó a ella media hora más tarde.

—¿Qué te parece?

—¿Qué me parece qué exactamente?

—Creo que tus hijas estarán contentas.

–¿Te has vuelto loco, Gutierre? ¿O acaso estás ciego? –se revolvió Blanca incómoda–. El tal Juan está enfermo.

–Lo dices por el sarpullido de su rostro –dijo él restándole importancia–. Dice que solo le sale en invierno.

–Está flaco y desnutrido y lo de su rostro te aseguro que es algo más que un simple sarpullido. En cuanto al otro... No tengo nada contra él, pero no es apto para trabajar en el taller y tú lo sabes.

–Parece que solo piensas en tu taller. Deberías darles oportunidad de conocerse.

Blanca meneó la cabeza.

–Agradezco tus buenas intenciones, Gutierre –trató de apaciguar el momento–. Pero el matrimonio de mis hijas es asunto mío y el futuro de nuestro negocio también.

El rostro de Gutierre enrojeció.

–Estás muy equivocada si piensas eso. Debo preocuparme por vuestro bienestar.

–Te aseguro –le rebatió algo contrariada– que soy muy capaz de ocuparme de mis hijas y de la zapatería.

–Eres orgullosa, Blanca. Te lo digo con cariño.

–Y tú un entrometido. Más te valdría ocuparte de tus propios asuntos. Y si has terminado sería tiempo de que pensaras en regresar. ¿No te esperan en tu congregación?

–Todavía tengo asuntos que me demorarán aquí algún tiempo más. He recibido una carta...

–¿Estás seguro? –dijo Blanca perdiendo la paciencia.

–Debo cumplir la voluntad de Dios. Los vecinos de Pamplona me necesitan. Estoy haciendo el bien, hermana –hubo algo en su tono que asustó a Blanca, que ya no se atrevió a decir nada más.

Gutierre se alejó. Ambos sabían que la conversación solo había sido trasladada en el tiempo.

Lo primero que escuchó Laraine cuando regresó de Santa Cecilia fueron las voces de una discusión acalorada. No se entendía, pero era claramente una disputa importante.

–¿Qué ocurre? –le preguntó a Toda, que parecía a punto de entrar en la casa.

La sirvienta volvió la cabeza hacia el final del patio donde Miguel y García gesticulaban mientras dirimían una disputa verbal.

–No lo sé, señora –dijo bajando la cabeza y entrando a la cocina. La sirvienta cogió unas verduras y empezó a partirlas frenéticamente sobre una tabla de madera. Tenía tanta rabia que a punto estuvo de cortarse la punta de su dedo índice.

Laraine se quedó observando a los dos hombres.

–¿Creéis que debo...? –preguntó Abou.

–¿Han sacado sus espadas?

–Al parecer... no.

–Entonces... dejémoslos solos. ¿Os apetece algo de desayunar?

–Eso estaría bien, señora.

–Id al comedor –le dijo señalando la sala con su dedo–. ¿Tenéis algo que hacer esta mañana? Lo digo porque...

Laraine no pudo terminar la frase. Sus vástagos bajaron en tropel de las habitaciones.

–¿Es verdad que hay un musulmán en nuestra casa? –preguntó Magdalena con su habitual espontaneidad y poco tacto para morderse la lengua.

Su madre fue a responder, pero ella pasó corriendo a su lado y se plantó delante de Abou. Este, algo sorprendido, trató de sonreír.

–¿Sois vos el musulmán? Debéis de serlo. ¿Es cierto que tenéis una espada curvada?

–Tendréis que disculpar a mis hijos, Abou.

–¿Qué nombre es Abou? –preguntó Magdalena plantándose al lado del invitado.

–Es... mi nombre.

Etienne se colocó detrás de su hermana y asomó un poco la cabeza.

–¿Sois un *infidel*?

–Se dice infiel –le corrigió su hermana lanzándole una mirada reprobadora. Luego se volvió de nuevo hacia el invitado–. Me gustaría oírlos hablar en vuestra lengua.

Abou pronunció unas palabras; *Assalamu 'alaikum*. Los niños reaccionaron con curiosidad y trataron de repetir las.

–*Wa'alaikum ssalaamu wa rahmatu l-lha wa barakatuh* –contestó claramente al saludo Clemencia para sorpresa de todos, principalmente de Laraine y del propio Abou.

–Magdalena, ya es suficiente –la reprendió su madre, con los ojos fijos en

la pequeña Clemencia—. Si no sabes comportarte tendré que enviarte a tu habitación. Y ahora, sentémonos todos a comer.

La perspectiva no gustó a la niña, que algo más sumisa fue a ocupar su sitio, seguida de su hermano menor y de la niña traída por don Iñigo. Isabel y Diego se mostraron más civilizados y se sentaron sin decir nada. Cuando hubo silencio, Laraine presentó al invitado y a sus hijos. Diego lo miró con intensidad, sabiendo que aquel era el hombre que conocía el paradero de su hermano. Isabel, a Dios gracias, no le prestó demasiada atención, aunque lo saludó con cortesía.

—He pensado que quizá Diego podría servirnos de guía si tenéis que hacer algún encargo o si queréis conocer la ciudad —dijo retomando la conversación que había quedado en el aire al llegar los niños.

Abou miró al hijo mayor de Miguel. Había algo en él que le resultaba extrañamente familiar.

—Será un placer y un honor —dijo el almohade.

Sin apenas probar bocado, Laraine subió a hacerse cargo de sus otros invitados. Tocó suavemente en la puerta y la voz de Rodrigo llegó amortiguada. La siciliana entró despacio. Narbona seguía tumbada, quieta, sin apenas carne en sus huesos, sin casi hálito en su cuerpo.

—¿Habéis descansado?

—Sí —le dijo Rodrigo.

—¿En una silla? ¿Sin dormir en toda la noche?

Rodrigo sonrió. Lo cierto era que había pasado casi toda la noche de rodillas, rezando; pero no le pareció bien mencionarlo.

—¿Por qué no bajáis a tomar algo? Yo me quedaré con ella —le invitó Laraine.

—Os lo agradezco, señora.

—Por cierto, don Rodrigo, en nuestro comedor hay otro invitado, un almohade —el monje entornó los ojos al escuchar la noticia—. Es un amigo de mi esposo. ¡Ah! Y no tratéis de convertirlo.

Rodrigo hizo un gesto con su mano, divertido.

Se pasó la mano por sus cabellos enredados, apartándoselos de la frente. Tendría que cortarse el pelo antes de salir de viaje, se dijo no con demasiado interés. Ciertamente era un asunto secundario. Rodrigo estaba con él en el

patio. Paseaba a su lado mientras el infanzón elegía las armas que llevaría en su viaje.

–He rezado, Miguel. Lo he hecho. Pero Dios no me habla. No sé qué hacer.

–Quizá no sea un asunto que debáis poner en manos de Dios, sino en las vuestras. ¿Lo habéis pensado? –le dijo el de Grez mientras sopesaba una espada y la devolvía a su sitio.

–¿Qué queréis decir?

–Quiero decir que vos debéis disponer lo mejor para vuestra madre.

–Mi madre necesita muchos cuidados y yo no puedo proporcionárselos y, en cualquier caso... no puedo pedir a nadie que...

Miguel lo miró a los ojos. Los problemas parecían crecer como setas a su alrededor.

–Buscad un buen sitio donde acojan a vuestra madre. Vos sois monje, por el amor de Dios, seguro que conocéis decenas de lugares adecuados donde pueda descansar y restablecerse.

–Pero... necesitaría dinero. Debe haber otra forma.

Miguel balanceó en el aire una maza. «Servirá», se dijo apartándola a un lado.

–En mi opinión –le dijo Miguel tomándolo del brazo–, lo que deberíais hacer es elegir un buen monasterio para ella y luego hablar con vuestro padre.

Rodrigo pareció contrariado.

–Sé que no queréis recurrir a él. Pero no os negará algo como eso. ¡Por el amor de Dios! Se trata de ella, de Narbona.

Rodrigo suspiró.

–Pensaba que quizá podría dejarla con vosotros.

–Bien sabéis que aprecio a vuestra madre, pero aquí no podemos cuidarla adecuadamente. Somos una familia un poco itinerante y, además, he de hacer un viaje que no sé cuánto tiempo me ocupará. Hablad con vuestro padre. Dentro de dos días me pondré en camino hacia Tudela. Venid conmigo y pedídselo.

–¿Vos intercederías?

–No creo que os haga falta. –«Y además yo tengo otra petición para el rey».

Rodrigo se relajó un poco, pero no parecía del todo convencido. Tenía dos días para terminar de convencerlo.

Miguel miró a Laraine pidiendo apoyo con su mirada, pero no lo obtendría porque ella tenía sus propios planes al respecto.

–Creo que Diego debería ir con vos –dijo Laraine con cuidado, sabiendo que esa no era la respuesta que Miguel esperaba, tras la petición de su hijo de viajar a Sevilla con él.

–Pero alguien debe cuidar de vos.

–Vos lo haréis –le dijo Laraine rápidamente. Sin que tuviera tiempo de pensar–. Vos cuidaréis de mí, porque yo también... os acompañaré.

–¿Es que os habéis confabulado todos contra mí? Es peligroso. Muy peligroso. No puedo tratar de liberar a Roland si he de preocuparme por vosotros.

–No daremos problemas –respondieron ambos casi al mismo tiempo. Lo que les provocó una sonrisa.

–No tenéis ni idea de lo peligroso que puede resultar. Hay dos ejércitos preparándose para declararse la guerra en cualquier momento. Cualquier chispa puede provocar el estallido de las hostilidades.

Miguel se fue enfadado. Parecía que aquella sería su última palabra, pero algo le decía que la alianza entre madre e hijo iba a resultar peligrosa. Pensativo, salió de la ciudad. Miró al cielo, despejado por primera vez desde hacía veinte días, y caminó con la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada. Todos los días hay que prepararse para una batalla. Y aquel día no iba a ser diferente. La orilla del río estaba tranquila. Hasta él llegaban algunas palabras partidas de las mujeres que lavaban unos pasos más arriba. Por lo demás, el ruido de la corriente era lo único que se escuchaba. El agua bajaba limpia y el Runa²⁶ se veía verde sobre la claridad del día.

–Siempre os ha gustado este sitio –escuchó a sus espaldas.

Miguel esbozó una leve sonrisa al escuchar la sentencia. En Álvaro, eso de que *el amigo es como la sangre, que acude a la herida sin llamarle*, se cumplía a rajatabla.

–Siento mucho lo de vuestro hijo –le comunicó poniendo una mano sobre su hombro izquierdo.

–Aunque Abou dice que está bien, no puedo dejar de pensar en todas las cosas horribles que le pueden suceder –dijo apretando fuertemente sus puños.

–Vos no erais mucho mayor que él cuando os encarasteis con Ricardo, el que hoy llaman Corazón de León.

–Solo le pedí que me tomara a su servicio.

–Lo que se dice es que, más bien, se lo exigisteis.

–Lo cierto es que el que terminó cargando contra mí fue el conde de Huntingdon y no Ricardo.

Álvaro sonrió para sí. No había visto la escena, pero se la imaginaba perfectamente. Miguel esperando sin moverse al conde que le amenazaba con la lanza, hasta que estuvo tan cerca que se la arrancó de las manos.

–Lo que os quiero decir es que sabrá cuidarse.

–Vos conocéis a los almohades tan bien como yo. Y Roland ahora es un enemigo para ellos.

Hombro con hombro, los dos amigos contemplaban la corriente.

–¿Cómo os habéis enterado de lo de Roland?

–Martín se encontró ayer en el mercado con Diego –Álvaro cogió una piedra y la lanzó sobre la superficie del río. Después de rebotar dos veces se hundió con un suave *glup*–. ¿Viajaréis con el rey?

Miguel lo miró antes de contestar. Sin demasiadas delicadezas se quitó el guante de su mano izquierda. Álvaro enarcó una ceja.

–¿Contesta esto a vuestra pregunta?

–Se ha dado mucha prisa en devolvéroslo –dijo divertido.

–Él todavía no sabe lo de Roland. Hará falta mucha persuasión para pedirle que interceda por mi hijo ante al-Nasir –se quedó en silencio reflexionando antes de interesarse por otros asuntos–. ¿Os ha convocado el rey también a vos?

Álvaro asintió y desvió su mirada. Miguel sabía cuándo su amigo se encontraba incómodo y esta era una de esas veces. El de Grez entornó ligeramente los ojos pero esperó pacientemente a que se decidiera a decir algo. Le oyó inspirar aire fuertemente.

–He estado hablando con Laraine –pronunció al fin con cautela–. Está decidida a ir con vos y a que os acompañe también Diego.

–No me digáis que os parece una buena idea.

–Supongo –empezó mirando a su amigo a los ojos–, que vuestros hijos pequeños podrían quedarse en Subiza con María y los míos. Martín estaría al cargo y ya conocéis a mi esposa. Se responsabilizaría de Isabel, Magdalena y Etienne como si de sus propios hijos se tratara. Mañana podemos pasar por Subiza e instalar a los pequeños y de ahí proseguimos viaje hacia Tudela.

–Veo que habéis hablado mucho y que tenéis todo pensado –el de Subiza se encogió ligeramente de hombros–. Hablaré con Abou. Si veo que puede haber garantías suficientes para poder protegerlos... entonces accederé.

Álvaro se relajó un poco al oír sus palabras. Aunque, ciertamente, sabía

que el viaje no iba a resultar placentero.

Diego creyó que aquel era el mejor momento para escabullirse sin que nadie lo echara en falta. Su madre ultimaba los preparativos para el viaje –por fin Miguel había aceptado llevarlos– y el infanzón estaba entretenido contando batallas con don Rodrigo, don Álvaro y Abou. Así que se escapó por la puerta de atrás, la misma que su propio padre y García utilizaban cuando querían desaparecer sin ser vistos, y se lanzó a las calles en las que ya se pintaban las largas sombras del atardecer.

Se apoyó en la misma esquina en la que había encontrado el cuerpo de Dulce, herido. Los recuerdos de aquel instante demudaron su rostro. Si se esforzaba, aún podía percibir el olor de su sangre. Se sacudió los recuerdos y dio varios pasos hasta llegar a su casa. Comprobando que nadie anduviera cerca, saltó a una ventana baja y de allí se impulsó hacia el piso superior. Con manos ágiles agarró el saliente adecuado y colocó su pie izquierdo en el hueco de dos piedras desgastadas. Fue suficiente. Esperó un poco antes de empujar la ventana de madera despacio primero, con fuerza después.

El rostro sorprendido de Dulce se volvió hacia la ventana. Abrió la boca y se quedó así, contemplando la cara de Diego mientras este le hacía una seña para que guardara silencio. Poco a poco, el gesto de sorpresa se tornó en otro que combinaba felicidad y temor al mismo tiempo.

–¡Vas a conseguir que mi corazón se detenga!

–Me he asegurado de que nadie me viera y de que estuvierais sola.

Dulce lo miró, sintiendo el palpitar veloz de su corazón.

–Mi padre tiene ojos en todos los sitios.

«No me lo recuerdes», pensó él.

–¿Cómo estáis?

–No me deja salir de casa –le dijo bajando la cabeza.

Diego se acercó a ella y le cogió la mano.

–Y sigue diciendo que te cortará la cabeza si te ve por aquí, o en cualquier otro sitio.

La sonrisa de Diego dijo algo así como esto es lo que hay, pero me arriesgo a verte y nadie me lo va a impedir.

–¿Por qué has venido?

Diego se mordió el labio inferior.

–Quería verte y asegurarme de que estás bien –el joven le tomó de las

manos y se las besó—. Voy a ausentarme durante algún tiempo. Hemos sabido que mi hermano ha sido apresado por los almohades y acompañaré a mi padre para tratar de rescatarlo.

—Lo siento mucho, Diego —dijo ella sinceramente—. Si hay algo que yo pueda hacer.

—No dejéis que vuestro padre os haga daño mientras yo no estoy.

—Rezaré para que podáis traer a vuestro hermano sano y salvo.

Los dos estaban muy cerca. Diego podía sentir el aliento de Dulce rozar su mejilla. Un ruido proveniente del piso inferior los puso en alerta.

—Debo irme —dijo él sintiendo correr el temor por sus venas.

Dulce lo despidió con un suave beso en sus labios.

—Que hagas el viaje con bien.

—Adiós, Dulce.

—Adiós, Diego.

El joven inició el camino de vuelta. Embriagado por el placer del beso, el temor a ser pillado prácticamente había desaparecido. Entró en la casa de los Almoravid por el mismo sitio por el que la había abandonado. Su padre estaba en la puerta. Al verlo, el corazón se le cayó a los pies.

—Yo... —balbució.

—¿Todo bien? —inquirió su padre.

Diego asintió sin poder formar palabra alguna en su boca.

—Entonces... será mejor que vayas a dormir. Necesitaremos todas las fuerzas posibles para este viaje.

—Que descanséis, *aita*.

Miguel posó su mano sobre su hombro.

—Que descanses, hijo.

Desde la puerta de la casa, Diego volvió su cabeza para ver a su padre. El infanzón miraba al cielo. La suave luz de la luna bañaba su silueta dándole forma sobre la oscuridad de la noche. A Diego no le cupo la menor duda de que sabía que había estado con Dulce.

-
- ¹⁹ No se sabe con certeza por qué entre todos los títulos que habían utilizado los reyes: Rey de Pamplona, Alaba, Bizcaya, Ipúzcoa, Tudela, Las Montañas, Logroño... o rey de Navarra (adoptado por Sancho VI en 1163 y que luego mantendrían sus sucesores), Rudh el-Kartas eligió el de Baiona para referirse a Sancho VII. Esta ciudad pertenecía al rey de Inglaterra a través de sus dominios aquitanos, si bien es cierto que nuestros reyes tuvieron en esa época bastante ascendencia sobre la zona, especialmente tras los esponsales de Ricardo con Berenguela de Navarra. Y los baioneses se decantaron por el rey navarro antes que por el inglés en varias ocasiones.
- ²⁰ El merino mayor se encargaba de administrar el patrimonio de la corona y de la recaudación de impuestos. Iñigo de Gomacn lo fue entre 1196 y 1212 y al parecer influyó de manera decisiva en la reforma de la Hacienda del reino.
- ²¹ Don Sancho pertenecía a la dinastía Jimena.
- ²² Se refiere a la Junta de los Infanzones que surgió durante el reinado de Sancho VII.
- ²³ Príncipe de los creyentes. Título con el que se conocía a Muhammad al-Nasir, califa almohade y que los cristianos pronunciaban como Miramamolín.
- ²⁴ Uno de los noventa y nueve nombres de Allah que significa «El más Compasivo».
- ²⁵ Moneda que hace referencia al nombre del rey Sancho.
- ²⁶ Río Arga.

EN LA BOCA DEL LOBO

En effect, il quitta Carmouna (que Dieu le maudisse!) accompagné seulement de ses femmes, de ses serviteurs et des porteurs de ses cadeaux pour El-Nasser. Au nombre de ces présents figuraient les lettres que le Prophète (que Dieu le comble de benedictinos!) avait écrites a Harkal, roi des Chrétiens. Le maudit apportait ces lettres pour obtenir sûrement son pardon et prouver qu'il tenait son royaume de très-grands et tres-hauts ancêtres. Ces nobles écrits étaient pour eux effectivement un bien riche-héritage; ils étaient soigneusement recouverts d'une étoffe de soie verte et enfermés dans une boîte en or parfumée de musc, et certes, tout cela était peu encore!. L'émir des Musulmans ordonna à ses troupes de former la haie depuis la porte de Carmouna jusqu'à celle de Séville, et aussitôt, cavaliers et fantassins formèrent les rangs sur la droite et sur la gauche; ils étaient tous en grande tenue de vêtements, d'armes et de harnais, et ils se touchaient l'un l'autre sur toute la ligne des rangs de Carmouna à Séville, soit sur un parcours de quarante milles environ de longueur. L'émir de Bayonne avança ainsi sous l'ombre des épées et des lances musulmanes, et à son approche de Séville.

***Roudh el-Kartas. Histoire des souverains du Maghreb et annales de la ville de Fès.
Traduid de l'arabe par A. Beaumier***

En efecto, él [el rey de Pamplona] se marchó de Carmona (¡que Dios lo maldiga!) acompañado solamente de sus mujeres, sirvientas y de los portadores de sus regalos para al-Nasir. Entre estos presentes figuraban las cartas que el Profeta (¡que Dios lo colme de bendiciones!) había escrito a Heraclio, rey de los griegos. El maldito trajo estas cartas para obtener seguramente su perdón y probar que había heredado su reino de ancestros de gran alcurnia y grandeza. Estos nobles escritos apoyaron efectivamente su bien rica herencia; estaban cuidadosamente envueltos en una tela de seda verde y guardados dentro de una caja de oro perfumada de almizcle y, ciertamente, todo aquello era así. El emir de los musulmanes ordenó a sus tropas formar en hilera desde la puerta de Carmona hasta la de Sevilla, de tal modo que caballeros e infantes formaron en fila a la derecha y a la izquierda, con sus uniformes de gala, sus armas y arneses. Y ellos se tocaban el uno con el otro sobre toda la hilera de Carmona a Sevilla, durante un recorrido de aproximadamente cuarenta millas de largo. El rey de Pamplona avanzó de esta manera bajo la sombra de las espadas y de las lanzas musulmanas en su aproximación a Sevilla.

***Roudh el-Kartas. Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.
Traducción del árabe al francés: A. Beaumier***

EL RUIDO DEL VINO AL SER SERVIDO en la copa se agrandó en el silencio de la sala. Rodrigo miró a Miguel. Este enarcó una ceja. «Yo ya tengo bastante con mi petición. Si malgasto mis recursos con la vuestra, nada podré hacer para velar por mis intereses. Sabéis que os apoyaré, pero vos debéis iniciar esta batalla», parecía decir ese gesto. Rodrigo trasladó su mirada hacia su padre, que parecía concentrado en la observancia del líquido rojo de su copa.

–Y bien, ¿de qué se trata ese asunto tan importante del que queréis hablarme?

–En realidad... –se adelantó Miguel–. Son dos los asuntos que deseamos exponeros, vuestra majestad –el infanzón giró su cabeza hacia la izquierda, donde se encontraba sentado Rodrigo.

El rey clavó su vista en su hijo.

–¿No estáis a gusto en vuestra encomienda? ¿Acaso deseáis cambiar de vida?

–No se trata de eso... vuestra majestad –dijo dudando sobre la forma de dirigirse a su propio padre. Su relación, prácticamente inexistente, no daba pie a familiaridades, decidió–. Se trata de... os quería pedir un favor...

–Hablad ya –le recriminó el rey con cierta dureza.

–Se trata de mi madre –dijo por fin Rodrigo.

Don Sancho devolvió a la mesa la copa que acababa de coger y entornó los ojos.

–La posada se incendió hace unas semanas y ella decidió marcharse de Pamplona. Nada más dejar su casa, lo que quedaba de ella, una turba incontrolada la atacó al grito de bruja. Y la arrojaron al río.

La incredulidad se marcó de inmediato en el rostro del rey, quien pasó a mirar a Miguel para confirmar lo que acababa de oír. El infanzón asintió en silencio, meneando levemente su cabeza hacia abajo para no interferir en el relato de Rodrigo.

–Doña Laraine, doña Catalina y Blanca la beata la sacaron del río como pudieron, pero mi madre... No ha vuelto a ser la misma, vuestra majestad.

–Es extraño –comentó don Sancho–. No había oído nada al respecto.

–El terremoto sucedió poco después, vuestra majestad, y el resto de sucesos pasó a segundo plano. La investigación se detuvo –completó Miguel.

–Desde entonces, mi madre ha estado acogida en casa de los Almoravid y bien cuidada, por cierto, pero ellos deben atender sus propios asuntos, por lo que me llamaron a mí. Después de mucho pensarlo, creemos que la decisión más acertada sería ponerla bajo el amparo y protección de un monasterio.

–Pero...

–Queríamos saber –continuó Rodrigo sin detenerse en la consideración de su padre para no perder el hilo de lo que deseaba decir– si os parece oportuno.

–¿Habéis pensado el lugar?

–Creemos que el convento de las Dueñas de Baranáin²⁷ sería adecuado.

–Pero...

Rodrigo bajó la cabeza con humildad.

–Vos sabéis que nada poseo, vuestra majestad.

El rey lo sabía y sabía también cuál era la petición que venía a continuación, pero quería escucharla de boca de su hijo.

–Me gustaría saber vuestra opinión sobre la posibilidad de que realizarais una donación a su nombre. Miguel está dispuesto a aportar también algo.

El rey inspiró con fuerza haciendo el silencio más denso y más pronunciado.

–Tomaré en cuenta vuestra petición y os contestaré antes de partir a tierras de moros –respondió por fin–. En cuanto al segundo de los asuntos...

–Se trata de mi hijo, vuestra majestad.

–¿Más desavenencias con don Alvar? –preguntó el rey mirando el anillo que había vuelto al dedo índice de la mano izquierda de Miguel.

–No, señor. Se trata de mi otro hijo, Roland.

Don Sancho se acomodó en su asiento y tomó la copa regalándose un buen trago. Intuía que aquel iba a ser un asunto serio.

–Abou el-Djyouch me ha traído noticias de que ha sido apresado. Cuando él inició su viaje hacia Navarra se encontraba prisionero en el propio campamento del Miramamolín.

–¿Y ese asunto tiene algo que ver con mi persona?

Miguel se guardó una sonrisa para sí y prosiguió con su relato.

–Quiero informaros de mi intención de rescatar a mi hijo en este viaje nuestro. Si creéis que eso puede interferir en vuestra embajada de manera que la hiciera peligrar, me gustaría me librarais de mi compromiso de viajar a vuestro lado. Ya que, en ese caso, me vería forzado a intentarlo por mi cuenta. Sin embargo, si os pareciera correcto unir vuestros esfuerzos a los míos, os estaría profundamente agradecido y vuestra intercesión ante el Miramamolín sería gratamente recibida por parte de mi esposa y por mí mismo.

–Ya veo... –manifestó el rey sin comprometerse–. Es un asunto que debe pensarse con cautela, ¿no creéis?

–Lo es, vuestra majestad.

–Entonces hablemos de ello con calma y de lo de Narbona, también. Necesito que me deis todos los detalles posibles. Pero lo haremos rodeados de una buena cena –proclamó mientras llamaba a uno de sus sirvientes para que se hiciera cargo de todo.

Laraine se acercó a la estrecha ventana del cuarto que les habían designado para pasar la noche. Podía percibir el nerviosismo que lo envuelve todo justo antes de iniciar un viaje. El viento silbó al introducirse por el hueco abierto en el muro y le provocó un escalofrío. Tenía el estómago endurecido, como si se hubiera tragado una piedra y todo su cuerpo estaba en tensión. Era difícil no pensar en todas las cosas horribles que le podían haber pasado, o incluso estar sucediéndole en aquel instante, a su hijo. La puerta se abrió y proyectó la sombra de Miguel sobre la entrada. El sirviente que le había acompañado se despidió llevándose consigo la luz que había iluminado su camino. La habitación se quedó de nuevo en tinieblas, alumbrada tan solo por la mísera llama de una pequeña vela. Miguel se acercó a Laraine y la abrazó. La siciliana siempre había creído que la envergadura del cuerpo de su esposo era la perfecta para que ella cupiera en el hueco de su protección. Trató de no llorar. Evitó las lágrimas, pero no el temblor de su cuerpo.

–Encontraremos a Roland y lo traeremos de vuelta a Navarra –le aseguró. Su voz sonaba firme y decidida–. Abou nos ayudará y creo que el rey también. Todavía no lo ha decidido, tiene que meditar sobre ello, pero que no me haya dado una negativa de entrada, es una buena señal.

Laraine asintió.

–¿Os encontráis bien? –le preguntó Miguel.

Ella lo miró a los ojos forzando su cuello un poco hacia atrás. Todo en él transmitía fuerza y optimismo en aquel instante. Eso la tranquilizó. Sonrió. Buscó con sus manos las de Miguel y las besó. Luego colocó la mano derecha de él sobre su pecho. El de Grez la miró dubitativo, pero solo un instante. Conocía demasiado bien las reacciones de aquel cuerpo. Laraine cerró los ojos y se apretó más a él. Aquella noche, más que nunca, necesitaba sentirlo cerca, dentro de su propia piel.

Partieron al alba del siguiente día. La despedida de Rodrigo fue rápida e intensa; muchas cosas que decir y muy poco tiempo. Todo se había decidido

prácticamente a última hora. El rey había consentido en hacer una pequeña donación al convento de las Dueñas. Mal no le vendría a su alma, había pensado Rodrigo, quien claramente se había abstenido de comentárselo a su padre. Rodrigo se abrazó a Miguel y le dio las gracias. Él se haría cargo del traslado de Narbona al convento y de asegurarse de que todo quedaba en orden.

Don Sancho había esperado hasta el último instante para comunicarle a Miguel su decisión sobre el otro asunto; ese que le implicaba a él.

–Supongo que hará falta incluir más obsequios para el califa –le había dicho con cierto deje que al infanzón le sonó a sorna.

Laraine se situó en el lugar de la caravana que le habían asignado. Había otras mujeres, pero eran pocas las damas que participaban en aquella expedición. Y todas miraban con recelo la oscura figura del caído Abou el-Djouch. Lo cierto era que casi todos lo ignoraban, lo rehuían o incluso se mofaban de él. Todos, excepto Miguel y Álvaro. Sabedor de esto, Abou viajaba solo, descolgado, siempre que podía. No era tonto y había percibido las desavenencias que su presencia conllevaba.

Las primeras jornadas fueron tediosas y repetitivas, pero conforme se adentraron en tierras castellanas, el viento comenzó a vibrar de otra manera. Se sabe cuándo se acerca una guerra porque las gentes se echan a los caminos, y los caminos empezaban a estar muy transitados. Eso era bueno y malo a la vez. Bueno, porque nunca estaban solos. Y el miedo a ser atacados se desvanecía. Pero era malo porque podía haber demasiada gente que los identificara y los delatara como enemigos. El grupo de los navarros no era excesivamente grande, pero don Sancho sí lo era. Y el mulo sobre el que cabalgaba necesitaba descansar con cierta frecuencia. Se detuvieron cerca de un bosque. Miguel miró en derredor.

–¿Buscáis un sitio para escaparos con vuestra esposa? –le preguntó Álvaro.

El infanzón no pudo evitar reírse. Pero no era eso lo que buscaba, sino a Abou, al que no veía desde la hora de comer, y así se lo comunicó.

–Al final, siempre aparece. Y si ha atravesado la península de sur a norte y solo, no creo que tenga demasiados problemas para hacerlo en sentido contrario.

La expedición se preparó para pasar la noche al raso. No hacía demasiado calor, pero sería suficiente para no pasar frío al lado de una buena fogata.

–¿Os preocupa algo? –le preguntó el rey al ver la mirada perdida en la

distancia del infanzón. Se acababan de sentar a cenar y el ambiente era relajado en el campamento.

–Me preguntaba dónde estaría Abou.

–Dejadlo –dijo don Sancho restándole importancia–. Seguramente estará contactando con los suyos. De alguna manera tendrá que hacerle llegar la noticia a al-Naser de que llegamos antes de que se presente allí con nosotros. Comed y disfrutad, mientras podáis.

Miguel elevó su copa a la salud del rey y comió algo. Sin embargo, la llegada de la comida al estómago arreció su sensación de intranquilidad. Se levantó sin apenas probar bocado y le dijo a Laraine que iba a dar una vuelta por los lindes del bosque para ver si encontraba al almohade.

–No os separéis del grupo para nada –le advirtió–. Permaneced cerca de don Álvaro.

El de Grez se alejó despacio. El suelo estaba mullido. Se notaba que había recibido abundante agua durante el invierno y la primavera. Caminó con cuidado. Había desenvainado su espada y la llevaba ligeramente por delante de su cuerpo. Le extrañaba que Abou se ausentara durante tanto tiempo, por mucho que el rey estuviera convencido de que necesitaba contactar con los suyos. Además, se sentía responsable de su seguridad mientras estuvieran en tierras cristianas. No sería nada conveniente tener que explicar al califa que uno de sus caídes había muerto mientras estaba con ellos, cuando pretendía rogarle que liberara a su hijo. Se adentró un poco más en la espesura del bosque, pero no podría ir demasiado lejos. La noche avanzaba a pasos gigantescos mientras el sol lanzaba los últimos rayos por entre los árboles. Decidió regresar y, si fuera preciso salir al camino y desandar parte del último trecho que la expedición había recorrido. Se giró. El sol quedaba ahora a sus espaldas. El aleteo de un búho lo sorprendió con el primer paso de retorno. Un movimiento instintivo le hizo mover sus brazos sobre su rostro para protegerse. Hizo una mueca de enfado por asustarse de un pájaro cuyo nombre tantas veces habían usado para nombrarle a él mismo. Por eso percibió un poco tarde que el bosque se había quedado en silencio. Adoptó una posición algo más defensiva justo en el momento de intuir la figura de un hombre atado a un árbol, justo a su izquierda. La cabeza le caía hacia uno de los lados como si estuviera inconsciente. El pelo tapaba casi todo su rostro, pero todavía había suficiente claridad como para distinguir sus vestiduras. No había duda de que se trataba de Abou. Su instinto de soldado le hizo concentrarse en todo lo que le rodeaba. Apretó los labios cuando, de repente, a su derecha vio

aparecer a su propio hijo y detrás de él... a Laraine. Le hizo un gesto determinante a Diego. Suficiente para que alguien experimentado como Álvaro, García o incluso Abou entendiera que debía retirarse al campamento. Pero insuficiente para alguien de la ingenuidad de su hijo.

–¡Corred! –les gritó con furia cuando vio que lo inevitable se les venía encima.

La sonrisa con que Diego trataba de saludar a su padre desapareció de golpe de su cara cuando vio ante él a dos hombres que lo amenazaban con unos cuchillos. Se puso delante de su madre, más por accidente al tratar de retroceder que por ser realmente consciente de que con ese gesto intentaba protegerla. Miguel corrió hacia ellos espada en mano, o más bien trató de hacerlo, porque alguien por detrás se interpuso en su camino, le puso la zancadilla y le hizo caer al suelo. Su espada se separó de su mano unas pulgadas. Reptó por el suelo para llegar a ella, pero una patada impactó en su costado, haciendo que se olvidara del arma y se preparara para enfrentarse con los puños. Dio patadas y recibió. Notó cómo su cuerpo se tensaba. El filo de algo indefinido rozó su pecho. Oía gritos, pero no podía saber a ciencia cierta qué suerte estaban corriendo su esposa y su hijo. Por fin pudo ponerse de pie. Su espada quedaba demasiado lejos. Alzó los puños protegiendo su rostro y sacó una directa que impactó sobre el rostro de su atacante. «Eso ha debido dolerle mucho», pensó Miguel. Casi tanto como el golpe que sintió en la parte posterior de su cabeza y que hizo que su vista se nublara y el mundo se desvaneciera a sus pies.

Volvió a la consciencia después de un tiempo indeterminado. Todo estaba oscuro a su alrededor y le costó darse cuenta de que el entumecimiento que sentía en brazos y piernas se debía a que estaba atado fuertemente. Debió gemir porque uno de sus captores habló con voz fuerte y tormentosa, devolviéndole a la siniestra e incierta realidad.

–El caballero ha despertado.

Un coro de risas resonó en su dolorida cabeza. Hizo ademán de levantarla para situarse, pero un tremendo dolor cruzó su cráneo de lado a lado y fue consciente de las tres dimensiones de su testuz. Eso le hizo ser más precavido a la hora de moverse. Una hoguera pequeña alumbraba un pequeño círculo a su alrededor. Observó los árboles. Estaban más juntos de lo que recordaba, por lo que se debían encontrar en un espacio adentrado del bosque. Lo cual era

una contrariedad porque estaba seguro de que se hallaba cerca del campamento navarro cuando había sido apresado. Entonces recordó de golpe a Laraine y a Diego y a Abou. Abrió y cerró varias veces seguidas los ojos y movió despacio su cuello. Cuando percibió los cuerpos de su esposa y de su hijo se removió inquieto en su cárcel de cuerdas.

Escuchó las risas, pero su mente trabajaba deprisa sopesando la situación y sus posibilidades. Seguramente les echarían de menos en el campamento. Todos no, algunos se habrían echado ya a dormir, pero esperaba que al menos Álvaro se preocupara lo suficiente por ellos como para salir en su busca. Sin embargo, no podía contar con su ayuda en aquellos instantes y no sabía cuánto podía tardar en aparecer. La débil luz de la hoguera delataba su presencia, pero aún así... Debía pensar algo rápido. Se removió un poco para ver cómo de fuerte estaba amarrado. Dedujo que lo suficiente para no servir de gran ayuda. Miró a su esposa. Tenía la cabeza baja y estaba seguro de que algunas lágrimas se habían escapado de sus ojos. Apretó los labios al ser consciente de que en un rapto como ese, las mujeres siempre tenían más que perder.

Uno de los captores, al que había oído que llamaban Martíniz, se acercó a su esposa. Quería ver la reacción de Miguel.

—¿Quiénes sois y por qué andáis por ahí secuestrando a la gente de bien?

Martíniz forzó una carcajada. Salió hueca, sonora y con grandes dosis de sarcasmo.

—Fuimos soldados, pero cuando no hay guerra nadie nos quiere. Y hay que buscarse la vida —dijo acercándose a Laraine y rozando su mano contra su mejilla.

Miguel tuvo que reprimir el impulso de insultarle, pero decidió ganar tiempo.

—Pero don Alfonso...

No pudo completar la frase porque un coro de risas ahogó sus palabras. Miguel supo lo que aquellas carcajadas querían decir. Eran muchos los soldados que en tiempos de paz se convertían en asaltantes. Aquellos tres hombres habían decidido que esa vida era menos peligrosa y daba más ganancias que volver a convertirse en soldados al servicio de un amo cualquiera. Y esa certeza los acababa de convertir en una amenaza para su familia.

—Hemos capturado a un moro —dijo Martíniz divertido.

—Ah, ¿sí? —preguntó el infanzón tratando de no darle mucha importancia a su interrogación—. ¿Y qué habéis hecho con él?

–Nos darán mucho dinero por él.

–No os darán nada por alguien que no está aquí.

–Os noto preocupado por su suerte. Pero tranquilizaos, no podrá moverse de donde está.

De nuevo aquel irritante coro de risas se manifestó.

–Pensaba que hoy habíamos tenido suerte. Primero el moro y luego vosotros. Pero, lamentablemente, no hemos encontrado muchas cosas de valor entre vuestras posesiones. Vuestro anillo está bien –dijo el tal Martíniz mostrando el anillo del leal al de Grez. Sus entrañas se revolvieron–. En cuanto a la dama y al joven... Deberán pagar otro tipo de tributo ya que no hemos encontrado dineros.

No lo expresó en voz alta, pero si aquellos infames castellanos se atrevían a tocar un solo pelo de la cabeza de su esposa o de la de Diego, la venganza les iba a dejar con las tripas fuera de su cuerpo.

–Decidme, noble caballero, ¿por quién queréis que empiece? Será por vuestra... esposa...

Laraine sintió la lengua del captor sobre su mejilla. Fue una sensación repugnante y grimosa.

–Podría ser –dijo Miguel tratando de mostrar indiferencia, algo que le estaba costando horrores–. No me importa. Viajamos a casa de su padre. Voy a repudiarla. Quizá a vos os dé el placer que no consigue darme a mí.

El rostro de Martíniz se volvió hacia Miguel intentando valorar la veracidad de sus palabras. Un gruñido indefinido salió de su garganta.

–Quizá apreciéis más entonces a este joven...¿Vuestro hijo?

Las sucias y ásperas manos de su captor descendieron por el pecho del joven hasta su ombligo y después más abajo en busca de sus genitales.

–Él no es más que el mozo que se encarga de los caballos –las palabras de Miguel detuvieron el avance de la mano de aquel hombre, pero no la sensación de suciedad que envolvía el cuerpo de Diego–. Bien podría sustituirlo hoy mismo por otro.

Martíniz se volvió hacia el infanzón con rabia. O decía la verdad, o sabía mentir muy bien. Sin embargo... Una sonrisa cínica apareció en su rostro. Aquel caballero podía mentir muy bien, pero no así la dama y el joven. Ellos le estaban diciendo con su silencio lo que el otro había tratado de ocultar. Y, desde luego, las ropas del muchacho no eran las de un mozo que cuida de los caballos.

El raptor golpeó la cara de Miguel con el revés de su mano.

–¿Cuál es vuestro nombre?

–Soy don Miguel de Grez Almoravid, no lo olvidéis.

–Je. Bien don Miguel de Grez Almoravid. Veis que no lo he olvidado – apostilló–. No me gusta que me mientan. Váis a contemplar en un asiento de honor un gran espectáculo y veremos si podéis permanecer de modo tan indiferente cuando este comience. ¡Desatadlo y traedlo aquí, junto a la hoguera! –les pidió el tal Martíniz.

Miguel se preparó. No tenía mucho tiempo y solo contaría con el factor sorpresa durante unos instantes. Escuchó el rasgar de una tela. El captor estaba empezando a consumir su amenaza y había elegido a Diego. Miguel tensó sus músculos. En cuanto se sintió libre de las amarras, movió su mano hacia el cinturón y cogió su cuchillo. Aquellos hombres no habían hecho una inspección demasiado meticulosa de su persona. Sin pensarlo lo blandió delante del pecho del que tenía a su derecha y se lo clavó en el estómago haciendo fuerza hacia arriba hasta que el arma se encontró con el esternón. Oyó resoplar a alguien y la confusión estalló en el pequeño campamento. Dio una patada, recibió un golpe en el estómago. Notó cómo algo impactaba en su cabeza y todo amenazó con volverse negro, pero se sacudió lo suficiente para que la sensación de ir a perder el sentido se desvaneciera. Peleaba con el hombre de la izquierda mientras el de la derecha, desde el suelo, trataba de trabarle por las piernas al tiempo que intentaba zafarse del cuchillo que había quedado atrapado en su costillar.

–¡Defiéndete! –le gritó Miguel a su hijo que parecía paralizado por el miedo–. ¡Eres un Almoravid! –le recordó mientras él recibía un puñetazo en pleno rostro.

Diego sentía un peso enorme sobre él. Algo húmedo le cayó sobre el rostro y notó una arcada subirle desde el estómago y oprimirle la garganta. Oía a su padre, pero no entendía sus palabras. Martíniz le hablaba al oído y trataba de darle la vuelta.

Laraine se arrastró por el suelo. Sus pies y sus manos estaban atados, por lo que su avance era lento y doloroso; cada rama, hoja y piedra del suelo arañaba sus ropajes y, por ende, su cuerpo. Como una serpiente, reptó hasta acercarse a su hijo.

Miguel golpeó sin decoro el rostro del hombre que acababa de apuñalar. No lo dejó inconsciente, pero esperaba que al menos le concediera una tregua para poder centrarse en el otro agresor. El siguiente golpe lo tumbó en el suelo. Tuvo el tiempo justo de rodar sobre sí mismo y esquivar la cimitarra

que se le venía encima. ¿De dónde había salido?, se preguntó. Aunque eso era lo de menos. Lo que contaba era que ahora se encontraba en franca desventaja. Sin embargo... si estaba allí la cimitarra de Abou... Reculó con un ojo puesto en el hombre que le amenazaba y el otro en cuanto le rodeaba. Su propia espada no debería estar demasiado lejos. La vio, por fin, apoyada cerca de un árbol, pero justo al otro lado de donde se encontraba. Miguel ululó como un búho. Todo lo fuerte que pudo. Una, dos, tres veces; hasta casi quedarse afónico.

«Soy un Almoravid», se repetía Diego con desasosiego. Trataba con ese pensamiento de evitar que cundiera el pánico y entrar en un estado de falta total de reacción. Escuchó de nuevo su nombre, pero esta vez pronunciado por su madre. Laraine había llegado hasta él. Trató de enderezarse buscando ponerse de rodillas. Golpeó a Martíniz por la espalda. Pero a este le bastó un codazo para deshacerse de la mujer. La siciliana cayó de costado. El pómulo empezó a latirle con fuerza y un dolor se extendió por su mejilla izquierda.

Miguel ululó de nuevo mientras saltaba sobre la hoguera. Su perseguidor lo hizo tras él. Miguel se arriesgó a recibir una herida en su espalda, pero corrió todo lo que pudo y agarró a Martíniz por la espalda sacándolo de encima de su hijo. La cimitarra del segundo hombre rasgó el aire y fue a dar en el brazo de su jefe, produciéndole una herida leve. Ahora todos estaban demasiado cerca unos de otros y el que manejaba la cimitarra era el que tenía la mayor ventaja. Para suerte de Miguel, pareció dudar a la hora de elegir a quién atacar con ella; si a Miguel, a la mujer o al joven. El de Grez no lo dudó. Cogió a un sorprendido Martíniz por los hombros y lo colocó delante de él justo a tiempo de usarlo como escudo. La cimitarra se clavó entre sus costillas y lo traspasó de lado a lado. Hasta tal punto que estuvo a punto de clavarse en el vientre del propio Miguel.

—¡Trae mi espada! —le gritó a su hijo mientras le señalaba el lugar donde se encontraba y golpeaba al único atacante que quedaba en pie antes de que pudiera sacar su arma del cuerpo de Martíniz.

Las piernas le fallaron a Diego. Era como si de repente se hubieran convertido en manteca. Todo su cuerpo temblaba. Tenía la sensación de estar en una pesadilla de esas en las que quieres ponerte de pie y no puedes.

—¡Mi espada! ¡Rápido! —volvió a gritar Miguel.

El de la cimitarra había recuperado el arma y la blandía con intención de dirigirse hacia Laraine, quien se había hecho una pelota en el suelo y se defendía de Martíniz, que se resistía a morir y trataba de atacar a la mujer.

Miguel acudió al lado de su esposa.

–Laraine –le dijo para tranquilizarla, pero con los dos ojos puestos en el enemigo que caminaba hacia ellos y en las intenciones de Martíniz. Este parecía querer morderle la pierna.

El infanzón estaba cansado y ya no tenía las mismas fuerzas ni la rapidez del comienzo. Pero con la fuerza que daba el saber que uno debe defender a su familia, buscó la energía para un último ataque. Cogió a su esposa por las muñecas y la puso de pie. Sujetándola dio unos pasos hacia atrás. Diego dio por fin señales de vida.

–Vuestra espada, *aita*.

–Desata a tu madre y llévatela de aquí. Es una orden Almoravid –le remarcó.

Miguel dejó el peso de su esposa en manos de su hijo y lanzó una piedra sobre el único atacante que quedaba en pie para cerciorarse de que se centraba en él y no en su familia. Diego, mientras tanto, recibió a su madre y, por cogerla, a punto estuvo de soltar la espada. Como buenamente pudo, arrastró a su madre unos pasos más atrás y la dejó en el suelo. Luego soltó sus amarras. Le costó. Su pulso temblaba tanto que temía herirla. Cuando acabó, dudó unos instantes.

–Llévatela de aquí –le volvió a repetir su padre, mientras se preparaba para hacer frente al último atacante.

–Vuestra espada –le gritó su primogénito lanzándosela por el suelo. Después de eso, Diego, obediente, se alejó con Laraine.

Si se paraba a hacer un recuento de todas las partes del cuerpo en que sentía un golpe o una herida, se caería allí mismo, así que se obligó a centrarse en aquel hombre que lo amenazaba con una cimitarra. Esquivó dos lances antes de que su espalda chocara contra un tronco. Por instinto de supervivencia, algo que desde pequeño tenía muy desarrollado, movió su cuerpo hacia la derecha evitando el roce mortal del acero. Se alejó del árbol andando hacia atrás. Por evitar otro lance cayó hacia atrás y su cabeza se golpeó contra una piedra provocándole un ardor intenso. Su propia espada estaba cerca. La había visto al mirar hacia atrás. Estiró su brazo derecho. Notó su pomo sobre las yemas de sus dedos y se impulsó un poco con los pies para poder llegar mejor. La cimitarra de su oponente ya caía sobre él cuando logró asir la empuñadura y elevar la espada cruzándola sobre su cabeza. Esperaba un golpe fuerte que no sabía si iba a poder repeler con suficiente contundencia. Pero en vez de eso, la cimitarra que lo acababa de amenazar golpeó con

suavidad su filo. El cuerpo de su atacante se desplomó sobre el suyo propio. Algo líquido y cálido se empezó a esparcir por su pecho sin que Miguel tuviera muy claro a quién pertenecía esa sangre. La cabeza de su rival golpeó su mejilla y el infanzón sintió su aliento sobre él. ¿El último? Se sintió mareado y el dolor lo abarcaba entero. Le pareció que alguien le liberaba del cuerpo que tenía encima. Con sus últimas fuerzas, blandió de nuevo su espada. Una figura alta de ojos grises acaparó su campo de visión.

–¡Todo ha terminado! Todo está bien, Miguel –le dijo.

Y el de Grez pudo por fin respirar tranquilo.

Álvaro le ayudó a levantarse. Junto a él habían acudido también otros hombres que marchaban con ellos.

–Os oí ulular –le dijo el de Subiza riéndose–. Pero parece que teníais todo bastante controlado.

Miguel ladeó su cabeza. «Ni os lo imagináis», pensó.

–¿Laraine y Diego?

–A salvo. En el campamento, con el rey y el resto de los hombres –le informó su amigo golpeándole el hombro.

Miguel limpió su espada y la enfundó con cuidado. Miró alrededor respirando aún con dificultad. Martíniz había muerto con la boca abierta. Su rostro parecía la amenazante cabeza de un carnívoro que va a devorar a su presa. «Maldito castellano», pensó para sí. Se acercó a él y se agachó a su lado.

–Esto pertenece a mi rey –le dijo en voz alta–. Y vos no os habéis mostrado digno ni capaz de poder sobrellevar su carga. –El de Grez tomó el anillo y se lo volvió a poner en el dedo.

El hombre al que Miguel había apuñalado aún respiraba. Al otro... Álvaro lo había ajusticiado por la espalda.

–¿Qué pensáis hacer? –preguntó Álvaro haciendo un gesto con su barbilla que apuntaba a los tres hombres.

–Si fuera por mí, dejaría que las alimañas redujeran sus cuerpos a simples huesos. Pero somos cristianos.

Álvaro afirmó dos veces con su cabeza.

–¡Abou! –recordó entonces Miguel–. Debo ir a buscarlo.

–¡No os lo vais a creer!

A Abou lo habían enterrado hasta el cuello y Álvaro había estado a punto de pisarle. Así se lo acababa de contar el de Subiza. Miguel no podía dar crédito a la crueldad de aquellos hombres. Casi se estaba arrepintiendo de haber sido tan benevolente con el herido y con los muertos a la hora de aceptar enterrarlos. Se merecían... lo peor. Pero gracias a Dios, su esposa y su hijo se encontraban enteros y bien. Bueno, todo lo bien que uno se puede hallar después de una experiencia así.

Al llegar al campamento, se arrodilló al lado de Laraine. La observó con detenimiento. Tenía la cara hinchada y un feo corte en el pómulo. Quizá el hueso estuviese dañado, aunque no lo creía. Aparte de numerosos arañazos y cortes desparramados a lo largo y ancho de todo su cuerpo, no parecía tener nada más. Estaba tumbada, muy quieta, pero trató de incorporarse cuando notó la presencia de Miguel. Sus propios males los vio reflejados el infanzón en el gesto de preocupación que la cara de ella no pudo disimular. Le sonrió mientras le preguntaba si se encontraba bien.

–Estoy cansada, pero no creo que tenga nada que no se vaya a curar en unas semanas –le aseguró ella–. Me he examinado a conciencia.

Miguel no lo dudó. Para eso, Laraine era siempre muy estricta.

–¿En qué demonios estabais pensando para alejaros del campamento? –estalló Miguel de repente. Después de comprobar que su esposa estaba bien, no pudo evitar reprochárselo. Había habido muchas posibilidades, demasiadas, de que los tres hubieran muerto.

Laraine trató de morderse los labios. El enfado y la rabia de su esposo eran palpables en el ambiente y sabía que no se iba a quedar callado.

–Os dije claramente que no os alejarais del campamento y que permanecierais al lado de Álvaro. ¿Me queréis explicar cómo demonios se os ocurrió internaros en el bosque? ¡Solos!

–No culpéis a vuestro hijo. Fue por mi causa.

–Debería...

–¿Castigarme?

Miguel tenía la mirada clavada en las pupilas de su esposa. La respuesta estaba ahí escrita. No hacía falta que la pronunciara. Si se contenía, quizá fuera solo porque no consideraba aquel el lugar adecuado, ni el momento preciso. Laraine casi hubiera preferido recibir entonces una bofetada que dejar que el enfado se quedara allí, construyendo un muro entre los dos, pero Miguel era el que decidía. Ya habían hablado de lo peligroso que iba a resultar aquel viaje y aún así ella había decidido no solo ir, sino embarcar

también a su hijo. Y Diego había estado a punto de...

La siciliana volvió la cabeza hacia donde se encontraba su vástago y enarcó sus cejas.

–Deberíais dejar que mirara vuestras heridas –ella trató de ser conciliadora.

Su esposo hizo un gesto con la mano diciéndole que eso podía esperar.

–Deberíais hablar con él –dijo entonces Laraine sabiendo que luchar contra la obstinación de Miguel era una batalla perdida. Para llegar de nuevo a él, tendría que dar un rodeo. Y ese rodeo podía prolongarse un instante, unas horas, unos días o incluso unas semanas. No le apetecía mucho malgastar su tiempo en explicarle a Miguel qué era lo que la había llevado a alejarse del campamento con Diego en vez de con Álvaro. En el fondo era una tontería. Pero se lo diría antes de recibir su castigo. O quizá, ya lo estaba recibiendo. Miguel se alejaba en dirección a Diego.

El joven estaba sentado con las piernas flexionadas y sus brazos sujetando sus rodillas. Su mirada permanecía perdida en algún lugar lejano de su propia mente. El de Grez se sentó a su lado.

–¿Cómo te encuentras?

Diego no respondió. Una ligera convulsión de su labio inferior le advirtió al infanzón que su hijo aún estaba lejos de reaccionar y de aceptar los hechos. Había visto a compañeros paralizarse por el miedo antes de iniciarse un combate, a otros perdidos después de haberse realizado. Algunos nunca reaccionaban. Unos pocos se volvían crueles o, lo que era peor, disfrutaban con la visión de la sangre.

–Diego –le dijo con suavidad–. Todo ha pasado ya.

Le puso una mano sobre el hombro. Estaba enfadado con él, igual que lo estaba con Laraine, pero de nada serviría reprocharle su actitud en ese momento. Primero tenía que hacerlo reaccionar y que se enfrentara con sus propios miedos y temores.

–Diego, escúchame, hijo. Todo está bien. Quiero darte las gracias por poner a tu madre a salvo.

No cambió de posición, ni siquiera pestañeó, lo que sembró intranquilidad en Miguel. No entendía... pero sí, se había olvidado de que Martínez había tratado de abusar de él. El de Grez buscó con la mirada a Álvaro. Este, atento, interpretó enseguida su gesto y le llevó un pellejo de vino.

«¿Qué ocurre?», le cuestionó el de Subiza con la mirada. Miguel meneó dos veces la cabeza de derecha a izquierda. «No reacciona. Trae el vino», le

contestó con ese gesto.

–Bebe –le pidió Miguel, poniendo delante de sus ojos el pellejo que le acababa de entregar Álvaro. No hubo movimiento. Álvaro miró a su amigo y se arrodilló al otro lado de Diego. Miguel asintió. Entre los dos pusieron el pellejo en las manos de Diego, le hicieron agarrarlo y le ayudaron a llevárselo a la boca. Echaron su cabeza hacia atrás y apretaron el pellejo hasta que el líquido salió, escurriéndose por las comisuras de sus labios. Algo debió entrar en su boca también, porque el joven comenzó a toser y a hacer aspavientos. Al menos, era algo. Diego se levantó de golpe y se alejó de los dos adultos.

–Abou te está esperando –le comunicó el de Subiza, mientras su amigo seguía con la mirada los pasos de su hijo–. Ve a verlo, yo me ocupo de él.

–Gracias.

Todavía sentía el olor del barro en su cerebro y el sabor de las plantas en su boca. Estaba cansado y necesitaba cerrar los ojos. Pero si lo hacía, notaba la presión de la tierra en sus brazos y en su cuerpo y se agitaba con la sensación de estar en un sitio del que no podía salir. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba respirando con dificultad, igual que había hecho durante los minutos que había pasado enterrado en aquel agujero. Álvaro había estado a punto de darle un buen puntapié. Gracias a eso, el navarro lo había hallado antes de que algún depredador hubiera tenido la oportunidad de hincarle el diente. Pero había estado tan cercana la posibilidad de que le hubiera partido el cuello de un pisotón, que todavía temblaba al recordarlo. Se encontraba aturdido y el dolor de la herida que tenía en un costado le impedía pensar con claridad. Moverse... eso ni se le ocurriría; por eso había pedido que le informaran de la llegada de su amigo Miguel, al que Álvaro había ido a buscar.

Al verlo, el almohade trató de hablar, pero las palabras no llegaban a su boca. Cuando lo hicieron, solo aquellas que había aprendido de pequeño, las que formaban parte de su idioma materno, pudieron conformar algo contundente. A Miguel no le importó compartir con él aquellos instantes en su idioma.

–Me tendieron una emboscada –le contó–. Los había visto una legua más atrás y había procurado apartarme de su camino, pero ellos habían decidido otra cosa. Pensé que ya les había dado esquinazo, pero entonces aparecieron dos ante mí y lo siguiente que recuerdo es estar atado a un árbol. Creo que os

vi aparecer por unos instantes y me alegré. No recuerdo mucho más, porque lo siguiente fue... tener el suelo metido en mi boca, literalmente.

Miguel lo escuchó con atención, sin interrumpirle. Esperó a que concluyera su relato antes de devolverle la cimitarra.

–Gracias –le dijo agradecido de veras.

–¿Puedo? –le preguntó Miguel descubriendo su herida.

Parecía un corte limpio, pero había estado durante mucho tiempo en contacto con la tierra y podía haberse infectado.

–¿Os lo ha mirado mi esposa?

Abou negó con la cabeza.

–Le pediré que lo haga.

–No hace falta que la molestéis. Yo soy solo un infiel y ella... Por cierto, ¿cómo se encuentra? Álvaro me ha dicho que todos vosotros fuisteis atacados.

–Algo magullada, pero ocuparse de vos le ayudará a ella misma.

Abou no se quejó más y esperó impaciente su visita.

Faltaba muy poco para que amaneciera. Había demasiados asuntos sobre los que decidir y tuvo que reconocer que estaba algo abotargado para ello. El rey casi se había reído de él cuando le participó de sus intenciones de ocuparse tanto de los atacantes muertos como del herido. Os estáis volviendo un blando, le había dicho don Sancho. Estoy seguro de que vos también consideráis que es lo correcto –le había replicado el infanzón. Ocupaos entonces vos, le había respondido su rey. No había opción. Con don Sancho casi nunca la había. Lo había pensado bien. Cerca, si no recordaba mal, había un monasterio. Allí se harían cargo de todo si conseguían darles una explicación convincente. El de Grez había hablado con el superviviente y le había explicado claramente sus intenciones.

–Diremos que te encontramos herido y a tus compañeros muertos. Ahora bien, si decides mantener otra postura o dar otro tipo de explicación... te juro que en este instante pongo fin a tus sufrimientos.

Era una oferta generosa, según su opinión y, al parecer, el atacante también lo consideró así. Solo había un defecto en su plan. Ni él, ni Laraine, ni Diego, ni Abou podían dejarse ver en el monasterio. Si no, cualquiera sospecharía de la coartada. Tendría que hablar con Álvaro.

Laraine se sentó a su lado. Trajo con ella un aroma tan conocido, tan familiar, que le resultó perturbador. No estaba dispuesto, por nada del mundo,

a perderla. La necesitaba. Diego, adormilado a su izquierda, seguía perdido en un mundo al que no dejaba entrar a nadie. Quizá fuera pronto. Después de todo, solo habían pasado unas horas.

–¿Cómo se encuentra Abou? –le preguntó Miguel. La siciliana notó restos de su enfado prendidos en sus palabras.

–No podrá cabalgar en unos cuantos días. Y después... no lo sé.

–Vuestras palabras no son muy halagüeñas.

–Sabéis que intento ser sincera. De momento, no va a morir.

–Eso me agrada. No me gustaría presentarme ante el Miramamolín a pedir la vida de mi hijo a cambio del cadáver de su caído más joven.

–Me alegra ver que aún conserváis ese punto de humor irónico, a pesar de todas vuestras heridas y de lo que ha pasado.

El infanzón miró al suelo.

–Me alejé a hacer mis necesidades –le explicó. Tenía que hacerlo. Aunque él hubiera tomado ya sus decisiones al respecto, tenía que contarle su versión. Y decirle que ella también estaba dolorida por la forma en que la había tratado delante de los asaltantes. ¿Repudiarla?–. No me pareció oportuno, ni correcto solicitárselo a don Álvaro. Así que se lo pedí a nuestro hijo. Había algunos de nuestros hombres merodeando por allí así que tuvimos que alejarnos un poco más. Solo un poco más, Miguel. Luego... nos pareció verte y... simplemente le dije a Diego que fuéramos a buscarte. Se me ocurrió que... Bueno, se me ocurrió la idea de que podíais haberos despistado y no estar seguro de encontrar el camino de regreso. Lo cual, supongo, fue una deducción bastante equivocada por mi parte.

Miguel permaneció en silencio.

–En cuanto a vos –prosiguió–, no fue demasiado galante la forma en que nos tratasteis a ambos delante de aquellos hombres. ¿A quién se le ocurre decir que ibais a devolverme a mi padre? ¿Y Diego, un sirviente encargado de los caballos?

–¡Ah!, Eso. No podía pelear atado al árbol.

Laraine lo miró sorprendida.

–¿Lo dijisteis porque sabíais que os iba a soltar para que vierais bien... la violación?

–Lo cierto es que no lo sabía con certeza –reconoció–, pero algo debía hacer.

–Podía haber salido muy mal –admitió ella–. ¿Y si no os hubiera soltado?

–Pero lo hizo.

Ahora fue Laraine la que se quedó en silencio.

–Fuisteis muy valiente. Vos contra tres. No os había visto hacer frente a ningún hombre desde la vez que nos conocimos. Y aquella ocasión no fue ni la mitad de peligrosa que esta.

Miguel torció la boca y la miró. No pudo resistir coger sus manos. Necesitaba decirle que él estaba allí para protegerla y que siempre lo haría, fuese cual fuese el precio.

–¿Os habéis dado cuenta de todas las contusiones que tenéis?

–Si pienso sobre ello, creo que no podré soportar estar mucho más tiempo en pie.

–Deberíais descansar un poco –le dijo ella seriamente examinándolo meticulosamente bajo la primera claridad del día.

–Lo haría, si tuviera un solo punto de mi cuerpo sobre el que sostenerme tumbado sin que me doliera. Vos también deberíais descansar.

–Tengo heridos de los que ocuparme. Y vos sois el siguiente en la lista.

–No creo que sea el más grave.

–Más grave o no, vos sois el siguiente. Los demás tendrán que esperar. Y ahora, tumbaos.

–Ya os he dicho...

–Tumbaos –sentenció con una autoridad que Miguel había olvidado.

Miguel cerró los ojos. Sabía que la inspección de su mujer no iba a ser un paseo apacible ni placentero. Más bien, todo lo contrario. Laraine desató la camisa de su esposo. Algunos miraron de reojo con curiosidad o morbo.

–¡Oh! –dijo ella.

–¿Ocurre algo?

–Esta no la tenía contabilizada.

–¿Las habéis contado?

–Sí. Catorce.

Lo dijo medio en serio, medio en broma. Pero lo cierto era que el golpe de la cabeza le preocupaba. Fue del primero que se hizo cargo. Miguel chilló entre dientes. Cerca de ellos, Diego se había hecho un ovillo y permanecía serio, silencioso y quieto. Escuchaba a su padre y se preguntaba cómo podía bromear con algo así. Incluso su madre le seguía la corriente.

Salió el sol. El cansancio llegó de golpe a su cuerpo mientras el gran astro se abría paso entre las escasas nubes que barrían el este. Fue en ese momento cuando el sueño estuvo a punto de vencerle. Se incorporó y la cabeza le empezó a dar vueltas. Notó cómo le llegaba un dolor intenso y vomitó.

–Estoy bien –le dijo a su esposa, que se sentó de golpe al sentir su movimiento.

La actividad del campamento no se había detenido prácticamente en toda la noche. Casi nadie había dormido nada, pero debían seguir avanzando. Esa era la orden. Miguel se levantó, ayudado ligeramente por Laraine.

–Cuida de Diego –le pidió él antes de separarse y empezar a andar a trompicones.

Buscó a Álvaro. Este se abstuvo de decir nada, pero Miguel tuvo la certeza del lamentable estado en que se encontraba al verse reflejado en los ojos de su amigo.

–El rey ha decidido que saldremos a media mañana –le comunicó–. ¿Estáis seguro de poder cabalgar?

–Por supuesto –afirmó.

«Antes muerto que mostrar debilidad delante de su esposa», pensó el de Subiza.

–El rey quiere saber cuándo vais a llevar a esos hombres al monasterio.

–En cuanto a eso, quería pedir os un pequeño favor.

–¡Ah!, no. No quiero verme metido en ninguno de vuestros asuntos.

–Si yo me presento así... ¿Qué creéis que pensarán los monjes? Vuestro aspecto es más de fiar en estos momentos que el mío.

–Me debéis un favor –le amenazó suspirando como si Miguel fuera una causa perdida–. Supongo que lo mejor es ir cuanto antes. Por ellos –dijo en referencia a los muertos– y por nosotros. Creo que usaré la carreta de las armas y luego volveré para cargar todo. Pero deberéis ayudarme.

Los dos amigos lo prepararon todo. Miguel tenía la extraña sensación de estar flotando y la cabeza le dolía horrores.

–¿Qué vais a hacer con Abou?

–Mientras estáis fuera, improvisaré unas parihuelas y veré la forma de aligerar nuestras pertenencias para que pueda viajar en nuestro carro.

–Quizá yo pueda llevaros algunos enseres.

–Supongo que nos vendría bien.

Cargaron el cuerpo de Martíniz el primero.

–¿Fue él? –quiso saber Álvaro.

Miguel observó el rostro del malhechor. Había sido imposible cerrarle la boca. La muerte no le había favorecido ni en eso. ¿Querría decir algo?

–Un maldito castellano.

–¿Llegó a...? –Álvaro estaba al corriente de todo el episodio que había vivido la familia de Miguel. Este se lo había contado mientras regresaban al campamento después de la feliz aparición del de Subiza.

–¿Al final? No. No lo hizo –contestó el Almoravid con evidente seguridad.

–¿Estáis seguro? Lo digo porque Diego parece tremendamente afectado.

–No le dio tiempo. Miradlo bien.

Los dos amigos observaron la zona genital de Martíniz. Miguel tenía razón. No le había dado tiempo. Tenía todo... en su sitio.

–Mi hijo solo está impactado por su primera lucha seria. Lo superará.

–Espero que tengáis razón.

–Lo superará –volvió a decir.

El segundo cuerpo había sido subido ya y reposaba al lado del de su jefe de fechorías. En cuanto al herido... Seguramente no sobreviviera a otro día. Quizá en el monasterio pudiera arrepentirse de sus pecados a tiempo y morir en paz. Eso lo dejaba Miguel en manos de Dios.

–Iré a ver cómo está Abou. Tened cuidado.

–No debería llevarme mucho tiempo dejarlos al cuidado de los monjes.

–Aquí estaremos.

Abou temblaba. Tenía fiebre. Laraine había vuelto a lavar su herida con vino y había colocado una tela limpia sobre ella. Él le hablaba en su idioma sin darse cuenta de que ella no lo entendía. Pero, en su delirio, no le venían a la mente otras palabras. Al escuchar aquellos sonidos tan extraños, a la siciliana le vino a la mente la imagen de Clemencia al repetir la palabra de Abou en su casa de la Navarrería. «Quizá –pensó–, el motivo por el que la niña no habla es, simplemente, porque no entiende nuestra lengua. ¿Es Clemencia hija de una almohade?». Era algo sobre lo que tendría que reflexionar, aunque no en ese momento.

–Han preparado algo de desayuno. Deberíais acompañar al rey –le dijo Miguel a su esposa colocándose al lado de Abou.

–Iré.

–¿Cómo está?

–Esos insensatos se propusieron proporcionarle una muerte lenta.

–Y dolorosa.

–Habla en su lengua. Tal vez vos podáis entender lo que dice.

–Me quedará un rato con él.

Partieron a la hora prevista. Álvaro no había tenido problemas para hacer su entrega. Al contrario, habían alabado su caritativa alma cristiana. Miguel se había colocado al lado de la carreta donde viajaban Abou y Diego. Su hijo no había consentido montar a caballo y al de Grez no le había quedado otro remedio que aceptarlo. Laraine le había dicho que ella cabalgaría en su lugar. El dolor de su cabeza había aumentado, por lo que sostenerse encima del caballo era un acto que requería de toda su concentración. Laraine lo observaba mortificada. Era Miguel el que debería viajar tumbado en una carreta. Pero era un cabezón. ¡Allá él! Al menos Álvaro cabalgaba a su izquierda, atento a cualquier vacilación por su parte.

Continuaron la marcha sin incidentes durante varios días más. Abou iba mejorando, mientras que Diego... seguía igual. Abou sonreía. El olor a tierra y la sensación de inmovilidad regresaban a él en sueños, pero, una vez despierto, esa incomodidad desaparecía cada vez con mayor rapidez. Su herida evolucionaba bien bajo los cuidados de Laraine. Conforme se acercaba a su tierra parecía recoger la fuerza de los árboles, del viento, del sol, de los valles, de las montañas. Al contrario, Diego dejaba su alegría de vivir aparcada en el borde del camino, pisoteada por las pezuñas de los caballos, machacada por las ruedas de las carretas. Su madre estaba tremendamente preocupada. Miguel insistía en que era cuestión de tiempo. ¡Ojalá tuviera razón!

Llegaron a Carmona un mediodía de claridad infinita. Les sorprendieron sus anchos muros en los que romanos, cartagineses y musulmanes habían dejado su impronta. Arcos romanos y de herradura convivían en el mismo dibujo de los muros. Abou buscó alojamiento para todos y él se alejó sin dar demasiadas explicaciones y rogándoles que esperaran allí hasta recibir noticias suyas. Después de muchos días de viaje y de la tensión, Miguel se relajó un poco. Era un día brillante, en el que el sol golpeaba con fuerza el interior del recinto amurallado de Carmona. Las murallas que rodeaban a la población eran más gruesas que las de Pamplona. Pero la sensación de estar en una plaza fortificada, para bien y para mal, era la misma que en su ciudad. El infanzón se tumbó unos instantes y cerró los ojos. Los dolores de cabeza eran menos intensos y más espaciados, pero no habían desaparecido. La inicial relajación dejó paso a los primeros síntomas de incertidumbre en su mente. Estaba allí, cerca de Sevilla, cerca de su hijo. Eso era al menos lo que

esperaba. Los llamaron para comer algo más tarde. El rey pasó lista con la mirada para ver si todos se encontraban allí. No quería perder a ninguno de los que le habían acompañado y tener que andar preocupándose por ellos. Para su propio escarnio, Miguel tuvo que prometer a don Sancho que se ocuparía de que su esposa y su hijo no dieran problemas. Ni que anduvieran por ahí buscando líos, pensó Miguel.

Los atendieron con cortesía y Miguel se abstuvo de demostrar sus conocimientos del idioma, haciéndose entender por gestos cuando era necesario. Después de llenar el estómago, todos se retiraron a las habitaciones que les habían sido asignadas.

Laraine ocupó su tiempo en ordenar sus pertenencias, airear aquellas prendas que lo necesitaban y deshacerse de las que ya no servían. Diego estaba con ellos, encerrado en su silencio. Miguel se acercó a la ventana en forma de herradura, la única que tenía aquella estancia. Había olvidado aquella sensación de absoluta grandeza que le había embargado cada uno de los días que había estado en aquellas tierras, pero la mente es rápida al recuerdo. Era como regresar a un sitio familiar, aunque en realidad él nunca hubiera estado en Carmona. Su esposa se acercó por detrás.

–Estoy preocupada, Miguel –le susurró.

El infanzón buscó sus ojos. «¿Por ti, por nosotros, por Roland? ¿Por Diego?». Interpretando su mirada inquisitiva ella le trasladó con sus pupilas al bulto que descansaba en un rincón.

–¿No podríais hacer algo?

Ese «no podríais hacer algo» llevaba implícito el ruego y la orden de: «¿Por el amor de Dios, haced algo y hacedlo ya!» Y él lo sabía.

–Ya ha pasado el suficiente tiempo como para que hubiera reaccionado de alguna manera. Vos sabéis lo qué pasará si no supera esto. Tiene que haber algo que vos podáis hacer.

Miguel lo pensó durante un momento. Que Laraine le hablara así, significaba que ella ya lo había intentado. Cogió a su esposa de las manos y asintió despacio para que ella supiera que si mantenía silencio era porque estaba decidiendo qué era lo que debía hacer y no porque ignorara su súplica.

–De acuerdo –dijo al fin–. Pero debéis jurar que, pase lo que pase, oigáis lo que oigáis y veáis lo veáis, no intervendréis en absoluto.

–Me estáis asustando. ¿No estaréis pensando en herir a Diego? –hablaban en susurros para impedir que él pudiera entender sus palabras.

Miguel bajó su mirada un instante y la volvió a subir.

–No voy a herir a Diego. «No si puedo evitarlo».

–Entonces... os lo juro, pero vos debéis prometerme que me permitiréis quedarme hasta el final.

–Os doy mi palabra.

–¿Vuestra palabra Almoravid?

–Mi palabra Almoravid.

–Entonces... todo está dicho.

Miguel respiró profundamente y se acercó a su hijo. Estaba delgado y pálido. La luz que había habitado en sus ojos unos meses antes, con el destello de Dulce, había desaparecido. Se sentó a su derecha y miró a la pared de enfrente, centrando su mirada en un punto imaginario.

–La primera vez es la más difícil –le dijo con calma–. Es como querer andar, correr, golpear y protegerte, todo al mismo tiempo. No se parece a los entrenamientos. Ni siquiera sabes de dónde te va a llegar el primer golpe. Y mucho menos, lo mucho que te va a doler. Así que difícilmente puedes estar prevenido para recibirlo. Y tampoco estás preparado para saber cómo vas a reaccionar tú mismo, ni qué vas a sentir. Todos creemos que, llegado el momento, sabremos qué hacer. Pero no siempre es así. Para mi suerte, o mi desgracia –según como se mire– yo me crié bajo el yugo de don Yenegro Martínez de Subiza. Yo tuve un buen maestro; el hombre más inhumano, atroz y despiadado que he conocido nunca. Por eso me empeñé tanto en que la hermandad de los Infanzones saliera adelante. Había que frenar sus desmanes y los de cualquier otro que pudiera parecersele. Pero esa es otra historia.

»Lo hiciste bien, Diego –despacio, Miguel puso su mano sobre la rodilla de su hijo–. Pusiste a tu madre a salvo. Ese era tu cometido y lo hiciste – enfatizó. Pero a sus palabras tan solo siguió el silencio–. Hablar ayuda, ¿sabes? Me gustaría ayudarte, pero no puedo si tú persistes en esconderte tras el silencio. Diego, mírame –Miguel empezó a cambiar de estrategia.

El de Grez se levantó y cogió a su hijo por la camisa haciendo que se pusiera también de pie. Miguel todavía era un poco más alto que Diego. Le acercó su cara escrutando ese rostro vacío de atributos. Buscaba algo que le indicara por dónde moverse, pero estaba claro que su hijo no le iba a ayudar. Laraine, manteniendo su promesa, esperaba callada en un rincón. Desde allí veía cómo los pies de su hijo se negaban a sostenerle. Diego presentaba el empeine sobre el suelo y no el talón. Miguel lo sostenía a pulso.

Algo desesperado, el infanzón arrastró a su hijo hacia la pared y chocó su espalda contra ella. Los ojos del joven parpadearon varias veces y su nuez

subió y bajó, lo que le indicó a su padre que, al menos, había tragado saliva. Lo volvió a empujar contra la pared y apretó su pecho con el antebrazo. Le pareció que sus pupilas lo miraban durante unos instantes, luego su mirada se volvió a perder en la garganta del vacío.

–¡Vamos, Diego! –le apuró su padre–. ¿Qué es lo que te preocupa? Ese hombre se portó como un cerdo, sí, pero tú te defendiste muy bien. ¿Por qué te obstinas en permanecer así?

Miguel sacó entonces su cuchillo. Debía forzarlo como fuera. Si había empezado... debía acabar. Colocó la punta muy cerca de la cara de su hijo y la movió para captar su atención. Laraine jadeó ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Estaba a punto de intervenir. Había jurado que no lo haría; aunque estaba dispuesta a romper su juramento si su esposo decidía utilizar la fuerza. Sin embargo, pensó, Miguel también le había dado su palabra de que no heriría a su hijo. Abandonó el rincón en el que estaba guarecida y dio unos pasos hacia los dos hombres. Quizá eso bastaría para recordarle a Miguel que ella estaba allí y que le había prometido algo.

–¡Matadme! –la voz de Diego llegó ahogada.

–¿Es eso lo que quieres? ¿Por qué?

–¡Matadme! No me importa –fue lo único que repitió el joven.

Entonces Miguel cogió la mano derecha de su hijo y le puso la empuñadura del cuchillo que hasta entonces había blandido, en su palma y apretó con fuerza. La punta dirigida hacia el pecho descubierto del propio Miguel. El infanzón apretó con fuerza su mano sobre la de su hijo para que sintiera la empuñadura entre su palma y sus dedos. Los ojos de Diego se clavaron entonces en los de su padre, dubitativos, temerosos, incrédulos.

–¿Qué...?

En el mismo instante, el joven miró su mano, el cuchillo, a su padre y sintió la fuerza de este al iniciar el movimiento que arrastraba su mano hacia el pecho de su progenitor.

–¡Basta! –Laraine cayó al suelo, llorando, impotente.

En el último instante, Diego hizo fuerza en sentido contrario y Miguel permitió que la maniobra se quedara a medio concluir. Soltó la mano de su hijo. Este se la miró. Contempló el cuchillo que encerraba su palma. Lo miró con horror. No había sangre, pero él veía su filo de un rojo fuerte. Miró a su padre, incrédulo, y su mano soltó el cuchillo. Laraine lloraba en silencio, agarrándose el corazón que amenazaba con hacer un agujero en su pecho y escapársele. El sonido metálico del arma al impactar con el suelo la

sobresaltó.

—¡Dijisteis que no era vuestro hijo! ¡Me dejasteis a merced de ese hombre!

El semblante de Miguel estaba serio. Apretó sus labios para asegurarse de no interrumpir a su hijo. Sabía que las palabras que iba a escuchar no iban a ser de su gusto, pero Diego había tardado demasiado en reaccionar y no iba a ser él el que ahora lo interrumpiera.

—¡Os odio! Nunca os ha satisfecho mi comportamiento. Nunca me habéis felicitado por mis logros. Muerto os haría un gran favor. ¡Me vendisteis a ese hombre! Vos sabíais que no podíais vencer a los tres.

Estaba alterado e irritado. La locura de la juventud bullía por sus venas y Diego era incapaz de detenerse. Cerró el puño de repente y golpeó el rostro de su padre. Este encajó el golpe sin tambalearse, pero el dolor llevó lágrimas a su rostro. Al ver lo que había hecho, Diego se derrumbó y se dejó caer al suelo. De rodillas, el cuerpo de Diego comenzó a agitarse y a temblar. Miguel miró a su hijo y después a Laraine. La mujer permanecía expectante, incapaz de descifrar las intenciones de su esposo, que permanecían ocultas tras su máscara inamovible. El infanzón exhaló despacio el aire que tenía retenido en sus pulmones y aflojó los puños. Miró a Laraine y asintió tres veces. «Es todo vuestro», quería decir ese asentimiento. Dejando a madre e hijo solos en la habitación, salió al exterior. Necesitaba aire. Le urgía alejarse de la tentación de golpear a su hijo hasta dejarlo sin aliento; algo que merecía por las palabras que le había dirigido. Pero sabía que el objetivo de aquella charla era hacerlo reaccionar y eso estaba cumplido. Sin embargo, Miguel bien sabía que el asunto no estaba zanjado. Diego había salido de ese mundo de conmoción en que se encontraba, pero eso no significaba que hubiera superado el episodio. Eso era otro asunto.

Sabía que lo estaban siguiendo, pero no le importó. Necesitaba del silencio de la noche de Carmona. No se alejó mucho, pero quería darle tiempo a Laraine para hablar con Diego y consolarlo. Ella le podía dar algo que Miguel jamás conseguiría. Lloraría en su hombro, algo que no se atrevería a hacer delante de su padre. Solo esperaba que ese incidente no terminara alejándolo definitivamente de su hijo. Después de lo de Dulce... Siguió caminando, concentrado en su respiración, aunque con los cinco sentidos alerta. No debía olvidar que se encontraba en territorio enemigo. Sintió los pasos acercándose y alguien le habló.

—Debéis volver —oyó que le susurraban.

Sí, debía volver, pensó.

Miguel no había hecho mención de acercarse a ella, íntimamente, desde el incidente con Martíniz. Y Laraine no sabía si se debía a sus heridas o si lo hacía por castigarla. Aunque bonita forma de castigarla castigándose él mismo. Diego se había calmado por fin y ahora dormía en la cama que quedaba al otro lado de la habitación. Su respiración, rítmica y pausada, se escuchaba con claridad. Diego por fin había hablado desvelando su enfado e irritación porque su padre le hubiera dicho a Martíniz que él era el sirviente que se encargaba de cuidar a los caballos. Creía firmemente que esa mentira había hecho que aquel horrible hombre lo atacara a él. Laraine había tratado de hacerle entender con qué fin había pronunciado su padre aquellas palabras. No estaba segura de haberlo conseguido, pero, al menos, Diego le había prometido que meditaría sobre ello y que trataría de ser más objetivo a la hora de enfrentarse a sus recuerdos.

Estiró el brazo en la cama notando el vacío que había a su lado. Necesitaba el calor de su esposo cerca de ella. «¿Dónde estáis, Miguel?», preguntó a la oscuridad de la habitación. Un rato más tarde escuchó el ruido de la puerta. Todos sus sentidos se activaron a la vez tratando de distinguir un ruido, un olor, cualquier cosa que descubriera a la persona que acababa de entrar.

–Soy yo –las palabras de Miguel le devolvieron el sosiego.

–Vuestro hijo duerme –dijo ella en un susurro.

Él se acercó despacio hasta la cama donde aguardaba su esposa.

–¿Está bien? –le preguntó del mismo modo.

–Creo que se ha calmado un poco.

–Eso está bien. ¿Y vos?

–Sois un loco, ¿lo sabéis? –su voz sonó carente de reproche. Quizá hasta algo divertida.

–Estuvisteis a punto de fastidiarlo todo –le reprochó. Pero por su tono ella supo que no estaba enfadado.–Estoy dispuesta a enfrentar mi castigo.

Miguel se había quitado la ropa y se había metido a la cama al lado de su esposa. Ella sintió su piel desnuda mucho antes de notar su contacto.

–Y lo tendréis –le replicó él acercándose a ella y rozando su cuello primero y sus senos después.

–¿Creéis que estáis lo suficientemente recuperado?

–Creedme, mi rebelde mesapia, si os digo que hoy no escaparéis a vuestro castigo.

Lo despertaron unos suaves toques en la puerta. Su cuerpo estaba enredado con el de Laraine. El pelo de ella le rozaba suavemente la mejilla.

–¡Don Miguel!

Tratando de no despertar a su esposa, el infanzón salió de la cama y buscó su camisa. Por la ventana apenas entraba una débil luz que permitía ver los contornos.

–¿Ocurre algo? –le preguntó Miguel al mayordomo del rey que había ido a buscarlo.

–El rey requiere vuestra presencia.

–¿Me visto? –preguntó aún somnoliento.

–Deberíais –le conminó el mayordomo.

–Entonces no es algo tan urgente –constató Miguel mientras regresaba a la habitación y buscaba su ropa.

–Sin embargo... no os demoréis.

–De acuerdo –aceptó Miguel. Se calzó las botas y besó a Laraine en la frente. Se aseguró de que Diego seguía durmiendo y salió atusándose el pelo.

–¿Una mala noche?

–Al contrario –le aseguró el infanzón, que tuvo que sufrir la mirada escrutadora del mayordomo.

Este le abrió la puerta de una gran habitación y le hizo entrar. El rey estaba ya vestido y desayunaba acompañado de Abou. Llevaban una semana en Carmona. Se había adaptado al ritmo pausado de la espera, pero al ver al almohade, su cuerpo se tensó activando su parte de soldado.

–Vuestra majestad, espero que hayáis tenido un grato descanso.

Don Sancho contempló a su infanzón.

–Puedo decir que ha sido grato, en efecto. En cuanto a vos... parece como si os hubieran sacado de la cama hace un minuto.

–Es que lo han hecho, vuestra majestad –confirmó mirando al mayordomo real.

El rey hizo un gesto con su mano invitándole a sentarse con ellos. Miguel aprovechó para saludar a Abou.

–Me alegro de veros de nuevo. Parecéis bastante mejorado.

–Para mí también es un placer poder disfrutar de nuevo de vuestra compañía. ¿Cómo están vuestra esposa y vuestro hijo?

–Bien. Sus heridas han sanado ya –«Al menos las exteriores», pensó—. ¿Sabéis algo de mi hijo?

–Me estoy ocupando de ello. Todavía no lo he visto, pero lo están

buscando por mí.

Miguel aceptó la respuesta de Abou. Aunque comprendía que tendría otros asuntos que reclamarían su atención, no pudo evitar pensar que no haberlo localizado no era muy buena señal.

El desayuno transcurrió entre conversaciones intrascendentes. Pero cuando este concluyó, el rey se levantó invitando a los otros dos hombres a hacer lo mismo.

–Quiero que veáis algo.

Era un cofre de oro que relució cual primer rayo de un ansiado amanecer. Miguel entornó los ojos preguntándose qué guardaría. Los gruesos dedos del rey navarro se manejaron con habilidad para encajar la pequeña llave y hacerla girar. Como si se tratara de una frágil doncella, don Sancho extrajo algo de su interior. Un paño de sede verde, que a Miguel le recordó al velo que una vez Laraine le había regalado, quedó al descubierto. Abou estiró el cuello y se inclinó sobre él. Había un extraño brillo en sus ojos. El rey apartó el paño y dejó al descubierto una carta. Miguel observaba al almohade algo desconcertado. Parecía estar conteniendo su impaciencia.

–¿Es lo que pienso?

–Admiradlo vos mismo.

Abou acercó cuidadosamente sus manos y agarró aquel documento con las yemas de sus dedos justo por los bordes. Tenía miedo de que al tocar aquella carta, esta desapareciera. La abrió con extrema precaución y leyó las líneas que allí estaban escritas. Por su rostro pasaron un sinfín de manifestaciones que iban desde la fascinación hasta la profunda reverencia, llegando al asombro, la sorpresa y la incredulidad.

Miguel miró al rey frunciendo su ceño a modo de interrogación.

–Se trata –le aclaró–, de una carta que el profeta Mahoma escribió al rey bizantino Heraclio²⁸. Sé que al califa le gustará verla.

–¿Y cómo ha llegado esa carta a vuestras manos?

El rey sonrió enigmáticamente.

–¿Sois descendiente de Heraclio? –preguntó incrédulo el infanzón.

–Soy descendiente de reyes.

–Descendiente de reyes –repitió el infanzón para sí mientras veía la cara satisfecha de Abou–. Entonces... el califa ha concertado ya una audiencia con vos –no fue una pregunta lo que hizo Miguel, sino más bien una constatación.

–Abou nos dará a conocer los detalles... en cuanto termine de releer la carta.

Se sentaron de nuevo, una vez la misiva estuvo otra vez encerrada en su cárcel de oro. Saldrían al día siguiente, según les explicó el almohade. El califa le había dado permiso al rey navarro para viajar hasta Sevilla acompañado de sus mujeres y algunos sirvientes. Don Sancho no pudo sino reírse cuando Abou hizo referencia a sus mujeres. Supuso que para el califa sería difícil pensar en un rey sin su harén.

—¿Y vuestros caballeros? —preguntó Miguel.

—Nada de caballeros —recordó el almohade.

—No voy a permitir que don Sancho viaje hasta Carmona sin protección —reclamó el infanzón.

—Sin caballeros —zanjó Abou.

—Calmaos —les pidió el rey a ambos.

Don Sancho se levantó y dio algunos pasos por la habitación, meditando.

—No voy a prescindir de mis caballeros. Al menos, no de todos —dijo el rey clavando su mirada en Miguel. Este se sintió algo más tranquilo.

El almohade fue a protestar, pero don Sancho levantó su mano para pedir tranquilidad.

—No os pondré en un compromiso, pero comprenderéis...

Abou asintió.

—¿Aceptaríais que Laraine formara parte de vuestro harén?

El rey se volvió hacia Miguel.

—Nada de harén, Miguel, nada de mujeres. Pero en cuanto a vos... podéis elegir entre ser uno de mis sirvientes, una de mis mujeres, o uno de los portadores de los regalos para el califa —el rey acompañó su ofrecimiento con una estruendosa carcajada y Miguel se tuvo que morder la lengua para no contestar enfadado. No le traía cuenta molestar a don Sancho; no mientras el asunto de Roland estuviera sin resolver.

—Nada de faldas, entonces —aceptó Miguel. Ya había tenido suficiente de eso cuando hubo de escapar del cardenal Melior en Nápoles vestido de mujer. Y todo para poner a salvo a doña Berenguela, reina de Inglaterra; a doña Joanna, hermana de Ricardo Corazón de León, y a doña Borgoña, hija del temible Isaak Konmenos de Chipre. Pero si ahora había otras opciones... las aceptaría sin dudarlo.

El sol había despuntado de un rojo brillante. Haría calor aquella jornada. Miguel se sentía incómodo en sus ropas de sirviente. No era porque fueran

desagradables, sino porque desprovisto de sus atributos de caballero se sentía desnudo.

–Aún parecéis un caballero. Deberíais andar algo más encorvado –le sugirió Álvaro.

–Yo lo subrayo –le animó el rey–. Deberíais recordar algo de vuestro pasado, de cuando servíais en casa de los Martínez de Subiza.

–Ni siquiera cuando servía a mi padre caminaba cabizbajo –dijo don Álvaro mientras un escalofrío recorría sus venas. Mencionar el nombre de su padre siempre le confería un estado de agitación. Había procurado enterrarlo bien lejos de su recuerdo. No había sido un hombre fácil de querer como padre, ni de aceptar como caballero de honor. Si es que alguna vez había tenido algo de honorable, se dijo a su pesar.

–Os creo –dijo el rey–. Que Dios nos pille confesados.

–¿Estáis listos? –interrogó Abou mirando al rey.

–Al parecer... sí.

–Entonces, partamos.

Miguel se volvió hacia Laraine. Una sonrisa furtiva emergió en su rostro, aunque este manifestaba más angustia que ningún otro sentimiento. Se besaron. La siciliana acarició el rostro del de Grez y el rey tosió a sus espaldas reclamando a su séquito. Los tonos marrones del traje de sirviente realzaban el rostro del infanzón y su mirada. Se le veía seguro y eso tranquilizó a la dama.

–Os confío a mi esposa –le dijo a Álvaro. Este asintió.

–¡Vamos, Diego! –llamó a su hijo y se colocaron en el lugar que les correspondía.

Cabalgaron despacio hasta la puerta de Sevilla. Miguel tuvo que sujetar con fuerza las riendas de su caballo, que parecía nervioso. A él también le inquietaba un poco aquel muro grueso por el que debían abandonar la ciudad. El paso era estrecho y tuvo la sensación de que, de repente, se había vaciado de aire. Cuando la puerta se abrió, lejos de encontrar el oxígeno que parecía faltarle, comprendió que iba a necesitar que alguien le ayudara a respirar. A ambos lados del camino, una hilera de fieles almohades se perdía en la distancia. Cada uno portaba en su mano una lanza o una cimitarra que alzaba sobre su cabeza y juntaba con el guerrero que tenía enfrente, formando de esa manera un arco cuyo fin era difícil de distinguir. ¿Sería así hasta Sevilla? Abou marchaba en cabeza. El orgullo salía a borbotones por los poros de su cuerpo. El infanzón se pegó a su hijo. No te apartes de mí, le susurró. Pero no hacía falta que se lo pidiera. Diego tragó saliva. Los acontecimientos de las

últimas semanas le habían enseñado cuál era el olor del miedo y podía sentir cómo emanaba de su organismo.

²⁷ Actual Barañáin.

²⁸ Ver referencia histórica al final del libro.

UN REENCUENTRO DOLOROSO

El-Nasser entra en ville précédant le roi de Bayonne, qu'il installa dans l'intérieur de Séville grandement et de manière à satisfaire tous ses désirs. Il lui accorda la paix pour tout le temps de son règne et de celui de ses descendants almohades, et il le congédia comblé de bienfaits et après lui avoir accordé toutes ses demandes.

***Roudh el-Kartas. Histoire des souverains du Maghreb et annales de la ville de Fès.
Traduid de l'arabe par A. Beaumier***

Al-Nasir entró en la ciudad precediendo al rey de Pamplona, a quien instaló en el interior de Sevilla con solemnidad y de manera que todos sus deseos fueran satisfechos. Acordó la paz durante todo el tiempo que durase su reinado así como el de sus descendientes almohades, y le despidió colmado de favores y con todas sus demandas concedidas.

***Roudh el-Kartas. Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.
Traducción del árabe al francés: A. Beaumier***

NUNCA LE HABÍA ASUSTADO LA OSCURIDAD, pero empezaba a temer que esta se lo acabara tragando. Sin embargo, no era la oscuridad en sí misma. Era más bien la lobrete que sentía su alma; aquella que estaba minando sus fuerzas, comiendo su juventud, devorando sus esperanzas. El dolor era demasiado intenso y no le daba tregua y la cárcel en la que lo habían confinado excesivamente profunda y lejana; olvidada de la mano de Dios y de Alá. Le quemaba la garganta, irritada de falta de agua y de los gritos que había dado, pero evitó moverse. Moverse era lo peor.

El camino hacia Sevilla no había sido tal y como esperaban William y él. Roland no estaba lo suficientemente recuperado. Ni siquiera un poco. Andar despacio, por la habitación donde se encontraba convaleciente era una cosa. Caminar a un ritmo endiablado durante horas y trabajar en un barco, otra. Y él no había superado la prueba. Habían tratado de arrojarlo por la borda. ¡Ojalá lo hubieran hecho!, se lamentó. William lo había impedido enfrentándose a todos cuantos lo habían intentado. Ahora pensaba que tal vez haber sido lanzado por la borda le hubiera traído más suerte. Quizá así hubiera llegado a la orilla de una playa, o al fondo del mar. Para un marino, esa era una muerte

honorable. Pero para su desgracia, o mejor aún, para sumar desgracia a su desgracia, la primera persona a la que vio cuando desembarcaron en Tarifa fue a Abu, el hijo de Muhammad ibn Ali. Cerró los ojos, o creyó hacerlo. Seguramente ya los tenía cerrados, aunque eso era igual. Se volvería loco o quizá ya lo estaba. Pensó en la muerte. Esa posibilidad estaba cada vez más presente en sus pensamientos. La puerta hacia el más allá. Casi deseaba que se abriera de una vez. Quería ver luz. Luz de verdad. Pero lo único que veía era el recuerdo de la luminosidad del sol, la remembranza de una estrella fugaz que se apagaba en medio del cielo. «*Aita*, no quiero morir aquí solo. No me importa morir, pero no soporto esta soledad. *Aita*, ven pronto y llévame a casa».

Su corazón estaba más que alocado cuando llegaron a las inmediaciones de Sevilla. Miguel entrevió al califa al-Nasir en todo su esplendor. Había salido al encuentro del rey navarro y entró delante de ellos en la ciudad. La piel de su cuerpo seguía erizada cuando le mostraron las dependencias en las que debía moverse. Miró a Diego. Sabía que su hijo jamás olvidaría aquella experiencia. Caminar bajo aquel arco inacabable de lanzas y cimitarras... Todavía podía sentir las sombras que las exquisitas armas habían proyectado sobre ellos durante todo el trayecto. Toda una exhibición de poder y de fuerza en la que al-Nasir no había escatimado recursos.

–¿Y ahora? –preguntó Diego.

–Ahora esperar y servir a don Sancho, que para eso somos parte de su hostal. Y créeme si te digo que no va a ser una tarea agradable. El rey no va a dejar pasar la posibilidad de divertirse un buen rato.

–¿No os delatará vuestro anillo, *aita*?

–Lo esconderé bajo los guantes o las mangas. Llevarlo me recordará que hay vida después de ser un sirviente del rey.

Diego sonrió. Aunque no había nada divertido en ello, su padre parecía decidido a tomárselo con humor. Él haría lo mismo; o lo intentaría. Se sentía extraño. Diferente al Diego que había salido de Pamplona. No es que sintiera que hubiera madurado o crecido. Era como si realmente fuera otra persona. Incluso su padre le parecía alguien ajeno a su vida, a su ser. El recuerdo de la experiencia del ataque todavía lo agarrotaba y no estaba seguro de haber perdonado a su progenitor. Tras hablar con su madre, tal vez comprendía su comportamiento, pero no lo aceptaba. Se sentó. Se encontraba sin fuerzas,

vacío.

–¿Qué ocurre? –le preguntó su padre–. Tenemos muchas tareas que realizar.

–Es como si no tuviera fuerzas para nada.

Miguel se acercó a él.

–¿Crees que es por ti o por tu hermano?

Diego alzó la vista hasta encontrarse con la de su padre. No lo había pensado. Hasta ese momento tan solo pensaba que se trataba de él. Pero, ¿y si se sentía así por Roland?

–No estoy seguro –dijo algo confuso. Eso realmente no ayudaba, pero no podía ser más explícito.

–¿Funciona al revés?

Diego frunció el ceño.

–¿Al revés?

–Si tú puedes sentir el sufrimiento de tu hermano, ¿crees que él podría... que tú podrías transmitirle, no sé, alegría, o la sensación de que estamos cerca?

El joven respiró con fuerza. La mirada escrutadora de su padre pesaba mucho. Se encogió de hombros.

–Lo que te estoy pidiendo, Diego, es que hagas un esfuerzo por tu hermano y estés contento y alegre.

Diego cerró la boca que se le había quedado abierta y la noto áspera. Antes de ayudar a su padre a desempacar los enseres del rey, bebió un trago del agua que habían dejado en la sala.

–¡Puaj! –exclamó–. ¿Qué se supone que es esto?

–Era agua fresca. Hace un buen rato, supongo. Pero acostúmbrate a ello.

–¡Esto no hay quien se lo beba!

–Es malo beber agua muy fría cuando hace mucho calor.

Diego miró a su padre con incredulidad. Y entonces fue él quien se encogió de hombros.

–¿Qué se supone que hacéis ahí parados los dos? –les reclamó el mayordomo del rey.

Miguel realizó cuanto el mayordomo le pedía sin pensar. Su cabeza estaba en otro sitio; en Abou. Se preguntaba si sus tareas como caíd le permitirían tener pronto noticias de Roland. El no poder hacer nada por sí mismo, salvo esperar, lo estaba matando.

–Eso debe ir en la otra bandeja –la voz del mayordomo lo entresacó de sus

zozobras.

–¿Es que hay otra bandeja? –preguntó casi ofendido—. ¿Cuánto se supone que va a comer de esto nuestro rey?

–Nada de preguntas. Limitaos a llevárselo. Y tened cuidado, pesa mucho.

–¿Más que una armadura?

–La armadura no es tan escurridiza.

Miguel cogió la bandeja. Pesaba menos de lo que creía. Al menos durante los primeros instantes que tuvo que sostenerla. Después, su percepción sobre su peso varió ostensiblemente. Sirvió al rey que no paró de hacerle observaciones.

–Deberéis tener paciencia con este siervo novato, vuestra majestad.

–Ni se os ocurra dirigirme la palabra si yo no lo hago antes –le corrigió el rey, visiblemente divertido.

El primer día transcurrió sin noticias. Estaba terriblemente cansado y su cabeza maquinaba la forma de salir de aquella jaula de oro. Dio un manotazo sobre la mesa.

–¿Aita?

–No pasa nada, Diego. Es solo que me gustaría poder salir de aquí e ir a buscar a tu hermano. Me siento impotente. Intenta dormir un poco.

–No creo que pueda.

–Te entiendo.

La silueta de Diego se veía entre la penumbra. La única luz de aquella estancia era la que entraba por la ventana. Aunque había oscurecido, ninguno de los dos había querido encender las velas. Y el silencio era tan denso que parecía haberse materializado en forma de pesada manta en un día de intenso calor.

–Voy a llevarle esto al rey –dijo cogiendo un poco del vino que ellos habían llevado—. Me empiezo a preguntar si el mayordomo real no estará descansando a mi costa.

–Es muy probable –le confió su hijo.

El pasillo estaba iluminado tenuemente haciendo que las sombras se movieran a su alrededor como ululantes fantasmas. El rey aún estaba despierto. Sin decir nada, Miguel posó la bandeja sobre una mesa auxiliar y sirvió un poco de vino. Don Sancho hizo una seña con la mano desechando la idea de tomar lo que él creía otro vaso de agua caliente.

–Creo que os gustará, vuestra majestad –le dijo Miguel acercándole el vaso de manera que pudiera oler el dulce aroma del vino.

–¿De dónde lo habéis sacado?

–Creí que os gustaría deleitaros con él.

–Dejadlo ahí –señaló un lugar muy cercano a su cama.

–¿Deseáis algo más?

–Podéis retiraros.

Miguel se marchó algo frustrado. Le habría gustado que el rey le hubiera comentado algo sobre la audiencia. Si se sabía ya cuándo iba a tener lugar, si había hablado con Abou... Parecía que estaba condenado a esperar. El tramo hasta su habitación era corto, pero aceleró el paso sintiendo que necesitaba llegar pronto a un lugar seguro. Fue al abrir la puerta cuando notó que una mano lo asía por delante de su pecho y otra le tapaba la boca.

–No te muevas –un susurro en la lengua de los almohades penetró a través de su oído izquierdo–. Me han dicho que si os hablaba en mi lengua me entenderíais. Si es así, moved vuestra cabeza despacio hacia abajo.

Miguel hizo tal y como le decía y bajó despacio su barbilla hacia su pecho encontrándose con el brazo fuerte que lo sujetaba. Calculó sus posibilidades de soltarse y de encararse con aquel individuo.

–Debes acompañarme. ¿Has entendido?

El infanzón bajó despacio su barbilla hacia su pecho, encontrándose con el grueso antebrazo que lo sujetaba.

–Voy a destaparte la boca. Si gritas usaré esto.

Una pequeña punzada en la zona de los riñones le aclaró a Miguel a qué *esto* se refería. Una larga daga, seguramente. Como aquel hombre no podía tener tres brazos, el infanzón comprendió que su captor no había ido a prenderlo solo. La presión sobre sus labios desapareció poco a poco, pero no así la de su pecho.

–Camina –le conminaron.

Salieron a la noche. Estaba serena, con un cielo vacío de nubes.

–¿Adónde me llevas? –preguntó haciendo un esfuerzo por pensar en otra lengua. Estaba nervioso y las palabras de su lengua materna saltaban solas a su mente.

–No preguntes, solo camina deprisa.

Tenía la sensación de estar andando en círculos, aunque no lo podía saber con seguridad. No había podido ver la ciudad suficientemente como para asegurarlo. Un poco más tarde le hicieron entrar en una de las casas y lo arrojaron al suelo. Cuando elevó la vista, se encontró solo. Se levantó deprisa y giró su cuerpo buscando la salida.

–¿Es él? –una voz profunda, dotada de cierta calidez dejó la pregunta flotando en el aire.

El navarro pudo ver una silueta que se correspondía a un hombre entrado en carnes. La luz de un candil iluminaba su rostro regordete y de mirada apacible. A simple vista, no parecía entrañar peligro. Otra persona se movió detrás de él. Instintivamente, el infanzón movió su pierna derecha hacia delante, buscando una postura más cómoda para atacar o defenderse, según se terciara. El segundo de los hombres se adelantó.

–¡Miguel! ¡Gracias a Dios!

–¿Alejandro?

Muhammad ibn Ali no se parecía a ninguna persona que hubiera conocido antes. Era un hombre de una corrección intachable, cuyos gestos y movimientos suplían a las palabras. Alejandro seguía disculpándose mucho tiempo después de haberlo hecho sentarse a una mesa. Muhammad le había pedido perdón una vez, aunque Miguel no entendía muy bien la razón, y se había retirado a sentarse a un lugar un poco más apartado. Seguramente para dejar que ambos hombres hablaran.

–¡Está bien! –dijo por fin Miguel levantándose de la mesa. Algo abrumado se pasó la mano por el cuello e intentó relajarlo–. Dejemos los descargos para más adelante y explicadme qué demonios hacéis aquí.

–Como os dije en la carta... Porque habéis recibido la carta, ¿no? –sin esperar a que su primo contestara, Alejandro continuó con su discurso–. Como os dije en ella, iba a tratar de rescatar a Roland.

–¿Y lo habéis hecho?

–No –la constatación le pesó al de Grez como un mazazo en pleno estómago.

Se volvió a sentar. Estaba empezando a pensar que se encontraba en un callejón sin salida.

–Es un poco complicado, Miguel –claudicó Alejandro.

–Pues empezad a explicaros si no queréis que me enfade. Más de lo que ya estoy –le advirtió.

–Llegamos a Sevilla hace cuatro días. Gracias a mi buen amigo Muhammad pudimos entrar sin problemas. Pero pronto nos enteramos de que su hijo Abu... –Miguel frunció el ceño. No recordaba a ningún Abu–, sí, el hijo de Muhammad –dijo señalando a su amigo.

–El que se llevó a Roland –recordó entonces el navarro y entendió la disculpa del hombre que se había quedado en la penumbra.

–Como os decía, Abu parece una persona de peso en la ciudad y ante el califa. Por eso hemos tenido que ser discretos. Si Abu se entera de que estamos aquí y de que su padre está vivo podría tratar de interferir en el rescate que estamos planeando.

–Entonces, ¿no habéis podido preguntar por Roland?

–Sí y no. Empezamos a preguntar discretamente al día siguiente de nuestra llegada, pero todas las bocas se cerraban tras describir a vuestro hijo. Abou le dejó una nota a Muhammad en la que le explicaba exactamente dónde estaba Roland. En ella le decía que viajaría en el barco del califa. Así que sabíamos más o menos a quién podríamos interrogar. Sin embargo... no ha sido tan fácil como creíamos.

–Tiene que haber alguien que sepa algo.

–Ayer hubo bastante jaleo en la ciudad. Tras preguntar qué ocurría, nos dijeron que se esperaba la visita de un rey cristiano. Con el barullo todos parecían más proclives a hablar. Así, uno de los hombres de Muhammad consiguió hablar con uno de los *imesebelen* que vino en el barco del califa. Además de confirmarnos que el rey en cuestión era el de Pamplona –con lo que supuse que vos vendríaís con él–, nos remitió a un hombre, un sajón al parecer, que dice que estuvo con Roland antes y durante el embarque.

–¿Y habéis hablado con él?

–Viene de camino.

–Viene de camino –repitió Miguel–. ¿Hay algo que pueda beber?

Alejandro le sirvió un poco de agua. No era eso lo que necesitaba, sino el calor del vino en sus entrañas. Dio dos tragos. El segundo le sobró, pero se lo tragó igualmente, asediado por las dudas.

–Bien. Empezad por el principio. Quiero saberlo todo.

Alejandro suspiró y narró lo que había sucedido desde su ataque en Túnez, sin omitir detalles.

–Si está preso, o enfermo, o no hay forma de sacarlo de aquí, me ofreceré por él –le aseguró el de Salerno al concluir su relato.

–Yo soy su padre –le dijo Miguel levantándose de nuevo–. Si hay alguien que debe ofrecer su vida a cambio de la de Roland, ese soy yo.

Unos ruidos delataron la presencia de alguien en la entrada y Miguel detuvo su conversación.

–Ese debe de ser el sajón –dijo Alejandro.

Dos hombres entraron portando un bulto que arrojaron a los pies de Muhammad.

–¿Qué habéis hecho con él? –preguntó incrédulo el de Grez al ver su lamentable estado.

–Lo encontramos así.

El infanzón miró a Alejandro y después a Muhammad. Parecía que este último daba por buena la versión de sus hombres.

–¿Crees que podrá decirnos algo? –le preguntó Alejandro bastante horrorizado ante la visión de sus múltiples heridas.

–No lo creo. Alguien se ha tomado muchas molestias para que no hable.

–¿Queréis decir que va a morir?

–Quiero decir que le han cortado la lengua.

–¡Ah!

Alejandro reculó y buscó con su mano un punto en el que apoyarse. Estaba mareado y el aire a su alrededor comenzó a desvanecerse. Rápido de reflejos, Miguel lo ayudó a sentarse y le hizo agachar la cabeza.

–¿Mejor?

Alejandro asintió, aunque realmente no supiera si lo que notaba en su estómago era síntoma de mejoría o de que iba a desmayarse.

Miguel dejó a Alejandro que se debatiera solo contra su mareo y se acercó al sajón. Con un poco de agua le limpió la cara y el pelo.

–Ya ha pasado todo –le dijo en un susurro. –¿Dónde puedo acomodarlo? –le preguntó a Muhammad.

Este ya se había movido y había preparado una especie de camastro donde tumbarlo. Se lo señaló. Miguel lo cogió en brazos y lo depositó sobre él.

–¿Qué puedo usar...?

Misteriosamente, dos sirvientes aparecieron en esos momentos y ayudaron al navarro a desvestir al sajón y a lavar sus heridas y su cuerpo magullado.

–¿Puede quedarse aquí? –le preguntó.

Muhammad asintió.

–¿Podré venir mañana a verlo?

–Será peligroso.

–Solo dispongo de unos días, tal vez solo de unas horas, para encontrar a mi hijo. En cuanto vuestro califa reciba a mi rey, deberé marcharme con él.

–Alguien os buscará.

–Otro de mis hijos está aquí conmigo. Vendrá también.

Muhammad hizo un gesto de duda con su cabeza. Después miró a través de

la puerta. El hombre que lo había conducido hasta allí surgió en silencio y le invitó a irse.

–Ha sido un placer conoceros, Muhammad ibn Ali –le dijo–. Os agradezco las molestias que os estáis tomando para encontrar a mi hijo. *Assalaamu 'alaikum*.

–*Wa 'alaikum ssalaam wa rahmatu l-lha wa barakatuh*.

El silencio era más silencio; la noche engalanada de negro, menos elegante; la soledad de su alma, más sombría. Aquel almohade lo acompañó hasta su habitación y luego desapareció como la débil llama de una vela tras un leve soplido.

–*¿Aita?* –preguntó Diego entre sueños.

–Duerme, hijo, duerme.

Miguel quiso borrar los síntomas de abatimiento que el amanecer arrastró consigo y pegó a su cuerpo. Escuchando la llamada a la oración, extrañó de un modo casi urgente el sonido de las campanas. Aquel reclamo, sin embargo, le recordó por qué y para qué estaba en Sevilla. Apenas había dormido, pero no había tiempo para eso. A Diego le extrañó despertarse y encontrar a su padre mirando por la ventana, completamente vestido. Parecía que para él el día hubiera comenzado hacía un buen rato. Aunque lo que realmente ocurría era que la jornada anterior aún no había concluido. Al escuchar removerse a su hijo, se pasó los dedos entre el pelo para tratar de poner un poco de orden a su cabellera antes de hablar.

–Diego –le dijo muy serio–. No te separes hoy de mí. Alguien vendrá a buscarnos. No sé cuándo ni dónde, pero vendrán. ¿Lo has comprendido?

–¿Se trata de Roland?

–Tiene que ver con él, sí. Pero aún no he podido averiguar nada sobre su paradero. Espero que esta vez haya más suerte.

Diego trató de vestirse deprisa, pero su nerviosismo se había trasladado a las manos y sus dedos no operaban con diligencia. Su padre, por el contrario, parecía tranquilo a pesar del halo de misterio con el que había envuelto su repentina petición.

–Cuando vengan a buscarnos, no hagas preguntas, ni comentes nada. Solo sígueme y haz lo que yo te ordene.

–Sabéis que lo haré.

Miguel se volvió a mirar por la ventana. Su mirada resplandecía como la

misma luz del sol que ya empezaba a elevarse sobre el horizonte.

–¿Creéis que hoy recibirá el Miramamolín a don Sancho?

–No lo creo. Si fuera así, ya nos lo habrían anunciado. Me inclino por pensar que esperará un día más. Para asegurarse de que nuestros ojos hayan captado toda la ostentación de poder que pretendía. Y eso nos favorece a nosotros en nuestra búsqueda. Y ahora, será mejor que nos centremos en preparar las viandas para el desayuno de nuestro rey.

No tardó en ver la señal que alguien le hacía desde uno de los rincones. Apenas un asentimiento insinuado cuando el día alcanzaba su cénit. Diego había obedecido y estaba cerca. Se volvió hacia él y le rozó el brazo izquierdo.

–Vamos –le dijo–. Camina a mi lado.

El joven miró en derredor. No vio a nadie cerca. Salieron persiguiendo a una sombra que Diego no vio hasta que llegaron cerca de un patio. Alguien les acercó unos ropajes que se pusieron encima de los suyos. La calle se intuía cerca; no solo por los sonidos de las personas que la transitaban, también por el calor que traspasaba las paredes y el aroma que solo desprende un día tórrido. El sol les dio de lleno en cuanto traspasaron la puerta de salida.

–No te separes de mí –le advirtió el infanzón.

Mientras caminaban, Miguel ponía rostro a las calles que había recorrido de noche. Estaban rodeados de enemigos, metidos de lleno en la boca del lobo. Caminar o morir, así era siempre la vida del hombre. Entraron en una casa estrecha. Miguel no supo decir con certeza si se trataba de la misma de la noche anterior, aunque suponía que sí. Volvió la cabeza un instante hacia atrás para asegurarse de que su hijo estaba ahí, pegado a él. Cuando constató que era así, dejó que su anfitrión los guiara hacia el interior.

Alejandro se levantó de la mesa a la que estaba sentado en cuanto lo vio.

–¿Cómo sigue vuestro huésped? –le preguntó al llegar.

–Desorientado. Ha pasado la noche entre pesadillas y desvelos. Se quejaba débilmente. Yo creo... ¡Ah! –Alejandro acababa de descubrir a Diego, que se asomó por detrás de su padre. Por un instante creyó estar viendo a Roland y se le partió el alma. Su cuerpo sucumbió a la emoción y tuvo que sentarse. El estremecimiento de su mandíbula inferior se hizo patente, prolongado por la sensación de querer decir algo sin poder articular palabra alguna.

Miguel inclinó su cabeza hacia un lado indicándole a Diego que se acercara a su lado. El joven hizo como le pedía su padre.

–Tío Alejandro –le dijo.

La mirada del siciliano lanzaba brillos de incredulidad y conmoción. El parecido de Diego con su hermano era tal que dolía. Recibió el abrazo de su sobrino. El sonido de unos pasos por detrás barrió por unos instantes las lágrimas que sus ojos amenazaban con derramar. Mohammad ibn Ali se asomó con cautela. No deseaba interrumpir nada importante. Al ver a Diego, la confusión se marcó en su cara. Miguel se adelantó y se lo presentó.

–Este es mi hijo Diego –le aclaró–. Es el hermano gemelo de Roland.

–El parecido es notable.

–Más que notable –constató Alejandro algo más compuesto–. A menudo se me olvida que es así.

–¿Creéis que nuestro convaleciente podría recibir una visita?

Muhammad se limitó a elevar sus cejas. El navarro lo tomó como una aceptación y avanzó hacia la habitación de atrás después de haberle hecho una seña a su hijo para que lo siguiera. La estancia era pequeña. El camastro ocupaba todo el espacio de una de las paredes. La ausencia de ventanas hacía que la sensación de estrechez se acentuara. Al intuir la presencia de alguien, el herido se encogió contra la pared en un instintivo acto de protección.

–Amigo –le dijo Miguel acercándose lentamente. El ojo derecho de aquel hombre estaba bastante dañado. La hinchazón de alrededor le impedía abrirlo. El otro ojo se abría con precaución, con el miedo claramente tatuado en su pupila.

Al acercarse a él, Miguel solo consiguió que emitiera ruidos angustiosos con su garganta y tratara de defenderse. El infanzón le ofreció un poco de agua. Reticente, el herido la rechazó con una urgente negación de su cabeza.

–Está bien –aceptó el de Grez intentando hablarle en los diferentes idiomas que conocía para ver si reaccionaba a alguno de ellos. Le pareció que respondía ante el occitano. No estaba muy seguro, pero decidió usarlo.

Al principio lo ignoró y Miguel trató de explicarse, diciéndole que era el padre de Roland. La mención del nombre lo aisló de nuevo en su mundo de incómoda indiferencia. Algo desesperado, pues parecía perder el único medio que podía verter un poco de luz sobre el paradero de su hijo, llamó a Diego.

–Acércate. Con mucho cuidado –le advirtió–. No quiero que entre en estado de conmoción.

Fue evidente que Diego tragó saliva dos veces antes de atreverse a dar el

primer paso. Su padre lo animó con la mirada. El joven se sentó sobre sus rodillas y tocó despacio el brazo del herido. Tardó antes de decidirse a abrir su ojo. Y, cuando lo hizo, las lágrimas salieron desordenadas y desenfrenadas, barriendo los surcos de dolor de su rostro. Pacientemente, Miguel esperó a que se calmara. Había agarrado las manos de Diego y no parecía querer soltarlas. Este miraba a su padre preguntándole qué debía hacer. Por fin, Miguel se decidió.

–Este es mi hijo Diego, el hermano de Roland. Yo soy su padre y hemos venido a buscarlo.

El herido desvió la mirada hacia arriba y la centró en Miguel.

–¿Habéis comprendido? –el de Grez se sentía un poco tonto al tratar de comunicarse con aquel hombre del que necesitaba toda la información que pudiera facilitarle. Se mordió el labio inferior hasta casi hacerse daño, pensando, imaginando cuál podría ser la manera de comunicarse. El herido le tiró de la manga suavemente y le hizo un gesto con su mano.

–¿Escribir? –le preguntó.

Como si se acabara de encender una inmensa luz que acabara de barrer la oscuridad de toda una noche, Miguel le rogó a su hijo que fuera a pedir a su tío una pluma, tinta y algo donde escribir. Una nueva ilusión se había abierto en la mente del navarro. Mientras el joven regresaba, Miguel colocó en una posición más vertical a aquel hombre.

–Lo siento, *aita* –se disculpó Diego–, pero el tío dice que no tienen papel, pluma, ni tinta, pero que si es urgente puede tratar de encontrarlo.

El de Grez meneó la cabeza y por un instante arrugó el gesto.

–Busca una bandeja y llénala de tierra. Aplana la superficie y tráemela.

No tardó mucho el joven en completar su cometido y en pasarle la bandeja a su padre.

–¿Cuál es vuestro nombre?

La mano temblorosa del herido trazó las primeras líneas sobre la tierra. «*Leu sui*²⁹ William of Hampshire».

–¿Un sajón? –aventuró Miguel al escuchar la palabra *of* y al recordar el gesto de aparente repugnancia al nombrarle la lengua *d’oil*³⁰.

Una leve sonrisa apareció en su rostro como aceptación de la agudeza de aquel hombre que lo interrogaba; aunque por su inflexión neutra no pudo determinar si eso era bueno o malo para él.

–¿Conocéis a Roland?

William asintió levemente con su cabeza.

¿Sabéis dónde está ahora?

«Ara, non³¹».

Miguel apretó los labios fuertemente hasta que desaparecieron, convertidos en una única línea. Se puso brazos en jarras mientras William pasaba la mano sobre la tierra de la bandeja borrando las letras escritas.

William le explicó que Roland había estado enfermo durante la travesía y que, al llegar, un hombre lo había visto y se lo había llevado. Él había tratado de impedirlo sin lograrlo. Unos días más tarde... alguien fue a buscarle a él y... El sajón dejó las palabras en suspenso en la bandeja. Tampoco hacía falta que añadiera nada más.

—¿Cómo era el hombre que se llevó a mi hijo?

Lo describió como un hombre fuerte, de ancha nariz, labios finos, barba larga y una pequeña cicatriz en la frente.

«Angoyssos³²», añadió.

Miguel guardó silencio. No era mucho lo que tenían, pero al menos podía pedir a Mohammad que buscara a un hombre con esas características.

—Descansad ahora —le dijo por fin a William.

Este, sin embargo, le estiró de la manga y le hizo señas para que leyera lo que iba a escribir. «Vos prec³³...».

La mirada clara de William se clavó en la suya. El de Grez supo leer la súplica en esa mirada limpia debajo de la cual se escondía la rabia de un cuerpo mutilado.

—Os sacaré de aquí —le aseguró el navarro posando suavemente su mano sobre su hombro—. Cuando llegue el momento, alguien os enseñará esta cruz —le dijo sacando de debajo de su camisa una cruz patriarcal de doble travesaño, símbolo que usaban los Infanzones.

Miguel abandonó la estancia con un nudo en el estómago. Se dejó caer en una silla cerca de donde aguardaban Mohammad, Diego y Alejandro sin ocultar su abatimiento. Con rápidas palabras esbozadas en la lengua de los almohades les relató la conversación mantenida con William.

—Es mi hijo —murmuró Muhammad—. El hombre que os ha descrito William es mi hijo. Él tiene a Roland —apoyó sus manos sobre la mesa para ayudarse a ponerse en pie y desapareció. Estaba apesadumbrado.

Sus palabras cubrieron la habitación de una extraña atmósfera. «Otra vez», pensó Alejandro.

—Hablaré con Abou —se limitó a manifestar el navarro. Y acto seguido, se fue junto a su hijo—. Memoriza bien el camino —le pidió a Diego en cuanto

pusieron un pie en la calle.

–¿Se puede saber en qué estáis pensando?

Las palabras del rey calaron en su cerebro poco a poco haciéndolo regresar del mundo de sus pensamientos y centrar la vista en su interlocutor.

–Necesito hablar con Abou el-Djyouch, vuestra majestad –le dijo sin preámbulos–. Sé quién tiene a mi hijo.

Don Sancho se levantó de su asiento y comenzó a dar pasos despacio por la habitación. Tenía las manos engarzadas a la espalda y eso le hacía caminar algo encorvado.

–Entiendo –dijo por fin el rey con la vista fija en el infanzón–. No sé si quiero saber cómo lo habéis averiguado, pero decidme al menos que mi cabeza no corre el peligro de desprenderse de mis hombros.

–Por supuesto que no, vuestra majestad.

–¿Estáis seguro?

–¿Podemos dejar ya este juego, vuestra majestad? –le pidió Miguel algo impaciente.

El rey desvió la mirada de los ojos de Miguel al anillo de su dedo. El infanzón notó como si el metal que rozaba su piel se calentara de repente.

El ruido de la puerta al abrirse diluyó por unos instantes la tensión que había empezado a coronar la estancia donde se encontraban. El mayordomo real anunció la llegada de Abou.

«Nunca en mejor momento», pensó Miguel que se hizo a un lado para dejar que el almohade entrara, pero sin tener la intención de moverse de allí. Esperaba que don Sancho no le pidiera que abandonara la habitación. El rey no lo hizo y el infanzón respiró aliviado.

–El califa os recibirá esta tarde –le anunció.

Las palabras de Abou sonaron algo dubitativas. Miguel frunció el ceño. Un acto involuntario como reflejo de la constatación.

–De acuerdo –le dijo el rey acompañando sus palabras con un gesto asertivo de su cabeza.

–Le he hablado de la carta del profeta que obra en vuestro poder. Al califa le gustaría mantener una copia.

–Es un gesto que le honra.

–Vendré a buscaros después de comer.

–Estaremos preparados.

Abou agachó la cabeza y giró rápido para irse. Miguel lo detuvo por el brazo justo cuando abría la puerta.

–Abou, esperad. ¿Sabéis algo de mi hijo?

El almohade esquivó su mirada en un primer momento pero no tuvo más remedio que mirarlo cuando el navarro apretó más su brazo. Lo que descubrió en lo ojos de Miguel era algo más que determinación y él lo sabía. Aun así, trató de esquivar el asunto.

–Me temo que no –dijo tratando de dar por zanjado el asunto.

–Yo sí.

La respuesta del infiel no se la esperaba y el hecho se reflejó en su rostro. Miguel aprovechó esos instantes de indecisión para terminar de atrapar a su presa.

–Lo tiene Abu, el hijo de Muhammad ibn Ali.

La cara de Abou no reflejó sorpresa alguna. El infanzón, rápido de reflejos, apretó los puños y se llevó al almohade lejos de la puerta.

–Ya lo sabíais –le dijo.

–Yo... –vaciló.

–¿Dónde está? –le exigió saber.

–No lo sé. Os digo la verdad –el almohade se sentía incómodo. No es que no quisiera ayudar al cristiano que una vez salvó su vida, es que todo estaba siendo demasiado complicado. Desde hacía unas semanas, tenía la sensación de estar moviéndose entre arenas movedizas. Sabía a ciencia cierta que cualquier paso en falso significaría caer en un pozo de no retorno. Aquella misma mañana, el califa había llamado a todos sus caídas. De entre ellos, lo había elegido como intérprete para la reunión de la tarde por conocer la lengua de los bárbaros. Así los había llamado el califa. Y eso le había incomodado en extremo, pero no había encontrado forma de desviar la atención hacia otro candidato. La de traductor no le era una tarea extraña, pero no quería hacerlo ante Miguel porque este hablaba mucho mejor el árabe norteafricano que él el romance navarro. Y eso lo ponía nervioso.

La tensión era evidente en la mandíbula de Miguel. Don Sancho se acercó tratando de advertir a su súbdito con su presencia la inoportunidad de enfrentarse abiertamente a Abou. Aunque les unía una buena amistad, o eso creía él, estaban en medio de una importante negociación.

–¿Por qué no nos sentamos? –la magna presencia de aquel rey que sacaba al resto de los hombres al menos una cabeza bastó para que Abou claudicara.

Miguel soltó su brazo, pero se juntó a él como si temiera que este pudiera

evaporarse en cualquier momento. El rey hizo salir a todos de la habitación. Los tres hombres se quedaron en silencio durante un rato.

–¿Dónde está mi hijo? –insistió Miguel.

–No lo sé –le repitió.

–Sin embargo... no os habéis sorprendido cuando os he dicho que lo tenía el hijo de Muhammad.

El almohade miró a ambos hombres. El rey parecía relajado, pero a Abou le recordó a una bestia dormida. Cualquier ruido inoportuno podía despertarla. En cuanto a Miguel, seguía siendo obstinado. Nada le detendría. Y él tenía miedo de que hiciera alguna locura.

–He oído rumores –reconoció al fin.

–Pero...

–Abu tiene el reconocimiento del tío del califa. Está demasiado protegido. Nadie hablará.

–Entiendo –dijo Miguel. Su voz sonó más relajada. Se levantó y caminó hacia la ventana. Un arco en forma de herradura presidía la parte más alta de esta. El día era claro, ausente de viento, y el brillo del sol se reflejaba sobre los tejados de la ciudad–. ¿Si fuerais Abu y os quisierais deshacer de un cristiano, adónde lo llevaríais?

La pregunta flotó en el aire, incómoda. Abou el-Djyouch sintió su peso y el de la mirada de los dos navarros sobre sus hombros. Reflexionó unos instantes antes de responder.

–A Hisn al-Faray –fue una confesión apenas audible, pero impregnada de un marcado matiz de certeza.

–¿Qué es ese sitio?

–Es la residencia que Yaqub al-Mansur, el padre de nuestro califa Muhammad, mandó construir a las afueras de Sevilla, en la zona que se conoce como Aljarafe –«Allí celebró la victoria que Allah le concedió sobre el rey cristiano Alfonso VIII de Castilla, en Alarcos», recordó Abou.

–¿Es una broma? –preguntó Miguel, quien había esperado escuchar la descripción de una horrible cárcel.

–No lo entendéis, Miguel –dijo Abou cariacontecido–. Ningún cristiano que ha sido llevado allí... ha sobrevivido para contarlo. Si Abu encarceló allí a vuestro hijo... ya estará muerto. Cuando sospeché que el hijo de Muhammad...

–Quiero comprobarlo –le interrumpió Miguel. Pero esta vez no hablaba para Abou, sino para don Sancho–. ¿Intercederíais para que me dejara visitar

Hisn al-Faray? –el infanzón se había vuelto a acercarse a su asiento y miraba directamente al monarca.

El rey asintió y miró a Abou como diciéndole que era una petición razonable.

–Si mi hijo vive... ¿intercederíais para que me dejara que me lo llevara conmigo? No quiero ponerlos en ningún aprieto. Y no es ninguna petición que os obligue a nada. Solamente quiero...

–Queréis –le interrumpió don Sancho– saber a qué atenderos.

Miguel asintió brevemente.

–Sabed que lo hablaré con el califa.

–Junto a Roland, me llevaré a otro hombre. Un tal William de Hampshire que los hombres de Muhammad ibn Ali han liberado y que estuvo con mi hijo.

–¿Un normando?

–Un sajón.

–Prefiero no preguntar –aceptó el rey.

Miguel miró a Abou.

–¿Creéis que al-Nasir consentirá?

El encogimiento de hombros del almohade fue sumamente sutil. Realmente no tenía ni la más remota idea de lo que su califa podría llegar a pensar o a hacer. Lo que tenía claro era que si no aceptaba, Miguel actuaría por su cuenta. Y eso sí que era peligroso. En primer lugar para el propio navarro. En segundo lugar, para él mismo.

–Estaremos listos aguardando vuestra llegada –interrumpió el rey que daba así por terminada aquella charla.

Miguel acompañó a Abou hasta la puerta y lo abrazó a modo de despedida.

–Gracias –le dijo el cristiano. Aunque el almohade no sabía a ciencia cierta si lo decía por lo que había hecho o por lo que él creía que iba a poder hacer.

Tal y como al-Nasir le había pedido que hiciera, para poder recibir convenientemente al rey cristiano, Abou el-Djyouch se situó en el centro de la tienda³⁴. Su nerviosismo se revelaba en la postura tensa de su espalda, aunque lo intentaba enmascarar con la controlada expresión de su rostro. Sabía que el califa entraría por una puerta y el rey navarro por la otra. Por eso miraba de reojo a un lado y otro, atento a la posible presencia de ambos. Un amortiguado sonido de pasos le avisó de que alguien se acercaba. Se levantó de una manera

ceremoniosa. Lo hizo tanto para dar realce al acto como para tomarse su tiempo. «Despacio», se exigió. Al-Nasir y don Sancho entraron a la vez por la entrada que a cada uno le correspondía. Abou el-Djyouch salió al encuentro de ambos y les ofreció sus manos. De esta forma los acompañó a los asientos correspondientes; al-Nasir a su derecha y el rey navarro a su izquierda. Cuando ambos hubieron tomado asiento, él mismo se sentó en medio para comenzar las conversaciones.

La presencia de Miguel añadió una pequeña presión en su corazón. Él sabía que no se trataba de ningún sirviente, aunque llevara ropas de siervo y actuara como tal. Si alguien más se daba cuenta... Trató de apartar esos pensamientos de su mente y se centró en la conversación. El califa quería saber si la estancia estaba siendo del agrado del visitante.

–Es muy grato visitar esta tierra como amigo –dijo don Sancho–. Quiero corresponder a vuestra hospitalidad.

El navarro miró a Miguel, quien aguardaba la señal para acercarse. En sus manos llevaba el cofre donde estaba guardada la carta del profeta. Exagerando un poco los movimientos, Miguel llegó hasta una distancia prudencial de al-Nasir y abrió el cofre para él. El califa miró a su intérprete haciendo un gesto de asentimiento con su cabeza. Abou tomó la carta con suma reverencia y se la pasó a su señor. Una nota de sorpresa y satisfacción bañó sus ojos azules.

–Me me me gustaría poder, poder, poder copiarla.

Pacientemente, don Sancho esperó la traducción mientras miraba a Miguel advirtiéndole de que estuviera atento para confirmar las palabras de Abou.

–Será un placer –le aseguró don Sancho.

–Me gusta..., me gustaría que, que, que fuera ahora, ahora mismo.

–Sería del gusto del califa que la copia se realizara en este mismo momento.

No era lo que don Sancho hubiera preferido, pero concedió.

–Mi sirviente custodiará el cofre –pidió el rey.

Alguien entró en la sala y Miguel se vio obligado a seguirle. Don Sancho tendría que prescindir de la vigilancia del infanzón respecto a la traducción, pero confiaba en que Abou fuera lo suficientemente honesto como para no engañarle. Además, estaba seguro de que la recepción no sería muy larga y Miguel se aseguraría de que la carta no sufriera daños. El de Grez aspiró con fuerza y miró a don Sancho y a Abou. No tenía otra forma de recordarles su petición. Estaba molesto por no poder asegurarse de que se hiciera efectiva. A regañadientes, siguió a aquel almohade que caminaba a grandes zancadas.

Parecía tener mucha prisa por tener aquel pequeño tesoro en sus manos. La tartamudez del califa, la voz grave de don Sancho y el característico acento con que Abou pronunciaba el romance navarro se fueron quedando en la distancia.

La carta no era demasiado larga, por lo que Miguel esperaba que todo terminara pronto. Sin embargo, el copista se tomó su tiempo. El sol fue bajando sobre el horizonte sin que el escribano diera por concluido el trabajo. Las sombras se alargaban sobre el silencio de aquella estancia. Miguel aguardaba de pie, sin decir nada, con un ojo puesto en la carta original y la mitad de su mente centrada en la suerte de Roland. Cuando las primeras luces se encendieron, Miguel reprimió un suspiro. No había cosa peor para un hombre de acción como él que tener que esperar pacientemente a que otro terminara. No cuando la vida de su hijo podía depender de lo rápido que él lo encontrara.

La cabeza del escribano se levantó por fin y con ella todo su cuerpo. Aún comprobó por última vez su trabajo a la luz de las velas. Su mirada era exigente, su pulso firme. El almohade se acercó a Miguel con gesto de satisfacción y le entregó la carta. Un sirviente le acompañó a su habitación. Para su sorpresa, el rey aguardaba allí.

–Vamos –le dijo nada más verle.

–¿Roland? –fue lo único que le dio tiempo a formular.

–Deprisa –dijo una voz en árabe.

Miguel se dio cuenta entonces de la presencia de Abou y de Diego. Dirigidos por el almohade, se encaminaron hacia la margen derecha del Guadalquivir, donde se elevaba el recinto amurallado de Hisn al-Faray. Cabalgaron en una marcha de silencio y tensión. El camino estaba despejado y traspasaron sin problemas la puerta de acceso. Sin duda, su llegada estaba prevista. Dejaron a la derecha el pequeño cementerio y caminaron siguiendo la estela de Abou.

–Es... aquí.

Miguel se detuvo en seco.

–¿Aquí? –preguntó totalmente sorprendido.

El terreno era liso bajo sus pies. No había ningún edificio en varios estadales³⁵ a la redonda. Confundido miró a Abou y luego a Diego. No le dio tiempo de mirar al rey. La limitada luminosidad de la noche no le impidió ver el rostro pálido como la misma luna y el temblor de todo el cuerpo de su primogénito.

–Ayudadme –la voz de Abou le hizo centrarse en lo que estaba haciendo el almohade. A su alrededor acertó a ver varias luces que había procedido a encender y cuatro gruesas cuerdas. Miguel se empezó a temer lo peor y el vello de todo su cuerpo se erizó de golpe.

–Dime que Roland... –empezó a decir Miguel en árabe. Abou cortó su frase.

–No hay tiempo.

Costó algo de esfuerzo, pero entre los cuatro hombres recorrieron una enorme piedra circular que dejó al descubierto un agujero en el suelo. Medía algo menos que los brazos de don Sancho extendidos. Una boca negra quedó al descubierto, cual entrada al averno. La bocanada de aire corrupto que escapó al descubrir el orificio provocó un acceso de tos en todos ellos. Diego estuvo a punto de caerse. Si su padre no lo hubiera agarrado en el último instante, se habría caído de bruces en aquel pozo de podredumbre.

–Yo bajaré –dijo Miguel al ver que Abou estaba dispuesto a hacerlo por él.

Ató un grueso nudo en el extremo de la cuerda para colocar en él sus pies y dejó que la fuerza de los otros tres lo descendiera lentamente.

Una luz cegadora penetró en la oscuridad infinita. A través de sus párpados cerrados lo sintió como si de un relámpago se tratara. Un fagonazo de dolor que traspasó su cristalino. Podía haber pensado que se encontraba en un lugar inconcreto más allá de la muerte de no haber sido por el dolor. Era como si alguien estuviera restregando una mata de ortigas por su cuerpo. Quizá lo estuvieran haciendo realmente. Cuando pensaba que no podía ser peor, sintió que algo traspasaba su hombro y después... después desapareció todo.

Miguel notaba una pegajosa masa concentrarse en sus pulmones que le dificultaba la respiración. Tuvo que apretar bien sus dientes para no lanzar un terrible grito de impotencia y de dolor, aunque suponía que no lo hubiera podido hacer debido a la falta de oxígeno del lugar. La luz del candil le permitía ver la planta circular de aquel espacio situado unas dos varas por debajo de la superficie del suelo. La tierra era rugosa allí. Cerca del perímetro se podían ver los surcos preparados a modo de camastros. Aunque más bien parecían tumbas. Miguel se estremeció solo de pensarlo y elevó la vista hacia arriba. El cuerpo de su hijo ascendía despacio sobre su cabeza. Un

rápido examen le había permitido ver el lamentable estado en que se encontraba. Estaba vivo, sí, pero ¿cuánto tiempo más aguantaría? «Esto destrozará a su madre –pensó–. Y también a Alejandro». Tenía el hombro izquierdo salido –había intentado encajárselo y esperaba que no fuera demasiado tarde para que recuperara su movilidad–, y un fuerte golpe en la cabeza. Había marcas de amarras y cadenas en sus muñecas y tobillos. ¿Debía seguir enumerando aquella lista de horrores que había visto en el breve instante que había tenido para sujetarlo a las cuerdas y sacarlo del inframundo en que lo habían enterrado?

Si estuvieran en Navarra sabría qué hacer. Convocaría a los Junteros y en lo que le hubiera costado chascar los dedos tendría al menos diez voluntarios para buscar a Abu y hacerle rendir cuentas por sus actos. Pero estaban demasiado lejos de su reino y de los infanzones. Su cabeza empezó a embotarse por falta de aire puro. No pudo dejar de preguntarse cuánto tiempo llevaría Roland allí y cómo había podido sobrevivir. Le pareció que pasaba una eternidad antes de que la cuerda colgara de nuevo sobre el agujero para izarlo a él. Se aseguró de que no había nadie más allí y se agarró fuerte a la cuerda. Apoyó las palmas de sus manos en suelo firme y se dio impulso para levantarse. Se acercó a Roland.

–¡Vámonos! –apremió sin esperar a que la roca fuera puesta de nuevo en su lugar. Poco le importaba que algún almohade desgraciado se encontrara con el vacío bajo sus pies.

–Yo lo llevaré –el cuerpo alto y fuerte del rey navarro se interpuso entre él y su hijo.

–Gracias –acertó a musitar Miguel.

Con el cuerpo en brazos llegaron hasta donde esperaban los caballos. Allí, Miguel montó primero y los demás ayudaron a colocar a Roland delante de su padre. Su cabeza quedó recostada sobre el pecho del infanzón.

–Ya ha pasado todo, Roland –le susurró mientras apartaba un mechón que tapaba su ojo–. Ya estás a salvo.

No se sentía capaz de hacerlo. Tenía miedo de toparse con alguien, de que ese alguien lo confundiera con su hermano, de que lo llevaran a aquel agujero donde había estado Roland y, sobre todo, miedo de su propio miedo. Las calles se tornaron de pronto hostiles. Su padre le había dicho que fuera a avisar a su tío Alejandro del rescate de Roland y que, si era posible, regresara con William. Sin embargo, no estaba muy seguro de estar siguiendo el rumbo adecuado. Cierto que su padre le había hecho memorizar el recorrido, pero

ahora era de noche –y de noche todos los gatos son pardos– y se sentía algo bloqueado. Avanzaba despacio, calculando cada uno de los pasos; aferrado a las paredes, tratando de identificar cualquier signo que le indicara que iba por el buen camino. Golpeó con delicadeza una puerta y se apartó unos pasos ocultándose en la sombra de una esquina. Atento a lo que ocurría, Diego esperó y esperó sin que nada ocurriera. Tendría que llamar más fuerte. Se decidió a hacerlo justo en el momento en que se encendía una luz. Poco después, un hombre se apostó sobre el umbral de la entrada. Su aparición le dio mala espina y retrocedió. Escuchó algunas palabras. No entendió su significado, pero sí la fina ironía y la profunda rabia que su entonación transmitió. Supuso que algo relativo a la inoportunidad de interrumpir un grato sueño. Se hubiera reído de tener tiempo y ganas, pero se limitó a emitir una mueca de contrariedad y se obligó a concentrarse para volver a situarse en el plano mental que tenía de la ciudad. Retrocedió hasta estar seguro de reconocer la calle y luego torció a la derecha. «Sí», se dijo como si acabara de encontrar un tesoro. Observó bien para estar seguro. Por una de las ventanas se escapaba un resquicio de luz. Se acercó a ella y pegó la oreja para escuchar. No se oía nada. Tenía que ser allí, se dijo. Se pegó a la puerta y golpeó con cautela.

–Tío Alejandro –las palabras se escaparon de su boca. Si se había equivocado estaría muerto en menos de lo que tarda en cantar un gallo.

Las sombras bailaban debajo de la puerta lo que le indicó que alguien se aproximaba con una luz. Su cuerpo se tensó. Si tenía que echar a correr, debía estar preparado.

El de Salerno abrió con cuidado la puerta, agarró el brazo de su sobrino y lo introdujo dentro sin zalamerías. Diego tenía el corazón en la boca y solo le bajó de nuevo al pecho cuando tuvo el rostro de Alejandro muy pegado al suyo.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó Alejandro sin contemplaciones abrazándose a su sobrino.

Le hizo pasar a una salita pequeña y le obsequió con un buen vaso de vino que él aceptó sin rechistar. No podía negar que ya el primer sorbo contribuyó a templar su cuerpo considerablemente.

–Tengo noticias, tío. Hemos rescatado a Roland.

–¿Cómo se encuentra?

La lividez retornó a la cara de Diego. Alejandro palmeó su espalda para transmitirle su ánimo. Una tímida sonrisa bañada en pesar e incertidumbre

abrazó su rostro.

–Creo que está grave –afirmó con desolación.

–Tu hermano es fuerte. Lo lleva en la sangre. Se pondrá bien.

Diego asintió sin saber muy bien qué decir al respecto.

–*Aita* quiere que sepas que partiremos hacia Carmona en cuanto sea factible. Si es posible, le gustaría que vos os encontrarais allí con él.

–Confío en que Muhammad lo pueda arreglar todo.

–Una cosa más. Respecto al sajón... Mi padre quiere que lo lleve conmigo. Tiene salvoconducto del califa para abandonar con nosotros la ciudad. Pero debe acompañarme ahora mismo.

Penetraron en la oscuridad de la morada. Diego rozó levemente el hombro de William. Este reaccionó de golpe. Su sueño era ligero. Fijó los ojos en Diego como si estuviera viendo una visión irreal, pero enseguida su mirada se volvió transparente.

–Roland está vivo –le dijo mientras le hacía señas con la mano para que lo acompañara.

William pareció dudar. Entonces, Diego recordó lo que le había dicho su padre. De debajo de su camisa sacó la cruz patriarcal de doble travesaño que su padre le había prestado y se la mostró.

El sajón asintió mientras con gestos le pedía que le ayudara a levantarse. Diego lo hizo. Enseguida notó el peso y el calor del cuerpo de aquel hombre que se apoyaba en él sin ningún tipo de suavidad, pero plenamente consciente de sus limitaciones. Se miraron unos instantes. «¿Serás capaz de llegar?», preguntaban las pupilas de Diego. «Iré aunque sea a rastras», gritaban las de William.

Miguel estaba sentado al borde de la cama. La respiración de Roland era breve e irregular. Sus pulmones parecían tomar aire a trompicones. Su padre no le quitaba ojo. Solo la débil llama de una vela situada en el otro extremo de la habitación vertía algo de claridad en la alcoba. Estaba muy débil, pero tenía que sacarlo vivo de Sevilla a cualquier precio. Necesitaba de los cuidados de su madre y cuanto antes lo llevara hasta ella, mucho mejor. Y si su sino era morir, al menos que lo hiciera en un sitio donde su alma encontrara el consuelo y el perdón necesarios.

–¿Cómo está mi hermano? –preguntó Diego que acababa de llegar.

Diego y William rodearon la cama y se sentaron al otro lado. La cara de

Roland esbozó una mueca.

–Creo que se alegra de veros –les dijo Miguel.

Diego tocó la frente de su gemelo. Estaba caliente.

–Tiene fiebre –corroboró su padre–. ¿Le has dado el recado a tu tío?

–Sí. Me ha dicho que viajará a Carmona en cuanto pueda.

–Entonces... duerme un poco. Te necesito fresco y lúcido por la mañana.

–¿Y vos?

Los labios de Miguel se torcieron hacia la izquierda mientras miraba a su hijo mayor.

–Dormitaré un poco. Me estoy haciendo mayor y ya no duermo como antes.

Diego tocó el hombro de William y le deseó buenas noches. Después se despidió de su padre y le devolvió la cruz de los infanzones.

El sajón se acercó más a la cabecera de la cama. Parecía quererle hablar con los ojos.

–Vos también deberíais descansar –le dijo Miguel.

William se dejó caer al suelo. El pequeño trayecto lo había dejado exhausto. Miró por la ventana a través de la cual la noche se abría camino. Estaba cansado. Hacía muchos días que no dormía en condiciones. Sus sueños eran intranquilos y no le repercutían el descanso conveniente. Se dejó arrastrar por la dulce sensación de sentirse a salvo. Al menos durante unas horas.

Esperó al alba vestido. El bravo corazón de un infanzón palpitaba firme bajo las ropas de siervo que había utilizado durante los últimos días. «Te voy a llevar a casa, Roland. ¿Me oyes bien? Te llevo a casa». La llama que había ardido durante toda la noche se extinguió de repente dejando tras de sí un estrecho camino de humo. Miguel tomó una de sus camisas y le arrancó un trozo. Con toda la delicadeza de que fue capaz, la colocó a modo de venda sobre los ojos de su hijo. Tendría que acostumbrarse a la luz poco a poco.

Abou el-Djyouch se presentó precediendo a la salida del sol. Miguel se acercó a él en cuanto lo vio y se fundió con el almohade en un sincero abrazo. No sabía si eso era correcto o no. Pero lo hizo de corazón.

–Gracias –le dijo usando el árabe–. Por todo. Estoy en deuda con vos.

–Más bien, estamos en paz.

–Espero que todo esto no os cause problemas con Abu, ni con el califa.

Abou el-Djyouch movió su mano restando importancia al asunto. Lo hecho, hecho estaba.

–Espero que el destino nos permita volver a encontrarnos.

Se despidieron como amigos en el comienzo de un día de calor en Sevilla. Ambos ignoraban que la próxima vez que coincidieran, sería como enemigos.

Regresaron a Carmona. Nadie les tendió un arco de espadas y lanzas. Nadie observó su partida. Don Sancho había visto lo que había ido a ver: Si era cierto que al-Nasir había desplegado un gran ejército. Y era verdad. En Sevilla había logrado unir a bereberes, árabes, almohades, andalusíes y voluntarios. Allí estaban los temibles *imesebelen* y los formidables arqueros *agzaz*. Por su parte, el califa se había quedado contento por haber confirmado la tregua con el rey navarro. Además, lo había hecho testigo ocular del enorme ejército con el que contaba. Estaba seguro de que el rey castellano oiría hablar de él.

El viejo carruaje, portador de excelsos regalos para *el príncipe de los creyentes*, albergaba ahora un tesoro diferente: el maltrecho cuerpo de Roland. William, a pesar del penoso estado en que él mismo se encontraba, no se había apartado de su lado ni un solo instante. Miguel empezaba a preguntarse si debería tener celos de él. Sonrió al pensarlo. Roland viajaba oculto del sol y de los elementos. Sus ojos aún permanecían vendados y su cuerpo enflaquecido luchaba por seguir vivo. «Aguanta», pensaba su padre.

Se pararon a descansar alejados del camino, temerosos de que alguien pudiera interceptar su avance. Don Sancho miró al horizonte como si calculara cuánto quedaba aún, no para llegar a Carmona, sino para pisar tierras navarras. Miguel incorporó despacio a su hijo. William le había inmovilizado el brazo izquierdo. Al parecer, y según la opinión del sajón, su hombro sanaría mejor así. Seguramente se le habría desencajado debido al golpe que recibió al aterrizar sobre el suelo profundo de la que había sido su prisión. Mucho se temía el infanzón que no habían sido muy amables con Roland a la hora de encarcelarlo. El agua resbaló por la comisura de sus labios.

–*Aita?* –una voz rota rompió el silencio.

–Estoy aquí, Roland.

Bebió un poco atragantándose al querer absorber demasiado deprisa.

–Despacio –le pidió su padre.

Con cuidado, lo volvió a depositar en posición horizontal.

–William está aquí –le anunció.

El joven buscó con su mano derecha el cuerpo del sajón y tocó su cara y su

hombro. Después cayó rendido y se quedó dormido.

Algunas nubes altas les sorprendieron en el cielo de Carmona. Era media tarde cuando llegaron y apetecía buscar una sombra. Roland y William reposaban ya en una habitación limpia y oreada. Miguel se aseó de prisa, se puso sus ropas de milites y salió al encuentro de Laraine. Había un pequeño jardín en la parte de atrás de la casa. Allí es donde le habían indicado que estaría. A la derecha se distinguía la larga falda de una dama. Miguel se quedó paralizado unos instantes. No podía creer que Álvaro estuviera abrazando así a su esposa. Al percatarse de su presencia, Álvaro soltó a Laraine.

–¿Qué ocurre? –le preguntó ella al de Subiza.

Una ancha sonrisa se dibujó en el rostro del ricohombre. La siciliana giró la cabeza y se llevó la mano al corazón. La barba de Miguel había crecido y su semblante era serio. La fatiga se marcaba en su mirada, pero no creía que aquel rostro trajera malas noticias. Corrió hacia él.

–¿Roland?

–Está arriba.

Laraine sintió ganas de gritar, reír y llorar; todo al mismo tiempo. De repente se quedó paralizada. Comprendiendo que algo había ocurrido para que él mismo en persona no hubiera ido a saludarla.

–¿Está...?

–Herido –terminó la frase por ella.

–¿Muy grave?

Miguel asintió levemente. Sabía que a Laraine no le asustaban las heridas. Es más, estaba acostumbrada a ellas y a tratarlas de tú a tú. Sin embargo, el efecto no es el mismo cuando es tu propio hijo el que está herido.

–Vamos –le dijo haciendo un gesto para que entrara en la casa.

Miguel se retrasó.

–¿Se puede saber qué estabais haciendo con mi esposa?

Álvaro no pudo evitar soltar una pequeña carcajada. Pero enseguida se puso serio de nuevo.

–Laraine lleva días esperando noticias. Se sentía cansada y sola. Solo le he ofrecido un hombro en el que llorar y un abrazo de consuelo.

Miguel miró al rostro de su amigo. Álvaro era incapaz de mentirle y lo sabía.

–Lo siento –se disculpó el infanzón.

–También tengo un abrazo para vos si lo necesitáis.

–En serio, Álvaro. Alejaos de mí.

–¿Es grave lo de Roland?

El de Grez se paró y agarró a Álvaro por el brazo, haciendo que también detuviera su paso. No quería que Laraine lo escuchara. A grandes rasgos le contó la forma en que habían encontrado a su hijo. Álvaro apretó los labios.

–Lo siento –dijo con una sinceridad que salía de cada poro de su cuerpo. Y sin esperar más, abrazó a Miguel.

Laraine se encontró con su hijo en una habitación silenciosa. Aunque Roland tan solo llevaba unos instantes allí, el hedor a enfermedad, heridas y oscuridad era palpable. Trató de mantener su máscara de entereza anudando sus pensamientos a un ancla de valor que no sabía si tenía. Le parecieron eternos los cinco pasos que hubo de dar para llegar hasta la cabecera de su cama. Se sentó despacio, temerosa de turbar el descanso de su hijo. Lo escrutó con cariño mientras le quitaba la venda de sus ojos y acarició despacio sus párpados y su rostro. Pidió una vela, que alguien le alcanzó con celeridad, y abrió sus párpados. Sus pupilas reaccionaron con la luz. Eso estaba bien. El joven gimió y emitió algún que otro sonido gutural. Su pelo estaba sucio y enredado al tacto, especialmente en la parte superior izquierda, donde aún se podían palpar pegotes de sangre.

Pidió agua caliente, vino, romero y vendas limpias y rogó que la dejaran sola.

–Roland –llamó suavemente–. Ya ha pasado todo.

Lo giró sobre su hombro bueno y entonces vio aquella serpiente en su espalda en la que se veían perfectamente marcados los eslabones de una cadena. Al palparlos, Roland se agitó en sueños. Y Laraine regó con sus lágrimas el cuerpo que estaba lavando. «¡Dios Santísimo y Misericordioso! ¿Qué te han hecho?».

El cuerpo de Roland empezó a convulsionarse. Eso asustó a Laraine, aunque se abstuvo de dejarse llevar por oscuros presagios. Con cuidado, lo situó boca arriba y trató de tranquilizarlo con palabras apenas susurradas. Sus dientes castañeaban y todo él ardía con la furia del infierno entero. Empapó su frente con agua fría y preparó una infusión de sauce. Cuando estuvo lista, se la fue dando poco a poco. Roland tosió, pero con paciencia, Laraine logró que algo fuera pasando hacia su estómago. Lo tapó hasta la cintura y se sentó a su

lado, manteniendo las manos cerca de él.

Sus ojeras se habían marcado profundamente y su rostro presentaba un aspecto macilento. Trató de recibir a Miguel con una sonrisa, pero solo le salió una mueca de preocupación. Roland había dejado de convulsionarse, pero permanecía en un estado de semi inconsciencia que inquietaba a su madre. Laraine agradeció la presencia de su esposo. La caricia de su mano sobre su cabeza le supo a miel y su beso en la frente relajó la tensión de su cuerpo. Aunque sabía que no se apartaría de su lado, el infanzón la invitó a ir a descansar. Como imaginaba, Laraine se negó en rotundo. Miguel se sentó a su lado, cabizbajo. Podía sentir claramente la lucha que se estaba pugnando delante de él entre la vida y la muerte. No era ajeno a ese tipo de batalla, que había visto más veces de las que hubiera deseado. Y las veces en que la vida ganaba no habían sido mayoritarias. Se preguntó si habría llegado a tiempo y se reprochó no haberlo localizado antes.

–Quiero hablaros de un hombre; un sajón llamado William of Hampshire. Es amigo de Roland. Ha venido con nosotros.

Miguel le explicó el encuentro que había tenido con William y las circunstancias en las que se hallaba.

–Quiere saber si podría visitar a nuestro hijo.

Laraine asintió y su esposo fue a buscar al sajón. William entró despacio y saludó con exquisita dulzura a la madre de Roland, besando su mano. Se sintió turbada por el contacto, pero los ojos claros de aquel hombre transmitían paz a través del silencio que los acompañaba. William tocó el hombro herido del joven y comenzó a moverlo.

–¡Ah! –Laraine estaba a punto de protestar, pero Miguel puso rápidamente su mano sobre el hombro de ella en un gesto que quería decir «tranquila, sabe lo que se hace».

Lo cierto fue que Roland no protestó al ser perturbado en su lucha por la vida. Al contrario, su gesto pareció relajarse.

–Os traeré algo de comer y de beber –le dijo Miguel saliendo despacio de la habitación.

Cuando el de Grez regresó, William se había arrodillado a los pies de la cama. Permanecía en extrema quietud, orando por su amigo. Laraine probó dos bocados y sintió que su estómago se cerraba a la comida. Hizo un esfuerzo porque su esposo la estaba observando, pero después del quinto bocado decidió beber un poco de agua y dejar esa tarea para otra ocasión.

La noche se hizo larga y Laraine temía el momento del alba por ser cruce

de caminos, puerta abierta en el abismo de un día transitando al otro día. Miró por la ventana decenas de veces gritándole al naciente sol que su hijo era suyo y de nadie más. No se dio cuenta de que estaba agarrando fuertemente las sábanas de la cama, ni de que William se hallaba a su lado. Se sobresaltó al descubrirlo. El sajón le hizo un gesto con su cabeza, indicándole que mirara a su hijo. Las primeras luces del día resbalaron por su rostro dejando al descubierto un pecho que subía y bajaba con relativa tranquilidad. William se marchó despacio.

—¿Cuánto tiempo creéis que tardará en moverse el Miramamolín? —la pregunta se la había formulado el rey a don Álvaro, pero se había asegurado de que Miguel la escuchara.

—No creo que tarde demasiado. Si es que no lo ha empezado a hacer ya.

—¿Vos que opináis, don Miguel?

Cierta alarma se prendió de su mente. Raramente el rey se dirigía a él como don Miguel.

—Uno no reúne un ejército como el que ha reunido al-Nasir si no piensa utilizarlo pronto. Aunque solo sea por el hecho de mantener su moral alta, vuestra majestad.

Don Sancho asintió.

—De lo que se puede deducir que este lugar dejará de ser seguro en poco tiempo.

Miguel temía la verdad que escondían aquellas palabras. Estaban en terreno inestable y lo sabía. Pero no estaba seguro de que su hijo pudiera afrontar un viaje tan largo. Los ojos del rey estaban clavados en él, esperando sus palabras.

—Comparto vuestra opinión de que debemos partir en breve hacia Navarra, pero la situación de mi hijo Roland todavía no es la apropiada, vuestra majestad

—No hace falta que cubramos mucho terreno cada jornada; el suficiente para alejarnos poco a poco del sur —intervino Álvaro— ¿Creéis que sería posible?

Miguel vaciló unos instantes.

—Quizá debierais adelantaros —propuso Miguel.

—¿Adelantarnos? —preguntó el rey algo molesto—. ¿No recordáis lo que sucedió cuando veníamos hacia aquí?

Por supuesto que lo recordaba. Todavía no estaba seguro de que Diego lo hubiera superado del todo.

–Estoy de acuerdo con nuestro rey, Miguel. Debemos partir todos juntos. Es la única forma de protegernos.

–De acuerdo –concedió el de Grez a regañadientes–. Propongo un alto en Toledo, donde mi esposa tiene unos parientes–. ¿Cuándo queréis que esté todo listo?

–Mañana partiremos a primera hora.

La mano elevada del rey impidió que protestara tal y como era su intención. Pidió la venia al rey y salió de la estancia.

Laraine había ventilado la habitación, pero en el aire aún flotaban partículas de dolor y sufrimiento, restos de heridas y aroma de fiebre y sudor.

–¿Creéis que aguantará un largo viaje?

La pregunta heló la sangre de sus venas. No la esperaba tan pronto.

–Es difícil saberlo –contestó con prudencia–. Ha superado una noche de fiebre pero...

Miguel tomó de las manos a Laraine y la abrazó con fuerza.

–Si alguien puede hacerlo sois vos. Confío plenamente en vuestra destreza. Quedarnos puede resultar tan peligroso para él como irnos.

–¿Y cuándo está dispuesto que partamos?

–Mañana.

–¡Mañana! –repitió ella mirando a su hijo. Meneó la cabeza dubitativa. Para todos iba a suponer un esfuerzo considerable. Solo esperaba que mereciera la pena–. ¿Y Alejandro? –preguntó al recordar que habían quedado en reunirse en Carmona.

–Espero que llegue a lo largo del día de hoy. Si no lo hiciera, yo mismo lo aguardaría y os alcanzaría en camino. Aunque supongo que querrá ver a Roland antes de regresar al puerto donde le aguarda su barco. Pero no hay más remedio.

Alejandro llegó junto con Muhammad ibn Ali poco después de la hora nona. Roland había pasado una mañana tranquila y eso había elevado el optimismo de su familia.

–Me siento profundamente consternado, pero al mismo tiempo mi alma se ha llenado de alivio –reconoció tras visitar a su sobrino.

Laraine apretó sus manos como muestra de cariño.

–Para vos ha debido ser una pesadilla.

–Ciertamente lo ha sido, pero me sentía tan responsable por Roland que no me he detenido a pensar en lo profundamente doloroso que ha sido también para mí.

–¿Volveréis a navegar pronto?

–Debo hacerlo, ahora que mi sobrino ha sido devuelto al lugar que le corresponde –los dedos de Alejandro tamborilearon sobre la mesa; expresión de la incomodidad que aún restaba en él.

–Volverá al mar. Algún día –le aseguró Laraine.

Eso alegró el alma de Alejandro de Salerno.

29 En occitano, yo soy.

30 Lengua que hablaban los normandos.

31 En occitano, ahora, no.

32 En occitano, atroz.

33 En occitano, os ruego.

34 Para no contravenir a los dictados de la sunna, ni ofender a don Sancho, al-Nasir ingenió esta manera de recibir que aún hoy se utiliza como base de protocolo en ciertas recepciones. La recreación de esta escena se basa en la descripción que Roudh el-Kartas hace de ella en sus Anales de la historia del Magreb y de la ciudad de Fez.

35 Medida de longitud que equivale a 3'3466 metros.

AL CALOR DEL HOGAR DE LOS ALMORAVID

Septiembre de 1211

Exmemiramoni, filius Exmemiramoni, filius Miramen, omnibus regibus et principibus christianorum, et maxime regi Arragonum et comiti de Baruh, iram et indignationem.

Gratias agimus omnipotente Deo nostro pro omnibus beneficiis que nobis dignatus est largiri, et máxime pro illo beneficio quod contulit nobis in terra Hierosolimitana, quam gens nostra et gladii nostri pugnaverunt ab inmundiciis christianorum; et nunc iterato pro victoria quam contulit nobis in expugnatione castrum quod dicitur Salve Terra, in quo superbia vestra multa dampna Sarracenis inferebat. Unde animadvertere potestis, quod lex Sarracena melior est quam vestra; unde precipimus, consulimus et hortamur, si diligitis terras vestras, liberos vestros et uxores, quatenus subdatis vos imperio nostro et transeatis ad legem nostra. Quod si facere obstinaciter recusatis, congregate omnes qui signum crucis adorant et nobis occurrere ad conflictum, et ibi experiemini enses nostros.

Tibi autem Rex Arragonum dicimus, quoniam consilio tuo et suggestione tua multa dampna illata sunt Sarracenis, et dicebas aliis quod id faceres ex consilio domini Rome, quod si diligenter adtenderis, in perniciem christianorum non in salutem dominis Rome fecerit. Nos tandem non cessabimus debelando terras vestras ire usque Romam, et trademus dominum Rome contumeliis et miseriis. Data apud Ispaldem, 8 idus Octubris.

Miramamolín, hijo de Miramamolín, hijo de Miramón, a todos los reyes y príncipes de los cristianos y muy especialmente al rey de Aragón y conde de Barcelona, nuestra ira e indignación.

Damos gracias a nuestro Dios omnipotente por todos los beneficios que se ha dignado otorgarnos, especialmente por el obtenido en tierras de Jerusalén, a la que nuestras gentes y nuestras espadas liberaron de las inmundicias de los cristianos, confirmando ahora por la victoria conseguida en el asalto al castillo de Salvatierra, desde donde vuestra soberbia había inferido mucho daño a los sarracenos. De estos hechos podéis deducir que la ley sarracena es mejor que la vuestra y en consecuencia os pedimos, aconsejamos y exhortamos que si amáis vuestras tierras, a vuestros súbditos y esposas, os sometáis a nuestro mandato y aceptéis nuestras leyes. Y si obstinadamente rehusáis hacerlo, congreguéis a cuantos adoran el signo de la cruz y vengáis a luchar contra nosotros; allí experimentaréis nuestras espadas.

Especialmente os lo decimos a vos, rey de Aragón, puesto que por tu consejo y asesoramiento se han infligido tantos daños a los sarracenos. A los demás les contabas que lo hacías por consejo del señor de Roma, pero la realidad es que se hizo en perjuicio de los cristianos y no por la salud del señor de Roma. Nosotros, entre tanto, no cesaremos de

descargar la ira sobre vuestras tierras y llevaremos el oprobio y la miseria hasta el señor de Roma.

Firmado en Sevilla, ocho días antes de las idus de octubre³⁶.

El texto latino aparece recogido en Pedro el Católico, Rey de Aragón y Conde de Barcelona (1196-1213). Documentos, Testimonios y Memoria Histórica, 6 vols., Zaragoza, Institución «Fernando el Católico». (C.S.I.C.), Diputación de Zaragoza, 2010. «Fuentes Históricas Aragonesas», 52. Vol. III, nº 1204, pág. 1272. Autor: Martín Alvira Cabrer. Traducción: José Luis Pro Sádaba

LARAINÉ SE ENTRETUVO LO JUSTO en asegurarse de que su hijo estaba adecuadamente instalado y salió a toda prisa. Ni las palabras de Miguel preguntándole adónde se dirigía la detuvieron. Decidió salir tras ella, pero William, con un movimiento de su cabeza, le pidió permiso para ocuparse de que la dama saliera debidamente acompañada. Dudó unos instantes, pero los ojos de su hijo Roland, tan silenciosos como los de su amigo, terminaron por vencer sus dudas. La siciliana dejó atrás la morada de los Almoravid de Pamplona a paso ligero. William caminaba unos pasos por detrás de ella, aunque respetando su espacio. Laraine se encaminó hacia Santa Cecilia. Quería dar las gracias a la santa por haber podido traer a Roland sano y salvo de vuelta a casa.

La iglesia olía a humedad y velas. La oscuridad transmitía calma y quietud. No pudo evitar emocionarse. Atraída por la llama oscilante del cirio que tenía enfrente se arrodilló cerca de la imagen de la santa. La tensión del viaje, las heridas internas y externas de sus hijos, el temor a que Roland no resistiera, las noches de vigilia, las vistas lejanas de Pamplona, el saberse a salvo... todo se juntó de golpe en su pecho y explotó en un mar de lágrimas. Se apoyó sobre sus talones y dejó que sus sollozos corrieran limpios y rápidos hasta sucumbir en su barbilla y desaparecer en su cuello. Su llanto era de felicidad, pero escondía todos los temores que habían atenazado su corazón durante largas jornadas de itinerario atravesando la península. Pasó largo rato hasta decidir levantarse. Las rodillas y las piernas estaban entumecidas. Apoyó sus manos en el suelo para darse un pequeño impulso. Justo cuando se iba a dar la propulsión, William llegó a su lado y la ayudó a ponerse en pie, sujetándola suavemente por debajo de la axila.

Algo abochornada le dio las gracias y le señaló la salida. Aún quería hacer una visita más. Salió al exterior donde todo se le antojó extrañamente familiar y acogedor. Había cierto bullicio en las calles que tornaba todo

cotidiano. Llamó a la puerta de Blanca con un solo golpe y entró en la casa con la sensación de estar en un sitio donde la apreciaban. Saludó en voz alta y penetró en el santuario donde se fabricaban los mejores zapatos de Navarra. Lo primero que escuchó fue el ruido de unas cadenas. Su chinchineo le produjo una sensación de incomodidad; algo que se antojaba extraño y ajeno a todo lo que aquella casa significaba. Una figura escuálida surgió de la semipenumbra de uno de los rincones.

–¿Buscáis a mi hermana? –la voz era dulce y afectuosa.

–Sí –contestó Laraine algo turbada por la presencia de Gutierre.

–Iré a avisarle.

Al moverse, el sonido de la cadena volvió a aparecer. Se fijó en aquel hombre que le producía una sensación contradictoria. Cuando se giró, su pierna izquierda dejó al descubierto una larga y gruesa cadena, trabajada a modo de rosario. Un escalofrío recorrió su espina dorsal sin saber muy bien a qué se debía. Ni siquiera la aparición de Blanca borró del todo aquella sensación gélida que parecía anclada en el mismísimo tuétano.

–¡Doña Laraine! –la cálida bienvenida no era fingida–. Me alegro de que estéis de regreso. ¿Ha ido todo bien?

–¡Gracias a Dios y a la intercesión de Santa Cecilia!

Blanca sonrió. Laraine se fijó en la falta de una de sus muelas. Distraídamente se rascó la oreja.

–Venía a saldar mi deuda contigo.

–Hice como vos ordenasteis. La vela se ha mantenido viva todos estos meses. Si acaso soy yo la que debe devolveros...

–No, por favor. Y acepta esto también –le dijo sacando algunas monedas más y poniéndoselas en sus manos.

–Por este precio os puedo hacer unos hermosos zapatos.

–Que sean para el ajuar de tus hijas.

Blanca sonrió de nuevo.

–¿Puedo ofrecerles algo?

–Es muy amable por tu parte, pero acabamos de llegar y hay muchos asuntos de los que debo ocuparme.

La zapatera la acompañó hasta la calle, donde se fijó en el extranjero que la esperaba. Porque, sin duda, se trataba de un extranjero. Y de un extranjero de hermosos ojos azules, por cierto. Desde el umbral de la puerta vio cómo ambos se marchaban mientras su imaginación pretendía elaborar toda la vida de aquel hombre en unos pocos instantes.

Miguel le acababa de preguntar a Roland si estaría bien en el patio. Antes de contestar, el joven echó un vistazo alrededor, como si fuera la primera vez que estaba allí. Aspiró hondo y profundo y se deleitó soltando el aire poco a poco.

–Sí –dijo por fin–. Es un día fantástico.

Sus palabras sonaron roncadas y lejanas. Eran casi las primeras que pronunciaba en meses y su garganta aún sufría la aspereza de la falta de agua y la sequedad de la tierra sobre la que había respirado. Era extraña incluso para él mismo.

–De acuerdo. Entonces iré a ver a García y nos pondremos al corriente de todo lo que ha acontecido durante estos meses.

Sin terminar de dar el primer paso, algo lo detuvo. La irrupción reveló los rudos modales de quien acababa de aparecer.

–¿Dónde está?

Roland pensó que ningún trueno podría haber igualado ni el estruendo ni la magnitud de aquella voz. Se quedó allí plantado, cerca de la pequeña sala donde se guardaban las armas; a medio camino de sentarse. Vio a su padre moverse despacio ante la figura a caballo. El animal corcoveaba y daba vueltas, lo que creó una intensa sensación de caos en breves momentos.

–Vuestro hijo, ¿dónde está? Si lo descubro con ella... Juro que esta vez no os salvarán las *corseras*.

Miguel se acercó con pasos calculados consciente de lo delicado del momento.. Un movimiento ligero de su cuello hacia la izquierda y un desvío de mirada. Alvar la siguió hasta que sus ojos se encontraron con la figura joven que se hallaba en el otro extremo del patio. El caballero hizo una mueca de desagrado.

–Jugáis con fuego, infanzón –le dijo. Había más que desprecio en sus palabras.

Miguel las recibió manteniéndose erguido, pero en tensión. No volvió a respirar hasta que el último pelo de la cola del caballo de Alvar desapareció de la morada Almoravid. Miguel se movió entonces con rapidez.

–¿Has visto salir a tu hermano? –le preguntó a un sorprendidísimo Roland.

–Creo que no –dudó.

–¡Maldita sea! –exclamó Miguel, metiéndose en el edificio y llamando a su hijo a gritos.

–¿Qué ocurre? –le preguntaron casi al mismo tiempo García y su hijo.

–¿Dónde está Diego?

Tras una rápida, aunque intensa búsqueda en la que apreciaron la falta de un caballo, Miguel no se lo pensó más. Saltó sobre el primer ejemplar que vio ensillado y se precipitó a la calle. «¿Derecha o izquierda?», preguntó la parte lógica de su mente. Se decidió por la derecha y se encaminó hacia la puerta del Abrevador. Hincó espuelas, pasando sin apenas rozar el suelo por delante de los guardias. El viento soplaba con relativa fuerza, empujando sus cabellos hacia atrás. Su cabeza pensaba a toda velocidad, sus ojos escrutaban paisaje y gente. Refrenó a su caballo unos instantes y se detuvo a pensar. Probaría en Cortalave. Era lugar de duelos y ruta de lavanderas. Un camino transitado, pero también una buena coartada para Dulce. Además, había sitios para esconderse. Y Miguel se los conocía todos. No por nada había sido cocinero antes que fraile. Su intuición fue acertada. No muy lejos de allí distinguió un caballo con la enseña Almoravid. Apretó los dientes para evitar soltar un juramento. Saltó de su caballo y lo ató cerca del otro. Muy despacio, apartando algunas ramas, encontró lo que estaba buscando.

–¡Aita! –exclamó sorprendido Diego. Su cuerpo se puso al instante delante del de Dulce para protegerla.

Miguel miró a su hijo directamente a los ojos. Era esa clase de mirada que te hace temblar y desear desaparecer.

–Puedo explicároslo.

–¿Puedes? –preguntó Miguel con cierta incredulidad–. ¿Sabes que esto te puede costar la vida y dices que puedes explicármelo?

–Alvar no tiene por qué enterarse y Dulce necesita ayuda.

–¡Alvar ya se ha enterado! Ha estado en casa. Ha visto a tu hermano y creo que eso le ha hecho dudar. Pero pronto se dará cuenta de que Roland ha regresado con nosotros y recordará lo mucho que os parecéis y empezará a dudar de si a quien realmente vio fue a ti o a tu hermano. ¿Cómo puedes ser tan imprudente con todo lo que ha pasado?

–¡No lo entendéis! –Diego miró a Dulce, que se había colocado a su lado y agarraba su mano fuertemente–. Su vida corre peligro. Y yo no puedo... no puedo... –se calló. Realmente no sabía cómo continuar. Dulce apretó su mano y eso le dio fuerzas–. Don Alvar tiene deudas y las salda ofreciendo los favores de su hija.

Miguel inspiró fuertemente por la nariz al escuchar las palabras de su hijo. Ciertamente era grave, pero no un asunto que se pudiera resolver raptando a Dulce.

–¿Es eso cierto?

Dulce bajó la mirada y sus mejillas se tornaron rosadas inmediatamente. Estaba profundamente avergonzada. Muy bajito, contestó afirmativamente.

–Aunque sea duro para los dos, Dulce debe volver a su casa.

–¡No lo consentiré! ¡Me la llevaré de aquí si es preciso!

–¿Quieres tranquilizarte? –le exigió su padre.

–No comprendéis nada –Diego había elevado el tono de su voz y se había puesto colorado hasta el cuello y las orejas–. Dulce necesita ayuda y vos no se la queréis proporcionar. Y sé cuál es la razón. Sé porque todo el mundo le niega la ayuda. Solo porque su madre fue una prostituta. Sí, solo por eso. ¡Y vos os acostabais con ella!

Diego no lo vio venir. Primero sintió un calor intenso en su mejilla, seguido de un intenso dolor que se quedó rebotando en el interior de su cráneo y después las lágrimas saltaron de sus ojos sin ser llamadas. Le pareció que Dulce emitía un grito ahogado y que el contacto con su mano desaparecía.

Miguel se frotó el puño derecho. Su mentón estirado hacia afuera demostraba el estado de agitación en que se encontraba.

–Me voy a llevar a Dulce a su casa –dijo en tono grave, pero aparentemente calmado–. Espera unos instantes aquí y después dirígete directo a la morada Almoravid.

No hubo opción de réplica. Miguel tomó a la joven suavemente por la muñeca derecha y se la llevó hasta donde esperaba su caballo. Antes de montar, la hizo detenerse y mirarlo de frente.

–¿Estáis bien? –se preocupó Miguel.

Ella asintió deprisa.

–A Diego se le pasará. Tendrá algún problema con su orgullo, pero no le he golpeado fuerte.

Miguel la tomó de las manos. Quería que le prestara la máxima atención. Algo cohibida, Dulce agachó la cabeza.

–Os voy a llevar a casa –la joven tembló un poco al escucharlo y Miguel apretó sus dedos para que sintiera su contacto y se tranquilizara–. No penséis que no deseo ayudaros, todo lo contrario, pero ciertamente, no puedo hacerlo como me gustaría, directamente, enfrentándome a vuestro padre. Hablaré con aquellos a los que Alvar debe dinero para que no acepten esa forma de pago tan poco honorable, expondré una queja ante el rey para que amoneste a Alvar y pasado mañana, cuando me reúna con los infanzones en Obanos, trataré vuestro problema para que os protejan. Y si todo esto no da resultado... entonces tendré que romper mi palabra y luchar con Alvar.

–Sois muy amable y os lo agradezco de corazón. Espero que no tengáis que llegar a romper vuestra palabra.

–Si tenéis algún problema, y no podéis localizarme, contactad con mi esposa, con doña Catalina o incluso con Blanca, la zapatera. Ellas me harán llegar vuestro recado.

La hizo subir al caballo y el infanzón se colocó detrás de ella. El calor del cuerpo de Miguel era agradable. De repente se sintió tremendamente protegida, amparada por aquel hombre cuya sola presencia ya bastaba para sentirse bien. Sabía que otros caballeros evitaban enfrentarse a él. Y acababa de comprender que no era solo porque fuera diestro con las armas –que lo debía de ser a juzgar por los comentarios que suscitaban sus enfrentamientos–, sino por la nobleza que emanaba de sus acciones y de sus palabras, por lo acertado de su postura y porque buscaba la rectitud en cada uno de sus actos.

La silueta de Pamplona se recortó en el horizonte, al otro lado del río, con su impresionante muralla.

–Respecto a lo que ha dicho Diego... Os juro que siempre consideraré a Godina, vuestra madre, una buena amiga –le dijo Miguel rompiendo el silencio que habían mantenido durante el trayecto.

–Lo sé. Narbona siempre me contaba lo mucho que la respetabais y vuestro ofrecimiento para colocarla como sirvienta en alguna casa noble. También me contó que ella siempre rehusó esa posibilidad.

Los ojos de Dulce brillaron en la intensidad de la tarde bañados de lágrimas emocionadas.

–Debéis ser valiente.

Dulce asintió de nuevo, pero no pudo decir nada más. Agradecida dejó que su hombro se apoyara en el pecho de Miguel. «¡Ojalá este viaje durara para siempre!», deseó.

–¿Qué ha ocurrido? –Diego no hizo caso de la pregunta de su madre. Con paso enérgico, caminaba por la casa recogiendo sus cosas en un zurrón, mientras su madre trataba de sacarlas de nuevo y hacerle hablar a su hijo–. ¿Dónde está tu padre?

Ante la pregunta, Diego se detuvo unos instantes y miró a su madre. «¿Veis mi cara? –parecía querer decirle–. ¿La veis bien?». »

Laraine apretó fuertemente el brazo de su hijo en un vano intento de detener su avance. Bruscamente, el joven se sacudió de ella y trató de alejarse.

Su madre lo siguió por las escaleras. No quería armar ningún escándalo, pero no estaba dispuesta a permitir que Diego se marchara de casa sin saber antes qué era lo que había sucedido.

–Diego, por favor –le suplicó.

Pero él parecía dispuesto a irse. Si no hablaba, era porque tenía miedo de derrumbarse ante su madre. Temía que ella tratara de convencerlo y su decisión ya estaba tomada. Se iría y se llevaría a Dulce con él. No tenía ningún plan, no había pensado siquiera adónde se dirigirían, pero estaba decidido a hacer lo que su padre le negaba: arrancar a Dulce de las garras de Alvar.

Diego atravesó el patio a grandes zancadas. Caminaba con su cuerpo inclinado hacia delante y la vista fija en la puerta. Laraine con pasos más cortos y seguidos casi corría detrás de él buscando retenerlo el tiempo suficiente. El joven fue a salir cuando se encontró de frente con la figura de su padre. Cruzaron sus miradas. Por un instante, el viento dejó de correr y los pájaros se olvidaron de trinar. Miguel inhaló aire despacio y apretó ligeramente los labios. La silueta de Laraine, pegada a su hijo y con aire de preocupación, le obligó a tratar de calmarse. Con un movimiento estudiado, pasó su mano izquierda por el hombro de Diego y lo dirigió hacia el interior del patio. Muy despacio, su mano derecha cogió el zurrón que portaba el joven y se lo dio a Laraine. Esta lo recogió y desapareció, yéndose hacia el interior de la casa. Sabía que padre e hijo debían hablar.

Miguel se detuvo cerca de la sala donde se guardaban las armas y retiró su mano izquierda del cuello de Diego. El de Grez sabía que el chiquillo que una vez fue Diego había desaparecido para dejar paso a un joven que trataba de encontrar su camino. Y eso no era sencillo. No, siendo el hijo de don Miguel de Grez; no, perteneciendo a la familia Almoravid.

–Eres un joven de corazón grande y noble –Miguel rompió el silencio—. Seguramente, el viaje que acabamos de realizar no ha resultado tal y como esperabas, pero ha dejado en ti el poso necesario para hacerte madurar y crecer. Tu cuerpo se ha estirado, tu mirada ha cambiado, incluso tu forma de moverte es distinta. Sin embargo, y aunque te parezca lo contrario, no lo sabes todo. Te apuesto lo que quieras a que aún soy capaz de vencerte con cualquier arma que elijas.

Diego sonrió ante el comentario y miró a su padre sin el odio que lo acompañaba un poco antes.

–¡Vamos! Elige cualquier arma y te demostraré que te queda mucho por

aprender.

–No creo que sea necesario. Sé que todavía me venceríais en cualquier combate, aunque estoy seguro de que no os lo pondría fácil –Miguel también sonrió y palmeó en la espalda a su vástago.

–Diego, ya no eres el niño al que podía corregir con una buena zurra, ni siquiera el muchacho al que le venía bien estar colgado de los brazos durante un tiempo. Dentro de pocos años serás un caballero; el mejor que haya dado esta tierra, estoy seguro. Solo te pido que te empieces a comportar con la dignidad que te corresponde. ¿Lo harás?

El joven bajó la mirada hacia el suelo y luego miró de nuevo a su padre. Asintió.

–Eso está bien. No voy a dejar a Dulce desamparada. Me aseguraré de que Alvar renuncie a esa forma de pago tan indigna y horrible –dijo el de Grez haciendo ademán de retirarse.

–*Aita*, me gustaría pedir os perdón por mis palabras sobre la madre de Dulce.

Miguel se giró y encaró a su hijo.

–¿De dónde has sacado lo de que me acosté con ella?

–Narbona lo insinuó un día en que Dulce y yo estábamos con ella. ¿Es cierto?

–Godina conocía bien el alma humana –los ojos de Miguel miraron al pasado–. Más de una vez escuchó las quejas de mi indomable espíritu. Mucho antes de que tu madre pudiera oírlas.

Sus labios dibujaron una sonrisa melancólica. Su mirada retornó al presente y se fijó en los oscuros ojos de su hijo.

–Ni se te ocurra marcharte del hogar Almoravid. O *Fidelis*³⁷ te atravesará el corazón.

Diego sabía muy bien que su padre hablaba en serio.

William sintió el peso de la mirada de Miguel en su espalda. Había salido al patio para no estorbar a los Almoravid en sus preparativos y caminaba lentamente para olvidar su impotencia. Aquel era uno de esos días en los que echaba de menos ser un hombre completo. Quizá fuera por el color mortecino del cielo, que amenazaba lluvia, o por el viento fuerte que traía briznas de nostalgia, pero lo cierto era que se sentía abrumado en medio de un mar de preocupaciones. En el fondo, se creía un inútil. Se miró la mano derecha. Aún

podía blandir una espada y atacar con una maza. Podía caminar y correr. Podía cabalgar y sostener una lanza... Pero no podía expresar sus sentimientos y las canciones morían entre sus dientes antes de ser entonadas. Las palabras se habían perdido para siempre, igual que él había perdido su sitio en el mundo. Comer era un suplicio. En casa de los Almoravid se afanaban por triturar cada pedazo que engullía y convertir los guisados en caldos, pero no era suficiente. Ardía de ganas de llevarse un pedazo de carne a la boca y masticarlo deleitándose en su sabor. Había perdido el sabor de las buenas viandas, el vino... Suspiró. Su cuerpo también estaba cambiando. Ya no se sentía tan vigoroso. Y sus músculos se estaban debilitando. Aquellos pensamientos llevaron desasosiego a su alma y lágrimas a sus ojos. Se asustó. Él nunca había llorado. Ni siquiera en los momentos menos agraciados de su vida, ni en las situaciones más peligrosas o comprometidas, ni siquiera cuando murió su padre lo había hecho. La amargura colmaba su interior. Se escondió en la sala de armas. Encontró una gruesa cuerda y la tomó en sus manos. Asintió levemente con la cabeza. Aquel día la vida pesaba demasiado en sus manos.

Roland había madrugado. Quería sentir el nacimiento de un nuevo día sobre su cuerpo, dejarse bañar por los primeros rayos de sol. Se detuvo en el umbral de la puerta. La luz blanquecina del amanecer le hizo entrecerrar los ojos.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó su padre al verlo.

Los hoyuelos de sus mejillas aparecieron al esbozar una leve sonrisa. Caminó hacia su padre. Sus movimientos aún eran lentos e iban marcados de una carga antinatural, pero se le veía feliz.

–Mejor.

–Hazme un favor. Ve a buscar las espadas, los yelmos y las armaduras para Diego y para mí. Y de paso dile a William que quiero hablar con él.

El nudo estaba hecho. William se aseguró de que la cuerda se deslizaba con rapidez antes de probarla sobre sí mismo. Quería algo rápido que partiera su cuello sin enterarse. Miró alrededor y buscó un punto de apoyo. No necesitaba gran cosa y aquella estructura parecía un buen soporte. Una ráfaga de viento chocó contra la puerta provocando un silbido prolongado. William cerró los ojos. Cuando no se puede volver atrás, solo cabe continuar hacia adelante. La saliva se escurrió por la comisura de sus labios. Con rabia, pasó la manga de la mano derecha sobre su rostro para secársela. Colocó el

taburete en el punto adecuado y miró hacia arriba. La oscuridad escondía la estructura del techo. Observó con atención mientras todo se hacía nítido. Su mente se llenó de un raro conocimiento. Sujetó la cuerda y calculó las distancias. «Bastará», se dijo.

–¡Aita! ¡Aita! ¡Ayuda!

Miguel corrió hacia la sala de armas. Conocía demasiado bien el timbre de una voz desesperada. Y la de Roland lo era. Le bastó una breve ojeada para percibir qué había ocasionado la urgencia de su hijo. Sin perder tiempo, se lanzó a sostener los pies de William. Este se defendió, convencido de ser dueño de su derecho a morir. Miguel luchó contra las patadas y el tiempo. Agarró con fuerza las piernas del sajón a la altura de las rodillas.

–¡Roland! ¡Ayúdame!

El joven se alió con su padre y rodeó con sus brazos las piernas de su amigo, haciendo fuerza hacia arriba para evitar que su cuello soportara el peso de su cuerpo. Jadeos y gruñidos invadieron el aire de la sala de armas. Un forcejeo entre la vida y la muerte, entre la desesperación y la amistad. En cuanto notó que la resistencia de William disminuía, Miguel le pidió a su hijo que buscara algo para cortar la cuerda. Roland soltó las piernas del sajón. No tuvo dificultad en encontrar un cuchillo afilado.

–Usa la banqueta. ¡Sube, sube! ¡Rápido!

La mano de Roland temblaba. El sudor comenzó a correrle por la frente. Menos mal que su padre lo dirigía con la voz. Por encima de todos los sonidos, Roland distinguió claramente el de su respiración. Los brazos de William se movieron con cólera. De un golpe lanzó al joven al suelo. Al impactar contra él, su espalda crujió. Un fuerte pinchazo a la altura de sus riñones le recordó heridas recientes. Apretó los dientes y volvió a subir a la banqueta.

–¡Inténtalo de nuevo! ¡Vamos, Roland! Cuando yo te diga.

Miguel sujetó con una mano las piernas de William, mientras con la otra trataba de atajar los golpes del suicida.

–¡Ahora! –le avisó a su hijo.

Miguel golpeó con su cabeza el estómago de William. Un gruñido, un grito de rabia, un jadeo, un golpe. Todo había terminado.

El cuerpo de William se dobló sobre el hombro del de Grez. Inmediatamente, su espalda recibió los golpes frustrados de un hombre que

acababa de ver truncados sus deseos. Enfurecido, lo soltó y lo dejó caer sobre el duro suelo sin demasiadas contemplaciones. Una vez desembarazado de aquel pulpo, Miguel respiró con más tranquilidad. Su puño apretado impactó sobre la mandíbula del foráneo. No quería sorpresas. Con sus brazos en jarras, observó la escena. Roland yacía al lado de su amigo. Estaba exhausto por el esfuerzo. Su pecho subía y bajaba a gran velocidad al compás de su respiración. Se agachó y quitó la cuerda del cuello de William. Ya no se resistía, pero sus ojos miraban lejos. Lo obligó a sentarse y examinó su estado. Lo golpeó en las mejillas para hacerle reaccionar.

–Aún no ha llegado tu hora –le advirtió Miguel, con un deje de jadeo en su voz.

–¿Está aquí? –la voz de Magdalena interrumpió la escena–. ¿Roland está aquí?

La mirada del joven buscó la de su padre. Este le hizo un gesto con la cabeza indicándole que saliera. Él se hacía cargo.

Magdalena arrolló a su hermano en la puerta de la sala de armas.

–¡Roland! –le gritó cogiéndolo de la mano. Sin soltarlo y sin dejar de hacerle cientos de preguntas, se lo llevó al interior de la vivienda.

Miguel dejó a William al cuidado de dos sirvientes. Les ordenó que lo acompañaran a su habitación y se encargaran de acostarlo. Más tarde subiría a verlo. Esperaba que la excusa de una indisposición bastara para acallar la curiosidad del servicio. Tomó aire con fuerza y salió a recibir a los recién llegados. Llegó junto a ellos en el momento exacto en que Etienne se lanzaba desde el carro al suelo de un salto.

–¡Con cuidado! –le advirtió.

Su hijo menor le lanzó una mirada que decía: «Ya soy mayor, *aita*». El gesto hizo sonreír a Miguel. Isabel esperaba en el carro. Pedro, el hijo mediano de Álvaro, se acercó a ella y le tendió la mano para ayudarla a descender. Los ojos de Miguel se achicaron mientras observaba la acción.

–Hacen buena pareja, ¿no creéis? –preguntó don Álvaro a un impertérrito Miguel

–Vos y yo hacemos buena pareja. Ellos...

–Isabel hará lo que su padre le ordene. En cuanto a María y a mí, ya sabéis el aprecio que os tenemos a toda la familia.

–Me lo pensaré.

–¿Tan difícil es aceptar la evidencia?

–Entrad y refrescaos un poco. Bebed y comed antes de que nos pongamos

de nuevo en camino –le ofreció meneando la cabeza de lado a lado y sonriendo sin parar.

–¡*Aita!* –la voz de Isabel le sonó alejada ya de la niñez. Miguel se abrazó a ella–. Os he echado mucho de menos.

–Yo también a ti. Vamos dentro. Tu madre y Roland querrán verte.

Isabel tomó de la mano a Clemencia y penetraron en el hogar Almoravid.

Partieron de Pamplona más tarde de lo que Miguel había previsto. Le costó determinar si se llevaba a William con él o lo dejaba en Pamplona. Y no fue una decisión fácil de tomar. Lo dispuso solo tras hablar con Roland y con Laraine. Aunque a esta última no le contó el reciente episodio –más que todo por falta de tiempo–, sí le encargó a Roland que lo hiciera por él y que se mantuviera lo más cerca posible del sajón en todo momento.

Después de varias horas de camino, Miguel se removió inquieto en su silla. Delante de él cabalgaban García, Miguel *txikia*, Diego, Álvaro, Martín y Pedro. Durante los siguientes minutos se mantuvo ajeno a su presencia. Ocupaban su cabeza demasiados asuntos a los que debía poner orden: William, Dulce, don Alvar, la Junta de los Infanzones, sus propios hijos Roland y Diego... Sin darse cuenta se encontró subiendo el último tramo de la cuesta de Obanos. El viento se hizo más intenso al llegar arriba y jugueteó con sus cabellos, lanzándolos sobre su rostro. Con un pequeño golpe de su cabeza se los apartó de la cara. Descabalgó manteniendo el silencio, apartado unos pies del resto de la comitiva. Las nubes pasaban deprisa sobre su cabeza y emborronaban de blanco el lienzo azul. Un pequeño golpe en su hombro a modo de saludo lo sacó de sus tribulaciones. El abrazo de Guillaumes le hizo cejar en su intento de sujetarse el pelo con un trozo de cuero. De un vistazo pudo ver las correrías de su hermano dibujadas en cada una de sus facciones. El sol impreso en sus pupilas, el azote del viento en su nariz, algún beso de amor cincelado en sus labios...

–¿Y Roland? –le preguntó.

–Sano y salvo junto a su madre.

El brazo fuerte de Guillaumes se lo llevó hacia el interior de la casa. Alguien puso un vaso de vino en sus manos y su espalda recibió otro golpe de bienvenida. Hacía tiempo que no se reunía con aquellos que un día le habían ayudado a poner fin a las fechorías de don Yenego Martínez de Subiza. Cierta grado de excitación recorrió sus venas. La ausencia de don Fortún, el hombre

que lo había prohijado, se hizo más palpable. Aún se le revolvía el estómago cuando recordaba que su padre adoptivo había muerto a causa de las intrigas de don Yenegro. Bebió otro sorbo. El vino calentó su cuerpo y abrió su lengua.

Tras los saludos de rigor y después de ponerse al día, dejaron que los jóvenes partieran. No les faltaría entretenimiento en el pueblo, e incluso alguno buscaría el acompañamiento de alguna muchacha. «Felices ellos, cuyos asuntos trascendentales discurren entre el ocio y las travesuras», se dijo Miguel.

El de Grez apreció las voces de sus compañeros. Hacía tiempo que todos ellos compartían un mismo código de conducta, se ayudaban en las adversidades, apelaban unos por otros ante la justicia, intercedían ante terceros... Y conseguían objetivos. Sí, lograban que las cosas funcionaran. Don Iñigo Almoravid tomó asiento y detrás de él lo hicieron sus sobrinos García y Guillaumes. Y a ellos les siguieron Gonzalo y Sancho Fernández, Lope de Arcéiz de Arce y Hernando, Arnautе Aldasoro, Miguel de Medina, Martín Azcona y Álvaro Yeneguez. Miguel los miró a todos antes de hacer lo propio. Su humor había cambiado. Se sentía bien y la sonrisa que exhibía su cara lo mostraba claramente. Golpeó la mesa dos veces para llamar la atención de los reunidos. Tenía grandes planes. El reciente viaje a Al-Andalus le había hecho reflexionar y los últimos acontecimientos relacionados con Dulce lo habían acabado de decidir. En pocas palabras les explicó la situación de la hija de Alvar. Hernando y Arnautе bajaron la cabeza al escuchar sus palabras, lo que le llevó a suponer que ambos sabían algo de la historia. Les conminó a hablar. Hernando miró a Arnautе. Ante el titubeo de ambos, Gonzalo tomó la palabra.

—No puedo decir que sea cierto —afirmó—, pero el herrero de Puente la Reina me pidió que presionara a don Alvar para que saldara la deuda que tenía con él. Le dije que en mi próximo viaje a Pamplona trataría de hablarlo. Hace dos semanas le avisé de que tenía que visitar la capital y me dijo que lo olvidara, que la deuda estaba satisfecha. Le pedí explicaciones, pero lo único que me comentó es que habían llegado a un acuerdo.

Ante las palabras de Gonzalo, Arnautе se levantó. Carraspeó antes de hablar y se mesó la barba.

—Es cierto —comentó en un tono de voz extremadamente bajo. Confesar lo que venía a continuación significaba reconocer uno de sus vicios; el juego—. A mí me ofreció el afecto de su hija para saldar un adeudo conmigo. Y juro por Dios que es difícil sustraerse de la belleza y encantos de esa muchacha.

Iñigo Almoravid vio el rápido cambio que se efectuó en el rostro de su sobrino ante la mención de Arnaute. Sus labios se apretaron y las aletas de su nariz se dilataron con rapidez. Temió una reacción brusca de su parte, pero supo contenerse.

–Me gustaría pedirnos –Miguel se esforzó por parecer calmado–, que reprobemos esa actitud siempre que tengamos la posibilidad. Que amenacemos sutilmente a aquellos que estén dispuestos a aceptar el pago. Que nos enfrentemos a ellos si hace falta.

–¿No creéis que exageráis un poco? –preguntó Miguel de Medina, que tenía buenos tratos con don Alvar–. Después de todo, todos sabemos quién es y de dónde procede la muchacha. Seguramente es ella la que pone mala fama a su padre.

Miguel se levantó de golpe. Con las manos apoyadas en la mesa y su cuerpo inclinado se enfrentó a las palabras de su tocayo, situado justo en frente. Su cara congestionada denotaba su estado de agitación. Iñigo, que ocupaba un lugar a su izquierda, puso una mano sobre su muñeca.

–Creo en las palabras de Arnaute y en su testimonio –masculló el de Grez entre dientes–. Alvar está utilizando a su hija.

–No deberíais dejaros llevar por las habladurías.

–¡No son habladurías! –su voz sonó tajante.

–Si me dejáis, os demostraré que estáis equivocado –dijo por fin Miguel de Medina.

–Hacedlo –le retó el infanzón.

El resto de los presentes comenzó a intervenir y las palabras y frases se solaparon hasta que un barullo ininteligible envolvió la sala. Don García se levantó entonces. Miró a ambos lados y golpeó la mesa hasta que se hizo el silencio.

–Propongo –dijo sobreponiéndose a los últimos murmullos–. Propongo que hasta que Miguel de Medina pueda probar, o no, la inocencia de don Alvar, cada uno obre según su conciencia. Y que si alguno viere o fuere testigo de este abuso aquí tratado, queda conminado a hacerlo partícipe a esta Junta.

Los hombres comenzaron a cabecear afirmativamente. García detuvo su mirada en Miguel. Por un instante temió una reacción furibunda por su parte, pero sus rasgos faciales se fueron relajando. Un pequeño encogimiento de hombros fue suficiente para que García comprobara su satisfacción a la propuesta.

–Y ahora sigamos con los siguientes temas –propuso el Almoravid.

Miguel no prestó demasiado interés a la conversación, centrada en la posible guerra contra los almohades y en los últimos acontecimientos sobre los cátaros. Estaba algo agitado, porque había pensado enlazar su segunda propuesta con el asunto de Dulce, pero ahora sus argumentos se habían desvanecido en el aire. Apenas intervino en la charla posterior, mientras su cabeza recorría otros pensamientos. García, sentado casi enfrente de él, gesticulaba dando peso a sus argumentaciones y los demás asentían ante sus palabras. Ese gesto centró la atención de Miguel. Las palabras que escuchaba lejanas fueron tomando forma en sus oídos. Y cuando su hermano preguntó si alguien más tenía algo que añadir, él se levantó despacio. Quizá, aún podría ayudar a Dulce y otros como ella a través de su segunda propuesta.

—Nos unió el mismo entusiasmo por defender la justicia, la misma inquietud por mejorar nuestro reino. Juntos hemos velado por nuestros intereses y nos hemos protegido de los ataques de terceras personas. Y creo que nos debemos felicitar por ello —Miguel hizo una pausa para confirmar que tenía la atención de todos—. Por eso creo que, no solo deberíamos continuar así, sino que ha llegado la hora de crecer. Deberíamos considerar la posibilidad de buscar nuestro hueco, de defender no solo a los nuestros, sino a todos los desamparados del reino.

—¿En qué estáis pensando? —lo interrumpió Guillaumes.

—En dotarnos de una identidad. En organizarnos de manera eficaz. Somos iguales, sí, pero deberíamos tener a alguien que fuera nuestra cabeza visible, alguien elegido por la mayoría de nosotros. Igual que votamos nuestras decisiones, votemos quién nos va a representar.

—Y el rey, ¿no tendrá nada que decir al respecto? —preguntó de nuevo su hermano, tratando de ser práctico.

—Sugirámosle al rey un candidato, a nuestro candidato. Hay hombres válidos entre nosotros, muy válidos —lo dijo pensando en García, pero no era momento de sugerir nombres, sino de hacer calar su idea en la mente de los que lo escuchaban.

—Supongo que lo decís por vos —interrumpió Gonzalo con una sonrisa. Miguel captó enseguida la ironía de su comentario y sonrió abiertamente.

—Un hombre, un voto, querido Gonzalo —dijo Miguel divertido—. Solo os pido que lo penséis. Solo pensadlo.

Había oscurecido. La luz de un par de antorchas dejaba ver las siluetas de

los hombres que se despedían tras una larga reunión. Miguel estaba satisfecho. Los comentarios habían sido bastante favorables a su propuesta. Miró a García por el rabillo del ojo. Si lograba convencerlo a él, los demás aceptarían su propuesta. Estaba seguro.

–Y los muchachos, ¿no deberían haber llegado ya? –se volvió al escuchar las palabras de su tío.

–Por allí vienen –dijo Guillaumes señalando hacia el norte–. Justo a tiempo para ir a cenar –prosiguió relamiéndose ante la perspectiva.

–¿Qué te ha ocurrido? –Miguel escuchó con claridad la pregunta que Álvaro dirigía a su hijo mediano. Así como la respuesta de Pedro.

–Nada.

Se acercó al grupo de muchachos escrutando sus caras en la oscuridad a la vez que los interrogaba con la mirada. Lo mismo estaban haciendo en esos momentos Iñigo y García. Miguel buscó a su hijo, que se encontraba en la parte de atrás.

–¿Qué demonios os ha ocurrido? –le preguntó tomando su cara por la barbilla. Diego presentaba un fuerte golpe cerca del ojo y sus labios estaban hinchados. Pedro tenía una brecha en la ceja y un buen chichón en la parte de atrás de su cabeza.

–Nada –contestó también su hijo. Con un gesto mohíno de su cabeza trató de deshacerse de la sujeción de su padre.

–¡Por todos los santos, Diego! ¿Es que no vas a dejar de meterte en problemas?

–Yo no busco problemas –dijo con expresión grave. Con la mirada buscó a Pedro.

–¿Te has peleado con Pedro? –le preguntó.

–No ha sido nada y ya está resuelto.

–De acuerdo. Como quieras –le dijo soltándolo.

Un gesto de extrañeza cruzó el rostro del joven. «¿Así? ¿Tan fácil?», pensó Diego. Su padre había claudicado. No se lo creía. Acompañó al resto de su familia hacia el interior de la casa de don Gonzalo. Siguió a su padre con la mirada. Se había quedado en la entrada esperando, seguramente, a Álvaro. Diego apretó los dientes. Un relámpago de dolor recorrió sus labios. Con sumo cuidado se llevó los dedos hasta la zona resentida. Estaban muy hinchados. No iba a saborear la cena, pero estaba satisfecho de haberle dado a Pedro su merecido. Se sentó. Con el rabillo del ojo vigilaba a su padre. Estaba conversando con el de Subiza. Pero sus palabras no llegaban hasta él.

Se removió inquieto en la bancada donde estaba sentado.

–¿Has podido sonsacarle algo? –Miguel interrogó a su amigo.

–Nada. Pacto de silencio. De todos –destacó el de Subiza–. Ninguno de ellos hablará. Ni siquiera Martín.

–Supongo que podemos dejarlo pasar por alto.

–Nosotros también nos peleábamos.

–Discutíamos, pero nunca llegamos a pegarnos así.

–Solo porque yo sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganaros.

Miguel sonrió y agarró a Álvaro por los hombros.

–¡Ah!, ¿sí? ¿Y creéis que ahora tendríais?

–Por supuesto.

–Quizá tengamos que probarlo.

–Cuando queráis.

La casa de los Almoravid estaba tranquila. Etienne y sus primos Johan y Fortún se habían escapado a jugar al río. Situación que había aprovechado Catalina para descansar un rato en sus aposentos. El resto de la familia se había encerrado en el salón pequeño, cada uno entretenido en sus tareas. Una suave melodía interpretada por el músico Guillaume de Vitry, que estaba de paso en la ciudad y al que Laraine había invitado, inundaba la estancia. En medio de la sala, el maestro Leoninus empleaba toda su paciencia en enseñarles a Isabel y Elvira un nuevo baile. Mientras, en uno de los rincones, Roland compartía confidencias con William a través de una pluma y un pergamino. A la vez, trataba de entretener a Clemencia, con la que se comunicaba en un rudimentario árabe que hacía reír a la niña.

Laraine se sentó por primera vez aquella jornada. *Inquieto* –uno de los perros de caza de la familia a quien los niños tenían bastante consentido–, se tumbó a sus pies. La siciliana le frotó la cabeza. El animal correspondió con un gruñido de placer y apoyó su cabeza contra su tobillo. El gesto le hizo sonreír. La dama cerró los ojos, tomándose un rato antes de centrarse en sus tareas. Guillaume de Vitry interpretaba ahora una melodía más pausada. Las notas penetraron dulcemente en sus oídos sustituyendo la tensión del día por una agradable sensación de quietud. Al abrir los ojos, su vista se posó sobre su hijo Roland. Una mezcla de tristeza, miedo y alivio inundó su corazón por unos instantes. «Todo está bien», se dijo.

Bajó la cabeza hacia la mesa que tenía delante. Tomó la pluma y la mojó con sumo cuidado en el tintero. Despacio, fue anotando las provisiones que deberían comprarse al día siguiente. Dudó sobre si apuntar también las hierbas

que quería pedirle a Oria. Al final, decidió hacerlo. No quería olvidar nada. Al concluir con la última de ellas, su mente le llevó hasta Catalina. Más tarde subiría a ver cómo estaba. Acababa de pedirle a Toda que preparara una tisana con diente de león, hinojo, cilantro, jengibre y miel y se la subiera. Estaba preocupada por su cuñada. La había pillado en varias ocasiones agarrándose la zona del estómago y se mostraba cansada con frecuencia. Además, cada vez iba descuidando más sus tareas y ahora era ella la que prácticamente debía encargarse de toda la organización de la casa. Si continuaban así las cosas, tendría que hablar con Miguel. No por el trabajo que debía asumir, eso no le importaba en absoluto, sino porque intuía que algo grave le ocurría a Catalina.

Inquieto subió la oreja izquierda. Su garganta emitió una especie de gruñido al tiempo que su cabeza se apartaba de la pierna de Laraine. Ella elevó la mirada. La llevó más allá de la ventana. Le pareció que, por encima de la melodía de la sala, los relinchos de los fabulosos caballos árabes de los Almoravid cobraban vida. Puso más atención mientras una suave sonrisa se perfilaba en sus labios. *Inquieto* salió lanzado hacia la puerta y tras él Magdalena. El perro comenzó a ladrar y un re sonó desafinado. Algo que irritó al maestro Guillaume.

—Llegan los hombres —se excusó Laraine—. Continuaremos más tarde. Ahora podéis descansar. Sería un placer para nosotros que hoy compartierais nuestra cena.

Guillaume de Vitry y Leoninus asintieron, excusando a la dama con un breve gesto de su cabeza. Magdalena abrió la puerta de golpe. Perro y niña salieron en tropel hasta el patio. Todos parecían contagiados de la alegría de Magdalena; todos excepto Clemencia y William. La niña se apartó hacia atrás, buscando la oscuridad íntima del rincón. En cuanto a William, una sombra cruzó su rostro de izquierda a derecha y nubló su mirada. La gran puerta se abrió. La atención de la siciliana se desvió entonces hacia ella. Los Almoravid entraron en toda su grandeza: primero García, después Iñigo, Guillaumes y Miguel. Tras ellos, la siguiente generación: más joven, más alta, pero igual de brava, valiente y audaz como su predecesora. Y con el mismo arrojo.

—¿Me habéis echado de menos? —le preguntó Miguel al tiempo que desmontaba.

—No, en absoluto —bromeó Laraine.

La tibieza del cuerpo de Miguel se transmitió junto con su abrazo. Él buscó

su boca y ella aceptó aquel beso, inhalando el aliento que tanto había añorado. Sus dedos recorrieron su rostro. Su barba suave, en la que lucía alguna cana, se enredó entre ellos.

–Quizá sí que me habéis echado de menos.

–El maestro Guillaume de Vitry y Leoninus están en la casa –le anunció ella.

–No pienso bailar –amenazó él con el dedo, sin poder disimular una sonrisa.

–Magdalena e Isabel están deseosas de mostraros sus progresos –la voz de Laraine decayó al terminar la frase–. ¿Qué le ha ocurrido a nuestro hijo? –preguntó al ver a Diego.

Miguel apretó la mandíbula y pasó su mano por sus cabellos apartándoselos hacia atrás.

–Una riña de gallos –dijo restando importancia a las magulladuras de su vástago–. Cosas de la edad.

–¿Cosas de la edad, eh? ¿Y quién era el otro gallo?

Miguel había iniciado el camino para entrar en su hogar, pero su esposa lo retuvo por el brazo.

–Pedro Álvarez –claudicó Miguel.

–De Subiza –concluyó ella.

Laraine entornó los ojos y esperó a Diego. Este esquivó con rapidez el interrogatorio que su madre estaba a punto de iniciar.

–Cada día estáis más bella, madre.

–¡Diego! Tu cumpleaños no te va a librar...

El joven plantó un sonoro beso en la mejilla de su madre mientras le susurraba al oído.

–Por favor. No me reprendáis como a un niño. Vais a estropear la reputación de los Almoravid.

La siciliana se quedó con las palabras en la boca. Diego parecía divertido y de buen humor. Meneó la cabeza. Se había librado del primer asalto, pero ella estaba dispuesta a regresar a las *corseras*.

Laraine se encargó de preparar una velada amena y distendida. La presencia del músico y del maestro de baile convirtieron la cena en una pequeña fiesta. Esperaba que aquella improvisada jornada festiva cambiara el ánimo de Catalina. Parecía que el descanso le había sentado bien. Recorrió la mesa con la mirada. Viendo a sus hijos, cada día más crecidos, no pudo evitar un pequeño arrebató de morriña. Era en momentos así cuando se daba cuenta

de lo escurridizo del tiempo, de su rápido e inexorable cabalgar. Quiso detenerlo fijando su mirada en el rostro de su esposo. Este le regaló una mirada penetrante y una sonrisa. Se sintió pequeña y desnuda y al mismo tiempo protegida de todo peligro. Repasó todos los rostros y estudió sus gestos y sus detalles. Quería retenerlos en su corazón. Cada vez era más difícil coincidir todos en la misma mesa. Era ley de vida.

El único que faltaba era William. El sajón había desaparecido tras la llegada de los hombres. Sin embargo, Miguel le había asegurado que se encontraba bien. La dama aceptó sus palabras. No insistió.

Llegó la hora del baile. Catalina se excusó y regresó a su dormitorio. Laraine la siguió con la mirada. El rostro de Roland se interpuso. Con movimientos lentos, el joven se acercó hasta su prima Elvira y la invitó a bailar. Ella aceptó. Bajó la mirada al sentir el contacto de los ojos del joven y su rostro se llenó de un leve rubor. Magdalena tiró del brazo de su padre, insistente como la pertinaz lluvia, hasta lograr doblegarlo. Laraine aplaudió divertida cuando se terminó la canción. Magdalena no se conformó con un baile. La siciliana no paraba de reír mientras observaba a padre e hija. El primero declaraba suficiente su participación, la segunda se aferraba a la mano grande de su progenitor dispuesta a continuar. Una sombra le ocultó la escena de repente. William se materializó repentinamente a su lado e intercambió una mirada con su esposo. Este asintió. El sajón se inclinó ante ella y le tendió la mano. Sus ojos claros brillaban a la luz de las velas. Un cielo claro en medio de la noche. Un cielo demasiado pequeño quizá, para los sentimientos de un guerrero. Laraine tomó aquella mano y sonrió a su acompañante mientras se levantaba. William demostró ser un gran bailarín, pero al terminar la pieza desapareció de la misma forma en que había hecho acto de presencia. Lo buscó en el vano de la puerta. Sin embargo, al único que vio fue a García, que desapareció hacia la oscuridad del zaguán. La mano de Miguel ocupó el vacío que William había dejado.

—Pensaba que no queríais bailar.

—No he podido resistirme a los encantos de una dama tan bella como vos.

—¿No ha tenido nada que ver la invitación de William?

—Por supuesto que no... Quizá.

Laraine tomó la mano de su esposo y se dejó llevar por la música. Sintió el amparo y la protección de aquellas paredes que se elevaban a los lados, la defensa del hogar Almoravid, la seguridad de que nada malo ocurriría mientras todos estuvieran allí. Sabía que el dolor y la guerra pronto llamarían

a las puertas del reino. Había visto con sus propios ojos los preparativos de los infieles. Se preguntó si podrían esquivar los tentáculos de lo que ya se empezaba a denominar guerra santa, si el rey Sancho se mantendría al margen, si el papa sería capaz de unir a los reinos cristianos y, si lo hacía, qué pasaría con los hombres de su familia.

–¿Qué pensáis?

Laraine se obligó a sonreír ante la pregunta de Miguel. Sabía que era inútil mostrar preocupación. Y esa era una ocasión para deleitarse con aquellos pequeños placeres: una buena música, deliciosos manjares, la compañía de su familia...

–No lo hacéis tan mal.

Miguel arrugó la nariz.

–Reconozco que hay otras cosas que se me dan mejor.

La única luz del patio llegaba desde la ventana del salón pequeño. Una rendija por la que se colaban también algunas notas que se perdían en el aire de la noche. La mano de García la arrastró hacia la oscuridad. Toda se quejó sin demasiada resistencia. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir a continuación... y lo anhelaba. Deseaba ese abrazo, ese beso, ese tacto... aunque sabía que estaba mal. Que no solo no era correcto, sino que estaba prohibido. Había servido en casa de los Almoravid toda su vida. Nunca había vestido trajes bonitos. Su piel no había acariciado terciopelo, seda o pieles. Y en sus planes no estaba enamorarse del hombre equivocado. Si lo había hecho, no era ni por despecho, ni por venganza. Simplemente había sucedido. Aun así, sabía que estaba traicionando a su señora y a su señor.

En los ojos de García se reflejó la luz al pasar por delante de la ventana; una pequeña estrella titilante que desapareció como tapada por una nube. El ricohombre miró dentro y se encontró con los ojos de Miguel durante un instante.

–Vamos –le dijo a la sirvienta cuando el siguiente paso lo colocó de espaldas a los danzantes.

Toda se resistió, reacia a caminar. El miedo ocupó el espacio de la pasión. García se acercó a ella y la envolvió en un abrazo. Los oscuros ojos Almoravid eran como un pozo de deseo; difícil mirar sin caer en ellos. Y cayó, a pesar de que su mente le gritaba que huyera. García no la forzaría si ella no lo deseaba. La mano de su señor rozó sus hombros. Un escalofrío recorrió su ser breve pero intensamente. Él sonrió.

³⁶ Para más información sobre el calendario romano, ver referencias históricas al final del libro.

³⁷ Hace referencia Miguel a su vieja espada, la que encontró en el río a la edad de diez años. El arma tenía una inscripción que rezaba: *Ad iusque fidelis*, fiel hasta el final.

HASTA LAS PIEDRAS HABLAN DE GUERRA

Mayo de 1212

Nos siquidem in ipso nostro itinere deverteramus ad ipsum dominum Regem Navarrae, ut induceremus ipsum ad veniendum in subamiir almu' miniinum populi Christiani.

Porque en nuestro viaje nos habíamos detenido en la residencia del rey de Navarra para inducirle a venir en socorro del pueblo cristiano.

Arnaldo Amalarico, arzobispo de Narbona. Traducción: Luis del Campo.

DECENAS DE PERSONAJES IMPORTANTES llevaban tiempo cruzando el reino de norte a sur y de este a oeste. No había piedra que se levantara de la que no saliese un obispo, un cruzado o un heraldo. O un espía. Enviados del papa, del rey Alfonso VIII de Castilla, de Pedro II de Aragón y de Miramamolín se cruzaban en los caminos. Se evitaban cuando podían y, cuando no, disimulaban mientras trataban de dilucidar de qué parte estaba su interlocutor y si podrían servirse de él para sus planes. El reino de Navarra estaba expectante. Una decisión de los ricos hombres y de los sabios del reino, una palabra del rey, y decenas de hombres se pondrían en marcha. Y aunque Sancho se mostraba reacio, no había día que no pasara alguien por su puerta para conminarlo a tomar la cruz. Aunque también había recibido a quienes pretendían convencerlo de lo deseable de su neutralidad.

No hacía ni una semana que había despedido a don Rodrigo Ximénez de Rada, arzobispo de Toledo. Regresaba de Francia y de la Provenza junto con el médico real de don Alfonso de Castilla, el maestro Arando. Ambos habían estado por aquellos lugares publicando la cruzada contra el infiel almohade. Regresaban con cierta prisa a Toledo, donde las fuerzas cristianas habían quedado en reunirse entre el 20 y el 27 de mayo. Pero eso no les había impedido recalar en Tudela para recordar a don Sancho cuál era el deber de un rey cristiano. Don Rodrigo era un gran orador. Seguro que el papa Inocencio III estaba satisfecho con su trabajo. Junto a ellos viajaban un buen número de cruzados en busca de la gloria eterna.

Un golpe en la puerta sacó al rey de sus cavilaciones. Detuvo su deambular y dirigió la mirada hacia la entrada. Su mayordomo se asomó despacio.

–El arzobispo de Narbona, don Arnaldo Amalarico, desea saludaros y pide acogerse a vuestra hospitalidad.

Don Sancho se frotó la frente y respiró profundamente antes de responder. Mucho se temía que aquel verano no lo pasaría en Pamplona.

–¿Viene solo?

–Lo acompañan un numeroso grupo de cruzados, pero ha dicho que solo pide alojamiento para él y para don Teobaldo de Blazon y el conde de Cominges. Los demás descansarán en las posadas locales, o en las afueras.

–Decidles que son bienvenidos a esta humilde morada y que los recibiré en cuanto hayan descansado. Conducidlos a los aposentos del este y aseguraos de que son bien atendidos.

–Por supuesto, vuestra majestad.

Don Sancho agradeció el silencio que siguió a la marcha de su mayordomo. Se sentó en la mesa. Una pila de pergaminos perfectamente ordenados descansaba en la esquina izquierda. Sus manos grandes tomaron el primero de ellos. Lo examinó con cuidado y lo apartó a un lado. Después se lo daría a su canciller para que lo archivara. Al coger el segundo de ellos una sonrisa forzada iluminó su rostro. Lo enviaba el papa Inocencio III. Las palabras del encabezamiento saltaron ante sus ojos: «...*karissimo in Christo filio nostro Sancio illustri rex Navarrorum...*». *Rex navarrorum*, repitió su mente como un eco. Rey de los navarros. Aquellas palabras le retrotrajeron a aquel lejano día del año 1196, cuando su santidad Celestino III lo reconoció, por fin, como rey –título que se había sustraído a los soberanos navarros desde 1134–. Sus ojos se deslizaron por las siguientes líneas. Expresaban la misma conminación para unirse a la cruzada que exhibían todos los cristianos que atravesaban el reino.

Inhaló aire hasta que los pulmones se llenaron completamente. Sus ojos, vivaces, miraron unos instantes hacia la ventana antes volver sobre la mesa. El tercer pergamino era una petición de don Miguel de Grez Almoravid. Quería darle forma legal a esas juntas de las que era uno de los impulsores. Le recordaba lo bien que habían funcionado para hacer justicia y frenar los abusos de don Yenegro Martínez de Subiza. «Por supuesto que detuvieron los atropellos –pensó el rey–. ¿Acaso no fue el propio Miguel quien dispuso la cuerda con que ahorcaron al de Subiza?». El de Grez solicitaba permiso para

que los junteros pudieran elegir a su propio jefe, al que habían decidido denominar cabo o *buruzagi*. «Cabo que luego sería ratificado por el rey», matizaba Miguel en su escrito. Don Sancho se permitió una sonrisa. Como si no tuviera suficientes problemas en su cabeza. Apartó la carta. Se ocuparía de ese asunto en otro momento. El ruido de la puerta le hizo levantar la vista. Iñigo de Gomacin, su merino, asomó la cabeza pidiendo permiso para entrar. Don Sancho hizo un gesto con su mano mientras lo interrogaba con la mirada.

—Os traigo la copia del documento firmado por don Pedro —le participó el merino, acercándole un pergamino donde se apreciaba la señal real de Aragón: en campo de oro, cuatro palos de gules. El lacre saltó con facilidad. El rey leyó el texto con atención a pesar de que ya conocía el contenido. La carta había sido redactada en marzo. En ella, don Pedro II de Aragón reconocía haber recibido como préstamo del rey navarro la cantidad de diez mil mazmutines de plata. El rey aragonés dejaba en prenda la villa y el castillo de Trasmuz. «*Sit notum cunctis quod nos Petrus, Dei gratia rex Aranonie, Comes Barchinonensis, profiteamus et recognoximus in ueritate, cum hoc scriptura publica, nos debere uobis, karissimo consanguíneo nostro Sanctio, per eandem illustri regi Nauarre, et uestris, decem milia mazmutinarum argenti, quas a uobis recepimus in alqulatis et tenemus nos de eis bene per paccatos a uobis, renunciantes exceptioni non numerate peccunie et non tradito rei...*». ³⁸ Con ese dinero, el aragonés podía financiar a las tropas aragonesas y catalanas que participarían en la cruzada.

—¿Os entrevistasteis con él?

El merino asintió.

—Tal y como supusisteis, lo encontré en Zaragoza, recién llegado de Huesca. No se detuvo demasiado en la ciudad. Al día siguiente partió hacia Calatayud.

—Tiene prisa por llegar a Toledo.

—Le prometió a Alfonso que llegaría hacia el 27 de mayo.

La mirada del rey pareció perderse a lo lejos, como si estuviera imaginándose la escena.

—Podéis retiraros —dijo de pronto.

El merino mayor del reino salió sin hacer ruido. Don Sancho volvió a sumergirse en sus propios pensamientos. Faltaba poco para la entrevista con Arnaldo Amalarico. Si la visita de don Rodrigo Ximénez de Rada había sido cordial y distendida, algo le decía que no iba a ser lo mismo con el arzobispo de Narbona.

Don Arnaldo se presentó vestido de caballero. Su túnica blanca sobre la cota de malla y los refuerzos de cuero en piernas y antebrazos parecían querer recordar a su interlocutor que el arzobispo no estaba allí en una visita de cortesía, sino como cruzado. Por si no quedaba suficientemente claro, llevaba una cruz roja prendida en su pecho.

El navarro lo examinó con detenimiento mientras se acercaba. El arzobispo se detuvo a cuatro pasos del rey. Detrás de él quedaron Teobaldo de Blazon y el conde de Comminges, un viejo conocido del rey –y de Miguel de Grez– de los tiempos de sus andanzas por tierras de Ricardo Corazón de León.

–Vuestra majestad –lo saludó el arzobispo.

–Sed bienvenidos, ilustrísima. Caballeros.

Un aire de formalidad envolvió el ambiente. Tras un intercambio rápido de miradas y de los consabidos saludos de rigor, don Arnaldo le explicó el motivo de su viaje. El rey escuchó en silencio. El recién llegado se mostró rápido y diligente en sus exposiciones. Don Sancho no perdió la oportunidad de observar con detenimiento a uno de los hombres que más empeño estaba poniendo en combatir la herejía albigense al otro lado de los Pirineos. En julio de 1209 había participado en el asedio a la ciudad de Béziers donde habitaban numerosos cátaros. Se decía que había exhortado a los cruzados al grito de: «¡Matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos!». El asalto había sido brutal.

–...convendréis conmigo en la importancia de que os unáis a los otros reyes cristianos –las palabras del arzobispo llegaron claras a los oídos del rey. Este se levantó de improviso. Le bastaron un par de zancadas para colocarse a la altura de sus invitados. Su gruesa mano derecha se posó en el hombro del arzobispo y este no tuvo más remedio que elevar su cabeza para mirar al rey a los ojos.

–Hablemos mientras compartís mi mesa –les ofreció.

Siguieron al mayordomo hasta una sala contigua donde cenaron frugalmente. Don Sancho estaba perdiendo el apetito y los otros tres adujeron estar preparando su espíritu para la gran batalla que se avecinaba. Don Sancho trataba de conducir la conversación hacia temas neutros, pero don Arnaldo estaba decidido a dejar claro el motivo de su visita.

–Me ha sorprendido encontrar la sede episcopal de Pamplona vacía. ¿Sabéis ya el nombre del nuevo obispo?

–Todavía no –le dijo el rey–. Como sabéis, el obispo don Juan de Tarazona murió el pasado septiembre en Roma. El papa Inocencio III aún no

nos ha hecho partícipes de su nueva designación.

–Triste suceso el de don Juan. No hablaban de otra cosa en el cabildo catedralicio. Según me contaron, murió el mismo día que Salvatierra cayó en manos almohades. Tras esa pérdida, don Alfonso redactó un edicto de movilización contra los musulmanes –continuó. Parecía dispuesto a volver una y otra vez sobre el mismo tema que trataba de eludir el navarro.

–¿Es cierto que don Juan se había excedido en sus funciones, que obraba sin el consentimiento del cabildo y que estaba enajenando los bienes de la iglesia? –cuestionó el conde de Comminges. Don Sancho agradeció el momentáneo cambio de rumbo de la conversación.

El rey se lavó las manos en el recipiente que su mayordomo le ofrecía. Se tomó su tiempo antes de contestar mientras se secaba con un paño blanco. Al terminar, gesticuló con su mano derecha como restando importancia al asunto. No tenía ganas de hablar de aquel desagradable incidente. Don Juan había sido llamado a Roma para comparecer ante el tribunal que debía resolver ese conflicto.

–El papa se tomó muy en serio el asunto. Una desgracia que don Juan muriera allí sin haber concluido el proceso.

–En el cabildo de la catedral me han dicho que no habrá ningún problema para que la iglesia aporte los cien hombres estipulados para participar en la cruzada. Pero me preguntaba quién se encargará, teniendo en cuenta este inoportuno deceso –don Arnaldo tomó de nuevo el rumbo de la conversación.

–Don Guillermo de Santonge, prior de Santa María de Tudela, no tendría ningún problema en organizarlo todo, si fuera necesario –apostilló el rey, que estaba empezando a cansarse del continuo recordatorio del arzobispo–. Y don Juan de Ullate, prior de la orden de San Juan de Jerusalén, y don Martín Guerra, prior de Roncesvalles, están en contacto permanente con la corte. Como veis, no debéis preocuparos por la correcta organización de mi reino.

–¿Quiere eso decir que estáis dispuesto a ponerlos en marcha y hacer frente común con los otros reyes cristianos de la península?

–Como bien sabéis, debo atenerme al fuero. Y el fuero dice que una decisión como la de participar en una guerra debo tomarla al lado de los ricos hombres y de los sabios del reino.

Una sonrisa empezó a dibujarse en la comisura de los labios del arzobispo.

–No dudo que ya habréis puesto fecha a ese cónclave.

Don Sancho le devolvió la sonrisa.

–¿Me honraréis con vuestra presencia durante el desayuno?

–No quisiéramos abusar de vuestra hospitalidad. Con vuestro permiso, partiremos al alba. Todavía nos queda un buen trecho hasta Toledo.

–Como gustéis –dijo el rey, dando por terminada la cena y la audiencia.

Vestido en tela gruesa y basta, desprovisto de todo adorno o riqueza, Gutierre voceaba exhortando a cuantos pasaban y los conminaba a tomar la cruz. Su enorme barriga se movía libre debajo de la túnica talar que vestía, sujeta tan solo por una cadena de la que pendía una cruz. La vida sedentaria de los últimos meses y el buen yantar habían añadido grasa a su perímetro y engordado su papada.

–¡Dadle una espada! –gritó alguien entre el público que lo escuchaba.

–¡Y un mulo que lo cargue hasta Sevilla! –añadió otro, provocando las risas de los campesinos que salían en ese momento a trabajar en los campos.

Centrado en su cometido, Gutierre continuó con su perorata. Zarandeaba a unos, golpeaba a otros, llamando continuamente la atención de los tudelanos.

–Un buen pregonero –advirtió el conde de Comminges montado en su caballo.

El arzobispo de Narbona, receptor de aquellas palabras, captó enseguida el matiz irónico de la voz del conde.

–Más como él nos harían falta –declaró don Arnaldo mientras trataba de abrirse camino entre los transeúntes. Aún no había visto la silueta del voceador.

El fino oído de Gutierre captó el resoplido de los caballos. Aguzó la vista y a codazos se hizo sitio para llegar hasta los ilustres caballeros. Había reconocido al arzobispo y no quería desaprovechar la ocasión.

–¡Aquí tenéis al arzobispo de Narbona! –voceó–. Su brazo no tiembla al enfrentarse al hereje, su corazón no duda al castigar al infiel.

Don Arnaldo observó de cerca a Gutierre. Su rostro había enrojecido al gritar, su respiración agitada le hacía lanzar resoplidos junto con sus palabras y su boca parecía a punto de disparar espumarajos. Decidió seguir. Visto a escasos pasos y escuchando su verborrea incoherente empezó a creer que aquel hombre no era el tipo de propaganda que quisiera unir a su nombre. Sin embargo, se le hizo difícil avanzar. Las palabras de aquel hombre habían detenido los pasos de los campesinos quienes, curiosos, se volvieron hacia la comitiva.

–La mano de don Arnaldo no temblará. Combatirá al infiel igual que hizo con los herejes cátaros. Cuidaos de frecuentar la compañía de musulmanes y judíos, ciudadanos de Tudela. O la espada de don Arnaldo caerá sobre vuestras cabezas y se hundirá en ellas. Vuestra sangre traidora regará los caminos de Navarra como aviso y señal para otros. ¡Arrepentíos y tomad la cruz! –gritó con vehemencia señalando con su dedo a cuantos le rodeaban.

La gente se empezó a remover inquieta. Musulmanes, judíos y cristianos habían vivido en un ambiente de paz durante muchos años en Tudela. Algunos de los presentes contaban con buenos amigos entre aquellos a los que Gutierre acababa de convertir en enemigos. Los murmullos crecieron con rapidez. Don Arnaldo, habituado a tratar con masas, percibió la animadversión enseguida. Con pasos decididos, Gutierre se colocó al lado del arzobispo y agarró las riendas del caballo.

–Tomadme a vuestro servicio. Yo os abriré las puertas de todas las ciudades hasta llegar a Toledo. Seré quien predique por vos y cientos de hombres os seguirán. Dios nos ha elegido y nuestra mano no temblará al dar muerte al infiel. Yo soy como vos –le dijo al fin–. Aniquilaré a cuantos se pongan en nuestro camino. Sostendré en mi mano la justicia de Dios.

Los ojos del arzobispo de Narbona se desviaron de Gutierre a don Teobaldo. Una sonrisa de comprensión se dibujó en la cara del caballero. Desmontó y sin miramientos llegó hasta el orador. Palmeó su espalda y, en tono comedido, felicitó a Gutierre por su discurso. Este no captó su tono sarcástico, oculto bajo una adulación estudiada. Aquel gesto marcó la dispersión del público. Cada uno se dirigió hacia sus tareas, pero la discusión estaba en la calle. Y pronto todos se empezaron a preguntar en serio si Navarra participaría en aquella cruzada.

La comitiva del arzobispo traspasó la puerta Ferreña y dejó atrás Tudela. Don Teobaldo de Blazon los siguió poco después.

–¿Os habéis desecho de ese charlatán? –le cuestionó don Arnaldo.

–Ha sido fácil.

El arzobispo lo miró con cierta incredulidad.

–Le he dicho que hacen falta hombres valientes como él que velen por las ovejas descarriadas de este reino. Sus frases y sus oraciones serán más necesarias aquí una vez que los guerreros y el rey hayan emprendido el camino de la batalla. Ha jurado que la luz de la verdadera fe no se apagará mientras a él le quede un soplo de vida en su cuerpo. ¡Pobre diablo!

–Sí, pobre diablo. Y pensar que al principio me pareció un monje

guerrero. ¡Por Dios! ¿Lo habéis visto bien? Pronto no podrá ni sostener su propia cabeza.

–Sí, pero como vos bien decís, los caminos de Dios son inescrutables.

Don Sancho se había encerrado en su capilla. Su mano derecha se cerraba y se abría con dureza. Lo que significaba que su mente y su cuerpo estaban en tensión. La elección parecía simple, pero no lo era. No cuando quien pide tu ayuda ya te ha traicionado antes. Aunque había sucedido hacía muchos años, la pérdida de Vitoria era una herida que no había cicatrizado. La tentación de devolver a su primo Alfonso aquella afrenta, de aprovechar su ausencia para reconquistar plazas que el castellano le había arrebatado, crecía en su interior. Sabía que podía hacerlo, que tenía todo el derecho. Miró el viejo crucifijo apenas vislumbrado entre la penumbra de aquel pequeño lugar de recogimiento. «¿Qué debo hacer? ¿Qué es lo correcto?», se preguntó. Viejos gritos de guerra se agarraron a sus oídos. Fantasma que volvían preguntando por qué sus vidas habían sido arrancadas. Bastaba un instante. Él lo sabía. Un solo instante para convertirse en historia. Abrió su mano derecha y dejó que los fantasmas regresaran a sus tumbas. Echó una última ojeada al altar. Un grueso cirio rojo resaltaba sobre el ara de piedra. Se levantó despacio. Su rostro circunspecto resaltaba la majestuosidad de sus movimientos.

–Vuestro hijo os aguarda –le dijo su mayordomo al llegar al comedor.

La cabeza de Fernando apenas sobresalía por encima de la mesa. Alguien había peinado cuidadosamente sus cabellos claros y su aspecto era impoluto. Salvo por las mangas, que se había manchado mientras jugaba a recolocar los alimentos que esperaban encima de la mesa. Al escuchar los pasos de su padre, miró hacia la puerta. Sus ojos color del cielo se fijaron en la alta silueta del magnate conforme se acercaba a él. El semblante serio del rey se relajó al sentir la presencia infantil. Se agachó al lado de su hijo, quien dibujó una sonrisa y saludó a su padre tal y como le habían enseñado.

Don Sancho acercó su mano a la cabeza de su hijo. Su cabeza entera cabía en ella. El brillo de su iris le trasladó por un momento al paisaje del sur, a los susurros del desierto, a los olores de las especias. Una pequeña nostalgia arraigó en su pecho. Le estaban pidiendo que luchara contra aquellos de quien su hijo descendía, contra su herencia materna. Se preguntó si su hijo lo entendería. Claro que no se lo iba a preguntar, pero ¿y en el futuro?

Los ojos de Fernando se fijaron en los de su padre. «Desayuno», dijo en su

lenguaje aún torpe, comiéndose las primeras letras y sonriendo abiertamente. El rey ocupó su lugar. Antes de probar el primer bocado, hizo sonar una campanilla. Su mayordomo acudió presto.

–Convocad a mi canciller y a todos los escribas. Quiero redactar unas cartas urgentes.

–Enseguida, vuestra majestad.

–¡Ah! Y reúne a los heraldos.

–¿Cuántos necesitaréis?

–Al menos veinticinco.

³⁸ Carta escrita por el rey Pedro II de Aragón, el 12 de marzo de 1212.

UN CIELO MANCHADO DE ROJO

Junio de 1212

Benedictus Dominus Deus Meus, qui docet manus meas ad proelium, et digitos meos ad bellum.

Bendito el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para el combate, y mis dedos para la batalla.

Salmo 144³⁹.

LA PUERTA SE ABRIÓ DE GOLPE y rebotó contra la pared. Laraine y Domingo miraron sobresaltados hacia la entrada. García penetró en la cocina a grandes zancadas. El olor a comida se acentuó al removerse el aire del interior. La perplejidad se marcó en el ceño de la siciliana. No recordaba haber visto jamás a su cuñado poner un pie en aquella estancia. Su cuerpo se puso alerta y su preocupación creció al encontrarse con los ojos de su esposo, que entró detrás del ricohombre. Temió que algo grave le hubiera ocurrido a Catalina. O que la llamada a la guerra santa de la que todos hablaban se hubiera iniciado en el reino. La angustia la invadió de golpe.

–¿Ha ocurrido algo? –su voz salió trémula.

–Catalina dice que has cambiado el plato principal de la cena de esta noche sin su consentimiento.

–¿Os referís al pollo? La decisión de servirlo la tomamos hace dos días. Ella se mostró de acuerdo –sus palabras salieron entrecortadas. El corazón le latía con intensidad sin creerse aún que aquello que parecía tan grave hubiera quedado en un malentendido gastronómico.

–Mi esposa quiere cordero, ¿entendido?

–No tenemos corderos suficientes. Y casi todos los pollos han sido desplumados ya.

–¡Domingo! –el sirviente, que se había mimetizado con los enseres de la cocina, dio un respingo–. ¡Encárgate de todo! En cuanto a vos –dijo volviéndose hacia Laraine sin dejar lugar a réplica–, quiero que os quede

claro el lugar que ocupáis en esta casa y que en ningún caso está por encima de mi esposa.

–Yo... –quiso explicarse. Una sombra de duda se reflejó en su semblante al buscar el apoyo de Miguel y no hallarlo.

–Ni una palabra de más, Laraine. El hostel debe obedecer a mi esposa. No quiero ni una sola injerencia por vuestra parte. Y ahora, si me hacéis el favor... –dijo García, al tiempo que le mostraba la salida con su mano derecha.

Las palabras de su cuñado chirriaron en su cabeza como si le acabaran de golpear con una campana. Antes de salir miró de reojo a Domingo. No lo iba a tener fácil. Con tantos guerreros cruzando el reino, las existencias escaseaban en muchos sitios. En otros, las escondían esperando a que los precios subieran. Y en algunos casos, la casa del rey había reservado carne en abundancia por si el ejercito se ponía en marcha. La siciliana suspiró con rabia y salió de la cocina. Apretó el paso y los labios se cerraron fuertemente hasta formar una fina línea. Hablaría con Catalina, la haría entrar en razón.

–Ni se os ocurra buscar a mi esposa. En estos momentos se encuentra descansando y no quiero que nadie la moleste.

Laraine giró su cabeza y fijó la vista en García por un instante. Luego salió sin decir nada. Cada latido de su corazón se marcaba en su pecho con fuerza y rapidez. Escuchó que alguien pronunciaba su nombre. No estaba segura de quién había sido, pero desde luego no era la voz de su esposo; la única que ella esperaba. Salió al patio. El aire limpio de aquella mañana se llevó algo de su agitación, pero notaba su resentimiento ahogando su garganta. No entendía por qué García se había dirigido a ella en ese tono, ni cuál era la razón por la que le había quitado toda autoridad delante del servicio. Estaba enfadada y ofendida. Pero tampoco sabía por qué le había afectado tanto lo que había sucedido.

Abrió la puerta exterior con rabia. Al hacerlo, la uña de su dedo índice se dobló hacia atrás y notó un fuerte pinchazo. Apretó los dientes y miró la estrecha calle que tenía ante sí. Tomó la dirección hacia su izquierda solo por obligar a su cuerpo a moverse. Sus pies se movían con celeridad. Sin pretenderlo, se encontró en la puerta de Santa Cecilia. Se detuvo delante, indecisa. Podía escuchar su propia respiración mientras el aire entraba y salía por su boca. Penetró en la penumbra. Pretendió sentirse mejor en la oscuridad de la iglesia, en el silencio evocado de la imagen de la santa, pero no fue así. Inhaló con fuerza el olor a humedad y a cirio. El aroma se incrustó de lleno en

sus sienes, evocando momentos de paz, pero no apaciguó su desasosiego, ni se sintió mejor. Caminó despacio por uno de los laterales hasta situarse muy cerca del altar. Su mano buscó a ciegas la mecha y encendió una vela. Dejó en la caja una limosna y se separó unos pasos. Su vista se fijó en la llama que se estiraba hacia el techo elevando un hilillo de humo. Tras un rápido vaivén de derecha a izquierda su brillo se acentuó. Laraine negó varias veces con su cabeza. El pecho se hizo pequeño para contener su corazón y el estómago se encogió de golpe. Tragó con fuerza como si aquel gesto pudiera ensanchar su pecho y abrir la boca de su estómago. Una lágrima se abrió paso a través de su mejilla, incontrolable. Durante las últimas semanas, había intentado no hacer caso a su intuición, a la evidencia de sus presentimientos. Pero no podía escapar de ellos; nunca lo había podido hacer. Su mano secó despacio la lágrima y trató de serenarse. Sus pupilas enfocaron la llama de la vela. Un escalofrío recorrió su espina dorsal provocado por la certeza de que no corrían buenos tiempos, por la confirmación de que su familia estaba en peligro: la dama negra rondaba el apellido Almoravid. Ya no tenía dudas. Se escondió tras el velo que colgaba de su gorro. Quería correr, deseaba huir de sí misma, pero no sabía cómo hacerlo.

La luz brillante del sol de junio quedaba lejos en aquella estrecha rúa. Sin embargo, las voces de las gentes de la ciudad se escuchaban con nitidez. Su oído captó un tintineo. El vello se le erizó de golpe. Sabía quién lo producía y no quería encontrarse con él. La voz de Gutierre se elevó sobre todas las demás confirmando lo que ella tanto temía. El sonido de su cadena de hierro se le antojó insoportable. Apretó a correr. La publicación de la cruzada insistente y tenaz de aquel hombre quebraba sus nervios. Decía que, tras haber coincidido con el arzobispo de Narbona en Tudela, Dios le había encargado la misión de publicar la cruzada contra los almohades en Pamplona. Conminaba sin descanso a toda la ciudad a unirse a las fuerzas de don Alfonso de Castilla y maldecía a quienes se negaban a escucharle. Desde el amanecer hasta que el último rayo de luz se escondía, su voz se escuchaba por todas y cada una de las calles de la ciudad. Se alejó de allí para no tener que pensar en ello. Ni siquiera se atrevía a barajar la posibilidad de que Miguel tuviera que irse.

—¡Señora Laraine!

Se sobresaltó al escuchar su nombre. Giró la cabeza y se encontró de lleno con Domingo. Ella lo miró con gesto interrogativo. El sirviente se tomó unos instantes para tomar aire. Bajó la cabeza y tartamudeó al explicarse.

—Yo... lo siento, señora. Pero no tengo a nadie más a quien recurrir.

–¡Habla de una vez! –le conminó ella.

–Es por lo de la comida.

El rostro de Laraine se puso lívido y luego se tornó carmesí. Trató de disimular su sonrojo estirando el cuello y manteniendo una postura digna. Domingo acababa de recordarle el incidente con García. No podía olvidar que su cuñado la había recriminado delante de los sirvientes y eso la había despojado de toda autoridad. Se mantuvo en silencio, lo que aumentó la tirantez del momento.

–La carne de cordero que he conseguido no es suficiente... –dejó caer.

En otras circunstancias esa afirmación la hubiera puesto en movimiento, pero no aquel día. Sabía de sobra que detrás de aquellas palabras se escondía una llamada de auxilio.

–No sé qué hacer. He tratado de hablar con el Almoravid, pero me ha echado con cajas destempladas. En cuanto a la señora Catalina... nadie puede molestarla mientras descansa.

El gesto de interrogación se acentuó en el rostro de la siciliana.

–Necesito vuestra ayuda.

–Domingo, sabéis que no puedo hacer nada.

–Pero señora, vos... vos siempre tenéis una solución para todo.

La aserción hizo sonreír a Laraine. Así que eso era lo que pensaba Domingo de ella. Sin embargo, esta vez, aunque quisiera...

–Por favor, señora...

Los ojos de Laraine miraron directamente a los del sirviente. Sin quererlo, su mente se había puesto en marcha. La expresión de Domingo cambió del desaliento a la esperanza.

–Está bien –claudicó la mujer–. ¿Cuántos pollos tenemos?

–Treinta y cinco, señora.

–¿Todos muertos y desplumados?

–Solo veinte están muertos y desplumados, señora.

–¡Veinte son muchos! –declaró al tiempo que echaba a andar de regreso a la casa.

–Creo que tenéis un plan –alegó Domingo más tranquilo, caminando a su lado.

–Yo no lo llamaría plan. Pero algo hemos de hacer.

Laraine se sintió mejor tras decir aquellas palabras. El encuentro con el sirviente y la consiguiente decisión de hacer algo habían relegado su inquietud a un segundo plano. Todavía se sentía molesta y preocupada, pero su parte más

pragmática se había puesto en funcionamiento y ya no podrían pararla.

La dama se detuvo en la puerta y le dio instrucciones a Domingo.

–Prepara doce de los pollos desplumados, empaquéalos adecuadamente y súbelos al carro viejo. Dile a la cocinera que deshuese el resto y prepare un relleno.

–¿Para los corderos?

–Dile que cueza verduras y frutas y se las añada al pollo. Que haga un relleno con eso y que rellene...

–Le diré que sea imaginativa.

–Espero que hoy esté inspirada –Laraine miró al vacío un instante y luego retornó a la realidad–. Te espero en la puerta de atrás.

Entraron por separado. Laraine subió a sus aposentos, cogió la caja donde guardaba sus joyas y torció el gesto. Cogió una pulsera de perlas y la sopesó antes de escondérsela en el escote. Esperaba no encontrarse con nadie porque intuía que llevaba la palabra culpabilidad escrita en la cara y no quería dar explicaciones. Salió por la puerta delantera y se dirigió al punto de encuentro. Domingo no tardó mucho en aparecer. El ruido de las viejas ruedas crujió en el aire delatando su llegada. La mujer se apresuró a subir. Nada más sentarse un fuerte golpe en la parte trasera le hizo girar la cabeza. Su corazón casi estalla del susto. Alguien había saltado y se estaba colocando al lado de los pollos.

–¡Ah! –es lo único que le dio tiempo a decir a Laraine.

El intruso se quitó la capucha. Una intensa mirada azul la escrutó.

–¡William! ¡Por el amor de Dios! Me habéis dado un susto de muerte. ¿Qué es lo que hacéis aquí? Debéis iros.

El sajón negó con la cabeza. Se señaló a sí mismo y luego a Laraine. Su semblante revelaba que había tomado una decisión y no se retractaría. Se volvió a señalar el pecho. Su mano bajó después hacia su espada. Agarró fuerte la empuñadura. Con suavidad soltó el pomo y separó su mano abierta, mostrando su palma a la mujer.

–De acuerdo. Dejaré que nos acompañéis y nos protegáis.

William se colocó de nuevo la capucha a pesar de que el día invitaba a saborear el sol.

–¿Hacia dónde? –preguntó Domingo.

–Toma el camino hacia el val de Sant Estevan⁴⁰. Yo te indicaré la ruta.

Continuaron en silencio. Laraine miraba de reojo hacia atrás. William permanecía muy quieto entre los pollos. El sol fue subiendo en el horizonte. El

calor se intensificó y los sonidos de la naturaleza se acentuaron. Con un gesto de su brazo, Laraine le indicó a Domingo que tomara el camino hacia la derecha.

–¿El pastor de Sant Estevan? –preguntó algo confuso el sirviente.

Ella asintió una sola vez. Y Domingo meneó la cabeza con un gesto de duda.

–Tiene muchos corderos –dijo él. Dejó pasar unos instantes antes de volver a hablar–. Pero no creo que quiera cambiarlos por pollos.

–Ya veremos.

Laraine se giró. William había dejado su cabeza al descubierto y estaba deslizando su espada fuera de la funda.

–¿Algún problema, William? –preguntó ella. Aguzó el oído. El zumbido de los insectos se mezclaba con el suave siseo de las hojas al ser empujadas por el viento.

La cabeza del sajón se movió negativamente. El camino se había estrechado en ese punto y la vegetación tapaba parte de él y de la vista. El caballero solo estaba alerta, por si acaso. La casa de madera surgió de repente tras la siguiente curva.

–¡Sooooo! –Domingo estiró las riendas y el carro se detuvo.

William se bajó de un súbito salto. Antes de que Laraine pudiera parpadear, el sajón le ofreció su mano y la ayudó a descender. Una vez en el suelo, la siciliana dio unos cuantos pasos sin desviar la vista de la pequeña edificación que tenía delante. El caballero se quedó detrás, como una sombra. La dama contempló aquel paisaje delimitado por robles fuertes y robustos, entre cuyas ramas jugaba el viento. El olor a estiércol penetró en su nariz, arrojado por la siguiente ráfaga. Los balidos de los corderos se escuchaban con nitidez. Parecían niños desvalidos implorando perdón. Estaba allí, quieta, invadida por una extraña sensación. Ya no le parecía tan buena idea ofrecer pollos a cambio de corderos. Y pagarlos con una de sus pulseras, sonaba a plan descabellado. Sin embargo, nada tenía que perder. Miró hacia atrás. Domingo trajinaba con su mercancía, preparándola para el intercambio. William permanecía alerta.

–Buenos días. ¿Qué le trae a la señora a este lugar?

Laraine reconoció al hijo del pastor. Un muchacho que estaba dejando atrás su adolescencia, espigado, con la cara curtida por el sol. Sus palabras salían a trompicones, como si fuera difícil para él pronunciarlas.

–Quisiera ver a tu padre.

–Padre falleció –fue su escueta contestación.

–No sabes cuánto lo siento.

Sus palabras murieron en el silencio que se prolongó a continuación. Todo se detuvo en un instante. El viento amainó. Los balidos se amortiguaron.

–¿Qué querréis?

–Queremos compraros unos corderos.

–Bien sabéis que no me pertenecen. Preguntad al amo.

–Pero está fuera, lo sé.

–Otro día, pues.

–Solo sería un préstamo hasta mañana que hay mercado en Pamplona. Os traeríamos la misma cantidad. Os los repondríamos.

–¿Cuántos? –dijo tras pensárselo mucho.

–Cinco.

La sonrisa burlona del pastor mostraba su incredulidad.

–No –contestó al fin. Y se dio la vuelta.

–Cinco –repitió la dama–. Y os regalaremos estos pollos –señaló al carro y a Domingo, quien se apresuró a acercar una muestra.

El pastor detuvo su marcha y se giró. Contempló los pollos desplumados. Parecían frescos y tiernos. Se rascó la cabeza y negó en silencio.

–Por favor –dijo Laraine, quien veía que se escapaba su oportunidad–. Te dejaré esto en prenda –sin remilgos, sacó la pulsera de su escote y se la acercó al pastor–. Si no venimos, con esto tú mismo podrías comprar los corderos.

–Pensarán que la he robado.

–Podéis buscarme. Vivo en...

–Sé quien sois. La dama del velo vive con los Almoravid.

Laraine bajó la cabeza. No se percató del movimiento del sajón hasta que lo tuvo a su lado. Lo miró. No tenía aspecto amenazante, solo de apoyo. Suspiró aliviada. Nada más lejos de su intención que llevarse los corderos por la fuerza.

–Piénsalo bien –intervino Domingo–. Todos estos pollos listos para comer, conservar o intercambiar y mañana yo mismo te traeré los corderos.

El pastor miró sobre su hombro sin moverse. A Laraine le pareció ver una sombra que pasaba por la pequeña rendija que hacía las funciones de ventana. ¿Su madre? ¿Su mujer?

–Bien –se decidió por fin–. Cinco.

De un rápido movimiento, el pastor cogió la pulsera. El intercambio fue

breve. El regreso se hizo con prisa. Muchos eran los preparativos que había que organizar. Solo cuando la puerta trasera de la morada Almoravid estuvo a su vista, Laraine respiró aliviada.

Catalina cerró los ojos. Los dedos cálidos de su marido acariciaron su cuello tras colocarle el nuevo collar que acababa de comprarle. Ella aspiró con fuerza, sorbiendo la esencia de su aroma. Con deleite, comprobó la atracción que ejercía sobre ella. La besó en la nuca y se separó de ella. La primera dama entre los Almoravid sonrió.

–¿La roja? –le preguntó observando la gónela que había elegido.

–Reconoceréis que es un color que me va bien.

–Nunca lo hubiera dicho –señaló ella con una sonrisa con la que quería complacer. Se acercó a García y se envolvió en su calor. Se había afeitado con esmero y pasó su mano por su mejilla desnuda.

–No sé si me gusta esta costumbre vuestra de afeitaros tanto.

–Creo que me favorece. ¿Querréis hacer vos el anuncio?

Catalina se giró hacia la ventana. El oeste se había teñido de un extraño resplandor amarillo. Ella sentía regocijo. De hecho, era la primera vez en muchos meses que se sentía realmente bien.

–Mejor lo hacéis vos. Así es como debe ser.

García la tomó de la mano y bajaron al salón. Desde las escaleras se escuchaba el jolgorio de la familia que se empezaba a reunir. El ruido de bandejas y jarras se mezclaba con el de las conversaciones y las risas. Un delicioso aroma a asado flotaba en el aire junto al de verduras y pan recién horneado. La mejor combinación posible para una jornada de fiesta Almoravid. García miró a su esposa antes de entrar en el salón y la besó en la mejilla. Se acercaba el solsticio de verano y todo parecía propicio para la familia. Su entrada fue recibida con aplausos y silbidos. Los niños, animados por la creciente excitación, comenzaron a golpear la mesa con lo primero que encontraron. Los anfitriones se dirigieron a sus sitios correspondientes, pero no se sentaron. El ricohombre tomó su copa. Domingo, solícito, se la llenó y después hizo lo mismo con la de la señora.

–Quiero hacer un brindis –señaló García. La sola referencia hizo que el resto de los convidados tomaran su copa y se hiciera el silencio. Incluso los sirvientes detuvieron sus quehaceres–. Quiero brindar por mi familia. Y especialmente por mi esposa, Catalina, que lleva en su vientre un nuevo

vástago Almoravid.

Los vítores estallaron al unísono. El vino descendió por las gargantas. La mano de Laraine, sin embargo, se quedó atascada. Cuando consiguió salir de la estupefacción que la noticia le había provocado, se llevó su mano izquierda al pecho. Por más que lo intentó no le salió una sonrisa de alegría. Ahora entendía el porqué de la insistencia de García respecto a los corderos –un antojo de su esposa–, pero Catalina no estaba bien de salud. Y era difícil predecir cómo le afectaría el nuevo embarazo. Un enorme estruendo a sus espaldas interrumpió el hilo de sus pensamientos. Se volvió de prisa. Toda estaba en el suelo con una bandeja de comida sobre sus piernas y sus ropajes. Su rostro había palidecido y sus ojos permanecían cerrados. La diligencia de Domingo encubrió el incidente lo más rápido que pudo. Él mismo cogió a la sirvienta y se la llevó hacia las cocinas. Mientras, dos jóvenes sirvientas, casi unas niñas, recogieron los desperdicios del suelo. Laraine se giró, dispuesta a prestar su ayuda a Toda. Podía tener algo grave. Sin embargo, el brazo de Miguel la detuvo en el último instante.

–Quedaos y brindad por vuestro nuevo sobrino.

La duda le duró un instante. Parecía que Domingo tenía todo controlado. Elevó su copa, buscó una sonrisa que parecía negarse a acudir a su rostro y brindó con el resto de los invitados. Catalina parecía realmente feliz. Se sentaron. Un ambiente festivo inundó el viejo salón –testigo de tantas fiestas de Apellido–, de risas y comentarios. Cuando el cordero fue servido, la siciliana sintió la mirada de García clavada en la suya. «¿Veis? No era tan difícil encontrar buenos corderos», parecía decirle. Se tragó su orgullo y tomó en la mano el trozo que le había tocado. Solo pudo probar un par de bocados. El último se le quedó parado en la garganta. Cogió su copa en el momento en que Domingo se acercaba a García y le decía algo al oído. El ricohombre se excusó ante su esposa y salió sin decir nada. Laraine sintió un pinchazo en el pecho, mientras clavaba su vista en el asiento vacío de la presidencia de la mesa. Domingo apareció de nuevo en la sala. Los sirvientes siguieron colocando en la mesa los deliciosos manjares que Catalina había pedido. Vio cómo Domingo se acercaba a Iñigo y después a Guillaumes y después a Miguel. Y los tres salieron de la sala. Intentó interrogar a su esposo con la mirada, pero para cuando quiso darse cuenta, ya había desaparecido por la puerta. Su mirada recorrió la fila de invitados y se detuvo en la ventana. Más allá de los límites de la morada Almoravid, un cielo despejado manchaba de rojo sangre el crepúsculo.

El semblante de García estaba serio y tenso. Nada tenía que ver con el rostro relajado que apenas unos momentos antes había proclamado la bienaventuranza del próximo nacimiento de su hijo. Se aseguró de que los tres hombres que lo acompañaban habían leído el mensaje que acababa de recibir antes de hablar. Había en las pupilas de todos ellos un brillo especial que no expresaba temor. Más bien, una excitación creciente.

–Como veis, el rey ha convocado a sus ricoshombres y al consejo de sabios para discutir nuestra participación en la guerra santa contra el enemigo almohade.

–Entonces... ha llegado el momento –dijo Iñigo con convicción.

–Parecéis estar muy seguro de que nos pondremos en marcha –intervino Miguel.

–La mayoría de los ricoshombres se han manifestado ya a favor de responder positivamente a la llamada de don Alfonso. Y no creo que los sabios aconsejen al rey obrar en otros términos que no sean la unión con los demás reinos cristianos.

–Partiré al alba –afirmó García–. Mientras, quiero que organicéis todo para la partida y que incrementéis los entrenamientos tanto en frecuencia como en dificultad.

–¿Una marcha de Apellido? –inquirió Guillaumes.

–No creo que don Sancho apele al Apellido en esta ocasión. Demasiado costoso. Además, tardaríamos mucho en reunir todas las fuerzas y la prisa apremia si queremos unirnos al grueso de las tropas cristianas. Aunque don Alfonso no se arriesgue a entablar combate solo, como hizo en el año 1195 y le supuso la derrota de Alarcos, además de los saqueos que provocamos en su reino por hacernos movilizar nuestras tropas para nada, no creo que aguarde eternamente. De cualquier forma, haced partícipes a todos los hombres de nuestra casa. Todo aquel que se quiera unir será bienvenido. ¡Ah!, una cosa más, conozco a un hombre, herrero y grabador. Le haré venir mañana y marcará todas nuestras armas con la leyenda: «*Benedictus Dominus Deus Meus, qui docet manus meas ad proelium, et digitos meos ad bellum*».

A pesar de lo entrado de la noche, el cielo seguía teñido de una extraña luminosidad rojiza. Se acercaba el solsticio de verano. Una fecha que siempre había traído alegría al corazón de Laraine, pero esta vez... La puerta de la habitación se abrió despacio. Miguel entró precedido por la luz de una vela.

Con él llegó un silencio inquietante. La fiesta quedaba largamente olvidada en su recuerdo, pero no el momento en que Guillaumes, Iñigo y Miguel habían sido convocados por García tras la llegada de un mensaje. Con el corazón en vilo, la mujer se apartó de la ventana y miró a su esposo.

–Aún despierta...

Laraine se movió hacia la cama. Sus rasgos salieron del letargo en que la oscuridad los había sumido. Miguel vio su gesto sereno, pero circunspecto.

–¿Cuándo partís? –la pregunta llenó el aire de un halo trascendente.

Miguel dejó la vela encima de una mesita y comenzó a desnudarse.

–El rey ha convocado a los ricos hombres y a los sabios del reino. Ellos decidirán si vamos o no y, si lo hacemos, cuándo partiremos.

La siciliana se restregó las manos, pero no dijo nada. Centró su mirada en el irregular balanceo de la llama. Por un instante fue como si su calor se hubiera acrecentado mil veces y su tembleque quisiera arrastrarla al vacío.

–Os habéis mostrado muy fría cuando mi hermano ha anunciado el próximo alumbramiento de un nuevo vástago Almoravid. Y él se ha dado cuenta.

Las palabras de Miguel la alejaron de la sensación de ahogo, pero otra preocupación emergió en su lugar. Bajó la cabeza antes de enfrentar de nuevo la mirada de su esposo.

–¡Por supuesto que me alegra la noticia! –exclamó.

–Pues no lo parecía.

–Catalina está débil desde hace tiempo. Solo temo que no pueda superar este embarazo, eso es todo. No era mi intención desairar a vuestro hermano. Me preocupa su esposa.

–Ya estáis de nuevo con eso. Ya lo hemos hablado otras veces y sabéis que...

–...García no quiere ni oír hablar del asunto.

–Al menos lo tenéis claro. Seguramente, habéis confundido los síntomas del embarazo con esa supuesta enfermedad que suponéis padecía Catalina.

La tensión se palpaba en las palabras de Miguel. El infanzón apagó la vela, se metió en la cama, le dio las buenas noches a su esposa con un fugaz beso que apenas rozó sus labios, y se tumbó hacia su lado. Las manos de Laraine recorrieron la espalda de su esposo, pero este permaneció indiferente. La mujer apretó los labios y se quedó tumbada boca arriba con los ojos mirando a la negrura de su habitación.

Dos grandes arrugas verticales se habían acentuado en el entrecejo de García. Destacaban en su rostro sudoroso y tizado de negro como dos sendas que marcaran el camino al infierno. Estaba enfadado y contrariado. Debería haberse marchado al amanecer, pero un incendio dos casas más al norte de la suya, les había tenido ocupados durante las primeras horas de la mañana. Afortunadamente, todo estaba ya controlado. El herrero y grabador se había instalado en uno de los rincones del patio, donde se había construido una tejavana especial para realizar mejor su trabajo. García miró hacia las cuadras. El mozo se estaba retrasando. ¿Tan difícil era llevarle su caballo ensillado? Impaciente, se encaminó hacia allí. La puerta trasera estaba abierta, lo cual le sorprendió. Fue a cerrarla, pero detuvo su paso al vislumbrar al otro lado la silueta de Laraine. Ladeó la cabeza. Junto a ella estaba William. Los ojos de García se entornaron levemente, aguzando la vista. El sajón sacó algo de uno de sus bolsillos y se lo entregó a la mujer. Ella observó las perlas un instante y se las guardó a toda prisa.

—¿Aún estáis aquí? —la voz de Miguel le hizo girar la cabeza.

—En cuanto mate a mi escudero saldré. No sé qué le pasa hoy. ¡Ah!, por fin —comentó algo distraído. Volvió de nuevo la vista hacia la puerta, pero ya no había nadie.

—Que tengáis buen viaje —le deseó el de Grez.

—Lo tendré —le participó mientras se subía al caballo. Tomó las riendas con fuerza y se agachó antes de hacer girar a su montura—. Vigilad a vuestra esposa. De cerca —matizó. Y sin dejar siquiera espacio para una respuesta, salió a la calle al trote.

³⁹ Durante la Edad Media, especialmente en el siglo XII, los caballeros utilizaron este salmo atribuido a David como una plegaria de los guerreros cristianos. Muchos la llevaron inscrita en el pomo de sus espadas. El propio Sancho VII incluyó la leyenda *Benedictus Dominus Deus Meus* en el reverso de la moneda que acuñó tras ser coronado rey, leyenda que utilizaron todos los antiguos reyes de Navarra y que hoy se encuentra recogida en la fachada del Palacio de Navarra.

⁴⁰ Actual valle de Juslapeña.

DOSCIENTOS CABALLEROS

Llegando al trance del riesgo (Don Sancho VII) no quiso substraer del servicio de Dios la gloria de su esfuerzo y valentía. Y con tal ardor resolvió la jornada, que no solo comenzó luego á prestarse para ella, sacando parte de los preamir almu'miniinos de la frontera contra Castilla y Aragón, que por la liga no pedían guarnición tan gruesa y á levantar nuevas levadas de Infantería y Caballería por todo el Reino. [...] Marchaba ya también el Rey D. Sancho de Navarra bien aprestado, llevando su estandarte real Don Gome de Agoncillo, su Alférez Mayor, Señor de Los Arcos, y muy seguido de la nobleza y con la prevención de quien iba á pelear como en teatro y á los ojos de muchas y diversas gentes.

José de Moret. Libro XX. Cap 5.

SE ARRODILLÓ DEJÁNDOSE CAER PESADAMENTE. Un rastro de incienso recién quemado flotaba dentro de Santa Cecilia formando una nube alargada. El olor la mareó un poco, pero se centró en sus oraciones. En su mente estaban los nombres de todos y cada uno de los moradores de la casa Almoravid; nombres que fue diciendo uno por uno hasta llegar al último. Se levantó despacio y emprendió el camino hacia la salida. Cerca de la puerta se tropezó con Blanca, la sempiterna beata de Santa Cecilia. Se preguntó cómo sacaba tiempo para fabricar los zapatos. Se saludaron. Laraine se fijó en su rostro. Parecía afligida, sus ojeras pronunciadas, sus ojos irritados.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la siciliana, acompañándola hasta la puerta.

Salieron al exterior, pero se quedaron pegadas a la entrada. La luz de la mañana descubrió un rastro de hinchazón en sus párpados, producto sin duda de lágrimas derramadas recientemente.

—No es nada.

—Sabes que puedes confiar en mí.

Blanca miró a aquella dama. Sí, sabía que podía confiar en ella, pero no era de buena cristiana quejarse de las desgracias. Bastante había tenido ella también con su hijo Roland.

—¿Se trata de alguna de tus hijas? ¿De tu negocio?

Laraine era insistente. La cogió de la mano, decidida a no soltarla hasta que le contara lo que la tenía consternada.

—Se trata de mi hermano. Desde que ha vuelto de Tudela tiene un comportamiento extraño. Claro que siempre lo ha tenido, pero más extraño aún. Me ha confiscado los ahorros —le confió al fin, acercándose a su oído—. Está empeñado en casar a mis hijas y dice que no me los devolverá hasta que acepte sus pretendientes. No sé qué hacer. Tengo algunos pagos que realizar. No muchos, pero...

—No os preocupéis por las deudas. Yo os puedo prestar algo de dinero.

—¡Por Dios bendito, doña Laraine! Ni se os ocurra. Ya me las apañaré.

La siciliana sonrió. Blanca era más que capaz de apañárselas. Lo sabía.

—De acuerdo. Pero si os veis en un apuro... bueno es saber adónde acudir.

—Os lo agradezco mucho.

—En cuanto al otro asunto, al del compromiso de vuestras hijas, ahí no creo que yo pueda influir mucho.

—Algo se me ocurrirá. Que tengáis un buen día, señora.

—Lo mismo te deseo, Blanca.

Laraine la vio alejarse con aquellos pasos pequeños y rápidos. Esbozó una sonrisa antes de iniciar el retorno al hogar de los Almoravid. William la seguía como una sombra silenciosa. Se había convertido en su ángel guardián.

Miguel esquivó a su tío en la puerta de la sala de armas y salió una vez más al exterior. En la mano llevaba dos mazas y tres espadas. Apartada en un rincón había dejado una ballesta que probaría más tarde. Atravesó el patio a grandes zancadas, esquivando una pierna aquí y un codo allá, y alcanzó el carro donde se transportaría el armamento. Con sumo cuidado, depositó las armas al lado de las que ya estaban preparadas. Tomó la primera de las espadas y la envolvió esmeradamente en una tela para protegerla durante el viaje. Hizo lo mismo con los otros dos aceros y, por último, sujetó las mazas a los lados del carro. Miró al cielo para calcular la hora y regresó a la armería. La ballesta le aguardaba. Le pidió a su tío que vigilara la puerta. Tensó la cuerda ayudándose de su pie y la encajó en la muesca. Muy despacio, cogió una flecha Almoravid, de plumas azules y amarillas, y la encajó en el canal. La carcajada de su tío lo distrajo cuando estaba apuntando.

—¿Qué? —le preguntó.

—Nunca me han gustado las ballestas. Y a ti no te sienta bien usar una de ellas.

—¿Aún pensáis que son un arma para cobardes?

–¿Acaso no la usó Pere para matar a mi hermano?

–Lo hizo –claudicó Miguel, abrasado por aquel recuerdo que había terminado con la muerte de su padre adoptivo, don Fortún, el hermano mayor de Iñigo. Miguel todavía se culpaba de ello. Él mismo había puesto a Pere bajo la tutela de los Almoravid, bajo su protección, y el joven se había rebelado contra la mano que le había dado de comer–. De cualquier forma, creo que la llevaré.

Iñigo se encogió de hombros. No había resentimiento en su mirada. Se retiró de la sala de armas y le dio una palmada en el hombro a Miguel al pasar a su lado. El de Grez esperó a que su tío saliera y apuntó hacia un pilar de madera. Muy sutilmente, aproximó el dedo índice de su mano derecha hacia la llave y apretó. La flecha salió despedida con un suave siseo, justo en el instante en que sus tres hijos varones entraban discutiendo.

–¿Qué ocurre? ¡Podía haberos atravesado con la fecha!

Los tres miraron con cara de bobos al punto donde acababa de impactar la saeta. Etienne aprovechó el instante para llevar sus manos detrás de la espalda y esconder lo que tenía entre ellas. Pero los ojos de Miguel fueron más rápidos.

–¿Qué llevas ahí?

El pequeño descubrió la espada de madera que trataba de ocultar a la vista de su padre.

–¿De dónde la has sacado? –le preguntó quitándosela de las manos.

–Quedó al descubierto al sacar las armas para grabar.

Miguel frunció el ceño.

–Te dije que a *aita* no le iba a gustar –declaró Diego empujando a su hermano menor.

Ajeno a las palabras de sus hijos, que habían comenzado a discutir de nuevo, Miguel examinó el arma que acababa de confiscar. Una sonrisa infantil asomó a sus labios al recordar el momento en que el infante don Sancho le había regalado aquella espada. Cuando sus sueños de ser un caballero eran solo eso, sueños. La madera estaba sucia y astillada. Tenía muescas en casi todo su perfil. Todavía no sabía cómo había superado los embates del paso del tiempo. Con un fugaz sentimiento de añoranza hacia todos aquellos años compartidos con su amigo Álvaro, Miguel devolvió el arma a su hijo.

Roland y Diego hicieron el mismo gesto de incomprensión.

–¿Por qué se la devolvéis? –preguntaron ambos al unísono. Etienne aprovechó para escapar con su preciado trofeo sin desperdiciar la oportunidad

de dedicar un gesto de burla a sus hermanos mayores—. A nosotros no nos dejabais jugar con ella.

—Esa espada no durará mucho. Mejor que muera en batalla que olvidada en un rincón.

—Estáis muy poético, *aita*. ¿Vais a ejercer de trovador?

—Dejemos ese asunto para los bardos y centrémonos en otros menesteres.

Los gemelos bajaron la mirada, a la vez que la punta de su lengua se asomaba mojando sus labios.

—¿Qué ocurre?

—Queremos acompañaros a luchar contra los almohades.

La petición no fue una sorpresa para el de Grez. Había visto a sus hijos involucrarse como los que más en los preparativos de armas y ropas, a pesar de que la confirmación oficial de la marcha no había llegado aún. También se había percatado de que sus ojos se habían desviado una y otra vez hacia la puerta principal, esperando el regreso de García y sus noticias. Y en los entrenamientos se habían esforzado al máximo. Los agarró por los hombros y los atrajo hacia sí.

—Contaba con que tú me lo pidieras —le dijo a Diego. Este asintió con una sonrisa en los labios—. Pero pensaba que tú querías regresar con tu tío al mar.

—Y quiero hacerlo, quiero regresar con el tío Alejandro a uno de sus barcos —protestó Roland—. Pero hay tiempo. Le explicaré en una carta mi decisión. Y, a nuestro regreso, volveré al mar.

—Entonces... parece que todo está decidido. Si el rey nos convoca a la guerra, marcharemos a su lado.

El tañido de las campanas trajo la noticia horas antes de que García se presentara en la casa. Bamboleadas por el viento, de sur a norte, las campanas de todas las poblaciones navarras anunciaban que la decisión había sido tomada. Miguel estaba en el dormitorio con Laraine cuando se empezó a escuchar el repique. La mujer se llevó la mano al pecho y miró a su esposo.

—¿Os los vais a llevar? —le preguntó.

Miguel asintió.

—¿A los dos?

—Sí. Es nuestra obligación acudir a la llamada del rey.

—Pero todavía no sabéis si ha apelado al Apellido. Y ellos son demasiado jóvenes.

—Lo haya hecho o no, la decisión está tomada. Y os recuerdo que ya han cumplido diecisiete años.

Laraine se mordió los labios. Sabía que era inútil discutir, pero tenía que intentarlo. Sin embargo, su esposo se le adelantó. Su dedo índice de la mano izquierda la señaló por un instante. El rubí de su anillo apenas destacaba en la penumbra del atardecer.

–Me consta que García llevará a Miguel *txikia*. Y a Álvaro le acompañarán Martín y Pedro.

–Parecéis estar muy seguro.

–Lo estoy.

Nada más pronunciar la última palabra, un pequeño alboroto procedente de la calle llamó su atención. Inmediatamente se acercó a la ventana. La puerta principal se abrió y por ella entró García. «Por fin –pensó–. La espera ha concluido».

–Mi hermano acaba de llegar –dijo saliendo de la habitación.

El respirar entrecortado de García resaltaba su estado de agitación. Saltó del caballo y se enfrentó a Iñigo, Guillaumes y Miguel, quienes habían salido a su encuentro. Todos sabían la noticia, pero esperaban las palabras del recién llegado como si ignoraran su contenido.

–Marcharemos con el rey hacia el sur. Así se ha decidido. Don Sancho no apelará al Apellido, pero todos los nobles se han mostrado favorables a acompañarle en esta cruzada.

–¿Cuándo partimos?

–Debemos presentarnos en una semana en Tudela –García fijó la vista en Miguel al decirlo. Este asintió–. Quiero una lista de todos los hombres que...

–Está hecha –se adelantó su tío. El jefe del clan Almoravid sonrió.

–Espero que sea larga.

–Lo es.

Los cuatro entraron en la casa. García pidió a Domingo que les preparara una cena ligera solo para ellos y que fuera servida en el salón pequeño. Allí se encerró con sus hermanos y su tío. Tenía muchos asuntos que compartir con los principales hombres de su familia. Antes de sentarse, García retuvo a Miguel por la manga y le entregó un mensaje expedido por la cancillería real. Los dos hermanos intercambiaron miradas.

–Será mejor que leáis esto cuanto antes.

El de Grez hizo saltar el lacre y desenrolló el pergamino.

–¿Qué ocurre? –preguntó Iñigo, después de dejar pasar unos instantes para

dar tiempo a que su sobrino terminara de leer.

–El rey me convoca sin demora a Tudela. Al parecer, quiere que me adelante a las tropas. Aunque no concreta con qué objeto.

–Partiréis al alba. Esas son las órdenes.

Una mezcla de excitación y prudencia envolvió el estómago de Miguel. Sus pensamientos volaron del rey a su mujer y a sus hijos y de estos a su deber de caballero. Por un momento pudo escuchar el clamor de la batalla, palpó el olor del odio y del valor y sintió el peso del corazón de su esposa. Sin querer, el pulgar de su mano izquierda se posó sobre el aro de oro que envolvía su dedo índice. Asintió en silencio.

–Y ahora, sentémonos. Hay muchas decisiones que deben ser tomadas y muchos asuntos de los que quiero haceros partícipes.

Desde el momento en que los hombres desaparecieron tras las puertas del salón pequeño, las especulaciones y las noticias corrieron de boca en boca entre todos los moradores de la casa y, especialmente entre los sirvientes. Al poco, todos sabían que los hombres partirían a la guerra y que en una semana deberían juntarse con el resto de las fuerzas navarras en Tudela.

Laraine y Catalina cenaron en el salón grande con sus hijos. La tensión formaba una barrera densa en el ambiente. Movimientos, conversaciones, masticación e incluso los pensamientos, parecían haberse ralentizado. El silencio solo era roto por los más pequeños, quienes mostraban su nerviosismo importunándose unos a otros. Laraine observaba la escena, pero tenía la sensación de encontrarse muy lejos de allí. O, simplemente era que deseaba huir de aquel momento. Catalina se había sentado en una esquina de la silla; su espalda rígida y su mirada perdida en algún lugar inconcreto. Los ojos de la siciliana descendieron hasta su vientre. Podía imaginarse qué pensamientos ocuparían la mente de su cuñada en aquel momento.

La cena se le atragantó desde el primer bocado. Y cualquier intento de mantener una conversación, decaía en meras respuestas afirmativas o negativas que dejaban morir los diálogos. Catalina dio pronto por terminada la cena, lo cual fue un alivio para la siciliana. Su cuñada desapareció por la puerta y se encaminó a sus aposentos. Llevaba las manos apoyadas en su regazo y su mirada seguía perdida en el horizonte. Laraine tuvo que lidiar con los más pequeños para que se fueran a la cama. Incluso Clemencia, dócil y obediente, se resistió como todos los demás. Con la ayuda de Domingo consiguió su objetivo, no sin grandes esfuerzos. Dejó que los mayores se quedaran en el salón. Sabía que lo que los hombres estaban decidiendo al otro

lado de la pared, les incumbía también a ellos, pero fue incapaz de enfrentar las miradas de sus hijos, tan mayores en su propia percepción y tan jóvenes en la de ella. En silencio, traspasada por la incertidumbre y el dolor de ver marchar a su esposo y a sus hijos a la guerra, se encaminó hacia su habitación. Se sentó en el suelo, junto a la ventana. La tenue luz de la calle se escurrió por sus hombros bañándola de frío. Estiró su mentón y elevó su cabeza. Era una mujer fuerte y debía demostrarlo, aunque en esos momentos no se sintiera como tal. Estaría a la altura de las circunstancias. No lloraría. Al menos no hasta que la silueta de los Almoravid se hubiera perdido lejos de Pamplona. Se levantó y encendió una vela. Sin desvestirse se acostó en la cama. Clavó sus pupilas en el techo y esperó así a su esposo, deseosa de saber de primera mano todas las noticias.

No era su intención quedarse dormida, pero lo hizo. Se despertó sobresaltada. Cierta claridad envolvía ya la estancia.

—¿Os he despertado?

La mujer se giró en la cama. Miguel estaba sentado en el borde del lecho cubierto por las calzas y con el torso al descubierto.

—¿Tanto se ha alargado esa reunión vuestra?

El infanzón hizo un gesto negativo.

—Dormíais cuando entré en la habitación.

—¿Por qué no me habéis despertado?

—Pensé que necesitabais descansar.

—Necesitaba saber qué va a ocurrir a partir de ahora.

Miguel se puso en pie, se restregó el cuello y se aclaró la garganta.

—El reino ha decidido sumarse a las fuerzas de don Alfonso para combatir al infiel. Y los Almoravid nos sumaremos al rey, que se pondrá al frente de sus tropas junto con su alférez, don Gómez Garceiz de Agoncillo.

—¿Cuándo partiréis? —Laraine trató de que la ansiedad no se manifestase en su tono de voz.

—En cuanto a eso... En una semana debemos reunirnos todos en Tudela.

—Pero...

La mitad de una sonrisa se esbozó en los labios de Miguel. Una medio sonrisa que llenó el aire de tensión. Se volvió hacia la mesita, tomó el pergamino que había recibido del rey y se lo entregó a su esposa.

—Debo partir de inmediato.

—Deberíais haberme despertado.

—No hagáis que esto sea más difícil.

–Pero yo... me gustaría haberlo sabido antes.

–¿Cuánto de antes? ¡Yo acabo de enterarme!

Laraine bajó la cabeza y se mordió los labios. Había decidido ser fuerte y lo sería.

–Reunid a nuestros hijos. Me gustaría despedirme de todos.

La siciliana se levantó. El vestido arrugado que no se había quitado la noche anterior cayó sobre el suelo produciendo un brusco siseo. Miguel la vio salir por la puerta. Su espalda estirada por la que caían sus rizos oscuros como una noche sin estrellas, sus brazos moviéndose sutilmente a los lados y el vestido verde deslizándose sobre el suelo. Cuando se quedó solo, recorrió la habitación con la mirada, respiró hondo y se terminó de preparar. Hizo el menor ruido posible al bajar las escaleras y se fue directamente a los establos. Domingo le aseguró que su caballo estaba listo. El de Grez comprobó que sus alforjas llevaban todo lo que necesitaría. «Equipaje ligero para viajar con rapidez», se dijo. Deslizó su vieja espada en la funda que llevaba agarrada al cinto y comprobó que la maza y la ballesta estaban bien amarradas en los flancos del caballo.

–Las espadas que me pedisteis preparara para vos –le dijo Domingo entregándoselas.

–Gracias –le dijo tomándolas–. Sacad mi caballo al patio.

Tal y como le había pedido a Laraine, todos sus hijos estaban allí, esperándolo. Se dirigió primero hacia Diego y Roland.

–Esto es para vosotros –les dijo, poniendo en sus manos las espadas.

Se trataba de dos armas gemelas: idéntico tamaño, idéntico pomo, idéntica hoja... La única diferencia era que la de Diego tenía un D en su empuñadura y la de Roland una R. Hacía tiempo que Miguel le había encargado forjar a Abu-Abdallah una espada para Diego. Se la quería haber regalado el día que fuera armado caballero, pero los acontecimientos habían decidido en otro sentido. Tras regresar de tierras almohades, Miguel había pedido a su amigo que forjara otra idéntica para Roland. Y ahí estaba el resultado. Los dos hermanos se abrazaron a su padre.

–Nos encontraremos en unos días. Mientras tanto, obedeced a vuestro tío.

–Adiós, *aita* –dijo Isabel. Trataba de comportarse como una dama y evitar que las lágrimas se le escaparan como le había pedido su madre, pero era harto difícil. Miguel la abrazó.

–Que Dios te bendiga, hija.

El infanzón se agachó para despedirse de los más pequeños. Magdalena y

Etienne se abalanzaron sobre él y lo cubrieron de besos, lágrimas y abrazos. A ellos se unió Clemencia, que dormía en el mismo cuarto que ellos y no había querido quedarse sola.

–¿Cuándo volverás? –le preguntó Etienne, para quien el control del tiempo era muy importante.

–En unos meses.

–Eso es mucho tiempo.

Miguel le sonrió.

–Hemos de viajar muy lejos.

Se puso de pie y se quedó frente a frente con su esposa.

–Vamos –oyó que decía la voz de Diego a sus hermanos.

Se quedaron solos, en mitad del patio. Domingo aguardaba con el caballo unos pasos más atrás. El animal estaba inquieto.

El de Grez dio un paso y se acercó a su esposa. La besó en la frente.

–Que Dios os acompañe en vuestros pasos y os dé valor y fuerza –le dijo ella poniendo en su mano un velo verde. Él lo recogió despacio y se lo llevó al rostro. Su tacto era suave y llevaba impreso el aroma de Laraine. Con ansiedad, Laraine buscó sus labios.

–Debo irme. Cuidad de Isabel, Magdalena y de Etienne y de la pequeña Clemencia.

–Y vos cuidad de Roland y de Diego.

–Lo haré. ¡Ah! Y por lo que más queráis, obedeced a Catalina. No se os ocurra erigiros en señora de la casa. No quiero tener otro altercado con mi hermano.

Laraine bajó la mirada. Los brazos de su esposo se separaron lentamente. Para cuando quiso darse cuenta, Miguel ya había montado en su caballo y salía al trote por la puerta del hogar de los Almoravid.

Los primeros cruzados navarros se habían concentrado ya en las inmediaciones de Tudela. Un campamento improvisado crecía en torno al río Queiles. Miguel sintió el viento racheado enredarse entre sus cabellos y lanzarlos sobre su rostro. Ladeó la cabeza para contrarrestar la acción del pequeño vendaval, que restaba calor al día. Se aproximó a la puerta Ferreña. Una melodía conocida, tarareada por uno de los guardias, asaltó su mente. Aquellas notas le retrotrajeron a viejas batallas, mares lejanos y profundos, a sendas estrechas, a noches de guardia y a bosques impenetrables. Sacudió la

cabeza y se presentó ante el oficial, mostrándole su acreditación. Con un gesto de su dedo, el soldado le señaló el fondo del patio.

–El rey está en la sala de armas –le indicó.

Miguel miró al frente. Los miembros del hostel del rey se gritaban órdenes de un lado al otro. El ganado vivo, preparado para alimentar a las mesnadas, aguardaba cercado en un lateral. Los balidos y mugidos se mezclaban con las voces de los hombres. Un zagal pasó corriendo a su lado. Trataba de atrapar a un cerdo. El infanzón se apartó hacia su izquierda. Los intentos de caza entretuvieron al personal durante los siguientes minutos. Otra ráfaga de viento intensificó el olor proveniente de las caballerizas. El de Grez desvió su mirada hacia la derecha. Los encargados de las cuadras se afanaban en el cuidado de los animales que conducirían a los caballeros en la batalla. La puerta de la sala de armas estaba abierta. Al traspasarla, los sonidos del patio se amortiguaron y el rugir del viento desapareció. Miguel distinguió al fondo la alta figura del rey.

–¿Qué creéis vos? –le interpeló don Sancho nada más vislumbrarle.

El rey sopesaba un par de mazas en sus manos delante de uno de sus pajes.

–Sin duda, la de vuestra diestra.

El monarca sonrió satisfecho y Miguel rogó en silencio no estar nunca en la trayectoria de aquella maza si era la mano del rey la que la enarbolaba.

–¡Probadla! –le invitó.

Miguel tomó el arma. Sus bíceps se prepararon para recibir el peso.

–Un arma excepcional –aprobó, iniciando un movimiento en círculo con ella.

Don Sancho asintió y recogió la maza que Miguel le devolvía.

–Asegúrate de que la colocan con las armas que llevaremos –le ordenó a su doncel.

Miguel aguardó en silencio el siguiente movimiento del rey.

–¡Fernando! –llamó. Un bulto se movió entre las espadas y dos ojos claros destacaron sobre el oscuro mortal de los aceros–. ¿Recordáis a don Miguel?

El de Grez vio cómo un niño pequeño asomaba indeciso su cabeza y miraba hacia arriba. Se quedó pegado a la pierna de su padre y el rey revolvió sus cabellos en una muestra de cariño. La piel clara del pequeño contrastaba con el tono de la mano de su padre, curtida por el sol y decenas de batallas.

–Decidle buenos días.

–Buenos días –repitió como un eco–. Jugar, espada.

Miguel no pudo evitar sonreír.

–Nada me sería más grato que jugar con vos, pero sospecho que vuestro padre me tiene reservados otros menesteres.

–Es cierto –terció el rey–. Esperad aquí, yo vendré enseguida a jugar con vos.

Don Sancho se agachó y besó a su hijo en la frente. Con un movimiento de su cabeza, le indicó la puerta a Miguel. Atravesaron en silencio el patio. La puerta del palacio estaba abierta y el trasiego de personas y mercancías era continuo. El rey le condujo hasta la cancellería, donde tomó un documento aún sin sellar. Lo releyó por última vez y parpadeó como única muestra de asentimiento. Él mismo se encargó de plegarlo y sellarlo. Solo cuando el lacre estuvo completamente seco hizo ademán de entregárselo a Miguel.

–Quiero que cabalgéis hasta Toledo lo más deprisa que sepáis. Habéis de entregar esto al rey Alfonso. Si ha partido ya de Toledo, deberéis seguirlo hasta dar con él. Es una petición de paso por sus tierras. Esperaréis su consentimiento y regresaréis al reino. Nosotros nos pondremos en marcha en breve, calculo que en una semana. Avanzaremos hasta donde podamos. Para cuando regreséis quizá nos hayamos adentrado ya en tierras aragonesas. De cualquier forma, no creo que os resulte difícil encontrarnos.

Miguel tomó el documento que don Sancho había preparado y se lo guardó en el interior de su loriga con sumo cuidado, mientras aseguraba al rey que partiría de inmediato. Tras una breve despedida y un paso raudo por las cocinas para asegurarse el mayor sustento posible, partió a galope de Tudela.

No era la primera vez que Miguel le echaba un pulso al tiempo. Años atrás había cabalgado sin descanso más allá de los Pirineos, hasta las inmediaciones de Loches, por orden del viejo rey. En aquella ocasión había luchado no solo contra el paso de las horas, sino contra el destino. Don Sancho, el sexto de su nombre, sintiéndose cansado y enfermo, había depositado en él la ardua tarea de salir al encuentro de su heredero y de llevarle tan ingratas noticias. El entonces infante Sancho guerreaba junto a su cuñado Ricardo Corazón de León para recuperar las plazas que el rey francés le había arrebatado al inglés durante su cautiverio. Ahora volvía a tener que lidiar con el avance inexorable del tiempo. Afortunadamente, los días eran largos, por lo que podía aprovechar al máximo el número de horas de luz y cubrir más leguas por jornada. Miró al horizonte en el momento en que el sol anunciaba su salida. La hierba que cubría la zona en la que había pasado la

noche estaba tapizada de una fina capa de escarcha que crujió bajo sus pies descalzos. Recogió sus cosas y se preparó para una jornada más de cabalgada. Palmeó el cuello de su caballo y montó con agilidad. Lo espoleó suavemente y le hizo adoptar un suave trotecillo. La humedad de la mañana se sentía en el aire. Antes de salir de nuevo al camino, dio buena cuenta de un trozo de carne que había sobrado de la cena y bebió en abundancia. Una vez en la senda, colocó su cuerpo hacia delante y ordenó a su montura que iniciara un galope no demasiado fuerte. Sintió el aire fresco en el rostro.

A mediodía se detuvo en la orilla de un riachuelo. Remojó su cuello y su rostro con agua fresca. Las gotas escurrieron por su barbilla y mojaron la pechera de su túnica. Escrutó los alrededores. El silencio era total, excepto por el gorjeo de los gorriones y golondrinas y el zumbido de los insectos. Se detuvo lo estrictamente necesario para desentumecer los músculos, comer y beber un poco y atender las necesidades de su caballo. «Tranquilo –le susurró–. Pronto llegaremos a Arauz y podrás descansar. Allí cambiaré de montura». Como si se sintiera aludido, el animal sacudió la cabeza en lo que parecía ser un gesto de indignación. Miguel tomó las riendas y montó de nuevo. Ya no se detuvo hasta Arauz.

Avanzaba la tarde cuando entró en el pueblo. No perdió el tiempo en nimiedades, pero necesitaba tener noticias frescas sobre el ejército de rey castellano. Buscó la casa de postas y descabalgó. No le hizo falta insistir mucho para que el encargado le relatara las últimas noticias llegadas desde Toledo. Al parecer, las primeras unidades ya habían partido al mando del alférez real, don Diego López de Haro. Sin embargo, el rey todavía estaba en la ciudad. El hombre no tomó a mal las prisas del navarro. Estaba acostumbrado a viajeros fugaces. Acompañó a Miguel mientras examinaba a los caballos y le sirvió algo de comida a la vez que la información. El de Grez tragó el último de los bocados, pagó y se fue tal y como había llegado.

Arribó a Toledo justo cuando la última luz de la jornada se fundía en la negrura de la noche. Los fuegos de los campamentos se habían encendido y sembraban de puntos luminosos un extenso territorio a las orillas del río Tajo. Se acercó pausadamente, enseñando sus manos en una clara muestra de sus intenciones. Preguntó por la persona al cargo y se movió entre los acampados que lo miraban con curiosidad y extrañeza, a la vez que trataban de dilucidar su origen. El movimiento de la tela de una tienda llamó su atención. Y el sonido de una voz alegre, que él sabía solo fruto de su recuerdo, turbaron por un instante su alma. Hacía muchos años, había paseado por aquellos mismos

parajes junto a Laraine. Miró al frente, hacia la ciudad. Allí su esposa le había hecho entrega de su velo como prenda de... amor. Se la imaginó de nuevo en el patio de la casa de su tío, con su mirada entre serena y triste por la despedida que ese día se produjo entre los dos y que él en su momento no supo interpretar. Su mente se llenó de imágenes de ella y sus oídos ardían con sus palabras. Le dolió recordar que la había dejado en Pamplona y que se habían despedido de prisa, mientras cierto resentimiento flotaba entre ellos. Ni siquiera había habido tiempo para amarse y besarse.

—¿Os puedo ayudar en algo?

La pregunta del capitán de guardia barrió los recuerdos de su mente.

—Me envía don Sancho, rey de Navarra —explicó Miguel—. Debo hacer entrega a vuestro rey de un mensaje.

—Presentaos al oficial de guardia. Es aquel —le señaló—, el más bajo del grupo. Él os conducirá ante su majestad.

Don Alfonso no le hizo esperar demasiado. Los últimos meses habían sido ajetreados para él y parecía que aquella jornada aún estaba lejos de concluir. Bajo sus ojos se notaban las marcas de la falta de sueño y de la fatiga. El fallecimiento de su heredero, Fernando, el otoño anterior, sin cumplir los veintidós años, había añadido un deje melancólico a su mirada. Pero de cualquier modo, su porte seguía siendo majestuoso. Su pelo cano y liso rozaba sus hombros. Lucía un flequillo corto hasta mitad de la frente y su bigote y su barba mostraban un aspecto impecable. Llevaba puesto su atuendo de campaña, que alguien se había encargado de cepillar recientemente. Miguel dejó que se acercara y lo saludó con solemnidad.

—Me han comunicado que venís de Navarra.

—Os traigo un mensaje del rey, vuestra majestad —se explicó el infanzón tendiéndole la carta plegada.

Don Alfonso pidió luz. Inmediatamente, un sirviente apareció con una lámpara que acercó a su señor.

—¡Vaya! Parece que mi primo no ha querido sustraerse de sus deberes de cristiano —comentó tras releer las breves líneas que componían el mensaje de don Sancho.

Miguel apreció el tono sarcástico que escondían sus palabras. Tuvo que esforzarse por atar su lengua y poner la mejor de sus sonrisas. El rey llamó a su canciller.

—Don Sancho tendrá lo que pide. Confío en su buena voluntad.

—Sabéis bien que mi rey cumple su palabra.

El castellano clavó su mirada en el infanzón tratando de averiguar hasta qué punto sus palabras trataban de ofenderle. El grueso del ejército cruzado había iniciado ya su andadura y, en breve, él mismo se colocaría a la vanguardia de las tropas restantes. Castilla se quedaba descabezada y desprotegida. El rey navarro tenía vía libre para tomar venganza de lo sucedido años atrás en Vitoria.

–Espero que esta vez no llegue tarde –apostilló–. Ya lo hizo en Alarcos.

–Aquello... –las palabras de Miguel se vieron interrumpidas por la llegada del canciller.

–Quiero que redactéis una carta dirigida al rey Sancho de Navarra, el séptimo de su nombre, mi primo. Decidle que tiene mi permiso para atravesar con sus tropas mis territorios con el fin de unirse a nos y al ejército cruzado.

El canciller se puso de inmediato a su tarea.

–¿Cuál es vuestro nombre? –preguntó don Alfonso en tono más conciliador.

–Soy el infanzón don Miguel de Grez.

–¿Podéis decirme qué fuerzas ha reunido mi primo?

–La llamada ha sido reciente, señor. Todavía no sabemos el número exacto de caballeros que se nos unirán. Cuando partí de Tudela eran unos cien caballeros.

El rey asintió con un leve gesto y su vista pareció perderse por unos instantes mientras calculaba el valor que esas fuerzas tendrían dentro del ejército.

–Tomad algo y descansad. Mi canciller se encargará de haceros llegar el manuscrito a vuestros aposentos. Podéis retiraros –dijo dando por concluida la audiencia.

No tuvo más que insinuárselo para que Roland no solo se apuntara a ayudarlo, sino que le animara a llevarlo a efecto cuanto antes. A pesar de todo, Diego mantenía sus dudas. La ausencia de su padre frenaba el sentimiento de culpa por desobedecerle, pero si don Alvar le pillaba... Tendría que vérselas solo con él. Estaba sentado en el salón pequeño donde se reunía la familia, abstraído del ajetreo que se vivía fuera. Los dedos de su mano izquierda apretaban el labio inferior y sus ojos miraban al vacío. Casi se sobresaltó cuando la puerta se abrió de par en par. Su hermano entró sonriente y le lanzó unos ropajes.

–Así iremos iguales. ¡Vamos, aprémiate!

Diego agarró fuerte las telas para disimular el temblor de su mano.

–¿Quieres verla o no? –le preguntó Roland.

–¿Fue Enneco Arista nuestro primer caudillo? ¡Pues claro que quiero verla!

–Entonces, ¡cámbiate! –le dijo divertido.

El mayor cambió su atuendo y se puso delante de su hermano.

–Bien –dijo dando su aprobación–. Ahora, la primera prueba: el espejo.

–Es demasiado pequeño –protestó Diego.

–¿Vas a poner objeciones a todo?

Bajó la cabeza y dejó que su hermano iniciara el examen.

–El pelo –fue diciendo Roland–. Echémoslo hacia atrás. El cinturón, más arriba. Así. Mis zapatos están sucios –advirtió mientras se los frotaba con las calzas para eliminar el polvo–. ¿Tú qué crees? ¿Somos o no somos dos gotas de agua?

Diego inhaló todo el aire que sus pulmones fueron capaces de albergar y contuvo la respiración. Se encogió de hombros.

–Pasemos a la segunda prueba: nuestra madre.

Encontraron a Laraine cerca del carro donde se iban a trasladar los enseres, repasando que se cargaba lo necesario. Calculaba lo que necesitarían los hombres de su familia para una campaña en la que tendrían que atravesar toda la península y no era fácil. No había que excederse en el peso, ya que retrasaría la marcha, pero tampoco podía quedarse corta. Además, Miguel había partido casi con lo puesto y no regresaría a Pamplona.

–*Ama*, vamos a salir.

–¿Os ha dado permiso vuestro tío? –preguntó sin volverse.

Los dos hermanos se miraron y contestaron a la vez con una larga afirmación. Su madre se volvió entornando los ojos.

–¿Desde cuándo vestís tan igual?

–Casualidad –dijeron a la vez.

La ceja izquierda de la siciliana se elevó ligeramente en un gesto de incredulidad.

–¿No estaréis tramando algo?

–Por supuesto que no.

–Está bien –concedió–. Por cierto, Diego. ¿Has usado la coraza de cuero de tu padre?

–Está en mi habitación.

—A ti no te he preguntado, Roland.

—¿Cómo has sabido...?

Laraine sonrió de manera enigmática, pero no contestó a la pregunta. Aunque el aspecto de sus hijos era casi idéntico, su mirada era diferente. La de Diego cobijaba un aro de timidez, la de Roland era más directa, más retadora. Se parecía a la de su padre.

—No os metáis en líos —les advirtió—. Y a vuestro regreso traedme esa coraza.

Antes de salir a la calle hicieron una prueba más entre sus hermanos. Los dos asintieron complacidos al descubrir lo difícil que les fue reconocerlos.

Diego dejó que su hermano se adelantara, según el plan que habían trazado. Esperó unos instantes, apoyado en el muro exterior de la casa de los Almoravid. Los latidos de su corazón se aceleraron por momentos y su semblante adoptó un rictus rígido, propio de la tensión que sentía. Le costó dar el primer paso. Caminó cabizbajo y con los hombros encogidos hasta llegar al punto en el que esperaba los acontecimientos. Si Roland hacía bien su trabajo, en poco tiempo comenzaría el alboroto y debería verlo salir a la carrera seguido de Alvar. Entonces sería su turno. Pasó el tiempo sin que sucediera nada. Agachó la cabeza hasta casi hacerse daño en el cuello. Su pie inició un movimiento nervioso. Sus dientes mordían la carne de su boca. Todo estaba demasiado tranquilo. Sus oídos eran capaces de discernir hasta el más mínimo sonido, de tan concentrado como estaba en los acontecimientos. Cambió el peso de sus piernas y se recostó sobre la pared. Primero escuchó el sonido de las pisadas, lo que le hizo erguirse. Dos siluetas se alzaron al final de la calle. Andaban juntas, pegadas una a la otra. Su rostro se tornó lívido. Lo último que esperaba ver era a Dulce de la mano de su hermano. Un mordisco de celos le envenenó las entrañas. La joven se detuvo de repente, examinando con detenimiento al joven que ahora aparecía ante ella. Una expresión de incredulidad antecedió a otra de asombro. Mientras, Diego luchaba por controlarse para no golpear a su hermano en ese rostro divertido que exhibía, tanto por haber creado turbación en Dulce, como por haber despertado los celos en él.

—No tenéis demasiado tiempo —dijo Roland complacido, rompiendo la cadena de enfado de Diego—. Vigilaré mientras os despedís —sus cejas se enarcaron en un gesto de picardía.

Dulce no sabía cómo excusarse. Obviamente había sido víctima de un engaño por parte de Roland. Balbució una disculpa mientras comentaba lo

iguales que eran ambos.

–No importa. Luego ajustaré cuentas con mi hermano –le aseguró–. Supongo que ya sabéis de nuestra inminente marcha.

La joven asintió. Su propio padre partiría a la par que ellos. El joven se acercó a ella y la atrajo hacia sí de manera que la cabeza de Dulce quedó reposada junto a su pecho. Diego cerró los ojos e inhaló aire con fuerza. Quería llevarse aquel recuerdo grabado en el interior de su mente. Acercó su mano hacia su cabello y dejó que sus dedos se enredaran en la suavidad de su espesura. Ninguno de los dos decía nada, ninguno de los dos se movía más que lo necesario para acoplar su cuerpo al del otro. Un carraspeo rompió el hechizo. Era el apremio de su hermano para regresar. Diego se separó lo justo para enfrentar la mirada de ella. Sin pensárselo demasiado se acercó a sus labios y la besó con todo el deseo de un joven de diecisiete años y la desesperación de alguien que parte a la batalla. Roland tosió impaciente.

–¿Estaréis bien? –le preguntó Diego antes de separarse de ella.

–Mi padre me deja al cuidado de don Ximeno Martínez

–No me fío de él. Es de la misma calaña que vuestro padre.

Dulce se encogió de hombros.

–Estaré bien –le aseguró.

–Si necesitáis cualquier cosa, acudid a mi madre. Ya sabéis lo que os dije.

Una sonrisa triste en el rostro de Dulce, un último roce en los labios, un postrero apretón en la mano, en la que ella depositó un mechón de su cabello. Se lo había cortado recientemente y lo había trenzado especialmente para él. Unas palabras en el último instante, susurradas al oído: «Sabía que no te irías sin despedirte de mí». La joven caminó hacia Roland. Diego no perdió detalle de su vestido azul arrastrándose ligeramente por el suelo, de su delicado caminar. La joven se colocó delante de Roland y se giró una vez. Diego le lanzó un beso y vio cómo esta vez su hermano dejaba que Dulce avanzara unos pasos por delante de él. Su corazón dolía mientras apretaba fuertemente el mechón de pelo de su amada. Sin esperar a su gemelo, dio media vuelta y corrió hacia el hogar Almoravid.

Al amanecer, a pesar de sentir la fragancia de Dulce revoloteando aún entre sus sentidos, Diego continuaba resentido con su hermano. Conociendo a Roland, suponía que no había habido premeditación a la hora de haberse hecho pasar por él. Simplemente, en aquel instante le habría parecido gracioso

hacerlo. Pero eso no restaba ni un ápice de resquemor hacia él, lo que hizo que se regañaran mutuamente.

Laraine frunció el ceño al verlos discutir. Cuando les preguntó qué les ocurría, ambos contestaron con evasivas. Podía haber pensado que se trataba de los nervios previos a la partida, pero su intuición le decía que había algo más. Trató de mediar entre ellos. Miguel ya había partido medio escamado con ella y no quería que ocurriera lo mismo con sus hijos. Sin embargo, los últimos preparativos distrajeran sus intenciones.

El sol rojizo del alba auguraba un buen día para cabalgar. La siciliana no pudo evitar que un nudo se formara en su estómago cuando vio a García salir al patio. De manera casi inverosímil, su espesa cabellera negra sobrevivía al paso del tiempo sin que apenas ninguna cana apareciera en ella. Laraine observó cómo se dirigía hacia ella con pasos decididos.

–Mi esposa se queda al mando –le recalcó. Bien sabía ella a qué se refería.

Asintió una vez, tragándose su orgullo al hacerlo. La actitud de García la irritaba. Su enojo inicial se desvaneció al notar la presencia de sus hijos. Había llegado la hora de despedirse. Diego se acercó el primero y besó a su madre. La timidez se reflejó en sus pupilas y en el gesto de su cabeza, que caía hacia abajo. Laraine le sonrió y dejó que el contacto de sus labios en su frente se prolongara lo más que pudo. Algo turbada, le dio la bendición con un gesto lento y premeditado.

–Déjate guiar por tu padre. Y si entabláis batalla..., simplemente haz lo que te indique. Y cuida de tu hermano. Conociéndolo, querrá estar en primera fila.

–*Amatxo*, sabéis bien que sé comportarme como se espera de mí.

La siciliana apretó su mano y luego dejó que se fuera. Había cierto rasgo de audacia escondido en su timidez, que se reflejó en la forma en que montó en su caballo.

–Roland, sé prudente –le dijo con cariño

–¿Acaso no lo soy siempre? –le respondió, acompañando sus palabras con una sonrisa traviesa.

–Bien sabes que no.

Besó su frente y le dio su bendición.

–Vela por tu hermano.

El joven se puso serio.

–Lo haré si vos lo pedís, pero creo que no lo necesitará. Sabe cuidarse

bien.

La dama apretó sus manos sobre su abdomen. Una rara mezcla de sentimientos convirtió su estómago en un bulto duro y doloroso. El último en montar fue Iñigo tras colmar de besos a la pequeña Clemencia que se mostraba cada día más feliz e integrada, pero que no comprendía todavía la trascendencia de aquella despedida. Los Almoravid partieron como correspondía a los orgullosos guerreros navarros que eran; enhiestos en sus monturas, dejando atrás corazones compungidos y temores soslayados para que no doliera tanto la separación. William formó detrás de todos ellos, cerrando filas.

Cabalgaron a buen ritmo. Durante el camino se fueron añadiendo más hombres a su pequeño grupo, formando al finalizar el día una pequeña hueste. No se tomaron muchas molestias en organizar un gran campamento. Tan solo pasarían allí unas horas. Diego recogió su ración y se sentó aparte. Quería estar solo. Le gustaba estar solo. Sin embargo, Roland se unió a él.

–Veo que aún sigues enfadado –convino Roland con la boca llena de rancho. Tragó antes de continuar–. No tienes motivos. Dulce no se creyó en ningún momento que yo fuera el gran Diego.

El aludido miró con recelo a su hermano.

–La cogí de la mano...

–Por fastidiarme –concluyó Diego por él.

–¡Por supuesto que no! Solo quería protegerla. Te lo juro.

Diego terminó de masticar el bocado que tenía en la boca y se metió otro.

–Aunque fue divertido ver tu cara al vernos.

–Te voy a... –escupió la comida que tenía en la boca y salió en pos de su hermano, persiguiéndolo entre los hombres acampados. Roland se volvió de repente y sacó su espada. La sonrisa amplia de su rostro indicaba que se estaba divirtiendo y que se tomaba la afrenta como una broma. Siguiéndole el juego, Diego también desenvainó su espada.

–¡Vamos, vamos! –les interrumpió su tío Iñigo–. Guardad vuestras fuerzas para los almohades. Ya habrá tiempo de que mostréis vuestra valía. Terminad vuestro cena y dormid un poco. No será descanso precisamente lo que encontraremos en las siguientes jornadas.

Obedientes, los dos hermanos terminaron sus comidas y se echaron a dormir. Roland se tumbó boca arriba, con los brazos doblados tras su nuca.

–¿Cómo crees que será? –le preguntó Diego girándose hacia él.

Roland volvió la cabeza hacia su hermano y se puso muy serio.

–¿De verdad no lo sabes? Pensaba que Dulce y tú...

–¿Qué estás diciendo? –preguntó rojo de rubor.

–Últimamente me he preguntado a menudo cómo sería eso de tener un harén. ¿Te lo imaginas? El Miramamolín ese contra el que vamos a luchar puede elegir cada noche entre las más hermosas de las mujeres. Mujeres que luchan día a día por ocupar el lugar más cercano a su corazón, por ser llamadas a su cama, por lograr ser su preferida, por engendrar al heredero... William me contaba a menudo historias.

–¡Roland! Me estás empezando a asustar. No es de buen cristiano...

–Lo sé. Pero imagínatelo aunque sea solo por un instante.

–Apostaría mi cuello a que no te gustaría tener un harén.

–Supongo que no –terció divertido–. Algún día iré a por ella, Diego. Rescataré a Nabila. Lo intentaré tras esta guerra, si es posible. Y si no, navegaré con uno de los barcos del tío Alejandro. No sé cuándo, pero volveré a verla.

Diego se quedó en silencio. Luego miró al cielo.

–Sabes que mi pregunta no se refería a eso, ¿verdad? –dijo por fin en un susurro.

El sonido de una larga inspiración precedió a las palabras de Roland.

–¿Recuerdas tu primer *mata txerri*⁴¹? –la mirada de ambos se perdió en los recuerdos–. El cerdo se escapó. Es imposible no recordar aquellos sonidos agudos que emitía, como si supiera que su final estaba próximo. Recuerdo que nos pusimos tan cerca, una vez lo atraparon, que la sangre salpicó tu cara. Creo que los vecinos aún se acuerdan de tu alarido. Los gritos cesaron y el aire se llenó de un olor diferente, desagradable, repulsivo, incluso. Todavía puedo ver el brazo desnudo de Toda removiendo la sangre en aquel balde y tu cara de desmayo. Si el ambiente, el olor y la sangre te impresionaron entonces... hazte a la idea de que no va a ser agradable.

Diego cerró los ojos. Casi podía ver la sangre roja llegar hasta su cara. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar aquellas imágenes que le llegaban desde su infancia y, por fin, se quedó dormido.

Se pusieron en marcha temprano. A pesar de la proximidad de Tudela, cabalgaron deprisa. Y pronto, todos aquellos soldados estuvieron a disposición del rey.

Unas horas después, aquel mismo día, doscientos caballeros con sus

escuderos y tropas auxiliares se pusieron en marcha. Encabezaba la columna el rey, junto con su alférez, don Gómez Garceiz de Agoncillo, señor de Los Arcos. Muy cerca de ellos se encontraban Martín Guerra, prior de Roncesvalles, don Guillermo Santonge, prior de Santa María de Tudela y don Juan de Ullate, prior de la orden de San Juan de Jerusalén. Ellos marchaban como representantes de la Iglesia, a falta de un obispo que ocupara la sede episcopal de Pamplona. El rey acababa de recibir una carta en la que se designaba a don Esparago de la Barca, primo de la reina María de Aragón, como obispo electo. Pero aún tardaría algún tiempo en tomar posesión de su cargo. Don Sancho había pedido referencias sobre él. Y todas ellas lo calificaban como un hombre íntegro, humilde y paciente. El tiempo diría si la persona hacía honor a aquellas cualidades.

El viento ondeó el estandarte en cuyo fondo blanco destacaba la cruz verde de la orden de Roncesvalles, bellamente bordada. Aquella cruz era a la vez símbolo del báculo abacial, del bordón de peregrinos y de la espada. Diego apreció cómo aquella cruz, cuya singularidad se encontraba en la curvatura hacia la izquierda de su travesaño vertical en su parte superior y que terminaba rematado en llamas, marcaba el paso de los guerreros navarros. El joven se preguntó si aquel verde intenso de la cruz con la que se guiaban sería suficiente para proteger a los seiscientos navarros que avanzaban casi a marchas forzadas contra el poder de la también verde esmeralda, con la que decían, el Miramamolín adornaba su turbante.

⁴¹ Mata txerri: Se refiere a la matanza del cerdo.

LA HUIDA DE LOS ULTRAMONTANOS

3 de julio de 1212

Cumque Rex aragonum apud Calatravam moram faceret exspectando quosdam milites suos, el regen Navarrae, qui nondum ad nos pervenerat.

Como el rey de Aragón se detuviera en Calatrava esperando a unos caballeros suyos y al rey de Navarra que todavía no se nos había unido.

Carta del rey Alfonso VIII al Papa Inocencio II.

LOS PRIMEROS INDICIOS de que por allí habían pasado los cruzados aparecieron en forma de humareda en las cercanías de Malagón. Unas finas columnas de humo se recortaron en el cielo del ocaso, lo que obligó al rey a detener su marcha. La señal extendió inquietud y expectación entre las tropas. Los hombres estiraron sus cuellos e hicieron cábalas y apuestas sobre lo que encontrarían a partir de aquel punto.

Don Sancho envió a un explorador que no tardó en regresar con noticias. Los ultramontanos, que formaban la avanzadilla de las fuerzas reunidas por el rey castellano, habían tomado la plaza hacía una semana y habían degollado a sus defensores. Tras aquello, el ejército cruzado al completo había tomado el camino de Calatrava. Las últimas noticias apuntaban a que el caíd Abou el-Hadjej ben Kâdys, al que acompañaba el caudillo Abenchalí, estaba a punto de rendir la plaza de Calatrava, pero ese extremo no había podido ser confirmado.

Don Sancho miró hacia el sur. La vieja fortaleza de Calatrava no estaba lejos. Pero antes de presentarse allí, sería prudente saber en qué estado se encontraba el asedio. Envió a un explorador de avanzadilla con la misión de averiguar qué estaba ocurriendo y de informar a los reyes cristianos de su posición. De inmediato, dio orden de organizar el campamento al lado del río Becea. Aunque aún quedaban algunas horas de sol, aprovecharían para descansar y dar tiempo a las unidades más rezagadas para que se reunieran con ellos.

La sierra de Malagón se recortaba al fondo, serena. García reunió a los Almoravid en torno a un buen fuego. No hacía frío –sino todo lo contrario–, ni había oscurecido todavía, pero la hoguera era el mejor lugar para hacer piña y mantener el contacto con los suyos. Además, pronto se empezaría a preparar la cena. Sabía que los más jóvenes devorarían cuanto estuviera a su alcance después de una larga jornada de dura marcha.

Aún había hombres desensillando los caballos y ordenando viandas y ropajes, cuando un zumbido se dejó oír sobre el campamento navarro. Al principio apenas fue un suave rumor agazapado entre las conversaciones. Poco después, solo los oídos más finos pudieron apreciarlo. William miró hacia el sur. Sus ojos claros se llenaron con el último rayo de sol, haciendo que sus pupilas brillaran con intensidad. Su mandíbula se apretó en un rauda gesto de tensión. Rápidamente apoyó su mano sobre el hombro de Roland y le hizo saber por gestos que alguien se aproximaba. Roland corrió al lado de su padre.

–*Aita*, William dice que se acercan jinetes por el sur. Varias decenas –puntualizó.

Miguel y García, que estaba a su lado, siguieron la mirada del sajón. No se apreciaba gran cosa. El horizonte parecía tranquilo. Tan solo, quizá, una mancha oscura que bien podía ser una nube baja o una concentración de polvo. Por si acaso, merecía la pena averiguarlo. Como si se hubieran leído el pensamiento, ambos desenvainaron a la vez.

–Prevenidos –dijo la voz de García para los suyos–. Toma el mando –le dijo a su tío Iñigo, mientras él se hacía acompañar por Miguel.

Varios sirvientes se afanaban en la preparación de la modesta tienda de campaña que ocuparía don Sancho durante las próximas horas. Los dos hermanos pasaron por delante del rey y de su alférez, quienes charlaban sentados frente a frente en una mesa baja. Su repentina aparición llamó la atención de los dos. Miguel y García se quedaron quietos, espada en mano, mirando al horizonte, expectantes.

Los dos Almoravid se miraron. No se veía nada, era cierto, pero el aviso de William era más que una alucinación de un hombre desprovisto de uno de sus sentidos. Había cierta vibración en el aire que se sentía en la epidermis.

–¿Qué ocurre? –preguntó muy serio don Gómez.

–Viene de allí –señaló Miguel, seguro de haber apreciado un rumor semejante a un trueno que se acercaba.

Los cuatro hombres se quedaron quietos, silenciosos. Muy despacio, el rey

sacó su espada. Su gesto fue imitado por el alférez.

–¿Qué creéis que es? –preguntó García.

El señor de Los Arcos no esperó a averiguarlo. Convocó a dos de sus hombres y dio orden de que todo el campamento permaneciera en estado de alerta.

La incertidumbre sobrevoló el acantonamiento. Por la cabeza del rey, igual que por la de sus caballeros, pasaron decenas de elucubraciones en cuestión de instantes. Ya nadie podía ignorar que un número indeterminado de jinetes se acercaba hacia su posición. Quedaba poco tiempo para aprehender si se trataba de amigos o enemigos, si venían en son de paz o de guerra, si el pequeño ejército navarro estaba preparado para repeler un eventual ataque...

–¡Miguel! –gritó el rey–. Haced los honores.

Sin hacerse esperar, mientras la nube de polvo empezaba a cubrir gran parte de la línea donde se juntaban cielo y tierra, el infanzón envainó su espada. Tomó una tea y se encaminó despacio hacia... quien quiera que se acercara por el sur.

El campamento se había sumido en un silencio casi palpable. Los hombres centraron su vista en la espalda de Miguel que caminaba a pasos iguales, marcando el ritmo con su mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba la luz que lo identificaba para los suyos. Su cuerpo fue menguando en la distancia, a la par que caballos y jinetes se hacían más visibles sobre la línea del horizonte. Un sigiloso William se alejó por la izquierda y tomó una posición adelantada. Preparó su ballesta, solo por si acaso. El corazón de Diego se aceleró. Se había abierto camino entre los hombres hasta llegar casi a la altura de su tío García. Desde allí vio perfectamente el movimiento del brazo izquierdo de su padre, agitando en el aire la pequeña antorcha para llamar la atención de quienes llegaban. Se preguntó si esa era una buena o una mala señal. Si gesticulaba tanto, tal vez hubiera identificado a aquel pequeño ejército como aliado. Con la luz del día a punto de extinguirse, solo se veían las sombras. Y para Diego era frustrante estar mirando la silueta diluida de su padre, sabiendo que en cualquier momento un malentendido podía terminar con su vida.

Roland se acercó a William por detrás y preparó también su ballesta. Quizá dos flechas dieran a su padre más oportunidades de salvarse que una, si el asunto se tornaba imprevisible. El sajón no se movió, pero el joven sabía perfectamente que su amigo había notado su presencia. Seguía con atención los movimientos del infanzón. Miguel se acababa de detener. Su brazo había

dejado de agitarse y esperaba quieto. La caballería se acercó a él hasta quedar a unos diez pasos, según calculó William. Las respiraciones quedaron contenidas. Alguien descendió de un caballo. Los rasgos de los pendones quedaban ocultos en el anochecer. Pero Miguel debía de verlos meridianamente bien a esa distancia. Si los hubiera identificado como enemigos habría hecho algún signo, pensó esperanzado William.

Diego parpadeó rápidamente dos veces y luego dejó que su vista se fijara en la silueta de su progenitor. A su alrededor nadie se movía. Miguel elevó ligeramente el brazo que portaba la antorcha. Seguramente, en un claro gesto que dejaba al descubierto su pecho, en el que aparecía la cruz de Roncesvalles que el rey había hecho llevar a todos los cruzados, junto con el águila negra, insignia del monarca navarro.

Miguel y el recién llegado quedaron frente a frente. El tiempo se alargó alargaron como una cuerda que se tensa. Pasaron unos instantes antes de que Diego viera cómo su padre se giraba e iniciaba la marcha hacia el campamento navarro junto con el recién llegado.

El joven pudo, por fin, soltar todo el aire que había contenido en sus pulmones un poco más tranquilo. Sin quererlo, su mano derecha se había puesto a temblar. Se la miró como si se diera cuenta en ese momento de toda la tensión que había acumulado. El rey y su alférez se adelantaron al encuentro de Miguel.

—Se trata de los ultramontanos que salieron con don Diego López de Haro, vuestra majestad —descubrió por fin el de Grez—. Dicen que abandonan la cruzada.

El anochecer ocultó el gesto interrogativo que cruzó por la frente del rey. Los ojos de don Gómez se abrieron de par en par.

—Este es Philippe de Clairval —presentó el infanzón—. Él os explicará sus razones.

—¿Aceptaríais nuestra hospitalidad? —le ofreció el rey.

Al acercarse a la hoguera, los rudos rasgos del semblante de Philippe aparecieron de golpe. Su ceño fruncido y la mano izquierda apoyada sobre el pomo de su espada daban aplomo a sus movimientos. Se sentó entre el rey y su alférez mientras el resto del campamento regresaba a la rutina de prepararlo todo; si bien lo hacían con un ojo en lo que estaban haciendo y otro en la mesa donde se acababa de sentar don Sancho. A indicación del rey, Miguel se situó de pie, unos pasos por detrás del recién llegado.

El monarca esperó a que les sirvieran las primeras viandas y llenaran sus

copas de vino antes de entrar en el meollo de la cuestión.

–¿Es cierto, entonces, que abandonáis la cruzada?

A pesar de su aparente calma, Philippe no pudo ocultar el enojo que sentía.

–Don Alfonso ha tomado una actitud indignante en esta cruzada, fuera de toda lógica –trató de explicarse de manera serena–. Se irritó contra nosotros cuando se enteró de que habíamos pasado a cuchillo a las gentes de Malagón. ¡Estábamos en nuestro derecho! Esas son las leyes de la cruzada –aseveró–. Pero él ha decidido actuar de otra manera. No voy a discutir esa orden suya de no llevar bordados de oro. Cierto que son costosos y que los enemigos atacan con más inquina para robar el botín de los muertos. Pero ha dejado huir a los habitantes de Calatrava si prometían llevarse solo lo puesto. ¡En una cruzada no se dejan enemigos a las espaldas, no se pacta con ellos. Solo se les persigue y se les extermina!

–¡Así que habéis tomado Calatrava! –le interrumpió don Gómez.

–¡Esos infieles no aguantaron ni una semana! –lo dijo complacido. Fue la primera vez que exhibió una sonrisa durante toda aquella conversación

–¿Y el obispo de Narbona? –se interesó el rey, pues sabía que él había partido con los ultramontanos.

–Se ha quedado junto con Teobaldo de Blasón y su gente de Poitou. ¡Que el diablo se los lleve a todos! Esta no es forma de hacer una cruzada. Por eso, nosotros nos volvemos y vos y vuestra gente haríais bien en conducirlos de la misma manera. No sacaréis nada de don Alfonso.

Los navarros aprovecharon el resto de la cena para sonsacar a Philippe sobre la organización de las tropas. Se interesaron por cuántos caballeros se habían unido a Alfonso VIII y cuáles eran sus procedencias. Con las estrellas ya brillando firmemente en lo alto, el ultramontano se retiró hacia Malagón, donde sus huestes pensaban pasar la noche. Antes de marcharse les recomendó que tuvieran cuidado en los alrededores de Calatrava, puesto que los infieles habían sembrado los campos de hierro para mancar a los caballos y a cuantos caminaran a pie.

Don Sancho, aunque pensaba que aquel pequeño contratiempo no era de gran importancia, convocó a los principales magnates que lo acompañaban y les comentó lo sucedido. Sin embargo, aquel episodio, no iba a cambiar los planes de los navarros.

Fue un comentario inocente, inocuo. Un mero cotilleo del servicio; un

chisme de esos que corrían por las calles de la ciudad y que Catalina escuchó de boca de su hija. Ni siquiera hacía referencia a los Almoravid. Sin embargo, aquellas palabras murmuradas en el salón pequeño pusieron las cosas en su sitio y volvieron el universo patas arriba.

La mañana amaneció con tranquilidad dentro de los límites Almoravid. Laraine fue la primera en levantarse. Se vistió austeramente y partió hacia la iglesia de Santa Cecilia. Participó en la primera eucaristía, como había tomado por costumbre desde la marcha de los hombres, e intercambió unas palabras de cortesía con Blanca. Regresó a casa despacio, saboreando la calidez que regalaba el alba y que barruntaba un día de calor. Apenas se entretuvo en saludar a una vecina y entró en la casa. El penetrante aroma a pan recién horneado la recibió de golpe y le desató la sensación de hambre. Fue la primera en entrar al pequeño salón, pero enseguida las palabras, las risas e incluso las riñas de sus hijos y de sus sobrinos coparon el entorno. Se sentó, imponiendo silencio y consiguió bendecir los alimentos antes de que toda la tropa cayera sobre ellos. Unos instantes después, Catalina apareció por sorpresa. Desde que anunciara su embarazo, siempre tomaba el desayuno en la cama y se levantaba tarde. Pero aquella mañana... aquella mañana dijo que se encontraba mucho mejor y quería participar del desayuno con todos. Laraine se alegró de veras. El tono rosado de sus pómulos y el brillo de sus ojos constataban la verdad de sus palabras.

Tomó un trozo de pan y lo saboreó en la boca. Era la primera vez desde la partida de Miguel que se sentía tranquila. Miró a sus hijos y a sus sobrinos y se permitió sonreír. Pero la sonrisa se le heló en la boca. No había terminado de tragar cuando un fuerte ruido se elevó por encima de las conversaciones y de las risas. Sonó como un impacto seco y rápido cuyas vibraciones llegaron a través de suelo y paredes. El silencio barrió la estancia, por eso los gritos de después se escucharon con claridad. Laraine se levantó súbitamente y Catalina lo hizo con más delicadeza.

–Continuad desayunando –les indicó la siciliana a los menores, mientras ella y su cuñada salían hacia las cocinas.

Laraine fue la primera en entrar. Toda se encontraba en el suelo. Al parecer, se había desmayado. La cara de la cocinera, arrodillada a su lado, estaba lívida y parecía querer pedir perdón con la mirada.

–Se ha desplomado de repente, señora –dijo con un hilillo de voz–. No he podido hacer nada.

La dama se agachó a su lado. La sirvienta tenía el gesto contraído y

respiraba con cierta dificultad.

–Si os parece bien –le dijo Laraine a su cuñada–, yo me encargo de esto. Vos seguid desayunando.

Catalina asintió. Ya en la puerta escuchó cómo la siciliana daba órdenes a la cocinera para que fuera a buscar a Domingo. De regreso al pequeño salón, Catalina casi fue atropellada por los más pequeños, que habían dado por concluido su desayuno y salían a jugar al patio hasta el comienzo de sus lecciones. En la mesa quedaron Elvira, Isabel, Magdalena y Clemencia. Las cuatro cuchicheaban algo que las tenía de lo más absortas. Era su hija Elvira la que hablaba en ese momento.

–... y dicen que el hijo que espera es en realidad de don Fernando de Vidaurre.

La dama apreció con claridad las exclamaciones de las muchachas.

–¡Cuenta más! –le apremió Isabel.

–He oído –prosiguió Elvira– que él partió a la batalla con la cruz verde floreada de los Rada escondida entre sus pertenencias.

Las exclamaciones crecieron como si en realidad las cuatro estuvieran muy asombradas, aunque las más pequeñas no tuvieran ni idea de a qué se estaban refiriendo exactamente.

–Y, además, se ha cortado el pelo muy, muy corto después de que ella dijera en público en la Corte que le gustaba más cómo le quedaba así.

Las nuevas exclamaciones se vieron interrumpidas por un fuerte carraspeo. Todas miraron hacia la puerta y se encontraron con la mirada severa de Catalina.

–¿Se puede saber qué son esos cotilleos?

Las cuatro agacharon la cabeza sintiéndose algo avergonzadas.

–Te he dicho muchas veces que no me gusta que os hagáis eco de esos chismes. ¿Se puede saber a quién has oído contar eso?

–Pero madre –se quejó Elvira–, el servicio no para de hablar de ello.

–Id a preparar vuestras clases de música.

–Pero madre...

–Ni un comentario más, Elvira, o me veré obligada a castigaros. A las cuatro –puntualizó.

Como ninguna de ellas quería quedarse sin su clase de música, todas pidieron permiso para levantarse y salieron. Catalina se sentó y continuó con su desayuno. Tenía hambre. Mientras comía, el desvanecimiento de Toda y el chisme recién escuchado pronto quedaron relegados a un lugar apartado de su

cerebro. Sin embargo, aquel cotilleo comentado de manera inocente por su hija fue el detonante de todo lo que vino después.

Domingo tumbó el cuerpo de Toda sobre un camastro de heno. Laraine se sentó al lado de la sirvienta y empapó una tela en vino. Suavemente, apartó algunos mechones de su cabeza y dejó al descubierto la herida que la sirvienta se había hecho al caerse. Con pequeños golpecitos, el vino fue penetrando en ella. La siciliana repitió la operación varias veces, hasta que la sangre cesó de manar. Con extrema delicadeza, palpó los alrededores de la herida para comprobar si el golpe había afectado a los huesos del cráneo. La sirvienta se quejó débilmente y la dama centró su mirada en su cara. Aparte de unas pequeñas ojeras, todo parecía estar en orden. Prosiguió con el cuello, los hombros, los brazos... Domingo aguardaba en la entrada. Sus manos hacían girar un gorro con nerviosismo mientras observaba el examen que su ama estaba haciendo a la sirvienta. Esquivaba su mirada, pero vigilaba de reojo.

—¿Qué...? —dejó escapar ella. Y entonces, Domingo supo que había descubierto lo que con tanto celo Toda había tratado de ocultar—. ¡Dios mío!

La sirvienta volvió en sí y se encontró las manos de Laraine sobre su vientre. Y entonces comenzó a llorar con desconsuelo.

Laraine la miró intrigada. No había reproche; tal vez una mezcla de sorpresa y de preocupación. La sirvienta había tratado de ocultar su embarazo apretando varias telas alrededor de su barriga, de manera que esta se había deformado. Era difícil prever cómo podría haber afectado eso al niño.

—¿Quién es el padre? —le preguntó en un susurro.

Los sollozos se intensificaron. Laraine trató de consolarla, de tranquilizarla. Pero nada de lo que intentó dio resultado. Al contrario, Toda estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. La siciliana cejó en su empeño. Miró hacia la puerta donde Domingo seguía jugueteando con el gorro. Tenía la barbilla pegada al pecho y la mirada escondida.

—Está bien, Toda. Te dejaré descansar. La muchacha te subirá una tisana. Hablaremos más tarde.

Laraine hizo salir a Domingo con ella.

—¿Tú lo sabías?

La timidez no era una de las cualidades del sirviente, pero en aquel momento parecía un niño apocado. Su cabeza se movió varias veces de arriba abajo manteniendo la mirada en el suelo.

–¿Desde cuándo?

–Tuvo un desmayo, en una cena.

–Lo recuerdo –dijo Laraine, aunque no se acordaba exactamente del motivo de aquella cena–. ¿Sabes quién es el padre?

–No me lo ha querido contar. Le dije que si estaba en mis manos ayudarla de alguna manera...

–Entiendo, Domingo. Es muy generoso de tu parte. Lo que ha hecho envolviendo su tripa para ocultar su estado es muy peligroso. Tanto ella como el niño podían haber muerto. Daré orden para que le suban una infusión. Asegúrate de que se la toma y descansa; y que nadie más se entere de lo sucedido. Luego iré a verla.

Laraine llevaba el gesto torcido cuando entró en la cocina. Trataba de atar cabos, de encontrar una pista que le llevara a descubrir al padre *inconveniente* de aquella criatura que crecía en el vientre de Toda. Cuando se aseguró de que todo estaba organizado, regresó al salón pequeño. Catalina estaba sola, devorando un panecillo con nata. Parecía estar disfrutando.

–¿Está todo en orden? –le preguntó aún con un trozo de pan en la boca.

La siciliana respiró antes de responder, mientras decidía la conveniencia de ocultar el hecho a su cuñada. Apretó los labios, pero sabía que no serviría de nada callar. Tarde o temprano la noticia se sabría y era mejor que fuera ella la que se lo dijera.

–Sí y no.

Catalina la miró algo confundida.

–Toda está bien. Se ha dado un golpe en la cabeza. No parece grave, pero con esos golpes nunca se sabe –le aclaró–. Sin embargo... hay algo más que debéis saber. Vuestra sirvienta está embarazada.

La luz de decenas de hogueras se proyectaba contra los muros intactos de la fortaleza de Calatrava. El explorador navarro tuvo que sortear no solo a los ultramontanos y los hierros del camino, sino también las burlas y las chanzas que, a costa de la tardanza de los cruzados navarros, hicieron los victoriosos conquistadores de Calatrava. El rey castellano y el rey aragonés lo recibieron en el alcázar de planta triangular que ocupaba la parte oriental. El día estaba a punto de extinguirse y la mayoría de las tropas se encontraba ya descansando.

La audiencia fue breve, pero intensa. Los dos reyes intercambiaron unas palabras antes de dar permiso al navarro para retirarse. Poco antes de la

medianoche, decidieron que don Alfonso se pondría en marcha al amanecer, tal y como habían previsto, mientras que don Pedro se quedaría en Calatrava esperando a unos cuantos caballeros suyos que llegaban con retraso y a don Sancho.

DEUS VULT!

4 de julio de 1212

Llegó el forfísimo Rey Don Sancho de Navarra, con robustísimo refuerzo de soldados, cosa que confortó mucho á todos, viendo que la calidad de la gente suplía en mucha parte el número grande de los desertores de la empresa.

Chronicom mundi, Lucas de Tuy

CATALINA AÚN NO HABÍA DECIDIDO qué iba a hacer con el asunto de Toda. Se encontraba de buen humor y su propio estado de gestación le hacía sentir cierta empatía con la sirvienta. Sin embargo, esta debería decirle cuanto antes el nombre del padre. En eso sería inflexible. Solo así podría actuar en consecuencia. Después de un copioso desayuno, decidió retirarse a descansar un rato. Al pasar por su alcoba encontró la puerta abierta. Se asomó. Toda se encontraba de pie, al lado de la cama. Tenía entre sus manos y su pecho la gonela roja de García. Su cara reflejaba fatiga y agotamiento. Los ojos le brillaban aún con las últimas lágrimas que había derramado. Mirando fijamente la gonela se la acercó a la cara e inhaló todo el aroma que su amo había dejado en aquella prenda.

–¿Toda?

La cara de la sirvienta enrojeció de vergüenza. Se giró rápidamente.

–Buenos días, señora. ¿Cómo os encontráis hoy? –su voz sonó trémula, casi imperceptible.

–¿Qué haces aquí? –el gesto de Catalina se ensombreció como si su subconsciente hubiera intuido algo que ella todavía estaba lejos de entender.

–Yo... esto... Me... Como el señor está ausente, he pensado en repasar sus ropajes. Hay trajes que lavar y quería asegurarme de que las prendas que necesiten algún remiendo sean cosidas cuanto antes.

–Está bien –dijo algo extrañada al ver su actitud y, sobre todo, al encontrarla levantada. Laraine le había dicho que se había dado un fuerte golpe en la cabeza–. Tengo que hablar contigo. Tu situación es...

Ante estas palabras, la mujer agachó la cabeza y sus lágrimas salieron sin

ser llamadas. Cayó de rodillas incapaz de mirar a Catalina a los ojos. Sus hombros subían y bajaban a impulsos de su llanto.

–Tranquilízate, mujer. No voy a matarte. Pero hemos de hablar. Hay que solucionar esto de la mejor manera posible. Ahora me gustaría descansar un poco. Avísame a la hora sexta. Entonces hablaremos.

Toda se levantó como pudo. Sabía que su situación no tenía remedio. No había «mejor manera posible». Simplemente, no había manera de arreglarlo. Estaba hundida. Se atusó un poco el pelo y se limpió las lágrimas con la manga. «No –pensó–. Esto no tiene remedio. Si no me hubiera desmayado, tal vez podría haberlo ocultado hasta el final y hacer algo. Pero ahora... todo está perdido».

Deambuló por la casa hasta que Domingo la encontró y se la llevó al pajar; el único sitio que se le ocurrió donde podría estar tranquila. Dejó que la tumbara sobre el heno. Olía a verano, a calor, a quietud. Su cuerpo comenzó a temblar al ser consciente de su propio estado. Allí era donde... Cerró los ojos. No quería pensar. No en esos momentos. Tal vez lo mejor fuera marcharse, pero no tenía fuerzas. Se levantó sin ganas, pero el sentido del deber la empujó a enfrentar su destino. Iría a ver a su ama y acataría su decisión. Imploraría, pero de ninguna manera le revelaría el nombre del padre. Eso nunca. Se sacudió los restos de pajas que se habían enganchado en su falda y se dirigió al cuarto de su señora. La encontró ya levantada. Parecía de buen humor. Toda se preguntó si sería porque ya había tomado una decisión respecto a ella.

–¿Habéis descansado, señora?

–Cierra la puerta –le dijo Catalina.

Las dos mujeres se quedaron frente a frente.

–Entenderás que esta es una situación delicada. Es demasiado tarde para cualquier solución, excepto que desaparezcas durante algún tiempo de la ciudad hasta que el problema se haya resuelto –dijo–. Estoy dispuesta a ayudarte, pero debes decirme quién es el padre de la criatura. Ese es el trato. Si no, te echaré de nuestra casa.

La congestión llenó el rostro de la sirvienta. Estaba tan abrumada que no conseguía articular palabra. Catalina aguardó sin moverse. Estaba dispuesta a ayudarle, pero no a aguantar una escena.

–No... no... no puedo decir su nombre.

–¡Por Dios! ¿Con quién os habéis acostado? ¡No creo que sea tan difícil decir su nombre!

–Es solo que... solo que...

–¡Solo qué! Habla de una vez –la dama estaba empezando a perder la paciencia.

–¡Está muerto. El padre está muerto!

Catalina respiró largamente. La figura de Toda se había encogido, sus ojos miraban al suelo y sus manos apretaban nerviosas los pliegues de su falda.

–Si está muerto, puedes decir su nombre. Eso arreglaría algunas cosas – suavizó la dama.

La cabeza de la sirvienta se puso a negar reiteradamente.

–No me encuentro muy bien –logró decir entre hipidos.

Catalina se acercó a ella.

–Él no lo sabe, no lo sabe. El padre no lo sabe –dijo entrecortadamente.

Las palabras empezaban a ser incoherentes y contradictorias.

–¿Me estás mintiendo?

El tiempo se detuvo de repente. Toda no podía pensar con claridad. Le dolía la cabeza y todo parecía irreal a su alrededor.

–¡Estás mintiendo! –ya no era una pregunta. Era una exhortación. Una verdad que sentía clara–. No te ayudaré si me mientes. ¿A quién estás encubriendo?

La dama se acercó más a ella. Se había dado cuenta de que presionándola no iba a sacar nada. Así que suavizó sus palabras y la tomó de las manos.

–Toda, necesitas ayuda. Dime el nombre del padre y hablaré con él. Él se hará cargo en la medida de sus posibilidades. Te lo prometo.

Ella asintió y, al fin, dijo el nombre.

–Es... Domingo.

Catalina no sabía si sentir alivio o no. Aquello no había hecho más que empezar. Llamó al sirviente a su presencia. Cuando vio a Toda allí, ambos intercambiaron una mirada.

–¿Me llamabais, señora?

–¿Es cierto, Domingo?

Una leve palidez atacó el rostro del hombre. Miró de nuevo a Toda y esquivó los ojos de su señora.

–¿Es cierto que el hijo de Toda es tuyo?

Hubo una pausa, un momento de tensión, hasta que él negó con la cabeza.

–No, señora. Sin embargo –dijo–, estoy dispuesto a ayudar a Toda.

–¡Ave María Purísima! –exclamó Catalina, y se llevó la mano a su regazo, donde el niño que llevaba se agitó de repente–. ¿En qué estabais pensando?

Domingo, tú eres un hombre casado –dijo sin hacer caso a la negación del sirviente. La disponibilidad a prestar ayuda a Toda se la tomó como una asunción de la paternidad.

El aludido apretó los labios. Las aletas de su nariz se ensancharon, pero no dijo nada.

–Ella merece ser azotada, pero sería cruel en su estado. Así que tú recibirás los golpes en su lugar. Delante de todos. Para escarmiento y como ejemplo –añadió sin dar tiempo a las alegaciones.

Al escuchar aquellas palabras, Toda se derrumbó y empezó a suplicar a su ama. De nada sirvieron sus exclamaciones, ni las peticiones de que fuera ella la azotada. Catalina la amenazó con aumentar el número de latigazos si no desistía en sus peticiones y no soltaba sus piernas. Ante eso, Toda se desasió envuelta en llanto y se arrastró de rodillas hasta Domingo.

–Lo siento, lo siento, lo siento. Yo no quería que esto sucediera. Si llego a saberlo no te hubiera involucrado en esto.

–¡Basta ya! –sentenció Catalina–. Se hará tal y como he dicho. Te ayudaré con el niño. Te irás hasta que lo alumbres y decidiremos a quién se lo entregaremos.

Toda no pudo seguir escuchando. No solo había conseguido que azotaran a Domingo, sino que también le iban a quitar a su hijo. En un acto totalmente desesperado, Toda se precipitó en la alcoba de García, cogió la gonela roja y se escabulló con ella. Eso era todo lo que iba a tener del padre de su hijo, así que se agarró a la prenda como si su vida dependiera de ello y se fue.

Catalina la vio marchar. El rojo de la gonela saltó como la sangre en sus ojos. Como un fogonazo, sus oídos se llenaron de palabras con la voz de su hija. «... y dicen que el hijo que espera es en realidad de don Fernando de Vidaurre». «He oído que partió a la batalla con la cruz verde floreada de los Rada escondida entre sus pertenencias». «Y, además, se ha cortado el pelo muy, muy corto después de que ella dijera en público en la Corte que le gustaba más cómo le quedaba así». Fue como una luz extraña que alumbró los últimos meses de su vida. En su cabeza prendieron recuerdos y palabras, hasta formar un incendio de sanguinarias llamas que devastaron su espíritu. Pero luego las llamas se extinguieron y de sus cenizas brotó una nueva luz. Y entonces... lo supo.

Estaba petrificada en mitad de las escaleras. Ni siquiera un pestañeo recordaba que seguía viva. Su mano derecha apretaba su regazo y la izquierda se aferraba a la balaustrada con saña. Ajena al mundo, no escuchó la voz de su

cuñada, ni la de su hija. Ni se dio cuenta de que el mundo bajo sus pies comenzaba a desvirtuarse. La rápida intervención de Laraine impidió que su cuerpo se estampara contra el suelo y rodara escaleras abajo. El contacto de los brazos de la siciliana la devolvió a la realidad. Y entonces sintió el dolor de la traición aferrarse muy dentro de ella y crecer hasta casi hacerle perder la consciencia.

Cuando se recuperó, estaba tumbada en su cama. Una esencia extraña invadía el ambiente. La habían dejado sola. La primera lágrima resbaló despacio por su mejilla y se perdió en su oído. Se sintió dispuesta a ignorar la realidad, pero esta volvía una y otra vez. No podía olvidar el ultraje y la infidelidad. No podía obviar en qué la había convertido su esposo. Dolía, sí, quemaban los silencios de García, sus cambios de humor, su empeño en vestir con aquella gonela roja y el hecho de que en los últimos meses tan solo se hubiera acercado a ella una vez y estando borracho. Todo se había amortiguado con el anuncio de su embarazo, pero ahora no podía evitar pensar que no solo la había engañado, sino que lo había hecho delante de sus narices y con su sirvienta. Se había sentido hundida, pero ahora estaba furiosa. Se levantó como un fantasma y miró a través de la ventana. Debían de haber pasado unas cuantas horas desde la marcha de Toda, pues las sombras indicaban que era la tarde. Salió de la habitación. Sus ojos miraban sin ver, pero la suerte estaba decidida desde hacía unas horas, o tal vez desde hacía ya meses.

Llamó a Domingo sin hacer caso de las voces de Laraine, ni de la de su hija. El sirviente se presentó ante ella. Llevaba sus manos caídas hacia delante y la resignación marcada en su cara. Sabía lo que iba a venir y trató de imponer la entereza a su miedo. Él mismo se quitó la camisa. Las murmuraciones comenzaron a extenderse. El servicio había visto marcharse a Toda aquella mañana. Ya nadie pararía la riada de comentarios que arrastraría la ciudad durante los próximos días, pero ella se encargaría de que nadie supiera con exactitud lo que había sucedido. Tomó el látigo. Aunque ahora sabía que no era el padre, Domingo había tratado de proteger a Toda y a García y ahora pagaría por ello. Golpeó la espalda del sirviente todo lo fuerte que pudo y un leve grito de queja salió de su garganta. Repitió la operación. El rojo de su sangre se confundió en su mente con el rojo de la gonela de su esposo y gritó de furia al dar el tercer azote. El esfuerzo, la sensación de vacío y el dolor rasgaron sus sentimientos y cayó de rodillas.

–Ya es suficiente –la voz de Laraine sonó de todo menos con autoridad

pero, dadas las circunstancias, todos obedecieron. Cada uno regresó a sus tareas pensando que la señora de la casa había descubierto una relación pecaminosa entre Domingo y Toda y, por eso, había echado a la sirvienta de la morada Almoravid y lo había azotado a él. Eso es lo que creían y eso es lo que contarían.

La siciliana acudió al lado de su cuñada. El patio se había quedado invadido de un silencio viscoso, inquietante. Miró alrededor. La acción de Catalina la había pillado tan de sorpresa que no había podido evitar que los niños vieran el castigo. Reclamó a su hija Isabel y le pidió que se llevara a los más pequeños al salón pequeño y que la esperaran allí. Después, llamó a Elvira. La joven tardó en responder, pero se presentó junto a ella.

–Ayúdame con tu madre –le susurró.

Caminaron despacio hacia la entrada. Domingo y Laraine intercambiaron una mirada antes de que las damas entraran en la casa. El denso silencio tardaría aún mucho en desaparecer del patio.

Catalina se dejó llevar. Acostada en la cama, fijó su mirada en el techo. Laraine le preguntó cómo se encontraba, si necesitaba o quería algo, pero ella no contestó nada.

–¿Qué ha pasado, tía?

–No estoy totalmente segura. Pero voy a tratar de averiguarlo.

–Me gustaría quedarme un rato con ella –dijo Elvira.

Laraine asintió.

–Le hará bien un poco de compañía. Si hay algún cambio, avísame.

Laraine bajó despacio las escaleras. El suceso la había sumergido en un estado de preocupación importante. No estaba muy segura de tener claro qué había sucedido. Sabía lo que parecía, pero su intuición le decía que detrás de los latigazos de Catalina había algo más que el castigo a un sirviente casado que había sido pillado teniendo relaciones con una chica del servicio. Porque ella sabía que Domingo no había tenido nada que ver con el embarazo de Toda. Se acercó al salón pequeño. Por primera vez en su vida encontró a los pequeños quietos y en silencio. Los miró uno a uno, aunque no hacía falta porque desde el primer instante en que puso los pies en la sala tenía su atención.

–¿Por qué mi madre ha golpeado a Domingo? –preguntó Johan.

–Tu madre ha tenido que ocupar el lugar de tu padre.

–¿Pero por qué le ha azotado?

–Porque... ha desobedecido.

Los pequeños se quedaron en silencio unos instantes.

–¿En qué le ha desobedecido?

–En un asunto de mayores.

–¡Nunca nos cuentas nada! –se quejó Magdalena–. ¿Tampoco nos vas a decir por qué se ha ido Toda?

–Ella también ha sido desobediente.

–¿Le vas a curar a Domingo? –quiso saber Etienne.

–Echaré un vistazo a sus heridas.

–¿Se va a desangrar? –preguntó Clemencia.

La siciliana negó con la cabeza.

–Ahora, id a jugar al patio, ¿queréis? –los niños asintieron–. Pero no hagáis mucho ruido. Catalina tiene que descansar.

Encontró a Domingo en los establos. Su espalda estaba perlada de sudor y sangre. Dominaba a medias su rabia y su resentimiento y en sus ojos había un dolor que iba más allá de lo físico. Al ver a Laraine con las telas y el vino desechó su ofrecimiento con un rotundo gesto de su cabeza. Ella insistió.

–Los cortes pueden infectarse y no será una muerte agradable.

La miró con un gesto duro, adusto.

–Ya estoy muerto –sentenció con voz grave.

–Puedo ayudarte –le dijo con total seguridad.

–Creéis que podéis ayudarme, pero no es así.

–Puedo –insistió–. Pero debo saber qué ha ocurrido.

–¿No está claro para todo el mundo? He dejado preñada a Toda y he sido castigado por ello –el sirviente respiraba de manera agitada. Su cara se contrajo de repente y se hundió–. ¿Qué pensará mi esposa? –se preguntó en apenas un susurro–. La quiero.

–Domingo, sé que tú no eres el padre de la criatura de Toda. Pero de nada me servirá si desconozco lo que ha pasado. Si lo sabes, te suplico que me digas su nombre.

El hombre pareció regresar de un lugar lejano.

–Solo una cosa se ha llevado Toda de esta casa –dijo. Y tras sus palabras, él mismo se fue.

Laraine bajó la mirada al suelo. Había visto salir a la sirvienta a todo correr. Llevaba algo en la mano que había llamado su atención. Y sabía lo que era: la gonela roja de García.

Nadie se había encargado de limpiar los arrabales de Calatrava. Las orillas del río Guadiana exhibían los residuos de un ejército que había pasado por allí con prisas. Sin embargo, se respiraba cierta paz en aquella tarde de calor. Las murallas, con sus más de cuarenta torres, estaban intactas. Un paso provisional había sustituido al puente destruido por los almohades para tratar de salvaguardar la ciudad. Los daños parecían haber sido mínimos en un emplazamiento que ahora había quedado bajo la custodia de la Orden de Calatrava. Todo parecía tranquilo cuando llegaron los navarros.

El propio don Pedro salió a recibirlos. El rey aragonés saludó de manera efusiva a su homólogo navarro y lo invitó a entrar con él en la plaza. Mientras, el resto de la expedición se desplegó por los alrededores. Cierta excitación recorrió el alma de los recién llegados. El viaje estaba tocando a su fin y el olor a batalla era palpable.

Los dos reyes desaparecieron en el alcázar. Los hombres se dedicaron a descansar mientras ellos se reunían bajo los gruesos muros del fuerte. El gigantesco cuerpo de don Sancho agradeció la sombra y se dejó guiar hasta una mesa preparada con viandas y bebidas frescas.

Miguel y Álvaro descabalgaron los últimos. Se miraron y sonrieron. Se sentían como dos chiquillos a punto de hacer alguna de aquellas travesuras que compartieron de pequeños. No les hizo falta decirse nada, porque ambos sabían que estaban pensando lo mismo. El agua que arrastraba el Guadiana, sonaba como el caudal del Runa en los días de verano. Del suelo despegaba un calor más abrasador, pero el olor del verano era similar al de su infancia.

—Quiero enseñaros algo —dijo Miguel agarrando a su amigo por el hombro y haciendo extensiva la invitación a los hijos de ambos. Martín, Pedro, Diego y Roland los siguieron.

La puerta de la fortaleza estaba disimulada en un recodo. Miguel no había estado antes en Calatrava, pero había oído hablar mucho de ella. Se dirigieron hacia el alcázar, pero no entraron en él. El infanzón los llevó hacia lo alto, buscando el mejor sitio para observar la cara norte. Los seis se quedaron en silencio. Contemplaron el río caudaloso y el foso artificial que convertían la fortaleza en una isla.

—*Aita* —preguntó Diego—, ¿por qué don Alfonso no ha permitido a los ultramontanos el despojo y el pillaje?

Miguel mantuvo la vista al frente y le señaló un punto a su derecha.

—Mira esa coracha. Dicen que es única en su género para defender el abastecimiento de agua —el de Grez giró un instante el cuello y le sonrió a su

hijo. Después volvió a centrar su mirada en la coracha—. El agua sube de ahí hasta el lienzo de la muralla y se distribuye a través de canales por toda la plaza. ¿Cuánto crees que costaría reconstruir un sitio así, con sus torres albaranas, sus corachas, su alcázar...?

Diego asintió. Veía a dónde quería llegar su padre. El rey conquistaba sin destruir y se aseguraba el control de las plazas que le servirían como bastión de sus conquistas. Tenía sentido, aunque fuera en contra de las normas de toda cruzada.

Recorrieron el contorno del castillo despacio. Al caer la noche, se dirigieron hacia el lugar donde García había reunido a los Almoravid y cenaron todos juntos.

La noche se hizo corta. El amanecer se estaba dibujando por el este cuando las siluetas de don Pedro y don Sancho se recortaron en la puerta sur de Calatrava. Los dos admiraron las tropas preparadas a sus pies. Con las recientes incorporaciones, la desbandada de los ultramontanos parecía menos significativa. La presencia de los refuerzos de don Sancho superaba con creces las recientes bajas. No tanto por su número, sino por su arrojo. En poco tiempo, todos los allí congregados partirían en pos de las fuerzas de don Alfonso, que a esas alturas deberían estar en Alarcos o en Salvatierra.

Los dos reyes se miraron antes montar. Si el navarro era alto, el aragonés no le iba a la zaga.

—*Deus vult!*⁴² —dijo don Pedro subido ya a su caballo.

—*Deus vult!* —le respondió don Sancho.

⁴² Deus vult: ¡Dios lo quiere!: Dicen que tras el discurso que pronunció el papa Urbano II en el concilio de Clermont (1095) para hacer un llamamiento a la Primera Cruzada, los nobles y el clero que lo escucharon empezaron a gritar: ¡Deus vult! Así, esta frase se convirtió en el lema de las cruzadas.

DOS EJÉRCITOS QUE SE BUSCAN

7 de julio de 1212

«Alfonso era partidario de cercar y recuperar Salvatierra, pero Sancho se opuso ya que el cerco podía prolongarse en exceso y había pocos víveres. Alfonso pretendió dar por concluida la expedición arguyendo que Miramamolín estaba vencido por no presentarse y que era mejor volverse contra León que hostigaba su frontera mientras Alfonso estaba ausente. Sancho respondió contundente que él estaba allí como cruzado para pelear por Dios y no iba a luchar contra los cristianos. Pedro II y el arzobispo de Narbona se unieron a la argumentación de Sancho. Esto evitó la retirada».

Blanca, hija de Alfonso VIII, casada con Luis VIII de Francia, escribe a Blanca, hija de Sancho VI

UN CAMPAMENTO INMENSO SE EXTENDÍA ANTE SU VISTA. Desde un pequeño altozano, Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir abarcó con su mirada los hombres que tenía a sus pies. Sus ojos claros relampaguearon. Las últimas noticias situaban a los cristianos en las inmediaciones de Alarcos. Había llegado el momento. Sus tropas habían descansado durante varias semanas en Jaén, por lo que estaban frescas y en plena forma. Eso le daba ventaja sobre el enemigo, que llevaba jornadas intensas de desplazamientos, asaltos e incursiones. La llamada a la oración no enturbió sus pensamientos, simplemente lo tomó como una señal de que su decisión era acertada. Desplazaría sus tropas hacia el desfiladero de Santa Elena y allí esperaría el movimiento de los infieles. Concentrado en estos pensamientos, con el mapa mental de la zona aún flotando en su cabeza, se agachó para orar. Dejó el Corán muy despacio delante de él y elevó una plegaria a Allah.

Terminada la oración, se levantó de un rápido movimiento y se dirigió hacia su tienda roja. Los *imesebelen* le abrieron paso y el califa aguardó la llegada de los jefes de las distintas facciones.

Abou el-Djyouch no miraba al cielo, sino a lo que tenía ante sí. Había vivido lo suficiente como para notar la sutil vibración del aire que anuncia batalla. No sabría decir exactamente lo qué era, simplemente se percibía en el comportamiento de los hombres, en su mirada, en el cambio de olor. Así que

cuando le dijeron que el califa había convocado a todos los jefes a su jaima no le sorprendió en absoluto. Lo inesperado fue escuchar de boca del último de los espías enviados la noticia de que el rey de Navarra se había unido al ejército cristiano. El peso de la mirada del califa cayó de lleno sobre él. Atisbó una insinuación de reproche, pero él ya le había advertido que podía ocurrir. Supuso que aun así, no sería extraño que le recriminara no haber impedido que sucediera. De cualquier forma, Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir continuó con sus explicaciones y repartió las órdenes oportunas. Y, a partir de entonces, todos supieron que era cuestión de días que los dos ejércitos se encontraran. Pero ellos llevaban ventaja: tenían ganada la mejor posición.

Cuando salió al exterior, la fuerza de la realidad fue más intensa. La noticia de que el ejército comenzaría su marcha de manera inminente empezaba a extenderse por el campamento. Abou el-Djyouch fue testigo de cómo la mecha prendió pronto en los hombres. El runruneo de las conversaciones se agudizó, los ruidos metálicos sonaban aquí y allá y los hombres se congratulaban de poder usar sus armas, al fin, contra el enemigo cristiano. Caminó despacio sin poder evitar que a él también se le erizara el vello por la agitación reinante. Miró al cielo, esta vez sí, y pidió solo dos cosas a Allah. La primera, que condujera su mano con destreza y su corazón con valentía. Y la segunda, que si habían de morir, no fuera su cimitarra la que terminara con la vida de sus amigos navarros. Porque no necesitaba ningún tipo de confirmación para saber que Miguel y García habrían seguido a su rey al sur.

El avance hacia Salvatierra fue rápido. Y por fin se produjo el esperado encuentro con don Alfonso. Era una tarde de fuerte calor. La llegada de las últimas tropas de refresco completaba el círculo. Allí estaban todos los que serían. No vendría nadie más. El rey portugués había enviado algunas fuerzas en su representación, pero había eludido su participación directa. Y el rey castellano tampoco esperaba la presencia de su primo, el rey de León, que se había quedado en Babia, su residencia veraniega. Se hallaban pues los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, con las tropas de las Órdenes Militares del Temple, San Juan, Calatrava, Santiago y San Lázaro y los ultramontanos que no habían abandonado la empresa, con el obispo de Narbona de abanderado.

Nada más bajarse del caballo, Miguel se palmeó fuertemente el cuello. Un

insecto molesto, seguramente un mosquito, amenazaba con picarle. El gesto hizo sonreír a Diego, pero la sonrisa pronto se diluyó en su rostro al seguir la mirada de los ojos de su padre. El castillo de Salvatierra se elevaba un poco más hacia el sur. Hasta ese momento, Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir no había puesto trabas a la marcha cristiana. Eso les había permitido dominar enclaves estratégicos como Malagón, Calatrava o Alarcos y rendir lugares como Piedrabuena, Benavente y Caracuel, sin apenas resistencia y bajas. De pronto, el joven se preguntó si su primera incursión en tierras almohades sería participar en la rendición de Salvatierra. Y un leve temblor invadió su cuerpo al pensar que en cualquier momento, el ejército de Miramamolín podría aparecer ante ellos.

Miguel se llevó a sus hijos para que se refrescaran.

–¿Qué creéis que sucederá a partir de ahora? –la pregunta de Diego hizo que su padre fijara sus ojos en él. Lo hizo con una pequeña sonrisa, lo que tranquilizó algo el ánimo del joven.

–No voy a decir que el castillo de Salvatierra no sea una pieza apetecible, pero también lo es el ejército que ha reunido el califa Miramamolín. Y, por lo que sabemos, no está acampado muy lejos de aquí.

–¿Te acobardas ya, hermano? –le provocó Roland.

–Por supuesto que no –le dijo ofendido.

–Espero que la decisión sea tomar Salvatierra –deseó Roland.

–Ya veremos –concluyó su padre.

La conversación se terminó cuando un paje reclamó la presencia de Miguel.

–No os separéis de vuestros tíos –les dijo antes de irse.

Mientras avanzaba, algunos lo miraban con curiosidad. Él notó el ardiente sol sobre su cabeza. El verano en todo el esplendor del sur de la península se cernía sobre el campamento. El ambiente estaba seco y la tierra se levantaba ante el roce de su calzado. Don Gómez lo saludó pidiéndole que se acercara.

–El rey quiere que os quedéis de guardia –dijo mientras señalaba con su cabeza la tienda que se había levantado a pocos pies de donde se encontraban.

Miguel confirmó con un movimiento de su cabeza. Con el dorso de su mano se secó el sudor que goteaba por su frente.

–Bebed –le ofreció el alférez navarro, lanzándole un pellejo de vino–. Pero sed moderado.

–Se conserva fresco –constató Miguel tras dar unos tragos. El alférez sonrió como si ese logro fuera fruto de un secreto inconfesable–. ¿Están los

tres reyes dentro?

Don Gómez estaba afirmando cuando una silueta se divisó en la lejanía, acercándose a grandes zancadas. Miguel distinguió a Diego López de Haro. El hombre que formaba la punta de lanza de todo aquel ejército, la mano que gobernaba los destinos de todos aquellos hombres en la batalla. Saludó con apenas un leve gesto de su cabeza y entró en la tienda.

–Debo entrar –aseveró el alférez navarro mirando divertido a Miguel.

El infanzón contempló la tienda. El sol aún castigaba con su calor y se reflejaba en su superficie, enviando ligeros reflejos verdes al aire del mismo tono que el velo de Laraine. Un tesoro que guardaba celosamente cerca de su corazón. Hacia él dirigió su mano derecha. Necesitaba sentir su tacto suave. La tela parecía desafiar el paso del tiempo porque no había perdido un ápice de su sedosidad. Comenzó a caminar despacio por los alrededores, sin apartarse más de doce pies del lugar donde se habían reunido los reyes y sus capitanes. No había otras tiendas cercanas y el acceso estaba restringido unos pasos más abajo por una guardia formada por diez hombres. Si alguien se acercaba, lo distinguiría enseguida. Aunque no era su intención escuchar lo que allí se iba a hablar, las palabras llegaron a sus oídos sin ser llamadas. Don Alfonso tomó la palabra. Parecía darse por satisfecho con los logros de aquella expedición. Según él, el califa almohade estaba de sobra vencido al haber sido incapaz de dar cara con su ejército. Incluso insinuó la posibilidad de retornar a sus territorios, pues temía que su primo Alfonso de León aprovechara su ausencia para invadir sus tierras. Un fuerte estrépito siguió a estas palabras, como si varios objetos hubiera caído a la vez al suelo. La voz de don Sancho se elevó entonces de entre los murmullos. Aunque no veía nada, Miguel pudo imaginarse perfectamente la escena. Supuso a su señor en pie, mirando desde su altura a los hombres sentados a la mesa. Los movimientos detenidos, las miradas fijas en sus pupilas, mientras declamaba con gestos específicamente escogidos y palabras firmes. El navarro aseveró que había tomado la cruz para luchar contra los almohades y que no iba a volver ahora sus tropas contra cristianos y que más le valía a su primo reconsiderar sus palabras. Tras un momento de tensión tomó la palabra el obispo de Narbona. Con argumentos convincentes apoyó la tesis de don Sancho y a él se unió también en argumentaciones el rey aragonés. Así que tras largos razonamientos por parte de todos, se decidió seguir adelante⁴³.

La casa estaba en silencio. Hasta los más pequeños jugaban sin apenas moverse, sentados alrededor de una mesa. Laraine se refugió en la intimidad de su habitación. Necesitaba estar sola, desasirse de la tensa calma que rodeaba al hogar Almoravid, separarse de todo para encarar mejor los últimos acontecimientos. Porque empezaba a percibir que la situación se le estaba yendo de las manos. Los hechos comenzaban a enredarse... en demasía. Sin embargo, allí no encontró la paz ansiada. Todo le recordaba demasiado a Miguel. Un escalofrío recorrió su cuerpo, dejándole el vello erizado. A pesar del calor reinante, muy dentro de sí sintió frío. Se preguntó dónde estarían su esposo y sus hijos y si habrían entrado ya en combate. Respiró hondo, tratando de tragarse la sensación incómoda que conllevaba esa posibilidad. Las últimas noticias que habían llegado hasta el reino decían que los navarros habían atravesado sin novedad las tierras castellanas. Después, nada. Solo Dios sabía dónde se encontraban en aquellos momentos.

No tardó en escuchar un golpe en la puerta. Los últimos días habían sido así. Era reclamada continuamente, pero en el fondo no había sido capaz de solucionar nada. Estaba preocupada por Catalina. Después del castigo a Domingo había caído enferma. No se levantaba de la cama, apenas comía y estaba como ausente. El capítulo del sirviente tampoco había sido un plato fácil de digerir. El resto del servicio lo apuntaba con el dedo, la noticia había trascendido a las calles de la Navarrería y se empezaba a difundir por los otros dos burgos. Y, además, su esposa había retornado a casa de sus padres sin que ella hubiera podido convencerla de que Domingo era inocente y de que nada tenía que ver con el hijo que esperaba Toda. ¡Pobre Toda!, se lamentó. La sirvienta parecía haberse evaporado en el aire. Discretamente había hecho indagaciones, pero era como si a la mujer se la hubiera tragado la tierra. Cerró los ojos antes de dar permiso para pasar a quien fuera que estuviera en el otro lado de la puerta y se encomendó a Dios. Elvira entró despacio.

–Tía –le dijo mientras se frotaba las manos nerviosa–, ¿cómo se encuentra madre esta mañana?

–Acabo de dejarla descansando.

–¿Sigue igual?

La siciliana asintió mientras tomaba a su sobrina por las manos.

–¿Quieres verla?

La joven agradeció con una tímida sonrisa la invitación de su tía. Las dos mujeres se dirigieron al dormitorio principal. Hacía calor y olía a cerrado. Laraine entreabrió la ventana, dejando que Elvira se sentara al lado de su

madre. Tomó su mano. Estaba caliente y apenas pesaba lo que una pluma. Los ojos de su hija a duras penas sostenían las lágrimas que se asomaban ya en sus lagrimales. El rostro de Catalina estaba blanco como un lienzo, salvo por las ojeras que se marcaban debajo de sus ojos. Una débil queja salió de su garganta. Laraine se acercó con un poco de agua, pero la dama apretó los labios impidiendo que entrara líquido en su boca. La siciliana tapó con una ligera sonrisa la desesperación que la embargaba. Había hecho llamar a Oria para que la viera. Y también un afamado médico judío se había aprestado a ofrecer sus servicios. Pero nada había dado resultado. Catalina parecía haberse sumergido en un letargo que nadie podía traspasar. El ruido de unos pasos apresurados que se acercaban por las escaleras hizo que Laraine moviera la cabeza en dirección a la puerta.

–Señora, debéis venir –le dijo una de las sirvientas más jóvenes.

–¿Ocurre algo?

–Mejor... mejor acompañadme y vos misma lo veréis.

La mujer bajó con paso apresurado. Un bulto acurrucado y sanguinolento aguardaba en la entrada.

–¡Dios nos valga! –exclamó lanzándose hacia él.

A pesar de su rostro hinchado y cubierto de heridas lo reconoció a la primera.

–¡Domingo! –exclamó.

⁴³ Argumentos recogidos en una carta enviada por Blanca, hija de don Alfonso VIII de Castilla y casada con Luis VIII de Francia, a Blanca, hermana de Sancho VII El fuerte, casada con el conde de Champaña, Thibaut III, con la que comienza el capítulo.

ALEA IACTA EST

13 de julio de 1212

«...tan áspero y difícil, que mil hombres podrían defenderlo contra cuantos pueblan la tierra».

Palabras de don Alfonso VIII al referirse al desfiladero de La Losa, recogidas en De Rebus Hispaniae, de Rodrigo Ximénez de Rada

LAS VENTANAS DE LA CASA ESTABAN CERRADAS, no tanto para protegerse de la canícula, como para salvaguardar la intimidad de sus moradores. Los niños participaban de sus lecciones en el salón pequeño, pero Laraine no sabía cuánto tiempo más podría mantenerlos encerrados entre esas cuatro paredes. Sin embargo, tenía miedo de dejarlos jugar libremente en el patio. Los días anteriores, alguien había estado lanzando piedras desde el exterior y una de ellas había herido en un hombro a Johan. La siciliana se dirigió al pajar, donde se había refugiado Domingo a voluntad propia. Examinó las heridas de su rostro y aprobó el proceso de cicatrización. El sirviente se quejó cuando palpó su costado, allí donde había sido golpeado por una cadena. Laraine observó detenidamente la marca que había quedado. Le recordó a la herida que había sufrido Narbona y a la de Dulce y no pudo evitar preguntarse si los hechos estarían apuntando a la misma persona. ¿Habría en Pamplona un vengador, tomándose la justicia por su mano?

—Señora —la voz de Domingo interrumpió sus pensamientos—. Me encuentro lo suficientemente bien como para marcharme.

Ella lo miró con una sonrisa.

—Todavía no, Domingo. Déjame arreglarlo todo.

—Sé lo de las piedras, señora. No conviene que permanezca aquí más tiempo.

—No te voy a dejar en la calle —le aseguró.

Domingo agachó la cabeza. Apretó sus labios y sus dientes para contener una queja. El dolor era fuerte allí donde apretaba su señora.

—¿Sabéis algo de Toda?

–No, lo siento. Nadie en la ciudad parece haberla visto.

–¿Y si la han atacado... como a mí?

–Seguiré indagando. Ahora descansa.

–Señora –le dijo Domingo tomando su brazo–, tened cuidado.

Laraine dejó al sirviente en el pajar y se dirigió a los aposentos de su cuñada. Catalina estaba despierta, pero quieta como un muerto. El desayuno intacto sobre la mesita, al lado de su cama, le indicó a Laraine que seguía sin querer comer. Sin decir nada, tomó el cuenco y le ofreció una cucharada. Aceptó la primera. Y la segunda. Pero hasta ahí llegó la victoria de Laraine. Entonces, pidió agua y toallas limpias y perfume y aseó a la dama, que permanecía ausente, con la mirada perdida, encerrada en sus pensamientos.

Catalina sentía un dolor intenso en su corazón. No podía soportar la idea de la infidelidad de su esposo. Simplemente, no podía asumirlo. Y, sin embargo, todo se presentaba tan claro ante sus ojos que se odiaba por haber estado tan ciega.

Laraine dejó el peine sobre el tocador y se dirigió a la ventana. La entreabrió y un haz de luz se extendió por el suelo. Aún entraba un poco de fresco. Se llevó la mano derecha al pelo y se lo atusó con tres suaves golpecitos. Tomó aire y se sentó en una silla cerca de la cama de su cuñada. Sus pensamientos vagaron inconexos, vacilantes. Pero estaba acostumbrada a tener que tomar decisiones y a lidiar con imprevistos y situaciones engorrosas y su mente empezó a funcionar sola. Y entonces se le ocurrió una solución para el primero de sus problemas. Se levantó, besó a Catalina en la frente y salió hacia su cuarto. Abrió el armario y se decantó por un sombrero negro al que ella misma había unido un velo del mismo color. Se lo encajó sin demasiado ceremonial y salió a la calle. Caminó deprisa, con los ojos puestos en el suelo, buscando pasar desapercibida. La casa de los Subiza no estaba lejos y hacia ella se dirigió.

Llegó sin sobresaltos, lo que ya era todo un logro dados los acontecimientos de los últimos días, y llamó de manera tímida a la puerta. Como tardaban en abrir, volvió a golpear, esta vez un poco más fuerte. Le abrió un muchacho de mirada directa, revueltos cabellos claros y unos ojos donde el verde y el marrón se mezclaban igual que en los ojos de Etienne. Sabía que era el menor de los sobrinos de Miguel, de nombre Juan, como su abuelo. Se sonrieron como si con esa sonrisa los dos se reconocieran y el chico dejó pasar a la dama.

–¿Está en casa la señora? –le preguntó ella mientras le tendía una moneda.

Sabía que a Barti, el hermano de Miguel, no le iba a gustar ese gesto, pero le apetecía hacerlo.

–La señora María está dentro. Os acompañaré –el muchacho caminó con orgullo delante de la dama–. ¿Puedo anunciar que mi tía Laraine desea ver a la señora de la casa?

–No faltarías a la verdad con esas palabras –le dijo sonriendo.

Nada más escuchar eso, le sobró tiempo para salir corriendo y romper todos los protocolos.

–¡Señora María! ¡Señora María! Mi tía Laraine ha venido a veros.

María salió a la puerta casi asustada.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

Al ver el rostro de Laraine se serenó.

–Este chiquillo me va a matar del susto.

–¿Ocurre algo, señora Laraine? –Bartolomé, solícito, salió para ofrecer sus servicios.

–¿Cómo estás, Bartolomé? –le preguntó la siciliana.

La timidez afloró al instante al rostro del interpelado, quien agachó ligeramente la cabeza.

–Me encuentro bien, señora. Sois muy amable al preguntarlo. ¿Cómo os encontráis vos?

–Estoy bien, aunque deseosa de que regresen los hombres.

–Pasemos dentro –convidó María–. Bartolomé nos traerá algo fresco.

Una rara sensación la acompañaba siempre que pisaba aquel lugar. No sabía si era por las historias que Miguel le había contado que ocurrieron allí, o si era porque, tal vez, el alma de don Yenegro Martínez de Subiza aún se paseaba inmune por la vivienda. De cualquier forma aceptó gustosa la invitación de María de tomar algo fresco. Cuando se quedaron solas, después de que Bartolomé dispusiera una jarra de hidromiel y unas frutas secas con miel sobre la mesa, María interrogó a la recién llegada.

–¿Va todo bien por vuestra casa? Sabéis que no hago caso de los rumores, pero no soy ajena a ellos.

–De eso precisamente quería hablaros. Se trata de un asunto sumamente delicado, pero no se me ocurre a quién más acudir.

Los ojos de María se abrieron al máximo, expectante por un lado, deseosa de conocer de primera mano la verdad sobre los chismorreos que circulaban por la ciudad; pero a la vez, dispuesta a guardar cualquier secreto que Laraine pudiera confiarle.

–Hemos tenido un pequeño problema con nuestra sirvienta Toda. Doña Catalina descubrió que estaba embarazada y habló con ella. Le confesó que el padre era otro de nuestros criados, Domingo y, al poco, se fue de la casa. Sin embargo, estoy segura de que Domingo no tiene nada que ver y que se ha visto envuelto en toda esta trama por pura casualidad. Es por él por quien vengo a intercederos. Temo por su vida. Hace unos días lo atacaron con una cadena y destrozaron su rostro.

–Si estáis segura de que Domingo no es el padre de la criatura, ¿de quién es?

Odiaba tener que ocultarle a María parte de la verdad, pero debía gestionar bien la situación si quería que esta llegara a buen puerto. Tenía que tratar por todos los medios de medir sus palabras.

–Toda desapareció antes de que pudiera interrogarla y, si se lo dijo a Catalina, esta no parece dispuesta a compartirlo conmigo.

–¿Se encuentra mal?

–Un poco cansada. Creo que esta situación le ha afectado. Estos días guarda cama.

María se santiguó tres veces antes de desear que la señora Almoravid recobrase pronto la salud para poder alumbrar al niño que se gestaba en su vientre.

–¿Y qué es eso que queréis de mí?

–Me preguntaba si aceptaríais a Domingo en Subiza durante unas semanas. Hasta que esto se apacigüe o hasta que regresen los hombres y puedan protegernos. Sé que quizá os esté pidiendo algo que os ponga a vos también en un aprieto, pero debo alejar a Domingo durante algún tiempo de Pamplona y no se me ocurre mejor forma. Él cuidaría de la casa.

María bebió un sorbo largo de agua fresca mientras se tomaba su tiempo para pensar. Existían riesgos y eso había que tenerlo en cuenta. No se podría ocultar eternamente que Domingo estaba en Subiza y nada le extrañaría que las aguas tardaran en apaciguarse, si es que lo hacían. En cuanto a la llegada de los hombres, esta podía retrasarse incluso meses.

–Yo misma me encargaría del traslado. Lo haríamos de noche, sin que nadie se enterara –insistió, al darse cuenta de la reticencia de María.

–Pensaba dar una vuelta por la propiedad esta semana. Tal vez... tal vez sea hora de trasladar esa *kutxa*⁴⁴ que Álvaro siempre ha querido llevar a Subiza. ¿Queréis que os la muestre?

La mirada de Laraine se iluminó tras escuchar aquellas palabras y aceptó

gustosa la invitación. Salieron hasta la entrada. Allí María le señaló un arcón grande de madera. Laraine calculó que bien podía caber un cuerpo como el de Domingo. No sería muy cómodo para un hombre convaleciente, pero serviría.

–Lucirá perfecto en el zaguán de vuestra casa –le dijo Laraine animada por la perspectiva.

–Creo que mañana mismo partiré con Bernard. Le vendrá bien un cambio de aires. Haré los preparativos esta misma noche.

–Os agradezco infinitamente el refresco y la charla –le comentó la siciliana.

–Ya sabéis que siempre sois bien recibida en la casa de los Subiza.

Laraine salió al exterior con otro ánimo. Al menos, estaba consiguiendo solucionar algo y se sentía bien por ello. A Domingo le vendría bien alejarse de Pamplona y ella también descansaría sabiendo que su vida no corría peligro.

El calor apretaba como un yugo y se rumoreaba que los víveres empezaban a escasear. Se encontraban acampados a orillas del río Guadalquivir⁴⁵, al pie de Sierra Morena, esperando noticias de la avanzadilla del ejército al mando de Diego López de Haro. El alférez castellano había enviado a su hijo Lope y a sus sobrinos Sancho Fernández y Martín Muñoz de Finojosa como punta de lanza de todo el ejército.

Los Almoravides permanecían juntos. Mataban el tiempo preparando las armas, cantando y jugando a los dados. Miraban con un ojo el corro que habían formado y con el otro vigilaban la ruta por la que habrían de llegar las noticias. En esos momentos observaban el avance de la apuesta que los dos gemelos habían hecho. Había gran expectación por ver quién de los dos hermanos perdería su espada a favor del otro. Diego lanzó con fuerza y los dados marcaron un seis, un tres y un dos. Los hombres rieron al unísono. William, situado a la izquierda de Roland, le hizo un gesto con su ceja. El joven asintió. En su rostro se inició una maliciosa sonrisa que no pasó desapercibida para su padre. Teatralmente, Roland colocó los dados en la palma de su mano y la cerró despacio. Se la mostró uno a uno a los reunidos, provocando la risa, y concluyó la ronda llevándose el puño cerca de la ropa y soplando sobre él. Comenzó a agitar la mano de arriba abajo y de lado a lado. Decidió tirar, pero amagó. Volvió a sacudir la mano y, por fin, tiró. Su mano siguió a los dados hasta el tablero en un rápido gesto, como si se tratara de un

pase mágico. Y allí estaban, cuando separó la mano, tres seises como tres soles. Las carcajadas acompañaron a la petición de Roland.

–Paga, hermano. Tu espada.

Diego se la entregó mohíno y se separó del grupo.

Miguel se levantó y siguió a su primogénito.

–¡Diego! –lo llamó.

–Dejadme solo.

Sin hacerle caso, Miguel lo alcanzó y caminó a su lado. Esto hizo que el joven apretara el paso.

–¿Por qué te has dejado ganar? –le preguntó el infanzón.

Diego volvió la cabeza a su padre y lo miró con el ceño fruncido.

–Le has dejado hacer trampas –le insistió su padre.

–¿Qué más da? –protestó Diego encogiéndose de hombros–. Es solo un juego. Y a Roland le gusta ganar.

–¿Es que a ti te gusta perder?

Diego se paró en seco y miró a su padre enojado.

–Es solo un juego. Un estúpido juego –insistió con su rostro congestionado.

–Bien, pues juega de nuevo y recupera tu espada.

–¿Qué?

–Que recuperes tu espada.

–¿Queréis que rete a mi hermano?

La tensión entre padre e hijo se palpaba en el aire. La cercanía del río, y de una pequeña cascada por la que caía un chorro fresco y limpio ni siquiera permitía cortar la tirantez, que iba en aumento

–Quiero que recuperes tu espada. Esto ha dejado de ser un juego en cuanto la has perdido. Un caballero debe cuidar de sus armas.

–Por si no lo sabéis, yo aún no soy un caballero.

–Diego –le dijo Miguel poniendo su mano sobre su hombro y haciendo que le mirara a sus ojos–, el enfrentamiento es inminente. Recupera tu espada.

El joven se quedó mirando cómo su padre le daba la espalda y se iba. Un creciente nerviosismo sucumbió en su interior. Solo era un estúpido juego. Sabía de sobra que su hermano le devolvería la espada en cuanto se diera la voz de marchar. Pero había escuchado el tono de Miguel. No era un consejo o una sugerencia lo que le acababa de hacer. Era una orden. Y esa orden incluía retar a su hermano en público y recuperar su espada delante de todos. Y él no tenía alma de jugador. Además, todos habían visto cómo Miguel había salido

en pos de él en cuanto había entregado la espada a su hermano. Se quedó mirando la corriente del río, fresca y transparente en aquel lado. Luego desvió la vista hacia el horizonte. En algún lugar recóndito de aquella sierra que tenía delante se escondía el enemigo. Si no era capaz de rescatar su espada de las manos de Roland, ¿cómo iba a poder enfrentarse a los almohades?

Apretó las manos, cerrando sus puños hasta notar las uñas clavarse en sus palmas. Un miedo raro cruzó su alma y comenzó a temblar. Ya no hacía calor. Empezó a caminar para quitarse esa sensación inquieta de encima. Pero era demasiado evidente lo que su padre le acababa de recordar. Estaban a punto de llamar a la puerta del enemigo. Y el enemigo no les iba a recibir con viandas y vino. El ruido de pasos le hizo girar la cabeza. Descubrió la silueta del sajón un poco más atrás. El azul de su mirada poseía el poso del guerrero curtido en mil batallas, el carisma de un hombre valiente. El trino de un pájaro se escuchó cercano. Roland había comentado en alguna ocasión que William imitaba a la perfección los sonidos de las aves y que, con solo su silbido, interpretaba las más hermosas melodías, pero eso había sido en otros tiempos, antes de que le cortaran la lengua. Solo por eso, se hacía doblemente dolorosa la falta de su apéndice. Se saludaron con la cabeza. William se agachó al lado del río y recogió agua con un vaso de madera que llevaba en la mano. El hombre condenado a permanecer en eterno silencio parecía haber superado sus momentos más difíciles después de que su padre le salvara en el último instante de su intento de suicidio. Aunque su vida cotidiana no debía de ser demasiado fácil. Y le constaba que él y Roland siempre comían apartados del resto porque su hermano se encargaba de masticar por él la comida.

Y entonces se percató de lo poco que conocía a su propio hermano. Mientras él había permanecido bien protegido en el hogar de sus padres, Roland había estado expuesto a los peligros del mar, a los embates de la vida y a la furia de gente poderosa y rica. Y él... ni siquiera había sido capaz de enfrentarse al padre de Dulce. Contempló de nuevo el río, sereno y fresco, ajeno a su estado de ánimo. Se descalzó y metió los pies en la orilla. El agua apenas le llegaba al tobillo. El frío se acentuó dentro de su cuerpo, pero no le importó, porque por un momento se sintió metido de lleno en el invierno pamplonés y eso le reconfortó. Rememoró la imagen de su madre, sentada junto al fuego mientras les contaba historias de Nápoles y de Brindisi. Y el río dibujó el rostro de Dulce y el momento en que había puesto su trenza en su mano. Sin darse cuenta sonrió al evocarla y se prometió a sí mismo regresar con vida para poder ver a ambas de nuevo.

Los ruidos del campamento interrumpieron sus pensamientos. Debía resolver otro asunto, pero no sabía cómo. Debía buscar algo en lo que fuera mejor que su hermano y eso sería difícil. Podía retarle a escalar una de esas vertientes escarpadas que se insinuaban en la lejanía, o a una carrera con los caballos, o a correr descalzos por el río...

William se echó el agua que había cogido en el vaso por encima de la cabeza y se refrotó el rostro para refrescarse. Su larga espada colgaba al cinto hasta llegar casi hasta su tobillo. Diego se sintió desnudo de repente. Desvió sus ojos del arma al vaso de madera para no recordar que él había perdido la suya. Y entonces se le ocurrió algo. Podía vencer a su hermano o no en cualquiera de las pruebas que había pensado, pero solo había una forma de ganarle y recuperar su espada.

Se secó los pies en la hierba que crecía en la orilla y se calzó. Sin pensárselo demasiado caminó al encuentro de su hermano. Se detuvo solo un instante cerca del fuego donde habían desayunado y tomó prestados dos vasos de madera y una superficie llana, también de madera, que usaban para apoyar cacerolas y platos. Se sentó en frente de Roland, extendió la tabla entre ellos y colocó uno de los vasos bocabajo al lado de la mano derecha de su hermano y el otro en su lado.

–Saca tus dados –le dijo, mirándolo muy serio.

Roland sonrió abiertamente.

–¿Qué vas a apostar esta vez? ¿Tu maza? ¿Tu caballo? –le preguntó enarcando una ceja.

–Voy a recuperar mi espada.

–¿Y qué pones tú sobre la mesa?

–Si te gano, me devolverás la espada –dijo muy serio–. Si ganas tú, te entregaré también mi escudo.

–No quiero tu escudo. Pero me vendría bien una silla de montar extra.

–¿Para qué la necesitas, si solo tienes un caballo?

–Porque cuando intentes recuperarla en la próxima tirada, la apuesta subirá y entonces tendrás que jugarte tu caballo.

–Estás muy seguro.

–Lo estoy.

–De acuerdo, que sea la silla.

Todos los Almoravid se mostraron curiosos por lo que acababan de escuchar y se aprestaron formando un círculo. Iñigo buscó con la mirada a Miguel. El infanzón tenía el semblante serio y expectante. Sin perder ojo de

sus hijos, se situó a cierta distancia, con los demás espectadores. Diego elevó ligeramente la vista hacia su padre, luego se concentró en su hermano.

–Tú dirás –le dijo Roland divertido.

–Dos dados. Los meteremos dentro de los vasos y los dos los dejaremos a la vez bocabajo sobre la mesa. Ninguno de los dos podrá tocar el vaso a partir de entonces. Cada uno dirá un número. Ganará el que acierte primero. Jugaremos hasta que uno de los dos adivine lo que ha sacado. Si adivinamos los dos, vencerá quien haya sacado el número más alto.

–De acuerdo. Solo pondré una condición. No podremos apostar al siete.

Diego tomó aire tratando de que no se notara su temblor. Jugando con dos dados, hay treinta y seis posibles combinaciones y seis de ellas suman siete. Las posibilidades de acertar menguaban bastante sin poder apostar al siete.

–Me parece bien –dijo Diego marcando cada una de las palabras.

Cada uno eligió sus dados y los introdujo en el vaso. Los agitaron y los depositaron bocabajo en la mesa.

«*Alea iacta est*», pensó Diego.

–Tú hablas –le dijo Roland.

Diego se centró en el vaso puesto del revés, como si de verdad pudiera ver a través de la madera.

–¡Ocho! –dijo sin arriesgarse demasiado. Después del siete, el ocho y el seis son los dos números que más posibilidades tienen de salir.

Roland esbozó una amplia sonrisa.

–¡Seis!

Diego levantó su vaso... Miguel apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer de su rostro. Era él el que le había obligado a Diego a recuperar su espada, pero había esperado que buscara algo en lo que ganar para él fuera relativamente sencillo. Sin embargo, había retado a Roland en el mismo juego en el que había perdido su espada y en algo en lo que su gemelo era más que diestro. No podía negar que su primogénito había tenido arrestos para hacerlo. Los dados quedaron al descubierto: un dos y un tres. Mala suerte para Diego.

La satisfacción se reflejó en el rostro de su hermano, pero tampoco tuvo suerte. Sus dados sumaron un siete.

El mayor de los Migueleiz se tomó su tiempo. Con aparente parsimonia tomó sus dados sin dejar de mirar a su hermano y los depositó dentro del vaso. Si quería ganar, debía conseguir que su hermano se desesperara. A Roland le gustaba marcar el ritmo del juego. Le venía bien que fuera rápido porque él manejaba la muñeca con habilidad. Pero esta vez, el tacto de los dados estaba

lejos de su alcance. Al menos no podría hacer trampa de ese modo, aunque Diego estaba seguro que se conocía algún que otro truco más.

–¡Cinco! –dijo Roland.

–¡Nueve! –correspondió su hermano.

Ninguno de los dos acertó. La tensión de los presentes se disolvió en el aire, lo que tardaron los dos hermanos en situar de nuevo los dados en el vaso.

–¡Seis! –exclamó Diego.

–¡Ocho! –se protegió Roland.

Miguel cambió de postura y apoyó su peso sobre la pierna izquierda. Iñigo no le quitaba ojo. No estaba muy seguro de cómo podría terminar todo ese asunto, aunque intuía que Miguel había tenido mucho que ver en el reto que había propuesto Diego.

La cuarta tirada tampoco tuvo ganador, ni la quinta, ni la sexta. Miguel extremó la vigilancia. No estaba dispuesto a permitir que Roland hiciera trampas. La suerte estaba echada, pero por eso mismo había que dejar que el azar señalara su propio ganador.

Diego observaba sin perderse detalle los movimientos de la mano de su gemelo. Parpadeó un par de veces con rapidez e inspiró todo el aire que cupo en sus pulmones. Y de repente lo vio. Vio un brillo pasar por las pupilas de su hermano. Y entonces supo que lo iba a hacer. No tenía ni idea de cómo, pero sabía que iba a suceder. Miró sus dados que todavía descansaban encima de la mesa. Un cinco y un tres lo miraban desde la superficie de madera. Agarró los dados suavemente con su mano derecha, haciendo que los dados giraran una vez hacia su izquierda. Los dos unos quedaron mirándole como dos ojos envenenados de serpiente. Los dejó caer suavemente en el vaso y se aseguró de que los ojos de serpiente seguían mirándole sin atreverse a elevar su mirada lo más mínimo de la mesa y del vaso. Se concentró en el movimiento de su mano y volvió a tragar saliva.

–¡Nueve! –dijo Roland dejando caer el vaso sobre la mesa.

A Diego le pareció que había retumbado como un trueno. El joven cerró los ojos y los apretó. Podía sentir las gotas de sudor recorriendo su espalda.

–¡Doce! –anunció.

El círculo se llenó de exclamaciones. Diego seguía sin abrir los ojos. No podía y no quería. Roland destapó sus dados. Un murmullo publicó que Roland había acertado, algo que su hermano se esperaba. Ahora todo dependía de la destreza que hubiera tenido agitando los dados sin moverlos de su sitio. Lentamente elevó su vaso. Seguía con los ojos cerrados, concentrado en su

propio interior. Un instante lo separaba de la gloria o de la miseria. El silencio lo invadió todo de repente. La mano de Diego tembló a la par que las carcajadas se extendían por el corro. Alguien tocó su espalda y le dio la enhorabuena.

–¡No puedo creerlo! –dijo Roland.

Solo entonces se atrevió a abrir los ojos. Y allí estaban los dos seises.

–Hoy debe de ser tu día de suerte.

Una sonrisa boba se retuvo en su cara. Miguel asintió levemente a su hijo. Iñigo se acercó a él y le dijo al oído.

–¿Sabes que esta jugada te podía haber salido muy mal?

–Confiaba en Diego.

–Apuesto a que si hubieras sabido que iba a retar a su hermano a los dados, ni siquiera se lo hubieses insinuado. Antes hubieras obligado a Roland a devolverle la espada sin jugar.

–Pero todo ha salido bien.

–No estoy demasiado seguro.

–Conozco a mis hijos.

Miguel se acercó a Roland y a Diego y los felicitó. Pero las risas y las chanzas de los Almoravid no duraron mucho. La llamada a formar sonó por todo el campamento. Al parecer, los soldados de avanzadilla habían tomado unas posiciones enemigas y los tres reyes habían decidido mover a todo el ejército hasta aquellos parajes.

El ascenso se inició de inmediato. Se impuso una marcha rápida a través del puerto del Muradal. Había prisa por alcanzar el emplazamiento recién conquistado por la avanzadilla castellana. Los navarros se situaron en el grupo de cabeza. Esta vez no se perderían la lucha. Don Iñigo constató que los ánimos entre los suyos eran buenos. El reto de los gemelos no solo había servido de distracción a los Almoravid, sino que había hecho ganar confianza en los más jóvenes. La prueba de fuego no tardaría en llegar. Cabalgaron lo más unidos que pudieron por la calzada romana que transcurría por la comarca. Los vigías cristianos se dejaban ver en las zonas altas. La larga columna avanzaba al cobijo de su estrecha vigilancia, sabiendo que aquellos hombres tenían bien controlados a los enemigos. Pero en medio de la sierra, nadie está a salvo. El silencio se extendió como un manto de calor en el mediodía veraniego. Los ojos comenzaron a escrutar los alrededores.

Llegaron sin novedad al punto donde aguardaban el hijo y los sobrinos de don Diego López de Haro. Tomaron posiciones. Mientras llegaba el resto del

ejército cristiano, don Diego pidió voluntarios para atacar una torre de vigía situada un poco más arriba. Los Almoravid se aprestaron para la lucha con el permiso de su rey. Miguel se acercó a sus hijos. Les recordó que no tenían por qué acompañarle, pero los dos asintieron.

–Detrás de mí –les dijo con una sonrisa de satisfacción.

Avanzaron detrás de las fuerzas de don Diego. Una veintena de hombres a caballo bien provistos de armas. Las primeras flechas silbaron sobre sus cabezas.

–¡Escudos! –gritó García.

Se cubrieron mientras don Diego les indicaba que se movieran hacia una zona segura. Rodearon la torre y los pocos almohades que quedaban en las inmediaciones de esa torre de vigilancia retrocedieron sin oponer resistencia. La lid había concluido. Habían tomado Castro Ferral sin apenas resistencia. Los gritos de júbilo se extendieron rápido. Miguel se quitó el yelmo y desmontó.

–¿Los habéis visto, *aita*? ¿Los habéis visto huir ante nuestro avance? – Diego estaba exultante.

–No creas que va a ser tan fácil la próxima vez –le dijo Miguel tomándolo por los hombros–. Vamos a comer algo. Lo necesitas. Ambos lo necesitáis – insistió mirando a Roland, quien aún continuaba con su espada en la mano.

Al-Nasir recibió la noticia sin apenas un parpadeo. Su rostro estaba serio, pero no había en él preocupación. Los cristianos estaban cerca, sí, pero los almohades habían llegado primero y ocupaban una posición privilegiada. Y lo que era más importante, controlaban el paso de La Losa que se interponía entre ambos ejércitos. Al-Nasir sabía bien que por allí nunca pasarían los cristianos. Y si se atrevían a intentarlo, bastarían los pocos hombres desplegados por la zona para masacrarlos. Lo más probable era que Alfonso VIII decidiera volver grupas y retirarse. Sin embargo, eso todavía no había sucedido, así que había que centrarse en la campaña que tenía delante. Ordenó a sus oficiales que se mantuvieran alerta y pidió que lo dejaran solo.

El caíd Abou el-Djyouch escrutó la primera estrella de la noche en un cielo limpio de nubes. El campamento permanecía alerta, tal y como había pedido el califa. La tienda roja, signo del combate, brillaba en el ocaso de aquel día. La ejecución de Ben Kâdys y de su cuñado, estrangulados por mandato del propio califa tras la rendición de Qala't Raba, parecía haber acallado las protestas por el retraso del cobro de las pagas. Además, la proximidad del enemigo había enardecido el espíritu combativo, apagado

durante las largas jornadas de espera en Jaén. Sí, el ejército almohade estaba listo para la batalla; si es que esta llegaba al final.

Eran pocas las ocasiones en las que Ochando García había escuchado voces en la inmensidad de Sierra Morena. Hacía tiempo que aquellos caminos en su mayor parte solitarios, aquellos pasos escarpados, llenos de despeñaderos, eran su hogar. Su brazo derecho prácticamente inútil era la secuela que le había quedado de sus tiempos de soldado a las órdenes don Gaufrido de Aliseda. Durante los últimos años había burlado a la muerte, había sido bandido, pastor, renegado, pero siempre había estado solo. Sin embargo, durante los últimos días, su sierra se había llenado de gentes. Tantas que hacía días que había perdido la cuenta. Y no eran hombres cualquiera, sino guerreros, cruzados. El aire sostenía un olor inequívoco de confrontación. Mientras observaba el campamento cristiano, por un instante, echó de menos su vida en las huestes, pero se le pasó pronto. Podía haber vuelto a la vida normal cuando se enteró del fallecimiento del señor de Aliseda. Había tenido noticias de que un tal don Miguel de Grez había viajado desde Navarra para contárselo a la viuda, pero decidió que ya era tarde para enmendarse. Demasiados años de vagar por la sierra no eran fáciles de dejar atrás. Y con un brazo como el suyo... Así que siguió siendo lo que la vida había hecho de él.

Se sacudió el polvo con su mano sana y se pasó los dedos por los cabellos enredados. No es que así fuera a conseguir un aspecto distinguido, pero no quería pasar de largo la posibilidad de una cena caliente y de un poco de vino que, a buen seguro, los soldados compartirían con él. Salió de su escondite con tiento. Debía dejarse ver bien para que nadie creyera que era un espía, pero preparó su honda por si era menester utilizarla. Tenía a un par de hombres localizados y se dirigía hacia ellos para dar a conocer su presencia cuando alguien desde atrás le dio el alto. Maldijo su suerte en silencio. Pensaba que tenía todo controlado, pero aquel caballero había sido más rápido, más silencioso y, por supuesto, más diligente que él.

—Ni un paso más o mi espada atravesará tu espinazo.

Instintivamente, Ochando separó sus brazos.

—Soy cristiano —dijo tan despacio como pudo—. No porto espada, ni arma alguna. Soy amigo.

—Eso habrá que verlo.

Por la voz, Ochando supo que se encontraba ante un caballero maduro. La punta de la espada aguantaba firme sobre su columna por lo que dedujo que era un veterano, alguien que sabía muy bien qué se hacía.

–Volveos muy despacio.

Ochando se giró y descubrió a un hombre de unos cuarenta años. Su aspecto era impecable a pesar del calor y de los avatares de la última jornada y sus ojos oscuros brillaban de una manera especial.

–¿Qué haces aquí?

–Vivo aquí.

El interlocutor elevó ligeramente su ceja izquierda.

–¿En la sierra?

–Soy pastor –dijo con sencillez, como si eso lo explicara todo.

–Te has arriesgado mucho acercándote a nuestro campamento.

–La esperanza de una buena comida me ha hecho ser un poco osado, lo reconozco. Paso demasiado tiempo solo. Me llamo Ochando García –dijo a modo de presentación, aunque calló que también se le conocía por otros nombres como Martín Alhaja o Martín Malo.

–Mi nombre es don Miguel de Grez.

–¿El navarro?

–¿Por qué lo preguntas?

–Os conozco.

–Lo dudo.

–Vos sois quien dio muerte a don Gaufrido de Aliseda.

A Miguel le entraron ganas de reír.

–Él me dejó así el brazo –le señaló el pastor. Una ráfaga de ira cruzó sus pupilas y Miguel supo que cuanto decía era cierto–. Es una suerte poder conoceros. Cuando me enteré de la muerte de don Gaufrido... no sabéis la liberación que sintió mi alma.

–Me gustaría conocer esa historia –le dijo el de Grez bajando su espada. Ochando sonrió mientras le decía que se la contaría con gusto.

Miguel acompañó al recién llegado al centro del círculo de los Almoravid. Había empezado a oscurecer y el fuego estaba ya encendido.

–¿Así que sois de Aliseda? –le preguntó Miguel una vez estuvieron sentados, degustando un buen trozo de asado. No es que estuvieran sobrados de víveres, pero no querían que Ochando lo supiera, por si acaso.

–Serví bajo las órdenes de don Gaufrido, hasta que un día, Domingo, su capitán, me castigó por salir de la formación. Había estado enfermo, con

disentería, ya sabéis –hablaba abriendo mucho la boca y se veía la comida que masticaba– y necesitaba ir de inmediato a evacuar. Después de que Domingo me golpeará brutalmente, el de Aliseda ordenó que me fuera del campamento con un odre de agua. Me dijo que corriera porque iban a jugar a darme caza como a un animal. Pero logré esquivarles –tras decir esto se echó a reír–. Logré esquivar a don Gaufrido y a todos sus hombres.

Miguel dedujo que tantos años viviendo en la sierra habían trastornado el buen juicio de Ochando.

–¿Y desde entonces vives aquí? –le preguntó García.

–La sierra es mi casa –dijo divertido.

–Entonces –se interesó Miguel aguzando su vista–, conocerás todo este lugar, todos sus caminos y pasos.

–Como la palma de mi mano. Si el mando de este incontable ejército estuviera en mis manos, ahora mismo caería sobre los almohades.

–Ellos controlan La Losa.

–La Losa no es la única vía para llegar hasta Miramamolín.

Miguel y García se miraron y sonrieron.

–¿Te gustaría ganarte unas cuantas monedas?

Ochando dejó de masticar, tragó con fuerza y cerró la boca. Sus ojos se abrieron y se olvidó de pestañear. Estaba más que interesado.

Los tres reyes estaban reunidos en consejo de guerra. No hacía falta que nadie les dijera que no debían interrumpirles, pero la conversación que escucharon les hizo comprender que la interrupción no solo era necesaria, sino totalmente oportuna. Don Alfonso no disimulaba su decepción cuando decía que el paso de La Losa era tan áspero y difícil, que mil hombres podrían defenderlo contra cuantos poblaban la tierra⁴⁶. Tras insistir, García y Miguel lograron que el oficial de guardia entrara en la tienda a buscar a don Diego López de Haro. El alférez castellano se retrasó unos instantes.

–Espero que sea muy importante lo que ambos tengáis que decirme –los dos hermanos comprobaron que los nervios estaban a flor de piel. Y no era para menos. Si no lograban encontrar otro paso, el ejército cristiano quizá tuviera que empezar a reconocer su derrota.

García le habló al oído. Don Diego se quedó mirando al pastor y el rictus de su semblante cambió de repente.

–Entra conmigo.

Era cerca de media noche. Laraine estaba tan nerviosa que todo cuanto intentaba coger se escurría de sus manos. Se levantó de la silla y dio unos cuantos pasos por su habitación. La madera crujía bajo sus pies contribuyendo a su nerviosismo. Miró por la ventana. Las estrellas eran infinitos puntos blancos en la estela negra del crepúsculo. Se preguntó si Miguel estaría contemplando ese mismo cielo, si pensaría en ella, si la echaría tanto de menos como ella le echaba a él. Una leve inquietud rozó su alma, un deseo inabarcable de tener cerca a los suyos. Por la ventana abierta se escuchaba la noche serena de Pamplona. El aleteo de los murciélagos, el ulular de los búhos lejanos... Deseó gritar fuerte el nombre de Miguel. Cerró los ojos y una lágrima barnizó su sonrisa de melancolía.

Era la hora y lo sabía. Bajó despacio al patio. Una sombra la esperaba encogida. Sin decir nada, los dos intrusos de la noche salieron del refugio Almoravid y se dirigieron a casa de los Subiza. Tal y como habían acordado tácitamente, María les aguardaba en la entrada. Había dejado la puerta abierta y el paso estaba libre. Los tres coincidieron por primera vez a la luz de una minúscula vela. Laraine miró la *kutxa* y después a Domingo. Este se limitó a asentir con un movimiento de cabeza que quería decir: «Tranquilizaos, estaré bien». Ante su gesto, la dama asintió también, abrazó a María y se fue sin decir nada.

La oscuridad la aguardaba en el exterior. Se encogió dentro de su capa, aunque era una noche templada, y regresó a su casa. Todavía preguntándose si había hecho lo correcto al implicar a los Subiza sin el permiso de García y sin consultarlo al menos con Catalina, se sentó en la cama. No había terminado de hundirse en el colchón de lana cuando alguien golpeó su puerta insistentemente. Se llevó la mano al pecho para tratar de tranquilizar su corazón que latía desbocado mientras preguntaba qué ocurría. No podía ser que hubieran descubierto a Domingo, ¿o sí? Una de las sirvientas, con cara congestionada, entró en la alcoba y no habló hasta estar cerca de su ama. La vela que llevaba en la mano reflejaba un color entre naranja y amarillo en su rostro, profundizando las sombras y los ángulos de su cara.

–Debéis bajar, es urgente.

–¿Qué sucede? ¿Alguno de los niños se encuentra mal?

–No, señora. Alguien desea veros. Dice que es urgente.

Laraine descendió las escaleras detrás de la sirvienta, quien llevaba la vela despegada de su cuerpo para permitir una mejor iluminación del espacio para su señora.

–¡Enneco! –exclamó Laraine al ver a su visitante inesperado.

–Siento molestaros a estas horas, señora, pero ha ocurrido algo urgente. Mi esposa requiere de vuestra presencia para tratar... cierta enfermedad.

Intrigada, tomó su capa y su sombrero y siguió a Enneco, el esposo de Oria, quien se movía con rapidez con una antorcha en la mano. Laraine captó cierto nerviosismo en el de por sí siempre tranquilo juglar. Pero esperó a estar más apartados de la casa para preguntar en un susurro de qué se trataba.

–Será mejor que vos misma lo veáis.

Sin decir nada más siguió a Enneco hasta abandonar la Navarrería y cruzar al burgo de San Nicolás, donde residían Enneco y Oria. El guardia de Portalapea no puso ninguna objeción. No era la primera vez que mujeres diestras en el arte de curar enfermedades cruzaban la ciudad para atender alguna urgencia.

–Entrad –le pidió Enneco.

Laraine penetró de puntillas, para no hacer ruido. Sabía de sobra dónde se encontraba la pequeña habitación en la que Oria atendía a los enfermos y preparaba a los difuntos para ser enterrados. La casa de Enneco era muy particular. Alguna de sus habitaciones exhibían columnas y decoración más propias de una iglesia que de una casa. Todos decían que Enneco el juglar era algo excéntrico, pero ella quería pensar que era una persona sensible a la belleza. La sanadora estaba sentada al lado del lecho, inclinada sobre la persona que ocupaba aquel espacio. Se acercó con cuidado, pero confiada. Sabía que estaba preparada para atender cualquier emergencia. Sin embargo, nada podía haberla preparado para el encuentro que estaba a punto de suceder.

–¡Señora! –la palabra resonó en el espacio vacío de la habitación–. Mi hora ha llegado.

La siciliana dio los últimos pasos con prisa. Escuchó el sonido de la puerta al cerrarse, pero no se volvió. Se limitó a tomar entre las suyas, la mano que se alzaba, peticionaria, hacia ella.

–¿Cómo te encuentras, Toda? –le preguntó entre aliviada por haberla encontrado viva y preocupada tras observar el semblante de Oria. Aunque la sanadora sabía disimular muy bien sus emociones, había cosas que una curandera no podía ocultarle a otra. Y en un breve vistazo, Laraine apreció que algo grave ocurría.

–Mi hora ha llegado –repitió Toda como en una letanía.

Laraine llevó su mano derecha a la frente de la sirvienta. Estaba caliente, demasiado caliente. Después procedió a examinar su vientre. Este se puso

duro de repente. La cara de Toda reflejó una mueca de dolor. La sirvienta estaba en lo cierto: parecía que el bebé estaba a punto de nacer. Sin embargo, eso no justificaba la fiebre, y tampoco que Oria la hubiera llamado. La sanadora se las bastaba y se las sobraba para atender sola un parto. Con una sonrisa trató de tranquilizar a la parturienta. Apretó su brazo y le dijo que le iban a ayudar a traer a su hijo al mundo.

–¡No! No lo entendéis. Mi hora ha llegado –les dijo con ruego en sus ojos–. Debéis traer a un sacerdote.

La siciliana clavó sus ojos en Oria. Esta hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. La dama arrugó el ceño unos instantes. Bien fuera por la hora, bien porque tenía muchos asuntos en mente, no entendía la urgencia. Hasta que destapó a la sirvienta. Y entonces comprendió. La sangre era abundante alrededor de ella. Laraine tuvo que apretar los labios para ocultar su preocupación.

–Enneco ha ido a buscar al sacerdote –dijo la sanadora en esos momentos. Su rostro se abrió en una ligera sonrisa que trató de calmar a la mujer.

Su rostro sudoroso reflejaba el esfuerzo y el dolor que sentía. Se agarró con toda su fuerza a las sábanas y gritó con todo el desgarro que su maltrecho cuerpo llevaba dentro. Laraine tuvo la impresión de que por ahí se escapaba parte de su alma, parte de su vida. Y no iba desencaminada del todo.

Oria se volvió a coger los trapos y los empapó en agua. Por la estancia se había extendido un olor ferroso que lo impregnaba todo. Las dos mujeres que atendían a la púerpera estaban acostumbradas a ello y no hicieron caso.

–El bebé está bien colocado –le comentó en ese momento Oria a Laraine en voz baja– y tiene prisa por salir. Pero...

Laraine asintió tres veces y cerró los ojos. Sabía lo que significaba ese *pero*: el niño nacería, pero la madre pagaría con su vida el alumbramiento. Sin embargo, había que intentarlo todo. A veces, ocurrían milagros. Las dos los habían visto. La siciliana lavó el rostro de su sirvienta y le refrescó la frente. Unos ojos febriles la miraron.

–Empuja –le dijo Oria al notar la siguiente contracción.

Toda no reaccionó; nada podía hacer porque las fuerzas la habían abandonado ya. Oria estaba totalmente centrada en su tarea. Miró el vientre que no tardaría en ponerse duro de nuevo. Esperó hasta el momento adecuado y apretó fuertemente sobre él. Toda gritó de dolor. Un chillido amargo, ronco, exhalado por una mujer vencida. Estaba rota por dentro y las tres lo sabían. Al ver la sangre expulsada tras la última contracción, Laraine comprendió que no

había nada que hacer por la madre. Oria se había dado cuenta hacía tiempo de ello. Aunque ella había albergado alguna esperanza, esta había desaparecido al ver el río rojo viscoso que había salido al empujar sobre el abdomen abultado. De repente, Laraine fue consciente de lo que iba a ocurrir y se sintió abrumada. La mirada urgente de Toda absorbió sus pensamientos. Ella también era consciente de lo que sucedía. Lo había sabido hace tiempo. Le había repetido que había llegado su hora; la hora de morir y no la de dar a luz, como ella había pensado. Miró hacia la puerta. Esperaba que Enneco no llegara tarde con el sacerdote.

–Un poco más –le animó Oria con su dulce voz– y todo estará bien.

Pero la parturienta no podía más. De sus ojos corrían lágrimas y su cabeza trataba de imaginar por última vez el rostro de García. El hombre que más alegría y dolor le había reportado en su vida. Intentó agarrarse a los momentos de felicidad que había vivido con él e hizo el último esfuerzo. Empujó. Oria, atenta, tomó la cabeza del niño y estiró de él.

–Don Guillemín viene enseguida –la voz de Enneco se escuchó como el eco de una caverna. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la siciliana–. He avisado a Blanca. Ha salido al encuentro del sacerdote para ayudarle.

Oria examinó al bebé. Aparentemente estaba entero y sano. Un débil llanto acompañó el final del examen. La sanadora inspiró con fuerza. La noche era negra fuera.

–Es un varón –anunció mientras tapaba al bebé y se lo entregaba a Laraine.

La dama fue a depositarlo en los brazos de su madre. Se dio cuenta de que Toda respiraba con dificultad y sus ojos parecían perdidos ya en caminos diferentes a los de esta Tierra. El sonido metálico de unas cadenas interrumpieron el acercamiento entre madre e hijo. Laraine giró su cabeza. Una figura oronda se dibujó en la puerta. El niño se puso a llorar y la sorpresa acudió a la cara de la dama al encontrarse con el rostro, no de don Guillermin, sino de Gutierre. El sacerdote arrugó la nariz en una mueca de repugnancia. La siciliana apretó al niño contra su pecho en un acto de protección. No sabía muy bien la razón, pero el hermano de Blanca le producía una sensación de incomodidad

–He oído el aviso. He pensado que si era urgente, yo sería más rápido que don Guillermin. Salid fuera.

Oria y Laraine obedecieron. El recién nacido seguía llorando. La siciliana se giró para ver a la madre, sin saber que esa era la última vez que la iba a ver con vida. Gutierre salió enseguida. Tan poco rato estuvo con Toda que Laraine

se preguntó si le había dado tiempo si quiera de extender su absolución.

El hermano de Blanca negó tres veces con la cabeza y se fue. El tintineo metálico de su rosario invadió el silencio del hogar de Oria y de Enneco. La siciliana se quedó quieta, como petrificada. El niño se había callado y reposaba dormido entre sus brazos. Lo miró. Tenía entre sus manos un Almoravid y no sabía qué hacer con él.

⁴⁴ Kutxa: Caja. Aquí hace referencia a un arca o arcón grande.

⁴⁵ Actual río Magaña.

⁴⁶ Palabras recogidas por Rodrigo Ximénez de Rada en su obra *De Rebus Hispaniae*.

DESPEDIDA EN SOLEDAD

Sábado, 14 de julio de 1212
As-sabat, 12 de Safar del año 609 de la Hégira

«Me refugio en Dios, de Satanás el apedreado. En el nombre de Dios, piadoso y clemente. La bendición de Dios sea sobre nuestro Señor y dueño, Muhammad el Profeta honrado y sobre su familia y amigos. Salud y paz.

¡Oh creyentes!, Yo os haré conocer un empleo del dinero que os libre del castigo doloroso. ¡Sed de los que creen en Allah y en su enviado! ¡Sed de los que combaten en el sendero de Allah, con vuestros bienes y vuestras personas! Esto será mejor para vosotros, si llegáis a comprenderlo. Dios os perdonará y os dará entrada en los jardines debajo de los cuales corren ríos, y en habitaciones amenas de los jardines del Edén, esto es una felicidad grande». (Corán 61, 10-12).

Texto del pendón que colgaba de la tienda de Miramamolín durante la batalla de las Navas de Tolosa y que actualmente se conserva en el Monasterio de las Huelgas Reales (Burgos). Traducción: Manuel Urosa

EL CALIFA HABÍA SIDO ADVERTIDO, pero no daba muestras de preocupación. En el amanecer despejado de aquel as-sabat, 12 de Safar del año 609 de la Hégira, el infiel había asomado por fin su cabeza. Y lo había hecho de manera algo sorpresiva, aunque sin consecuencias de cara a la batalla. De alguna forma, los cristianos habían burlado el obstáculo del paso de La Losa que custodiaban sus hombres y habían comenzado a acantonarse en la explanada de un pequeño montículo próximo a sus posiciones. Abu Abd Allah Muhammad ibn Yaqub al-Nasir casi se alegraba de que hubiera ocurrido. Sus hombres estaban de sobra preparados y descansados. Listos para entablar hostilidades.

Al-Nasir mandó el repliegue de la mayor parte de los hombres apostados en La Losa y ordenó que las fuerzas provenientes del Atlas se prepararan para un inminente ataque. El enemigo aún no había terminado de situarse y era el momento de interrumpir su despliegue. El murmullo creció entre sus fuerzas, hasta convertirse en un griterío desafiante. Los almohades levantaron sus armas al cielo; lanzas, flechas, arcos, cimitarras... En signo provocativo se

reían y azuzaban el odio contra sus enemigos mortales. La respuesta no tardó en llegar desde las filas cristianas. Alertados por el rumor creciente que acercaba el viento, las huestes cristianas iniciaron su propio grito de guerra.

Toda la sierra fue testigo del desafío. Los escarpados desfiladeros de los alrededores recogieron el guante. Y cualquier alma que aquel día escuchó el clamor de aquellos pueblos levantados en armas supo que la tierra se teñiría pronto de rojo.

Las fuerzas del califa asignadas para aquel primer ataque ya estaban preparadas. Abou el-Djyouch sentía el mismo orgullo que el resto de los jefes almohades al ver a sus hombres listos y en formación. Respiró con fuerza, satisfecho, y se dispuso a ver cómo aquellos hombres desafiaban a los cristianos.

Al-Nasir caminó hacia su tienda roja. El grupo de timbaleros y percusionistas le abrió paso en un respetuoso silencio. Atravesó también el cuerpo de los *imesebelen* y caminó hacia la jaima. Su rostro se iluminó al contemplar el pendón que colgaba en la entrada. Un gran tapiz en tonos rojos, amarillos, blancos, verdes y azules, confeccionado con oro, plata y seda. «Me refugio en Dios, de Satanás el apedreado. En el nombre de Dios, piadoso y clemente. La bendición de Dios sea sobre nuestro Señor y dueño, Muhammad el Profeta honrado y sobre su familia y amigos. Salud y paz», leyó. Y se sintió en paz. Acariciado por el viento que soplaba en la loma, se sentó fuera, acompañado de su Alcorán y de su cimitarra, y se dispuso a presenciar las hostilidades.

Se desplegaron los almohades en rápido descenso, llamando la atención de los cristianos. Estos observaron el ataque mientras miraban a sus oficiales al mando. Llovieron las primera flechas sobre el recién estrenado campamento. Los cristianos corrieron a refugiarse fuera del alcance de los proyectiles. Se replegaron los almohades y volvieron a juntarse para iniciar una nueva arremetida. El resultado fue el mismo.

Al-Nasir notó el cambio de estado del capitán de sus *imesebelen* y lo miró. A pesar de su imperturbable semblante, su mirada era de expectación y no de satisfacción. El califa se levantó y oteó el horizonte.

–¿Qué ocurre? –le cuestionó al *qa'id*.

–No responden a nuestros ataques.

Los navarros ocuparon el extremo derecho del campamento. Miguel

avanzó unos pasos para observar, por fin, al enemigo. No hacía mucho él había pasado por debajo de las lanzas y cimitarras que ahora ondeaban al viento en un gesto de marcada provocación. La sensación era distinta a aquella vez en que viajaron escoltados desde Carmona a Sevilla. Sin embargo, la grandeza de aquel ejército se sentía de igual manera. Apoyó la punta de su escudo sobre el suelo y oteó en la distancia. El enemigo se preparaba para atacar. Sin duda, era una buena estrategia. No todas las unidades del ejército cristiano se habían unido en aquella explanada. Todavía faltaban algunos contingentes por llegar y, seguramente, de eso se quería aprovechar al-Nasir. Miguel sintió la presencia de Álvaro a su lado.

–¿Qué opináis? –le preguntó el de Subiza.

La tienda roja del califa era bien visible en la distancia.

–El viento nos favorece. Creo que podríamos alcanzar la jaima roja con nuestras flechas.

–Siempre tan práctico.

Los dos amigos se quedaron observando durante los siguientes momentos.

–Hemos sido afortunados al toparnos con ese pastor.

Miguel asintió. El encuentro con Ochando había sido una suerte. Diego López de Haro y García Romero de Aragón habían partido con él para inspeccionar el paso que el pastor proponía. Y había sido providencial para que todo el ejército cristiano accediera al punto en el que ahora se encontraban.

–Van a atacar –previno el infanzón.

Instintivamente, Miguel elevó el escudo para protegerse de las flechas y los dos amigos dieron unos pasos atrás.

–¡Por poco! –se rieron ambos.

Con la sonrisa aún pintada en sus rostros se resguardaron en el campamento navarro y se acercaron al lugar donde aguardaban sus hijos. Roland, Diego, Martín y Pedro no les quitaban ojo de encima. Movían sus manos con nerviosismo como si necesitaran asir de inmediato el pomo de sus espadas. Estaban convencidos de que el ataque sería inmediato. Sin embargo, los tres reyes reunidos en consejo de guerra habían decidido esperar hasta el lunes para lanzarse contra las huestes del califa.

Blanca y Oria lavaron con delicadeza el cuerpo sin vida de Toda. Secaron su piel muerta, peinaron sus cabellos y la amortajaron con lienzo blanco de

algodón que Laraine les había facilitado. Una vez terminada su tarea, llamaron a la siciliana. La habitación permanecía en penumbra. Un resquicio de la ventana abierta dejaba pasar el silbido del viento que soplaba con fuerza en aquella mañana plagada de nubarrones. Pronto llovería, pensó Laraine para distraer sus pensamientos. El rostro de Toda se veía sereno. Parecía que dormía plácidamente si no fuera porque su pecho permanecía inmóvil. La dama se acercó despacio. Sentía lástima por ella. Había muerto sola y sola sería enterrada junto con sus sueños y sus cuitas. Laraine sabía que no tenía familia, que su única familia habían sido los Almoravid. Pero, por una maldición del destino, ella sabía también que no podía llevar el cadáver de la sirvienta al hogar de Catalina. Se arrodilló junto a ella y rezó por su alma. Deseó de todo corazón que aquella mujer pudiera encontrar la luz más allá de la muerte. Se levantó despacio y salió, dejando sola a Toda. Blanca y Oria interrumpieron su conversación al ver la silueta de la dama. Blanca bajó la mirada.

–Hablaré con don Guillemín ahora –la voz de Laraine salió suave, pero segura.

Blanca apretó los labios. Laraine le había pedido llevar a Toda a su casa para velarla allí. Pero la mujer se había negado. Gutierre, le había dicho, no lo entendería. Tampoco la podía dejar en casa de Oria, así que no le quedaba más remedio que preparar el entierro de manera inminente.

–¿Pensarás lo del bebé? –le preguntó a Blanca.

La beata elevó su vista. Sus ojos decían que no. Laraine era consciente del inconveniente que le proponía, pero sería solo de manera provisional. Si pudiera, ella misma se lo llevaría a su casa, pero no podía.

–En estos casos –se atrevió a decir Blanca–, lo mejor es entregarlo en un monasterio.

La siciliana se puso seria. «En estos casos –pensó–. Pero este no era un caso cualquiera. En sus manos tenía el destino del hijo de García. Y aunque Toda hubiera muerto creyendo haberse llevado el secreto a la tumba, ella lo sabía y, seguramente, también el Almoravid».

–Te pagaré por las molestias y mandaré a alguien para que lo amamante. Solo hasta que pueda disponerlo todo.

Blanca no dijo nada, pero pareció aceptarlo al final. Laraine respiró con algo más de tranquilidad. Despacio, salió de la casa y se dirigió a la iglesia de Santa Cecilia. Una ráfaga de viento la sorprendió nada más poner un pie en la calle. Cruzó los brazos para protegerse. Estaba destemplada después de una

noche en vela. Don Guillermin no puso muchos reparos en aceptar la propuesta de la siciliana. Conocía su devoción por aquella iglesia y la santa que le daba nombre. Había sido generosa en dádivas y limosnas y siempre se comportaba con corrección. Además, si era cierto que Toda no tenía familia que la velara, no había mucho más que añadir al caso. Laraine regresó a casa de Oria algo más tranquila. Una vez en el hogar de Enneco, le pidió a este que fuera a buscar un carro a su casa. Mientras, ella se acercó a ver por última vez a Toda. Encendió varias velas y se sentó cerca de ella en silencio. El viento se colaba por la rendija de la ventana aún abierta y movía ligeramente el pelo sobre la frente de la difunta. Si tuviera que describir la soledad, pensó Laraine, aquel momento lo explicaría claramente. Con un sutil golpe en su hombro, Enneco le informó de que el carro aguardaba ya en la entrada. Ella asintió, se persignó y se levantó. El llanto del recién nacido se elevó entonces sobre el sonido del viento. La siciliana salió y tomó al bebé en brazos. Sus ojos se anegaron de lágrimas. «Lo siento», le dijo al cuerpecito indefenso que tenía guardado en su regazo. Lo besó en la frente y lo depositó de nuevo sobre la mesa.

Salió al exterior. El viento traía humedad, anuncio de lluvia. Terminaron de colocar el cuerpo sin vida de Toda en el carro y Laraine se despidió de Oria, de Enneco y de Blanca.

–Iré a ver al bebé a tu casa –le dijo a esta última– y te llevaré a una nodriza.

La siciliana se colocó detrás del carro y acompasó sus pasos al lento giro de las ruedas y al lamento agudo de estas al andar. Se mantuvo ajena a las miradas curiosas de los vecinos. Habían ocultado el cadáver debajo de varias mantas y esperaba que eso bastara para ahuyentar los cotilleos. Llegaron sin más novedad a la iglesia de Santa Cecilia donde los restos mortales de aquella sirvienta descansarían para siempre. Laraine era la única testigo. Normalmente, las mujeres se quedaban en la parte de atrás, pero en esta ocasión, la dama se acercó hasta don Guillermin. Bajó la cabeza y siguió la breve y concisa ceremonia.

–*Requiescat in pace* –pronunció el sacerdote, retirándose a continuación.

El silencio lo invadió todo de repente, un silencio que apesadumbraba. Laraine sintió su peso sobre sus hombros, sobre su alma. Se encaminó hacia la morada Almoravid. Nada parecía haber cambiado en ella. Los chicos asistían a sus clases de esgrima y las niñas se entretenían tocando instrumentos. Fue directamente hasta la habitación de Catalina. Estaba acostada. Tenía un sueño

tranquilo. Con delicadeza, acercó su mano al vientre de su cuñada hasta que sintió el leve movimiento de un pie minúsculo. Eso estaba bien. Se sentó en una silla al lado de la cama y se quedó dormida.

TRES CABALLEROS NEÓFITOS

Domingo, 15 de julio de 1212
Al-áhad, 13 de Safar del año 609 de la Hégira

En esse dia mismo [15 de julio], fizo el rey noble de los aragoneses cauallero a su sobrino Nunno Sanchez. Et los moros entre tod esto, como a manera de algarrada, feriendo sus estrumentos et sus roydos, que ellos fazen contra los cristianos quando tiempo ueen, enssayaron de uenir fastal cabo de las nuestras tiendas, cometiendo sus enssayes de ante de la batalla. Mas al cabo, entre la ora sesta et la nona, pues que ouieron assaz esperado alli et uieron que nos non faziemos contenente pora salir et yr a ellos, leuantaronsse dalli dond estauan, et tornaronse pora sus tiendas, allí do las tenien fínçadas.

Estoria de España. Primera Crónica General de España, Alfonso X

En ese mismo día [15 de julio], el noble rey de los aragoneses armó caballero a su sobrino Nuño Sánchez. Y los moros mientras tanto, como en forma de algarrada, haciendo los estruendos y ruidos que hacen contra los cristianos nada más verlos, intentaron llegar hasta nuestras tiendas, preparando sus ensayos para la batalla. Pero al cabo, entre las 12 y las 3 de la tarde, tras haber esperado durante largo rato y viendo que nada hacíamos para responder y salir en pos de ellos, se levantaron de allí donde estaban y regresaron a sus tiendas, justo donde estaban clavadas.

Historia de España. Primera Crónica General de España, Alfonso X

MIGUEL MIRÓ A SUS HIJOS y les sonrió. Los ojos de Roland brillaban con falsa modestia. Los de Diego ocultaban a duras penas su nerviosismo. Roland caminaba contento, con cierto placer; su mentón apuntaba hacia arriba y sus ojos buscaban el horizonte. Diego daba pequeños pasos, con su mirada puesta en un punto, unos pies más adelante de donde se encontraba, totalmente concentrado. «¿Podían ser dos hijos tan iguales y tan diferentes?», se preguntó el de Grez.

El domingo había amanecido despejado. En frente se distinguía con claridad al enemigo apostado en la altura del monte cercano. Tendrían que librar aquella batalla cuesta arriba, lo que le hizo pensar en todas las

implicaciones que eso conllevaba. Álvaro se cruzó en su camino. Se saludaron con complicidad. El joven Pedro se unió a los dos hermanos Migueleiz. La proximidad del enfrentamiento había diluido cualquier roce pasado entre ellos. Lo cual alegró al de Subiza.

–Id –les dijo Miguel a sus hijos. Estos se adelantaron junto con Pedro.

El rey aguardaba un poco más adelante, preparado con su espada. Ser armado caballero en el mismo campo de batalla era una distinción muy estimable, pensó Miguel. Y que don Sancho hubiera decidido conceder ese honor a sus hijos le hacía sentirse orgulloso. Además, la presencia de Pedro en la misma ceremonia le daba tranquilidad. Los compañeros de armas son un apoyo y una bendición en cualquier lid y ellos serían hermanos de sangre para siempre, igual que lo eran García, Álvaro y él.

–¿Estáis pensando lo mismo que yo? –preguntó el de Subiza justo cuando Diego esperaba arrodillado ante el rey.

–Seguramente no –le dijo Miguel con una sonrisa asomada a la comisura de sus labios.

–Aún os puedo ver aguardando de rodillas el día que nos armaron caballeros, mientras el rey os daba la espalda. Por un instante pensé que ibais a saltar encima del rey sabio⁴⁷. Nunca os lo he comentado, pero me apuesto diez sanchetes a que pensasteis que se habían olvidado de vos a propósito.

–Y lo hicieron –se rio el infanzón–. Don Sancho disfrutaba poniéndome en aprietos. Y creo que lo sigue haciendo.

–Él os armó caballero a vos y ahora lo hace con vuestros hijos.

–Eso es cierto.

–¿Quién de los dos creéis que heredará ese anillo que lleváis en vuestro dedo?

–Afortunadamente, este anillo no es una herencia –manifestó algo molesto Miguel–. Espero que por ventura, el rey no esté pensando en ninguno de ellos para hacerlo depositario de esta joya.

–Todo a su debido tiempo –le dijo Álvaro divertido mientras le palmeaba la espalda.

No hubo tiempo de celebraciones. Miguel apenas pudo disfrutar de ver a sus hijos con sus espuelas de oro. El campamento estaba en alerta. Los reyes mantenían la actitud de no responder a ninguna de las hostilidades, salvo para evitar que los almohades se acercaran demasiado. Los sacerdotes, con don Rodrigo Ximénez de Rada y el obispo de Narbona a la cabeza, habían comenzado su ronda entre los acampados para darles ánimos y escucharlos en

confesión.

Laraine se despertó de repente, incómoda en su silla. Una desagradable sensación le recorrió la parte izquierda de su cuello al enderezarse; como una punción que hizo que se quedara encogida. El dolor descendió hasta mitad de la espalda y se quedó instalado allí. Abrió los ojos con la extraña sensación de no saber muy bien en qué día se encontraba. Miró a Catalina, que se agitaba en sueños. Seguramente eso sería lo que la había despabilado. Se levantó de la silla y acudió a su lado. Comprobó que todo estaba bien y que el niño seguía creciendo dentro del seno materno. El contacto tranquilizó a la dama. Su respiración se hizo regular y constante, circunstancia que aprovechó Laraine para acercarse a la ventana y comprobar qué hora era. No hacía mucho que el sol se había anunciado por el este. Decidió dejar a la convaleciente en la cama y bajar a desayunar algo. Al girarse, el cuello le dio un pinchazo. Una mueca de dolor apareció en su rostro. Escuchó trajinar a la cocinera, pero se dirigió directamente al salón pequeño. Los niños fueron llegando poco a poco. Hablaban, reían y hasta discutían de vez en cuando. Laraine casi disfrutó de aquella normalidad.

–¿Podemos bajar al río? –le preguntó Etienne.

Laraine centró su atención en su hijo menor. La pregunta le hizo recordar las veces que Miguel le había contado sus andanzas en la orilla del Runa. Su esposo tenía prácticamente la misma edad de Etienne cuando encontró aquel hombre flotando en las aguas del río. Ese pensamiento la hizo estremecer. Su hijo todavía le parecía tan pequeño...

–Fortún nos acompañará, ¿verdad, Fortún? –secundó Johan al ver que Laraine tardaba en contestar.

–¿Lo harás? –le preguntó entonces la siciliana a su sobrino.

–Hoy hace bueno. Podremos pescar –le aseguró Fortún.

–Os quiero puntuales a los tres en la mesa a la hora de comer –les advirtió mientras veía cómo abandonaban la estancia a todo correr.

Elvira, Isabel, Magdalena y Clemencia se quedaron en silencio.

–¿Y vosotras? ¿Algún plan para esta mañana?

–Hay mercado –dijo Elvira.

Laraine asintió.

–Que os acompañe la cocinera. Y de paso le ayudáis a traer la compra.

Las chicas protestaron, aunque sabían que no iban a conseguir que Laraine

las dejara ir solas.

–¿No nos acompañáis vos? –le preguntó Elvira.

–Debo atender un asunto –les dijo–, pero si acabo a tiempo me pasaré a ver si os encuentro.

Laraine se marchó deprisa a casa de Blanca. La criandera que había buscado estaba terminando de amamantar al pequeño. Cuando terminó, la siciliana lo tomó en brazos y pidió quedarse a solas con él. Examinó al pequeño. No sabía qué buscaba. Tal vez solamente asegurarse de que estaba bien, o quizás tratara de encontrar un parecido del pequeño con García. El bebé gesticuló con su boquita durante un instante, luego se quedó dormido. Lo retuvo todavía durante un rato más. Su contacto le transmitió paz y sosiego. Estaba calentito dentro de su pequeño manto y su mejilla era suave al tacto. Tenía la nariz pequeña y sus labios apenas se dibujaban en un rostro enmarcado por una buena pelambreira oscura. La dama acarició con su dedo índice el puño cerrado del pequeño. Este abrió la mano y asió con fuerza el dedo que se le ofrecía. El gesto le hizo sonreír a la siciliana.

Por segundo día consecutivo, las fuerzas almohades habían tratado de provocar el ataque cristiano, sin lograrlo. Era un domingo extraño en el que el cielo comenzó a pintarse de rojo en cuanto el sol anunció su descenso. El lunes sería un día de calor, pensó Miguel. Todo dependería del viento. Sentado junto al fuego Almoravid, el de Grez contempló el campamento. Todo parecía más real y más pleno que nunca a su alrededor. En ese instante tenía una conciencia casi palpable de la vida y de la muerte. Vio salir a don Pedro II de la tienda de don Sancho. Ambos se fundieron en un abrazo antes de despedirse. Al momento, el rey aragonés se alejó hacia su campamento acompañado de su sobrino Nuño Sánchez, conde de Rosselló, Cerdanya y Conflent. El joven había sido armado caballero también esa misma mañana, por su tío.

Sabía que iba a ser una noche tensa y singular. Don Iñigo se sentó a su lado.

–Mañana –afirmó de pronto el recién llegado sin añadir una palabra más. Miguel lo miró y asintió.

–¿Recordáis cómo luchan los almohades?

Miguel lo sabía. ¿Acaso no había luchado a su lado?

–¿Creéis que lo repetirán mañana? –le preguntó a su tío.

–¿El *tornafuye*? Es lo que han estado haciendo estos dos días –hubo una pausa. Los dos se sumergieron en el pasado, recordando viejas jornadas de combates–. Aseguraos de que vuestros hijos utilizan caballos de patas fuertes y que sean vigorosos. Los necesitaremos para alcanzar con posibilidades la cima donde ha plantado su tienda el Miramamolín. Y acordaos de que, si no hay sorpresas, tratarán de envolvernos por las alas.

La llegada de García interrumpió los pensamientos de ambos. Venía acompañado por el prior de Roncesvalles, Martín Guerra. El capitán del clan Almoravid reunió a todos los suyos en un corral. «*Pater noster qui est in coelis, sanctificetur Nomen Tuum, adveniat Tegnum Tuum; fiat voluntas Tua, sicut in caelo, et in terra. Panem nostrum cotidianum da nobis hodie; et dimite nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a Malo. Amen*». La plegaria se elevó al cielo como una sola voz.

–Don Martín escuchará en confesión a quien lo desee –dijo García al concluir la oración, mientras repartía pergamino, tinta y pluma para quien quisiera escribir sus últimas voluntades.

Miguel recibió una sonrisa de García a la vez que el pergamino. Lo tomó entre sus manos y contempló el lienzo en blanco, sabiendo que sus hijos lo vigilaban. Respiró hondo. En realidad, se dijo, no había mucho que pensar. Sabía lo que quería. Su deseo era ser enterrado en la catedral. Y de no poder hacerse, su segunda opción era Santa Cecilia, a la que su esposa parecía tener tanta devoción. Deseaba ser sepultado con sus ropas de caballero y que en su lápida apareciera la inscripción: «*Ad usque fidelis*». Un tercio de sus bienes lo destinaba a las órdenes mendicantes. La cantidad correspondiente debería ser repartida a partes iguales. Eso es lo que deseaba. La idea le hizo sonreír porque una cosa era su deseo y otra bien distinta lo que dictase la batalla. Si su destino era morir al día siguiente, sería muy difícil que pudieran trasladar su cuerpo hasta Pamplona para ser enterrado allí. De cualquier forma, se sentó y escribió. Al finalizar, contempló su redacción. Se alegró de que su letra apareciera clara y precisa, signo de que su pulso no había flaqueado al redactarlo. «Espero que nunca tengas que leer esto, Laraine». Su último pensamiento fue para ella. Escribió unas líneas expresándole su amor y al final del escrito añadió: «Yo te doy mi fe, Laraine». Lacró la carta y puso su sello. Se levantó con agilidad y se dirigió hacia su primogénito.

–Os hago testigo –le dijo.

Diego miró la carta con cierto temor. Su padre le sonrió, pero él solo pudo

corresponderle con una nota de seriedad.

García se había apartado del resto de los Almoravid. Necesitaba unos instantes para él solo. Acababa de recibir la absolución y notaba como si una extraña sensación flotara cerca. Buscó una postura cómoda y escribió su testamento.

Yo, don García Fortúnez Almoravid, hijo de don Fortún Almoravid, dispongo de esta manera mi testamento y últimas voluntades. Es mi deseo que mi cuerpo descanse en el suelo sagrado de la catedral de Pamplona. Allí habrán de inhumarme con el hábito de la orden mendicante de San Juan de Jerusalén y según a mí me pertenece, que lo hagan con la correspondiente ofrenda de pan, vino y torchas⁴⁸ de cera. Y esta ofrenda habrá de durar un año. Nombro a la beata María, que cuida de la catedral, para que sea la custodia de que esto sucede así, por lo cual habrá de corresponderle una paga de treinta sanchetes. Es mi deseo que, en caso de mi fallecimiento, mi hijo Miguel, al que nombramos txikia, sea mi heredero y el cabeza de la familia Almoravid.

En este punto, García se detuvo. Recordó a Catalina y al hijo que esta llevaba en su seno, que le esperaban en la Navarrería. Y eso llegó junto a otro recuerdo. El de Toda. En las últimas semanas lo había rehuido. Al principio pensó que era por el embarazo de su esposa, pero en esos instantes algo aclaró su mente y se dio cuenta de lo que realmente ocurría. El alejamiento de Toda no se debía a los celos, se debía a que ella también... Negó con la cabeza, no quería pensar en ello. No debía. Volvió a su pergamino y escribió cómo deberían repartirse sus bienes.

Un gorrión se detuvo en el alféizar de la ventana. La tarde se escurría por el horizonte. Estaba sola en la habitación. Se levantó y contempló el sol de poniente, que se sumergía en un mar de nubes tan rojas como el fondo del escudo de los Guevara. Se sentía en paz. Tal vez porque había aceptado su destino, quizá porque sabía adónde la dirigían sus pasos. El gorrión huyó al sentir su presencia y elevó su vuelo hacia el cielo. Había olvidado el dolor de sentirse rechazada por su esposo, había superado el desconsuelo de saberse traicionada. Aquellos sentimientos, estaban allí, formaban parte de ella. Pero ya no le hacían daño. Había sufrido mientras no pudo ponerle nombre a lo que pasaba. Durante el tiempo en que hubo un camino helado entre García y ella que ninguno había querido o sabido recorrer. Y cuando supo lo de esa

servienta, había buscado la venganza. Debía reconocer que había deseado hacerle daño a Toda ya que no se lo podía hacer a su esposo. Pero ahora, de repente, la perspectiva había cambiado. Ya no le deseaba mal alguno a ninguno de los dos. Ahora ya, ni Toda ni García podían hacerle sentir mal.

–¡Catalina! –la voz de Laraine llegó entre sorprendida y preocupada.

La dama se giró. Sus mejillas estaban arreboladas y había un brillo diferente en sus ojos febriles. Sonreía.

–Me siento bien –le confesó a Laraine, cogiéndola de las manos y mirándole a los ojos.

–Me alegro mucho por vos. ¿Deseáis...?

–Me gustaría que hicierais algo por mí –la interrumpió.

–Lo que queráis.

–Mañana enviaréis un mensajero a Arróniz, a casa de mi padre. Que le diga a mi padre que se apresure, que deseo verlo, que viaje a Pamplona.

–Así lo haré.

–Laraine –prosiguió sin soltarla de la mano–, quiero que traigáis al escribiente. Buscadlo y traedlo ahora a mis aposentos.

La siciliana buscó al amanuense y lo acompañó a la habitación de Catalina. Pensaba que querría dictar el mensaje que el paje debería llevar a su padre al día siguiente. Se sorprendió cuando le pidió que se quedara y fuera su testigo. El copista preparó sus enseres y se sentó al lado de la ventana, en una pequeña mesa.

–Vos diréis, doña Catalina.

–Sentaos, Laraine –la invitó. Esperó a que su cuñada estuviera aposentada antes de proseguir–. Mi hora ha llegado –la pronunciación de aquellas palabras hizo que Laraine estirara el cuello, lo que le provocó un dolor agudo. Todavía tenía resentida esa parte. Se llevó la mano inmediatamente a la zona y se removió inquieta. Hacía tan poco que había escuchado esas mismas palabras... Sin embargo, la hora de dar a luz de Catalina no había llegado. Era imposible confundir el momento como le había pasado con Toda. ¿Estaría pensando su cuñada en la muerte?–. Estoy enferma y Dios me llamará pronto a su lado.

Los labios de Laraine temblaron imperceptiblemente. Abrió mucho los ojos.

–¡Por Dios, Catalina! Es normal que en las futuras madres emerjan los miedos cuando se aproxima el momento de alumbrar un hijo...

–Vos lo sabéis mejor que nadie, Laraine. Desde hace tiempo, algo crece

entre mis tripas, algo diferente al hijo que ahora se desarrolla en mi vientre. Escuchad pues, lo que tengo que decir. Os he llamado –dijo dirigiéndose al escribiente–, para que redactéis mi testamento. Tomad nota: Es mi deseo ser enterrada en la ermita de Santa Cecilia de Arróniz, cerca del caserío de Mauleón. Deseo que para mi sepelio se me vista con el hábito de la orden de San Juan de Jerusalén y que se haga un donativo a la virgen en la catedral de Pamplona. Ruego a Laraine que sea ella la que lleve esta ofrenda en mi nombre y que en Santa Cecilia de Arróniz se haga una ofrenda de pan y candelas durante un año. Este es mi deseo, en este 15 de julio del año del Señor de 1212.

⁴⁷ Se refiere al rey Sancho VI el Sabio de Navarra.

⁴⁸ Velas.

¡EN PIE!

Noche del 15 al 16 de julio de 1212

«Azia la media noche sonò por los quarteles el vando alegre y deseado, por el qual mandaban los Reyes que todos se aprestasen luego las armas y caballos para salir á batallar la batalla del Señor, que con essa voz se publico: y comenzaron á hervir los reales en murmullo sordo de los que entre parabienes de haver llegado la ora deseada y exhortaciones reciprocas buscaban las armas, y las requerían. Algo antes de rayar el alba, se celebró el santo Sacrificio de la missa con el officio, que acostumbra la Iglesia, de la Sancta Cruz, como expresso el Arzobispo Don Rodrigo, aun mas que en la historia, en relacion particular que de esta batalla deixo escrita de su mano, y en lengua vulgar, à la Cofradía de la Santa Cruz, que fundó en Bilches, y en ella se conserva».

Annales del Reyno de Navarra. Volumen 2. Libro XX. Cap. VIII. José de Moret y Francisco de Alesón

—DESPERTAD —la voz de Miguel sonó a la par que las primeras exhortaciones para la batalla, mientras empujaba el hombro de sus hijos—. Es la hora.

La cota de malla estaba fría. La sensación duró tan solo unos instantes. No hacía falta mirar al frente, ya habría tiempo cuando llegara el alba. Todos eran conscientes de que los ensayos se habían terminado; ya solo quedaba luchar. En la oscuridad se movían miles de cristianos. Se armaban para la batalla en un tremendo silencio, tan grande que abrumaba las almas de los allí congregados. Las calzas, las botas, las espuelas, las armaduras, los yelmos, las espadas, los escudos, las mazas, las ballestas, las flechas... y la cruz. Todo se ajustaba y se preparaba con la más absoluta de las consciencias. Nada se podía dejar al azar.

Miguel ayudó a sus hijos a ajustarse las protecciones. Asintió tres veces. Los tres miraron al este, esperando ver rayar el alba. Antes de que los caballeros tomaran el mando de aquel hermoso ejército, el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Ximénez de Rada, y el arzobispo de Narbona enarbolaron la cruz y la agitaron al viento para que todos pudieran verla. «Somos invencibles, si permanecemos unidos», jaleaban. Ambos, junto con

los obispos don Tello, de Palencia; don Melendo, de Osma; don García, de Tarazona; don Berenguel, de Barcelona; y don Rodrigo, de Sigüenza, se repartieron por el campamento, celebraron misa y dieron de comulgar a todos los presentes. Después, con urgencia, se retiraron hacia la retaguardia.

Estaba pasando una mala noche. La contractura en su cuello no había mejorado y se encontraba atenazada. Apenas podía moverse en la cama y no hallaba postura en la que quedarse dormida. Las horas pasaban despacio y apenas había conseguido sumergirse en un sueño ligero. Tenía la sensación de navegar en un mar de aguas turbulentas. Todavía estaba afectada por la reciente muerte de Toda y por las palabras de su cuñada. Y le preocupaba que no llegara ninguna noticia del frente. Nadie sabía cómo iba la guerra contra los almohades.

Trataba de darse la vuelta en la cama cuando se abrió la puerta de su habitación. Justo en el momento en que más notaba el vacío en el lado de Miguel, una voz la nombró en susurros.

–¿Es Catalina? –respondió a la llamada de la sirvienta.

–No, señora. La beata os busca con apremio.

–¿Blanca? –se preguntó a sí misma mientras se colocaba en la cama de forma que pudiera levantarse.

–La señora debería cuidarse ese cuello –le dijo la sirvienta ayudándola a incorporarse y tratando de ser amable.

Estaban los días como para cuidarse, se dijo la siciliana.

–Ayúdame a vestirme.

–¿Qué vestido os queréis poner?

–No importa, el primero que encuentres.

La sirvienta procedió. Laraine tuvo que reprimir un lamento al moverse. Las lágrimas casi se le saltaron de los ojos, pero apretó los labios y se apresuró a descender las escaleras. Su cuello rígido solo le permitía moverse como si tronco y cabeza formaran un todo.

–¡Blanca! ¿Qué ocurre?

La beata solo se decidió a hablar cuando tuvo a la dama pegada a ella.

–¡No está! –le dijo al oído para que nadie más que ella la escuchara. Se refrotaba las manos, nerviosa.

–¿Quién no está? –le preguntó la siciliana.

–¡El bebé! Ha desaparecido.

Laraine no daba crédito a lo que estaba escuchando. No podía ser verdad.

–¿Se lo ha llevado la nodriza?

–No, señora. Ella está herida.

Nada más escuchar esto, Laraine empujó a Blanca hacia la calle y ambas partieron sin decir palabra. La criada se quedó en la puerta sin saber muy bien qué debía hacer. Por fin decidió cerrar la entrada y volverse a dormir. Lo que quiera que su señora fuera a hacer, ya se enteraría por la mañana.

Se agarraron del brazo y caminaron por las oscuras calles de la ciudad. Laraine esperó a llegar al hogar de la zapatera. Entraron despacio. Solo una vez dentro y con la puerta bien cerrada se atrevió a preguntar más.

–¿Qué ha ocurrido? –cuestionó mientras Blanca encendía una vela.

–No lo sé, señora. La nodriza me ha despertado hace poco. Según me ha contado, escuchó llorar al niño y se levantó para atenderlo, pero cuando fue a cogerlo, alguien la golpeó y cayó al suelo. Dice que no se acuerda de lo que ocurrió después. Tiene un fuerte golpe en la cabeza.

–¿Está aquí?

Blanca la llevó hasta el cuarto de al lado.

–El bebé no está, señora, no está –la nodriza se echó a llorar. Laraine le había repetido decenas de veces la importancia de cuidar a ese niño. No sabía quién era, pero parecía importante y ahora ella lo había perdido.

–Cálmate y cuéntame qué es lo que ha sucedido.

–Le oí llorar. Siempre se despierta a esa hora así que he ido a atenderlo. Pero cuando iba a cogerlo he sentido un golpe muy fuerte en la cabeza. Había alguien. Alguien ha agarrado al niño y se lo ha llevado. Lloraba y lloraba y yo no he podido moverme. Lo siento –clamó anegada en lágrimas. El bebé que estaba criando era muy bueno. Se había encariñado con él.

–¿Qué ha ocurrido después?

–No recuerdo mucho. No sé... Cuando he podido moverme he ido a avisar a Blanca.

–¿No recuerdas nada de la persona que viste?

–No señora, no pude verle.

–¿Te llamó la atención algo? ¿Un olor, tal vez?

La mujer se quedó callada durante unos instantes, tratando de recordar.

–Recuerdo... –dijo– ...recuerdo un sonido. Era como si estuvieran golpeando algo de hierro. Sí, algo así como unas cadenas.

Al oír esto, Blanca dejó la habitación. Laraine no se dio cuenta porque recapacitaba sobre las palabras que acababa de escuchar y estaba centrada en

examinar la herida de la criandera.

–¿Me traes un poco de agua hervida y vino? –se volvió para mirar a Blanca. Pero esta no estaba.

Al cabo de un instante, la beata entró por la puerta.

–No está, doña Laraine.

–Ya sé que el bebé no está.

–No, no hablo del bebé. Hablo de mi hermano Gutierre.

Laraine sintió un escalofrío. El alba rayaba en Pamplona.

¡SANTIAGO Y CIERRA, ESPAÑA!

Lunes, 16 de julio de 1212,
Al-ithnáyn, 14 de Safar del año 609 de la Hégira, al amanecer

La tente rouge, signe de combat, était dressée sur le sommet de la montagne: El-Nasser s'y rendit et s'assit sur son bouclier, en tenant son cheval devant lui. Les negrees, armés de pied en cap, entourèrent la tente, et devant eux se placèrent les tambours, les drapeaux et les légions comandées par le ministre Abou Saïd ben Djâmy.

***Roudh el-Kartas. Histoire des souverains du Maghreb et Annales de la ville de Fès.
Traduid de l'arabe par A. Beaumier***

La tienda roja, signo de combate, estaba emplazada sobre la cumbre de la montaña: al-Nasir se retiró y se sentó sobre su escudo, su caballo delante de él. Los negros, armados de pies a cabeza, rodeaban la tienda y delante de ellos se colocaron los tambores, las banderas y las legiones capitaneadas por el ministro Abou Saïd ben Djâmy.

***Roudh el-Kartas. Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.
Traducido del árabe al francés por A. Beaumier***

IMPRESIONABA LA QUIETUD DEL MOMENTO, la inmensa calma que antecede a la tempestad. El profundo silencio que reinaba en la sierra ponía los pelos de punta. El corazón se le aceleró. Tan solo un terreno de navas se interponía entre ellos y los enemigos. Estaban en el ala derecha. Vio a don Gómez Garceiz de Agoncillo departir con el rey una última vez y colocarse al frente del ejército navarro. Su respiración se hizo más intensa. Observó la vanguardia de aquel flanco donde se encontraban las milicias concejiles de Segovia, Medina del Campo y Ávila. Además, el rey Alfonso había insistido en que miembros de las órdenes militares se mezclaran con ellos para reforzar a aquellos hombres que no eran profesionales del arte de la guerra. Miguel avanzó hacia la posición de don Sancho.

–Los Almoravid estamos preparados, vuestra majestad.

El rey lo miró a los ojos por unos instantes y después desvió su vista hacia el dedo donde llevaba el anillo que él una vez hacía mucho había puesto en su

dedo. Los dos sonrieron a la vez. Eran muchas las batallas que habían compartido juntos y no siempre habían estado de acuerdo en todo.

–Esta vez, no nos encontramos a la puerta de un castillo. No hay almenas a la vista, ni murallas. ¿No se os hace extraño, Miguel?

–Extraño es que lo único que haya por conquistar sea una tienda roja, vuestra majestad.

–Bien decís. Si conquistamos la jaima del califa... la victoria será nuestra.

–Lo será, vuestra majestad.

–Regresad con los Almoravid y ocupad vuestro puesto, Miguel, y que Dios os guarde en la batalla.

–Lo mismo os deseo, vuestra majestad.

Miguel regresó a su puesto dentro de la formación navarra. Repasó con la mirada a sus compañeros de armas; lo más granado de las fuerzas navarras de ambos lados del Pirineo estaba allí. Se cruzó con don Diago López, dueño de Cárcar, que había acudido a la llamada de la cruz junto su esposa doña Toda; con Pedro Martínez de Lehet, Gastón de Bearne, Pedro Garcés de Arróniz, Iñigo de Oteiza, García Ramírez, Gimeno de Rada, el infanzón Fermín Marcilla, Diego Álvarez, Ramón de Peralta, Rodrigo de Arazuri, Juan de Zúñiga, Sancho Martínez de Monteagudo, Jimeno de Aibar y el conde Marcel Díez de la Piscina⁴⁹.

Pasó cerca de don Alvar. Por su mirada, supo que no le deseaba lo mejor en aquella batalla, pero no hizo mención de contestarle y se dirigió hacia el lugar donde esperaba su familia. Diego salió a su encuentro.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó a su hijo, interesándose por cómo estaba.

–Nervioso. Y asustado –le contestó su hijo.

–Bien.

–¿Bien? ¿Cómo que bien? ¿Os comento que estoy nervioso y asustado y os parece bien?

–Cualquier otro sentimiento me preocuparía. Estar nervioso y asustado está bien cuando hay miles de almohades que quieren matarnos, apostados sobre la colina de enfrente.

–Eres un joven valiente. Estoy muy orgulloso de ti, hijo. Vamos, García nos llama. Y recuerda: A sangre y fuego!

«Soy valiente –se repitió Diego mientras caminaba al lado de su padre—. Debo serlo, ahora soy un caballero. A sangre y fuego».

Tenía que haber alguna forma de conocer el paradero de Gutierre. El día clareaba ya y cada minuto que pasaba constituía un peligro para la vida del bebé. Tras las palabras de Blanca declarando la ausencia de su hermano, Laraine se había preguntado a qué venía esa afirmación. Pero luego recordó por qué aquel hombre le producía desasosiego y crispación y rememoró el sonido crispante de su cadena al andar. Y fue como si alguien hubiera descornado una gruesa cortina, y la luz se desparramara por toda la estancia. La criandera había hablado del sonido del hierro y ella había escuchado ese sonido en varias ocasiones durante los últimos meses. Y lo que era peor, había visto los signos que una cadena deja en el cuerpo de una persona. Había observado los de Roland y ahora que lo pensaba, esas marcas le habían recordado a las de Narbona y a las de Dulce y a las de Domingo. ¿Coincidencia?

–¿Creéis... creéis entonces que Gutierre está detrás de los ataques a Narbona y...?

–Es probable –concluyó Laraine antes de que pudiera continuar.

Las dos lo habían pensado, pero debían centrarse en el asunto primordial. Y este era encontrar al niño antes de que Gutierre pudiera hacerle cualquier daño.

–¿Dónde se puede haber llevado al niño?

La cara de Blanca hacía honor a su nombre. Estaba lívida como un lienzo.

–Os aseguro que no lo sé.

–¿Se ha acercado al bebé estos días?

La beata negó muy convencida.

–Prácticamente parecía que huía de él.

–¿Y tampoco ha hecho ningún comentario? –continuó interrogándola Laraine.

–No. Lo cierto es que desde que asistió a Toda ha estado muy silencioso. Lo único que dijo...

–¿Qué?

–Lo único que dijo es que alguien se tendría que encargar de cristianar a ese niño.

Las dos mujeres se miraron. ¿Podía ser posible que se hubiera llevado al bebé para bautizarlo? ¿Quizá habían juzgado mal a Gutierre?

–Busquemos en las iglesias. En todas –remarcó la siciliana–. ¿Podemos contar con vuestras hijas?

–Sí, supongo que sí.

Esta vez no esperarían la invitación del califa. Estaba decidido y así se haría. Las banderas y los estandartes ondeaban al viento. El ejército cristiano estaba preparado en orden de batalla, impresionante, con sus mejores galas y dispuesto a luchar hasta el final. Solo faltaba la señal de don Diego López de Haro. Miguel no podía verlo desde su posición, pero sí notó el temblor que recorrió la tierra al avanzar las primeras unidades hacia el enemigo, mientras un grito recorría cada una de las filas de aquella tropa. ¡Santiago y cierra, España! ¡Santiago y cierra!⁵⁰

Mientras, en frente, comenzó el *Al'ard*⁵¹ almohade haciendo sonar los cien tambores que indicaban el inicio de la batalla.

⁴⁹ Esta es solo una muestra de los navarros que combatieron en la batalla de las Navas de Tolosa y que aparecen documentados en El séquito del rey Fuerte. Julio Altadill, mayo 1912.

⁵⁰ ¡Santiago y cierra, España!: Grito de guerra que se usó por primera vez en la batalla de las Navas de Tolosa y que después se mantendría durante la Reconquista. Con él se pretendía la invocación al apóstol Santiago, a la vez que se exhortaba con el vocablo cierra, que militarmente hace referencia a trabar combate y acometer, cerrando la distancia con el enemigo. El grito iba dirigido a las tropas españolas.

⁵¹ Al'ard: Alarde.

¡POR NAVARRA!

Lunes, 16 de julio de 1212,
Al-ithnáyn, 14 de Safar del año 609 de la Hégira, cerca del mediodía

«El rey de Navarra se dirigió un poco a la derecha y, escalando un montículo muy difícil, los arrojó de allí vigorosamente. Al momento, de un solo ímpetu, los cristianos descendieron y enseguida los sarracenos volvieron la espalda».

Extracto de una carta enviada por Blanca, hija de don Alfonso VIII de Castilla, casada con Luis VIII de Francia, a Blanca, hermana de Sancho VII el Fuerte, casada con el conde de Champaña, Thibaut III

LAS PRIMERAS UNIDADES YA HABÍAN ENTRADO EN LIZA, pero aún no había nada decidido. Miguel miró a derecha e izquierda, donde aguardaban sus hijos. Pronto llegaría su turno..

–Permaneced unidos –les recordó–. No os adelantéis a vuestros compañeros de armas, ni os rezaguéis y todo estará bien.

La tensión era palpable en el ambiente seco y ventoso de la sierra. El sol castigaba ya con fuerza y los corazones respiraban agitados. Todos los hombres permanecían atentos a la llamada de don Sancho.

Las milicias concejiles estaban teniendo problemas. Don Gómez se afanaba por que se mantuvieran unidas, cohesionadas, pero carecían de disciplina. Los miembros de las órdenes militares gritaban dentro de la formación, pero hacía ya mucho tiempo que cada uno hacía lo que buenamente podía. Don Diego López de Haro tenía también sus propios problemas. Las fuerzas almohades los habían castigado con el *tornafuye* y ahora todas las haces cristianas sufrían las consecuencias.

Don Sancho meneó ligeramente la cabeza. Era cuestión de unos instantes, se dijo. Las fuerzas de vanguardia estaban a punto de doblegarse. Si iniciaban la retirada sería un desastre. No perdía detalle del pendón de su alférez y sabía que cada vez menos de sus hombres rodeaban a don Gómez. Si no quería quedarse en medio de las fuerzas enemigas, tendría que recular.

Miguel se removió inquieto encima de su caballo. Algunos animales

cabecearon. El rey elevó su espada.

–¡Almoravid! –gritó.

–¡Aquí estamos! –respondieron al unísono todos aquellos que englobaban el Apellido.

–¡Guevara!

–¡Aquí estamos!

Miguel besó el pomo de su espada. «*Ad usque fidelis*», pensó. Con un golpe rápido y seco se caló el yelmo.

–¡Aibar!

–¡Aquí estamos!

–¡Baztán!

–¡Aquí estamos!

Diego recolocó sus pies sobre el estribo y sacó su espada. Su hermano procedió de igual manera.

–¡Urroz!

–¡Aquí estamos!

–¡Lehet!

–¡Aquí estamos!

–¡Subiza!

–¡Aquí estamos!

El tono se fue elevando conforme avanzaba la lista. Los golpes de las empuñaduras de las espadas sobre los escudos retronaban sobre la sierra. Álvaro se colocó el yelmo sobre la cabeza y ocultó sus ojos grises al enemigo.

–¡Vidaurre!

–¡Aquí estamos!

–¡Rada!

–¡Aquí estamos!

–¡Cascante!

–¡Aquí estamos!

El flanco derecho de las tropas cristianas que ya habían entrado en combate se vio sobrepasado en ese momento. Lo que tanto había temido el rey navarro ocurrió. Los cristianos iniciaron la retirada, los almohades se batieron en persecución tras ellos. Trataban de envolverlos. De conseguirlo, la victoria caería del lado almohade. Los corazones latían ya muy fuerte en el pecho de los caballeros que aguardaban. El rey seguía con la mano en alto. No temblaba. Su voz potente se elevaba por encima de los relinchos de los caballos, del estruendo de los cristianos puestos en fuga, del silbido de las

flechas.

–¡Monteagudo!

–¡Aquí estamos!

–¡Mauleón!

–¡Aquí estamos!

–¡Hombres de Labourd, Sonle y Gascuña!

–¡Aquí estamos!

Los almohades iniciaron su maniobra envolvente. Don Sancho sabía que no podía esperar más.

–¡Santiago y cierra, España! ¡Por Navarra! –gritó mientras espoleaba a su mula y apretaba con fuerza las riendas. El rey dejó que sus caballeros le sobrepasaran y él se colocó en la retaguardia.

Los caballos iniciaron la marcha al paso. Los navarros cabalgaban codo con codo, las filas apretadas, compactas. Los sonidos de la batalla se elevaron ante su avance. Gritaban unos por miedo, otros por infundirse valor, otros por sentirse acompañados. Pero, sobre todo, se escuchaban los aullidos de la avanzadilla cristiana que huía por los flancos. Diego también gritaba, contagiado por todo y por todos. Los entrenamientos Almoravid eran fragorosos, pero lo que el joven estaba viviendo en aquel instante quedaba muy lejos de poder compararse con algo conocido. La furia giraba embravecida a su alrededor y él se sentía arrebatado por ella.

El terreno era abrupto, casi siempre cuesta arriba. Miguel se agachó sobre el cuello de su caballo en un intento de tranquilizar a su montura. Los nervios se palpaban en el ambiente. Diego se sentía incómodo. Había dejado de gritar y el eco de su respiración se apoltronaba dentro de su yelmo. Le irritaba la falta de visión lateral. Sin embargo, todavía era consciente de la protección de su padre, que cabalgaba a su izquierda, y de la del resto de sus compañeros de armas, apretados como un solo hombre. Ascendieron un poco más, la marcha se había acelerado. Los almohades pronto los saludaron con una ráfaga de flechas.

–¡Escudos! –gritó don Sancho–. Contraatacad.

Diego se sorprendió por la repentina aparición del rey y el estruendo claro de su voz en medio de aquel caos. Se cubrió por instinto. El fuego enemigo venía de su derecha. Una pequeña colina servía de refugio y parapeto a los arqueros turcos. Don Sancho no se amilanó. Muy al contrario, y a pesar de lo escarpado del terreno, se empeñó en conquistar aquel pequeño trozo de tierra. Lanzó a sus fuerzas sobre los *agzaz*⁵² como si se tratara de un rayo. Miguel dio

un mandoble que impactó en la espalda de un arquero. Diego agitó su espada delante de él, más en un intento desesperado de defenderse que de atacar. William cubría la parte débil de Roland. Tuvo que meter el morro de su caballo entre el joven y un enemigo para evitar que este le alcanzara en la pierna. El sajón no se anduvo con reparos. De un tajo despachó al infiel como si se tratara de un saco. Ambos se miraron durante unos instantes. «No descuidéis vuestra guardia», pensó William en un reproche silencioso. «Para eso estáis vos», le replicó el joven navarro sin pronunciar palabra. El sajón pudo hasta imaginarse la sonrisa de su compañero.

–Ha estado bien como calentamiento –la voz de Miguel trascendió en los oídos de su hijo. Y este dejó de agitar su hierro. A su alrededor ya no quedaban enemigos. La pequeña colina estaba despejada, era suya, pero sabían que aún no habían hecho nada.

⁵² Agzaz: arqueros turcos.

EL ATAQUE DE UN IMESEBELEN MORIBUNDO

Lunes, 16 de julio de 1212,
Al-ithnáyn, 14 de Safar del año 609 de la Hégira, hacia las 4 de la tarde

*E'l reis, que aquo vi, anc no l volc demorar,
E'l mul que cavalgava comencet a broquar,
Quar negun' altra bestia nol podia durar.
E det per mei la presso e quar no i poc entrar,
El reviret son mul, e pres lo a recular;
E diz: «Sancta Maria, tu m sias en enpar»,
Ab tant el pres sa maça e comença de dar
E trenca e peceia e va les desmaillar,
E sa gent que lo viron entr'els entremesclar,
Degon per mei la pressa e dan s'al peceiar.
Ladoncs veiratz aureillas e pes e puins volar,
E cervelas expandre, e caps Descarterar,
E lo rei ab sa maça viratz lo demenar,
Que aquel que feria, no'l calia metgar.*

Guillemo Anelier de Tolosa. Histoire de la guerre de Navarre. Canto III

Y el rey que vio aquello no quiso demorar,
Y al mulo que cabalgaba comenzó a espolear,
Pues ninguna otra bestia no le podía durar,
Y atacó por medio al gentío, y como no pudo entrar,
Retrocedió a su mulo y púsolo a recular.
Y exclamó, Santa María ven tu a ayudar,
Al mismo tiempo empuña su maza y comienza a dar
Y golpes y cortes y consigue desarticular,
Y su gente lo vio con ellos entremezclar.
Atacando por medio a la muchedumbre comienzan a pelear.
Entonces allí veríais orejas y pies y puños volar
Y sesos derramar y cabezas segar.
Y al rey con su maza lo veríais manejar
Que a quien hería no necesitaban curar.

Guillemo Anelier de Tolosa. Historia de la guerra de Navarra. Canto III

UNA A UNA, RECORRIERON todas las iglesias de Pamplona. La mañana se pasó buscando en los tres burgos de la ciudad. Preguntaron discretamente para no levantar sospechas, pero sin ningún resultado. Nadie había visto a Gutierre. Laraine tenía la sensación de que el tiempo se agotaba. La impotencia ante el desamparo de esa criatura y su incapacidad por no poder hacer nada por protegerla empezaban a doler más que la tortícolis que arrastraba. En un círculo, delante de la portada de Santa Cecilia, Blanca, sus dos hijas, Laraine y Oria se miraban unas a otras sin saber qué más hacer. Ninguna se daba por vencida todavía. Trataban de no pensar en la derrota, pero habían transcurrido muchas horas desde la desaparición del hijo de Toda.

La hora nona hacía ya un rato que había pasado. El sol caía con virulencia, aunque Laraine no había tenido tiempo siquiera de fijarse en el bochorno que azotaba la ciudad aquel día. Oria se despidió. Tenía enfermos que atender. Y Blanca envió a sus dos hijas a casa para que comieran algo. La beata y la siciliana se quedaron solas, frente a frente. En silencio se preguntaban qué hacer, dónde podrían encontrar a Gutierre.

–Tú lo conoces mejor –declaró Laraine.

Blanca bajó la vista al suelo. No estaba muy segura de conocer a su hermano o quizá no quisiera conocerlo, porque cuanto más lo pensaba, menos le agradaba el comportamiento de Gutierre. Pero no era momento de juzgarlo, si lo encontraban, eso vendría después.

Los pensamientos de Laraine volaban en su cabeza. No dejaba de darle vueltas a la única pista que tenían: la idea de bautizar al niño. Tal vez se habían equivocado al seguirla y lo que le había impulsado a Gutierre a llevarse al recién nacido no tenía nada que ver con eso. Quizá, ni siquiera hubiera sido Gutierre el culpable. Sin embargo, pensó la siciliana, el hermano de Blanca continuaba sin aparecer. Y eso era extraño. El bautismo era agua, agua, agua...

Los ojos de Laraine se abrieron de repente. Su cabeza seguía trabajando a pesar de que la fatiga de su cuerpo amenazaba con derrumbarla. No era momento de flaquear. Debía apartar de su mente el dolor que sentía desde el cuello hasta mitad de la espalda, el calor, el sueño y el hambre. Tenía que encontrar a ese niño. El bautismo, el agua...

–¡Ah! –exclamó la siciliana. Blanca la miró con interés.

–¿Qué os ocurre? –la cuestionó la beata.

Laraine sacudió la cabeza, era solo una idea, una idea que había surgido de repente. No tenía ninguna base lógica... o tal vez sí. Sus pupilas enfocaron

el rostro de la mujer que tenía delante.

–Jesús fue bautizado en las aguas del Jordán –expuso Laraine.

–¿Creéis que...? ¡Santa María Santísima!

–¡Vamos!

Miguel miró hacia arriba. La tienda roja del califa estaba demasiado lejos. No es que hubiera mucha distancia, pero sí demasiados obstáculos. Las fuerzas navarras se habían desplegado. Acababan de tomar la primera colina donde se parapetaban los arqueros. Los pocos enemigos que habían quedado vivos huían lejos de la batalla. Sabían que en el cuerpo a cuerpo no tenían posibilidades y el acercamiento de las fuerzas enemigas les había anulado la posibilidad de seguir lanzando sus dardos sobre ellos. Los navarros lo habían aprovechado hasta el fin, segando con su espada la vida de cuanto arquero se había cruzado en su camino. La oposición había desaparecido. Era una pequeña victoria, pero era consciente de que en el cómputo general iban perdiendo. De seguir así las cosas, pronto se verían envueltos por el ejército enemigo, que los hostigaría formando una tenaza sobre ellos. Y eso supondría su exterminación. Pero no era momento de pensar en eso, sino de encontrar el modo de darle la vuelta a la balanza.

El infanzón miró a ambos lados. El fin del ataque de los *agzaz* le permitió un momento de respiro. Se cercioró de que sus hijos seguían cerca y luego se centró en localizar a su rey. Lo vio unos pasos más arriba. Un movimiento en las tropas enemigas llamó su atención. Las fuerzas de élite almohades iniciaron la carga. Se detuvo en comprobar su avance, mientras esperaba las órdenes de su rey.

Don Sancho elevó su yelmo. Su respiración era entrecortada. Él también miraba el avance de las fuerzas enemigas que cargaban con ventaja sobre los cristianos en desbandada. Su primera idea fue contrarrestar esa fuerza y hacer que los cristianos dieran media vuelta para encarar de nuevo al enemigo. Y con ese planteamiento se lanzó al ataque. Sin embargo, mientras avanzaba, algo llamó su atención. Curiosamente, en vez de progresar por el centro, las tropas almohades se estaban abriendo para atenuar a las fuerzas cristianas que huían en desbandada. Y parecía que lo estaban haciendo sin darse cuenta de que se alejaban del campo de batalla. El hueco todavía no era visible, pero si seguían en esa progresión, pronto el camino hacia la tienda roja del califa estaría despejado. Era ahora o nunca. En plena carrera, avanzando entre las

navas, el rey hizo virar la dirección de su ataque y se dirigió al centro.

–¡Santiago y cierra, Santiago y cierra, España! –gritó el rey.

Y esta vez, los navarros espolearon a sus cabalgaduras exigiéndoles el máximo.

Miguel vio a Álvaro progresar por su derecha. Nadie quería ser el último y perderse la posibilidad de encarar a los enemigos el primero. Los navarros acudían a la llamada de su rey y nada se interpondría en su camino. Sangre y fuego expedían el camino hacia la gloria o hacia la muerte.

Desde la distancia, las banderas que el califa había extendido alrededor de su campamento ocultaban en parte la visión de los temibles *imesebelen*. Todos sabían que estaban ahí, encadenados para luchar hasta el final y derramar hasta la última gota de su sangre, en defensa de su califa y de su religión. Todos conocían la guardia negra fanática que acompañaba al Miramamolín. Y eso era lo que les esperaba; filas y filas de exaltados que protegerían hasta su muerte, sin ceder un palmo de terreno, lo que había detrás: la tienda roja de al-Nasir, y lo que esta significaba.

Las lanzas largas de los *imesebelen* emitían sus destellos de aniquilación al sol más fuerte del verano. Sus brillos ya se veían entre los estandartes, cual reclamo, cual trampa. Las cadenas que aferraban a los senegaleses al suelo escupían sus gritos de amenaza.

El primer choque fue tan salvaje y brutal como inoperativo. La guardia negra componía un muro infranqueable, compacto, recio. Era como un bosque impracticable, espeso, cubierto de espinos. Don Sancho enarboló su espada para que todos la vieran y reuló. «¡Santa María, venid vos a ayudar!», suplicó el rey. En un abrir y cerrar de ojos envainó su espada y tomó su maza. Si no era a mandobles, se haría a mazazos, pero se haría. Los *imesebelen* no protegían sus cuerpos, luchaban con un taparrabos negro y exhibían una lanza larga como única arma. Un paso inaccesible para la espada, pero no para la maza. Con su primer golpe, el rey partió tres de aquellas largas armas. El segundo se llevó una oreja.

–¡Almoravid! –García llamó a los suyos. Irían tras el rey y avanzarían por aquel camino sembrado de hombres a fuerza de impactos.

Poco a poco, todos se dieron cuenta de que la maza era más práctica que la espada.

–Detrás de mí –les indicó Miguel a sus hijos.

Los primeros *imesebelen* quedaron caídos en el suelo. Los caballos bien entrenados de los Almoravid no retrocedieron ante la obstrucción. Don Sancho

había conseguido abrir una pequeña brecha. Era cuestión de que todos hicieran lo mismo.

William se colocó delante de Roland y le hizo mirarlo antes de dejar que tratara de penetrar en aquel mar negro. Le enseñó su puño izquierdo y luego le señaló su espalda. No se movió hasta que vio el movimiento de asentimiento del joven. Roland comprendió: debía ser prudente y avanzar detrás de él. Estaba dispuesto.

Álvaro enarboló su maza y la agitó en el aire. No era fácil encontrar hueco sobre el que asestar los golpes. Las lanzas amenazaban el cuello y la panza de su caballo y sus piernas estaban expuestas a los movimientos de aquellos energúmenos. El califa sabía muy bien lo que hacía al colocarlos allí.

Miguel era consciente de que la primera arremetida sería fundamental. De ella dependería el siguiente desarrollo. O conseguían abrir relativamente pronto una brecha importante o se verían enredados y ensartados en las lanzas de los *imesebelen*. Lo primordial era que todas las fuerzas navarras sabían lo que debían hacer. La carga estaba siendo feroz. Por delante una muralla, por detrás el empuje colosal de las fuerzas de élite de Navarra, que no cederían un palmo mientras quedara sangre por derramar en sus venas. Una lanza rozó su brazo derecho, pero su maza la golpeó con tanta fuerza que la amenaza desapareció. Dirigió su arma hacia la izquierda y luego hacia la derecha. No había tregua.

Diego cerró los ojos. Sabía que no debía hacerlo, pero estaba asustado. Sintió un pequeño empujón en su hombro. Tuvo miedo de caerse. El temor le hizo abrir los ojos. El hombro de su padre le había apartado lo suficiente como para que la lanza que ahora se encontraba entre su cuello y el de Miguel no le hubiera alcanzado de lleno. Su corazón se aceleró. Se inclinó hacia la derecha mientras un golpe certero de la maza de su padre arrancaba la mano que sostenía aquella lanza. Esa fue la última vez que vio a su progenitor. La marea negra que yacía a sus pies los separó.

La orilla del río estaba tranquila. Laraine giró su cuerpo a un lado y al otro. No podía mover su cuello y se sentía limitada en sus acciones. «Y ahora, ¿qué?», se preguntó. El calor era sofocante. El murmullo del agua, lejos de tranquilizarla, le produjo desasosiego. El hijo de García podía estar en esos instantes amortajado por el suave arrullo de la corriente. Volvió a mirar a ambos lados y resopló. Las paredes de su garganta parecían haberse pegado

unas a las otras. Las dos mujeres se miraron en silencio.

–Por allí –dijo por fin Laraine señalando a su izquierda.

No estaba muy segura de lo acertado de su propuesta. Se sentía tan abatida y cansada que su intuición, siempre tan alerta, parecía envuelta en bruma. Caminaron deprisa siguiendo el curso del río. La sombra de los árboles les parapetaba del sol inmisericorde, pero la congoja seguía allí. Rodearon la muralla de la ciudad por su cara norte, atentas a ambos márgenes del río. La siciliana se detuvo de repente y volvió a girarse. Habían alcanzado el límite de la ciudad y se preguntaba si debían seguir o retroceder. Miró a Blanca con la esperanza de que a esta se le ocurriera algo. Si no decía nada, estaba dispuesta a continuar un poco más.

–Hay un sitio –declaró Blanca–. Un sitio donde mi hermano solía llevarme a jugar cuando éramos pequeños. Pero está un poco alejado de la orilla.

–¡Muéstramelo! –la apremió.

Ascendieron unos cuantos pasos. El sonido del agua se quedó atrás.

–No recuerdo exactamente dónde. Hace muchos años que no vengo por aquí, pero al caminar por la orilla me ha venido a la memoria.

Blanca se colocó delante. La vegetación era más espesa conforme ascendían. Laraine se empezaba a preguntar si por allí habría pasado el cuerpo grueso de Gutierre con un bebé cuando a sus oídos llegó un sonido conocido y escalofriante. Blanca y ella se buscaron con la mirada. La primera tomó de la mano a la segunda y se detuvieron. Descubrieron un hueco entre la maleza y lo atravesaron. Había una especie de senda. Los latidos de su corazón se atropellaban en su cuello maltrecho. La figura de Gutierre apareció de repente. Sus brazos estaban en alto. Entre sus manos sostenía una larga cadena y estaba dispuesto a usarla.

–¡No, por favor! –le suplicó Laraine.

Gutierre giró su cabeza levemente. La presencia de las dos mujeres no pareció perturbar su decisión. Aunque detuvo su movimiento por unos instantes, no parecía intimidado por su presencia. Laraine temió lo peor. A los pies del hombre, sobre una piedra de base no demasiado uniforme, descansaba el pequeño cuerpo del infante de García. Estaba quieto y silencioso. Quizá hubieran llegado demasiado tarde. Tal vez, el golpe mortal ya se hubiera producido.

–Dadme al bebé, por favor –imploró la siciliana–. ¡Por favor! –repitió al ver que Gutierre centraba de nuevo su mirada sobre el pequeño y comenzaba a dar impulso.

–¡Gutierre, por caridad! –gritó entonces Blanca.

La voz de su hermana pareció conseguir algo más que lo logrado por la de la dama. Gutierre depuso su actitud amenazante y se giró para hablar con su hermana.

–Este niño debe morir. Es hijo del pecado. Debe morir –repitió.

–Vos no podéis decidir sobre la vida o la muerte de ese niño. Pertenece a su padre y él determinará qué hacer con él.

–Su padre es un ser débil. Un pecador, como su madre. En cuanto a ti, hermana, me encargaré después. Ayudas a salvar a un hijo de satán.

Blanca agachó su cabeza.

–Su padre no es débil. Es alguien... –las palabras de Laraine se perdieron unos instantes. Estaba afectada por la emoción y eso no iba a ayudarle a manejar aquella situación. Debía serenarse–. Su padre no está en Navarra en estos momentos y su madre ha muerto. Tu hermana solo lo cuida hasta que él regrese. Y os juro por Dios que si algún mal recae sobre su hijo tomará justa venganza sobre vos.

–¡Por Dios, Gutierre! ¡Escuchadla! ¿Es que no os dais cuenta de lo que estáis a punto de hacer? –se atrevió a suplicar la beata.

–Por supuesto que me doy perfecta cuenta de todo. Y tu intercesión solo me indica que estoy haciendo lo correcto.

Gutierre echó hacia atrás sus brazos y enarboló la cadena. Tomó impulso...

Laraine se lanzó hacia el bebé todo lo más deprisa que pudo. Lo cogió en brazos y trató de alejarse. La cadena pasó lejos del cuerpecito del pequeño, pero golpeó con dureza la pierna derecha de Laraine. El impacto le hizo caer llena de dolor. Rodó por el suelo envolviendo el cuerpo del niño contra su pecho, hasta que su espalda chocó contra el tronco de un árbol. Se quedó sin respiración. Gruesas lágrimas descendían por sus ojos sin ser llamadas. La silueta de Gutierre apareció sobre ella. Desde el suelo lo miró con horror mientras el sonido de la cadena, que volaba hacia ella, se quedaba trabado en sus tímpanos.

Cuando parecía que estaban a punto de abrir un pequeño espacio por el que seguir avanzando, el camino se volvió a congestionar. Era como si aquella maldita guardia negra fuera capaz de replicarse a sí misma. Cabalgaban, o intentaban hacerlo, en un campo sembrado de *imesebelen*. Miguel se preguntó

cuántos de ellos tendría que matar para abrirse camino. Fácilmente, habría diez mil⁵³ de aquellos negros rodeando la tienda del califa.

Diego sintió como si una marabunta lo obligara a avanzar. Él sabía que era imposible un progreso ordenado y en condiciones. Se sentía arrastrado. Y sabía que estaba solo. Su supervivencia dependía exclusivamente de él. No se arredró. A través de las patas de su caballo podía sentir el crujido que los cascos de sus pezuñas hacían al pisar brazos, pechos, cráneos. Arremetió con fuerza con su maza en una mano y el escudo y las riendas en la otra. Notó que algo o alguien tiraba de su pierna. Su caballo se quejó también. Siguió un leve escozor en su rodilla. Solo es un rasguño, se dijo.

Algo golpeó el brazo de Álvaro. Su maza salió despedida y de pronto se encontró sin arma con la que defenderse. Estaba atrapado, sin posibilidad de sacar su espada. Se protegió con el escudo y golpeó con él. La maza de Miguel voló cerca culminando la tarea que su escudo había empezado. Esa ayuda le permitió sacar su espada. Los dos amigos se miraron a través del yelmo un instante. No había tiempo de más.

La lanza de aquel *imesebelen* se escurrió por su sobaco. Un milagro, pensó Roland, mientras descargaba su maza sobre el siguiente obstáculo en su avance. Le pareció increíble que en medio de ese griterío de aullidos de dolor y de fuerza fuera capaz de distinguir la respiración pausada de William detrás de él. Pero lo hacía. Era consciente de que estaba allí para protegerlo y eso le daba seguridad y aplomo. Quería demostrarle a su amigo que era digno del respeto que le profesaba. Era un caballero recién armado, pero sabía lo que eran el honor y el deber. Y se lo quería demostrar.

Nervioso, uno de los guerreros árabes, montado en una yegua, se acercó a su califa. Llevaba la cabeza gacha en señal de sumisión, pero, sobre todo, quería esconder la vergüenza. ¿Debería proponérselo?, se preguntó con desesperación. En esos momentos, el califa, como si hubiera leído sus pensamientos se volvió hacia él: «La verdad está en Dios y la mentira está en Satán⁵⁴», le dijo. Y se quedó quieto, francamente tranquilo, en la entrada de su tienda.

«¿Acaso no se ha dado cuenta mi califa de lo que está ocurriendo? –se preguntó el árabe con un sentimiento entre irritado y derrotado–. El ejército cristiano está masacrando a los nuestros. Ya no queda en pie nada de nuestras impresionantes fuerzas. Los *imesebelen* están a punto de ser sobrepasados y

entonces...». Su ojos contemplaron el terreno que se extendía delante de él. El corazón se le encogió. Miró a su califa, pero no dijo nada, a pesar de que sabía que debía pedirle que huyera de allí.

El avance era ahora relativamente más sencillo. Por fin se había abierto una brecha. La mayoría de los *imesebelen* desplegados alrededor de los navarros estaban heridos o muertos y, tal y como estaban atados con cadenas, pronto empezaron a ser un obstáculo para los pocos negros que quedaban con vida y que trataban de defenderse. Todavía quedaban un par de filas de rectos y fieles *imesebelen*, pero la meta se veía próxima y asequible.

Roland notó claramente cómo unas manos negras lo agarraban del brazo y tiraban de él. Su caballo se encabritó y lo tiró al suelo. Cayó sobre uno o varios cuerpos. No pudo precisar. Por unos instantes se sintió presa del pánico. Se revolvió, pero no pudo ponerse de pie. Estaba a merced de la marabunta, del caos. Agitó sus brazos, no había arma a la que asirse, ni bulto al que agarrarse para ponerse de pie. Un caballo se le vino encima. La opresión en su pecho duró un instante, pero fue como si le estuvieran arrancando los pulmones. No tuvo mucho tiempo de preocuparse por eso, porque poco después un fuerte golpe en la cabeza le nubló la vista. Y al siguiente instante, otro brazo estiraba de él.

William vio caer a Roland. El fragor de la batalla los había separado en los últimos embates y el joven no estaba a su alcance. Maldijo en silencio porque, aunque cerca, la muralla de piernas y pies de los *imesebelen* le impedían avanzar todo lo rápido que quería. Azuzó a su caballo, desesperado por sacar a su amigo de aquella trampa que amenazaba con tragárselo. Su afán por llegar hasta él le hizo descuidar su guardia y una lanza lo alcanzó en el pecho. Se rehizo como pudo, golpeando a la mano ejecutora de aquella infame embestida hasta que su brazo y su cráneo dejaron de ser identificables. Se giró hacia donde había caído Roland al tiempo de ver a Miguel agarrar a su hijo por el brazo y colocarlo sobre su caballo. Parecía que no pesara nada para él. William se acercó al infanzón. Miguel y él enfrentaron sus miradas. Sin decir nada, el sajón reclamó a su amigo. Miguel respiró antes de acceder al intercambio. La cota de malla del sajón estaba rota en medio del pecho y la sangre manchaba toda la pechera. El infanzón se dio cuenta de que William estaba herido.

—¡Sacadlo de aquí! —le dijo. Y regresó a la batalla.

La cadena silbó sobre su cabeza. Había cerrado los ojos esperando el eminente impacto. Los abrió cuando sintió el suave viento sobre su mejilla. ¿Había fallado a propósito?

–Levantaos, Laraine, levantaos o volverá a intentarlo.

La siciliana agarró al niño con una mano. Con la otra se apoyó en el suelo para incorporarse. En el último instante, la beata había empujado a su hermano. Eso la había salvado de recibir un golpe de cadena en la cabeza. Se levantó como pudo. Todavía sin creerse que se hubiera librado del golpe. Sus movimientos eran torpes y lentos. Recuperó la respiración recostándose en el tronco del árbol que había frenado su caída. Para su sorpresa, Gutierre se incorporó con bastante agilidad. ¿Cómo podía moverse tan deprisa?, se preguntó consternada. Avanzó hacia su izquierda y puso al pequeño en los brazos de Blanca.

–Lleváoslo de aquí. Corred, huid con él.

–Id vos, yo me quedaré con mi hermano.

Laraine negó con la cabeza. El dolor en la pierna, lejos de remitir, se acentuaba. Y luego estaba su cuello. A pesar de la obesidad de Gutierre, ella no estaba en condiciones de huir.

–Llevaos al niño. Comprobad que está bien –le pidió al darse cuenta que ella no había tenido tiempo ni de comprobar que seguía vivo. Como si le hubiera escuchado, el chiquitín emitió un sonido. Debería estar llorando fuerte, llevaba horas sin alimentarse, pero apenas gemía y eso preocupó a la siciliana.

–¡No os podéis llevar al niño! –clamó Gutierre, comenzando a correr tras su hermana.

Laraine se interpuso. Apenas podía moverse y sabía que estaba a merced de aquel hombre.

–Lo pagaréis vos –le amenazó a la dama– igual que...

–¿Igual que hicisteis con Narbona? ¿O con Dulce? ¿Cuántas más, Gutierre? ¿Por qué arremetéis contra las mujeres?

–Porque sois la mano del pecado –pronunció entre dientes.

–¿Quién os ha hecho juez de lo que ocurre en el mundo?

–¿Acaso no veis mis hábitos?

–Solo veo a un hombre que es incapaz de controlar sus sentimientos, sus afectos, sus motivaciones.

A Gutierre no le gustaron esas palabras. Laraine se agachó como pudo para esquivar la fuerza de la cadena que aquel hombre usaba como látigo.

Debía marcharse de ahí. Arrastró su pierna. Y apoyó sus manos en los troncos de los árboles para poder avanzar. Miró hacia atrás, Gutierre estaba tan próximo a ella que bien podría ahogarla con aquella cadena. Trató de correr. La maleza se espesaba y era incapaz de encontrar el hueco que conducía hacia la ciudad. Por esquivar el lance, tropezó y cayó al suelo.

–Rezad lo que sepáis.

–A don Miguel de Grez, prohijado de don Fortún Almoravid, no le gustará saber que habéis golpeado a su esposa.

–Vuestro esposo está lejos de aquí y no hay ningún testigo.

–Vuestra hermana lo sabe. Vendrá a buscarme.

–No. Estáis sola y moriréis sola. Y mi hermana no dirá nada si no quiere acabar igual que vos.

–¿La mataréis también? ¿A cuántos más trataréis igual que a Domingo?–le preguntó Laraine mientras trataba de incorporarse y controlaba el movimiento de la mano del hombre.

La siciliana vio venir el golpe, pero de lo único que tuvo tiempo fue de girar la cabeza y de colocar su mano por delante de su rostro. La cadena impactó en su brazo. Laraine aulló de dolor. Por el impulso, el final de la cadena se enroscó alrededor de su muñeca. Y eso, en el fondo, fue una suerte, porque la agarró con la otra mano y tiró de ella con fuerza. Gutierre, que no se lo esperaba, de pronto quedó desarmado.

–¡Idos! –le espetó la dama con toda la rabia y la furia que había generado–. ¡Idos muy lejos de aquí y no volváis por Pamplona! Si lo hacéis, toda la ira de los Almoravid, de los Subiza y de los Mauleón caerá sobre vos. No habrá rincón en el que podáis esconderos, porque seréis cazado por los infanzones de este reino. Ellos no tendrán piedad de vuestras súplicas porque vuestras tropelías han sido inhumanas. Sois peor que don Yenegro Martínez de Subiza.

Ni siquiera fue consciente de cuándo se había puesto de pie, ni de que enarbolaba la cadena delante de ella de manera amenazadora. Solo fue consciente de ello cuando Gutierre, con los ojos muy abiertos, se alejó de ella todo lo deprisa que su peso le permitía. Cuando el eco de los pasos fue tragado por el viento, los árboles y el río, Laraine se dejó caer al suelo dolorida y maltrecha.

El caído Abou el-Djyouch había sido un hombre honesto, había observado

los preceptos de su religión, había peregrinado a la Meca y había acudido a la llamada de su califa para luchar contra el infiel. No supo decirse en qué momento las tornas se habían vuelto en contra de los almohades en aquella terrible batalla y tampoco consideraba eso demasiado importante. Lo esencial era lo que tenía delante. La mayor parte de los hombres que habían luchado a su lado estaban muertos. Sus cadáveres se habían quedado entre aquellas navas ahora teñidas de rojo. Recordaba haber salido en pos de los cristianos cuando se habían declarado en venturosa huida. Después, no estaba muy seguro de saber qué había ocurrido. Estaba agotado y herido y su cimitarra cada vez pesaba más en su mano. Sus pies se quedaban trabados entre el fango y la sangre y los cristianos rodeaban por todas partes a los pocos almohades que continuaban luchando. Miró hacia atrás una última vez. La contienda lo había arrastrado lejos de la *haymah* roja de su califa. Los efectos de la batalla eran bien visibles desde su posición. La guardia negra estaba a punto de claudicar. Lo sabía. Miles de cadáveres negros se arracimaban en los alrededores de un palenque que debía haber sido infranqueable. Vestido de verde, su figura recortada sobre el sol implacable de aquella jornada, Abu Abd Allah Muhammad ibn Yaqub observó el desastre por última vez antes de subir a la yegua que un árabe le ofrecía. Abou el-Djyouch dejó de mirar. No quería ver lo que seguiría, no lo podía aceptar. Arremetió por última vez contra el enemigo sin mucha repercusión. Sus movimientos estaban limitados por el cansancio y las lesiones. Pero en su interior, para él, fue como si tuviera en sus manos el poder de la eterna juventud. Recibió la estocada sin apenas dolor. Tomó aire mientras caía al suelo. En sus ojos no había derrota, solo valor y entrega y la satisfacción de haber cumplido con lo que se esperaba de él. «Que Allah el clemente y el misericordioso se apiade de mí».

El avance se hacía sin tregua ante una cada vez más débil resistencia árabe. El palenque del califa estaba tan próximo que era cuestión de minutos que cayera en manos cristianas. El ataque almohade sobre las fuerzas enemigas en desbandada había dejado el camino a la tienda del califa sin resistencia, en la creencia de que los *imesebelen* se bastaban para su protección, o de que los cristianos nunca llegarían a alcanzarla. El de Grez volvió grupas y continuó su avance. «Roland estará bien en manos de William», se dijo mientras trataba de centrarse en la batalla. Las mazas silbaban a su alrededor y dominaban el ataque. No prestaba mucha atención al

suelo donde pisaba su caballo; un campo sembrado de cadáveres aplastados. Un amasijo de huesos y carne. Su mente aún seguía pensando en su hijo. Su caballo, obediente hasta ese mismo instante, se encabritó de repente y lo tiró al suelo.

Miguel apenas fue consciente de lo que sucedió a continuación hasta que no vio el astil de la lanza sobresalir por la parte delantera de su muslo, lo que significaba que toda la punta se había clavado en su músculo. La herida no había dolido en un primer instante, pero con la visión del astil, el dolor se propagó por todo su cuerpo, provocándole un intenso estremecimiento. Apretó los dientes y miró en rededor. El peligro acechaba. No había podido clavarse la lanza al caer, no de ese modo; así que alguno de aquellos malditos *imesebelen*, en algún sitio cercano a él, debía de seguir vivo. Tenía que encontrarlo antes de que lo abordara de nuevo. Su pie izquierdo dio un paso. La pierna derecha aún le respondía. Agarró con fuerza el mango de su maza. No sabía dónde estaba su espada. Dio otro paso con la derecha. Sus ojos buscaban al enemigo que le acababa de herir. Rugió con desespero. Había cometido un error de principiante. Había bajado la guardia cuando prácticamente la batalla estaba decidida, cuando el enemigo herido es más peligroso. Al menos, pensó, había conseguido sacar a Roland con vida de allí. No sabía cómo estaba; había tenido el tiempo justo de comprobar que aún respiraba, aunque estaba inconsciente.

«¿Dónde está ese maldito *imesebelen*?», se cuestionó. De repente, el suelo se abrió ante él. Sus manos tocaron los cuerpos rígidos y la sangre aún caliente se enredó en sus dedos. Aulló de dolor y entonces se dio cuenta de que el suelo no se había abierto. Simplemente, su pierna no había aguantado su peso. Miró la lanza. Tendría que quitársela. Afortunadamente, no estaba entera. Solo un palmo sobresalía por delante. Iba a doler, pero debía intentarlo. Mantuvo su atención unos instantes en la cara interna de su muslo. Parecía que no había tocado el hueso, pero el agujero sería grande. Gritó al notar la punta deslizarse y rasgar sus carnes. Estaba de rodillas, sobre un mar negro y rojo que ahora regaba con su propia sangre. Tiró de nuevo hacia delante. «¡Dios mío!», se lamentó. Faltaba poco. Un último esfuerzo y estará. Pero no le dio tiempo. Una sombra se cernió sobre él. Tuvo tiempo justo de apartarse hacia su derecha y esquivar su ataque. Por fin aquel *imesebelen* daba la cara. «Ven a por mí y te enseñaré mi maza», le dijo entre dientes. El senegalés parecía aún más alto desde el suelo. Debería estar atado con cadenas y eso impediría su movilidad. Solo debía alejarse unos pasos. Trató

de levantarse. Primero su pierna izquierda, luego... alzó su maza. El enemigo no quería darle la posibilidad de luchar de pie. El arma de Miguel lo golpeó en el hombro, pero sin demasiada fuerza. El de Grez se dio cuenta de que el otro también estaba herido. La cadena tintineaba en el cielo despejado de aquella jornada. Miguel trató de levantarse de nuevo, sin lograrlo. Necesitaba un punto de apoyo. El *imesebelen* se acercaba de nuevo. Miguel lo observó durante unos instantes. Sabía que él también estaba haciendo lo mismo con él. Y Miguel comprendió. Tenía delante a un miembro de la guardia negra del califa y lo sería hasta el final. Para él no había otra salida que morir... matando. El infanzón no podía moverse, pero aún contaba con su maza y también con... Se preguntó si sería suficiente y si las fuerzas le acompañarían. El *imesebelen* estaba a punto de cargar contra él con todo lo que tenía. Su propio cuerpo. Se sacrificaría, pero se llevaría por delante la vida de aquel cristiano. Miguel podía ver la determinación en su mirada.

Se cambió la maza a su mano izquierda. La enarboló, pero no era tan diestro con esa mano como con la derecha. El *imesebelen* le agarró por la muñeca y le zarandó el brazo para que soltara su arma. Miguel miró su pierna. Era su última y única posibilidad. Con su mano derecha agarró la lanza y tiró con todas las fuerzas que le quedaban en su cuerpo. Su rival había conseguido que soltara la maza y estaba a punto de cogerla para contraatacar. Se colocó la lanza en la mano y, sin pensárselo, buscó el pecho descubierto de su contrincante. Le acertó de pleno. La mano de Miguel sintió la vibración del arma al hacerse hueco entre los huesos hasta dar con su corazón. Los ojos del *imesebelen* se abrieron en un último acto de voluntad. Su cuerpo se arqueó. Miguel trató de esquivarlo, pero solo lo hizo a medias. Gran parte de su cuerpo quedó cubierto por esa sábana negra que había decidido morir sobre él. En su hombro, notó el último hálito de ese hombre. Respiró, respiró, respiró. Se había vaciado tanto, que se le había olvidado tomar aire. Estaba exhausto, rendido y un tremendo cansancio se apoderó de él. Necesitaba descansar. Trató de tomar aire de nuevo. No era fácil con el cuerpo enorme del *imesebelen* sobre él. Se sintió tremendamente cansado. El agotamiento tiraba de él. Y se dejó llevar.

El cielo se cubrió de nubes negras que oscurecieron de pronto el sol. Laraine miró hacia arriba. El viento barrió su pelo despeinado. Su mandíbula temblaba ligeramente.

–¿Os encontráis bien? –preguntó el guardia de la puerta al ver a la dama.

Laraine se contempló. Su vestido estaba sucio y roto. Su mano derecha se había hinchado tanto que no podía cerrarla y cojeaba.

–Sí –le aseguró al guardián.

Tenía ganas de llegar a casa.

–Va a llover –le comentó el hombre.

La siciliana volvió a elevar la cabeza. El viento se había desatado con cierta furia y los primeros relámpagos zigzagueaban en el cielo, pero no estaba muy segura de que fuera a llover. El primer trueno sonó como si a la ciudad de Pamplona se la hubiera tragado la tierra. Un agujonazo traspasó su pierna herida. No fue por apoyarla mal, ni por dar un mal paso. Algo dentro de ella sabía que el dolor que había sentido nada tenía que ver con el golpe recibido por la cadena. Había sentido como si algo la traspasara. ¡Miguel!, acertó a pensar. Y se cayó de rodillas. La luz de la ciudad se tornó amarillenta, blanquecina. Los relámpagos se replicaban entre las nubes y los truenos rugían como si estuvieran escondidos en cavernas. Pero no llovía. La única agua que se veía en la calle vacía era la que caía de sus ojos.

William desmontó con mucho trabajo. La respiración era en sí misma un suplicio. No tuvo mucho decoro a la hora de bajar a Roland del caballo. Simplemente, empujó de él y dejó que cayera en el suelo. Le pidió disculpas por ello, pero no tenía fuerzas. El sajón se dejó caer a su lado. Se sentó junto al cuerpo tumbado de su amigo y palpó su cuello en busca de algo que le indicara que seguía vivo. Allí estaba, se dijo aliviado. Tomó aire y tosió. Había sangre en su saliva. «Mala señal», se dijo. En la distancia reconoció a Miguel y lo siguió con la mirada.

«¡Cuidado!», le advirtió. Pero era imposible que pudiera escuchar su advertencia silenciosa.

Su esfuerzo se vio recompensado con otro acceso de tos. Trató de alzarse. Aquel *imesebelen* se había levantado de repente de entre los muertos y había asustado al caballo de Miguel. Su lanza se había clavado en el muslo del navarro. Lo vio defenderse, lo vio caer y él seguía sin poder levantarse. Por fin logró ponerse en pie. Era imposible llegar a tiempo. Tenía que ayudarle. Se le acabó el aire y trató de respirar. Se detuvo. Sin fuerzas para dar un paso más, se dejó caer de rodillas. Antes de desmayarse, aún logró ver cómo el infanzón se arrancaba la lanza de su muslo y se la clavaba en el pecho a ese

infiel. «Un valiente –se dijo William–. Ahora sé de quién ha heredado Roland su forma de ser».

Don Sancho atravesó la última de las filas de *imesebelen*. De su garganta salió un grito profundo, ronco, victorioso. Con un postrero golpe de su maza arrancó la cadena que rodeaba la tienda roja del Miramamolín. Arremetió con tanta fuerza, que un trozo de ella se quedó enganchado a su arma. Jadeaba, sudaba y enarbolaba su trofeo. La bandera con la cruz de Roncesvalles, que alguien había rescatado y traído hasta el rey, ondeaba a su amparo. Los navarros se fueron congregando a su alrededor. Apareció el alférez real, quien al ver el arranque de sus compañeros había vuelto con unos cuantos hombres hacia la lid. Don Sancho contempló el campo de batalla. Los enemigos que no estaban muertos, al comprobar la ausencia de su califa, huían despavoridos para conservar al menos la vida. El rey ordenó a su caballería que persiguiera al enemigo.

–¡Almoravid! –gritó García al ponerse bajo las órdenes de don Gómez.

Diego estaba exultante. Era su primera batalla, su primera victoria. Porque eso era lo que empezaba a resonar en aquella extensión de tierra. Victoria cristiana. En cuanto escuchó su apellido, se colocó detrás de su tío. No hubo tiempo para más. Todos los caballeros que allí se habían reunido partieron en persecución de los almohades.

-
- ⁵³ Routh el-Kartas en su libro *Histoire des Souverains du Maghreb et annales de la ville de Fès* apunta a que los negros que rodeaban la tienda del califa eran diez mil y más: «après avoir exterminé les dix mille nègres et plus qui l'entouraient». Pág. 341.
- ⁵⁴ «La vérité est en Dieu, et le mensonge est en Satan», et il resta calme jusqu'au moment même où les Chrétiens allaient l'atteindre... «La verdad está en Dios y la mentira está en Satán», y él permaneció tranquilo hasta el mismo momento en que los cristianos le alcanzaron... Routh el-Kartas en su libro *Histoire des Souverains du Maghreb et annales de la ville de Fès*. Pág. 341.

HERIDAS DE GUERRA

Lunes, 16 de julio de 1212,
Al-ithnáyn, 14 de Safar del año 609 de la Hégira, al anochecer

«Dei, quae omnes defectus in vobis supplevit, et opprobrium aliquandiu toleratum hodie relevavit. Estote etiam memor vestrorum militum, quorum auxilio ad tantam gloriam pervenistis».

De rebus Hispaniae. Palabras que le dirige Rodrigo Jiménez de Rada a Alfonso VIII tras la batalla de las Navas

«Tened presente la gracia de Dios que suplió todas vuestras carencias y que hoy borró el deshonor que habéis soportado largo tiempo. Tened también presentes a vuestros caballeros con cuyo concurso habéis logrado tan gran gloria».

De rebus Hispaniae. Palabras que le dirige Rodrigo Jiménez de Rada a Alfonso VIII tras la batalla de las Navas. Traducción: Juan Fernández Valverde

LAS PUERTAS DEL VALLE DEL GUADALQUIVIR se habían abierto para los cristianos. Siguiendo la estela del huido califa los vencedores llegaron hasta Vilches. Fue allí, a los pies de la fortaleza, con los pocos almohades que quedaban puestos en fila a la espera de presentar su mejor cara a la muerte, cuando Diego se dio cuenta de que con ellos no habían llegado ni su padre, ni su hermano... ni William.

Ninguno de los tres había acudido al ver la cruz de Roncesvalles, ni había respondido a la llamada de su Apellido. Preguntó a sus tíos, a sus primos, a Álvaro, a cuanto caballero navarro se tropezó. Ninguno los había visto. La excitación de la victoria y de los primeros momentos desapareció de repente. Toda su euforia se evaporó sustituida por una terrible preocupación.

La orden de acampar se extendió entre los cristianos. No tenían cama sobre la que reposar salvo el suelo del verano. Ni techo que los cobijara con excepción del cielo en el que empezaban a asomar las primeras estrellas. Don Alfonso ordenó que se hiciera fuego con las armas requisadas a los enemigos. El fuego alumbró el rostro atormentado del mayor de los Migueleiz.

–Estarán bien –lo consolaron sus tíos.

Diego miró a lo alto. Había sobrevivido, sin apenas rasguños. Había sobrevivido. Pero, ¿lo habrían hecho su padre y su hermano? Metió su mano por debajo de su coraza donde guardaba la prenda de Dulce y la acarició con preocupación creciente.

Lo primero que vio Roland fue un cielo plagado de estrellas. Parpadeó varias veces sin lograr desprenderse de ese terrible dolor de cabeza. No sabía dónde se encontraba, ni cuánto llevaba allí. La brisa traía un olor raro y el viento regalaba sus oídos con un murmullo. Los primeros lamentos resonaron lejanos y confusos. Pasaron desapercibidos para su consciencia. Sin embargo, poco después tomaron forma dentro de él y supo cuál era el significado de aquellos sonidos. Se incorporó apoyándose en sus codos. Trató de quitarse el yelmo. Era como si sus manos hubieran perdido la fuerza. Entonces recordó que alguien le había dado un fuerte golpe. Se palpó el casco y se dio cuenta de que estaba levemente hundido. Tal vez por eso no podía sacárselo de la cabeza. Lo intentó de nuevo y lo consiguió, empleando en ello un gran esfuerzo. Ojalá no lo hubiera hecho, porque al desprenderse de él fue como si mil diablos se colgaran de su cuello. Sintió que se mareaba. Se recostó y vomitó con grandes arcadas. Se quedó quieto, contemplando las estrellas. No quería pensar demasiado. Un leve gemido captó su atención. Había alguien cerca de él. Podía sentir su respiración jadeante, estertórea. Sin fuerzas para levantarse de nuevo, Roland ladeó la cabeza.

–¡William!

Se arrastró por el suelo hasta llegar a él.

–¡Estáis herido! Os sacaré de aquí –le aseguró, aunque ni él mismo sabía cómo.

El sajón negó con la cabeza. Había visto cómo el día se tornaba noche y sabía que había contemplado el ocaso por última vez.

–¡Vos me sacasteis de ese mar de brazos y piernas, cuando me caí! –aventuró.

William volvió a negar.

–¿Quién?

El sajón puso su puño sobre el corazón del joven y articuló la palabra padre con los labios.

–¿Mi padre?

Roland elevó la vista, pero William le agarró por el cuello de su loriga y le hizo mirarle. Le señaló un punto en frente de él con la mano izquierda y luego se golpeó insistentemente el muslo. Con su dedo índice hizo como si se clavara algo en la pierna.

–No os entiendo –le dijo algo nervioso el recién armado caballero.

William insistió y repitió los mismos gestos hasta que su joven amigo entendió.

–Un *imesebelen* ha herido a mi padre en la pierna y está allí –le dijo señalando el mismo punto que su amigo había indicado con anterioridad.

«¡Buscadlo! ¡Os necesita!» –articuló moviendo de forma exagerada sus labios. Un último esfuerzo, su mensaje postrero.

El cuerpo de William se relajó y su mirada se fue. Y Roland no pudo dejar de gritar su nombre hasta que se quedó ronco.

La sobresaltó su propio palpito. Todavía tenía muy reciente la terrible impresión que estrangulaba su alma. Uno de los guardias de la puerta se había ofrecido para buscar a alguien que la acompañara a casa. Mucho había insistido en eso y en saber qué le había sucedido. Arguyó ella que la habían atacado por detrás y que se había caído, pero que no había visto a su atacante. Una sombra de duda había aparecido en la cara de aquel hombre, pero ella se había mantenido firme en su declaración y por fin la había dejado en paz.

De eso habían pasado unas cuantas horas. La tormenta se había desvanecido en la noche y el cielo estaba cubierto de estrellas. Ni una sola gota había mojado el suelo y el silencio de la morada Almoravid se le antojaba exasperante. Estaba preocupada por Catalina; bastante alicaída físicamente en las últimas jornadas, pero exaltada en lo espiritual. Le inquietaba el destino de aquel niño que habían arrebatado de las manos de Gutierre. Pero, por encima de eso, ansiaba a la par que temía, saber noticias de la guerra contra los almohades y del destino de su esposo y de sus hijos.

LAS HORAS MÁS TRISTES

17 de julio de 1212

Les héraults d'Alphonse criaient partout, au nom du maudit, de ne point faire de prisonniers et de tout massacrer, avertissant que quiconque amènerait un prisonnier périrait avec lui. Aussi il ne fut pas pris un seul Musulman vivant dans cette désastreuse bataille, qui eut lieu le lundi 14 de safar, an 609 (16 juillet 1212 J.C.). C'est ainsi que la puissance musulmane fut détruite en Andalousie et ne se releva plus, tandis que celle de leurs ennemis s'affermir.

***Roudh el-Kartas. Histoire des souverains du Maghreb et annales de la ville de Fès.
Traduid de l'arabe par A. Beaumier***

Los heraldos de Alfonso gritaron por todas partes, en nombre del maldito, que no se hicieran prisioneros sino que todos fueran masacrados, advirtiéndole que quienquiera que hiciera un prisionero perecería con él. Por eso, él no encontró ni un solo musulmán vivo tras esta lamentable batalla, que tuvo lugar el lunes, 14 de safar, del año 609 (16 de julio de 1212). Y así ocurrió que la presencia musulmana fue eliminada de Andalucía y nunca se sustituyó, mientras que se reafirmó la de los enemigos.

***Roudh el-Kartas. Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.
Traducido del árabe al francés: A. Beaumier***

LLEVABA TODA LA NOCHE DEAMBULANDO entre los *imesebelen* en el punto en que William le había señalado, pero solo el amanecer enmarcó la crueldad de aquella batalla. Sus ojos amenazaban con cerrarse y su mente aturdida eludía mirar el terror marcado en las caras de la guardia negra sobre la que pisaba. No había tenido más remedio que mover alguno de esos cuerpos pisoteados para buscar un brazo blanco, una pierna, la armadura de algún cristiano. Había encontrado algunos, pero ninguno era su padre. Y todos estaban muertos. Se quedó de pie unos instantes, mirando al horizonte que se iba aclarando. Se supo débil y cansado. Prácticamente llevaba más de veinticuatro horas sin comer y sin beber. La antorcha que llevaba en su mano vibró levemente. Hacía frío, o él así lo sintió. Un muchacho, un aguador, se le acercó en esos momentos. Le agradeció el líquido con un gesto de su cabeza y

bebió con avidez. Se preguntó si su rostro exhibiría las mismas ojeras, la misma mirada huidiza que tenía el chico, marcadas en su rostro. Seguramente sí.

–Señor, ¿buscáis a alguien?

Roland asintió una sola vez.

–Lo siento –le dijo el chico, que desapareció en busca de más supervivientes a los que llevar agua.

Lo sentía; aquel muchacho lo sentía porque creía que a quien Roland buscaba estaba muerto. Pero el joven caballero no se dio por vencido. El día clareaba premiándole con una visión de tragedia y muerte. Miró hacia atrás. El cuerpo de William continuaba donde él lo había dejado. No había tiempo para lamentar su muerte, no en esos instantes, si no quería que pronto otro cadáver lo acompañara. Y él estaba dispuesto a encontrar vivo a su padre. Trató de imaginarse el punto que William le había señalado, pero la realidad era que no tenía ninguna referencia certera. Le sorprendió el silencio con que amanecía. «*Aita, ¿dónde estáis?*». Con furia, arrojó la antorcha sobre el campo sembrado de muerte. ¿Qué le importaba ya que ardieran esos cuerpos? Esperaba un milagro, quería un milagro. «¡Santa María! –suplicó–. Guiad mis pasos». Estaba abrumado. Se tapó el rostro con sus manos y entonces notó su cara inflamada y los restos de sangre que se habían quedado pegados por el sudor. Se detuvo de nuevo. No quería mirar, pero no le quedaba más remedio. Sus ojos recorrieron una vez más aquel río negro y rojo. El sol seguía subiendo. Algo brilló de repente a su izquierda. Se acercó hasta ese punto y se agachó. Parecía el brillo de un metal. Una espada. Apartó un brazo y la cogió. Un escalofrío recorrió su columna. Su corazón sintió temor y alegría a la vez. Acababa de encontrar la espada de su padre. «*Ad usque fidelis*», ponía en su pomo, junto con el lema que García había hecho grabar en todas las armas Almoravid: «*Benedictus Dominus Deus Meus. qui docet manus meas ad proelium, et digitos meos ad bellum.*». Por fin, tenía una referencia. Su padre no podía estar muy lejos de allí.

No tenía fuerzas para levantarse. Su cuerpo parecía haber sucumbido al esfuerzo físico y mental al que lo había expuesto en los últimos días. Miró hacia la ventana. La luz hacía rato que le había anunciado la llegada de un nuevo día. Los sonidos habituales del hogar de los Almoravid le recordaban que debía levantarse, pero su cuerpo no le respondía. Se encontraba realmente

agotada, pero había demasiados asuntos que considerar y quería evitar pensar en Miguel. Al tratar de moverse, su pierna derecha reaccionó con un pinchazo. Apretó los dientes y se dispuso a incorporarse, pero se había olvidado de que su mano derecha también estaba resentida. Se lavó y se vistió sola, no quería que ninguna de sus sirvientas advirtiera los golpes. Bastantes murmuraciones había habido ya en esa casa y en toda la ciudad con el nombre de los Almoravid delante de ellas. Se acercó a la pequeña mesa situada debajo de la ventana. La cadena que le había robado a Gutierre estaba allí. La tomó en sus manos mientras se decía que aquella arma en forma de rosario ya no haría nunca más daño a ninguna mujer, ni a ningún hombre. La apretó fuertemente con su mano izquierda y la escondió entre sus vestidos. Ya pensaría más tarde qué hacer con ella. Decidió bajar a desayunar.

–La señora ha preguntado por vos –le dijo una de las sirvientas, nada más llegar abajo.

Había hecho un gran esfuerzo para bajar las escaleras. Ahora tenía que volver a subir. Tomó aire. Quería ir a ver al pequeño aquella mañana. Esperaba que el sirviente que había enviado el día anterior a casa de la zapatera la hubiera tranquilizado un poco. Pero suponía que Blanca querría escuchar de su boca qué era lo que había ocurrido con su hermano. Sin embargo, Catalina era primero.

La dama tenía el rostro pálido, pero se la veía tranquila. Respiraba con normalidad y el esbozo de una sonrisa se pintaba en sus labios. Laraine la saludó y le preguntó cómo se encontraba.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó de repente la esposa de García–. ¿Qué os ha ocurrido en la mano?

–Una caída sin importancia.

–¿No tendréis ningún hueso roto?

–No –le aseguró la siciliana tratando de ser convincente, aunque sin estar demasiado segura.

Laraine acercó su mano buena al vientre de su cuñada.

–No sobreviviré si yo muero, ¿no es cierto?

Con una amplia sonrisa, la siciliana trató de transmitirle confianza.

–Lo importante es que cojáis fuerza. Haré que os suban el desayuno.

–Laraine –le dijo cuando ya alcanzaba a la puerta–, avisadme en cuanto llegue mi padre.

Roland clavó la espada de su padre en el lugar en el que la había encontrado para servirle de referencia. Buscaría en círculos a partir de ese punto. No había tiempo que perder. Movi6 los cadáveres sin ningún tipo de consideración. Algunas aves atrevidas querían disputarle su premio. Las espantó con su propia espada y se centró en su tarea. Si su padre había viajado desde Pamplona hasta Sevilla para encontrarlo, sin tener ninguna pista sobre su paradero, y lo había hallado, él no le fallaría ahora que lo tenía tan cerca.

Su pie se engan6 con algo. Tiró fuerte de él para soltarse, pero su espuela qued6 trabada. Se agachó con impaciencia, pero cuando acercó su mano para tirar de la espuela, algo cercano llamó su atención. Empujó el cuerpo del *imesebelen* que le daba la espalda. Clavada en su pecho asomaba lo que quedaba de una lanza, quizá su propia arma. Y debajo de él... estaba su padre. Por un instante se quedó quieto. Necesitaba cerciorarse de que era él. Con manos temblorosas quitó el yelmo a ese caballero para descubrir su rostro. «¡Gracias al cielo!», clamó. Le pareció que los párpados de su padre se movían sin abrirse.

–¡*Aita!* –dijo buscando el pulso en su cuello y su aliento en la nariz–.
¡*Aita!*

Miró alrededor desesperado. ¿Cómo se podía estar tan solo en medio de tanta gente?

–¡*Aita!*

Buscó otra vez su pulso. La nuez de su padre se movió como si intentara tragar.

–¡Agua! –gritó con todo lo que sus pulmones dieron de sí–. ¡Agua, por el amor de Dios! ¡Necesito agua!

¿Dónde estaba aquel muchacho que no hacía mucho le había ofrecido a él agua? Volvió a gritar. Mientras, se situó detrás de su padre y tiró de él con todas sus fuerzas hasta sacarlo de aquella tela de araña negra.

–¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Sus gritos asustaron incluso a las aves carroñeras que se abalanzaban sobre los cadáveres. Por fin llegó alguien que le ayudó a trasladar a su progenitor lejos de aquel campo de exterminio y aniquilación. Lo colocó al lado de William. Alguien le ofreció un pellejo de agua que derramó sobre los labios resecaos de su padre. Este los movió un poco. Roland insistió.

–Bebed, *aita*.

–Su pierna –le advirtió el hombre que le había ayudado a sacarlo de entre los muertos–. Deberíais hacer que le miraran esa herida.

El joven observó la lesión de su padre. Era... grave.

Laraine se quedó en casa de Blanca hasta pasado el mediodía. Afortunadamente, el bebé se había recuperado bien del pequeño susto. Gracias a los cuidados de la beata y de la criandera parecía tranquilo y feliz. Se despidió más calmada y les dio unas monedas para que las usaran en el cuidado del niño y otras para ellas por todos los padecimientos de las últimas horas.

–¿Estáis segura de que mi hermano...?

–No nos molestará más. Estoy segura. Escapó como alma que lleva el diablo.

–No me fio de él. Ya habéis visto de lo que es capaz. No me creo que haya desaparecido sin más.

Tal vez Blanca tuviera razón. Quizá fuera solo una retirada para ganar tiempo. Y sin embargo... había desaparecido. Por ahora eso le bastaba.

–Deberíais ir a casa de Oria. No me gusta el aspecto de vuestro dedo meñique.

En la calle hacía calor, pero no demasiado. Se miró la mano. No, a ella tampoco le gustaba la apariencia de ese dedo. Decidió pasar por casa del juglar antes de encaminarse a la morada Almoravid. Caminó con premura, evitando fijarse demasiado en aquellos que pasaban a su alrededor. Oria la atendió enseguida. Ella también esperaba noticias.

–Tuve suerte –le dijo Laraine mientras examinaba su dedo–. La cadena se enganchó en mi muñeca y se la quité. Sin ella, se encogió como un conejillo y se fue.

Oria torció el gesto.

–No sé si a esto se le puede llamar suerte. Vuestro dedo meñique está roto, como me temía. Aquí –le dijo haciendo que Laraine se contrajera de dolor.

La dama la miró sin poder contener del todo un leve quejido.

–¿Y qué recomendáis? –le preguntó.

–Voy a tratar de encajar de nuevo los huesos, pero...

–Pero, ¿qué?

–Será doloroso. Y además, han pasado muchas horas desde que ocurrió. No sé si se podrá...

–Haced lo que podáis –le dijo con cariño Laraine.

Oria se concentró en su trabajo. Las lágrimas saltaron de los ojos de la siciliana y gritó a pesar de la tira de cuero que la curandera le había dado para que mordiera. Fueron unos minutos interminables y tremendamente dolorosos.

Cuando Oria concluyó, se recostó contra la pared.

–Bebed esto –le ofreció la mujer–. Os sentará bien.

Sin preguntar, se lo bebió casi de un trago.

–Será mejor que no uséis esta mano en un tiempo. Lo siento, tendréis que acostumbraros a defenderos con vuestra mano izquierda.

El dolor, aunque adormecido, se extendía por todo su cuerpo. Se sentía levemente mareada y un regusto amargo acariciaba su garganta. Se había quedado adormecida tras la comida en el salón pequeño y tardó en situarse cuando la puerta se abrió y el padre de Catalina apareció por ella. Se levantó deprisa para saludarlo, pero el noble, circunspecto y serio, reclamó ser conducido enseguida hasta los aposentos de su hija.

–Dejadnos solos. Si os necesito, os haré llamar –le pidió el hombre.

Laraine asintió. Notó un escalofrío por su espalda. Una corriente de aire rozó su mejilla. Se giró. No había puertas o ventanas abiertas. Se refugió en su alcoba. Era el sitio donde más cerca se encontraba de su esposo. El intenso silencio se prolongó como si la ciudad entera hubiera enmudecido. Se tocó el cuello, aún seguía rígido, aunque dolía menos. Seguramente aquello que le había dado Oria para soportar el dolor de su mano había hecho efecto también sobre su cuello. Abrió el armario donde se guardaba la ropa de su esposo y sacó una de sus camisas. Se desvistió y se la puso. Luego eligió una de sus godelas y se cubrió con ella. Cerró los ojos. Todavía se podía sentir su olor en ellas. Los recuerdos acudieron a su mente retro trayéndola a la orilla del río adonde Miguel la solía llevar a menudo en sus primeros años de casados. Se vio allí sentada con un vestido de color verde y su pronunciado vientre de embarazada. Miguel hizo bromas con lo que el Runa puede llevar en su corriente cuando ella dijo que le gustaba escuchar el gorjeo tranquilo de sus aguas. El recuerdo le hizo esbozar una sonrisa. Sus vidas estaban entrelazadas con el agua; el agua dulce de aquel río que bañaba la hermosa ciudad de Pamplona y el agua salada del Tirreno donde el infanzón estuvo a punto de perecer pocas semanas después de que ambos se conocieran. Ya no se sentía culpable. Y su primo Alejandro había pagado con creces la osadía de contratar a aquellos mercenarios para arrojar a Miguel desde el Castell de l'Ovo de Nápoles solo por creer que ella y el navarro iban a casarse. Sí, el agua los había unido. Ese pensamiento le hizo darse cuenta de que tenía la garganta seca y una repentina sensación de sed la atacó. Se quitó la godela y la camisa y

se vistió con sus ropas. Dobló con cuidado las vestiduras de su esposo y las acarició con ternura. «Espero que estéis bien».

Al salir de sus habitaciones se dio cuenta de que el día estaba avanzado. La casa seguía en silencio. Del cuarto de Catalina no salía ningún sonido. Se preguntó si don Lope Mauleón estaría aún con su hija. Llamó a una de las sirvientas y le pidió un vaso de agua. Se lo bebió sin respirar, como si su vida dependiera de ello.

–¿Queréis que preparemos ya la cena?

–¿Sigue el señor don Lope con doña Catalina?

–Sigue, señora.

Laraine miró hacia la puerta de los aposentos de su cuñada. No tenía ni idea de lo que le estaría contando Catalina a su padre. ¿Le estaría hablando de la infidelidad de su esposo con Toda? ¿Le pediría venganza? No sería extraño que una esposa mancillada hiciera esa petición a los hombres de su casa. Sin embargo, Catalina era también una mujer que se enfrentaba a la muerte y parecía decidida a hacer las paces consigo misma antes de dejar este mundo. ¿Querría entonces asegurarse de que García nunca supiera la verdad? ¿Qué debería decir entonces ella sobre la sirvienta y el bebé que luchaba por sobrevivir en casa de Blanca? La voz quebrada de don Lope la sacó de sus cavilaciones.

–Entonces, esperad un poco más para preparar la cena. Yo os avisaré.

La sirvienta se marchó y ella se quedó parada frente a la habitación. Por fin se decidió a bajar. No era propio de ella escuchar detrás de las puertas. Estaba girándose cuando el padre de Catalina salió de los aposentos y se le acercó.

–¿Es verdad que, como dice ella, se muere? –le preguntó entre dientes, mirándola fijamente.

Laraine bajó su cabeza para tomar aire.

–Su estado ha empeorado en los últimos días, pero no sabría decirlo. Su mal no es algo que se vea, sino que está dentro. Y lleva el dolor con resignación asombrosa. Hace días me dijo que su hora había llegado y actúa como si supiera que su vida ha tocado a su fin. A veces, esas cosas se presienten –dijo con un ligero escalofrío rozándole el hombro.

–¿Es por el embarazo? ¿Algo ha ido mal? –le preguntó en un susurro para que su hija no les oyera.

–No tiene nada que ver con eso, creo. Catalina estaba enferma mucho antes de anunciar la buena nueva, solo que ahora, ahora...

No pudo terminar la frase porque en ese instante se dio cuenta de que la muerte de su cuñada podía ser cuestión de días. Un pensamiento que había apartado de su cabeza en las últimas jornadas al centrarse en el niño de Toda. Se sintió pequeña, insignificante, impotente. La presión de la mano de don Lope remitió en su brazo.

–¿Podrías salvar a su vástago?

–Ahora mismo, por el tiempo de su embarazo, yo diría que el bebé es demasiado pequeño para sobrevivir sin su madre. Sin embargo, llegado el caso, os prometo que haré todo lo que esté en mis manos.

El hombre tomó aire con profusión. Laraine vio cómo se hinchaban las aletas de su nariz. Con cierta rabia, soltó su brazo y se quedó encorvado, alicaído. Tal vez, tan impotente como se sentía ella misma.

–Padre, ¿con quién habláis?

–Laraine está aquí.

–Decidle que pase y vos, id a hacer lo que os he pedido.

Laraine y Lope se miraron. Fue el noble el primero en desviar su vista. Sin apenas ruido se marchó escaleras abajo. La siciliana penetró en aquella estancia con pasos diminutos. La recibió la sonrisa clara de Catalina.

–Acercaos –le pidió. Su voz sonaba tan viva... Por unos instantes hasta pensó que la posibilidad de que Catalina muriera era poco menos que remota.

–Quiero que le transmitáis un mensaje a mi esposo –Laraine aceptó con un leve movimiento de su cabeza–. Deseo que le digáis algo de mi parte. Decidle... –pareció pensárselo un poco, pero luego siguió con aplomo– ... decidle que le amo y que le perdono. ¿Lo haréis? –le pidió mientras apretaba su mano izquierda con enorme fuerza.

–Lo haré –le prometió. Y se fijó entonces en la palidez de su rostro, en sus labios agrietados, en su frente sudorosa... y algo en su rictus y en la forma en que contraía sus ojos se le hizo descorazonadoramente familiar.

–Bien –dijo la moribunda como si agradeciera el hecho de que Laraine no hiciera preguntas sobre qué era eso que perdonaba a su esposo–. En cuanto a Toda y a Domingo... Si los veis, pedidles perdón de mi parte.

Laraine fue a decir que Toda había muerto, pero se contuvo. ¿Qué más daba ya?

–Ahora, deseo hablar con mis hijos.

La dama fue a buscar a sus sobrinos. Don Lope parecía haber desaparecido. Una sirvienta se asomó por la puerta de la cocina y Laraine dio su consentimiento para que preparasen la cena. La siciliana se refugió en la

tranquilidad del comedor pequeño. Lloraba sin quererlo, sin poderlo evitar. A menudo, Catalina le había parecido altiva y distante, pero acababa de mostrarse generosa y valiente.

—¿Qué ocurre, madre?

Al escuchar la voz de Magdalena, Laraine se revolvió inquieta. Con el dorso de su mano buena se secó las lágrimas que caían libres por sus mejillas.

—¿Es la tía?

—Sentaos conmigo. Recemos juntos.

La puerta se escuchó cuando iban por la sexta avemaría. Laraine elevó la vista. Escuchó la voz de don Lope. Sabía quién venía con él. Una mezcla de paz y aturdimiento cubrió su corazón, pero se aferró al único sostén que existía, enlazando oración tras oración en un intento de sentirse acunada y protegida. No tardó en abrirse la puerta. Treinta avemarías después, don Lope se asomó por la puerta. Laraine le hizo un gesto para que se uniera a ellos pero, por el semblante que traía aquel hombre, supo que todo había terminado.

UN DESEO

23 de julio de 1212

Amicus fidelis protectio fortis; qui autem invenit illum, invenit thesaurum. Amico fideli nulla est comparatio, et non est ponderatio contra bonitatem illiu.

Eclesiástico 6, 14-15

El amigo fiel es una defensa poderosa, quien lo halla ha hallado un tesoro. Nada es comparable al amigo fiel y no hay nada equiparable a su bondad.

Eclesiástico 6, 14-15

ENCOGIDO COMO UN REO, Roland se apretaba fuertemente las sienes con ambas manos. Era uno de esos momentos en que el dolor de cabeza lo atormentaba. No era como al principio, pero aquellos ataques incontrolables continuaban siendo un suplicio. Se relajó un poco al notar que el peor momento había pasado, pero en sus labios aún se dibujó durante un buen rato el pequeño tormento por el que estaba pasando. Deslizó su mano hasta el tobillo, donde tenía anclado a *Magnot*, solo para sentir bajo su tacto algo que le transmitía seguridad. Su padre se movió inquieto y abrió los ojos. Le ofreció una mueca indefinida.

–Roland –a pesar de su quebranto, su voz seguía sonando con autoridad.

–Estoy aquí, *aita*.

–Lo sé –dijo Miguel–. Deberíais descansar.

Roland solo se había apartado de su padre una vez desde que lo había sacado de entre los muertos. Y lo había hecho para dar entierro a William. Ahora el sajón descansaba en una tumba que él mismo había excavado, junto a un frondoso árbol. Antes de enterrarlo había extraído su corazón y sus ojos. Aquellos órganos permanecían guardados con sumo cuidado en una caja de madera. Se los llevaría con él a Pamplona y allí los enterraría en un lugar santo.

Después de dar el último adiós a su amigo, regresó junto a su padre justo en el momento en el que el médico había considerado que lo único que podía

salvar a Miguel de la muerte era amputar su pierna herida. Roland se puso como loco. Casi llega tarde, pero logró detener la sangría. Despachó como pudo a aquel hombre, aunque tuvo que escuchar sus imprecaciones y condenas. Varios días después, aquellas palabras retornaban a su mente. Y no estaba muy seguro de si había obrado bien o mal al impedir aquella mutilación. De momento, su padre seguía vivo. Miguel había tenido suerte de que aquel *imesebelen* cayera sobre él. Eso le había dicho aquel médico, ya que había taponado la herida e impedido que se desangrara. Sin embargo, aunque Miguel no empeoraba, tampoco parecía mejorar.

Roland empapó un lienzo limpio en agua y vino y volvió a lavar la herida. Lo hacía con asiduidad y procuraba llevarlo a cabo cuando su padre estaba despierto. Si se quejaba era que dolía y si dolía era que todavía no se había gangrenado. Antes de secar, observó con atención. Acercó su cara hasta el muslo. Le pareció percibir cierto olor, pero es que allí adentro todo olía a vómito y heridas. Examinó la zona buscando cualquier cambio de color o de temperatura. Apretó los bordes de la herida.

Miguel arrugó la nariz. Sin quererlo, su hijo sonrió.

–Sois un maldito aprovechado –le dijo–. Después de esto no me quedará más remedio que desheredaros.

Roland lo miró.

–No hace falta que lo hagáis. Soy un maldito segundón.

–No digáis eso. Sois un caballero, el mejor capitán que surcará nunca el Mediterráneo.

Roland sonrió quitándose importancia.

–Solo lo decís para que deje de infringiros dolor –hizo una breve pausa aunque sin apartar la vista de la pierna de su progenitor–. Ya sé que preferiríais que fuera mi madre quien os cuidara. A mí también me agradaría tener sus conocimientos, pero os juro que hago lo que puedo.

–Laraine...

El joven observó a su padre. Tenía los ojos cerrados y una leve nota de quietud en su rostro. En su mano derecha apretaba el velo verde de su esposa. Roland repitió el nombre de su madre mentalmente. No sabía por qué, pero cuando su padre la llamaba sonaba diferente.

Se había llevado a todos los niños con ella. Conforme se acercaba a los pies de la Virgen, el nudo en su garganta se hacía más y más grande. Elvira se

agarró de su brazo. Llevaba cinco días de desconsuelo y ella ya no sabía qué más decirle para llevar un poco de paz a su desalentado corazón. Miró a su sobrina y se adelantó con ella unos pasos. Juntas depositaron a los pies de la talla de María unas flores, varios cirios encendidos, pan y vino. Luego dejaron un donativo en nombre de Catalina. Así cumplió Laraine con el cometido que su cuñada le había encomendado en su testamento.

–No puedo creerlo, tía. No puede ser verdad.

Laraine apretó con fuerza las manos de Elvira. Ella tampoco se podía creer que el desenlace hubiera sido tan rápido.

–Ella aceptó su muerte con naturalidad –le dijo la siciliana–. Honrémosla como se merece.

Todos se apiñaron en torno a ella y rezaron por el eterno descanso de su alma. Desde hacía cinco días no hacían sino rezar y llorar, llorar y rezar y suspirar. Un suspiro atragantado en el tridente de la muerte. El tiempo se había detenido desde que don Lope le sostuvo la mirada y confirmó con los labios apretados que lo que iba a suceder, ya había ocurrido. Mientras salían al exterior, una imagen se aferró a su mente. Era la de una delicada rosa meciéndose por la suave brisa. Estaba cerca del cuerpo de Catalina justo antes de hallar sepultura en la ermita de Santa Cecilia de Arróniz. La imagen desapareció de pronto mientras su sobrino tiraba de su manga.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–Soldados, son soldados –gritó Johan, presa de una repentina excitación.

–Son cruzados –le corrigió Etienne.

La palabra caló en el cerebro adormecido de Laraine. Elevó la vista. El ambiente había cambiado. La ciudad estaba llena de un continuo murmullo. Las gentes, de curiosidad innata, se habían echado a las calles.

–Id a ver –les dijo a Johan, Fortún y a Etienne que se morían de ganas por salir corriendo–. Y enteraos de quiénes son y qué hacen aquí.

Laraine se alegró en un principio de que aquel acontecimiento sirviera de distracción a los más pequeños. Las chicas la miraron entonces. Ellas también querían ver a los cruzados, saber si entre ellos regresaban sus padres y sus hermanos.

–De acuerdo –concedió la siciliana ante la súplica tácita de su sobrina Elvira, de la pequeña Clemencia y de sus hijas Isabel y Magdalena–, daremos un rodeo para llegar a casa.

Los ultramontanos llenaron de barullo la tranquilidad de Pamplona. Llevaba varios días extendiéndose por la ciudad el rumor del regreso de estos

hombres. Pero Laraine, pendiente como había estado de Catalina y del bebé y de Gutierre, además de su ausencia para asistir al entierro de su cuñada en Arróniz, no se había enterado.

–¿Creéis que ya están aquí?

La siciliana arrugó la nariz ante la pregunta de Elvira. Los sentimientos se entremezclaron en su mente; expectación, ansiedad, temor. Cerró los ojos unos instantes. Calculó el tiempo que hacía que los hombres se habían marchado. Era demasiado pronto salvo si... habían perdido o se habían retirado.

–¿Creéis que padre ya está aquí?

Entendía la urgencia en la pregunta de su sobrina. Tras el fallecimiento de su madre, la idea de que su padre estuviera cerca era un punto de apoyo. Ella, sin embargo, no estaba preparada para tener que dar explicaciones tan pronto. Pero la vida no pregunta si estamos dispuestos, así que no tendría más remedio que resignarse. Llegaron varios hombres a caballo y se tuvieron que retirar hacia la pared para no ser arrolladas. La pregunta de la joven se quedó sin contestar.

–¡Salvajes! –les gritó Laraine.

Un grito espontáneo que hizo que uno de aquellos hombres se revolviera y reculara. Se dirigió a ellas en una lengua que desconocían, pero por las carcajadas y los gestos, no parecía que lo que decía fuera un cumplido. De pronto, aquel hombre se bajó del caballo y se encaminó hacia ellas. Laraine percibió enseguida cómo miraba a Elvira y se interpuso entre ambos. Las palabras de la siciliana no lo distrajeron de su objetivo. Su mano tosca acarició la mejilla de la joven. Laraine propinó un empujón al hombre que había osado importunar a su sobrina. Volvió a hablar en esa lengua que desconocían y que el hombre acompañó de otra carcajada. Desenvainó su espada y agarró a Elvira por la muñeca.

–¡No! –Laraine sabía que su negativa era un gesto desesperado y tal vez inútil, pero debía intentarlo. Sin darse cuenta, empezó a hablar en mesapio de forma rápida y contundente. El hombre, de repente, bajó su espada, cogió su caballo y se fue.

–¿Estáis bien? –la pregunta sonó con un fuerte acento, pero las palabras se entendían.

Todas se giraron. Un joven caballero vestido con loriga descendía despacio de su montura. A su lado, un escudero le sujetó el caballo.

–¿Os encontráis bien? –repitió en tono conciliador.

Laraine se dio cuenta entonces de que aquel hombre que las había

amenazado unos momentos antes no se había retirado por lo que ella le había dicho, sino por la presencia de aquel joven a sus espaldas.

–Sí –acertó a decir Laraine–. ¿A quién debemos agradecer la intercesión? –la dama pudo sentir el leve temblor del brazo de Elvira cuando el joven sonrió antes de responder.

–Mi nombre es Simon de Bordèu. Lamento el comportamiento que habéis presenciado. Los hombres están irascibles desde que abandonamos tierras almohades. Para mí sería un honor y un placer escoltaros hasta vuestra morada.

Laraine sabía que lo lógico era declinar la invitación con una excusa amable; sin embargo, el continuo paso de aquellos hombres y el barullo incontrolable que se extendía por la ciudad le decían que debía ser prudente. Además, sentía curiosidad y quería saber de primera mano qué había ocurrido en el frente y cómo se estaban desarrollando los acontecimientos para los cruzados.

–Estamos cerca –dijo la dama.

–¿Me permitiríais montar a vuestra hija en mi caballo? Así nadie la molestaría más –preguntó dirigiéndose a Elvira.

La joven se sonrojó al escuchar aquellas palabras. Simon acercó su mano a la de Elvira y la invitó con un elegante gesto. Ella miró a su tía y Laraine concedió con un gesto afirmativo. Él mismo tomó las riendas de su caballo y caminó al lado de Laraine.

–Elvira García Almoravid es mi sobrina –le explicó a Simon–. Acabamos de enterrar a su madre. Una gran pérdida.

–Cuanto lo lamento –dijo muy serio el ultramontano mirando a la joven.

–Yo soy doña Laraine de Salerno y estas son mis hijas, Isabel y Magdalena Migueleiz de Grez Almoravid. La pequeña Constanza Iñíguez Almoravid es mi prima.

–Es un placer escoltaros hasta vuestro hogar.

El trayecto fue corto, mientras hablaban de cosas triviales, Laraine barajaba en su cabeza la posibilidad de invitar a aquel joven a entrar en su feudo. Con un poco de comida y de bebida en su plato bien podía satisfacer todas las preguntas que se agolpaban en su mente. Sin embargo, el varón de más edad en aquella casa, descontando los sirvientes, era Fortún y solo contaba con catorce años. Y quizá los sirvientes no fueran suficientes para contener a Simon si este resultaba ser una serpiente escondida en piel de cordero. Aun así, algo dentro de ella le decía que se podía fiar de aquel joven.

–Aquí es –le señaló Laraine.

Simon se acercó a Elvira y la ayudó a bajar. El contacto de las manos de aquel caballero en su cintura fue nuevo para ella. Turbada, escondió su mirada.

–Ha sido un placer –dijo el caballero mientras se despedía de ellas.

La puerta de la morada Almoravid se abrió de pronto.

–¡Gracias al cielo! –escuchó Laraine–. Ahora iba a salir en vuestra búsqueda. Estos salvajes ultramontanos son capaces de cualquier cosa.

–¡Alejandro! –Laraine se abrazó a su primo hasta casi dejarlo sin aliento.

El siciliano sonrió para sí. Hubo un tiempo en que hubiera matado por un abrazo como aquel. Más tranquila, la dama se dirigió a Simon de Bordèu. La presencia de su primo cambiaba las circunstancias.

–Tal vez os apetezca compartir nuestra mesa antes de continuar viaje. Así podremos disfrutar de primera mano de las noticias que traéis.

El ultramontano aceptó complacido.

Diego estaba contento con la orden recibida. Por fin se daba por finalizada la guerra contra los almohades. Los habían seguido sin tregua ni cuartel por los alrededores, hasta que no quedó rastro de ninguno de ellos, ni de su califa. El calor asfixiante de los últimos días y la epidemia de disentería que se había declarado, habían influido también en la decisión. Ahora, no veía el momento de regresar a las navas donde había tenido lugar la batalla. Un extraña sensación bailaba en su cuerpo. Avanzaba en primera línea, junto a otros que como él deseaban saber. Necesitaban noticias de sus allegados y seres queridos que habían partido con ellos hacia la guerra. Y eso los hacía cabalgar a marchas forzadas.

Nadie dio el alto para comer, ni para descansar. Solo se detuvieron lo necesario para que sus cabalgaduras repusieran fuerzas y bebieran. Diego se paseaba nervioso alrededor de su caballo mientras este se alimentaba. La mano de Álvaro se posó entonces en su hombro. Él era el único que lo acompañaba. Su presencia le reconfortaba y le hacía consciente de ese algo tan especial que unía a aquel Subiza con su padre.

–Tomad –le dijo don Álvaro poniendo en su mano un pedazo de algo incierto–. Comed algo o solo podré presentar vuestros huesos a vuestro padre cuando nos reencontremos con él.

–¿Qué creéis que le ha podido ocurrir? Solo la muerte o una herida mortal

lo pudo apartar de acudir a una llamada Almoravid. Y la voz de García sonó potente.

–El campo de batalla era extenso. Tal vez se encontrara lejos de nuestras posiciones.

El argumento no sirvió para tranquilizar su ánimo.

–Nos hubiera seguido. Nos hubiera alcanzado. Estoy seguro. Hay algo que se lo ha impedido.

Álvaro compartía su nerviosismo pero, a diferencia del joven, sabía que de nada servía preocuparse por algo que no sabían con certeza que hubiera sucedido. Ya se ocuparía de organizarlo todo cuando supiera qué había ocurrido.

–Prosigamos –le propuso el noble. No tuvo que repetirlo dos veces.

Los dos hombres cabalgaron en silencio durante las siguientes horas. Los que los acompañaban tampoco decían mucho, así que la columna de hombres que se desplazaba de regreso hacia las navas parecía una fila de caballeros a punto de ser sacrificados.

Álvaro se fijó en el semblante de Diego. Apretaba los dientes de la misma manera en que se lo había visto hacer a su padre decenas de veces, sacando un poco la mandíbula hacia afuera. Deseaba tanto como él encontrar con vida a su amigo.

Se habían congregado todos en el salón pequeño. La reconfortante presencia de Alejandro había puesto una nota de felicidad en el abatido estado de Laraine. No porque se hubiera rendido, sino porque ahora se sentía respaldada y comprendida. Su primo había venido a llevarse a Roland, así se lo había confesado justo antes de la comida. Echaba mucho de menos a su sobrino. Laraine le había sonreído. Sabía que lo quería como si fuera propio. Sin embargo, tendría que esperar para ver cumplidos sus deseos. Todavía no habían hablado mucho con Simon, pero, por sus palabras, todos habían deducido ya que ninguno de los navarros se encontraba entre aquellos hombres que ahora campaban por las calles de la ciudad.

La comida se sirvió puntualmente. Simon se había lavado y aseado y presentaba un aspecto todavía más distinguido que cuando lo habían conocido en la calle. Su presencia levantó la curiosidad y expectación de los más pequeños y, mucho se temía Laraine, también de Elvira

–Sí, los vimos cerca de Malagón –les contó el de Bordèu tras dar cuenta

de un pedazo de carne—. Sería hacia el 3 de julio. Nosotros ya habíamos decidido regresar.

—Todavía no entiendo eso de vuestra retirada —le comentó Alejandro.

Laraine se fijó en los esfuerzos del joven por contener su rabia. No lo consiguió.

—No nos retiramos —exclamó con voz tan fuerte que todos lo miraron—. Lo que quiero decir —continuó algo más comedido—, es que se decidió regresar porque don Alfonso no cumplió con la promesa que nos había hecho, permitiendo la rendición de los infieles y privándonos de nuestro botín. Botín que habíamos ganado con esfuerzo y sangre.

Alejandro no quiso entrar a discutir más. En todo caso, él ya había sacado sus propias conclusiones.

—¿Y no tenéis noticias de lo que ocurrió después? —preguntó Laraine dispuesta a tender un puente entre los dos hombres.

Simon se volvió hacia ella y dulcificó su comportamiento. No deseaba molestar a aquellos que le habían recibido en su hogar, pero tampoco estaba dispuesto a quedar como un cobarde delante de ellos, y menos delante de Elvira.

—Lo siento —pronunció volviéndose hacia la dama—. No puedo seros de utilidad a ese respecto. Mucho me temo que lo único que os puedo asegurar con certeza es que estaban dispuestos a continuar adelante y a juntarse con las fuerzas de don Alfonso.

—¿Y sabéis cuáles eran las intenciones del rey? ¿Hacia dónde pretendía dirigirse?

—Los cristianos marchaban al encuentro del Miramamolín —dijo ya más tranquilo el ultramontano después de beber un sorbo de su vaso de vino—. El almohade se escondía por los alrededores de Sierra Morena. Desconozco si el encuentro se ha producido o no, y en su caso, qué consecuencias ha podido tener.

—Siento este interrogatorio, pero estoy preocupada por lo que les haya podido suceder a los nuestros.

—Todos estamos intranquilos —le apoyó Alejandro.

—No dudo de la valentía de vuestros hombres —les dijo Simon—. Seguro que son unos excelentes guerreros.

Se hizo un pequeño silencio durante el cual se acentuó el sonido de la vajilla y de las masticaciones. Elvira, aunque tenía la cabeza inclinada sobre su plato, elevaba su vista para observar al invitado.

–¿Sois de Bordèu? ¿Vivís allí? –quiso saber la joven.

Laraine miró a su sobrina. Se la veía más tímida que de costumbre, pero su pregunta distendió el ambiente y la conversación fue mucho más fácil a partir de entonces. El aquitano sonrió antes de contestar.

–*Oc*. Sí, nací en Bordèu y vivo allí. Estoy seguro de que os gustaría mi ciudad. Las uvas de nuestras viñas producen los mejores vinos que existen. Y os complacería de igual modo la visita a la catedral de Saint André, donde Leonor de Aquitania se casó con el que luego fue Luis VII de Francia.

–Mi padre conoció a doña Leonor –dijo entonces Elvira.

–Y a Ricardo y a Joanna, sus hijos –completó Fortún, henchido de orgullo.

–Pues mi padre estuvo con ellos en Messina –contribuyó Magdalena, que también se quería dar importancia

–¿De verdad? –inquirió Simon–. Me gustaría escuchar esa historia.

No hizo falta nada más. Casi de manera atropellada, todos se pusieron a contarle aquella historia que tantas veces habían repetido Iñigo, García y Miguel en las fiestas de Apellido Almoravid. La comida se terminó y a media tarde aún seguían contando anécdotas de cuando los hombres de la casa acompañaron a doña Berenguela hasta Chipre, de cómo asistieron a la boda de Ricardo con la infanta navarra y de cómo lucharon en tierras de Ricardo para salvaguardar sus posesiones, mientras el rey inglés participaba en la Tercera Cruzada.

–¿Disponéis de alojamiento en la ciudad? –le preguntó Laraine cuando los más pequeños ya habían abandonado la sala y se habían puesto a jugar en el patio

–Lo cierto es que no.

–Pediré que os preparen una habitación para vos y para vuestro escudero.

–Será un honor para mí recibir alojamiento en vuestra morada.

–Tal vez queráis conocer nuestras cuadras y nuestra sala de armas. Mi primo Alejandro os servirá de guía y Elvira e Isabel os pueden acompañar.

–Es una excelente idea.

Laraine se retiró en busca de las sirvientas para darles las órdenes pertinentes. Por primera vez en mucho tiempo sintió que estaba más relajada. Incluso la contractura de su cuello había dejado de molestarla. Se centró en resolver los asuntos domésticos. Echaba de menos a Domingo. Con él en casa todo hubiera sido más sencillo. También echaba de menos a Catalina. No iba a ser fácil contarle lo ocurrido a García. A pesar de lo que sea que hubiera ocurrido entre ellos, iba a ser una gran pérdida para el caudillo Almoravid.

–¡Señora! –una sirvienta irrumpió en el salón pequeño donde se había refugiado la siciliana–. Alguien pregunta por vos.

–¿Quién?

–No ha querido decirme su nombre. Solo me ha implorado que os busque.

–¿Se trata de un hombre o de una mujer? –preguntó por si tenía que llamar a Alejandro para protegerse de ese misterioso visitante.

–Es... es... es una mujer.

Laraine salió con decisión, seguida de una sirvienta incapaz de contener su nerviosismo. Eran demasiadas las cosas que habían ocurrido en esa casa en las últimas semanas y no estaba ella para más sobresaltos. La dama se encontró con una silueta delgada que esperaba en el umbral de la puerta, muy pegada al marco. A pesar del calor, iba envuelta en una capa y se tapaba la cabeza con una capucha de manera que era imposible ver su cara. Se acercó a ella y cuando fue a preguntar quién era o qué quería, unas manos frías y delgadas cogieron con fuerza las suyas.

–¡Por favor, os lo ruego, quiero acogerme a sagrado⁵⁵ en vuestra casa!

Pasó su pierna izquierda por encima del cuello de su caballo y descabalgó de un salto. Arrastraba sueño, cansancio y hambre, pero avanzó con paso decidido hasta que se encontró en la puerta de la tienda. Entonces, se detuvo en seco. Les había costado un poco encontrarlos y ahora que se sabía tan cerca de ellos, la fatiga y el temor, de repente, hacían mella en su castigado cuerpo.

–Vamos –le dijo Álvaro venciendo por él el miedo.

Diego lo observó. Su mirada gris penetrante terminó por decidirlo. Abrió la puerta de tela y el ambiente se tornó sórdido. Desplazó su mirada con rapidez, apartando rostros desconocidos y lamentos, hasta que dio con la figura de su hermano.

–Allí –le señaló el de Subiza.

Diego asintió, pero se tomó su tiempo. Temía encontrarse con algo a lo que no pudiera hacer frente. Parecía que Roland estaba entero, aunque se le viera encogido y le diera la espalda. Pero, ¿y su padre? Avanzó con cuidado por el estrecho espacio que separaba unos cuerpos de otros. El aire se le hizo irrespirable de pronto. Su mano izquierda se acercó lentamente al hombro de su hermano y lo tocó. Este se volvió. Su rostro sin afeitar arrastraba unas profundas ojeras. Su mirada reflejó el alivio de ver a su hermano y, detrás de él a Álvaro. Ya no tenía que luchar solo por la vida de su padre. Sin esperar

un instante más, Diego se abrazó a su hermano, agradecidos ambos de encontrarse enteros. Se soltaron despacio.

–Está herido. En la pierna –dijo Roland al ver que su gemelo desviaba la mirada hacia el suelo. Diego asintió tres veces–. Una lanza se clavó en su muslo.

Se intercambiaron el sitio y Álvaro sacó a Roland de aquella tienda, dejando a solas a Diego con su padre.

Miguel tenía el rostro sudoroso y pálido. Diego se sentó a su lado y lo llamó, pero su padre se mantuvo con los ojos cerrados, dormido. Le tomó la mano y volvió a llamarle, más por asegurarse de que él mismo estaba allí, que por esperar una respuesta. El contacto removió el espíritu de semiinconsciencia del herido. Ladeó la cabeza y el sonido de su respiración se escuchó débilmente. Diego se fijó en un pequeño recipiente que descansaba en la cabecera de la improvisada cama de su padre. El agua estaba fresca, parecía recién llevada. Empapó una de las telas que su hermano había dejado preparadas y limpió el rostro del enfermo. Se quedó en silencio, abrumado por todo lo que le rodeaba. Era la primera vez desde que salieron de Pamplona en que su mente descansaba. Se sintió pequeño y un peso invisible cubrió sus espaldas. «¿Cómo se supera una batalla como esta, *aita*? –le preguntó en silencio a su progenitor– ¿Cómo voy a hacer para cuidaros y llevaros hasta mi madre?». Se había preparado para afrontar la lid, incluso para sufrir heridas o para morir, pero no para ver morir a su padre. Incapaz de pensar, demasiado cansado para tomar decisiones, adoptó la misma postura que Roland había tenido hacía unos instantes y se quedó quieto.

La frescura del agua sobre su frente lo trasladó a las orillas del Runa. Era una tarde soleada y tranquila. Miguel se preparaba para disfrutarla junto con Álvaro. Los dos amigos corrían sorteando los árboles, lanzaban piedras sobre las aguas tranquilas del río, desafiaban a los enemigos del rey y luchaban con sus espadas de madera. Todo era perfecto hasta que de pronto el cielo se tornó negro y una boca y unos ojos y después todo un rostro descompuesto surgió de entre las nubes grises. Miguel soltó su espada de madera y comenzó a correr, pero, por más que corría, no lograba despegarse de aquellos labios descarnados que parecían querer escapar de aquella faz horrible. «Dáselo al rey. Dáselo al rey», le repetían y ponían delante de él el cadáver de un hombre tan negro como la tarde que lo rodeaba. Miguel se tropezó y cayó. Rodó por el suelo hasta que lo recibieron las aguas del río. Unas aguas saladas y agitadas lo llevaron primero hacia el fondo. Trató de salir agitando sus manos y sus

pies, pero una cuerda rodeó su cuerpo y tiró de él hacia abajo. Quería gritar, pero había un nombre en su cabeza, alguien a quien quería llamar, que parecía haber desaparecido. Quería llamar a alguien, pero había olvidado su nombre. Se empezaba a cansar y entonces una ola lo arrastró contra las rocas. Se golpeó fuertemente en el muslo. Dolía como si le hubieran atravesado con una lanza. Quiso gritar de nuevo, pero no sabía cómo, no podía hacerlo porque había un nombre olvidado. Se dejó llevar por las aguas y entonces vio un rostro. Un rostro cubierto por un velo verde. Pensó que la muerte iba a buscarlo. Perdió su miedo. Unos bellos ojos lo miraban y se entregó a ellos. Tal vez no fuera tan difícil morir. De entre el rugido de las olas comenzó a escucharse una canción que se repetía. Sonrió mientras el agua se lo llevaba y entonces el nombre que buscaba apareció en su mente y lo gritó con voz potente: ¡Laraine! Y se dejó llevar por las aguas. Sintió la suave caricia de un velo sobre su rostro y movió su mano para alcanzar a rozarlo. El velo se desvaneció y desapareció el dulce rostro que lo acompañaba. Y después las aguas se calmaron. Solo se escuchaba el rumor de una suave brisa y aquella melodía de la que ahora podía comprender sus palabras: *«La fuente de toda vida procede de lejanas tierras. Lucharéis contra las aguas. El destino os maltratará con una traición, pero de ella surgirá el amor más recio y más fuerte que jamás hayáis sentido. De él surgirán dos almas iguales, a la vera de un río. Conoceréis tierras oscuras e infértiles y también pueblos amables. Así será, hasta que la noche cálida me permita envolver la última de vuestras caricias».*

Diego sintió el movimiento de la mano de su padre y se puso alerta. Empezó con un leve temblor que pronto se convirtió en convulsión. La mano contagió al brazo, el brazo al hombro y el hombro al pecho. Así hasta que todo su cuerpo comenzó a agitarse como una débil amapola en medio del viento de tormenta. Los ojos del joven se abrieron hasta convertirse en un círculo de indefensión. Tomó una bocanada de aire y se inclinó sobre su padre.

–Estoy aquí, *aita*. Estoy aquí –le empezó a decir muy bajito–. Todo va a ir bien. Roland y yo estamos aquí. Y Álvaro y todos los Almoravid. Todos estamos bien. Os vamos a cuidar.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por su rostro sin ser invitadas. Cayeron sobre el pecho de su padre que seguía temblando. Diego repetía una y otra vez las mismas palabras casi sobre el cuello de Miguel. Con sus brazos, trató de abarcar el cuerpo entero de su progenitor en un vano intento de frenar el delirio al que se enfrentaba.

El brazo protector de Álvaro lo encaminó hacia una hoguera próxima que alguien había abandonado. Se dejó llevar sin oposición y se sentó en una piedra mientras el noble avivaba el fuego. El de Subiza lo miró de reojo. Roland estaba delgado. Su rostro se había afilado y mostraba las huellas profundas del insomnio, del cansancio y del dolor. Álvaro se fijó en el enorme hematoma que cubría su frente y su pómulo. Revolvió en sus alforjas y sacó lo necesario para prepararle algo de comer a Roland. No habló hasta que el caldo estuvo caliente. Entonces, se lo sirvió en un vaso y se sentó a su lado.

—¿Qué ocurrió?

Como si retornara de un lugar lejano, el joven marinero giró su cuello y clavó su mirada en el rostro del veterano caballero.

—No lo sé muy bien. Me golpearon en la cabeza y caí del caballo o caí del caballo y me golpearon fuertemente. No lo recuerdo con exactitud. Lo único que se repite una y otra vez es esa sensación de estar siendo engullido por un mar negro de piernas, brazos, cadenas, patas y lanzas. Estaba aturdido. No me podía poner en pie y pensé... Alguien me agarró por el brazo y me sacó de allí. Desperté mucho más tarde. El cielo se estaba cubriendo de estrellas. Vi un cuerpo a mi lado. Era William. Estaba herido mortalmente, pero aún respiraba. Pensé que él me había sacado de entre los *imesebelen*, pero me hizo entender que había sido mi padre el que me había rescatado y él se había quedado conmigo. Por gestos me contó que cuando regresaba a seguir peleando, alguien había herido a mi padre y que había caído. Me señaló el lugar y después... después... —la mano de Álvaro se apoyó en su hombro y el chiquillo que todavía quedaba dentro del joven Roland se asomó a sus ojos y a su cuerpo fatigado—. Lo siento —trató de decir entre sollozos—. Lo lamento.

Álvaro respetó ese momento.

—William era un gran caballero.

—Era más que un caballero. Era un amigo. Un buen amigo —dijo algo más calmado.

—Encontrasteis a vuestro padre... —afirmó el de Subiza para dar pie a que Roland continuara su historia.

—No fue fácil. Busqué durante lo que quedaba de noche. Solo tenía el punto de referencia de la mano de William —tembló al recordarlo— y empezaba a no estar seguro de nada. Lo encontré al amanecer. Estaba tan débil que pensé que estaba muerto. Lo saqué de allí como pude —hizo una pausa y bebió un sorbo del cocido preparado por Álvaro. El calor repartió confort por su cuerpo. Estaba empezando a amodorrarse.

–¿No os habéis separado de él en todos estos días?

Una pincelada de rabia adornó sus pupilas un breve instante.

–Solo abandoné a mi padre para dar sepultura a William y, a la vuelta, me encontré a ese maldito hombre que se hace llamar médico a punto de amputar su pierna. Tuve que impedirselo y no fue muy agradable –el espíritu indómito que corría por sus genes se asomó de pronto y luego desapareció.

–Debéis descansar. Vuestro hermano y yo tomaremos el relevo.

–¿Y el resto de mi familia y de la vuestra? –preguntó entonces.

–Con algunos rasguños, pero nada de importancia. Pronto estarán aquí.

Roland asintió varias veces. Estaba empezando a notar las garras del sueño arañando su consciencia.

Laraine necesitó un momento para comprender lo que acababa de escuchar. Las manos de Dulce apretaban las suyas con grandes dosis de agitación y miedo.

–¿Qué ha ocurrido?

–Quiero acogerme a sagrado en vuestra casa –repitió con los ojos muy abiertos, sin soltar a Laraine–. Por favor. Diego me dijo que si algo ocurría... que si yo... Diego me dijo que podía acogerme a sagrado aquí. Me contó que la casa de un noble sirve igual que una iglesia para acogerse a sagrado. Me dijo que viniera si... –Dulce cerró los ojos. Parecía a punto de desmayarse.

La siciliana miró unos momentos a la calle. La presencia de los ultramontanos había inundado la ciudad de bullicio, pero también de peleas y de reyertas. Con un suave tirón, hizo que Dulce entrara en la casa. Con ese leve gesto había cumplido la petición de la joven sin saber muy bien cuál era el motivo que le había llevado hasta la morada Almoravid. ¿Se arrepentiría después?

–Lo he hecho –dijo con la mirada perdida–. Creo que... lo he... matado.

Laraine examinó con cuidado a la joven. Entonces se dio cuenta de que llevaba una capa de hombre que arrastraba unas pulgadas por detrás de ella. Su rostro estaba sucio y sus manos tenían un tono rojizo que bien podía ser sangre.

–Está bien –trató de transmitir tranquilidad– aquí estaréis bien. ¿Me explicaréis qué es lo que ha ocurrido? –le preguntó mientras la conducía directamente a su habitación. No quería que nadie en la casa se inmiscuyera de momento en ese asunto. No hasta haber aclarado las palabras de Dulce.

La dama cerró bien la puerta y la atrancó por dentro con una silla. Quería centrarse en la joven y estar pendiente de si alguien entraba en la habitación no iba a ayudar mucho. Ayudó a Dulce a quitarse la capa.

–¡Dios mío! –le salió a Laraine al verla.

La joven tenía el vestido rasgado, roto y sucio y varios golpes se asomaban entre los pliegues rotos de su vestido.

–¡Quienquiera que os haya hecho eso bien merece la muerte!

Las palabras no consolaron a Dulce, que se estremeció perceptiblemente mientras se acomodaba encima de la cama. Sus sollozos contenidos acabaron por desbordarse. Laraine se sentó a su lado y apretó sus manos para que dejaran de temblar.

–¿Qué ha ocurrido?

Dulce, ahogada en miedo y turbación, trató de pensar en lo que había ocurrido.

–Don Ximeno me había llevado a dar una paseo. A nuestro regreso... nos hemos encontrado con todos esos soldados. El ambiente en las calles era diferente al de otros días. Había euforia, tensión... No sé. Algo diferente. Don Ximeno me ha dejado en casa y me ha dicho que se iba a la taberna. Al rato lo he oído regresar. Pero no venía solo. Desde mi cuarto los oía hablar y beber, beber y hablar. Las voces han ido en aumento y entonces he sentido pasos cerca de mi puerta y un hombre ha entrado de pronto en mi habitación. Estaba borracho y me ha atacado...

La voz de Dulce se desvaneció hasta quedar reducida al silencio. Laraine aprovechó para ofrecerle un vaso de agua. La joven bebió un sorbo y devolvió el vaso a la dama.

–Trató de forzaros y vos os defendisteis.

–Estaba borracho, casi no se podía tener en pie, pero era fuerte y alto. Me he asustado, pero he recordado el cuchillo que tengo escondido debajo de mi cama. Lo he cogido, pero él ha sido más rápido y le ha bastado un golpe en mi muñeca para hacer que lo soltara. Ha intentado doblegarme y he tratado de librarme de él. Estaba a su merced, él me sujetaba una mano y con la otra yo buscaba el cuchillo. Y entonces... he encontrado el cuchillo y se lo he clavado. Se lo he clavado.

Dulce se llevó las manos al rostro y lloró desesperada.

–¿Qué voy a hacer, Laraine? ¿Y si lo he matado? Es horrible, horrible.

–¿Dónde le has clavado el cuchillo?

La joven negó varias veces con la cabeza.

–No me he fijado. Le he clavado el cuchillo con todas mis fuerzas. Él ha gritado y ha aflojado la tensión. Lo he apartado de un empujón, he cogido su capa y me he escapado por la ventana. ¡Laraine, yo...! ¿Qué vais a hacer?

–Quedaos tranquila. Aquí estaréis segura. Voy a tratar de averiguar qué ha pasado con ese hombre.

–Pero vos no podéis...

–No, yo no. Pero sé quién me puede ayudar. Encerraos aquí y no salgáis. Llamaré con tres golpes espaciados para que sepáis que soy yo.

Laraine salió en busca de su primo. Estaba claro que no iba a tener tregua tampoco aquel día. Se asomó a la sala de armas. En cuanto la vio, Alejandro se acercó a ella. A grandes rasgos, le comentó la historia de Dulce.

–Intentaré descubrir algo –le dijo él.

Laraine respiró tranquila.

–¿Ocurre algo? –preguntó entonces Simon. Su intuición parecía tan perspicaz como la de Miguel para los asuntos concernientes a las armas.

–Una pequeña algarabía que ha afectado a una amiga de la familia. No os preocupéis. Mi primo se encarga de ello.

–¿Los ultramontanos?

Laraine sonrió. No quería ofender a su invitado, pero no veía la hora en que aquellos hombres abandonaran la ciudad. Si todo eso estaba sucediendo a la luz del día, no quería ni pensar qué ocurriría por la noche.

–Eso parece.

Simon miró a las mujeres como pidiéndoles perdón.

–¿Os han gustado nuestras cuabras? –le preguntó Laraine cambiando de tema–. Nuestros hombres se llevaron a los mejores caballos, pero aún queda algún ejemplar hermoso.

–Ciertamente. Caballos árabes. Alabo el gusto de vuestros hombres.

–¡Un médico! ¡Llamad al médico!

Diego gritaba de un modo desesperado. No podía controlar los movimientos convulsos del cuerpo de su padre y temía lo peor. Sin embargo, nadie de su entorno se movió. Algunos giraron la cabeza, otros ni siquiera se inmutaron. El joven comprendió que no tendría ayuda de ellos. Ninguno estaba en condiciones de socorrerles. Salió de la tienda y buscó con la mirada a su hermano. No estaba lejos.

–Roland, necesito ayuda.

Las palabras calaron con lentitud en su cerebro, pero Álvaro reaccionó deprisa.

–¿Qué ocurre? –dijo entrando de golpe en la tienda.

–Mi padre...

Le bastaron dos grandes zancadas para situarse al lado de Miguel. Deprisa, lo colocó de lado y lo sujetó como pudo.

–Trae agua limpia –le pidió a Diego.

–¡La infusión! –dijo entonces Roland– se me ha olvidado...

Con cara de culpabilidad, el joven marino se precipitó hacia la hoguera y puso agua a hervir. Mientras, su hermano le llevó agua limpia a Álvaro.

–¡Ayudadme! –le dijo el de Subiza a un asustado Diego.

Con mucho cuidado, el noble derramó el agua por el rostro y el cuello de Miguel. Ardía. Si no conseguían que su temperatura descendiera pronto, se colapsaría. Lo había visto en muchos heridos. Repitió la operación hasta que Roland llegó con la infusión. Entre los tres procedieron a incorporar al herido. Con mucha paciencia, Álvaro introdujo el líquido en la boca del infanzón. Un rato después, los temblores fueron remitiendo.

–¿De dónde habéis sacado todas estas hierbas? –le preguntó Álvaro a Roland cuando todos estuvieron un poco más calmados.

Roland se quedó mirando al vacío unos instantes.

–Vuestra madre –concluyó el de Subiza con un mohín de comprensión–. Los dos necesitáis descansar. Yo me quedaré con vuestro padre.

Álvaro vio salir a los dos hermanos. Era curioso ver cómo los gestos de uno se repetían en el otro. La misma forma de andar, la misma longitud de pasos, la misma forma de torcer el cuello...

Se sentaron uno enfrente del otro sin mirarse. Roland acababa de sentir un pinchazo en su sien y sabía que estaba a punto de sufrir una de sus crisis.

–¿Estáis bien? –le preguntó Diego.

Roland miró a su hermano de soslayo.

–William ha muerto –le confesó.

–Lo lamento.

La irritación creció dentro de Roland. Habían sido días de tensión, de largas vigilias, de lucha continua por la vida de su padre y de continuas preguntas. Ahora, todos esos sentimientos estaban a punto de sobrepasarlo. Estaba tan abrumado que necesitaba desahogarse de alguna manera.

–Vos no sabéis nada. No estabais aquí –dijo casi de manera airada llevándose las manos a la cabeza y apretándosela.

Diego se levantó y se acercó a su hermano. Podía sentir su furia y su dolor como si él mismo los estuviera padeciendo.

–Siento no haber podido estar aquí. Pero no ha sido por gusto, sino por deber y no sería justo que me culparais por eso. Y como veis, me he adelantado porque presentía que algo malo os podía haber ocurrido.

Roland pareció calmarse un poco. Los dos se miraron. Diego pasó su brazo por el hombro de su hermano. Ambos compartían la misma preocupación y ninguno de los dos quería pensar demasiado en la posibilidad de que su padre muriera allí, en aquellos parajes inhóspitos. Pero los dos sabían que existía esa probabilidad. Poco a poco, el cansancio fue venciendo a la ira y los ojos de Roland se cerraron.

–¿Os duele? –le preguntó Diego señalándole su rostro.

–Hay momentos en que es insoportable.

Diego apretó los labios y bajó la mirada.

–Creo que necesitáis dormir.

Roland se acomodó cerca del fuego. Diego rebuscó en su bolsa de medicinas y preparó una especie de cataplasma que colocó con cuidado sobre el rostro de su hermano. Después, se sentó muy cerca de su gemelo. De vez en cuando miraba hacia la tienda de reajo. Si Álvaro no les había avisado, sería que su padre estaba bien. Centró su vista en las llamas de la hoguera y se quedó quieto. La suave respiración de Roland se mezclaba con el empuje del viento de la sierra y con la burla cruel de las aves carroñeras.

Laraine miró de nuevo recelosa hacia la puerta. Su primo tardaba en regresar. Los ruidos bulliciosos del exterior hacía tiempo que se habían tornado en gritos de disputas. Nada extrañaría que pronto se diera el aviso de fuego en una ciudad que parecía descontrolada.

La noche se avecinaba. Se habían reunido todos en la sala pequeña. Esperaban a Alejandro para empezar a cenar.

–¿Queréis que vaya a buscarlo? –se ofreció Simon.

La oferta coincidió con el sonido de la puerta exterior. Todos los presentes se levantaron de la mesa y se dirigieron a las ventanas. Solo respiraron tranquilos cuando vieron aparecer a Alejandro por ella.

–Esperad aquí –se adelantó Laraine, que no quería que nadie escuchara nada referente a Dulce hasta no saber exactamente lo ocurrido.

La siciliana salió al encuentro de su primo. Él tomó sus manos y con una

sutil sonrisa la tranquilizó.

–He ido a casa de don Alvar tal y como me indicasteis. La puerta estaba abierta, así que no he tenido problemas para entrar. Varios caballeros ultramontanos discutían entre sí. Uno de ellos presentaba una herida en el brazo y parecía querer pedir explicaciones a don Ximeno, mientras este vomitaba en un rincón. Pero no parecía que fuera grave. Al menos, se mantenía en pie.

–¿No hay ningún muerto?

–No. He recorrido las habitaciones. Ha sido sencillo porque todos estaban demasiado borrachos incluso para notar mi presencia. No había nadie. Seguramente, Dulce atinó a clavarle el cuchillo en el brazo a ese hombre, pero sin consecuencias vitales. Y si muere, creedme que no será por esa herida.

–¿Por qué habéis tardado tanto?

–Ahora os lo explico, pero creo que es mejor que entremos. Esto nos concierne a todos.

–Id vos. Yo pediré que nos sirvan ya la cena e iré a hablar con Dulce para tranquilizarla.

Laraine se dirigió a las cocinas y dio la orden oportuna e, inmediatamente después, subió a su cuarto. Al escuchar los tres golpes, el corazón de Dulce se aceleró tanto que parecía querer escapársele por la boca. Con cuidado de no hacer ruido, se levantó de la cama y retiró la silla que había colocado para impedir el paso. La siciliana entró y cerró detrás de ella. Cogió las manos de la joven mientras le decía que todo estaba bien.

–¿Así que no he matado a nadie? –dijo con mirada de súplica.

Laraine negó con la cabeza

–Solo una herida.

–¡Querrá venganza! Por favor, dejadme quedarme en vuestra casa. Don Ximeno...me matará.

–De acuerdo. Esperaremos a que regresen los hombres de la guerra. Y ahora, ¿querréis bajar a cenar con nosotros?

–Si no os importa, preferiría quedarme aquí.

Laraine aceptó su propuesta. Le hubiera gustado que se uniera a ellos, pero su negativa le evitaba tener que dar explicaciones. Cuando entró en el salón pequeño, todos estaban formalmente sentados, aguardándola. Se sentó y le preguntó directamente a su primo cómo estaban las cosas por la ciudad. Alejandro le relató que se había encontrado con el alcalde del burgo de San Cernin. Estaba muy preocupado. La presencia de los ultramontanos había

exaltado los ánimos de las gentes de la ciudad. Las rencillas entre los habitantes de los distintos burgos, de por sí ya bastante inestables, habían estallado en algunas trifulcas. No eran ya solo los ultramontanos los que armaban jaleo, también los lugareños estaban aprovechando el momento para ajustar cuentas y saldar viejas rencillas. No iba a ser una noche tranquila. El alcalde le había recomendado que se encerraran en casa y que tomaran precauciones. Cenaron de manera apresurada y Laraine mandó a los más pequeños a dormir; aunque bien sabía que ninguno de ellos lo iba a hacer aquella noche. Después, con la ayuda de Simon, se dedicaron a recoger agua en cubos por si se declaraba un incendio, algo que no sería extraño de seguir así las cosas.

Al mirar a Miguel no pudo evitar que decenas de recuerdos se agolparan en su mente. Aquellas escapadas nocturnas de ambos para encontrarse a la orilla del Runa cuando él estudiaba en el cabildo de la catedral, aquellas travesuras que habían rozado el límite de la paciencia de su padre, don Yenegro Martínez de Subiza... todo aquello regresaba de nuevo a su mente, como si hubiera sucedido ayer. Álvaro tocó la frente de Miguel. Estaba caliente, pero no tanto como antes. Y dormía bastante calmado. El preparado de Roland había hecho efecto.

«...así será, hasta que la noche cálida me permita envolver la última de vuestras caricias». Con el eco de aquellas palabras retronando en su mente, Miguel abrió los ojos. Las había escuchado hacía mucho. Se suponía que hacían referencia a su futuro, y así se lo había hecho creer Laraine, pero ahora sabía que esas palabras no habían sido dichas para él. Era el propio futuro de Laraine lo que estaba escrito en ellas. Su mirada se encontró con la de Álvaro. El tiempo se detuvo. Así lo sintieron los dos amigos. Pero el momento pasó y el dolor regresó al cuerpo de Miguel y el temor al alma de Álvaro. El de Grez parpadeó varias veces y su nuez se movió en su cuello mientras tragaba saliva.

Miguel era consciente de la gravedad de su estado y de la fragilidad con que la vida se movía entre sus venas, sus huesos y sus carnes. Por eso mismo, sabía que había llegado la hora de partir, el momento de dejar que Laraine envolviera su última caricia.

–Miguel...

La voz de Álvaro se le hizo extraña. Lo miró mientras trataba de sonreírle, reconociendo esa mirada gris serena y tímida.

–Tenemos que irnos de aquí, Álvaro.

El infanzón había agarrado el brazo de su amigo y suplicaba en susurros.

–¿Irnos? –le preguntó, creyendo que Miguel deliraba.

–A la Navarrería. Debo ir a la Navarrería. Laraine me está esperando –había urgencia en su petición.

–No estáis en condiciones de afrontar un viaje como...

–Eso es lo que dirá mi hermano y tal vez también mis hijos. Mi tío será más comprensivo, aunque dejará que tome la decisión García. Pero vos, vos debéis imponer mi voluntad. Debemos regresar cuanto antes. Quedarnos solo significará la muerte para todos. Álvaro, prometedme que me sacaréis de aquí mañana mismo. ¡Juradme que si mi hermano se opone, me tomaréis bajo vuestro amparo y enfilaréis conmigo el camino de retorno a Navarra! ¡Jurádmelo!

Álvaro inspiró con fuerza. Notaba el calor que transmitía el cuerpo de su amigo, el hedor que rodeaba aquel ambiente, la presencia de la muerte en todas aquellas navas que habían acogido la batalla.

–¡Juradlo! –insistió Miguel.

Álvaro claudicó, como hacía siempre ante los ruegos de su amigo. Sabía que no estaba en condiciones de afrontar las tres o cuatro semanas que les costaría el viaje de regreso, pero tampoco dejarlo allí garantizaba su restablecimiento. Las enfermedades se habían empezado a manifestar y una epidemia de disentería amenazaba con diezmar a los soldados que habían sobrevivido a la batalla. No, no era el sitio donde un herido debía recuperarse, pero las dudas siempre estarían allí. Sin embargo, había que tomar decisiones.

–De acuerdo. Prepararé todo.

–Partiremos mañana.

–¿Mañana?

–Mañana –confirmó Miguel mientras cerraba los ojos. Su mano dejó de hacer fuerza en el brazo de Álvaro y sus ojos se cerraron. Se había dormido.

Simon aceptó el vaso que Laraine le puso en las manos. Su ceja izquierda se elevó ligeramente al observarlo.

–Os ayudará a manteneros despierto –le aseguró la dama con una sonrisa.

El aquitano bebió un par de sorbos y dirigió su mirada hacia la ventana del salón pequeño donde sabía que estaba Elvira. No sabía la razón, pero sentía un instinto de protección hacia esa familia más allá de su deber de caballero. Y tal vez, solo tal vez, aquella joven que se había quedado huérfana de madre recientemente tuviera algo que ver.

–La de los Almoravid es la primera entre las familias nobles de estas

tierras –dijo Laraine.

Simon desvió la mirada desde la ventana hasta los ojos de la dama y bebió otro sorbo.

–Don García será muy exigente con aquel a quien haya de entregar a su hija.

El comentario hizo que el joven sonriera incómodo.

–Yo... no...

La dama colocó su mano sobre el brazo de Simon. Un leve roce.

–Una vez, un joven me miró de la misma manera que vos la miráis a ella, justo después de perder a su madre.

–¿Y qué fue de él?

–Si es voluntad de Dios, pronto retornará a mí y podré abrazarle durante otros dieciocho años más.

La expresión del aquitano se ensanchó en una hermosa sonrisa. Apuró el contenido de su vaso y se lo entregó a la mujer que tenía delante. El recipiente aún estaba caliente. No había terminado de asirlo, cuando los gritos de una algarabía se escucharon con nitidez.

–Entrad en la casa –le apremió Simon–, y haced tal y como hemos quedado.

Laraine corrió hacia la puerta y la cerró. Entró al salón pequeño y despachó a Isabel y Elvira de la ventana, enviándolas a la parte más alejada. Ella entreabrió la ventana y preparó la ballesta, tal y como Miguel le había enseñado. Mientras, en el patio, Simon y Alejandro desenvainaron sus espadas. A su lado, varios sirvientes aguardaban en la oscuridad con estacas y palos. No era la primera vez aquella noche que se preparaban para lo peor. Las otras dos anteriores habían sido falsas alarmas. Pero esta vez... La primera sombra saltó el murete justo a la derecha de Simon. El caballero se puso en guardia.

Estaban a punto de llegar a las manos. Ni García ni Álvaro daban su brazo a torcer y ni las mediaciones de los gemelos, ni las de Iñigo lograban que ninguno de ellos entrara en razón.

–He visto el estado de mi hermano. No llegaría vivo ni hasta el pie de la sierra –argumentaba García.

–Los víveres escasean, el agua se ha corrompido, las aves carroñeras campan a sus anchas y la disentería ha hecho acto de presencia. ¿Qué más

señales queréis? –protestaba Álvaro.

–Buscaré alimentos, medicinas, lo que haga falta, pero Miguel se quedará aquí.

–Me ha hecho jurar que mañana mismo lo sacaré de aquí y eso es lo que pretendo hacer.

–Tendréis que pasar por encima de mi cadáver.

Las voces habían llamado la atención de algunos. Diego se estaba poniendo nervioso y no sabía qué hacer para calmar los ánimos. La vida de su padre estaba en juego y él se sentía inútil. Abandonando el lugar de reunión de los Almoravid, se dirigió hacia la única persona que él creía que podría ayudarle.

A pesar de la oscuridad y de la distancia, Diego apreció perfectamente la fuerza de la mirada de su rey. Si su envergadura ya era de por sí impresionante, su mirada intimidaba todavía más. Y no era porque expresara maldad, ni oprobio, sino por el aplomo y seguridad que exhibía.

–Vuestra majestad –dijo Diego hincando una rodilla en el suelo y agachando la cabeza. Esperó a que el rey le invitara a levantarse. El tiempo se le hizo largo. Quizá no hubiera captado su atención y estaba haciendo el ridículo allí quieto. Sin embargo, instantes después notó un leve temblor en la tierra que lo rodeaba.

–¿Qué ocurre, don Diego?

–Vuestra majestad, se trata de mi padre.

–Hablad –lo conminó.

–Está herido de gravedad y mi tío y don Álvaro discuten sobre la conveniencia o no de trasladarlo o de dejarlo aquí.

Durante unos instantes solo se escuchó la profunda inhalación de don Sancho. Diego no tenía claro si estaba cavilando sobre su propuesta, o si pensaba en la mejor manera de echarlo de su presencia.

–Levantaos –escuchó al fin.

Diego se puso de pie. Don Sancho lo miró fijamente.

–¿Cuál es vuestro parecer?

Esa era la última pregunta que el joven caballero esperaba oír.

–Mi padre le ha rogado a Alvaro que lo traslade a Navarra como sea. No quiere permanecer aquí por nada del mundo. Me gustaría complacer su voluntad.

Don Sancho asintió muy despacio.

–Don Gómez –llamó.

El alférez se presentó ante su señor.

–Aquí estoy, vuestra majestad.

–Reunid a todos los navarros que encontréis y llevadlos hasta donde están acampados los Almoravid. En breve hablaré con todos. Mientras tanto, quiero que empecéis a confeccionar una lista con nuestras bajas y heridos y el estado en que se encuentran nuestras tropas. Y hacedlo ya.

Don Gómez se retiró a cumplir el mandato real. Diego miró al rey.

–Vamos –le dijo–. Llevadme hasta vuestro padre.

Algo nervioso, el primogénito de los Migueleiz caminó delante de don Sancho. Pronto se percibieron las voces de la discusión. El rey miró de reojo, pero no quiso entretenerse. Al llegar a la puerta del hospital de campaña, Diego se detuvo.

–Es aquí, vuestra majestad.

Don Sancho se agachó para acceder a aquel espacio. Una sacudida de aire viciado lo saludó al entrar. Miguel estaba tendido hacia la mitad. Su frente estaba perlada con gotas de sudor. Se movía inquieto, como si tuviera pesadillas. Su sueño parecía frágil y ligero. Diego acercó un tronco preparado a modo de silla y el rey se acomodó en él. Su mano gruesa tomó la mano izquierda de Miguel y observó el anillo que rodeaba la base de su dedo índice. Como si Miguel presintiera un peligro, se despertó.

–¡Vuestra majestad! –se sorprendió al descubrir el rostro que lo miraba. Su tenue voz denotaba la escasez de fuerzas que lo acompañaba–. Mi rey, aún no estoy muerto. Os he intentado devolver en varias ocasiones este anillo y siempre habéis dicho que, si no os deshonra mi conducta, solo lo aceptaréis de mí cuando haya expirado. Y tengo intenciones de llegar vivo a Pamplona.

Don Sancho esbozó una pequeña sonrisa. Aquellas palabras le bastaban. El celo con el que protegía aquella joya y la forma en la que se agarraba a la vida serían suficientes.

–Me han dicho que os faltaba poco para rendiros a la evidencia. Y es muy incómodo despegar un anillo de la mano de un muerto –bromeó.

–Podréis cortar mi dedo, si eso os satisface.

–Me satisface más que sigáis con vida.

–¿Me vais a sacar de aquí, vuestra majestad?

–Ahora mismo. No sé cómo no os habéis muerto ya respirando este aire infesto.

–Dios nos ha concedido una gran victoria –dijo Miguel cerrando los ojos–. ¿Se ha rendido el Miramamolín?

–Más que rendirse, ha huido. Y creo no equivocarme al suponer que, aunque escondido y vivo, está más muerto que vos. No será fácil que sus súbditos olviden esta derrota.

–¿Vuestra majestad?

–Decidme, don Miguel.

–Gracias.

El rey se levantó dispuesto a salir. Sabía que Miguel ya no añadiría nada más. Necesitaba conservar todas sus fuerzas. Su lucha, ahora, era otra.

Una ligera brisa revolvió los cabellos del gigante navarro. Don Gómez parecía haber hecho bien su trabajo y en cuanto la sombra del rey hizo acto de presencia, las conversaciones cesaron. Don Sancho no se entretuvo en trivialidades. Anunció que todos partirían al alba, excepto una decena de voluntarios que se encargarían de dar sepultura a los cuerpos de los navarros caídos que se hubieran rescatado de entre los muertos y que aún no habían sido inhumados. Y esperarían a los rezagados. Una vez hecho su trabajo deberían unírseles por el camino. Los heridos más graves serían trasladados en parihuelas y se decidiría qué hacer con ellos una vez alcanzaran la primera aldea o pueblo y según las necesidades que se presentaran sobre la marcha. Añadió que si alguien tenía algún familiar desaparecido se lo dijera al alférez y dicho eso, dio por concluidas sus órdenes.

García apretó los labios fuertemente. Parecía que el rey había decidido por todos, pero se le había quedado un resentimiento dentro. Sabía que debía dar las órdenes oportunas para que los Almoravid se preparaban, pero el cansancio también hacía mella en su espíritu. Descargada la exaltación del combate, los cuerpos parecían querer rendirse a la evidencia. Estaba en esas elucubraciones cuando un paje se le acercó y le ordenó presentarse ante el rey.

–Vuestra majestad –lo saludó–, ¿me llamabais?

–¡Ah!, don García. Quiero que saquéis a vuestro hermano de esa tienda en la que está metido. Cuando esté al aire libre, avisad a mi físico. Él mirará su herida.

–De acuerdo –dijo–. ¿Alguna cosa más?

–Una gran batalla, Almoravid. Una gran batalla.

García se separó y fue a cumplir la orden del rey. Entre Diego, Iñigo, Álvaro y él lo sacaron al exterior. Por primera vez en muchos días, el viento rozó las mejillas del infanzón. El olor a ponzoña y a muerte se disipó de su cabeza y escuchó sonidos diferentes a los gritos de dolor y a las quejas. Roland dormía cerca de él, ajeno a discusiones y preparativos. Nunca había

tenido problemas para aguantar largas jornadas sin dormir pero, después de eso, cuando cogía la cama, era capaz de dormir un día entero sin que nada fuera capaz de despertarlo. El físico del rey examinó la herida de Miguel. Quien hubiera cuidado de ella había hecho un buen trabajo. Había algo de infección, pero no estaba gangrenada. La limpió, extrajo el pus acumulado y la vendó de nuevo.

La noche se pasó enseguida. Entre todos los Almoravid prepararon la parihuela que acarrearía a Miguel y organizaron la mejor forma de trasladar a otros heridos menores.

El alba sorprendió a todos ellos en plena faena. Los pocos víveres que quedaban y el agua fue colocada en las alforjas. Los caballos relinchaban nerviosos. Los heridos ocuparon sus lugares. Diego despertó a Roland a base de golpes y empujones.

–Nos vamos –se limitó a decir el mayor.

Con sumo cuidado, depositaron a Miguel sobre la parihuela. El de Grez ahogó en una mueca de dolor el suplicio que suponía cada uno de los movimientos. Don Sancho se colocó el primero y levantó su mano. Esta vez no llamaba a sus caballeros a la guerra. Esta vez, la señal indicaba el camino de sus hogares. Atrás quedaban las navas que habían acogido una de las batallas más cruentas de aquellos años. El maestro del temple y el de Santiago habían dejado allí sus vidas, igual que el comendador de Santiago y el alférez de Calatrava y tantos otros anónimos, y algunos navarros, y William. Roland miró una sola vez atrás. Su cabeza dolía por la herida sufrida y su corazón por la pérdida de un amigo. Diego se colocó a su lado y lo miró para cerciorarse de que estaba bien. Con paso decidido montó sobre el caballo que tiraría de su padre. Él lo dirigiría durante el descenso. Don Sancho bajó su mano derecha. Su caballo inició un paso lento, acompañado por el tintineo de unas cadenas. En su alforja, además de su maza, el rey llevaba un trozo de las cadenas del palenque del Miramamolín que él mismo había roto. No se separaba de ellas. Diego las miró bambolearse y clavó espuelas.

Eran cuatro, pero entraron con la intención de arramblar con todo lo que encontraran a su paso. Simon les dio el alto sin que se lo tomaran como una intimidación. Estaban en superioridad numérica. Tampoco cuando vieron a los sirvientes con palos y estacas se arredraron. Simon tuvo que utilizar su espada. Se enfrentó a dos de ellos mientras los sirvientes trataban de contener

a los otros dos. Uno de ellos alcanzó su pierna. Fue solo un rasguño, pero un rasguño que escocía. Laraine observaba desde la ventana. Tenía la ballesta preparada, pero había poca luz y el movimiento de unos y otros pondría en peligro a los suyos si trataba de disparar. Se puso nerviosa al escuchar las exclamaciones ahogadas de las dos jóvenes detrás suya.

–¡Agua! ¡Agua! –gritó uno de los sirvientes. Con la trifulca, una de las antorchas había caído y el fuego había prendido en un carro.

Laraine no se lo pensó. Cogió la ballesta y salió. Se la colgó al cuello mientras echaba baldes de agua sobre el pequeño fuego. El primero de ellos no sirvió de mucho. El segundo pareció hacer más efecto, pero necesitaba que alguien se uniera a ella.

Un sirviente cayó herido. Simon se batía con entereza contra sus dos adversarios, pero ellos resistían bien. Todo podía derivar en un caos. Temió por la morada Almoravid. Había perdido a Catalina. ¿Qué pensaría García si además le entregaba una casa consumida por el fuego? Se sacudió los funestos pensamientos y se centró en el incendio. Vació otro balde de agua sobre las llamas, justo en el momento en que otro balde era derramado en el lado opuesto. Uno de los sirvientes la estaba ayudando. Esta vez el fuego vaciló, estaba empezando a doblegarse. Tres baldes después, las llamas desaparecieron. Uno de los asaltantes recibió un rasguño en el brazo de la espada de Simon. Eso le hizo titubear lo suficiente como para que a Laraine le diera tiempo de preparar una flecha. La saeta, ornada en sus plumas con los colores azul y amarillo de los Almoravid, silbó en la noche y se clavó en el hombro del herido. Su alarido fue como una señal. Los tres asaltantes restantes resistieron un poco más. Después, decidieron huir, dejando a su compañero abatido tras los muros de la casa que habían asaltado.

Tras la fuga, todos permanecieron quietos unos instantes. Las respiraciones se escuchaban marcadas por los jadeos. Laraine se acercó al sirviente herido y ordenó a dos de ellos que lo metieran dentro. Simon, a cargo de la defensa de aquella casa, ordenó que nadie más se moviera y que todos permanecieran en sus puestos. El peligro podía estar solo conjurado momentáneamente. Los atacantes se habían marchado, pero nadie sabía qué podría venir después.

Los gritos provenían de todos los puntos de la ciudad. Gritos de juega y de dolor mezclados en el aire templado de la noche veraniega. El alba comenzó a despuntar mientras Laraine se acercaba al salteador abatido. Estaba inmóvil y apestaba a vino. Parecía inconsciente, pero mucho se temía la siciliana que aquel estado era más producto de su embriaguez que efecto de la

flecha clavada en su hombro. Aprovechando la circunstancia, Laraine tiró inclemente de la saeta y la extrajo. La herida comenzó a sangrar y ella apretó con su mano. Se mantuvo así, quieta, mientras la luz iba mostrando los rostros de los sorprendidos sirvientes, las caras empañadas de miedo de Elvira e Isabel y el arrojido del guerrero que Simon llevaba dentro.

Conforme la luz crecía y el día avanzaba, los gritos se atenuaron hasta casi desaparecer. Nadie había dormido aquella noche en Pamplona. Los alcaldes, aunque cada uno por su cuenta, se ocuparon durante el siguiente día de expulsar de la ciudad a cuanto ultramontano vieron y luego ordenaron cerrar la ciudad a cal y canto hasta que regresara el rey. Tras los muros de la ciudad solo quedaron tres ultramontanos: Simon y su escudero y el asaltador abatido.

⁵⁵ En Navarra, las gentes podían acogerse a sagrado para su protección y asilo tanto en las iglesias como en las casas de los nobles.

EL REGRESO

Finales de agosto de 1212

«Sucedió esta batalla en el año del Señor M. CC. XII. a XVII de las Kalendas de Agosto el lunes de la Magdalena en las Navas de Tolosa, porque había allí cerca un castillo de Moros llamado Tolosa, el cual, gracias a Dios, está reducido ahora debajo del poder de los Cristianos...»

Obispo Arnaldo Amalarico de Narbona. Fue el primero en denominar a esta batalla, la batalla de las Navas de Tolosa en una carta que escribió en Toledo el sábado 11 de agosto de 1212, esto es, 25 días después de producirse aquella, dirigiéndose a sus compañeros de la Orden del Cister, de la que fue Abad General, informándoles de lo ocurrido en la batalla.

LA PRIMERA EN TAÑER FUE LA CAMPANA de la catedral y a ella se le unieron poco a poco todas las iglesias de Pamplona. La extrañeza llevó primero a las gentes a interpelarse entre sí y después a salir a la calle en busca de noticias. En casa de los Almoravid, el sonido retumbó en las paredes. Todos en la vivienda dejaron sus actividades. Etienne miró a Johan y Johan a Etienne. Pero no como hasta entonces lo habían hecho, desafiándose el uno al otro bajo la atenta mirada de Simon y de Hameline de Dax, el salteador herido por la flecha de Laraine. Los dos deseaban salir y averiguar qué ocurría. Los dos caballeros también se miraron.

—¿Por qué repican las campanas? —preguntó Simon, también intrigado.

Los pequeños se encogieron de hombros y aprovecharon para salir corriendo. Pero la voz de Hameline y la presencia de Simon, que había corrido más que ellos y taponaba la salida, los hizo detenerse.

—No os he dado permiso para abandonar vuestros entrenamientos.

Los dos niños bajaron la cabeza. Se sentían culpables. Esa era una de las primeras reglas que sus padres les habían enseñado. En la sala de armas, el maestro marca los tiempos y una clase no se da por terminada hasta que él así lo dictamina.

—Recoged vuestras armas antes de salir. Y pedid permiso a Laraine —les invitó Simon con voz algo más distendida.

Johan y Etienne se aplicaron en ello y salieron presurosos. Los menores se colgaron de las faldas de Laraine y no se despegaron hasta tener su consentimiento. Veloces como un rayo, desaparecieron sin dejar rastro.

–¿Qué ocurre? –preguntó Elvira a su tía en ese momento.

Esta no supo qué contestar y todos salieron a la calle para averiguarlo. La noticia corrió pronto por las rúas de la vieja ciudad. Los cristianos, los cruzados, habían vencido a los almohades. Y los hombres ya habían iniciado el camino de regreso a casa. Pronto estarían en el reino. La ciudad entera, que había permanecido aletargada y cohibida desde la llegada y consiguiente marcha de los ultramontanos, parecía querer revivir. Las familias se echaron a la calle. Se abrazaban y se felicitaban gentes que hasta entonces se habían considerado rivales o inferiores. Sirvientes, señores, damas, niños, comerciantes, zapateros, curtidores... todos invadieron los burgos de la ciudad. El vino corrió por las tabernas, y las familias sacaron sus mejores viandas para celebrarlo.

Laraine se quedó sola en la gran casa Almoravid. Sentimientos contradictorios embargaban su alma. Sin poder contener más la emoción, sus lágrimas se desbordaron. Lloró en silencio. Sentía felicidad y temor, angustia y esperanza, pero, sobre todo, sentía la inmensa necesidad de acelerar el tiempo. El primero en regresar fue Alejandro.

–Dicen que la próxima semana llegarán ya los primeros hombres de la batalla –su voz denotaba alegría y entusiasmo–. ¿Qué ocurre? Pensaba que la noticia os reportaría júbilo.

Laraine miró a su primo. Sus ojos brillaban con las últimas lágrimas derramadas. Sus labios trataban de esbozar una sonrisa sin conseguirlo del todo.

–Es una buena noticia, pero no puedo dejar de pensar en cuántos hombres no regresarán y en qué condiciones estarán quienes lo hagan.

–La batalla de las Navas de Tolosa, así la llaman ya. Dicen que ha sido una gran victoria y que ha habido pocas bajas en las filas cristianas –le comunicó él sentándose a su lado.

–Entonces... ¿Es verdad que ha habido una batalla? ¿Los dos ejércitos se han peleado en campo abierto?

Alejandro asintió mientras se hacía cargo de lo que las palabras de Laraine implicaban. Hasta aquella batalla, los almohades y Alfonso VIII se habían limitado a rendir castillos y plazas a base de asedios.

–¿Os preocupa Miguel? –le preguntó entonces más serio, con la voz casi

susurrada.

–Sé que le ha ocurrido algo. Lo sentí aquel lunes. ¿Qué día era? –se preguntó ella misma haciendo memoria–. El lunes 16 de julio.

Su mirada se había perdido en el recuerdo, pero de repente clavó sus ojos en los de su primo.

–¿Qué día tuvo lugar esa batalla de la que habláis, la batalla de las Navas de Tolosa?

Alejandro bajó la mirada al suelo antes de responder. Tomó las manos de su prima y las sostuvo durante un buen rato.

–El arzobispo de Narbona ha enviado varias cartas refiriéndose a ella. Fue el lunes de la Magdalena, a XVII días de las calendas de agosto.

–Eso es... ¡El 16 de julio!

Don Sancho levantó la mano y dio el alto. Sabía que estaban cerca de su reino, pero no quería forzar la marcha. Los hombres viajaban en una larga hilera, cada uno manteniendo el paso que podía. Al rey le había correspondido la tarea de imponer un ritmo intermedio, de manera que nadie se adelantara demasiado o se quedara rezagado. Conocía las prisas de los sanos por reencontrarse con sus familias y también la cautela de los que viajaban con heridos. Algunos de ellos graves, como Miguel de Grez. Desmontó y miró hacia atrás. Su alférez, que cabalgaba a su lado, lo imitó.

–Que todos los hombres coman algo y beban en abundancia.

Era mediodía. El calor apretaba ya con fuerza. Los caminos se habían llenado de soldados que retornaban a sus lugares de origen. Habían compartido trayecto con muchos de ellos y algunos ya habían hollado en su tierra. Ahora quedaban ellos. Menos de los doscientos caballeros que habían partido de Navarra, pero la muerte no había sido demasiado cruel con los navarros. El repiqueteo de las campanas se escuchaba en la lejanía. Sabía que ese sonido les acompañaría ya hasta el final de su camino.

Los ojos de García arrastraban sueño, pero antes moriría que reflejar debilidad. Se refrescó con el agua que le ofreció uno de sus escuderos y se refrotó la cara antes de beber. Sobre el camino, una retahíla de guerreros marcaban la senda de la victoria. Los corazones marchaban templados; que no es mal, sino dicha, perder la vida en la más suprema de las batallas. Sin embargo, algo empezaba a quemar en su corazón. Y no era la preocupación por su hermano, que aguantaba como podía el traqueteo, el calor y una herida

que día sí y día también amenazaba con llevárselo de la Tierra. Ni tampoco el hecho de que su tío Iñigo y su hijo Miguel *txikia* se hubieran quedado en Toledo al presentar este último un cuadro de disentería. Su hijo era fuerte y no parecía demasiado afectado. Estaba seguro de que los alcanzarían antes de llegar a Pamplona. Era otro asunto el que comprimía su pecho. Entregó las riendas de su caballo al escudero que aguardaba y caminó para desentumecer las piernas. Pensó entonces en Catalina y en el hijo que estaría a punto de nacer y en... Toda. Sabía de su discreción y del amor que le profesaba. No, no habría sido capaz de comentar nada sobre ellos dos. Guardaría el secreto de su esporádica relación y del hijo que ella también esperaba. Se encargaría de ella a su regreso. Lo más sensato sería alejarla de su lado. Eso haría en cuanto llegara. En cuanto a Catalina... sonrió. Ella era una dama que no haría caso a las habladurías. Y si se mostraba recelosa, él sabría cómo sosegar su espíritu. Se volcaría en el nuevo vástago y eso la haría feliz. Estaba completamente seguro. Buscó la sombra de unos árboles cercanos y se sentó. El descanso le proporcionó también paz en su alma.

Diego detuvo el pequeño carro despacio. Miró a la parte de atrás. El sol derramaba sus rayos, inmisericorde, sobre el rostro de su padre. Se bajó y colocó una tela a modo de parasol. Aquel carro no era muy cómodo, pero era lo único que habían encontrado para trasladar a Miguel. Roland dio un brinco y se situó al lado de su padre.

—¿Tenéis que ser siempre tan brusco? —le recriminó su hermano.

Sin hacer caso del comentario, el joven marino preparó todo para darle las medicinas a su padre y hacerle beber. Últimamente se negaba a comer, por mucho que uno y otro de sus hijos lo intentaran, así que era imprescindible intentarlo por todos los medios.

—¿Cómo está? —le preguntó Diego algo más comedido.

Roland lo miró.

—Debemos hacerle comer.

—De acuerdo. Lo haremos de la misma forma que vos procedíais con William.

La pronunciación de aquel nombre hizo pasar una sombra de dolor por las pupilas de Roland, pero aceptó la proposición de su hermano como buena. Tendrían que intentarlo. Masticarían los alimentos por él. No había otra forma y tal vez esa tampoco bastara.

Hameline de Dax se presentó delante de Laraine. Tenía que reconocer que había algo en su mirada que turbaba su espíritu. Algo que no tenía nada que ver con la deuda que había contraído con ella, pero que se lo recordaba continuamente. Laraine lo recibió en el salón pequeño. No estaba sola. Cautamente, uno de los sirvientes estaba allí, y Hameline sabía que Alejandro no andaría demasiado lejos. La dama no se fiaba de él y probablemente hacía bien en no hacerlo, se dijo el de Dax para sí mientras aguardaba. La siciliana le hizo un gesto con la mano y el extranjero aceptó la invitación para sentarse. No se expresaba muy bien en la lengua de ella, pero no quería utilizar a Simon como traductor, así que esperaba que sus palabras bastaran para expresar lo que quería decirle.

—¿Qué queráis decirme?

—Señora, yo no estar aquí como invitado. Sé bien. Pero aun así, agradezco hospitalidad. Y también los cuidados de heridas. Tenéis mi... cómo dice... gratitud por ello. Pedisteis que reparara la afrenta realizada y creo haberlo hecho.

—¿Lo creéis? ¿Creéis haber reparado vuestro ataque?

—Sí —dijo sin saber si sería bueno recordarle a aquella mujer el trabajo realizado para rehacer lo que se había quemado, el dinero que le había entregado como pago de las molestias y las clases de esgrima que había impartido a los más pequeños. Además, él también había pagado con sangre y eso debería bastar.

—¿Queréis partir?

—Ese es mi deseo y mi anhelo. Mi esposa y mis hijos esperan mi regreso.

Laraine se quedó pensativa unos instantes. No por hacerle esperar su respuesta, sino porque se imaginó a una mujer como ella, en otra ciudad, en otra casa, pero con su mismo desasosiego, pensando en cuál podía haber sido el destino de su esposo.

—Sois libre de partir cuando queráis.

Hameline asintió despacio y respiró hasta que sus pulmones se colmaron de aire.

—Estoy... agradecido —dijo al fin.

—El día es claro. Deberíais aprovecharlo. Mis sirvientes os prepararán viandas y agua para el camino y el caballo que queráis.

El extranjero miró a Laraine a los ojos. Se dijo que el hombre que compartía con ella sus días debía ser muy afortunado.

—Hameline de Dax sabe ser agradecido —dijo, aunque a aquellas palabras

les costó salir de su corazón. No podía olvidar que ella había sido la que lo había herido y la turbación permaneció en él largo rato después de alejarse de su presencia.

Laraine se levantó, dando por concluida aquella entrevista, y el de Dax se retiró para preparar su marcha.

Lo despertó una agradable sensación. Sus ojos contemplaron un cielo conocido, sus manos sintieron el roce de una brisa añorada, sus pulmones se llenaron de un aire que recibieron como amigo. Se sentía preñado de una absoluta paz, henchido de un sosiego rebosante. La sonrisa acudió a sus labios. Todo se le hacía cautivadoramente familiar. Y supo que podía morir en paz. Que si ese era su destino, Dios podía disponer de él, porque sabía que se encontraba en casa. No le hizo falta detenerse en el murmullo de los hombres que lo acompañaban, ni escuchar sus manifestaciones de alegría, ni tener la confirmación de boca de sus hijos, porque él ya había apreciado que acababan de traspasar la frontera y que pisaban ya tierras navarras. Aún tardarían un par de días, o tal vez tres teniendo en cuenta su estado, pero el esfuerzo había valido la pena. Cerró los ojos. El dolor de su pierna seguía allí, pero ya no molestaba tanto. Los hombres se arrancaron a entonar alguna canción. Los ecos del tañido de alguna campana se extendían por el suelo seco y llano. Todo sonaba a música celestial.

Miguel notó cómo la caravana aceleraba el paso. Los hombres tenían ganas de dormir en sus casas. Una mueca de dolor se asomó a su rostro. El traqueteo del carro le recordó por qué iba tumbado y no marchaba sobre un caballo. Se incorporó sobre sus codos y apartó un poco más la tela que le resguardaba de los rayos del sol. Quería sentir todo el poder de la tierra navarra en sus poros, dejarse arrebatado por sus colores, por sus sabores, por sus olores, como si fuera la última vez que sintiera su caricia.

Abatido, se volvió a tumbar. Aquella jornada se alargó hasta que las estrellas cubrieron el cielo. Miguel contempló conmovido el declinar del día. No quiso perderse ni un segundo de aquel sol mientras se alejaba lentamente hacia *Finis Terrae* y dejaba un manto rojizo reflejado en las pocas nubes que cubrían el oeste.

Estaban cerca de Tudela cuando el rey ordenó el alto. De pronto, el campamento se llenó de jolgorio, de risas. Gentes venidas de poblaciones cercanas se aproximaron a la caravana sin que nadie las hubiera llamado. Con

ellas trajeron viandas, bebidas, ropas, flores... y el acampamiento se llenó de danzas y de fiesta.

Roland brincó al lado de su padre.

–Iñigo y Miguel *txikia* nos han dado alcance –le informó. Miguel asintió con un leve parpadeo. García estaría contento–. Os traigo algo de comer.

–Mejor un poco de vino –le pidió. Su voz sonaba ronca, incluso cavernosa, pero era a la vez recia.

El joven se mordió los labios. Que Miguel hubiera resistido todo aquel viaje le parecía una buena señal, pero se le veía agotado, delgado y extremadamente pálido. Sus mejillas habían desaparecido debajo de la barba y sus ojos parecían hundirse en sus cuencas, como en un pozo enmarcado en gruesas ojeras oscuras. Sin embargo, sus pupilas brillaban. ¿Qué pensaría su madre al verlo?

–*Aita...*

–Os habéis pasado el viaje vertiendo vino sobre mi herida, ahora quiero que un poco riegue también mi garganta.

Roland aceptó. Incorporó a su padre hasta sentarlo y le ofreció un trago. Miguel trató de asir el vaso, pero le fue imposible. La frustración corroyó su alma y pasó como un rayo negro por sus pupilas. Roland cogió el vaso en el aire y lo acercó a los labios de su padre. Bebió todo y pidió otro y otro más.

–Os lo daré después de haber comido algo.

–Comeré algo después de haberlo bebido.

Roland negó con la cabeza. Si cabezón era el padre, también lo eran sus vástagos.

–No estáis en posición de regatear.

–¡Diego! –clamó Miguel. Su primogénito siempre había sido más fácil de convencer.

El joven se presentó ante su padre. Su gemelo le hizo un gesto negativo con la cabeza mientras Miguel trataba de conseguir de Diego lo que no le quería dar Roland.

–¿Qué pensaría madre de nosotros...?

–Ella no está aquí –masculló el de Grez–. El vino.

–Un sorbo a cambio de un bocado.

Miguel apretó los dientes. Roland miró con reprobación a su hermano. Diego se encogió de hombros. El infanzón bebió todo el vaso y tragó dos bocados de carne triturada. Agotado, cerró los ojos y se quedó dormido.

En Pamplona todos sabían que los hombres estaban próximos. El nerviosismo se acrecentaba, extendido por el cielo de la ciudad a cada bandeo de aquellas campanas que tocaban a victoria. Algunos nobles habían enviado pajes y escuderos anunciando su llegada. Incluso a casa de don Álvaro había arribado un mozo exhausto. Pero ni una sola palabra de los Almoravid. La confusión se unía a la esperanza y el anhelo al desasosiego. Laraine miró por la ventana. Etienne, Johan y Fortún salieron corriendo hacia las calles. Querían encontrar un buen sitio en las murallas de la ciudad, ser los primeros en vislumbrar el avance de los hombres de su familia y avisar de su llegada. La siciliana se refrotó las manos.

—¿Estáis bien?

Se giró ante la interpelación. Simon la miraba esperando su respuesta, pero ni ella misma lo sabía. ¿Qué iba a decirle a García cuando viera la ausencia de su esposa? ¿En qué condiciones volvería el cabeza del clan Almoravid? ¿Cómo regresarían los demás? ¿Sus hijos? ¿Su sobrino? ¿Y William? ¿E Iñigo? ¿Volverían todos enteros? ¿Alguno regresaría sin brazos, sin piernas, muerto...? Un escalofrío traspasó su alma. Parpadeó inquieta. Sabía que el joven la escrutaba y aguardaba una respuesta. Lo vio acercarse. Y ella trató de sonreír.

—Supongo que no se puede evitar que ciertos pensamientos crucen por la cabeza.

El de Burdeos sonrió levemente. Siempre había estado en el otro lado. En el lado de los que se iban a la guerra, de los que regresaban. Por primera vez asistía a la espera desgarradora de quienes aguardaban en las casas. Había visto el temblor de las manos de Elvira, las miradas esquivas que lanzaban hacia las ventanas, la forma en que se sobresaltaban, e incluso su forma de respirar. Nunca se lo había imaginado así. De hecho, nunca se lo había imaginado de ninguna manera.

Laraine inspiró con fuerza. Había demasiadas cosas que flotaban en casa de los Almoravid sin poder asentarse, como fantasmas que oprimen el alma. La ausencia de Catalina, la presencia de Dulce y la de Simon y la de aquel niño que estaba sin estar. Por un instante, una idea loca se le pasó por la cabeza a la siciliana. Tal vez, y dadas las circunstancias, podía haber hecho pasar al hijo de Toda por el hijo de Catalina. Se podía haber hecho, se dijo. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Podía haber simulado un parto de su cuñada y haber dicho que el niño que se ocultaba en casa de Blanca era su hijo. Lo podría haber hecho, se dijo de nuevo. Pero, ¿podría engañar a

García? ¿Podrían los sirvientes guardar el secreto? ¿Podría García ser ajeno a todos los comentarios que habían corrido por las calles de Pamplona respecto a Toda? Sacudió la cabeza. ¿Qué era lo que estaba pensando? Ni siquiera ella lo podría haber hecho. No se podía construir un puente con mentiras. Ella lo sabía muy bien. Lo hizo una vez y a punto estuvo de costarle la vida a Miguel. No, no podía construir esa mentira. Ella no. Miró a Simon. El joven aún conservaba cierta inocencia en su mirada.

—¿Nos habéis llamado, tía?

Laraine se volvió hacia la puerta. Agradeció aquella interrupción que evitó que siguiera ahondando en pensamientos tristes y pasados. De nada servía ya. Debía ir de cara. Sonrió a Elvira y la hizo pasar. Detrás de ella entraron Isabel, Magdalena, Clemencia y Dulce.

—Los hombres están a punto de llegar. Quiero que todo esté preparado y vosotras listas —la dama las miró a todas. Cada una tendría que afrontar su pequeño destino—. Mientras esperamos a que los chicos nos anuncien su llegada, aguardaremos aquí. Isabel, coge la zanfoña.

Obedientes, se sentaron alrededor de Isabel. Las notas del instrumento distendieron el ambiente, pero no consiguieron arrancar los negros presagios de los que Laraine se sentía prisionera.

Etienne y Johan jugaban alrededor de Fortún. Su excitación iba más allá de las preocupaciones y se recreaba en los momentos heroicos, en el despuntar de una pubertad invencible. En sus juegos, ser osado era ser valiente y el espíritu intrépido no alcanzaba para vislumbrar dolor, ni fracaso, ni muerte. Solo honor y gloria. Fortún participaba de su agitación, pero se mantenía a la expectativa, oteando el horizonte.

—¡Allí! —su advertencia hizo que muchos miraran. Etienne y Johan se detuvieron.

Los ojos miraban al horizonte. Un parpadeo, un ceño fruncido, un anhelo, un silencio.

—¡Sí, allí! —confirmó alguien.

Las gentes ladeaban sus cabezas. Nadie quería echar las campanas al vuelo y que después se tratara de una caravana de comerciantes.

—¡Son ellos! —dijo Fortún. Pero lo hizo en un tono bajo, embargado por la emoción y por los nervios. Quería ser el primero en verlos, el primero en llevar la noticia a su tía, a su hermana, a sus primas... a toda la casa.

—¡Ya llegan!

Unos descendieron a la calle, otros se echaron a las puertas, unos pocos ascendieron a la muralla. El rumor se extendía. Lo que había empezado siendo el deseo de un niño, empezaba a tomar color y forma. Etienne y Johan miraban al frente y después a Fortún; igual de impacientes por ver a sus padres que por salir hacia su casa a dar la noticia.

—¿Los veis? —preguntó Johan.

Don Gómez Garcéiz portaba el estandarte del rey. Hacía un rato que Fortún lo había distinguido junto con la cruz de Roncesvalles. Pero él buscaba otra cosa, buscaba el blasón a rayas amarillas y azules de su apellido. Los tres se miraron a la vez. El brillo de sus ojos los delataba.

—¡Corred hacia ellos! Yo avisaré a la tía —dijo Fortún, que al ser el mayor, era también el más rápido.

Contracorriente, a empujones, Fortún se hizo paso entre la multitud. Conforme avanzaba las gentes quedaron atrás y corrió más deprisa.

—¡Ya están aquí! ¡Tía, ya están aquí! ¡Son ellos! ¡Vuelven los Almoravid!

El corazón le dio un vuelco. Los gritos de su sobrino se abrieron camino sobre las notas de la zanfoña. Laraine se levantó de golpe y empezó a caminar hacia la puerta. Isabel dejó el instrumento. Como incitados por aquellas palabras, todos salieron al patio. Las manos de Laraine se apretaron sobre su pecho. Alejandro se colocó a su lado con el rictus serio. Elvira se puso detrás de su hermano y lo rodeó con sus brazos. Los dos se pegaron a su tía. Clemencia, Isabel y Magdalena se cogieron de la mano. Dulce se quedó unos pasos por detrás, su mirada entre temerosa y compungida. Simon se retiró a uno de los laterales. No quería estropear un reencuentro familiar, pero quería que Elvira supiera que estaba cerca cuando su padre conociera la noticia.

Los caballos clavaron sus cascos en las viejas calles de Pamplona. El eco de los recién llegados enmudeció el trino de los pájaros, el siseo de la brisa. Laraine estiró el cuello. Elvira miró a Simon y después al suelo. Fortún agarró la mano de su hermana con fuerza. Alejandro asió a su prima por el brazo. Estaban en la puerta. El resuello de un caballo, el blasón de los Almoravid, la figura de García enhiesta sobre su portentoso caballo árabe, el semblante serio pero sereno de Iñigo. El rostro amable de Guillaumes. Los corazones parecían detenidos en aquel hermoso mediodía de verano. Laraine parpadeó un instante. El peso de una mirada, la incertidumbre, como si alguien hubiera convertido los pensamientos en piedra, el brillo de una espuela de oro, el refulgir de una maza, la mano de Miguel *txikia*. La mirada de Roland se clavó en la de su

madre. El leve movimiento de su cuello al girar hacia atrás la cabeza puso sobre aviso a la dama. Un suspiro, un relincho, la carne de gallina en sus brazos. Laraine dio un paso, mientras negaba imperceptiblemente. La aguda queja de las ruedas de un carro, la mirada circunspecta de Diego, las lágrimas resbalando por el rostro de Laraine.

García desmontó. Elvira y Fortún corrieron hacia él.

–¡Ha muerto, padre! ¡Nuestra madre ha muerto! –le dijeron al sentir su abrazo.

Un corazón encogido, lacerado, atropellado.

Laraine salió corriendo y se encontró de repente en los brazos de Álvaro. El caballero la agarró con fuerza por los hombros. Sus ojos grises decían tanto sin hablar... «¡Dios mío!», clamó desgarrada su alma. Si Álvaro estaba allí, si había pospuesto el encuentro con los suyos para estar con los Almoravid, era que sus presentimientos habían sido acertados. Sostenida por el de Subiza, se acercó al carro. Miguel estaba pálido, extremadamente delgado. Por un momento pensó que estaba muerto. Acercó su mano a la de su esposo. Él movió suavemente la cabeza. Sus ojos estaban cerrados y ella lo único que deseó en esos instantes fue poder ver otra vez su fulgor. Johan y Etienne estaban subidos a su lado. Su euforia se había desvanecido. Se habían dado de bruces contra el lado más amargo de la guerra. El abrazo de sus hijos mayores terminó por socavar sus emociones. Su llanto se convirtió en un incontrolable temblor. Sus lágrimas se unieron a las de sus sobrinos que entre hipidos trataban de notificar a su padre el fatal desenlace de Catalina.

–Lo hirieron en el muslo –dijo Diego.

Aquellas palabras devolvieron a Laraine a la realidad y consiguieron serenarla. Miró a su esposo. Era el momento de actuar, no de lamentarse. Su parte más práctica tomó el mando de la situación y empezó a dar órdenes.

–Subidlo a nuestros aposentos –les pidió a sus hijos y a Álvaro.

Laraine miró a sus vástagos. Le parecieron diferentes. «Son distintos – pensó con amargura–. Por ellos ha pasado una guerra». Quería correr tras ellos y ocuparse de su esposo, pero sabía que antes debía hacer otra cosa. Alejandro posó sus manos sobre los hombros de su prima, mientras le decía que él se encargaba de ayudar a sus sobrinos. Laraine se detuvo ante García. Este la miró. Trataba de evitar la confirmación de lo que sus hijos decían, pero no rehuyó enfrentarse a la verdad.

–Lo siento, García. Catalina enfermó y nada pudimos hacer por ella, ni por vuestro hijo. Era demasiado pronto para que tuviera alguna posibilidad de

sobrevivir.

El guerrero que el cabeza del clan Almoravid llevaba dentro luchaba por contenerse, por mostrarse fuerte. Detrás de su padre, Miguel *txikia* trataba de no hundirse. Codo con codo con su tío Guillaumes, que le servía de apoyo e Iñigo –con Clemencia en brazos–, el primogénito de García miraba a Laraine, tomando consciencia de lo que aquellas palabras significaban.

–¿Dónde está enterrada? –quiso saber García. Las palabras pasaron a través de sus dientes.

–En Arróniz, por expreso deseo suyo. Vuestro suegro la atendió en sus últimos momentos. Él estaba aquí cuando ocurrió. García, yo... lo siento tanto...

El noble apretó las mandíbulas y se giró. Su sombra se perdió de vista. Llevaba los puños apretados. Laraine lo llamó y salió tras él, pero Iñigo la retuvo.

–Yo iré –dijo depositando a su hija en el suelo–. Id a atender a Miguel. Os necesita. ¿Quién es? –le preguntó entonces a Laraine al ver la figura del joven que aguardaba en un lateral.

–Es Simon de Bordèu. Nos salvó del ataque de los ultramontanos.

Iñigo entrecerró los ojos.

–¿Ultramontanos?

–Llegaron a la ciudad y tomaron las calles como si fueran sus dueños. Algunos, enardecidos por la bebida, pensaron que podían propasarse con sus gentes. Él nos ayudó.

Iñigo miró a Simon y se presentó.

–Soy don Iñigo Almoravid. Sed bienvenido a nuestro hogar. Más tarde hablaré con vos. Ahora, si me disculpáis, debo atender unos asuntos familiares.

–Es un honor estar bajo vuestro techo. Id. Hablaremos en ocasión más propicia.

Laraine se agarró al marco de la puerta antes de pasar al interior. Alejandro, Álvaro, Roland y Diego la miraron. El tiempo se detuvo en aquella pequeña estancia y solo continuó cuando una leve queja se escapó de la garganta del herido. Alejandro fue el primero en salir. Besó a su prima en la frente y se perdió escaleras abajo. Álvaro lo siguió, asegurándole que se pasaría por allí en cuanto pudiera para saber cómo se encontraba su amigo.

Diego se acercó después. Madre e hijo se miraron a los ojos.

–Hijo, Dulce está aquí.

–¿En casa de los Almoravid? –con lo de su padre ni siquiera había advertido su presencia.

–Se ha acogido a sagrado. Bajad a buscarla. Ella os lo explicará todo.

Roland se quedó el último. Al verlo de cerca, la siciliana lo retuvo. Su mano de madre se acercó a la sien herida de su hijo.

–Él me salvó la vida. Le hirieron por sacarme de entre los *imesebelen* –le dijo en tono quedo y sereno, como si ella hubiera estado allí y supiera quiénes y qué representaban aquellos *imesebelen*, los despojados. Sus dedos temblaron dentro de la mano de su madre.

–¿Y... William? –le preguntó entonces, como si acabara de tener una revelación.

Roland negó repetidamente con la cabeza.

–Lo siento.

El joven rehuyó su mirada y la dirigió hacia su padre. Se despegó del abrazo de su madre y los dejó solos. Laraine avanzó despacio. Miguel parecía tranquilo. Lo primero que hizo fue comprobar su herida. Quienquiera que lo hubiera curado había dejado los bordes sin coser para que supurara con libertad. Asintió para sí. El arma que lo había herido había penetrado largo en su muslo, pero no había alcanzado hueso. Se imaginó el dolor que debió sentir su esposo. El aspecto de la herida y su olor no revelaban que estuviera gangrenada. Y Miguel había resistido al menos tres o cuatro semanas de viaje. No entendía a qué se debía la debilidad que mostraba. Tocó su frente. Estaba ardiendo. Estudió con cuidado de nuevo la herida y apretó. Miguel gimió y se revolvió en su almohada. Un líquido blanquecino manchó su muslo. Laraine apretó los dientes. Se movió deprisa. Buscó a la cocinera y le dio órdenes precisas para preparar una cocción con urgencia. Luego buscó a sus hijos y los llamó. Alejandro y Roland acudieron a su llamada. Recordó que Diego estaría hablando con Dulce.

–Necesito que lo sujetéis con fuerza.

Sin dejar que nada la distrajera, en cuanto Miguel estuvo inmovilizado, apretó con fuerza sobre la incisión de su pierna. Miguel trató de defenderse y su cuerpo se agitó. Fueron unos instantes de cierto pánico e incertidumbre, pero la siciliana no se arredró. Tras unos momentos de forcejeo, el cuerpo de Miguel se rindió y cayó en la inconsciencia. Laraine terminó de limpiar la herida. No mostró piedad a la hora de hacerlo. Los dos testigos se miraron.

Una recia guerrera, pensaron.

–Ya está –dijo al fin, pasándose el antebrazo por la frente–. Id a descansar. Yo me quedaré con él. ¿Han regresado García e Iñigo?

Los dos negaron con la cabeza y salieron sin hacer ruido.

Laraine se sentó al lado de la cama. Sudaba. No se había dado cuenta hasta ese momento. Miguel también lo hacía. Refrescó su frente. Esperaba que la infusión suministrada hiciera pronto su efecto. El silencio lo inundó todo como el vaho del invierno. A pesar del calor, un escalofrío recorrió su cuerpo. Se sentó sin poder relajarse. La ropa de su esposo había quedado en el suelo en un montón olvidado. Se levantó y la cogió, doblándola y ordenándola como si estuviera limpia. Al hacerlo, algo resbaló de entre los pliegues de su túnica. Lo cogió, desdobló el papel y empezó a leerlo. Su gesto se arrugó y comenzó a llorar sin tregua. Se negó a seguir leyendo, no quería hacerlo, no quería leer las últimas voluntades que su esposo había escrito justo antes de entrar en combate. Arrugó el papel y lo metió en un cajón en lo que fue un claro intento de alejar los pensamientos funestos de su mente. Se sentó sin fuerzas y trató de serenarse. Apretó la mano de Miguel y estudió los trazos de su silueta, como si fuera la primera vez que lo contemplaba. Algunas hebras plateadas que no recordaba adornaban su barba. Apreció sus brazos fuertes de guerrero y su pecho que subía y bajaba tranquilo. Cerró los ojos y apoyó su cabeza sobre la cama, cerca de la mano de Miguel. A través de la ventana se podían escuchar fragmentos de risas y de conversaciones, pero ella sabía que aquellos retazos de felicidad estaban muy lejos.

Se miraron durante largo rato antes de atreverse a acercarse el uno al otro. Dulce fue la primera en bajar su mirada y Diego el primero en acercarse a ella. Se abrazaron en silencio. Él hundió su rostro entre su cuello y su hombro, empapándose de la suavidad de sus cabellos, del aroma de su cuerpo. Ella acarició sus hombros, su espalda, sus brazos. Quería cerciorarse de que estaba entero.

–Mi madre me ha dicho que os habéis acogido a sagrado.

Una sonrisa iluminó el rostro del joven, mientras ella asentía.

–Aquí nadie os podrá hacer daño. Nunca.

–¡Diego! –pronunció ella–. Cuánto os he extrañado.

Él la tomó delicadamente de los brazos y se la llevó a uno de los rincones del salón pequeño. Se sentaron muy juntos, mano sobre mano. Ella lo miró de

arriba abajo y de abajo arriba.

–Estoy entero. Solo unos rasguños.

–¡Ya sois caballero!

Diego bajó su mirada hasta sus pies y se quitó las espuelas. Las retuvo en sus manos mientras su mirada viajaba lejos durante un instante.

–Fue antes de entrar en batalla. El rey nos armó caballeros a mi hermano y a mí. ¿Y vos? ¿Qué ha sucedido?

Dulce le contó lo ocurrido. Todo había ido bastante bien hasta la llegada de los ultramontanos, pero aquel día su mentor la había dejado a merced de unos desconocidos borrachos, hambrientos de sexo. Un escalofrío recorrió su piel al recordar el momento en que aquel hombre trató de poseerla, pero se recompuso y contó a su joven enamorado todos los detalles. Diego rozó sus labios y secó sus lágrimas.

–¿Ha vuelto mi padre?

–Sí –fue su lacónica respuesta.

Dulce se levantó. Aunque trató de disimularlo, el miedo se agarró a sus pupilas.

–Mientras estéis aquí no podré haceros daño –le susurró colándose a su lado y sosteniendo sus manos.

La joven bajó la mirada—. Ahora soy un caballero. Defenderé vuestro honor.

Un movimiento en la puerta alertó a Diego. Una silueta que no conocía apareció de repente. Diego se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

–Tranquilo. Es Simon de Bordèu.

Los dos jóvenes se estudiaron

–¿De Bordèu? ¿Un ultramontano? –le preguntó el recién llegado con recelo, colocándose un poco por delante de Dulce.

Simon bajó su cabeza en forma de asentimiento mientras entraba en la sala.

–¿Y qué os retiene aquí?

Elvira llegó en ese momento. Diego entornó los ojos.

–Es un amigo de la familia –terció la joven Almoravid—. Él nos defendió cuando atacaron sus compañeros y defendió la casa. Evitó que fuera asaltada, saqueada e incendiada.

Aunque no se fiaba de aquel hombre, Diego aceptó la explicación de su prima y la confirmación de Dulce.

–Soy Diego Migueleiz Almoravid –se presentó.

–Siento lo de vuestro padre. ¿Cómo se encuentra?

–Es difícil saberlo –dijo mientras sus ojos se perdían en la tarde que se asomaba por la ventana.

Laraine notó un leve roce en su cabellera. Inmediatamente levantó su cabeza. Los ojos de Miguel la miraron por primera vez. Una enorme emoción embargó todo su ser.

–Siempre me he imaginado así el Cielo –le dijo él.

–Os conformáis con poco.

Laraine se sentó en la cama y su esposo alcanzó con su mano su rostro y su cuello.

–Sé vuestro secreto –le confió con voz ronca–. Desde hace días, unas palabras me acompañan. *«La fuente de toda vida procede de lejanas tierras. Lucharéis contra las aguas. El destino os maltratará con una traición, pero de ella surgirá el amor más recio y más fuerte que jamás hayáis sentido. De él surgirán dos almas iguales, a la vera de un río. Conoceréis tierras oscuras e infértiles y también pueblos amables. Así será, hasta que la noche cálida me permita envolver la última de vuestras caricias».*

Al escucharlas ella se estremeció.

–¿Aún las recordáis?

–Como si fuera ayer. Pero me engañasteis. Cuando Roger os pidió que revelarais mi futuro, dijisteis esas frases a regañadientes. Sin embargo, no era mi futuro lo que desentrañaban, sino el vuestro. Creo que ha llegado el momento de que envolváis la última de mis caricias.

La cabeza de Laraine comenzó a moverse de lado a lado negando con intensidad.

–¡No! ¡Os equivocáis! El futuro no es una senda que haya que recorrer, el futuro es un camino que se hace cada día. Y nosotros aún tenemos muchos días para caminar. Además, pensaba que ya sabíais que no sé leer el futuro. Solo era una broma de mi padre. Le encantaba ver la reacción de aquellos que me escuchaban pronunciar aquellas palabras en mesapio.

Miguel sonrió complacido ante la fuerza de su voz y de sus argumentos.

–Dejadme que acaricie vuestro rostro, vuestros ojos, vuestro cuello.

Laraine se arrebujó a su lado, mientras la mano de Miguel dibujaba su contorno. Su cuerpo desprendía calor. Se miraron eternamente.

La cena se sirvió tarde. Fue frugal y estuvo invadida de silencios. Los

hombres a un lado –excepto Simon, que se había excusado sabiamente y nadie sabía dónde estaba–, Laraine y los niños en el otro. García elevó su mirada. Desde que había regresado, su boca solo se había abierto para ingerir alimento y beber vino, mucho vino, según la apreciación de Laraine.

En casa de los Almoravid había cosas que no necesitaban ser dichas. Y saber interpretar la mirada de García era una de ellas. Todos conocían cuándo se iba a tratar un asunto importante y quiénes estaban llamados a participar en él. Los más pequeños salieron los primeros, tras ellos Isabel, Elvira, Dulce, Magdalena y Clemencia. Alejandro se levantó de la silla y se despidió de su prima antes de irse.

–Comprobaré cómo se encuentra Miguel –le dijo al oído.

El servicio había retirado los platos y encima de la mesa tan solo quedaban los vasos llenos de vino. García apuró el suyo y se sirvió otro. Iñigo lo miró, pero se abstuvo de decirle nada a su sobrino. Por su parte, Guillaumes parecía embargado de una profunda melancolía. Miguel *txikia*, Diego y Roland aguardaban sin prisas, saboreando estos últimos su recién estrenado pleno derecho a permanecer en aquellas charlas. Se lo habían imaginado diferente, les hubiera gustado alardear de sus actos heroicos en la reciente batalla, pero nadie había imaginado la noticia que les aguardaba al llegar a casa.

Laraine se mantuvo quieta. En otras circunstancias, hubiera sido la primera en abandonar la estancia, pero sabía que su cuñado esperaba poder entrevistarse con ella. Sin embargo, García seguía mudo y la siciliana empezaba a ponerse nerviosa. Y, por encima de todo, habría preferido que aquel encuentro hubiera tenido lugar a solas.

–¿Se puede saber qué es lo que habéis hecho? –García acompañó la pregunta con un vehemente golpe de su puño derecho sobre la mesa. Su mirada se clavó en los ojos de su cuñada como espada ardiente. Arrastraba las palabras, seguramente por el vino ingerido. Eso puso en guardia a la dama–. Me ausento unos meses del reino y el apellido Almoravid corre de boca en boca por toda la ciudad. Y no para bien, por lo que he comprobado en las pocas horas que llevo en la Navarrería.

García se levantó y se dirigió hacia Laraine. Esta sintió todo el peso del reproche Almoravid.

–Os han bastado unos pocos días tras la muerte de mi esposa para poner patas arriba esta familia. ¿Sabéis todo lo que se dice por ahí?

Laraine fue a hablar. Quería explicarse. Sabía que debía hacerlo, pero un

gesto de García la retuvo. Al parecer, todavía no había acabado. El rostro del noble estaba ahora muy cerca del suyo. Podía sentir su aliento, incluso el dolor –en esos momentos aletargado– que le producía la muerte de su esposa y que escondía tras aquel torrente de furia. De igual forma era consciente del galopante palpar de los corazones de sus hijos, de la preocupación de Iñigo y del estado de abatimiento de Miguel *txikia*. Bajó la vista y tomó aire. Las migas se esparcían por la mesa de igual forma que las penas por su corazón.

–Si estuviera en mis manos os haría azotar ahora mismo y os juro que lo haré si es necenario.

La alusión a la posible muerte de Miguel encorajinó a Laraine. Se levantó de golpe y se enfrentó a su cuñado. Sabía que sus hijos no hablarían si su tío no les preguntaba directamente. Así se hacía en las reuniones Almoravid y así se lo habría indicado el jefe del clan, a quien se debían. No era una sobremesa para contar anécdotas, era una de las clases de instrucción en las que se respeta la cadena de mando.

–Si me permitierais explicarme comprenderíais que, seguramente, muchas de las cosas que habéis oído no se corresponden con lo sucedido.

–Bien –aceptó, poniéndose recto.

El hijo del gran Fortún Almoravid regresó a su sitio.

–¿Por dónde queréis que empiece?

–Contadme qué le pasó a mi esposa –los ojos de García se ensombrecieron al decirlo.

–Catalina ya estaba enferma antes de quedarse embarazada. Se quejaba del estómago, aunque ella decía que eran solo digestiones difíciles. Cuando os fuisteis comenzó a sentirse cansada. Reposaba a menudo, pero estaba de buen humor. Pensaba que eso bastaría para llevar a buen término el embarazo y el parto. Pero no fue así. Ella presintió el final mucho antes que nosotros y se preparó para él. Hizo llamar a su padre y se despidió de todos –Laraine se sintió embargada por la emoción y detuvo su relato. Sus ojos se perdieron por un instante en el pasado reciente–. Aceptó su destino y se fue feliz. Os recordó en sus últimos momentos –la siciliana retornó al presente. El recuerdo la estremeció.

–¿Qué dijo?

–No recuerdo bien sus palabras.

–Por supuesto que las recordáis. Quiero sus palabras exactas. Me lo debéis.

Sus palabras eran difíciles de decir. García esperaba y el silencio se podía

cortar con las manos.

–Dijo... «decidle que le quiero y que le perdono». Eso es lo que dijo.

La interpelada sintió la ira que invadió el cuerpo del guerrero. Afortunadamente supo contener su reacción. Sin embargo, Laraine no fue ajena a la mirada de advertencia que le regaló.

–¿Solo eso?

Laraine asintió.

–Mañana Miguel *txikia*, Guillaumes y yo partiremos hacia Arróniz. Mi hermano tiene pensado viajar a Tierra Santa. Hará con nosotros el camino hasta Arróniz y de allí partirá según tenía previsto. Supondréis que no tengo demasiadas ganas de hablar de más temas, pero hay un par de cuestiones que debemos tratar antes de mi partida. Los asuntos domésticos pueden esperar, pero hay dos presencias ajenas a esta familia que habéis asumido sin tener autoridad para ello.

–Lo sé y asumiré la responsabilidad.

–Me alegro de oír eso. No sé en qué demonios pensasteis al meter en mi casa a un extranjero, un cobarde que abandonó la cruzada. Habéis deshonrado mi casa y habéis envenenado el alma pura de mi hija. ¿Sabéis que me ha dicho? Que se ha enamorado de él –la furia emborronó las nobles facciones del ricohombre–. De cualquier forma, ese asunto está zanjado. He hablado con Simon y le he pedido que mañana mismo abandone nuestra morada. Y le he prohibido acercarse a mi hija. Si sabe lo que le conviene, se atenderá a mis órdenes. Y solo espero que el honor de Elvira no haya sido mancillado por ese... por ese canalla.

–Creo que os equivocáis con él. Fue Simon quien protegió el honor de vuestra hija. Él nos defendió cuando dos ultramontanos trataron de asaltarnos y sabe Dios qué más. Y él preservó vuestro hogar mientras estabais ausente. Expulsó a cuatro asaltadores e impidió que la casa fuera incendiada. Además, Alejandro estaba aquí. Él puede corroborar que nadie se ha comportado indecorosamente.

–¿Y qué me decís del otro ultramontano? ¿Hameline? Veo que os sorprende que sepa de él.

–Herí a Hameline con una flecha durante el asalto.

–¿Vos?

–¿Os extraña? Miguel me enseñó a utilizar la ballesta y todos tuvimos que defendernos como pudimos. Hameline se quedó aquí mientras sanaba su herida. En cuanto pudo andar, regresó a su tierra.

–Habéis puesto en peligro a mi familia.

–¡No lo comprendéis!

–No quiero oír más sobre el tema. Simon se irá mañana y lo hará para siempre. No quiero escuchar su nombre más en esta casa. En cuanto al tema de Dulce... –Diego se removió inquieto y su tío le lanzó una mirada de advertencia– ...me gustaría saber qué significa ese cuento de que se ha acogido a sagrado. Y, sobre todo, cuál es la razón que os llevó a pensar que podéis hacer y deshacer en mi casa a vuestro antojo. Creo que os dejé bien claro antes de partir que no estabais autorizada para tomar ese tipo de decisiones.

García fue claro en su disertación. Pero sus palabras removieron el cuerpo entero de la mujer.

–Vos sois un guerrero. Sabéis que hay situaciones imprevistas, decisiones que hay que tomar en un instante fugaz y vos no estabais aquí y vuestra esposa, lamentablemente, tampoco. Dulce se presentó aquí herida, castigada por un desalmado que intentaba violarla. Ella se defendió e hirió a aquel hombre en un brazo. Pensó que estaba muerto y vino aquí a buscar refugio. ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarla en la calle? Os recuerdo que ese día una horda de ultramontanos campaba libremente por la ciudad.

Laraine había elevado la voz más de lo que deseaba. Sabía que eso no le beneficiaba en sus argumentos, sino todo lo contrario. Con García siempre había que tener bastante mano izquierda.

–¿Cuánto creéis que tardará su padre en aparecer por esa puerta? ¿Y entonces qué haremos? ¿Vais a explicárselo vos?

–Pediré su mano. Me casaré con ella.

La voz de Diego, baja pero segura, sorprendió a todos. Las miradas convergieron en él. La sonrisa de García arrastraba cierta sorna.

–Jamás lo permitirá –le dijo su tío.

–Eso está por ver. Y, en cualquier caso, no necesitamos su bendición.

Laraine pensó que Miguel estaría orgulloso de su hijo. De soslayo miró a Iñigo. Tenía interés por conocer su opinión. Sin embargo, el curtido caballero no parecía decidido a intervenir de momento.

–Pero necesitáis la de vuestro padre o, en cualquier caso, la mía.

Los puños del joven se cerraron a la par que sus ojos se abrían como platos. Bajó la vista hacia la mesa. Su respiración agitada lo delataba. Su madre sabía que estaba dispuesto a llegar hasta el final. Los últimos meses lo habían cambiado. Aún tendría que recorrer un largo camino, pero había

tomado las riendas de su vida.

–Seamos prudentes con este tema. No creo que don Alvar esté en condiciones de provocar un nuevo enfrentamiento. No le conviene –la voz serena de Iñigo se alzó por fin. Su sobrino pareció escucharle–. Hoy ha sido un día con demasiadas emociones para todos. Hay tiempo para tratar este tema con más calma. Y, por lo que sabemos, don Alvar desconoce el paradero de su hija.

No había terminado de pronunciar la última frase, cuando la puerta del salón pequeño se abrió y apareció un sirviente, que fue inmediatamente fulminado por la mirada de García.

–Lo lamento, señor. Sé que disteis órdenes de no molestaros, pero los señores de Subiza están aquí.

Laraine no pudo disimular cierta satisfacción.

–Hacedles pasar –dijo García levantándose de su asiento. Caminó hacia la puerta para recibir a sus inoportunos invitados. Por el camino se detuvo al lado de su cuñada–. Esto no ha terminado –le declaró con cierta amenaza.

Don Alvar tenía cogido por el cuello a don Ximeno. Las ropas de este último apestaban a vómito y vino. Su pelo era una amalgama indescriptible de todo menos de cabellos.

–Os repito que no sé dónde está –clamó don Ximeno.

El padre de Dulce lo soltó, lo apartó con un leve empujón y preparó su puño. El golpe impactó contra la nariz de un desorientado Ximeno. La sangre manó oscura y densa.

–¡Mentís!

–Os digo la verdad –la voz sonó nasal y rota–. Vinieron esos hombres y pidieron hospedaje. Me enseñaron su bolsa, vos mismo la habéis visto. No falta ni una moneda. La casa estaba vacía y pensé que bien podía sacar buen rédito para vos. Cuando se fueron, vuestra hija había desaparecido.

Alvar se movió por la habitación a grandes zancadas. La cólera era tal que las venas de su frente se habían marcado y su pálpito se veía a simple vista. No es que le importara mucho qué le hubiera sucedido a su hija, pero ella era su fuente de ingresos más preciada. Si los Almoravid hubieran estado en la ciudad, habría sospechado de ellos, pero lo más probable era que ese mentecato de Ximeno, en el que había confiado, se hubiera aprovechado de las circunstancias para vender a su hija. Y le mostraba orgulloso el rédito de su

transacción y, además, pretendía hacerle creer que el dinero de aquella bolsa procedía del alojamiento de los ultramontanos. Con furia, soltó su pierna y le propinó una fuerte patada a Ximeno en la cadera.

—Os doy una semana para traerme noticias de mi hija. Quiero que averigüéis dónde se encuentra. No me gustaría estar en vuestro pellejo si dentro del plazo que os doy no habéis hallado a Dulce.

La presencia de Álvaro y María fue reconfortante. Su amistad y su cariño no solo aliviaron el corazón de Laraine, sino que distendieron el ambiente que se había concentrado en aquel pequeño salón. Los señores de Subiza participaron a García de su más sentido pésame y, tras una breve visita a los aposentos de Miguel, se sentaron junto a los Almoravid. Gracias a las anécdotas que contaron en una mesa que se volvió a llenar de viandas y vino, Laraine y María pudieron conocer pequeños detalles de las andanzas de los guerreros navarros. Aunque edulcorado para sus oídos, conocieron cómo había sido el encuentro con los ultramontanos, —«si llegamos a saber la que iban a armar en Pamplona los habríamos atacado en Malagón», dijo García con los puños cerrados—, el encuentro con el rey aragonés, el ascenso a la sierra en pos de los almohades, cómo fueron armados caballeros sus hijos y cómo persiguieron a los infieles hasta que no quedó ninguno vivo en todos los alrededores.

Era muy tarde cuando los de Subiza se despidieron. Álvaro le pidió a Laraine que los mantuvieran informados sobre el estado de Miguel. Con su marcha, la quietud regresó al hogar Almoravid. Laraine esperó a García, por si este le daba alguna indicación, pero al parecer él también estaba cansado. La muerte de Toda, el nacimiento del pequeño vástago de García y el paradero de Domingo tendrían que permanecer un tiempo más en la penumbra. Al entrar en casa le pareció ver una pequeña sombra cerca de los establos, pero no le hizo caso. Su cabeza solo pensaba en su esposo. Sin embargo, unos sollozos la detuvieron delante del cuarto de Elvira. Tocó suavemente la puerta y entró sin esperar respuesta.

—¡Tía! Me habéis asustado.

—Lo siento. ¿Qué os ocurre? —le preguntó, aunque intuía muy bien qué era lo que arrancaba su llanto.

—Padre ha echado a Simon.

—Me lo ha dicho. ¿De verdad sentís algo por él?

La joven escondió su rostro a pesar de la oscuridad reinante. Se ruborizó.

–Creo que sí, pero ya no lo volveré a ver más. Se ha ido sin despedirse, por lo que sospecho que sus sentimientos hacia mí no eran recíprocos.

–Es extraño –le comentó Laraine–. Vuestro padre me ha confiado que el joven ultramontano no se irá hasta mañana –el suspiro de Elvira se escuchó claramente–. Y creo saber dónde se encuentra.

–¿De verdad? –levantándose de la cama, tomó a su tía por los brazos.–Por favor –le suplicó–. Debo verlo. Por favor.

Laraine enarcó una ceja. No habían pasado más que unos instantes y ya iba a incumplir las órdenes de García.

–¡Vamos!

Las dos mujeres bajaron despacio. La dama no quería ni pensar en qué excusa le iba a poner a su cuñado si la pillaba en danza con su hija. Llegaron al zaguán. Una tenue luz y el susurro de unas conversaciones le indicaron a Laraine que alguien seguía despierto en el salón pequeño. Seguramente Iñigo y García estarían allí. No se detuvieron a confirmarlo y siguieron hacia los establos.

–¡Simon! Soy Laraine. Elvira está conmigo.

Agarradas del brazo, las dos aguardaron. El eco de su propio silencio cayó sobre ellas.

–No está –se lamentó Elvira en un susurro.

–Esperad.

A su izquierda algo se movió y Laraine elevó la vela que portaba en su mano derecha para enfocar.

–¡Simon! –dijo al ver aparecer al aquitano–. Solo unos instantes. Os estaré vigilando –la última advertencia iba más para él que para su sobrina.

La siciliana los vio apartarse un poco. Comprendía que necesitaban intimidad. Elvira se refugió en los brazos del joven. Hasta la dama llegaban susurros amortiguados de palabras que querían decir mucho en poco tiempo. Se besaron. A la mente de Laraine llegaron recuerdos de aquel primer beso que se dieron Miguel y ella, interrumpido por Iñigo. Sonrió para sí acariciando por un instante aquel momento lejano que enseguida se volvió a perder en el pasado. Miró hacia fuera y cerró los ojos pensando en Miguel. Simon y Elvira se acercaron a ella.

–Gracias –dijo él. Laraine le sonrió–. Es mucho lo que os debo. Vuestra hospitalidad y generosidad no serán olvidadas.

–Habéis conocido a don García en un momento delicado –apuntó la

dama—. Sé que piensa que sois un cobarde, pero yo sé que no es así. Creo que con el tiempo...

—Tía —le interrumpió Elvira—. Simon y yo queremos escribirnos. ¿Podrías ser vos nuestro confidente, nuestro correo? Ya sé que lo que os pido os pondrá en un enorme aprieto delante de mi padre si nos descubre, pero yo cargaré con las culpas. Por favor, decidnos que sí.

—Está bien, pero debemos irnos ya. No quiero tener que dar explicaciones a García sobre nuestra escapada nocturna. Despedíos ya.

Simon besó furtivamente los labios de Elvira y la magia se evaporó. Regresaron al calor de la noche, a la incertidumbre del futuro. Subieron a sus habitaciones todo lo deprisa que pudieron y se despidieron con la mirada. Laraine encontró a Miguel agitado y sudoroso.

—¿Qué os ocurre, amor mío? —preguntó a la oscura bóveda de la noche. Secó su sudor, lavó su frente, sus brazos, sus piernas, su cuerpo, acarició su suave barba y su dedo índice recorrió el contorno de su nariz, de sus labios, de su barbilla y de su nuez hasta llegar a su pecho. El contacto relajó un poco su desasosiego, pero fue solo un momento. La cabeza de Miguel se movía inquieta. Laraine no sabía si deliraba o si estaba atrapado en un mal sueño. Se tumbó a su lado y le habló suavemente al oído, ora rezando, ora recitando viejos poemas en mesapio que su madre le relataba cuando apenas ella alcanzaba a mantenerse en pie. Se acercaba el alba y la mente de Laraine no podía dejar de pensar que ese era el momento elegido por la muerte para llevarse más almas. Se abrazó fuertemente a su esposo. Sus lágrimas regaban sus hombros mientras ella trataba de retener el tiempo. Miró hacia la ventana dudando entre abrirla para dejar paso a la esperanza o dejarla cerrada para que la muerte pasara de largo. Por fin se decidió. Entreabrió la compuerta de madera y se tumbó de nuevo al lado de Miguel, refugiada en su todopoderosa presencia. Le pareció escuchar de nuevo las palabras que le dijo en su noche de bodas, cuando ella le regaló la corona de laurel que había trenzado en su honor: «Laraine Sybina, me siento como un dios». Tuvo la sensación de que eso había sucedido tan solo un instante antes. Y se imaginó a un joven Miguel preguntándole si iba a leer de nuevo el futuro en sus manos. «¿Qué dicen mis manos?», su voz llegó como un eco cargado de nostalgia y de amor. Miguel se agitó de repente. La primera claridad se esparció por la estancia. La siciliana miró de soslayo el cajón donde ella había escondido el testamento de Miguel. «No», se dijo ahuyentando los fantasmas con un meneo rápido de su cuello. Aturdida y confusa, apoyó su cabeza sobre el pecho de su esposo y se tumbó

todo lo más cerca de él que pudo. «Dicen –dijo ella en voz alta, recuperando un diálogo del pasado que sin embargo se le antojaba tan reciente– que sois afortunado, que evitaréis los gritos de la noche y que un buen fuego calentará vuestro hogar. Dicen que un espíritu indomable recorre vuestras venas y... dicen que sortearéis a la muerte hasta seis veces».

–Os equivocáis –la voz ronca de Miguel le hizo levantar el cuello y mirarlo. Sus ojos estaban cerrados. ¿Se habría imaginado su voz?–. Dicen que vuestro peso sobre mi pecho me impide tomar aire y respirar.

Laraine se apresuró a apartarse de su esposo, sin saber si reír o llorar.

–No os vayáis tan lejos. Me gusta sentir vuestro contacto.

Sus ojos se abrieron. La luz del alba reflejaba la calma en sus pupilas. Laraine rio divertida. Entre carcajadas y llantos besó su cuello y sus orejas y sus ojos y dio gracias a Dios porque Miguel había soslayado la delgada línea que separa noche y día.

A García le extrañó ver a Laraine salir deprisa de la casa. Había madrugado para preparar su marcha a Arróniz y estaba en los establos cuando la vio envolverse en una capa y apresurar su paso. Miró hacia la ventana de su cuarto. Si Miguel estuviera peor y necesitara un médico se lo habría notificado y habría enviado a alguien a buscarlo. Así que aquella escapada debía deberse a otro asunto. La curiosidad lo llevó a seguirla. Sus pasos lo llevaron a Santa Cecilia. El cabeza del clan Almoravid sonrió y pensó que tal vez se estaba volviendo un poco paranoico con el tema de Laraine. Iba a regresar a su casa cuando la vio salir de nuevo. Una visita rápida, pensó escabulléndose para que la dama no se tropezara con él en su regreso. Sin embargo, Laraine no tomó el camino de su casa, sino que enfiló justo hacia el otro lado. García asomó la cabeza y partió en pos de ella. La vio entrar en la casa de la zapatera. Le extrañó que hubiera aprovechado el madrugón para hacer aquella visita. Aguardó fuera. La ciudad empezaba a desperezarse. Los sonidos de sus tempraneros ciudadanos se expandieron por las calles. García escuchó el llanto de un bebé. Parecía provenir de casa de Blanca. Se acercó más y a través de una de las ventanas pudo ver a la zapatera junto a Laraine. La siciliana tomó al bebé en brazos y lo llenó de besos, lo zarandeó y lo abrazó con una dulzura infinita. El niño correspondió con gorjeos. Os reconoce, escuchó García desde fuera decir a Blanca. El ricohombre se quedó perplejo. ¿Quién era ese niño? ¿Por qué su cuñada lo trataba con semejante afecto?

Estaba claro que la conversación con Laraine estaba muy lejos de haber concluido.

EL RESURGIR DE UN CABALLERO

L'on dit que tous les rois chrétiens qui assistèrent à la bataille d'El-Oukab et qui entrèrent dans Évora moururent tous, sans exception, dans cette même année. El-Naser, après sa défaite, vint à Séville, où il entra dans la dernière décade du mois de dou'l hidjâ. Il était consterné, et ne cessait de penser avec amertume à cette immense armée qu'il abatí rassemblée pour cette expédition, et qui surpassait en cavalerie et en infanterie tout ce que jamais émir abatí reuni avant lui... Il abatí cent soixante mille volontaires, infanterie et cavalerie; plus, trois cent mille soldats; plus, trente mille negrees, qui lui servaient de garde et d'escorte; et dix mille aghzâz et arbalétriers, sans compter les Almohades, les Zenéta, les Arabes et autres. Il lui semblait être invincible avec une pareille armée; mais Dieu chéri et adoré lui fit voir que c'est lui seul qui donne la victoire, et que toute force et toute puissance n'est qu'en lui, Très-Haut, qu'il soit glorifié!

Roudh el-Kartas. Roudh el-Kartas. Histoire des souverains du Maghreb et Annales de la ville de Fès. Traduid de l'arabe par A. Beaumier

Le han dicho que todos los reyes cristianos que participaron en la batalla de El-Oukab y que entraron en Évora morirán todos, sin excepción, en el transcurso de ese mismo año. Al-Naser, tras esa derrota se fue a Sevilla, adonde llegó durante los últimos diez días del mes de dou'l hidjâ. Estaba consternado y no dejaba de pensar con amargura en el inmenso ejército que había logrado concentrar para esa expedición y que sobrepasaba en caballería y en infantería a todos los que jamás emir alguno lograra aglomerar junto a él... Él había reunido ciento sesenta mil voluntarios, entre infantería y caballería, más trescientos mil soldados; más treinta mil imesebelen, que le servían de guardia y de escolta: y diez mil agzaz y ballesteros, sin contar los almohades, los senegaleses, los árabes y otros. Él se creyó invencible con un ejército semejante, pero Dios querido y adorado le hizo ver que es solo Él quien otorga la victoria y que toda la fuerza y todo el poder no se halla sino en él, el Altísimo, quien es glorificado.

Roudh el-Kartas. Roudh el-Kartas. Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez. Traducción del árabe al francés: A. Beaumier

TAL VEZ FUERA SOLO UNA COINCIDENCIA que García estuviera en los establos cuando Laraine salió de la casa. Quizá fuera una casualidad que el noble decidiera seguirla de nuevo. O simplemente, el destino trataba esa mañana de poner las cosas en su sitio. Había refrescado. El día había

amanecido entre nubes que, azotadas por el viento, viajaban con rapidez sobre el cielo de Pamplona. Laraine se dirigió hacia Santa Cecilia envuelta en su capa. Se detuvo allí tan solo unos instantes y luego se encaminó hacia la casa de la beata. Un hormigueo recorrió el cuerpo del noble. Durante el viaje a Arróniz había tenido tiempo para meditar sobre los últimos acontecimientos y creía haber empezado a atar cabos. Esperó a que su cuñada entrara en la casa. Enseguida se escucharon los ruiditos del niño. No aguardó más. Sin pedir permiso penetró en la humilde morada. En unas pocas zancadas se plantó en la estancia donde estaban Blanca, Laraine y otra mujer desconocida.

–¡García! –la estancia se quedó muda de repente. Al poco, el niño comenzó a lloriquear. La siciliana se lo acercó todo lo más que pudo. El calor pareció tranquilizar al pequeño.

Los ojos del ricohombre la traspasaron.

–Creo que me debéis una explicación. ¿Lo sabe Miguel?

A Laraine le costó entender la implicación de la pregunta.

–¿Qué? –preguntó confusa.

–¿Lo sabe mi hermano? –volvió a cuestionar acompañando la interrogación con un gesto de su cabeza que señalaba al pequeño.

–¡Cómo os atrevéis! Si estáis insinuando lo que creo que insinuáis creedme si os digo que estáis totalmente equivocado –estaba ofendida.

García miró a Blanca y a la otra mujer. Su gesto bastó para que ambas entendieran. Discretamente salieron de la estancia. Cuando se cercioró de que estaban solos, se acercó hacia ella.

–Esto es lo que creo –le dijo en tono quedo, pero mortalmente hiriente–. Creo que os entendíais con William y que este niño es fruto de esa relación. Creo que le ocultasteis a Miguel vuestro estado y que distéis a luz mientras estábamos fuera. Sin embargo, no habéis podido deshaceros de él y por eso lo ocultáis aquí. Decidme si estoy equivocado. Os vi en varias ocasiones escaparos con William.

–Entiendo que os sintáis abatido por la muerte de vuestra esposa, pero ¿os estáis escuchando? ¿Por qué levantáis esas falsas acusaciones contra mí? ¿Acaso habéis perdido vuestras entendederas?

–Os escapasteis con él el día de la fiesta. Os vi.

Laraine reflexionó, buscando en su memoria.

–Lo que visteis fue cómo acompañaba a Domingo para solventar un problema doméstico. Un cambio de menú de última hora ¿lo recordáis? William nos acompañó también sí, pero fuimos a intentar cambiar los pollos y

a conseguir corderos. Y él nos ayudó con la transacción, haciendo parte del pago. Con vuestras palabras me deshonráis y deshonráis el recuerdo del sajón. ¿En qué diantres estáis pensando?

García pareció reflexionar. Laraine hablaba muy convencida.

–Entonces... ¿de quién ese niño? –dijo con ironía, como diciéndole que no había otra explicación posible..

–Este es el hijo de Toda y... vuestro.

Por inesperado, el golpe dolió más. Trastabilló y cayó hacia atrás. El bebé a punto estuvo de escurrírsele de las manos. El pómulo, donde había impactado la mano de García, comenzó a arder y las lágrimas saltaron de sus ojos sin ser llamadas. Su trasero recibió el golpe de la caída y notó como si todos sus órganos se movieran dentro de su tórax. Se quedó paralizada. Ni siquiera se atrevía a respirar; aunque tampoco estaba segura de poder hacerlo. Por fin cogió una bocanada. Al mismo tiempo, el niño comenzó a llorar y su voz se elevó casi en forma de chillidos.

–Haced que calle. Haced que calle, por favor –era más un ruego que una orden.

García se acercó a la mujer y se agachó a su lado. La mirada de ella estaba perdida muy lejos y él empezó a ser consciente de lo que acababa de hacer. Había golpeado a la esposa de su hermano.

–Laraine –la llamó suavemente. Los llantos del bebé ocultaron su susurro, pero ella lo debió oír porque clavó su mirada en sus ojos. Era difícil saber lo que pasaba por su mente en esos momentos.

Laraine dobló su dedo meñique y lo acercó a la boca del niño. Este empezó a lamerlo y poco a poco sus gritos se apaciguaron hasta desaparecer. García aprovechó para agarrar por el brazo a su cuñada y ayudarla a levantarse. En cuanto estuvo de pie, ella se sacudió su contacto.

Por primera vez en su vida, el Almoravid no sabía qué hacer. En el fondo, sabía que tarde o temprano tendría que hablar con Toda. En ese instante se dio cuenta de que no la había visto en la casa.

–¿Dónde está Toda?

–Muerta –le dijo de manera directa y escueta para que le doliera.

–¿Muerta? –García trató de ganar algo de tiempo.

–Murió al alumbrar... a su hijo. Yo estaba allí. Ella me entregó al bebé. Como veis, muchas cosas han sucedido durante vuestra ausencia en las que ha sido imposible eludir mi participación. Por mucho que vos os empeñéis, he tenido que tomar decisiones. Pero no os preocupéis. Habéis dejado bien a las

claras vuestro sentir. Sin embargo, y aunque no lo desee, aún hay una cosa que debo hacer –su mirada se había endurecido y sus músculos estaban tensos. En su rostro se notaban los surcos que las lágrimas habían dejado al resbalar hacia su cuello–, y es ocuparme de este niño.

Sin decir nada más, la dama se fue. Su cuerpo resentido se movía como a trompicones.

–¡Esperad! –la retuvo él nada más salir de la estancia–. ¿Qué vais a hacer con él?

–¿Acaso os importa?

–Es el hijo de una de mis criadas –Laraine le lanzó una mirada mordaz–. Llevadlo a casa, discretamente.

Laraine miró al niño y rozó su carita. Se había dormido. Lo metió en una cesta grande y lo tapó con una mantita. Ambas cosas prestadas por Blanca.

–Me lo llevo –les dijo mostrando una serenidad que no sentía–. Muchas gracias a las dos por cuidar de él durante este tiempo, pero ahora, García decidirá su destino.

El rostro de Ximeno se iluminó. Ya tenía la pista que buscaba. No había sido fácil y estaba a punto de largarse muy lejos para no tener que presentar su fracaso ante don Alvar. Pero por fin tenía algo. Un extranjero que decía haberse hospedado en casa de los Almoravid, le había comentado al posadero de la Navarrería que en aquella casa escondían un ángel de hermosos cabellos claros y mirada azul. Decía haberse acogido a sagrado. El posadero aseguraba que no le había dicho su nombre, pero Ximeno no dudaba que se trataba de Dulce.

Corrió hacia casa de don Alvar y se demoró en explicaciones. Quería saborear su victoria. Pero de poco le sirvió porque su interlocutor le apremió para que fuera al grano y se dejara de circunloquios. Y por fin se lo dijo. No era seguro al cien por cien, pero era una deducción más que lógica y razonable. Ese ángel de hermosos cabellos claros y mirada azul no podía ser otro que Dulce. Todos los músculos de la cara de don Alvar se tensaron hasta darle un aspecto cruel. Las aletas de su nariz se ensancharon y sus pupilas desparramaron odio por toda la estancia. Ximeno seguía hablando, pero él ya no le escuchaba. Se colocó su cota de malla, se ajustó el cinturón y la espada y salió de la casa. Recuperaría a su hija por las buenas o por las malas. Tenía la ventaja de que Miguel estaba fuera de combate y no intervendría. Y esperaba

que García se mostrara razonable. En cuanto a Diego... siempre se había escondido tras la figura de su padre y, aunque había sido armado caballero en las navas, era un joven tímido y poco dado a los enfrentamientos. Sin embargo, se trataba de los Almoravid y toda previsión era poca. Llamó a Ximeno para que lo siguiera y fue en busca de algunos hombres que sabía le cubrirían las espaldas en esta ocasión.

Roland abrió los ojos. El dolor se fue desvaneciendo poco a poco y su cabeza empezó a pensar otra vez con normalidad. Su nariz absorbió el aire seco del patio. El sol se asomaba entre nubes. Se revolvió inquieto, como si buscara algo que ni él mismo sabía. Alejandro apareció entonces ante su vista y en ese mismo instante descubrió qué era lo que le producía esa inquietud: echaba de menos el mar, la brisa húmeda y salada, el sol reflejado en la superficie mansa del agua, el oleaje intenso, la lucha contra las mareas... Hacía días que soñaba con barcos y mares y con Nabila, pero fue en ese instante cuando se dio cuenta de que realmente deseaba retornar a ese mundo. Su tío se sentó junto a él.

–Conozco esa mirada, pirata –le dijo–. ¿Vos también estáis cansado de tierra firme?

La mirada de Roland se iluminó como si el mar destellara en ella y su boca se ensanchó en una enorme sonrisa.

–Me habéis leído el pensamiento.

–Quizá sea hora de que partamos. Vuestro padre está mejor. Su vida ya no corre peligro.

–Hablaré con mis padres.

–Ya empezaba a preocuparme por vos. Pensaba que...

–Pues pensabais mal. La mar me espera y yo soy un amante complaciente – se levantó de un salto.

–¿A dónde vais?

–A hablar con mi padre. Y a empezar a preparar mis cosas.

Roland se encontró a su padre dormido. Su herida evolucionaba bien, pero pasaba muchas horas amodorrado, como si estuviera recuperando todo el sueño y el cansancio que había gastado en el último mes. Se sentó junto a él en silencio. No quería perturbar su descanso, aunque se moría de ganas de comentar con él su decisión. Una vez tomada, no quería demorar demasiado el viaje. Y sabía que Alejandro también anhelaba la marcha. Sin embargo,

parecía que iba a tener que esperar. Miró a su progenitor antes de levantarse. Su respiración era acompasada y su rostro se veía relajado. Sin hacer ruido, cerró la puerta y se dirigió al patio. Aunque el dolor más fuerte se había pasado, todavía notaba la cabeza embotada. Se sentó al amparo de la casa, cerca de la ventana del salón pequeño. No fue su intención husmear en los asuntos de los Almoravid, pero la ventana estaba abierta y las palabras se escuchaban con meridiana claridad. Su madre hablaba con García e Iñigo. Se quedó allí quieto, mientras Laraine desentrañaba la historia de Toda y de Catalina y se percató de lo mucho que las frases de Laraine decían entre líneas. Respiró profundamente. A veces eso le ayudaba a espantar el dolor. Apoyó la cabeza sobre la piedra. A menudo sentía ganas de aplastarse el cráneo. Poco a poco la sensación de pesadez se apartó de él y descansó. Casi se había olvidado de los asuntos de su tío. A fin de cuentas, no era de su incumbencia con quien se acostaba García, sin embargo, no pudo evitar sentir cierta indignación al escuchar la conversación que mantuvieron a continuación sus tíos.

—¿La creéis?

García se levantó lentamente del taburete y se acercó a la ventana sin contestar a la interpelación de su tío. Laraine se acababa de marchar. Había sido clara y concisa al relatarles lo ocurrido con Toda. Les había dicho cómo Catalina había echado a Toda de la casa tras descubrir que estaba embarazada y de confesar, a regañadientes, que el niño era de Domingo, cómo había castigado Catalina después al sirviente con el látigo y cómo Oriá le había avisado de la reaparición de Toda a punto de dar a luz. Su mirada atravesó la ventana y se imaginó a la sirvienta huyendo de la morada Almoravid mientras en su regazo atesoraba su gonela roja. Eso es lo que les había dicho Laraine que se había llevado consigo.

—¡Oh, vamos, García! No me digáis que es cierto que el hijo de Toda es vuestro —Iñigo se levantó también y alcanzó a su sobrino y lo asió del brazo de manera que quedaron uno enfrente del otro. García bajó la mirada.

—Podría ser —afirmó lacónico. Su tío lo soltó—. Catalina y yo nos habíamos distanciado y Toda estaba allí siempre, tan servicial, tan sensual, tan...

—¡Callaos, por el amor de Dios!

—Cuando Catalina me anunció que esperaba un hijo supe que era la hora de poner fin a la relación con Toda, pero luego lo pospuse y después nos fuimos... —García se pasó la mano por la cabeza, apartándose el pelo que caía sobre su cara. Trataba de justificarse.

–Catalina lo sabía –concluyó Iñigo–. Cuando le pedisteis a Laraine que os contara la muerte de vuestra esposa dijo que las palabras dirigidas a vos fueron: «Decidle que lo amo y que le perdono». Así que lo sabía. ¿Qué vais a hacer?

García se tomó su tiempo. No tenía muy claro todavía qué decisión iba a tomar. Se rascó las mejillas.

–Le buscaré a Domingo otra casa en la que servir. En cuanto al niño... Creo que lo mejor será entregarlo a un monasterio. Allí será educado como le corresponde.

–¿Y con Laraine?

–Ella no dirá nada.

–No me refiero a su silencio. La habéis golpeado.

–No tenía derecho a acusarme de la forma en que lo ha hecho. Y sé que es una mujer que no guarda rencor.

–Pero os olvidáis de algo. O más bien de alguien.

García clavó sus ojos en los de su tío.

–Supongo que os referís a Miguel. Ella no se lo dirá y no creo que vos...

–No hará falta que se lo diga, lo leerá en su rostro.

–Me ocuparé de ello a su debido tiempo.

Iñigo apretó los labios como si tratara de sellarlos. Pero sabía que tarde o temprano estallarían la tormenta entre los dos hermanos de sangre.

–Al menos, os habréis disculpado con ella...

Laraine estaba irritada. Se frotó las manos nerviosa y miró hacia la puerta de la calle y luego hacia las escaleras. Estaba indecisa. No sabía qué hacer. Su cabeza estaba llena sucesos, de tensiones. Necesitaba pensar. El bebé había quedado en manos de María la flaca, la mujer que había cuidado a las dos últimas generaciones Almoravid hasta que habían sido capaces de correr por su propio pie. Pensó en ir a ver al pequeño, pero cambió de idea y subió las escaleras. Quizá, la compañía de Miguel le vendría mejor en esos momentos. Entró despacio en la habitación. El de Grez parecía dormido. La penumbra de la habitación ocultaría el moretón de su rostro a los ojos de su esposo. Lo contempló durante unos instantes. La preocupación por si podría morir se había dejado paso a una inquietud sobre cómo evolucionaría la movilidad de su pierna. Sabía lo importante que era eso para un caballero. Se sentó junto a él, en la silla que poco antes había ocupado Roland.

Miguel movió su cuello y abrió los ojos. Sonrió débilmente.

–Soñaba con vos.

–¿Algo bueno?

–Siempre es bueno cuando vos estáis en mis sueños.

Laraine acercó su mano a la de su esposo. Estaba caliente. Él la apretó entre las suyas.

–¿Qué os ha pasado en la cara?

Rápidamente, ella subió su mano a la mejilla.

–¿Esto? –titubeó–. Un accidente doméstico. Nada de importancia.

Miguel notó su turbación, pero no quiso añadir nada más.

–Hace un buen día. Podría pedir a los sirvientes que os bajaran al patio. Os haría bien salir de esta habitación.

Él negó con la cabeza. Un cierto pánico asomó entre el brillo de sus ojos. No estaba preparado para enfrentarse con la realidad. Todavía no.

–No, pero agradecería que abrierais la ventana.

Laraine se apresuró a hacerlo. A la luz, la marca de su mejilla era más impactante.

–¿Os apetece sentaros?

–Supongo que me vendría bien cambiar de postura.

Con la ayuda de sus manos y las de Laraine, Miguel se incorporó. Pronto, el sudor bañó su frente. Cualquier pequeño esfuerzo era similar a realizar una hazaña. Un cierto mareo acompañó el movimiento. Afortunadamente, la sensación pasó pronto. Laraine se sentó en la cama y comenzó a masajear las piernas de su esposo y a moverlas.

–Debéis empezar a ejercitarlas en serio –le reprendió–. Si no, nunca vais a poder levantaros de aquí.

Miguel evadió la respuesta con una mueca indeterminada, pero no objetó que su esposa lo hiciera por él. Así que la siciliana continuó en silencio su tarea. De reojo, miró las manos de Miguel. Descansaban sobre su regazo, pero sus dedos no paraban de dar vueltas al anillo de oro que adornaba el índice de su mano izquierda. El brillo del rubí engarzado llegó apagado a sus ojos.

Roland se levantó de golpe. Tenía los puños apretados y también su mandíbula. García podía ser la cabeza visible de los Almoravid y su palabra era poco menos que ley. Podía castigar a sus milites y reprochar su comportamiento en los adiestramientos; incluso él estaba sometido a su

disciplina mientras permaneciera en Navarra, pero lo que no podía era pegar a su madre. Eso al menos era lo que él pensaba. Se dirigió a buscar a su hermano. Tenía que hablar con él. Su padre no estaba en condiciones de defender a Laraine y, como muy bien había dicho su tío, su madre no le diría nada. Pero en cuanto a él... eso era otro asunto.

Iba a entrar en la casa, pero los repetidos golpes de la puerta exterior hicieron que su mirada se posara sobre la tapia. Quienquiera que estuviera detrás debía tener mucha prisa por dar una buena o una mala noticia. El sirviente que acudió a la llamada, acabó en el suelo de un fuerte golpe. Varios hombres entraron a tropel. Afortunadamente, Roland reaccionó deprisa y llamó a sus tíos. La ventana del salón pequeño seguía abierta, por lo que enseguida los dos hombres se percataron de que algo extraño ocurría fuera. Roland salió raudo hacia la sala de armas y, en un abrir y cerrar de ojos se presentó con su espada. En ese momento salieron García e Iñigo.

—¡Sé que está aquí! —la voz de Alvar tronó en la morada Almoravid—. ¿Dónde has escondido a esa perra?

No hubo tiempo para el silencio. Las espadas titilaban nerviosas en sus vainas. Los Almoravid formaron un escudo colocándose estratégicamente alrededor de la entrada. Iñigo, García, Miguel *txikia*, Roland, Alejandro y, por fin, Diego.

La sonrisa de Alvar no tenía nada de deleite. Se aproximó a Diego y le amenazó con su espada, pero dejó que varios pasos los separaran.

—Sé que la retenéis aquí. Me la llevaré por las buenas o por las malas.

—¿A quién buscáis? ¿A quién se supone que retenemos aquí? Ni siquiera sois capaz de llamarla por su nombre. Ni de considerarla vuestra hija. Sois un monstruo —clamó Diego.

Sin hacer caso al último comentario, Alvar escupió al suelo.

—Así que la tenéis aquí. Quiero verla.

Diego negó con la cabeza.

—Habéis renunciado a ella. No sabéis cuidarla. Así que marchaos por donde habéis venido.

La luz del sol resbalaba por la fachada de la casa. Las ventanas permanecían abiertas y detrás de ellas todos escuchaban el forcejeo de voces. Elvira e Isabel agarraban a Dulce en uno de los cuartos más alejados. Esta última temblaba. La voz de su padre estaba a punto de arrancarle el alma. Los más pequeños se habían asomado a la ventana del salón pequeño. Y en el piso superior, Miguel enarcó las cejas y miró a Laraine.

–¡Colocad una silla al lado de la ventana y ayudadme a acercarme a ella! – en esos momentos, el infanzón se estaba arrepintiendo de no haber aceptado el ofrecimiento de su esposa para que lo hubieran bajado al patio. Pero no quedaba tiempo. Laraine movió la silla y agarró a Miguel por el sobaco. Con mucho esfuerzo logró desplazarlo hacia el borde de la cama. El dolor se extendió como el fuego y una mueca de sufrimiento marcó su semblante. Hizo fuerza con su pierna buena, pero ni siquiera esta le respondía–. Traed la silla aquí.

Laraine obedeció. Con sus brazos, el de Grez hizo fuerza y se sentó en la silla. Laraine la arrastró hacia la ventana.

–¡Exijo verla! Si no, no respondo de lo que pueda ocurrir hoy aquí.

El tono desafiante del caballero hizo reaccionar a García. El ricohombre dio un paso al frente y se acercó hacia Alvar.

–Fuera de mi casa –le espetó.

–Dicen por ahí... –empezó Alvar, crecido por el respaldo que sentía detrás de él y porque se creía en posesión de toda razón y de toda verdad.

–No me interesa lo que digan por ahí –le cortó tajante García–. Dulce es ahora una Almoravid y está bajo mi protección.

No estaba muy de acuerdo con la forma en que la joven había llegado a su morada, pero no iba a permitir que nadie irrumpiera en su casa con espadas y palos y lo amenazara.

–¿Qué queréis decir con que ella es ahora una Almoravid? –titubeó por primera vez Alvar.

–Lo que habéis oído. Miguel ya ha dado su consentimiento y vos podéis dar el vuestro y concertar un buen acuerdo, o despediros para siempre de ella. De cualquier forma se hará. Vuestra hija y Diego se han comprometido.

Desde la ventana, a la que por fin se había podido asomar, Miguel contempló la escena. Se maldijo por no poder estar allí abajo.

–¿Cuántas cosas más me he perdido? –le cuestionó a Laraine. Esta se encogió de hombros. Se estaba empezando a poner nerviosa–. Creo que deberíais bajar y confirmarle a Diego que, tal y como dice mi hermano, tiene mi consentimiento. Aunque no sepa cuándo se lo he dado –añadió–. Pero esto último no se lo digáis.

Laraine lo besó en la frente y se escurrió hacia la puerta.

–Tened cuidado. No os pongáis al alcance de Alvar. Os usará de rehén.

–Lo tendré.

En el patio, Alvar se tomó unos instantes para pensar. Podían pelear.

Superaban en número a los Almoravid, pero estos eran unos aguerridos combatientes. Aunque ganaran y consiguiera llevarse a su hija, estaba el hecho de que habían irrumpido en aquella casa y tal vez el rey y la corte considerara eso una provocación sin mediar desafío ante el alcalde. Y ya había pasado por las *corseras* no hacía mucho tiempo. Y lo que realmente le interesaba a él era el dinero. Y, en ese aspecto, le daba igual cómo conseguirlo.

Laraine salió de la casa y se situó cerca de su hijo. Lo suficiente para que le viera, aunque sin aproximarse demasiado. Miró hacia arriba y su hijo siguió su mirada. En la ventana de su habitación, discernió el rostro serio y aprobatorio de su padre. Su presencia le infundió ánimos.

–Quiero casarme con vuestra hija –dijo Diego muy serio–. Como dice mi tío, podemos negociar o podéis irnos.

–Supongo que puedo darle una oportunidad a la negociación.

–De acuerdo, entrad en la casa. Solo.

Alvar sonrió como lo hubiera hecho el demonio.

–Ximeno me acompañará.

Diego miró a su tío para pedir su consentimiento.

–Arreglemos este asunto cuanto antes. Ximeno, vos, Diego y yo.

Laraine fue la primera en entrar en la casa. Subió unos peldaños, pero en vez de marcharse, se quedó allí. Un error no calculado. Entró Diego, seguido de Alvar. Después lo hizo García y, a continuación, Ximeno. A este último no le pasó desapercibida la presencia de la mujer. Deseoso de congraciarse con Alvar y de compensar el error de haberse dejado arrebatar a Dulce, subió las escaleras y enganchó a Laraine por el brazo. Sacó un cuchillo de su cinto y la amenazó colocándoselo en el cuello.

–¡La tengo! –proclamó satisfecho.

Alvar se rio satisfecho. García se puso en tensión mientras evaluaba los hechos rápidamente. Diego palideció y luego su rostro se tornó carmesí de rabia.

–Parece que las tornas han cambiado –sentenció Alvar–. Ahora repactaremos la situación. Vuestra madre, por mi hija. Es lo justo –el regusto de la victoria se escapaba a borbotones por la comisura de sus labios.

Laraine se asustó. Se había guardado bien de ponerse al alcance de Alvar, pero no había contado con la reacción de Ximeno. Buscó la mirada de su hijo y trató de disculparse, pero este no la miraba a ella. García valoraba el siguiente paso a dar y él sí que miraba a Laraine. Le había pedido que no se inmiscuyera directamente en sus asuntos, pero esta vez le pareció que no le

importaría que lo hiciera. Sintió el aliento de Ximeno en su oreja y sus manos apretadas contra su cuerpo y, sin apartar la mirada de su cuñado, hizo un leve asentimiento mientras las palabras de victoria se escapaban del pecho de Alvar. Y entonces, sin pensárselo, lo hizo. Propinó un codazo a Ximeno en el costado y lanzó una patada a su espinilla. García, atento, se presentó en dos zancadas a su lado. El hombre, desprevenido, trató de cubrirse. Su cuchillo resbaló por el hombro y la espalda de Laraine, quien emitió un gemido. Pero, al verse libre, la mujer escapó escaleras arriba. García despachó a Ximeno con dos golpes bien colocados en su hígado y en su nuez, que lo dejaron sin resuello. Sin mirar cómo caía encogido al suelo, el ricohombre sacó su espada y apuntó a Alvar. Diego había sido rápido y lo tenía enfilado con la punta de su arma. La respiración del joven era agitada, pero parecía tener el control de la situación.

—¿A esto llamáis vos negociar? —el enfado de Diego se traslucía en la pronunciación de las palabras.

Alvar se había quedado lívido de golpe. Se encontraba mucho peor que al principio.

—Vos primero —le dijo García a Alvar, invitándole a pasar al salón pequeño—. Sacad a esta basura de aquí —le pidió a su hijo que se había asomado al zaguán mientras cerraba la puerta del salón pequeño tras él.

Laraine sentía el calor de la sangre escurrirse por su espalda. Sintió un escalofrío porque no alcanzaba a verse la herida y no podía valorar el alcance de esta. Como pudo, abrió la puerta y entró al resguardo de su alcoba.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Miguel .

Laraine lo miró sin poder articular palabra. Su boca se abría y se cerraba, pero sin alcanzar a pronunciar ningún sonido.

—¡Laraine! —exclamó, tratando de levantarse.

La siciliana se sintió mareada y trató de apoyarse en la cama para no caerse, pero calculó mal y se derrumbó antes de llegar. Miguel se levantó con ayuda de sus manos. Sabía que sus piernas no iban a sostenerle, así que se dejó caer de rodillas. La herida tiró como si alguien le hubiera pinchado decenas de agujas. Cerró los ojos con fuerza y se arrastró como pudo.

—¡Dios mío! ¡Estáis herida! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó alarmado.

—¡Tranquilizaos! García y Diego tienen todo controlado.

—¿Alvar?

–Me cuidé de él como dijisteis, pero no conté con lo enrabiado que estaría don Ximeno. Me ha cogido desprevenida. ¿Es grave?

Miguel se tomó su tiempo. Apartó la tela de su vestido y después la de su camisa.

–No es grave. Pero alguien deberá limpiarla bien y coserla.

–Duele –se lamentó.

–Lo sé, mi amor.

–Lo siento. Lo vuestro ha sido mucho peor y yo me quejo por un simple rasguño.

–No es un simple rasguño, os lo aseguro.

–Miguel, ¿escucharíais un relato largo?

–Hasta el fin de mis días, pero hacedlo mientras os limpio la herida. Si me acercáis el agua de la mesa y una de esas telas que tenéis preparadas para mí y todo lo demás...

Ella se puso de rodillas y avanzó de esa guisa. Cogió todo lo que necesitaban y se lo llevó a su esposo. Miguel se sentó en el suelo y apoyó su espalda contra la cama. Abrió las piernas y Laraine se sentó en el hueco. Poco a poco, con suavidad infinita, fue empapando la herida con agua y cosiendo con la mano experta de quien ha sobrevivido a mil heridas. Su esposa se había encargado de que tanto él como sus hijos supieran tratar una herida y eso seguramente le había salvado la vida a Miguel. Mientras procedía, Laraine fue soltando su alma y le desgranó todos los acontecimientos que habían sucedido en Pamplona durante su ausencia –a excepción de la reacción de García en casa de Blanca. Eso se lo guardó para ella, aunque su esposo parecía reacio a aceptar la versión que ella le había dado– hasta que, por fin, su alma sintió tranquilidad y desahogo. Miguel le besó la espalda, suave y blanca, y ella cerró los ojos.

–No sé si tachar de valiente o de temeraria vuestra actitud hacia Gutierre, pero debo reconocer que sois digna de vuestro nombre. ¿Y decís que conserváis las cadenas?

La dama se levantó despacio, fue al armario y sacó las cadenas. Su esposo emitió un silbido largo a la par que su cara se tornaba lívida. Con un gesto, Miguel le indicó que se sentara junto a él. Tomó las cadenas en sus manos. Su mente mezcló esa imagen con la de las cadenas que rodeaban el palenque del Miramamolín. Sus labios temblaron. Se sacudió de ese recuerdo y buscó las manos de Laraine. Las acarició lenta y suavemente, deteniéndose en el dedo meñique que aquellas cadenas habían roto. Mostraba una clara anomalía. Besó

su dedo, mientras los dos lloraban en silencio, empapándose uno de las lágrimas del otro. Miguel la abrazó por la cintura y ella apoyó la cabeza en el pecho de él.

–¿Podéis creerlo? –le dijo Miguel ya algo más sereno–. Tenemos un hijo que se va a casar.

Los dos se miraron. Miguel cazó con su dedo pulgar una lágrima que se escapaba del ojo derecho de su esposa. Hubiera deseado que ese instante durara para siempre. Fundido en esos ojos era fácil olvidarse de su pierna y del futuro y de cualquier otro asunto. Durante unos instantes más, los dos nadaron en ese silencio cómodo de la confianza.

–Os deseo –dijo de pronto, como si hubiera vuelto a verla por primera vez–. Ojalá no tuvierais que cargar con un inválido –su semblante cambió y el tiempo volvió a ponerse en marcha.

–No volváis a decir eso. Juro que no descansaré y no os dejaré descansar hasta que volváis a poner os en pie y esgrimáis de nuevo a *Fidelis*.

Miguel no dijo nada, pero sus ojos revelaban su falta de ánimo.

La morada Almoravid respiraba cierta normalidad. Don Alvar y sus hombres habían desaparecido por la puerta tras la breve, pero intensa negociación. García pensaba que Diego había sido demasiado generoso y que su futuro suegro no se merecía todo el dinero que había conseguido. Sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte de él se lo gastaría en vino. Sin embargo, le quedaba el consuelo de pensar que aquel hombre no viviría demasiado si seguía ese camino. Aunque también sabía que la mala hierba siempre se las arregla para sobrevivir. La cena le había dejado una cierta sensación de amodorramiento pero decidió subir para interesarse por la herida de su cuñada. Aunque le habían dicho que estaba bien quería asegurarse de que era así porque no había estado con ella desde que la vio desaparecer escaleras arriba.

Cuando vio levantarse a su tío, Roland se acercó a su hermano y se lo llevó a un rincón. Quería hablar con él a solas.

–Se os ve muy feliz –le dijo de entrada.

–Lo estoy. ¿Qué es eso tan importante de lo que queréis hablarme?

–Sobre nuestra madre.

–¿Estáis preocupado por su herida? La teníais que haber visto. Fue tan rápida que Ximeno ni se lo olió.

–No, no se trata de eso –el rostro de Roland se puso serio. Todavía estaba afectado por la muerte de William. El recuerdo de su amigo era intenso después de haber sepultado su corazón y sus ojos en suelo santo navarro, aquella misma mañana. Sus sentimientos estaban a flor de piel–. Es sobre el golpe que luce en la mejilla y quién se lo ha hecho.

–¿Qué queréis decir?

–Quiero decir que García ha pegado a nuestra madre. Eso quiero decir.

–No lo entiendo. ¿Por qué habría de hacerlo?

–El bebé que han traído esta mañana es hijo de García y de Toda.

Diego dio un paso atrás.

–¿Cómo lo sabéis?

–Lo sé y punto.

–¿Qué tiene que ver eso con nuestra madre? –quiso saber Diego al ver que su hermano se iba acalorando por momentos.

–Toda dio a luz mientras estábamos en las navas, pero murió en el parto. Nuestra madre encomendó el cuidado del niño a Blanca. Cuando le dijo la verdad a García sobre el origen del niño, este reaccionó golpeándola.

–¿Tienes pruebas?

–¿Acaso no has visto la señal de su mejilla?

Diego se quedó pensativo. Trataba de asimilar lo que su hermano acababa de contarle. Sin embargo, emborrachado como estaba por la victoria que había cosechado aquella noche, no veía aquel incidente desde la misma óptica que su hermano.

–Ya –dijo de manera lacónica–. ¿Y qué queréis?

–Quiero una satisfacción.

–Creo que lo ocurrido es un asunto entre nuestra madre y nuestro tío. Y os aseguro que nuestra madre sabe defenderse. Yo lo he visto esta misma tarde.

De la boca de Roland se escapó una pequeña carcajada. Tomó a su hermano por el brazo y le habló muy serio.

–Habríais muerto por defender a Dulce, pero sois incapaz de defender el honor de vuestra madre.

–No es lo mismo.

–¿Sabéis qué es lo que creo? Creo que teméis a García. Pero yo no.

–¿Queréis pensar esto con más calma? Quizá si lo hablarais primero con nuestros padres...

Pero Roland ya no le escuchaba. La puerta se había abierto y por ella apareció la figura de García. Hacia él se encaminó.

–¿Queréis una denuncia mañana en el mercado ante el alcalde o preferís solucionarlo al estilo Almoravid?

García miró a su sobrino sin entender.

–¿De qué me estáis hablando?

–Os hablo de mi madre y de la señal que vuestra mano ha dejado en su rostro.

–Roland, no es asunto vuestro.

–Lo es ya que mi padre está postrado en una cama y mi hermano parece tener otras prioridades.

El gran Almoravid sonrió. Era increíble lo exacta que se puede repetir una mirada en la siguiente generación. Por un instante le pareció que no era Roland quien lo enfrentaba, sino el propio Miguel.

–Bien –concedió–. Hagámoslo al modo Almoravid. Y hagámoslo ahora.

–No –la leve queja de Diego ni siquiera fue escuchada por los dos hombres que ya salían al patio.

A uno de sus gestos, el paje de los Almoravid trajo las espadas y tío y sobrino quedaron enfrentados sin lorica, sin yelmo y sin guantes. Ninguna protección salvo sus propios cuerpos. El corro a su alrededor era grande. Los dos retados no se quitaban ojo. Alguien encendió un fuego. El olor a humo antecedió al calor que desprendió la llama. García pasó la hoja de su espada por ella y a continuación lo hizo su sobrino. A García le bastó agacharse para evitar el primer envite y moverse hacia su izquierda para esquivar el segundo. Con el tercero, tuvo que hacer una parada con su espada. Sabía que su sobrino era más ágil y estaba hambriento de batalla. Así que su estrategia era cansarle. Sin embargo, la rapidez le dio cierta ventaja al joven y el cuarto lance rozó a García y le hizo una herida superficial en el costado. La espada aún estaba caliente y el calor traspasó hasta su carne. Se retiró de un salto. Tomaron posiciones de nuevo. Desde el corro jaleaban sus movimientos.

–¡Vamos, ataca! –le conminó García.

Roland no se lo pensó dos veces. Atacó con un golpe desde arriba. Su tío se apartó y su espada se estrelló contra el suelo. Hubo risas cuando García le dio un codazo en la espalda. Había sido una mala estrategia responder a las provocaciones de su oponente. A partir de ahí fue más cauto. Siguió más golpes, pero ninguno tuvo consecuencias. García había esperado el momento oportuno y atacó sin tregua. Roland tuvo que recular. Alguien lo empujó hacia dentro, lo que le hizo colocarse en una mala posición. La punta de la espada de su tío trazó una línea sobre su pecho, rasgó su camisa y la sangre comenzó a

manar. Roland cayó de rodillas. Alguien lo levantó y volvió a empujarle. Aún tuvo tiempo de rozar el brazo de su tío antes de que el hierro de García quedara a la altura de su cuello. Roland no quería darse por vencido.

–Ni te muevas –le advirtió su tío.

Su pecho subía y bajaba deprisa, pero su rostro reflejaba control. García lo observó y sonrió satisfecho por la actuación de su sobrino. Sin miramientos, ni recatos, golpeó su boca con el pomo de su espada.

–Suficiente –dijo.

El corro se disolvió con serias protestas. El espectáculo les había sabido a poco. Diego se quedó quieto en uno de los rincones. Estaba confuso. Las llamas de la fogata que habían prendido se reflejaron en sus pupilas. Su hermano estaba de rodillas, jadeaba mientras la sangre salía de su boca. García se acercó a Roland y se agachó. Palmeó la espalda de su sobrino y le sonrió abiertamente.

–No parecéis muy enfadado conmigo.

García no le contestó enseguida. Hizo un gesto a uno de los sirvientes y este le acercó agua y una tela limpia. El Almoravid empapó el lienzo en agua y la aplicó sobre el labio de su sobrino.

–Levantaos y seguidme –le dijo.

Roland lo siguió en silencio hasta la habitación de su padre. «Mierda», pensó al descubrir su destino. Cerró los ojos. Casi se podía imaginar la reprimenda que iba a llover sobre él. Podía ser peor que las heridas que acababa de recibir.

Laraine se giró despacio al escuchar los golpes en la puerta. Había estado viendo desde la ventana el combate.

–Adelante –dijo ella.

Al ver entrar a su hijo y a García hizo ademán de marcharse, pero su cuñado le pidió que se quedara. Miguel, sentado en la cama, observó la entrada de los dos hombres.

–Como sigamos en esta progresión no va a hacer falta que Alvar venga a retarnos. ¿Qué se supone que habéis hecho, hijo?

–En realidad... él no tiene toda la culpa –declaró el ricohombre mirando a la siciliana. Esta hizo un leve gesto de negación con la cabeza, pero García prosiguió con su exposición–. Recientemente he tenido un desencuentro con vuestra esposa.

Los músculos de los brazos de Miguel se tensaron.

–¿A qué os referís?

–Veo que no os lo ha contado...

García retuvo el silencio, prolongando la incertidumbre en su hermano. Miguel, el joven que su padre Fortún Almoravid había prohijado, había resultado ser el mejor de los hermanos que se puede tener y un fiel amigo. Miguel miró a los tres esperando respuestas.

–Se atrevió a insinuar que Toda había dado a luz a un hijo mío.

–Y la golpeaste. ¡Maldita sea, García! ¿En qué estabais pensando? –las palabras se alimentaban de la indignación y la furia que crecía en Miguel.

–Como veis, vuestro padre habría hecho lo mismo que vos –García se dirigió a Roland–. Solo que él se hubiera asegurado de poder vencerme.

–En eso os doy la razón –agregó el infanzón.

García se tomó su tiempo. Sirvió una copa de vino que entregó a Miguel. Rebajó otra con agua para Laraine y rellenoó una tercera que tendió a Roland.

–¿Cuál va a ser mi castigo? –la sangre seguía corriendo por su labio y el vino tomó un sabor a hierro con el primer trago.

–Alejandro me ha dicho que estáis preparando vuestra partida.

–Es cierto.

García inhaló aire profundamente y dio un largo sorbo al vino que él también se había servido.

–¿Cuándo pensáis hacerlo?

–Todavía no hemos decidido la fecha exacta. Tenía que consultárselo a mis padres y no he hallado el momento adecuado para hablar de ello. Pero no queremos demorarlo mucho.

García se paseó por el cuarto antes de mirar a Miguel.

–¿Vos qué decís?

–Roland lleva el mar en las venas. Siente su llamada, lo lleva dentro.

–Será porque vos estuvisteis a punto de sucumbir en las aguas del Tirreno –ironizó García.

–Si no estuviera aquí postrado terminaría lo que no le habéis dejado hacer a mi hijo.

–Bebed a mi salud, hermano.

–¡Por los Almoravid! –dijo Miguel apurando su vaso.

–Supongo que esta cuestión está saldada –señaló en referencia al golpe de Laraine.

–Me gustaría oíros disculparos ante mi esposa.

García se giró hacia Miguel. En sus ojos destelló un relámpago, preludio de tormenta.

–Si vais a golpearme a mí espero que tengáis la deferencia de esperar a que pueda mantenerme en pie.

–Sabéis que nunca os daría esa ventaja –dijo divertido. El viento había empujado la tormenta hacia otros lugares.

–Solo clamo igualdad. Y habéis pedido que el asunto quedara zanjado esta noche.

–Supongo que es lo justo, si ella también se disculpa.

Miguel fue a negarse, pero los ojos de Laraine le pidieron que lo dejara estar. La dama se acercó a su cuñado.

–Siento que mis insinuaciones se hayan convertido en una ofensa para vos. Debí medir mis palabras y reservar mis opiniones para mí.

–Acepto vuestras disculpas y espero que vos aceptéis las mías. Siento haberos herido. –García tomó la mano derecha de Laraine y la besó–. Y ahora, me gustaría hablar con mi hermano a solas.

–Deberíais limpiaros las heridas –le recomendó Laraine.

–Preparadlo todo en el salón pequeño. No tardaré en bajar. Roland –llamó a su sobrino–, vuestra marcha va a suponer que los Almoravid pierdan a un gran guerrero. Quiero que tengáis presente que siempre seréis bienvenido en mi hogar y que espero que no os perdáis ninguna de nuestras fiestas de Apellido.

–Sois muy amable, tío.

Miguel y García se quedaron solos. El ricohombre se sentó en la silla cerca de la ventana. El día declinaba hacia su ocaso.

–¿Así que mis impresiones eran acertadas? –preguntó Miguel.

–¿Impresiones?

–Sobre Toda y vos.

García apretó los labios. Había tenido un desencuentro con Miguel por ese tema, antes de las Navas. Le había asegurado que se equivocaba y la cuestión se había quedado ahí.

–Todo se ha vuelto del revés, Miguel. ¿Cómo han podido cambiar tanto las cosas en unos meses? –lanzó al aire García. Era una pregunta retórica. Miró a su hermano que permanecía en silencio.

Miguel también sentía que su vida había cambiado de repente. Le ahogó el pensamiento de poderse quedar tullido para siempre

–Cuando partimos, todos aceptábamos la posibilidad de no retornar. No se me pasó por la cabeza que la muerte decidiera establecerse aquí –continuó el Almoravid.

La habitación parecía haberse cargado de una sombra tétrica. Y ambos eran conscientes de ello.

–Estáis muy callado.

El aludido fijó sus ojos en los de su hermano y se pasó la lengua por sus labios reseco. Había dudas en la mirada firme y tenaz de otros tiempos.

–Soy una carga, García. Empiezo a pensar que hubiera sido más digno morir en las Navas que tener que arrastrarme por tierras navarras hasta el fin de mis días.

–¿Os compadecéis de vos mismo? Nunca lo hubiera creído. ¿Qué hay del muchacho que recogió mi padre?

–Quizá ese muchacho se ha cansado de pelear.

–No lo creo.

García se levantó y caminó por la habitación antes de apoyarse en el alféizar de la ventana.

–Roland tiene madera de caballero. Es una lástima que prefiera navegar.

–Si vos queréis que se quede...

–No, no es eso. Lo que quiero decir es... Tiene vuestro mismo carácter, vuestra misma vehemencia. Roland será bueno en cualquier cosa que se proponga. Es digno hijo de su padre. Diego también lo es. Tendríais que haberlo visto defendiendo a Dulce. Quizá no sea tan extrovertido y tan osado como vosotros dos, pero es prudente y piensa mucho en lo que hace y eso también lo convierte en un gran caballero –García interrumpió su discurso y aprovechó para servirse otro vaso de vino.

–Nos hacemos viejos, García. Y nuestros hijos piden abrirse su propio camino.

–Pero todavía somos capaces de vencerles.

Los dos se quedaron en silencio, reflexionando sobre las palabras que coleaban en el aire.

Hacer girar el anillo en su dedo índice se había convertido en una obsesión. Aquel aro hacía días que había empezado a quemar entre sus yemas. Sabía que estaba a punto de tomar una decisión, pero no tenía la certeza de poder asumir todo lo que ella implicaba. Clavó la mirada en su pierna herida. Estaba flaca y deforme. Un regusto acibarado copó su boca. Tenía la sensación de que su vida se escapaba. Ni siquiera era capaz de sostenerse en pie.

–...deberíais estar, ¿no creéis? –la pregunta de Laraine se quedó sin

contestación—. No me estáis escuchando.

La mirada de Miguel estaba perdida en el vacío. El movimiento de su esposa hacia la cama captó la atención de sus pupilas, pero su cerebro todavía seguía enfrascado en una lucha por decidirse.

—Creo que deberíais asistir. Es la despedida de vuestro hijo. Mañana parte hacia Tarragona, donde atracará el barco de mi primo.

Laraine se plantó delante de él. Se miraron y, por fin, Miguel tomó la decisión. Se quitó el anillo y lo colocó en la palma de la mano de su esposa.

—¡Dádselo al rey! —Laraine sintió como si se hubiera abierto un agujero de vacío que lo fuera engullendo todo.

Miguel bajó la cabeza. Ya estaba hecho. No sintió alivio, a pesar de creer que había tomado la resolución apropiada.

—¿Qué? —el rubí de la joya lanzó un brillo burlón.

—Pedid una audiencia y entregad el anillo al rey de mi parte.

—¿Estáis seguro?

—Es una orden, una orden Almoravid. Id ahora.

Laraine salió obediente, pero algo se resquebrajó en su interior. No lo había visto venir. Miguel se estaba hundiendo por dentro. El anillo quemó en su mano mientras bajaba el primer escalón. Un fuerte ruido le anunció que su esposo acababa de estampar la jarra de barro contra la pared. Cerró fuertemente los ojos y apretó sus dientes. Se dirigió al palacio real, ahora propiedad del obispo. Uno de los guardias le dijo a dónde debía ir para solicitar la audiencia. Con un poco de suerte, tal vez el rey no estuviera y mientras tanto el enfado se le pasara a su esposo y todo quedara en una rabieta. Se rio de sí misma. ¿A quién quería engañar? Miguel había tomado una decisión y no se iba a volver atrás. Y si lo había hecho era porque había decidido dejar de luchar.

—Señora, ¿buscáis a alguien? —el mismísimo alférez real se dirigió a ella.

—Me han dicho que debía dirigirme aquí para solicitar una audiencia...

—Sois doña Laraine —le dijo dulcificando su rostro con una sonrisa.

—Así es, don Gómez.

—¿Y qué asunto requiere la atención del rey?

—Es un mensaje que debo entregarle en nombre de mi esposo.

—Venid.

Ni por asomo se hubiera imaginado que acompañar a don Gómez le iba a llevar directamente a los pies de don Sancho. Pero allí estaba y no le quedó otra que seguir adelante.

–Vuestra majestad –le saludó haciendo una pequeña reverencia.

Don Sancho estaba sentado en el trono. La luz de la mañana incidía sobre su rostro. Alejado, pero a la vista de su padre, el infante Fernando jugaba con unas bolas de madera. Laraine aguardó en silencio hasta que el rey habló.

–Me dice mi alférez que traéis un mensaje de parte de vuestro esposo.

–Así es, vuestra majestad. Él me ha enviado.

–Y decidme, ¿de qué se trata?

–Me ha pedido que os entregue algo de su parte.

Laraine pudo ver cómo el pecho y la barriga del monarca se movían mientras tomaba aire.

–Acercaos. ¿Qué es lo que debéis entregarme en su nombre?

La dama estiró el brazo. Entre sus dedos índice y pulgar brilló el aro de oro que un día el propio rey regaló a Miguel. La inscripción de su interior, «*Ad usque fidelis*», se atragantó en sus pupilas. Don Sancho se levantó de golpe. Su reacción pilló tan desprevenida a la siciliana que dio un salto atrás y se apartó asustada. El anillo se escurrió de sus dedos y rodó por el suelo. Durante un instante infinito el aro giró y giró sobre sí mismo hasta detenerse a los pies del monarca. La mujer se apresuró a cogerlo. Al acercarse, se dio cuenta de que el rey mascullaba algo entre dientes. Al ver que el monarca daba el primer paso hacia ella, se apartó de su camino. Los improperios resbalaban por la comisura de sus labios. Un guardia abrió la puerta y don Sancho la traspasó. Laraine miró al alférez, totalmente sorprendida, sin saber a qué se debía la reacción de su majestad. Tal vez, el rey no le hubiera entendido bien.

–Doña Laraine –la llamada del rey la hizo acudir cerca de él–, decidle a vuestro esposo.... ¡Bah! Iré yo mismo, pero juro que le haré pagar por ello. Dadme ese anillo. Don Gómez, traedme la carta que reposa sobre mi escritorio.

La llegada del rey a la morada Almoravid hizo que todo el servicio se moviera con frenesí por la casa. Sin mediar palabra, saludando lo justo a García, don Sancho subió las escaleras que lo llevaban hasta la habitación de Miguel. El peso de su cuerpo tensó la madera de los escalones. El infanzón se quedó de piedra al verlo aparecer. Nadie había tenido tiempo de avisarle.

–¡Vuestra majestad! –exclamó sorprendido.

–Pensaba que vos y yo teníamos un trato –le espetó de mala gana.

–No sé a qué os referís.

–Por supuesto que lo sabéis, así que no oséis desafiarme –el rey lo miró con severidad–. Este anillo no regresaría a mí, si yo no lo arrancaba de vuestro dedo exangüe. Y eso en el caso de que murierais antes que yo. ¿Cómo pues se os ha ocurrido enviar a vuestra esposa con él?

–Miradme, vuestra majestad. Un hombre sin piernas no os puede ser útil. Un caballero que no puede empuñar su espada no es válido a los ojos de su señor.

–Es curioso, pero yo os veo ambas piernas.

–Pero no las puedo usar –Miguel había elevado la voz.

–¿Acaso lo habéis intentado? Os oigo y no os conozco. ¿Dónde está ese muchacho que se atrevió a desafiar a don Yenegro Martínez de Subiza? ¿Acaso él era más valiente que el hombre en que se ha convertido?

Miguel golpeó con su puño el borde de la cama. La congestión de su rostro lo tornó carmesí de pura rabia que sentía.

–¿Sabéis lo que creo? Creo que os da miedo intentarlo.

–No temo enfrentarme a la muerte.

–No teméis a la muerte, pero sí atajar vuestro destino. ¿Acaso habéis perdido por el camino el ímpetu y la seguridad que os abrasaba en las Navas? Quiero veros en pie pronto, ante mí, antes de un mes. Y no os lo voy a pedir de nuevo. Abrid vuestra mano.

Miguel obedeció. El rey depositó el anillo en su interior. La joya quedó justo en el centro de su palma.

–¡Ponéoslo!

El infanzón procedió según las palabras del rey. El anillo se ajustó como si reconociera a su dueño.

–Y esto también es para vos.

Miguel tomó la carta que el rey le acercó, la abrió y releyó las breves líneas.

–¿Aceptáis? ¿Aceptáis mi propuesta sobre las normas que regirán las Juntas de los Infanzones?

El rey hizo una mueca antes de contestar.

–Creo que ese documento que tenéis entre manos así lo acredita.

Miguel sorbió su propia sorpresa. Aquello por lo que había suspirado desde hacía meses, años, llegaba en un momento en el que él no podía saborearlo. Bajó la cabeza sin poder reaccionar.

–Nadie puede librar esta batalla más que vos y espero que estéis más que dispuesto a hacerlo –apostilló el rey antes de dar un giro y de dirigirse a la

puerta—. Que tengáis un buen día, doña Laraine.

—Lo mismo os deseo, vuestra majestad.

Una vez se hubo ido don Sancho, Laraine se permitió una pequeña carcajada.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—¡Cualquiera le dice que no a nuestro rey!

—No sé qué hacer, Laraine. No sé por dónde empezar —se sinceró.

Laraine se acercó a su esposo y cogió sus manos. Estaban cálidas, como ella las recordaba. Abriendo sus palmas, miró en ellas. Miguel hizo el gesto de retirarlas, pero ella no le dejó hacerlo.

—Habéis invertido tanto tiempo y esfuerzo en sobrevivir, que se os ha olvidado que el siguiente paso también es difícil y que no vendrá solo. Lo que debéis hacer es aprender a andar de nuevo —se miraron a los ojos—. Igual que si fuerais un niño pequeño, debéis empezar de cero.

Miguel se quedó solo. El anillo parecía retarle en su dedo y la carta encendía su corazón. «Con que aprender de nuevo, ¿eh? Igual que hace un niño pequeño...», se dijo. El niño inquieto, travieso y diablillo que un día fue se asomó a sus pupilas. Con ayuda de sus manos se desplazó hasta el borde de la cama y se dejó caer de rodillas, resbalando su trasero por el canto. Como un bebé, empezó a gatear. El primer paso dolió, el segundo también y el tercero no fue menos desgarrador, y así lo hizo hasta que se acostumbró al dolor. Después de varias vueltas por la habitación, se sintió fatigado y se acercó a la cama, repitiendo la misma operación que había realizado para bajar, pero a la inversa. Una vez sentado en su camastro de nuevo, se dejó caer cuan largo era. Estaba satisfecho y su sonrisa así lo manifestaba.

Los Almoravid se reunieron por primera vez para celebrar algo desde el regreso de la batalla. No fue una cena de grandes excesos. Después de todo, la familia aún estaba de luto por la muerte de Catalina. Sentados a la mesa, todos festejaron la asistencia de Miguel. Sin embargo, por debajo de esa felicidad, tenían presente que estaban allí para despedir a alguien. Roland y Alejandro se irían al alba y el pequeño bebé de Toda lo haría poco después, con destino al monasterio de Leyre. Los sentimientos saltaban en el corazón de Laraine, quien esa mañana se había despedido también de Domingo, al que García ya le había buscado otro destino al otro lado de los Pirineos. Sentía cierta nostalgia al repasar los acontecimientos. Pasaría mucho tiempo antes de ver de nuevo a

su hijo y quién sabía si volvería a coincidir con el pequeño Almoravid, un niño que nunca llegaría a saber de su linaje, ni de su apellido. Y por otro lado, estaba Miguel. Lo miró. Parecía que su actitud había cambiado tras la visita imprevista del rey. Esa transformación la notó también su hermano. Los niños se habían retirado ya a la cama y los mayores disfrutaban de una sobremesa entretenida.

–No sé qué os ha dicho el rey, pero parece que os ha hecho bien.

–Me ha dicho lo que debo hacer. Me ha ordenado que me presente ante él en el plazo de un mes y que debo hacerlo andando por mis propios medios – parecía divertido al decirlo.

–¡Amén! –dijo Iñigo.

–Pero hay alguien que ha hecho mucho más –dijo mirando a su esposa–. Ella me ha mostrado el camino.

–¿Lo he hecho?

–Por supuesto.

–Me han comentado –cambió de tema García, mirando directamente a su hermano–, que se ha producido un robo en Huarte. Al parecer, los ladrones han huido y se les busca por las inmediaciones de Ezquaba.

–Y no es el primer altercado que oigo relatar en el mercado. Al parecer, algunos hombres no saben adaptarse a los periodos de paz y echan mano de su espada a la menor ocasión posible.

Miguel sintió un pinchazo en su pecho, como si alguien le estuviera reclamando que hiciera algo. García dejó pasar unos instantes sabiendo que había picado la curiosidad de Miguel.

–Tal vez... –intervino el infanzón– sería bueno convocar una reunión de los junteros en Miluce. Solo por si acaso. Y hacerles partícipes de la decisión del rey de aprobar nuestros estatutos.

García rio con fuerza.

–¡Loada sea Laraine que os ha mostrado el camino! –dijo García con el vaso en la mano–. ¿Y para cuándo queréis esa reunión? ¿Antes o después de presentaros ante el rey?

–Supongo que en deferencia con el rey, debería ser después.

–Entonces, no se hable más.

Miguel había recuperado su espíritu combativo. Su mente había hallado los retos necesarios para trabajar en su recuperación con todas sus fuerzas.

Durante los últimos días había gateado por la habitación, a escondidas de Laraine. Sus rodillas y sus empeines estaban despellejados y sus manos doloridas, pero el dolor de la pierna cada vez era menor y la sensación de fatiga imperceptible. Con mucho esfuerzo había logrado ponerse de pie en un par de ocasiones y sostenerse unos instantes. Sentado en el patio, mientras escuchaba el trino de los pájaros, el golpeteo metálico de las espadas y las notas de la zanfoña que tocaba su hija, decenas de proyectos se agolparon en su mente; miles de ideas a las que dar forma. Estaba dispuesto a luchar de nuevo, aunque esta vez el enemigo no tuviera espada, ni yelmo, ni loriga, sino que se trataba de su propio fantasma. Una voz suave le deseó los buenos días. Los ojos de Dulce miraron al suelo antes de enfrentar los de Miguel. Este le sonrió.

–¿Cansada de la música?

Dulce se agarró las manos delante de su regazo. Por alguna razón, la presencia de Miguel hacía aflorar su timidez. Se encogió de hombros.

–No, nada de eso, pero quería hablar con vos.

–¿Algún asunto referente a mi hijo?

Ella negó dos veces con la cabeza, mientras una enorme sonrisa se asomaba a su rostro. Su expresión había cambiado de repente.

–Entonces... ¿de qué se trata? –le preguntó Miguel mientras le señalaba la silla que estaba vacía a su lado.

–Es algo... delicado.

La sonrisa que aún permanecía en el rostro del infanzón la animó a continuar.

–Se trata de mi madre –lo pronunció muy bajito, pero tras hacerlo clavó su mirada en el infanzón y aguardó a que Miguel le diera pie a continuar.

–¿Qué queréis saber?

–¿Cómo era?

Miguel tomó aire y por un momento su mirada se desvió hacia abajo, a su derecha, recordando.

–Godina era una persona alegre, de esas que contagian su entusiasmo. Era cercana, y perspicaz. En un abrir y cerrar de ojos se daba cuenta de cuál era tu estado de ánimo, de qué madera estabas hecho, cuáles eran tus puntos fuertes o cuáles tus debilidades. Sabía leer en las almas. La llamaban Miel de Azahar.

–¿Me parezco a ella? Físicamente, quiero decir.

Miguel contempló a la muchacha con cierto descaro, examinándola detenidamente. Hizo un gesto con su mano señalando su boca.

–De ella habéis heredado sus labios y los ojos también son de Godina, sin duda. Pero ella tenía el rostro lleno de pecas, algo del que carece el vuestro.

La joven sonrió, pero de repente la expresión se borró de su rostro.

–¿Qué pasó?

El gesto de Miguel se ensombreció también.

–Le juré a Alvar que no hablaría de ese día con nadie.

–Por favor –suplicó–. No lo entendéis. Debo saberlo.

–Lo siento, Dulce. No os puedo ayudar con eso. Deberéis hablar con vuestro padre.

Dulce se levantó airada. De su rostro había desaparecido todo rastro de dulzura. Había dolor e incompreensión.

–Yo estaba allí, pero era demasiado pequeña para recordarlo. Yo estaba allí. Yo la maté, ¿verdad? ¿Es eso de lo que me protegéis? Yo maté a mi madre –dijo con profundo pesar, tapándose la cara con las manos–. Alvar siempre me ha martirizado con eso. Siempre ha insinuado que yo era la culpable de la muerte de mi madre.

–¡No! –la voz de Miguel le llegó alta y determinante y frenó la huida que había iniciado la joven. Sin embargo, él se debatía entre recuerdos, deberes y juramentos.

–No debí preguntaros.

–No, por favor. Sentaos.

Dulce claudicó al final y se sentó enfrente de Miguel. Este tomó sus manos y la miró muy serio.

–Os lo contaré. Después de todo, le juré a Alvar que no hablaría de lo sucedido con nadie que no hubiera presenciado los hechos. Y vos, como muy bien me habéis recordado, estuvisteis presente –Miguel hizo una pausa mientras se trasladaba al pasado–. Godina me había hecho llamar. Vuestro padre estaba demasiado borracho y tenía miedo por lo que podría hacer. Cuando llegué a vuestra casa, Alvar os tenía en brazos y os lanzaba hacia el techo, dejándoos caer y agarrándoos justo antes de tocar el suelo. Vuestra madre le rogaba que os devolviera a sus brazos, pero sus súplicas solo alentaron a Alvar a repetirlo. Cada vez más alto, cada vez más deprisa. Al verme, Alvar se enfureció e increpó a Godina. Le dije que me iría si dejaba de lanzaros al alto. Él se rio y aceptó el trato. Debí sospechar de él. Os agarró con fuerza e hizo amago de entregaros a vuestra madre, pero en el último momento replegó los brazos. Como había prometido, no os lanzó hacia arriba, pero hizo amago de arrojaros hacia las escaleras. No sé si fue su intención

lanzaros o si solo os escurristeis de sus manos. El caso es que salisteis disparada. Yo me encontraba en la parte de abajo. Corrí hacia las escaleras, mientras Godina comenzó el descenso a toda velocidad. Os alcancé en el último suspiro, justo antes de que tocarais el suelo. Sin embargo, no pude frenar a vuestra madre. Rodó escaleras abajo... y se partió el cuello.

Dulce lloraba en silencio. A punto de verse desbordada por lo que Miguel le relataba, el único anclaje a la realidad eran las dos manos fuertes del de Grez que sujetaban las suyas.

»Con vos aún en brazos, me agaché al lado de vuestra madre solo para comprobar que estaba muerta. No podéis imaginaros la impotencia que sentí – las manos de Miguel apretaron las suyas–. Alvar llegó a mi lado. Fui a echárselo en cara, pero él me hizo callar. Envalentonado con la presencia de los sirvientes y algunos de sus hombres de armas, que empezaron a llegar al escuchar el ruido, me exigió que os entregara. Me resistí, pero me juró que si no lo hacía, me acusaría allí mismo de haber arrojado a Godina por las escaleras y tratar de secuestraros. Empezó a gritar pidiendo un médico. Todo fue caos alrededor en los siguientes instantes. Algo que aprovechó Alvar para salvar su propio pellejo. Una vez os tuvo en brazos, y delante del cadáver de Godina, mientras el griterío aumentaba, me cogió del brazo y me hizo jurar que lo que allí había ocurrido aquel día se quedaría entre las personas que lo habían presenciado. Y que si hablaba alguna vez de lo sucedido, vos sufriríais un accidente como el de vuestra madre. Se lo juré, pero le prometí que se anduviera con cuidado de haceros daño, porque siempre le estaría vigilando. Eso es lo que sucedió, Dulce. Alvar no os puede culpar de ello. Si hay algún responsable, ese solo es él. Siento no haber podido hacer más por Godina. Ella no se merecía un hombre así, ni una muerte como la que tuvo.

Los dos se quedaron en silencio. Las lágrimas corrían libremente por las mejillas de Dulce. Miguel observó su rostro, parecía que ella estaba pasando por infinidad de sensaciones y estados de ánimo.

–Por eso no le vencisteis en las *corseras*. Diego se lamenta de que no fuerais más expeditivo en ese asunto pero, simplemente, no podíais hacerlo – le dijo muy seria enfrentando sus ojos. Miguel asintió una vez–. Lo siento – declaró la joven–. No sé cómo daros las gracias por salvar mi vida y contarme lo sucedido. Si hay algo que yo pueda hacer por vos...

–Solo sed feliz y haced que vuestra vida valga la pena.

–Os lo prometo. Así lo haré –dijo mirando hacia la sala de armas donde Diego se entrenaba–. Espero poder cabalgar a vuestro lado pronto. Un paseo

me sentará bien.

–Un paseo nos sentará bien a todos –concluyó–. Ahora, podéis iros. Dulce –le dijo antes de que esta se ausentara–, creo que es mejor que no le contéis nada de esto a Diego.

Ella asintió y se fue. Miguel se quedó solo, invadido por una extraña sensación, como si bailara entre el pasado y el presente. Casi pudo ver el rostro de Godina dibujado en la bruma de la mañana que ya desaparecía. «Un paseo nos sentará bien a todos», se repitió. Colocó delante de él la silla que había ocupado Dulce y apoyó ambas manos en el respaldo. Tras una prolongada inspiración de aire, hizo fuerza hasta quedar de pie. Su cuerpo se quedó doblado hacia delante soportando parte del peso con sus brazos.

–Tenéis visita –le anunció un sirviente.

–Me alegro de veros –dijo al reconocer al recién llegado.

–Se os ve muy bien –la voz de Álvaro le llegó clara y diáfana–. Pero creo conocer la forma en que se os vea mejor.

–¿De veras? –le preguntó Miguel tratando de poner recto su tronco.

–Ya lo creo.

–No me gusta nada lo que veo escrito en vuestros ojos.

De una patada, Álvaro empujó la silla sobre la que Miguel se había sentado poco antes y con sus manos retiró la otra sobre la que el infanzón apoyaba su peso.

–Ahora os veo mucho mejor. ¿Qué me decís?

–Que me arrepiento de haberos sujetado para que vuestro cuello no se partiera vencido por aquella soga que os iba a ahorcar –le dijo tratando de equilibrar su peso con los brazos, a punto de dejarse caer al suelo.

–Es tarde para arrepentimientos. Y de eso ya han pasado muchos años. ¿Y sabéis algo más? Cuando no se puede ir ni hacia arriba, ni hacia atrás, ni hacia abajo... solo queda ir hacia delante. Estoy aquí, esperando vuestra justicia –le retó.

Miguel miró a los ojos de su amigo. Aquellas pupilas grises que tan bien conocía lo observaban divertido. Arrastró su pierna herida por la gravilla, después hizo lo mismo con la buena y lo intentó de nuevo con la mala. Álvaro llegó a tiempo para sostener a su amigo.

–¡Lo habéis hecho! –le dijo mientras los dos se fundían en un abrazo–. ¡Habéis dado vuestros primeros pasos!

PERSONAJES HISTÓRICOS PRINCIPALES

MIGUEL DE GREZ: Infanzón. Fue *buruzagi* o cabo de la Junta de los Infanzones de Obanos.

GARCÍA ALMORAVID: Ricohombre de Navarra. Hijo de Fortún Almoravid.

IÑIGO, JIMENO, FORTÚN, GUILLAUMES Y ELVIRA ALMORAVID: Hermanos de García.

MARTÍN CHIPÍA: Noble navarro.

SANCHO VII EL FUERTE: Rey de Navarra entre 1194 y 1234. El último de la dinastía Jimena. Hijo de Sancho VI el Sabio y de Sancha de Castilla.

FERNANDO SÁNCHEZ: Infante de Navarra. Hermano de Sancho VII el Fuerte. Hijo de Sancho VI el Sabio y de Sancha de Castilla. Falleció en diciembre de 1207 al caer de un caballo.

FERNANDO SÁNCHEZ: Infante de Navarra. Hijo de Sancho VII el Fuerte. Se desconoce quién fue su madre. Le apodaban *Calabaza*. Nacería hacia el año 1110 y, según consta, murió tras caer del caballo siguiendo a un lobo. Debía tener unos 15 años. Fue enterrado a las espaldas del coro de la iglesia de Tudela.

ALFONSO VIII: Rey de Castilla entre 1158 y 1214.

PEDRO II: Rey de Aragón, conde de Barcelona entre 1196 y 1213 y señor de Montpellier (1204-1213).

DON PEDRO GARCEYZ DE ARRÓNIZ: Noble navarro.

GUILLERMO DE SANTONGE: Prior de Santa María de Tudela. Estuvo en la batalla de las Navas de Tolosa.

JUAN DE ULLATE: Prior de la orden de San Juan de Jerusalén. Estuvo en la batalla de las Navas de Tolosa.

MARTÍN GUERRA: Prior de Roncesvalles entre 1203 y 1216. Estuvo en la batalla de las Navas de Tolosa.

RODRIGO SÁNCHEZ: Hijo ilegítimo de Sancho el Fuerte.

RODRIGO XIMÉNEZ DE RADA: Arzobispo de Toledo. Nació en Puente la Reina en 1170 y murió en Vienne el 10 de junio de 1247. Fue un militar, historiador y hombre de estado. Escribió *De Rebus Hispaniae*, entre otras obras. Fue uno de los primeros en abrazar la cruzada. Luchó al lado de Alfonso VIII de Castilla en las Navas de Tolosa.

ARNALDO AMALARICO: Arzobispo de Narbona. Fue uno de los hombres claves en la cruzada albigense contra los cátaros junto con Simon de Monfort. Especialmente cruda fue la batalla de Beziers en 1209, en la que pasaron a cuchillo a veinte mil ciudadanos. Participó también en la batalla de las Navas de Tolosa.

DIEGO LÓPEZ DE HARO: Alférez de Alfonso VIII de Castilla. Llevó el peso militar en la batalla de las Navas de Tolosa. Nació en 1152 y murió en 1214.

ABU ABD ALLAH MUHAMMAD IBN YAQUB, AL-NASIR: También conocido como Miramamolín en las crónicas cristianas: Califa almohade entre 1199 y 1213.

ABD AL-WAHID: Señor de Ifriqiya entre los años 1207 y 1216. Era tío de al-Nasir, califa de los almohades.

ABU-L'ULÁ: Tío de Al-Nasir. Dirigió el ataque que las fuerzas del califa hicieron sobre las costas de Barcelona en 1210.

ABU ZAYD: Señor de Jaén.

ABOU EL-DJYOUCH: Caíd de al-Nasir. Fue el traductor en la visita que Sancho VII hizo en 1211 al califa almohade según el relato de Roudh el-Kartas.

PERSONAJES DE FICCIÓN PRINCIPALES

LARAINÉ SYBINA DE SICILIA: Esposa de Miguel de Grez Almoravid.

DIEGO, ROLAND, ISABEL, MAGDALENA Y ETIENNE MIGUÉLEZ ALMORAVID: Hijos de Miguel y de Laraine.

ALEJANDRO DE SALERNO: Primo de Laraine Sybina.

CATALINA: Esposa de García Almoravid.

MIGUEL 'TXIKIA', ELVIRA, FORTÚN Y JOHAN GARCÍA ALMORAVID: Hijos de García Almoravid y de Catalina.

TODA: Sirvienta de los Almoravid.

DOMINGO: Sirviente de los Almoravid.

ÁLVARO YENEGUEZ: Noble del reino. Amigo de Miguel de Grez. Hijo de don Yenegro Martínez de Subiza.

MARÍA PÉREZ DE EULATE: Esposa de don Álvaro Yeneguez.

BLANCA GARCÉS: Zapatera y beata de Santa Cecilia.

GUTIERRE GARCÉS: Hermano de Blanca Garcés.

NARBONA PÉREZ: Dueña de la taberna *Los Tres Caminos*. Fue amante de Sancho el Fuerte.

GODINA: Sirvienta de *Los Tres Caminos*.

ORIA: Sanadora.

OCHANDO GARCÍA: Pastor, cazador, fugitivo. Fue soldado de don Gaufrido de Aliseda.

MUHAMMAD IBN ALI: Amigo de Alejandro. Comerciante tunecino.

ABU IBN MUHAMMAD: Hijo de Muhammad ibn Ali.

WILLIAM DE HAMPSHIRE: Caballero sajón, amigo de Roland Migueleiz.

ZULEMA: Esclava de los almohades.

NABILA: Esclava de los almohades de quien se enamora Roland.

ALGUNAS REFERENCIAS HISTÓRICAS

Matrimonios e hijos de Sancho VII

Las crónicas de la época y la falta de datos fehacientes sobre los matrimonios e hijos de don Sancho dejan gran margen para la especulación y las leyendas. Parece comprobado que se casó con Constanza, hija del conde Raimundo V de Tolosa, hacia 1195. Este matrimonio acabó pronto al ser repudiada Constanza sin que haya quedado aclarada la razón exacta. Constanza se casó después con Pierre-Bermond II de Sauve, señor de Anduze. Este matrimonio no dejó descendencia.

Pudiera haber habido un segundo matrimonio de don Sancho con la princesa mora Samira, hija de Abu-Yaqub Yusuf II, conocido como Al Mansur, tras su victoria en Alarcos, y hermana del que luego se conocería como Miramamolín. Hay muchas leyendas en torno a esta posible alianza, como el hecho de que la princesa Samira insistiera a su padre en que quería casarse con el rey navarro, del que había oído hablar y del que se había enamorado. Dicen algunos que incluso amenazó con quitarse la vida si no se le permitía casarse con don Sancho. Otros historiadores afirman que conociendo cómo era de rígido Abu Yaqub Yusuf II sería impensable que permitiera a su hija casarse con un infiel y abrazar su religión. Arturo Campion pone en duda siquiera que el califa almohade tuviera hijas, ya que en los textos históricos se hace referencia a sus catorce hijos, pero no se nombra a ninguna hija, cuando era común hacerlo también. Sin embargo, pudiera ser que el califa renegara de su hija al abrazar la fe cristiana y por eso evitara mencionarla en las crónicas. Sea cierto o no que la princesa mora se enamoró de nuestro Sancho VII, parece cierto que el rey navarro realizó un viaje a Marruecos durante esas fechas. Al parecer, no hay noticias de la presencia del rey en Navarra entre febrero de 1199 y marzo de 1201, por lo que puede ser factible esta teoría. Lo que los historiadores discuten, es la razón que le llevó a hacerlo: si fue amor o la búsqueda de alianzas, y si el viaje lo realizó tras conocerse la noticia del sitio de Vitoria por parte de Alfonso VIII o si este aprovechó su ausencia para asediar la ciudad. De haber existido la princesa mora, parece ser que podría haber muerto prematuramente.

Algunos autores hablan de un tercer matrimonio con Clemencia, hija del emperador Federico de Alemania, conocido como Barbarroja. Luis del Campo baraja la teoría de que Clemencia fuera nieta de Federico y no hija suya. Este matrimonio podría haberse celebrado entre 1202 y 1207.

Cualquiera que sea la verdad, me he concedido un recurso literario para la trama de esta novela, haciendo que Samira, al venir a tierras cristianas, tomara el nombre de Clemencia,

aunando las dos posibles esposas en una sola. No es mi deseo, ni mi interés avalar esta tesis improbable y difícilmente demostrable. Como digo, es tan solo un recurso literario.

Al rey Sancho VII se le conoce un único hijo legítimo (aparece mencionado en la Crónica del Príncipe de Viana): Fernando, al que apodaban *Calabaza* sin que se sepa la razón. No puede tener nada que ver con la verdura que hoy en día conocemos como calabaza ya que su cultivo en nuestra tierra es posterior a esta época. Me inclino a pensar que fuera más bien relacionada con el término calabazada, referido a cabezada; golpe dado con la cabeza o recibido en la cabeza. En cuanto a su madre, se podría especular si fue hijo de la princesa mora, o de la tercera esposa de Sancho VII, Clemencia. Su nacimiento lo sitúan entre 1210 y 1215. Murió a los quince años al caerse del caballo cuando iba tras un lobo. Parece ser que pudo ser enterrado en Tudela hacia 1225.

Sí se conocen los nombres de algunos de sus hijos ilegítimos que paso a mencionar a continuación. Entre los documentos oficiales aparecen nombrados: Ramiro, que fue obispo de Pamplona entre 1220 y 1228; Pedro, quien pudo ser abad de Leyre; Guillermo Sánchez, al que se refieren como Sire Guillaumes y cuya procedencia pudo ser de Champaña; Jimeno; Lope; Rodrigo y Blanca o Sancha, quien fue abadesa del monasterio de Marcilla.

Segundo viaje de Sancho a tierras almohades

Históricamente no aparece documentado el viaje de Sancho VII a tierras almohades en el año 1211 en los textos navarros, aunque sí se menciona su presencia en los escritos árabes citados en los capítulos de este libro. Lo que está probado es que desde mayo de 1211 hasta septiembre de ese mismo año, no hay datos que sitúen al rey en Navarra, por lo que es posible que realizara dicho viaje. Algunos historiadores opinan, sin embargo, que don Sancho solo hizo un viaje al sur y no dos. De haberlos realizado, el primero habría sido en 1199, en busca de la princesa Samira, y el segundo en 1211.

El tribunal de la Cort

El tribunal de la Cort era considerado como el tribunal superior de justicia del reino de Navarra. Sus resoluciones solo podían ser recurridas ante el rey. Este podía estar presente o no en sus reuniones, pero era él el que establecía los plazos para la celebración de las audiencias. Cuando el rey no estaba, era sustituido por su lugarteniente. Su constitución era la siguiente: Cuatro jueces o alcaldes elegidos entre los estamentos de clérigos, caballeros y escuderos; ocho notarios, de los cuales la mitad formaban parte de la plantilla y recibían retribución por ello, y la otra mitad eran meritorios y recibían compensación económica en relación con sus servicios concretos; la mayoría eran clérigos de órdenes menores; abogados en número indeterminado, normalmente iurisperitos o con formación universitaria diversa; y, por último, el procurador real que era el encargado de defender los derechos del rey y del reino.

Carta de Mahoma a Heraclio

El profeta Mahoma y Heraclio, rey bizantino, fueron contemporáneos. Algunos historiadores afirman que tras recibir la llamada de Alá, Mahoma decidió escribir a diversos

mandatarios varias cartas con el fin de exhortarles a convertirse al Islam. Una de estas cartas habría sido enviada a Heraclio. La historia sobre la carta, así como el posterior paradero de esta, está lleno de leyendas y de contradicciones. Mientras que las crónicas bizantinas ni la nombran –al parecer no la consideraron importante–, sí que aparece en los relatos de los autores clásicos árabes. A continuación detallo algunas referencias sobre este tema.

En el libro de Rafael Cansinos Assens, *Mahoma y el Korán*, Arca Ediciones, se hace esta breve referencia a las cartas: «A este efecto envía [Mahoma] sendas cartas a Jusru o Josru, el Cosroe de nuestras historias, a Heraclio, el emperador de Bizancio, y al gobernador de Alejandría, Mukovkis, exponiéndoles las excelencias del Islam e invitándoles a abrazarlo. Tales cartas no tuvieron éxito, pero sus destinatarios, salvo el rey de Persia, acogieron a los embajadores de Mahoma con diplomática cortesía, los sentaron a su mesa, los agasajaron y los despidieron con cartas muy halagüeñas para su señor».

Bechir Boumaza, en su libro *Ni emires ni ayatollahs: Un conflicto político-cultural y la actualidad de la guerra entre Irak e Irán*, Encuentro Ediciones, hace también referencia a estas cartas: «Cuenta Tabari, célebre biógrafo de Mahoma, que el año sexto de la Hégira envió el profeta ocho embajadores a otros tantos príncipes, entre ellos el rey de Persia, Parviz, para atraerlos a Dios». Y aclara: «Parviz fue el único de los ocho príncipes que reaccionó violentamente. Los destinatarios de estos mensajes eran: Heraclio, rey de Etiopía, un eclesiástico de Egipto y príncipes árabes». Pero añade también: «Esta anécdota de Tabari hay que tomarla con ciertas reservas en lo referente a la autenticidad de todos los hechos narrados... Están escritos dos siglos después del advenimiento del Islam, y el sentimiento de sospecha ante los persas sigue siendo tan vivo como siempre en el seno de la comunidad árabe. Incluso si los hechos narrados, a petición de los monarcas abisinios y más particularmente de Heraclio, no parecen probables, el contraste entre la simpatía que se desprende por el mundo cristiano y la desconfianza hacia el persa se corresponden perfectamente con la actitud general que fue la del Islam naciente y de su Profeta frente a los dos grandes de entonces».

En el libro de Maurice Gaudefroy-Demombynes, *Mahoma*, Akal Universitaria, Éditios Albin Michel, París. 1957 y 1969, se relata lo siguiente: «La tradición desarrolla esas relaciones hasta hacer de ellas embajadas del Profeta a los grandes soberanos del Oriente, a los cuales habría enviado cartas invitándoles a abrazar el Islam... La autenticidad de estas cartas ha sido discutida por Buhl. Apenas parece verosímil que Mahoma haya pensado en dirigirse a los lejanos dueños del mundo infiel... La carta a Heraclio llegó a poder de este cuando, vencedor de los persas, transportaba triunfalmente la Vera Cruz a Jerusalén». Aquí también se recoge la recopilación de Bukhari en la que se dice: «Por tanto, Heraclio se convirtió en seguida que recibió la carta de Mahoma que le llevó Dahya b. Khalifa».

Según Abu Sufian ibn Harb (líder del clan Omeya de la tribu Quraish y jefe de toda la tribu de Quraish), testimonio que recoge Jeremy Boulter en un estudio en www.islamreligion.com/es/articles/401/viewall/ esta es la carta que Mahoma envió a Heraclio:

En el nombre de Dios, el Clemente, El Misericordioso.

Esta carta es de Muhammad, el siervo y mensajero de Dios, para Heraclio, gobernante de los Bizantinos.

Que la paz sea con aquellos que siguen el camino recto.

Escribo esta invitación para llamarte al Islam. Si aceptas el Islam estarás a salvo, y Dios ha de duplicar tu recompensa; pero si rechazas esta invitación al Islam, sobrellevarás el pecado del desvío de tus súbditos. Por lo que te urjo a lo siguiente:

“Di: ¡Oh, Gente del Libro! Convengamos en una creencia común a nosotros y a vosotros: No adoremos sino a Dios, no Le asociaremos nada y no tomaremos a nadie de entre nosotros como divinidad fuera de Dios. Y si no aceptan, decid: Sed testigos de nuestro sometimiento a Dios”.

Muhammad, El Mensajero de Dios.

Según se desprende de los datos aportados por Jeremy Boulter, Roudh el-Kartas y www.musulmanesandaluces.org/hemeroteca/31/heraclio.htm, este sería el periplo recorrido por la carta de Mahoma a Heraclio.

Heraclio pudo haber mandado la carta a Roma. En el año 800 pudo haber llegado a las manos de los reyes visigodos a través de Carlo Magno, al ser coronado Emperador de Roma por el papa León XIII. El historiador As-Suhayli recordó haber oído sobre una carta que se guardaba en un cofre y que había llegado a las manos del rey de la Franja (así llamaban ellos a la península Ibérica) a poder de los Jiménez y Borgoña, dinastías de Asturias, Galicia, León y Castilla. Al parecer pudo llegar a ellos tras la conquista de Toledo por Alfonso VI en 1085. As-Suhayli la vio en la corte del rey Alfonso VII de Castilla. Teniendo en cuenta que Suhayli murió en 1185, la carta debió verla con anterioridad a este año. La siguiente referencia de la carta aparece en 1211 en manos de Sancho VII el Fuerte, presentándosela a al-Nasir. Más tarde se menciona esta carta en una referencia que el jurista Nuraddin ibn Ad-Dimashki hace sobre una visita de un enviado del rey de Marruecos –posiblemente Abu Yusuf Yaqub (1259-1286) al rey de la Franja (probablemente Alfonso X)– en la que le enseñaría la supuesta carta. En 1347, Ibn Tadmour al-Umari, secretario de la cancillería egipcia dice que el embajador de España le había asegurado que la carta en cuestión había estado siempre en posesión de su amo, que era descendiente de Heraclio.

El historiador marroquí Abd al Hay al-Kattani estaba convencido de que el documento existía aún y que quizás se encontrara en París (adonde habría llegado tras la ocupación napoleónica de España). Pero este hecho no parece constar en ningún archivo ni español ni franco. En 1974, el diario *al-Amal* publicó en su número del 5 de mayo la aparición de la carta en posesión de una mujer que, habiendo dejado Jordania, residía en Suiza. El Gobierno de Abu-Dhabi la adquirió (referencia al diario *al-Ittihad*, de Abu-Dhabi, de fecha 8 de mayo de 1974). En 1977, el rey Hussein de Jordania se interesó por ella y la reclamó con intención de depositarla en la gran mezquita de Hachimiya.

No se puede decir que la carta existiera realmente, ni que esta estuviera en algún momento en poder de Sancho VII (aunque él pertenecía a la dinastía Jimena), pero, al parecer, una de las cartas del Profeta se conserva en el museo de Topkapi (Estambul).

Calendario romano

Los romanos tenían meses largos (31 días) y meses cortos (29). Había tres fechas que marcaban los días. Una fecha fija, las Calendas, que se correspondía con el día 1 de cada mes. Otra fecha llamada las Idus, que coincidía con el día 15 en los meses largos y el 13 en los cortos. Y una tercera fecha que eran las Nonas, 9 días antes de las Idus, estos es, el 7 en los meses largos y el 5 en los cortos.

Todos los demás días se nombraban como x días antes de las Calendas, Nonas o Idus, contando como primer día la fecha fija. Así que la fecha en que está fechada la carta del Miramamolín, puesto que octubre era un mes largo y las Idus de octubre eran el 15, *8 idus Octubris*, sería: ocho días antes de las idus de octubre, o sea, el 8 de octubre.

El pastor de las Navas de Tolosa

Uno de los personajes más misteriosos que aparecen unidos a las crónicas de la Batalla de las Navas de Tolosa es la de cierto pastor del que se desconoce su identidad exacta. Al parecer, mientras los tres reyes celebraban consejo de guerra cerca del Paso de la Losa, por el que no iban a poder franquear y temiendo tener que abandonar la campaña, apareció cierto hombre descuidado en aspecto, que les señaló un paso alternativo. Algunos dicen que este hombre sería un cazador, un pastor o incluso un fugitivo de la justicia, que se conocía muy bien la sierra. En algunas crónicas le adjudican el nombre de Martín Alhaja o Martín Malo. En algunas tradiciones se dice que este hombre que apareció en el momento más trascendental, era el propio san Isidro que acudió a guiar a los cristianos. Sea como fuere, yo he aprovechado un personaje de mi primera novela: *El anillo del leal*, que vivía por esos parajes y que escapó de las garras de don Gaufrido de Aliseda para dar forma y personalidad a ese personaje que en mi libro se llamaba: Ochando García.

Enfrentamientos entre los burgos de Pamplona

Al regresar el rey Sancho el Fuerte de la batalla de las Navas de Tolosa se encontró con que, en su ausencia, se habían producido enfrentamientos en la ciudad. Recoge este hecho José M. Doussinague en su estudio sobre la Guerra de la Navarrería, mencionando a Esteban de Garibay como fuente. En este estudio se puede leer que los disturbios se ocasionaron entre los del burgo de San Cernin, por un lado, y los de la Navarrería y el burgo de San Miguel, de otro, por causa de unas mozas que riñeron con otras. En estos hechos me he basado para situar el escenario del regreso de los ultramontanos y los disturbios que se organizaron ese día.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFONSO X EL SABIO. *Estoria de España. Primera Crónica General*.
- ALTADILL, Julio, *El séquito del rey Fuerte*, Mayo de 1912.
- ALVIRA CABRER, Martín, *Pedro el Católico, Rey de Aragón y Conde de Barcelona (1196-1213). Documentos, Testimonios y Memoria Histórica*. Tomos II y III. Fuentes Históricas Aragonesas 52. Institución Fernando el Católico (C.S.I.C.). Excma. Diputación de Zaragoza.
- Las Navas de Tolosa, 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*. Sílex Ediciones.
- ANELIER DE TOLOUSE, Guillaume, *Histoire de la guerre de Navarre*.
- BALDÓ AKCIZ, Julia y NAUSÍA PIMOULIER, Amaia. *Ser mujer (siglos XIII-XVI)*. Colección Navarra 1212-1512 (número 4). Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales. Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica. Diario de Navarra. 2012.
- BOUMAZA Bechir, *Ni emires ni ayatollahs: Un conflicto político-cultural y la actualidad de la guerra entre Irak e Irán*, Encuentro Ediciones. 1984.
- CAMPION, Arturo, *Datos históricos referentes al Reino de Nabarra, Una información acerca de los Infanzones de Obanos*, 1892. Euskal-Erria: revista bascongada San Sebastián T. 27 (2 sem. 1892) p. 353-357, 417-422, 464-471 (KM) 178876. Original de la Biblioteca de Koldo Mitxelena Kulturunea, Diputación Foral de Gipuzkoa.
- CANSINOS ASSENS, Rafael, *Mahoma y el Korán*, Arca Ediciones. Diciembre 2011.
- CARRASCO PÉREZ, Juan, *Historia Ilustrada de Navarra. Época Antigua y Media*, Diario de Navarra.
- CASPÍSTEGUI GORASURRETA, Francisco Javier y LARRAZA MICHELTORENA, María del Mar, *Recordar 1212/1512*. Colección Navarra 1212-1512 (número 9). Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales. Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica. Diario de Navarra. 2012.
- CASTRO, José Ramón, *Miscelánea tudelana*, Caja de Ahorros de Navarra, 1972
- CIERBIDE, Ricardo y RAMOS, Emiliana, *Fuentes Documentales Medievales del País Vasco. Documentación medieval del monasterio de Santa Engracia de Pamplona (Siglos XIII-XVI)*. Eusko Ikaskuntza, 1997.
- DE MORET, José y DE ALESÓN, Francisco, *Annales del Reyno de Navarra. Vol. 2*, por Bernardo de Huarte, impresor de la muy Noble y muy Leal Provincia de Guipúzcoa. 1695.

- DEL CAMPO JESÚS, Luis, *Sancho el Fuerte de Navarra*, La Acción social, 1960.
- DOUSSINAGUE, José M. *La Guerra en la Navarrería* .
- EL-KARTAS, Roudh, *Histoire des souverains du Magreb, et annales de la ville de Fès*. Tradui de l'Arabe par A. Beaumier. MDCCLX. Digitalizado por Internet Archive in 2009 with funding from University of Ottawa.
- FORTÚN PNÉREZI DE CIRIZA, Luis Javier, *Reyes de Navarra. Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*, Editorial Mintzoa, 1987.
- FUNDACIÓN EL LEGADO ANDALUSÍ. *Itinerario cultural de Almorávides y Almohades: Magreb y Península Ibérica*. Editado por la Junta de Andalucía/Consejería de Cultura, 1999.
- GÁLLEGOS VÁZQUEZ, Federico. Universidad rey Juan Carlos. *La Batalla de las Navas de Tolosa. Ponencia recogida en el trabajo: De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El ejército y la guerra en al construcción del Estado*. Coordinado por Leandro Martínez Peñas y Manuela Fernández Rodríguez y organizado y financiado por el vicerrectorado de Extensión Universitaria y Centros Adscritos de la Universidad Rey Juan Carlos, La Asociación Veritas de Estudios sobre Historia, Derecho e Instituciones y el Instituto de Historia de la Intolerancia.
- GARCÍA ARANCÓN, M^a Raquel, *La Junta de los Infanzones de Obanos hasta 1281*, Institución Príncipe de Viana, Gobierno de Navarra, 1984.
- GAUDEFROY-DEMOMBYNES, Maurice, *Mahoma*, Akal Universitara, Éditios Albin Michel, París. 1957 y 1969.
- GOÑI GAZTAMBIDE, José, *Los obispos de Pamplona del siglo XIII*, 1957.
–Historia de los obispos de Pamplona, *Ediciones Universidad de Navarra*, 1999.
- HUICI MIRANDA, Ambrosio, *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas*, Madrid, 1956.
- JIMENO JURÍA, José María, *Colección documental de Sancho VII el Fuerte. 1194-1234*. Archivo General de Navarra, Ediciones Pamiela, 2008.
- IZQUIERDO BENITO, Ricardo y RUIZ GÓMEZ, Francisco. Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos. Colección Estudios. Universidad de Castilla la Mancha. 1996.
- HOROBIN, Simon and SMITH, Jeremy. *An introduction to Middle English*. Edinburgh University Press, 2002
- LACARRA, José María y UTRILLA, Juan F., *Fueros sueltos en los manuscritos del Fuero General de Navarra*.
- LASS, Roger YLAING, Margaret. *A Linguistic Atlas of early Middle English*.
- LERALTA, Javier: *Apodos reales, historia y leyenda de los motes regiois*
- LÓPEZ PAYER, Manuel y ROSADO, M^a Dolores, *La batalla de las Navas de Tolosa: historia y mito*, Caja Rural Jaén, 2001.

- MARQUÉS DE MONDEXAR. *Memorias históricas de la vida y acciones del rey D. Alonso el Noble, octavo del nombre*. Madrid, 1783. Impreso en la imprenta de D. Antonio de Sancha
- OSTOLAZA ELIZONDO, Isabel: *El tribunal de la Cort de Navarra durante el s. XIV. (1329-1389)*.
- PANADERO DELGADO, Javier. *Las espuelas de Dios*.
- PEÑA MARTÍN, Salvador: *Hermenéutica y gramática bajo los almohades: Ibn Jaruf y los testimonios tardíos*. Universidad de Málaga.
- PÉREZ DE LABORDA Y PÉREZ DE RADA, Alberto, *La villa de Obanos, de los Infanzones al Misterio*, Ediciones Eunete, Pamplona 2008.
- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa. *La comunidad regular de Santa María de Roncesvalles (Siglos XII-XIX)*.
- SMITH, J. Damián. *Innocent III and the crown of Aragon: The Limits of Papal Authority. Church, Faith and Culture in the Medieval West*. Ashgate Publishing Limited. 2004.
- VAQUERO, Eloísa y ÁLVAREZ URCELAY, Milagros, *Historia de Navarra. Vol. I Desde la prehistoria hasta 1234*, Ediciones EH Herper, Pamplona, 1989.
- XIMENEZ DE RADA, Rodrigo, *De Rebus Hispaniae*.

AGRADECIMIENTOS

MI sincero agradecimiento al personal del Archivo Real y General de Navarra, especialmente a Peio Sorbet Monteano, por su amabilidad y disponibilidad; y en cuyas instalaciones prendió la mecha para escribir esta historia.

Quiero agradecer también su amable colaboración a la doctora Marta Moreno Jiménez, del departamento de oncología de la Clínica Universidad de Navarra, y al médico residente del Hospital La Paz de Madrid, Iñigo Rubio Zavala, quienes contestaron amablemente mis preguntas acerca de las lesiones de mis personajes Roland y William. Si hay algún error, este se debe única y exclusivamente a la mala interpretación de la autora.

Al profesor Germán Navarro Espinach, director del Departamento de Historia Medieval, Ciencias y Técnicas Historiográficas y Estudios Árabes e Islámicos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza y a los profesores María José Cervera y Federico Corriente del Área de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Zaragoza, gracias por su amable colaboración contestando a mis preguntas sobre los almohades y su ayuda con las expresiones en árabe.

A los profesores del Departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía de la Universidad de Navarra, Rafael Escobedo Romero y Ángeles García de la Borbolla por su disponibilidad.

A Basilio Pavón Maldonado, historiador del arte español, profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones científicas (CSIC), especialista en arte e historia andalusí, gracias por contestar tan amablemente a mi mail.

ÍNDICE

SANGRE DE MI SANGRE
TAMBORES DE JIHAAD
EL RIEPTO. COMBATE JUDICIAL
¡BRUJA, BRUJA, BRUJA!
ATRAPADO ENTRE LOS ALMOHADES
LAS MALAS NOTICIAS... NUNCA VIENEN SOLAS
EN LA BOCA DEL LOBO
UN REENCUENTRO DOLOROSO
AL CALOR DEL HOGAR DE LOS ALMORAVID
HASTA LAS PIEDRAS HABLAN DE GUERRA
UN CIELO MANCHADO DE ROJO
DOSCIENTOS CABALLEROS
LA HUIDA DE LOS ULTRAMONTANOS
DEUS VULT!
DOS EJÉRCITOS QUE SE BUSCAN
ALEA IACTA EST
DESPEDIDA EN SOLEDAD
TRES CABALLEROS NEÓFITOS
¡EN PIE!
¡SANTIAGO Y CIERRA, ESPAÑA!
¡POR NAVARRA!
EL ATAQUE DE UN IMESEBELEN MORIBUNDO
HERIDAS DE GUERRA
LAS HORAS MÁS TRISTES
UN DESEO

EL REGRESO

EL RESURGIR DE UN CABALLERO

ALGUNAS REFERENCIAS HISTÓRICAS

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS